Jacques Pauwels

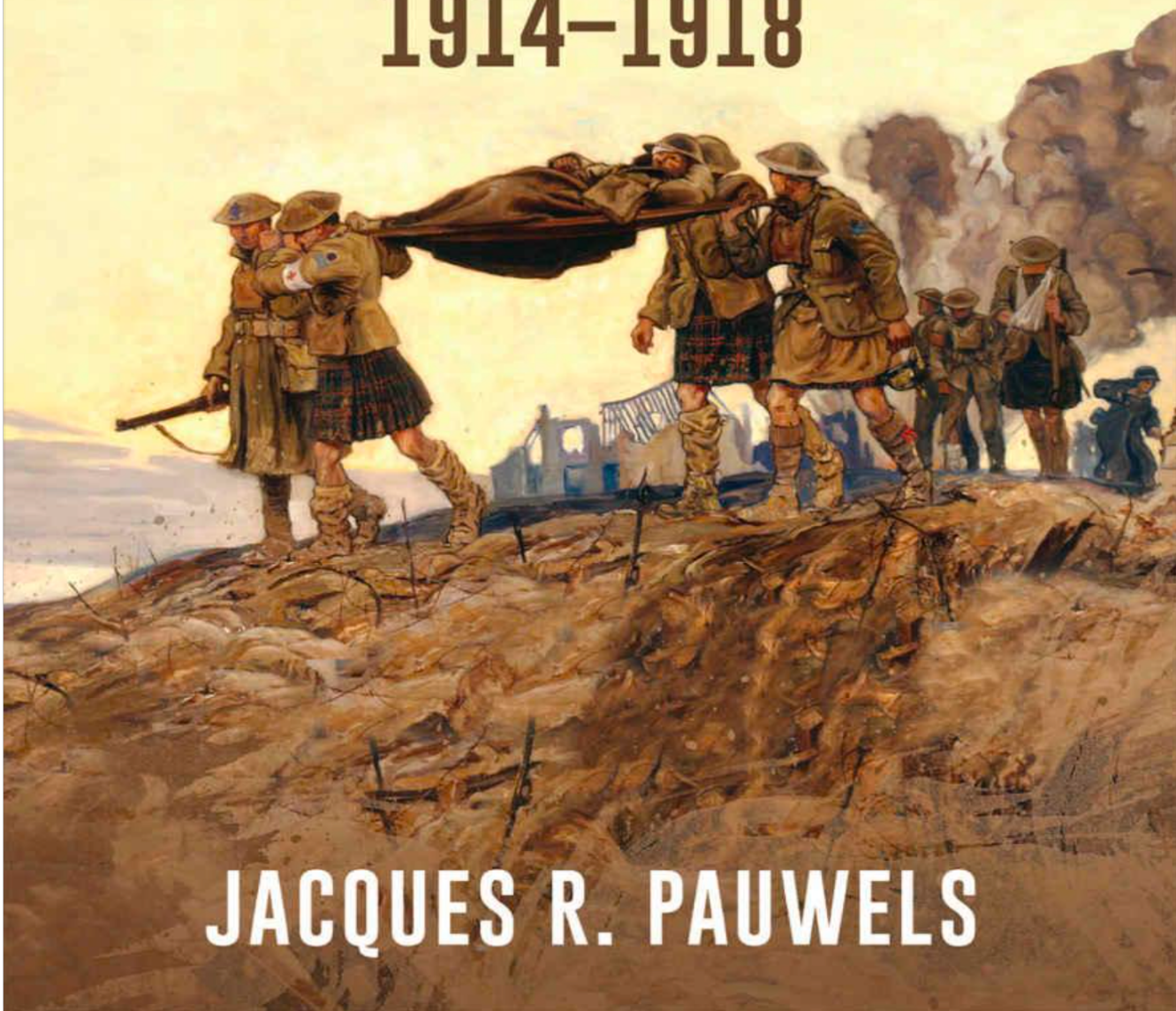
LA GRAN GUERRA DE CLASES 1914-1918

2016

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

THE GREAT CLASS WAR

1914–1918



JACQUES R. PAUWELS

LA GRAN GUERRA DE CLASES 1914-1918

JACQUES R. PAUWELS

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original
en inglés.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.
http://www.abertzalekomunista.net

Traducido con IA
Título original: *The Great Class War 1914-1918*

JAMES LORIMER & COMPANY LTD., EDITORES
TORONTO

Imprenta: James Lorimer & Company Ltd., Editores
Fecha de publicación: 1 de abril de 2016
Año de copyright: 2016
ISBN: 9781459411050
Edición: 2
Número de páginas: 632
Dimensiones: 5.9" x 9"

Contenidos

9 Prólogo: La Gran Guerra en la visión de Dalí

PRIMERA PARTE: EL LARGO SIGLO XIX, "MADRE" DE LA GRAN GUERRA

25 Capítulo 1. Las revoluciones de 1789, 1830 y 1848: Primeros pasos hacia la democracia

38 Capítulo 2. La nobleza y la burguesía: Una simbiosis conunterrevolucionaria

56 Capítulo 3. Socialismo y democratización

67 Capítulo 4. Nacionalismo e "imperialismo social"

83 Capítulo 5. Nietzsche y el darwinismo social: Oda a la guerra

102 Capítulo 6. Amigos y enemigos imperialistas en el camino hacia la Gran Guerra

121 Capítulo 7. Burguesía, aristocracia, Iglesia y socialistas Enfrentarse a la guerra y la revolución

134 Capítulo 8. Miedo y tensiones en la *Belle Époque*

145 Capítulo 9. Políticas reaccionarias y belicosas

SEGUNDA PARTE: LA GRAN GUERRA DE CLASES, 1914-1918

169 Capítulo 10. Agosto de 1914: Entusiasmo y resignación (1)

185 Capítulo 11. Agosto de 1914: Entusiasmo y resignación (2)

203 Capítulo 12. El fin de la política

225 Capítulo 13. Caballeros y Plebeyos en el Camino de la Guerra

234 Capítulo 14. Otoño de 1914: Desilusión

257 Capítulo 15. Amigos y enemigos

282 Capítulo 16. Militar 1914: Planes abortados

295 Capítulo 17. Topos humanos en el "encantador país de la guerra"

325 Capítulo 18. Militar 1915: Las grandes ofensivas

336 Capítulo 19. De las Dolomitas a los Dardanelos

352 Capítulo 20. Cansado de la guerra

373 Capítulo 21. Militar 1916: Material y material humano

387 Capítulo 22. Soldados y civiles descontentos

409 Capítulo 23. Militar 1917: Catástrofes en Caporetto y en otros lugares

420 Capítulo 24. 1917: El año de los problemas

443 Capítulo 25. Llegan los yanquis

460 Capítulo 26. La revolución en Rusia, camino de las revoluciones en Asia
476 Capítulo 27. Militar 1918: Ofensiva de primavera alemana, ofensiva final aliada
491 Capítulo 28. Revolución, contrarrevolución y reformas
515 Capítulo 29. Versalles: ¿Paz o armisticio?
TERCERA PARTE: LA LARGA SOMBRA DE LA GRAN GUERRA
525 Capítulo 30. Del fascismo a la segunda guerra mundial, 1918-1945
550 Capítulo 31. Guerras de clases desde 1945 hasta la actualidad
573 Agradecimientos
Notas finales
Bibliografía
Índice
Sobre el autor

"Una elocuente síntesis de pruebas. Los lectores de este libro magistral reconocerán hasta qué punto gran parte de la literatura sobre la Primera Guerra Mundial, con su enfoque en tratados secretos, diplomacia torpe, líderes militares ineptos y batallas particulares, simplemente oscurece el carácter fundamental de la guerra y sus impactos diferenciales en varios grupos de personas."

— Alvin Finkel, profesor emérito de la Universidad de Athabasca y autor de *Our Lives: Canada After 1945 & Social Policy and Practice in Canada: A History*

"Con este relato, escrito de forma atractiva, Jacques Pauwels ofrece una contrahistoria popular del conflicto cuyo brío disidente parece necesario desde hace tiempo".

— Geoffrey Eley, Catedrático Distinguido Karl Pohrt de Historia Contemporánea de la Universidad de Michigan, Ann Arbor

"Una historia panorámica y persuasiva de la Primera Guerra Mundial. . . Pauwels se deshace convincentemente de dos visiones familiares de la guerra: el mito reaccionario de que la guerra fue gloriosa y la creencia liberal de que no tuvo sentido. De hecho, este libro demuestra que la guerra tiene más sentido si se comprende la motivación ideológica de las élites, que era aplastar a la clase obrera y reforzar las jerarquías de la vieja Europa".

— David Tough, Universidad de Trent

La gran guerra de clases

1914-1918

Jacques R. Pauwels

James Lorimer & Company Ltd., Editores

Toronto

Para la próxima generación: Charlotte, Olivia, Chapelle, Reed y Lyra

Prólogo
La Gran Guerra en la visión de Dalí

Nuestra casa estaba al lado del ferrocarril, en un pueblo a medio camino "entre las torres de Brujas y Gante", como cantaba Jacques Brel en una popular chanson sobre la campiña flamenca, *Marieke*.[1] Durante la Primera Guerra Mundial, mi abuela solía ver pasar los trenes alemanes, llenos de soldados y cargados con todo tipo de material bélico, camino del frente en el extremo oeste de Flandes, los famosos Flanders' Fields. Un poeta de guerra inglés muerto en 1916, Raymond Asquith, hijo del Primer Ministro británico en tiempos de guerra Herbert Henry Asquith, dedicó de hecho unos versos a esta línea de ferrocarril en un poema titulado "Fuego líquido y gas venenoso":

Sólo insignificante
Tráfico pasado de Brujas a Gante
Pero la línea de Gante a Brujas
Es otro par de zapatos.
. . . . . .
Están trasladando tropas de
De Gante al saliente de Ypres.[2]

---

[1] La letra de *Marieke* puede encontrarse en este sitio web: http://lyricstranslate.com/en/marieke-marieke.html.
[2] Citado en Clapham, pp. 22-23.

De vez en cuando, uno de estos trenes se detenía en "nuestra" pequeña estación, y mi abuela convencía al maquinista para que la obsequiara con unos cuantos kilos de carbón, combustible suficiente para alimentar durante un día o así la hambrienta estufa anticuada de su cocina. Los soldados alemanes que pasaban por nuestro pueblo comían *pumpernickel*, un tipo de pan muy oscuro, cortado en rebanadas y cubierto con una gruesa capa de auténtica mantequilla (lo que escandalizaba a los ahorradores de nuestro pueblo), y lo acompañaban con una generosa ración de salchichas de hígado o queso. Debió de ser al principio de la guerra, ya que a partir de 1916 los soldados y civiles alemanes sufrieron una grave escasez de alimentos. La situación sería aún peor para los habitantes de la Bélgica ocupada.

10

En 1914, cuando los alemanes invadieron Bélgica, mi padre, todavía un niño, había huido a Francia con sus padres y hermanos, como miles de otros belgas. Pasarían los cuatro largos años de guerra en Thieulloy-l'Abbaye, un pueblo cercano a Amiens, capital de la provincia de Picardía. Mi padre fue a la escuela allí, y por eso, incluso a una edad avanzada, seguía hablando francés con fluidez. A su madre —mi otra abuela— nunca la conocí, ya que murió allí y yace enterrada en el cementerio de esa parroquia picarda. Mi padrino, hermano de mi madre, era carpintero como su padre, y durante los años veinte ayudaron a reconstruir las "regiones devastadas" en torno a la ciudad de Leper (Ypres), centro urbano de los Campos de Flandes.

El 11 de noviembre, después de la misa mayor, se celebraba una ceremonia en el memorial de guerra. Orgullosos cofres cargados de condecoraciones me ayudaron a reconocer a los "veteranos de guerra", los "héroes" de los que se susurraba respetuosamente que "habían estado en las trincheras", pero yo no tenía ni idea de lo que se suponía que eso significaba. Me decían que los aliados habían ganado la guerra porque aquellos pequeños e inteligentes belgas habían inundado la llanura del río Yser, deteniendo así el hasta entonces irresistible avance del gigante alemán. En el instituto teníamos un profesor —un cura, nada menos— que demostraba con entusiasmo cómo un soldado atravesaba el vientre de un enemigo con su bayoneta durante la Gran Guerra. También proclamaba a voz en grito que en ese conflicto los franceses habían sido los más valientes y, por tanto, los mejores soldados. Y yo me lo tragué todo.

De adolescente, para mejorar mi francés de bachillerato, me hicieron pasar unas vacaciones con una familia en el pueblo de Brimeux, en el norte de Francia, cerca de la ciudad de Montreuil-sur-Mer donde, en 1914-1918, tenía su cuartel general el comandante en jefe británico, Douglas Haig. Allí conocí a un hombre de unos sesenta años que había luchado en la Primera Guerra Mundial y que me contó sus experiencias. Había servido en el ejército de Charles Mangin, un general conocido como "el carnicero". Sólo años después me di cuenta de que no se refería a los alemanes, o *"boches*", como los llamaban los franceses, sino a sus propios soldados.

11

Y entonces vi la brillante película que Stanley Kubrick dirigió en 1957, *Senderos de gloria.* Estaba inspirada en un libro del mismo nombre, escrito en 1935 por Humphrey Cobb, un estadounidense nacido en Italia que, durante la Gran Guerra, se había alistado como voluntario en el ejército canadiense[3]. La película nunca se prohibió formalmente en Francia, pero no se proyectó en salas hasta 1975. La razón de ello fue, sin duda, que ofrecía una visión muy poco convencional del ejército francés de 1914-1918 y, de hecho, una visión muy diferente de la Primera Guerra Mundial en general. Suponía un despiadado ajuste de cuentas con las ilusiones, los mitos y las tonterías que nos habían servido —y nos siguen sirviendo— con respecto al complejo drama de aquella guerra.

Senderos de gloria aborda la Gran Guerra, pero no de la forma convencional, es decir, como un conflicto entre franceses y alemanes y sus respectivos aliados. La cámara se cierne sobre el bando francés e incluso acompaña sin miedo a los *poilus*, como se conocía a los soldados franceses, a la siniestra tierra de nadie, una vez en una patrulla nocturna y otra durante un ataque diurno a gran escala.[4] Pero en la película no aparece ni un solo soldado alemán, ni un solo ejemplar del gran enemigo

---

[3] El título del libro de Cobb procede de un poema de Thomas Gray, escrito en 1751, "Elegía escrita en un cementerio rural": "El alarde de la heráldica, la pompa del poder,/Y toda la belleza, toda la riqueza que alguna vez dieron,/Esperan por igual la hora inevitable./Los caminos de la gloria no conducen sino a la tumba".

[4] Escenas de *Senderos de Gloria:* Patrulla nocturna, http://www.bing.com/videos/search?q=sentiers+de+la+gloire&view=detail&mid=93E04D184F6652FD08A493E04D184F6652FD08A4&first=21 ;large-scale attack, http://www.bing.com/videos/search?q=paths+of+glory&view=detail&mid=48D21FB76B206B43BE3D48D21FB76B206B43BE3D&first=41.

oficial de Francia. Sólo al final aparece en la pantalla alguien del "otro lado del Rin", como se dice en Francia. Pero en lugar de un *Boche* estereotipadamente grosero, resulta ser una bonita joven, que debe entretener a una multitud de soldados franceses durante una pausa en los combates. Ella se esfuerza, a pesar de su timidez y torpeza, en interpretar una canción de amor tradicional alemana, con como tema un húsar que tuvo que dejar a su amor para ir a la guerra: *"Es war einmal ein treuer Hussar*" ("Había una vez un húsar fiel"). Los franceses no entienden ni un ápice de la letra de la canción, pero la melodía, triste y pegadiza al mismo tiempo, les recuerda a sus propios seres queridos, abandonados en casa para luchar en una guerra sangrienta —¡sabe Dios por qué! — contra gente como ellos, de los que saben muy bien que también habrían preferido quedarse en el heimat con su madre, esposa o prometida. La película, introducida ruidosamente por la música del militarista y sanguinario himno nacional francés, la *"Marsellesa"*, termina enfáticamente con los *poilus* tarareando una canción de amor alemana.[5]

12

"Ruedas dentro de ruedas" es una expresión que alude a aspectos ocultos o poco conocidos que dificultan la comprensión de fenómenos complejos, incluidos los fenómenos históricos complejos. Lo que se llamaría la "Gran Guerra", y más tarde se conoció como la primera de las dos "Guerras Mundiales", constituye un fenómeno histórico complejo con "ruedas dentro de ruedas". La rueda exterior es la de los acontecimientos militares. Esa rueda ha sido examinada con gran detalle por innumerables historiadores y se ha beneficiado de una atención desmesurada por parte de los medios de comunicación, por ejemplo en forma de documentales televisivos. Por lo tanto, el público está más familiarizado con ese aspecto de la guerra. Pero dentro del engranaje militar de la Gran Guerra hubo otros engranajes, quizá menos visibles, pero que también desempeñaron papeles importantes en la realidad histórica de 1914-1918. Dentro del mecanismo de la Gran Guerra también giraba una rueda cultural, y

---

[5] Escenas de *Senderos de gloria:* el principio de la película, con la *"Marsellesa",* http://www.tcm.com/mediaroom/video/201211/Paths-of-Glory-Movie-Clip-Opening.html; la canción de amor alemana del final:

http://www.bing.com/videos/search?q=paths+of+glory&view=detail&mid=F91B7C99688CB80A83EFF91B7C99688CB80A83EF&first=81.

también es posible estudiar e interpretar la Gran Guerra desde una perspectiva cultural. Esto es lo que consiguió un historiador canadiense, Modris Eksteins, en un libro publicado en 1989, *Rites of Spring: La Gran Guerra y el nacimiento de la Edad Moderna;* y hace poco, en 2013, se publicó en Alemania un estudio similar, *Nacht über Europa* (*Noche* sobre Europa), de Ernst Piper. Pero el público en general está mucho menos familiarizado con este tipo de enfoque e interpretación.

Aún menos conocidas son las ruedas socioeconómicas que giraron dentro del mecanismo de la Gran Guerra y que, sin embargo, tuvieron una importancia capital. No eran ruedas ordinarias, sino "ruedas dentadas" o "trinquetes" que transmitían el movimiento a otras ruedas, ruedas de la guerra quizá más visibles pero en última instancia menos importantes, incluida la rueda de los acontecimientos militares. Sin embargo, son casi exclusivamente los especialistas en la historia de las dos Guerras Mundiales y de los siglos XIX y XX en general quienes se centran en los aspectos sociales y económicos de la Gran Guerra, y sus estudios rara vez reciben mucha atención fuera de las torres de marfil. El que posiblemente sea el mejor ejemplo publicado de este tipo de enfoque tiene ya más de cincuenta años, pero aún espera ser descubierto por el gran público en muchos países: *Los objetivos de Alemania en la Primera Guerra Mundial,* del historiador alemán Fritz Fischer.[6]

13

Para comprender el mecanismo de la Gran Guerra en toda su complejidad, hay que concentrarse en los engranajes socioeconómicos que giran en su interior, y éste es el propósito de este libro. *Senderos de gloria* sirvió de inspiración sobre todo en lo que respecta a los aspectos sociales. El conflicto objeto de la película es, en efecto, una "rueda dentro de otra rueda", un conflicto dentro de otro conflicto, una guerra dentro de otra guerra. Es un conflicto entre dos tipos de franceses: por un lado, los generales y otros oficiales superiores, caballeros de clase alta, presumidos y arrogantes; por otro, los soldados rasos*, los poilus* plebeyos. Pero Stanley Kubrick también podría haber ambientado su historia en los campos alemán, británico o ruso, porque allí también prevalecía una polaridad flagrante entre los oficiales superiores y los simples soldados. La

[6] Véase el artículo de Annika Mombauer, "La controversia Fischer 50 años después: Informe de la Conferencia".

película transmite con acierto el hecho de que la Primera Guerra Mundial no fue sólo un conflicto que enfrentó a franceses contra alemanes, sino también de franceses contra franceses y alemanes contra alemanes. En esta guerra, una determinada clase de franceses, alemanes y británicos se enfrentó a otra clase de franceses, alemanes y británicos.

El tema de *Senderos de gloria* es un conflicto entre *"ceux d'en haut"* y *"ceux d'en bas"*, como se dice en francés: "los de arriba" y "los de abajo". "Los de arriba" eran los miembros de la clase alta, una élite de personas que ostentan una gran riqueza y poder y disfrutan de todo tipo de privilegios. *En Senderos de gloria,* están encarnados por generales que residen literalmente "allí arriba", en altos palacios, donde se pasean sobre alfombras persas. "Los de abajo" son los pobres e impotentes, la plebe, incluidos campesinos, obreros, y artesanos. En la película, los encarnan los rudos *poilus, que* viven literalmente "ahí abajo", es decir, en las trincheras, con los pies metidos en el barro. En la tierra de nadie social entre los dos frentes, se encontraban los niveles más bajos de la clase media, la pequeña burguesía, incluidos los trabajadores de cuello blanco, los comerciantes, los profesores, los pequeños empresarios, etc. Tendían a identificarse con la élite, pero a veces también se solidarizaban con la plebe. En la película, el actor principal, Kirk Douglas, encarna a esta clase. Es el coronel Dax, un oficial de rango intermedio que tiene que decidir si se identifica con sus superiores o con sus subordinados. Con las consecuencias de esta decisión tendrá que vivir o, más probablemente, morir — al menos, si se pone del lado de los simples soldados y comparte así su poco envidiable destino en las trincheras. Esta elección no es nada fácil, ya que los *poilus* no son idealizados, sino más bien presentados como personajes groseros. Además, Dax es abogado y, por lo tanto, pertenece de forma más natural a la clase alta, a la que pertenecen los oficiales de alto rango del ejército. Puede esperar conseguir un nombramiento relativamente fácil y seguro a una distancia prudencial del frente, tal vez incluso en uno de esos confortables chateaux donde los generales están en casa y donde planean la próxima ofensiva que les traerá gloria y ascenso, pero que significará una muerte segura para innumerables soldados rasos.

La Gran Guerra fue obviamente una guerra "vertical" en el sentido de que un obstáculo vertical, el "muro" de la línea del frente, separaba a los países, incluidas sus clases superiores e inferiores. Pero *Senderos de Gloria* sugiere acertadamente que fue simultáneamente una guerra

"horizontal", en el sentido de que una muralla horizontal segregaba a "los de arriba" de "los de abajo", a las clases superiores de las inferiores, dentro de cada país beligerante. Por tanto, la Gran Guerra fue también la Gran Guerra de Clases. Sólo comprendiendo esto se puede empezar a entender esa guerra, y empezar a entender por qué se llegó a esa catastrófica masacre de millones de personas hace un siglo. Fue un holocausto que dejaría su impronta en la historia del resto del siglo XX e incluso en nuestra propia época. No en vano la Gran Guerra ha sido descrita como la "catástrofe original" (*Ur-katastrophe* en alemán) del siglo XX.

Percibimos la Gran Guerra principalmente —o incluso exclusivamente— como una guerra "vertical", como un conflicto armado tradicional entre países y como una empresa fundamentalmente militar, porque así fue presentada en su momento por los dirigentes políticos y militares, y la gran mayoría de los historiadores han interpretado la Gran Guerra de la misma manera desde entonces. Para comprender que 1914-1918 fue también una guerra de clases, hay que examinarla desde otro ángulo. En este sentido, el fenómeno de la Gran Guerra se asemeja a un cuadro de Salvador Dalí, *Lincoln en Dalí-visión,* expuesto en el "teatro-museo" de dicho artista en la pequeña localidad catalana de Figueres.[7] En el centro del cuadro aparece Gala desnuda, la mujer de Dalí, y es natural que nuestra atención se dirija inmediatamente hacia ella. Pero cuando el espectador se desplaza unos pasos y vuelve a examinar el cuadro, reconoce claramente en el lienzo —superpuesto o entrelazado con la imagen de Gala— un retrato de Abraham Lincoln. Del mismo modo, se puede reconocer la guerra de clases en la Gran Guerra. Basta con examinar esta guerra "en visión Dalí", lo que implica desplazarse a otro punto de vista, parpadear y volver a mirar, para ver algo totalmente distinto.

15

Para discernir la guerra de clases en el gran pero algo borroso "cuadro" de la Gran Guerra, tenemos que distanciarnos cronológicamente de "1914-1918" y dar unos pasos atrás en el tiempo. Tenemos que seguir el consejo del gran historiador francés Fernand Braudel y examinar ese conflicto dentro de la *"longue durée",* es decir, dentro del contexto histórico a largo

[7] El cuadro, de mediados de la década de 1970, se titula en realidad "Gala contemplando el mar Mediterráneo que, desde veinte metros, se convierte en el retrato de Abraham Lincoln (Homenaje a Rothko)"; una versión ligeramente diferente se expone en el Museo Salvador Dalí de San Petersburgo (Florida).

plazo. El gran conflicto de 1914-1918 fue producto del siglo XIX. Muchos historiadores consideran que ese siglo fue un siglo "largo". Terminó, simbólica y tardíamente, en 1914, pero también había comenzado prematuramente, en 1789, de hecho, con el estallido de la Revolución Francesa. Ese "largo" siglo XIX fue hijo de la Revolución Francesa y progenitor de la Gran Guerra. De la Revolución Francesa no se puede negar que, además de una convulsión política, constituyó también una tempestad social. Fue, evidentemente, un conflicto entre clases: por un lado, la nobleza terrateniente (o aristocracia), íntimamente ligada a la Iglesia católica, y por otro, la burguesía comercial e industrial, o clase media, que contaba con el apoyo de la gente "pequeña" o "común" —en otras palabras, el populacho, las masas populares — compuesta por campesinos, obreros, artesanos, sobre todo los famosos "sans-culottes" parisinos.[8]

La Revolución Francesa dio lugar a una serie de guerras internacionales que se prolongaron hasta 1815. La causa principal de estas guerras fue el hecho de que la clase alta aristocrática de los países vecinos de Francia no podía tolerar que en un país importante se derrocara el orden tradicional establecido, el *"ancien régime*", en beneficio de otra clase, la burguesía. A la inversa, la burguesía revolucionaria francesa sentía que tenía que exportar su revolución a otros países, en perjuicio, obviamente, de la nobleza (y el clero) local. Evidentemente, pues, estas guerras no eran meros conflictos "verticales", sino también "horizontales", es decir, guerras entre países y, simultáneamente, guerras entre clases. Además, las guerras internacionales también dieron a la burguesía francesa la oportunidad de dirigir la peligrosa energía revolucionaria de la plebe francesa (y sobre todo parisina) contra un enemigo extranjero. De ese modo, se hizo posible

[8] La Revolución Francesa no fue ciertamente el primer conflicto de clases, porque la lucha de clases también caracterizó la historia de la Antigüedad y la Edad Media. Sin embargo, la Revolución Francesa fue el primer conflicto importante de la lucha de clases moderna, que continúa en la actualidad. En realidad, es preferible hablar de lucha de clases "contemporánea" en lugar de "moderna", ya que los historiadores tienden a emplear el término "moderno" para referirse a la época comprendida entre 1500 y 1789 o 1800 y a designar como "contemporánea" la época comprendida entre 1789/1800 y la actualidad. Sobre la lucha de clases en la Antigüedad, véase el libro de Arthur Rosenberg, *Demokratie and Klassenkampf im Altertum;* sobre la lucha de clases en la Edad Media, véase, por ejemplo, el libro de Paul Lafargue, *Les Lattes de classes en Flandre de 1336-1348 et de 1379-1385.*

que la burguesía "externalizara" la revolución, "enfriando así su temperatura", en lugar de correr el riesgo de verla "internalizada", es decir, "radicalizada".[9]

16

La historia posterior del "largo" siglo XIX se caracterizó por nuevas explosiones de la lucha de clases, y desde luego no sólo en Francia. En 1830, por ejemplo, estalló una revolución en París, pero también en Bruselas. En retrospectiva, el levantamiento de 1830 en Bruselas (y en otros lugares de lo que se convertiría en Bélgica) parece una revolución nacional de los belgas independentistas contra sus gobernantes holandeses; sin embargo, comenzó como una revuelta de las clases bajas de las regiones del sur del actual Reino de los Países Bajos, una combinación de lo que hoy son los tres países del Benelux. Fue esencialmente una revolución social que fue "secuestrada" por la burguesía y transformada en una revolución "nacional" mucho menos amenazadora, e incluso ventajosa, para los intereses burgueses.[10] Y en 1848 el fuego de la revolución arrasó prácticamente toda Europa. Es notable que prácticamente todas estas revoluciones fueran acompañadas de guerras extranjeras. El conflicto franco-prusiano de 1870-1871, por ejemplo, produjo la Comuna de París, y la guerra ruso-japonesa de 1905 resultó ser el catalizador de una revolución en Rusia ese mismo año. ¿Es realista pensar que la guerra que estalló en 1914, tras un "largo" siglo de implacable dialéctica de revolución y guerra, no tuviera algo que ver con la lucha de clases? También en el choque titánico de 1914-1918 encontramos el mismo entrelazamiento de guerra y lucha de clases, esta dimensión "horizontal" de un conflicto entre países, un conflicto que, a primera vista, se presenta como meramente "vertical".

Es evidente que 1914-1918 no fue sólo una guerra de clases. Los conflictos de clase rara vez, o nunca, aparecen en estado puro, es decir, como revueltas y revoluciones puramente sociales, sino que prácticamente siempre van asociados a otros tipos de conflictos, como las guerras tradicionales entre países y las enemistades religiosas y lingüísticas.[11] Me vienen a la mente las rebeliones campesinas de la Alemania del siglo XVI,

---

[9] Véase Pauwels (2007), p. 192.

[10] Véase el estudio de Maurice Bologne, *L'insurrection proletarienne de 1830 en Belgique.*

[11] Losurdo (2013), p. 27: "La lotta di classe non si presenta quasi mai allo stato puro."

una erupción de la guerra de clases que no puede disociarse de la revolución religiosa que supuso la Reforma protestante, lanzada por Lutero. Que la Gran Guerra no fue sólo una guerra de clases, pero que sin duda también lo fue, también queda patente por el hecho de que produjo una oleada de revoluciones sociales. Condujo a auténticas revoluciones en Alemania y Hungría que fueron reprimidas; a revoluciones embrionarias, caracterizadas por enormes huelgas y manifestaciones masivas, en países como Gran Bretaña; y —por último, pero no por ello menos importante— a una gran revolución que realmente triunfó, a saber, la Revolución Rusa de 1917.

17

Sólo cuando no se tiene en cuenta la conexión histórica entre la Gran Guerra y la Revolución Francesa y la dialéctica decimonónica de guerra y revolución, y cuando se deja fuera de las crónicas de 1914-1918 no sólo la Revolución Rusa sino también las demás revoluciones embrionarias y reprimidas —como desgraciadamente tienden a hacer la mayoría de los historiadores — resulta posible percibir la Primera Guerra Mundial como algo que definitivamente no fue: un acontecimiento de naturaleza casi exclusivamente político-militar, un trágico "accidente" de la historia, un caso típico pero en última instancia incomprensible e inexplicable de "locura humana" colectiva." Dicho de otro modo: un fenómeno histórico en el que los problemas sociales y la lucha de clases no desempeñaron ningún papel, o al menos ningún papel digno de mención.[12]

En este libro, sin embargo, la Gran Guerra será retratada con toda seguridad como una guerra de clases, e incluso como la "Gran Guerra de Clases". En primer lugar, nos distanciaremos cronológicamente del conflicto mundial de 1914-1918 para examinarlo en "visión Dalí". Para ello, daremos un paso atrás en el tiempo, concretamente hasta la cima histórica de 1789; de ahí descenderemos por la gran corriente de la historia, a través de los rápidos revolucionarios de 1830, 1848, 1871 y 1905, hasta las fatídicas cataratas de 1914. En el camino, describiremos brevemente los principales acontecimientos de la historia socioeconómica del "largo" siglo XIX. Llegaremos a la conclusión de que la Gran Guerra fue deseada y desencadenada por una élite europea que era esencialmente una

[12] La Primera Guerra Mundial se describe así como "la locura colectiva de Europa" en De Vos, p. 95.

"simbiosis" de la nobleza, es decir, los grandes terratenientes, y la alta burguesía o "alta clase media", esta última formada sobre todo por industriales y banqueros. La nobleza —no sólo en Francia, sino en toda la Europa del *Antiguo Régimen*— fue contrarrevolucionaria desde el mismo momento en que, en 1789, estalló la "gran" revolución en Francia. La burguesía había sido revolucionaria en 1789, pero se volvió contrarrevolucionaria tras sus traumáticas experiencias durante las revoluciones de 1848 y 1871. Estas nuevas revoluciones hicieron comprender a la burguesía que los derechos y privilegios que había adquirido con la Revolución Francesa se veían amenazados por las aspiraciones de las clases bajas en general y de la clase obrera en particular; desde la perspectiva de la burguesía, éstas eran en adelante las "clases peligrosas" (*classes dangereuses*), la "vil multitud". La clase obrera era cada vez más amenazadora porque había descubierto una potente estrategia emancipadora en el socialismo marxista. Además, había desarrollado formas de organización, especialmente partidos obreros y sindicatos, y había logrado así obtener cada vez más reformas políticas y sociales, como la ampliación del sufragio electoral. El miedo a la revolución e incluso a una democratización aparentemente irresistible —el "ascenso de las masas"— convenció a la élite de que Nietzsche y los apóstoles del darwinismo social tenían razón; estos intelectuales propugnaban que sólo la guerra podía eliminar los graves riesgos asociados a la democratización y, sobre todo, el peligro mortal de la revolución.

18

Además, una guerra victoriosa traería consigo adquisiciones territoriales, dentro y/o fuera de Europa. De estas adquisiciones, tanto la nobleza como la burguesía industrial y financiera podían esperar enormes ventajas. Podrían servir como mercados para productos industriales acabados y capital de inversión, y como fuentes de importantes materias primas y mano de obra barata. Además, podrían funcionar como planetas lejanos donde verter el excedente demográfico de proletarios inquietos, problemáticos, a menudo rebeldes y, en general, peligrosos. Esto plantea la cuestión del imperialismo y de las causas económicas de la Gran Guerra, que también serán tratadas.

Tras una primera parte en la que analizaremos el "largo" siglo XIX, nos centraremos en una segunda parte en la Gran Guerra propiamente dicha. ¿Por qué y cómo estalló esta miserable guerra en el glorioso verano de

1914? ¿Estaban las poblaciones de los países beligerantes realmente entusiasmadas al principio, o se trata de una especie de ilusión óptica? ¿Cómo se produjo la metamorfosis de la guerra de "guerra de movimiento" a la "guerra estacionaria" asociada a las trincheras? ¿Por qué los soldados se resignaron a llevar una existencia tan horrible en las trincheras durante tantos años? ¿Cuál era la situación en la retaguardia, en el "frente interno"? ¿Cuáles fueron las verdaderas razones por las que los estadounidenses entraron en la guerra bastante tarde, concretamente en 1917? ¿Cuál fue la causa de que estallara una revolución en Rusia ese mismo año, en plena guerra? ¿Por qué y cómo consiguieron finalmente los Aliados ganar la guerra?

19

En cualquier caso, la Gran Guerra acabaría resultando muy distinta de lo que la élite había deseado y esperado en 1914. Es una de las grandes ironías de la historia que la guerra diera lugar, al menos en Rusia, precisamente al tipo de revolución que se suponía debía haber evitado. También se suponía que la guerra había detenido, e incluso "hecho retroceder", el proceso de democratización; pero cuando terminó, la élite se vio obligada a introducir aún más reformas políticas y sociales para evitar revoluciones *a la rusa* en países como Gran Bretaña y Bélgica. Por otra parte, la Gran Guerra supuso considerables ventajas económicas para las élites de las grandes —e incluso pequeñas— potencias que salieron victoriosas de la sangrienta prueba. En el plano económico, esta guerra puede y debe interpretarse como una despiadada lucha imperialista por las fuentes de materias primas y los mercados —como Lenin señaló correctamente, en plena guerra, en su famoso libro titulado *El imperialismo, fase superior del capitalismo.*[13]

Sin embargo, como ajuste de cuentas entre rivales imperialistas, el conflicto de 1914-1918 también produjo perdedores. En Alemania, por ejemplo, la élite quedó traumatizada por las pérdidas sufridas como consecuencia de la derrota; pero buscaría la manera de compensar las pérdidas y volver a intentar hacer realidad las ambiciones que había acariciado en 1914. Con esos objetivos en mente, en 1933 auparía a Hitler a la silla del poder y, como era de esperar, su política conduciría a una

[13] *El imperialismo, fase superior del capitalismo* está disponible en línea en http ://www. marxists. org/archive/lenin/works/1916/imp-hsc.

nueva guerra. Se esperaba con confianza que esta guerra lograría para el imperialismo alemán lo que la élite del Reich había esperado en vano con respecto al primer conflicto mundial, y también que conduciría a la aniquilación de la Unión Soviética, el país que había sido fruto de la revolución de 1917 y que encarnaba la revolución.

La Gran Guerra y la Revolución Rusa —comprensibles sólo a la luz de la Revolución Francesa y su vástago, el siglo XIX— constituyen juntas la bisagra de la historia contemporánea, el puente entre, por un lado, el "largo" siglo que precedió a 1914 y, por otro, los cien años transcurridos desde aquel fatídico año. Como en el caso de la Revolución Francesa, se puede decir del nexo de 1914-1918 entre guerra y revolución que fue un fenómeno que sacudió al mundo. Y los dramáticos acontecimientos históricos que siguieron, incluidos los que estamos presenciando hoy, sólo pueden entenderse plenamente a la luz del mismo.

20

Para entender la Gran Guerra, tenemos que volver a 1789 y examinar esa guerra en "Dalí-visión". Del mismo modo, para comprender la historia del siglo XX y principios del XXI, debemos retroceder a 1914-1918 y examinar nuestra propia época en "Dalí-visión". Mientras que el siglo XIX, que comenzó simbólicamente en 1789, iba a engendrar la Gran Guerra, ésta a su vez produjo el siglo XX , incluyendo la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría e incluso la actual llamada "Guerra contra el Terror". También estos conflictos pueden interpretarse como guerras de clases, y esto se hará en la tercera parte de este libro.

Para examinar la Gran Guerra en "visión Dalí", hay que distanciarse de ella no sólo cronológicamente, sino también geográficamente. Así queda claro que las colonias y las "semicolonias" de las potencias imperialistas europeas en África y otros lugares también estuvieron muy implicadas en el drama de 1914-1918; en otras palabras, que 1914-1918 también fue un conflicto a favor o en contra de la emancipación de los países y pueblos explotados y oprimidos. En este contexto, el gran filósofo e historiador italiano Domenico Losurdo subraya el hecho de que, según Marx, el conflicto de clases no es sólo una cuestión de conflicto social dentro de un país, es decir, un caso de lucha a favor o en contra de la emancipación de las clases bajas explotadas y oprimidas. Otra forma de lucha de clases es la lucha por la emancipación de los países y pueblos oprimidos y explotados por otros países y pueblos, no sólo las colonias de las potencias europeas, sino también algunos países de la propia Europa, como Irlanda. En estos

casos, estamos ante una lucha entre "clases" de países, una lucha en la que un país (o pueblo) "proletario" busca emanciparse a través de un movimiento nacional (y una revolución nacional), al igual que los proletarios de un país buscan hacerlo a través de un movimiento social (y una revolución social).[14] Esta dimensión de la guerra de clases que fue la Gran Guerra también recibirá atención aquí.

El hecho de que Estados Unidos y Japón también participaran en la Gran Guerra de Europa, de que se produjeran intensos combates en África y en Asia, y de que 1914-1918 se revelara muy importante para la historia de China y de la India, tuvo por supuesto mucho que ver con el hecho de que esta guerra fue una guerra imperialista. Fue un conflicto librado por potencias que se sentían con derecho a controlar países de cualquier parte del mundo, y especialmente países habitados por mujeres y hombres no blancos y, por tanto, supuestamente inferiores, y a administrarlos como colonias o, como mínimo, a penetrar en ellos económicamente *ad libitum.* Para potencias como Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón, la siguiente cuestión desempeñó un papel importante en 1914-1918: ¿cómo se puede obtener el control, preferiblemente exclusivo, de las materias primas y los mercados, no sólo del hostil enemigo Imperio Otomano (con su Mesopotamia rica en petróleo), sino también de países neutrales como China y Persia? La Gran Guerra fue sin duda un proyecto imperialista y, para comprenderlo plenamente, tenemos que entender la historia del imperialismo. Por lo tanto, este libro también pretende explicar cómo el imperialismo del siglo XIX produjo la Gran Guerra y cómo esta guerra dejó su huella en el desarrollo posterior del imperialismo en el transcurso del siglo XX y principios del XXI.

[14] Losurdo (2013), pp. 9-19.

Primera parte

El largo siglo XIX, "Madre" de la Gran Guerra

Capítulo 1

Las revoluciones de 1789, 1830 y 1848: Primeros pasos hacia la democracia

La Revolución Francesa de 1789, en la que la burguesía, los campesinos y los obreros desafían al rey, a la nobleza y a la Iglesia, pone en marcha la marcha hacia la democracia, la emancipación del "pequeño" pueblo. A pesar del triunfo de la contrarrevolución en 1815 y de un nuevo espíritu romántico y conservador de la época, la democratización sigue avanzando en 1830 y 1848 a través de reformas y nuevas revoluciones, al menos en Europa Occidental ...

Para entender la Primera Guerra Mundial, es necesario comprender la Revolución Francesa, que comenzó en 1789 y duró unos diez años,[1] . Fue un conflicto entre entidades sociales, es decir, entre "clases" de franceses. Por un lado, estaba la nobleza —de la que el rey, Luis XVI, era el *primus inter pares*— y el clero. En la Francia anterior a 1789, durante lo que se ha dado en llamar el *ancien régime,* estas dos clases se beneficiaban de una plétora de privilegios y, no sorprende, no querían ningún cambio social. A este frente del ancien régime se oponía una coalición heterogénea de

[1] "Para comprender el origen y los problemas de la democracia moderna, primero hay que examinar de cerca la Revolución Francesa", escribió el historiador y filósofo italiano Domenico Losurdo. Y Luciano Canfora, autor de un excelente libro sobre la historia de la democracia, describe la Revolución Francesa como la "matriz de toda la historia europea que le siguió". Véase Canfora (2008), p. 30.

campesinos y otros habitantes del campo, y de la burguesía de las ciudades, así como de artesanos, obreros y otra "gente pequeña" (*menu peuple*) o, para usar la antigua terminología romana, "plebeyos". En París, los artesanos y los (aún no muy numerosos) obreros de las fábricas formaron las tropas de choque revolucionarias, los famosos *"sans-culottes".* Fueron ellos quienes sacaron las castañas del fuego en nombre de la causa revolucionaria, por ejemplo tomando las armas y asaltando la Bastilla el 14 de julio de 1789.

26

Los revolucionarios querían cambios, pero tenían opiniones muy diferentes sobre la magnitud de los cambios deseables y su alcance; en otras palabras, sobre lo radical que debía ser la revolución. Los campesinos, tradicionalmente conservadores, ya estaban satisfechos con la abolición de los antiguos privilegios "feudales" de los nobles terratenientes, privilegios que habían pesado mucho sobre sus espaldas. Una vez resuelto esto, en 1789, los campesinos no quisieron más cambios y dejaron de desempeñar un papel revolucionario. Dicho de otro modo, el campesinado dejó de ser una clase revolucionaria. Y más tarde, cuando la Revolución chocó con la Iglesia católica (a la que el campesinado seguía vinculado) y también llegó a reclutar a sus hijos para la defensa de la nación, era lógico que los campesinos se dejaran movilizar en favor de la causa contrarrevolucionaria, monárquica y clerical. Esta evolución se reflejó trágicamente en los levantamientos de la región de Vendée y en la famosa "guerra campesina" de Bélgica, anexionada por la Francia revolucionaria.

La alta burguesía —la alta burguesía francesa, que por aquel entonces seguía estando formada principalmente por comerciantes y banqueros, así como por abogados, médicos y otros miembros de las profesiones liberales— quería cambios políticos importantes. Quería poder utilizar el Estado para promover, mediante la introducción de leyes y reglamentos "liberales" o de *"laissez-faire"*, no sólo sus intereses *comerciales* y *financieros* tradicionales, sino también sus intereses *industriales*, cada vez más importantes, y no sólo los intereses de la nobleza terrateniente y el clero, como había sido el caso bajo el *ancien régime.* (Un buen ejemplo de esa legislación liberal fue la ley Le Chapelier de 1791, que prohibía las asociaciones obreras y las huelgas en nombre de la libertad). En el otoño de 1791, cuando ese objetivo se había logrado en gran medida, la burguesía decidió a su vez que la revolución había ido suficientemente lejos. Por último, la "pequeña gente" urbana, *los sans-culottes* y otros representantes

de lo que Karl Marx llamaría más tarde el "proletariado", esperaban que la revolución trajera mejoras a su a menudo miserable existencia en forma de salarios más altos, precios más bajos e igualdad no sólo ante la ley (que también quería la burguesía), sino también igualdad social, que aborrecía la burguesía. (La mayoría de los miembros de la burguesía, si no todos, deseaban la igualdad con la clase que estaba por encima de ellos, la nobleza, pero no la igualdad con la clase que estaba por debajo, la clase obrera). Con la colaboración de una minoría dentro de la burguesía, o al menos de la pequeña burguesía, la clase media baja, representada por personalidades como Maximilien Robespierre, la Revolución pasó a una fase radical en los años 1792-1794. Esta época se caracterizó por la sustitución de la monarquía por una nueva forma de gobierno republicana y por la ejecución, mediante la guillotina, del rey y de otros innumerables enemigos de la Revolución, es decir, por el "Terror".

27

Los burgueses respetables de Francia estaban aterrorizados y los historiadores franceses conservadores, como François Furet, condenan este episodio como una deplorable especie de "descarrilamiento" de la Revolución. Que hubo un gran derramamiento de sangre es innegable. Sin embargo, como ha demostrado el gran historiador estadounidense Arno Mayer, el derramamiento de sangre no puede achacarse únicamente a revolucionarios supuestamente sanguinarios como Robespierre; los contrarrevolucionarios que aborrecían la Revolución porque les privaba de los privilegios de los que habían disfrutado tenían aún más sangre en sus manos.[2] Lo que aterrorizaba a la burguesía mucho más que el Terror eran las medidas excesivamente igualitarias y democráticas introducidas por Robespierre y consortes; por ejemplo, las elecciones sobre la base del sufragio universal en lugar del sufragio censitario favorecido por la burguesía, así como las formas extremadamente antiliberales de intervención estatal en la economía, como el control de precios y la ayuda pública a los necesitados; y, por supuesto, la abolición de la esclavitud, el 2 de febrero de 1794, que fue condenada como una violación del principio de propiedad privada, ya que los esclavos seguían siendo considerados entonces como una forma de propiedad. (Una parte considerable de la burguesía —no sólo en Francia, sino también en los Países Bajos y Gran

[2] Mayer (2000), pp. 47-49.

Bretaña, y sobre todo en puertos marítimos como Nantes, Ámsterdam y Liverpool— había acumulado a lo largo del siglo XVIII colosales riquezas gracias a la esclavitud y la trata de esclavos). La Francia revolucionaria fue el primer país de Europa que abolió la esclavitud, un logro admirable al que los historiadores apenas prestan atención.

28

La alta burguesía se apresuró a poner fin al "régimen del terror" de Robespierre y, por tanto, a la fase radical de la Revolución mediante dos golpes de Estado: primero el de julio (conocido como "Termidor") de 1794, que instauró el régimen autoritario pero inestable del "Directorio", y luego el de noviembre ("Brumario") de 1799, que llevó al poder a Napoleón Bonaparte, primero como "cónsul" y luego como emperador. La dictadura de Napoleón consolidó las conquistas revolucionarias de la burguesía frente a dos amenazas: la contrarrevolución nacional e internacional y la revolución radical de Robespierre. Se dejó de hablar de sufragio universal y Napoleón reintrodujo la esclavitud.

En cuanto a las guerras emprendidas por el Directorio y, sobre todo, por Napoleón, sirvieron no exclusivamente, pero sí en parte, para "externalizar" la Revolución, es decir, para exportar su versión moderada y liberal en beneficio de la burguesía francesa y de la burguesía europea en general; esto contrastaba dramáticamente con el intento de "interiorizar", es decir, de radicalizar e intensificar la Revolución en la propia Francia en beneficio de la plebe, como habían hecho Robespierre y sus consortes mediante el Terror. Las guerras asociadas a esta "externalización" de la Revolución —en las que muchos empresarios obtuvieron enormes beneficios gracias a los pedidos estatales de armas, uniformes, etc.— sirvieron también para neutralizar a los inquietos *sansculottes* y otros representantes del "populacho", alejándolos físicamente del país y sobre todo de París, y metamorfosearon su entusiasmo revolucionario, demasiado peligroso desde el punto de vista burgués, en nacionalismo francés (conocido como "chovinismo"), fanático pero socialmente inofensivo.[3] La Revolución Francesa se reveló no sólo como un poderoso estímulo del nacionalismo en Francia, sino también en otros países, especialmente los ocupados por Francia, como Alemania e Italia, donde la reacción contra el chovinismo

[3] Pauwels (2007), pp. 191-98.

francés y el imperialismo bonapartista supuso el florecimiento de una fiebre patriótica de cosecha propia.

La Revolución desembocó así en una serie de guerras. Pero no hay que olvidar que fue otra serie de guerras, a saber, la Guerra de los Siete Años (1756-1763), una guerra mundial *avant la lettre,* y la Guerra de Independencia de Estados Unidos (1775-1783), la que había endeudado profundamente al reino de los Luises y provocado así una crisis fiscal responsable en muchos aspectos del estallido de la "Gran Revolución" en París en 1789. Por todo ello, no es de extrañar que en el siglo siguiente a 1789 las guerras volvieran a engendrar revoluciones y viceversa. Pensemos en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que produjo la Comuna de París, o en la guerra ruso-japonesa de 1905, catalizadora de una revolución en Rusia. ¿Y no iba a ser la Primera Guerra Mundial la "madre" de la Revolución Rusa de 1917?

29

A pesar del Terror y de las guerras asociadas a él, la Revolución Francesa supuso un auténtico "gran salto adelante" en la historia de la humanidad. La "Gran Revolución" estableció principios importantes como la libertad y la igualdad, aunque fuera una mera igualdad ante la ley. Los revolucionarios también formularon una muy solemne "declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" e introdujeron reformas "ilustradas" y "modernas" como la separación de la Iglesia y el Estado. La Revolución Francesa fue en muchos sentidos un primer intento de "emancipar" o "liberar" a los miembros de las clases bajas, no sólo políticamente, sino también social y económicamente. Se puede decir que la Revolución Francesa inauguró la era de la *democracia,* un sistema *político*, pero también *socioeconómico*, en el que el poder es ejercido por y para todo el pueblo, incluida la mayoría de clase baja —o, por utilizar la terminología griega antigua, el *demos, los polloi* o "numerosos", en contraposición a los *oligoi* o "pocos" de la clase alta; los romanos hablaban de forma similar de los plebeyos y los patricios.[4] (El hecho innegable de que innumerables miembros de la clase baja crean pertenecer a la clase media es una cuestión que no puede tratarse aquí).

El Antiguo Régimen había sido la edad de oro de la élite aristocrática y eclesiástica, la "clase alta" original y por excelencia de Europa. Con la

[4] Rosenberg, pp. 25, 45.

Revolución, los franceses pasaron repentinamente de ser súbditos impotentes (*sujets*) de una cabeza coronada a ciudadanos de pleno derecho (*citoyens*) de un Estado que debía funcionar en su interés, en lugar de ser una especie de posesión personal de reyes como Luis XIV. (A partir de entonces, incluso los "plebeyos" tenían algo que decir, no sólo los miembros de la clase media, sino incluso la "gente pequeña" de la clase baja, los plebeyos, como los campesinos, los artesanos y los obreros. La Revolución Francesa señaló el camino hacia la democracia, iniciando el proceso de democratización que aún hoy continúa y que, tras más de dos siglos de altibajos, sigue incompleto e inacabado.

30

En 1815, el campo de batalla de Waterloo fue testigo del triunfo de la contrarrevolución, es decir, de los señores del *ancien régime* europeo, las cabezas coronadas, la nobleza terrateniente, y también de las iglesias que estaban unidas como siameses a las grandes monarquías, a saber, la Iglesia católica en el Imperio de los Habsburgo, el luteranismo en Prusia, el anglicanismo en Gran Bretaña y la Iglesia ortodoxa en el Imperio ruso. Los logros de la Revolución se deshicieron, al menos en la medida de lo posible, no sólo en Francia, donde otro Luis ascendió al trono gracias a los británicos, rusos y otros vencedores, sino en todos los países —por ejemplo en Bélgica— donde el Directorio y Napoleón habían exportado la manifestación moderada y burguesa de la Revolución. Las cabezas coronadas se reunieron en el famoso Congreso de Viena para retroceder todo lo posible a los "buenos viejos" tiempos anteriores a la Revolución Francesa. Se estableció así en toda Europa una especie de orden neofeudal, cuya estructura básica sobreviviría hasta 1914. En Rusia, la servidumbre —una institución típicamente feudal y medieval— ¡se mantendría hasta 1861!

Con el triunfo de la contrarrevolución en 1815, la marea intelectual y cultural también cambió en Europa. En muchos aspectos, la Revolución Francesa había encontrado inspiración en las ideas de la Ilustración, un movimiento cultural asociado al pensamiento crítico, lógico e incluso científico, no sólo con respecto a la naturaleza, sino también a la sociedad humana, incluidos los problemas de índole política y social. Con cierto optimismo, la Ilustración consideraba al ser humano como intrínsecamente bueno, dotado de razón y, por tanto, capaz de pensar racionalmente, de identificar y comprender los problemas y de encontrar soluciones, incluidas las soluciones a los problemas políticos y socioeconómicos. De Voltaire,

Rousseau y otros filósofos "ilustrados", los revolucionarios habían aprendido que era posible crear una sociedad mejor. Los modelos que tenían en mente procedían de la Antigüedad clásica, por ejemplo, la democracia ateniense y la república romana. La fase radical de la Revolución recuperó así una forma de gobierno "clásica", la república. Al igual que los filósofos de la Ilustración, los revolucionarios creían firmemente en la existencia de derechos y valores que se aplicaban a todos los hombres, es decir, valores *universales*, como la libertad y la igualdad. En este sentido, la Revolución Francesa fue mucho más que una revolución *hecha en Francia:* fue una revolución internacional, una revolución con una misión universal y con repercusiones en todo el mundo. (Es cierto, por supuesto, que se inventaron todo tipo de argumentos para restringir los derechos recién proclamados a los seres humanos de la variedad masculina y blanca).

31

La Ilustración también inspiró una nueva teoría *económica,* racional y supuestamente científica, que difería en gran medida de las ideas y prácticas proteccionistas y "mercantilistas" imperantes hasta entonces. Este tipo de pensamiento ha pasado a la historia bajo la etiqueta de "liberalismo". Predicaba las ventajas de la "libre" circulación de mercancías y de mano de obra, de la competencia entre productores y comerciantes, y de la mayor restricción posible del papel del Estado en la vida económica, reduciéndolo esencialmente al de "vigilante nocturno". En la vida económica había que dejar a los actores la mayor libertad de acción posible, actitud que se resumía en el lema *"laissez faire*", pues se creía que la "mano invisible" del "libre mercado" garantizaba que la búsqueda de ventajas personales por parte de cada individuo produciría las mayores ventajas posibles para toda la comunidad. El liberalismo funcionaba como una ideología, es decir, reflejaba y favorecía los intereses de los propietarios, principalmente burgueses, del capital, de los medios de producción comerciales e industriales, de los bienes "móviles" frente a los bienes "inmóviles" que constituían la riqueza de la nobleza y de la Iglesia. De este modo, el liberalismo sirvió en realidad de modelo para una economía y una sociedad capitalistas.

Es bien sabido que la Biblia de este nuevo tipo de pensamiento socioeconómico fue el libro *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones,* escrito por un escocés, Adam Smith (1723-1790). Este libro, publicado en 1776, en vísperas de la Revolución

Francesa, sirvió como perfecta molienda intelectual para el molino de la burguesía de Gran Bretaña, un país donde la revolución industrial ya estaba en pleno apogeo. Sin embargo, al igual que otras formas de pensar de la Ilustración, las nuevas ideas liberales eran "universales" y atraían también a la creciente clase media de otros países, incluida Francia, donde la burguesía había empezado a poner en práctica todo tipo de ideas ilustradas durante la Revolución.

32

Pero tras la batalla de Waterloo, las ideas de la Ilustración pasaron rápidamente de moda. En adelante, el tono lo marcó el Romanticismo, una corriente intelectual y cultural que hacía hincapié en la impotencia, las limitaciones y los bajos instintos del ser humano, así como en su impotencia frente a Dios o la naturaleza. El Romanticismo presentaba el mundo y nuestra existencia como misterios insondables en lugar de objetos de investigación científica; y glorificaba el sentimiento y la intuición en lugar del pensamiento racional, la fe y la religión en detrimento del conocimiento y la ciencia. Los románticos también negaban la existencia de valores y derechos universales: no sólo cada individuo, sino cada pueblo era único y tenía su propia alma —un *Volksgeist,* como lo llamó el filósofo alemán Johann Gottfried von Herder—, reflejada por su propia lengua, tradiciones y valores, su propio pasado (o historia) y su propio destino, determinado por la providencia divina o por algún destino misterioso pero omnipotente.

El Romanticismo iba a funcionar como un poderoso estímulo para el nacionalismo, también producto de la Revolución Francesa, como hemos visto. El nacionalismo, que marcaría en gran medida los siglos XIX y XX, fue un fenómeno ambiguo. Podía ser y a menudo era de naturaleza progresista, sobre todo en Francia, y estaba asociado a las ideas típicamente burguesas de la Ilustración, especialmente al liberalismo, pero a veces también a nociones revolucionarias radicales, como las ideas "jacobinas" de Robespierre, y más tarde también al socialismo. Pero fuera de Francia, el nacionalismo se reveló a menudo contrarrevolucionario, estrechamente ligado a la religión en general y al cristianismo en particular, a la monarquía, la nobleza y el *antiguo régimen* en general, y al pensamiento conservador y romántico. Incluso hoy, el nacionalismo puede

ser conservador e incluso reaccionario, pero también progresista y "emancipador".[5]

No es una coincidencia que el Romanticismo encontrara inspiración en la Edad Media, la edad de oro de la nobleza, la clase alta tradicional que, después de 1815, habiendo superado el desafío de la Revolución Francesa, se encontró firmemente de nuevo en la silla del poder, o eso creía, y la Iglesia que, después del estallido de anticlericalismo engendrado por la Revolución Francesa, soñaba con un regreso glorioso. El Romanticismo reflejaba la nostalgia de los "buenos viejos tiempos" anteriores a la Revolución Francesa, cuando todos —tanto el señor como sus súbditos— conocían y aceptaban el papel que supuestamente les correspondía de forma natural o divina en la sociedad. Los héroes de la literatura romántica eran cruzados y caballeros orgullosos como Ivanhoe, vírgenes bonitas pero castas, monjes piadosos y campesinos sencillos pero trabajadores y, por supuesto, humildes y dóciles. En beneficio de los lectores, los autores ensalzaban las virtudes de la caballería, de la lealtad feudal al soberano y a la gloriosa dinastía de la nación y, por último, pero no por ello menos importante, de la devoción cristiana. Innumerables ciudadanos británicos que en 1914 responderían con entusiasmo a la "convocatoria" intrínsecamente feudal de ir a la guerra "por el rey y la patria" habían leído *Ivanhoe*, una obra romántica arquetípica, escrita en 1820 por un escocés, Sir Walter Scott. La arquitectura también reflejaba el espíritu de la época: iglesias y castillos neomedievales —como los muy *kitsch* "castillos de cuento de hadas" del rey Luis II de Baviera— surgían por doquier como setas. Incluso los templos de la ciencia moderna, las universidades, de las que se fundaron muchas en aquella época, se construyeron en estilo neogótico o en alguna otra forma de revivalismo medieval.

33

El Romanticismo tuvo un gemelo siamés en el plano político y social, a saber, la ideología conocida hoy como "conservadurismo". Sus protagonistas —sobre todo Edmund Burke, autor de *Reflexiones sobre la Revolución en Francia,* libro publicado en 1790 y traducido inmediatamente al francés— fueron contemporáneos de las grandes figuras masculinas y femeninas del Romanticismo, como François Rene de

---

[5] Véase, por ejemplo, el artículo de Jef Verschueren, "Het grote taboe: Braaf Nationalisme, vroeger en nu".

Chateaubriand, quien supuestamente inventó el término "conservadurismo" en 1819. Todos ellos fueron, sin excepción, enemigos mortales de la Revolución Francesa y simultáneamente partidarios de la contrarrevolución o, como también puede decirse, de la "reacción". Predicaban que todo lo que existe es natural o querido por Dios y que, en consecuencia, todo lo que es también debe serlo y no puede ser modificado en modo alguno por el hombre. Del mismo modo, se decía que una sociedad humana jerárquica era natural o querida por Dios; cualquier intento de mejorar esta sociedad está, por tanto, condenado al fracaso —al fracaso catastrófico, porque tal arrogancia es castigada inmediatamente por la naturaleza o por Dios. La tragedia de la Revolución Francesa, con todo su derramamiento de sangre, presumiblemente había demostrado esta verdad. El cambio, se proclamaba, sólo podía resultar de un "crecimiento orgánico" lento y gradual, nunca de la intromisión humana y, desde luego, no de la revolución. El libro que difundió esta ideología con mayor eficacia, aunque no necesariamente de forma deliberada*, fue Frankenstein; Or, the Modern Prometheus,* escrito por Mary Shelley y publicado en 1818. En esta novela "gótica", los experimentos de un científico, el Dr. Frankenstein, producen para su consternación un horrible monstruo. La moraleja de la historia era la siguiente: en primer lugar, el hombre no tiene derecho a juguetear con la creación de Dios y, por consiguiente, ni siquiera con la sociedad humana; en segundo lugar, ¡no es de extrañar que el gran experimento político de la Revolución Francesa hubiera engendrado el Terror!

34

Al Romanticismo no le gustaban los cambios, y desde luego no los cambios rápidos, pero en la edad de oro del Romanticismo muchas cosas cambiaban muy deprisa. El siglo XIX no sólo fue testigo de la famosa revolución industrial, sino también de una revolución agrícola que, debido a factores como la mecanización, se hizo más productiva y, por tanto, menos intensiva en mano de obra. Simultáneamente, Europa experimentó una revolución demográfica, un espectacular crecimiento de la población cuyas causas no es posible dilucidar aquí. En cualquier caso, todo ello produjo un excedente demográfico en el campo. Estos pobres rurales buscaron la salvación en la emigración, bien hacia el otro lado del Océano Atlántico, donde se podía conseguir tierra a bajo precio o incluso totalmente gratis —por ejemplo, en forma de tierras de los indios que estaban siendo masacrados en lo que algunos historiadores han llamado el

"Holocausto americano"—, bien hacia los nuevos centros industriales que estaban surgiendo en la propia Europa, como las Midlands inglesas o la cuenca alemana del Ruhr. Aun así, la clase obrera europea seguiría estando compuesta mayoritariamente por campesinos pobres. En 1900, el 36% de los alemanes y el 43% de los franceses seguían viviendo de la agricultura. En Bélgica, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, los campesinos aún formaban una cuarta parte de la población activa. Y durante esa guerra, la mayoría de los soldados serían campesinos. En 1914-18, ¡nada menos que 3,7 millones de ellos sirvieron sólo en el ejército francés![6]

En Europa, una gran parte de la población rural emigró a las ciudades industriales para encontrar trabajo en las fábricas. Y así, la población trabajadora de las ciudades creció espectacularmente en el transcurso del siglo XIX , pero estaba compuesta cada vez más por obreros fabriles mal pagados y asalariados, en lugar de por artesanos "independientes", tenderos, etc., como *los "sans-culottes"* parisinos de la época de la Revolución Francesa de 1789. Estos obreros fabriles se concentraban en el siniestro tipo de tugurios descritos tan vívidamente en las novelas de Charles Dickens; sin embargo, el estudio científico clásico sobre el destino de los obreros ingleses del siglo XIX es, por supuesto, *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844*, obra escrita por Friedrich Engels en 1844-1845. A diferencia de los artesanos, estos trabajadores pobres no tenían más posesiones que sus hijos, que es en realidad el significado de un famoso término que se originó en esa época, "proletarios", en el que se puede reconocer la palabra latina *proles,* "progenie", "descendencia" o "familia".

35

Todo el mundo era consciente de la extrema pobreza del proletariado industrial. Pero, ¿qué se podía hacer al respecto? Desde tiempos inmemoriales, la nobleza se había acostumbrado a ver a la mayoría del pueblo revolcarse en la miseria, y no encontraba nada particularmente malo o inusual en ello. La Iglesia respaldaba esta actitud predicando tradicionalmente que los pobres siempre estarían entre nosotros (y que seguramente heredarían el reino de Dios), pero que la caridad cristiana podía aportar algún alivio. En cuanto a la burguesía, derivaba una explicación de su sacrosanta ideología, el liberalismo, e insistía en que no

[6] De Schaepdrijver, p. 14; Hobsbawm (1994), pp. 20, 137; Kolko (1994), p. 97.

se podía hacer nada, ya que la "mano invisible" del mercado hacía su trabajo. Colegas eruditos de Adam Smith, como Thomas Malthus, explicaron que la pobreza era el resultado inevitable del crecimiento demográfico natural. La pobreza existía simplemente porque había demasiada gente en comparación con la tierra disponible, porque nunca se podrían producir suficientes alimentos para alimentar a un número de seres humanos que crecía demasiado rápido. Los pobres, en particular, se reproducen demasiado deprisa —en otras palabras, los pobres son los culpables de su propia pobreza— y la solución al problema de la pobreza se encuentra, por tanto, en la reducción del número de indigentes. El Estado puede ayudar a este respecto haciendo desaparecer a los pobres, por ejemplo, fomentando la emigración y deportando a las personas que cometen la menor fechoría a lejanas colonias penales como Australia. Pero las filas de los pobres se adelgazaron sobre todo a causa de enfermedades como la tuberculosis y el hambre, como ocurrió en Irlanda durante la "gran hambruna" de 1845-1850. Malthus identificó las enfermedades y la desnutrición como "controles positivos" introducidos por la propia Madre Naturaleza con el fin de reducir el número de indigentes y resolver así el problema de la pobreza. La guerra era otro de estos controles positivos según Malthus, que funcionaba para adelgazar *el ejército* de los pobres. Más adelante veremos que, durante los años que precedieron a 1914, muchos burgueses respetables creían firmemente que la guerra podía proporcionar una excelente solución malthusiana al problema de la sobreabundancia de pobres y, por tanto, de gente miserable, revoltosa y peligrosa.

Para mejorar su condición verdaderamente miserable, que de hecho inspiró la monumental novela de Victor Hugo *Los Miserables*, los pobres sólo podían contar con ellos mismos. Y, en efecto, era evidente que estaban lejos de estar satisfechos con su suerte. El proletariado tomó ejemplo de la Revolución Francesa y se reveló en muchas ocasiones y en muchos países, regiones y ciudades como descontento, rebelde y, en ocasiones, incluso revolucionario, por ejemplo, en 1830 en París y en Bruselas, y en 1848 de nuevo en París y en muchas otras ciudades europeas.

[36]

Después de 1815, a pesar del espíritu romántico y conservador de la época, la burguesía —tanto la alta burguesía como la pequeña burguesía— seguía estando bien dispuesta a la revolución, y no sólo en Francia. Buscaba una oportunidad para intentar de nuevo derrocar el viejo orden

feudal que se había restaurado tras Waterloo. Con el rápido desarrollo de las actividades típicamente burguesas, a saber, el comercio y sobre todo la industria (es decir, el rápido desarrollo del capitalismo), la alta burguesía, compuesta ahora cada vez más por industriales, se hizo cada vez más rica. Por el contrario, la nobleza, cuya riqueza se basaba en la propiedad de la tierra y, por tanto, sobre todo en la agricultura, se hizo *relativamente* menos rica. Por cierto, a los miembros de la nobleza terrateniente, asociados a la agricultura y que a menudo residían en fincas ancestrales del tipo de las que aparecen en la popular serie de televisión *Downton Abbey*, se les denominaba los "agrarios", en contraposición a los "industriales" burgueses (y banqueros) que solían residir en las ciudades, donde vivían en grandes casas comparativamente modernas pero igualmente imponentes.[7]

La burguesía era más bien tímida y mansa en el periodo inmediatamente posterior a Waterloo, en una época conocida en alemán como *Biedermeier;* sin embargo, a medida que esta clase acumulaba rápidamente grandes riquezas, también se volvía cada vez más segura de sí misma y, por tanto, política y socialmente más ambiciosa . En Francia, el fuego revolucionario volvió a encenderse pronto en el campo de la burguesía, y a través de las revoluciones de 1830 y 1848, durante las cuales el proletariado volvió a hacer la mayor parte de los sacrificios necesarios, se instauraron regímenes burgueses en París. En otros lugares, la burguesía "naciente" despliega su ambición y su energía revolucionaria. Tal fue el caso del Reino de los Países Bajos, por ejemplo, donde en 1830 un levantamiento proletario en la rápidamente industrializada parte sur del país fue "secuestrado" por la burguesía local y sutilmente transformado en una "revolución nacional". El resultado fue un nuevo país, llamado Bélgica, que en realidad era el nombre latino utilizado por los humanistas del siglo XVI para referirse a los Países Bajos. La nueva nación estaba predestinada a ser gobernada por su alta burguesía, aunque en colaboración con la nobleza y la Iglesia católica. Este compromiso se reflejó en la forma de gobierno, una monarquía, que complacía a la nobleza, dirigida por un rey que era católico (converso), lo que complacía a la Iglesia. Pero se trataba de una monarquía constitucional, dotada de una constitución muy liberal, que convenía a los

[7] Véase, por ejemplo, MacMillan (2013), pp. 35-36.

industriales, banqueros y otros tipos de clase media alta. No fue casualidad que Marx describiera Bélgica como un "paraíso para los capitalistas".[8]

37

También en Gran Bretaña, donde la revolución industrial había avanzado más, con diferencia, y donde, por tanto, la clase media alta se había enriquecido enormemente, esta clase pudo desempeñar un papel cada vez más importante en la vida política y social. Tras una serie de reformas introducidas en las décadas de 1830 y 1840, la burguesía británica, representada en la arena política por el Partido Liberal, consiguió aumentar su influencia política y su prestigio social sin tener que recurrir a una revolución. Pero la nobleza seguiría siendo la clase más poderosa, gracias sobre todo a instituciones como la propia monarquía y la no elegida Cámara de los Lores. A lo largo del siglo XIX, todos los puestos clave de la diplomacia, el ejército y la judicatura permanecieron firmemente en manos de la nobleza.[9]

A la burguesía no le fue tan bien en Europa Central y Oriental, por ejemplo en Prusia y en los demás estados de Alemania, que aún no estaba unificada, o en el Imperio de los Habsburgo. Las revoluciones que estallaron en Berlín, Viena, etc., en el gran año revolucionario — "el año loco" (*das toile Jahr*)— que resultó ser 1848, unidas a los intentos de instaurar sistemas burgueses "liberales" (con la indispensable ayuda del proletariado), fracasaron lamentablemente. Las cabezas coronadas y los señores nobles *del ancien régime* entraron brevemente en pánico, pero pronto se recuperaron y consiguieron preservar su monopolio del poder político. En Rusia, la burguesía simplemente nunca tuvo la oportunidad de soñar siquiera con hacerse con una parte del poder.

---

[8] Véase el libro de Maurice Bologne, *L'insurrection proletarienne de 1830 en Belgique.*
[9] Mayer (2010), pp. 178-79.

Capítulo 2

La nobleza y la burguesía: Una simbiosis contrarrevolucionaria

Tras sus traumáticas experiencias de 1848 y 1871 — "el año loco" y el annus horribilis de la Comuna de París, respectivamente—, la burguesía deja de ser revolucionaria y se une a la nobleza y a la Iglesia en el campo contrarrevolucionario ...

Después de 1815, la burguesía europea, aunque temporalmente escarmentada, seguía siendo una clase progresista y revolucionaria, deseosa de alcanzar sus objetivos liberales mediante reformas o, si era necesario, mediante la revolución. Pero es dudoso que la burguesía hubiera podido llegar al poder, o al menos hacerse con una parte importante del mismo, en Francia y Bélgica en 1830 y en Francia de nuevo en 1848, sin el apoyo activo de esa otra clase revolucionaria, los trabajadores de París y otras grandes ciudades, que ya habían hecho la mayor parte del trabajo duro en 1789. Bajo el *ancien régime*, la vida de los "inferiores" nunca había sido más que "desagradable, brutal y corta", por citar al filósofo inglés del siglo XVII Thomas Hobbes;[1] y en el verano de 1789, cuando el pan se había vuelto escaso y extremadamente caro, la población parisina se hartó de esta miseria y se levantó en armas. Este tipo de escenario se repetiría en 1830 y 1848. También entonces, el hambre y la miseria en general motivaron a la "gente pequeña" de París (y de Bruselas en 1830) a cometer grandes gestas revolucionarias. Reflexionando sobre ello, Marx llegó a la conclusión de que el aumento

[1] http://www.phrases.org.uk/meanings/254050.html.

de la miseria o "pauperización" empujaría necesariamente al proletariado a los brazos de la revolución.

[39]

De la revolución de 1830, la burguesía aún podía controlar fácilmente el desarrollo y el resultado. Así nació el reinado muy altoburgués de Luis Felipe, el "rey burgués". En cambio, el "pequeño" pueblo, que había hecho posible el éxito de la revolución, se quedó con las manos vacías. En 1848, sin embargo, se desarrolló en París un escenario revolucionario muy diferente. Se llegó a una verdadera revolución social por la que las clases bajas amenazaban con llegar al poder a costa no sólo de la nobleza, sino también de la propia burguesía. Para evitar lo peor, la burguesía tuvo que satisfacer a regañadientes ciertas demandas radicales del pueblo. Se reintrodujo el sufragio universal y esta vez se abolió definitivamente la esclavitud. Pero cuando, exactamente igual que en la época de Robespierre, la revolución amenazó con radicalizarse aún más, la burguesía decidió que ya había tenido bastante. Se movilizaron tropas para enseñar buenos modales a los "insurgentes", se orquestó un nuevo *brumario* y otro Bonaparte apareció en escena como un *deus ex machina* para sostener su mano protectora sobre las cabezas de la burguesía francesa.

Este "Segundo Imperio" de Napoleón III, sobrino del primer Napoleón, se reveló como la edad de oro de la alta burguesía francesa. Sin embargo, este idilio duró poco y expiró sin gloria con una humillante derrota durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Una vez más, la guerra desembocó en una revolución, y ésta llegó en la primavera de 1871 bajo la forma de la Comuna de París, que sería sofocada en sangre por el ejército. Cuando finalmente se disipó el humo de la guerra y la revolución, Francia se encontró con un nuevo régimen burgués, la Tercera República, un sistema que sobreviviría hasta 1940. En este estado, no sólo la clase alta sino también la clase media-baja, la pequeña burguesía, tenían voz en el ámbito de la política, aunque comparativamente poca en el caso de esta última. Pero en la administración del Estado, en la diplomacia y, sobre todo, en el ejército, la vieja nobleza terrateniente y esencialmente católica seguía teniendo el

control. En 1914, un porcentaje desproporcionadamente alto de los generales y otros altos oficiales seguiría siendo de origen noble.[2]

40

Tanto para la burguesía como para la nobleza, no sólo en Francia sino en toda Europa e incluso en el lejano Estados Unidos, la Comuna de París resultó ser un acontecimiento extremadamente traumático. Este levantamiento en la capital francesa, que fue condenado por el muy influyente filósofo burgués elitista Friedrich Nietzsche como obra de "esclavos bárbaros",[3] parecía haber sido una auténtica revolución proletaria. La opinión general era que, de no haber intervenido las autoridades con tanta firmeza, habría supuesto el fin del orden político y socioeconómico establecido.[4] En cualquier caso, como resultado de sus experiencias con las revoluciones de 1848 y de la Comuna de París, la burguesía internacional cargó en adelante con una gran angustia y horror respecto a las revoluciones, y se unió a la nobleza y a la Iglesia en el campo contrarrevolucionario.

Hasta 1848, la burguesía y el proletariado habían sido aliados progresistas e incluso revolucionarios en la lucha de clases contra la nobleza y la Iglesia contrarrevolucionarias. Después de 1871, la burguesía y la nobleza constituyeron un frente común conservador y contrarrevolucionario contra el proletariado y las masas populares en general. "La revolución industrial", escribe un historiador alemán, H.W. Koch,

> *No sólo había creado una nueva clase media, sino también un creciente proletariado urbano, que con el tiempo empezó a formular sus propias reivindicaciones políticas y sociales. Frente a esta nueva clase obrera, los liberales empezaron a defender el statu quo político y social y, en consecuencia, se vieron obligados a aparecer como conservadores y reaccionarios.*[5]

---

[2] Blum, p. 420.

[3] Citado en Losurdo (2006b), p. 74.

[4] Véase, por ejemplo, Hobsbawm (1979), p. 183; Hobsbawm (1994), p. 84; Stone y Kuznick, pp. xviii-xx.

[5] Koch, p. 332.

De hecho, la burguesía era ahora conservadora y reaccionaria. Tras el año revolucionario de 1848, y desde luego tras la Comuna de París de 1871, se forjó una especie de alianza o "simbiosis activa", como la llamaría el economista y politólogo austriaco-americano Joseph Schumpeter,[6] de las dos "clases propietarias". En muchos sentidos, la clase alta tradicional, la nobleza, y el nivel superior de la clase media, la alta burguesía, se fusionaban en una única clase alta, una única "élite de poder" o "establishment". Esto era así a pesar de que, en el plano político, la nobleza prefería los partidos conservadores (y/o cristianos), mientras que la alta burguesía se decantaba por los partidos liberales. (El historiador y filósofo italiano Domenico Losurdo habla en este contexto de "fusión de la antigua y de la nueva *clase dominante*", *fusione tra vecchia e nuova class dominante*).[7]

41

Lo que unía a ambos era su miedo común (y, de hecho, su aversión) a las "clases bajas" potencialmente revolucionarias del proletariado. A partir de entonces, a estas últimas se las denominaría cada vez más las "*clases peligrosas" (classes dangereuses*) o la "vil multitud". Es importante señalar, por último, que el gran temor de las clases propietarias a la revolución iba unido a la determinación de luchar con uñas y dientes contra cualquier reforma que pudiera socavar sus propios privilegios, lo que ocurría con la mayoría de las reformas, pero especialmente con las reformas radicales. En cambio, las reformas moderadas se consideraban aceptables si servían para impedir las reformas radicales y, sobre todo, las revoluciones. Pronto veremos que *la guerra* se consideraba una estratagema eficaz en la lucha contra las reformas y la revolución, y que la Primera Guerra Mundial debe entenderse desde esta perspectiva.

El modus vivendi que surgió entre la nobleza y la burguesía fue de la mano de una "interpenetración" social y económica de estas dos clases. Los aristócratas se casaban con miembros de la alta burguesía y viceversa. En ocasiones, miembros meritorios de la burguesía eran "elevados" a la nobleza; contribuían así a una especie de "aburguesamiento" (*embourgeoisement*) de la vieja aristocracia. Los aristócratas también invirtieron cada vez más en proyectos industriales,

---

[6] Mayer (2010), p. 133.
[7] Losurdo (2013), p. 148.

sobre todo cuando sus vastas propiedades resultaron contener minerales importantes para la industria. A la inversa, los burgueses acomodados invertían a menudo parte de sus fortunas en vastos dominios rurales, prestigiosas casas de campo y otras formas de propiedad terrateniente o "inmóvil". (Este tipo de propiedad, hasta entonces monopolio de la nobleza, seguía considerándose como la forma primordial y genuinamente legítima de riqueza, por lo que se denominaba "bienes inmuebles"). En cualquier caso, vistos desde el punto de vista del proletariado, la alta burguesía y la nobleza constituyeron en adelante una única clase superior de ricos y poderosos, de "plutócratas".[8]

42

Debido a su gran riqueza, la alta burguesía formaba parte, junto con la nobleza, de la *clase dominante*, pero no necesariamente de la *clase gobernante*, es decir, de la clase que disfrutaba del poder político. Dicho de otro modo, aunque en todas partes la burguesía tenía un poder *económico* y *financiero* considerable (y en rápido crecimiento), no siempre poseía mucho poder político, y en muchos Estados era prácticamente impotente, políticamente hablando. La burguesía *gobernó* en Francia, Bélgica y Gran Bretaña, pero en colaboración con la nobleza. Incluso en Francia, esta última clase estaba lejos de ser eliminada a pesar de una serie de revoluciones. Sólo al otro lado del Océano Atlántico, en Estados Unidos, la clase media-alta industrial consiguió hacerse con el monopolio del poder político, sobre todo después de haber eliminado —durante la guerra civil de 1861-1865— la competencia "agraria", es decir, la cuasiaristocracia de los grandes terratenientes de los estados del sur, los "barones del algodón" esclavistas. En todas partes —por ejemplo, en los gigantescos imperios alemán, ruso y de los Habsburgo— la nobleza era y seguía siendo la única clase gobernante.

Se puede decir que en Europa la nobleza siguió marcando generalmente la pauta en el plano político y social, como ha subrayado Arno Mayer en un notable estudio, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War,* publicado originalmente en 1981. Esta clase noble gobernante, escribe Mayer, estaba sólidamente replegada tras los muros de "sistemas autoritarios absolutistas de diferentes grados de ilustración y encabezados por monarcas hereditarios" y contaba con el

[8] Blum, pp. 422-27.

apoyo incondicional de la Iglesia, a su vez gran terrateniente, cuyos obispos y otros prelados o "príncipes" eran generalmente vástagos de familias nobles. Mayer cita a Friedrich Engels, quien observó que mientras "la sociedad se volvía cada vez más burguesa... el orden político seguía siendo feudal".[9]

43

Fue sobre todo en Alemania y en el Imperio de los Habsburgo —conocido como Austria-Hungría, Monarquía del Danubio o Monarquía Dual tras una importante reforma constitucional en 1867, el llamado *Ausgleich* o "compromiso"— donde el sistema político había seguido siendo esencialmente feudal. En 1848, tanto en Berlín como en Viena, la burguesía aún soñaba con una república liberal y había levantado barricadas. Pero tras aquel "año loco" abandonó sus aspiraciones revolucionarias y optó por una vía contrarrevolucionaria. La nobleza podía así seguir disfrutando del monopolio del poder político y militar y del prestigio social, al tiempo que seguía marcando la pauta en el plano cultural, como reflejaban las operetas con aristócratas como estrellas y héroes. Con respecto a los industriales burgueses alemanes, Arno Mayer observa que "una vez que percibieron [el ascenso del socialismo] como un peligro claro y presente, prácticamente abandonaron lo que les quedaba de su apuesta por una cuota de poder político acorde con sus recién adquiridas posiciones materiales".[10] "A partir de entonces, la burguesía centroeuropea se concentró en su vocación económica, la acumulación de riquezas, el famoso "proceso de acumulación", que de hecho era también la principal preocupación de sus homólogos en todos los demás países. La clase media alta alemana y austrohúngara estaba obviamente motivada por el miedo a una revolución proletaria y por la comprensión de que un Estado monárquico autocrático dirigido por aristócratas con impecables credenciales contrarrevolucionarias ofrecía el mejor seguro contra este peligro. "Necesitamos una monarquía fuerte",

[9] Mayer (2010), pp. 7, 131.
[10] Mayer (2010), pp. 97-98.

escribió el famoso historiador Heinrich von Treitschke en 1869, "para mantener la paz en nuestra sociedad".[11]

El sistema político que mejor ejemplificaba este nuevo *modus vivendi* de nobleza y alta burguesía era sin duda el del nuevo Imperio alemán, nacido en 1871 y gobernado durante muchos años con mano de hierro por Otto von Bismarck. En este Estado, la nobleza agraria, representada principalmente por los junkers prusianos terratenientes como el propio Bismarck, monopolizaba el poder político, burocrático, judicial y militar y seguía marcando la pauta a nivel social, cultural e intelectual. Como ha subrayado el politólogo francés Nicos Poulantzas, lo que imperaba en Alemania era

> *la ideología feudal de la nobleza, caracterizada por el militarismo, el respeto a la autoridad del Estado y de las clases superiores, la disciplina social, la fe cristiana, etc.; por el contrario, en esta Alemania el "liberalismo", ideología burguesa por excelencia en el contexto europeo, nunca tuvo la menor posibilidad de arraigar.*[12]

44

Pero, al mismo tiempo, el Estado hizo posible que la clase media alta y, sobre todo, los industriales como Krupp se enriquecieran espectacularmente gracias a los encargos estatales —¡de cañones, por ejemplo! — y gozar de un considerable prestigio social, a veces mediante la adquisición de un título nobiliario. El propio Bismarck describió este *modus vivendi* de aristócratas agrarios e industriales de la alta burguesía como "un matrimonio de hierro y centeno". A pesar de sus preferencias liberales, los industriales (y financieros) alemanes se reconciliaron así con el sistema político feudal del Estado bismarckiano. Y se aficionaron a la forma autoritaria en que ese Estado mantenía el orden interno y a la agresiva política exterior y las guerras que permitieron al "canciller de hierro" crear un gran y poderoso Imperio alemán, todo lo cual les ofrecía considerables ventajas. (Después de la Gran Guerra, cuando Alemania se convirtió en una república liberal y relativamente democrática, la mayoría

---

[11] Citado en Winkler, pp. 51-52. Winkler también cita al historiador liberal alemán Hermann Baumgarten, que escribió en 1866 que "el burgués ha sido creado para trabajar, no para gobernar".

[12] Poulantzas, pp. 118-19.

de los grandes industriales y banqueros del país experimentarían una gran nostalgia por la época del Imperio autoritario anterior a 1914).

Tanto si la nobleza dominaba en el plano político como si, como en Francia, se convertía en socio menor de la alta burguesía, en todas partes de Europa estas dos clases colaboraron en adelante estrechamente al servicio de la causa contrarrevolucionaria , y los Estados feudal-burgueses hicieron todo lo que estuvo en su mano para defender y promover los intereses de estas dos clases. Entre la nobleza y la burguesía subsistían importantes diferencias de opinión, por ejemplo con respecto a la importación de productos agrícolas; los conservadores agrarios querían mantener elevados derechos de importación para proteger los precios de sus propios productos agrícolas, mientras que los industriales liberales preferían eliminar esos aranceles para bajar los precios de los productos alimenticios y poder así pagar bajos salarios a sus trabajadores.[13] Sin embargo, lo más importante fue que, bajo los auspicios del "matrimonio de conveniencia" de la nobleza y la clase media-alta, los Estados europeos emprendieron ciertos proyectos que se revelaron especialmente rentables para ambas clases.

45

El siglo XIX fue la era de la revolución industrial y se caracterizó por un rápido crecimiento económico en todos los países que experimentaron ese tipo de revolución. Así ocurrió sobre todo en Europa Occidental, especialmente en Gran Bretaña, Francia y Bélgica, así como en el país más importante de Europa Central, Alemania. Síntoma de este desarrollo fue la aparición, durante la década de 1870, de un nuevo tipo de crisis económica, una crisis que reflejaba el crecimiento de la productividad industrial. Típicas de la economía preindustrial, basada esencialmente en la agricultura, habían sido las crisis de subproducción. Se trataba de situaciones en las que la oferta no satisfacía la demanda, lo que producía todo tipo de carencias que a su vez desencadenaban hambrunas y enfermedades. Estas crisis del viejo tipo persistieron en la década de 1840 en Irlanda (¡la tristemente célebre hambruna de la patata!), en la de 1860 en España y en la de 1890 en Rusia. Por otra parte, el nuevo tipo de

[13] En general, los gobiernos controlados por la nobleza tenían en cuenta los intereses de la industria, "pero sin embargo daban prioridad a la agricultura a gran escala", véase Mayer (2010), p. 33.

crisis económica, típica de una economía basada principalmente en la industria, una economía cada vez más productiva, era —y sigue siendo— una crisis de *sobreproducción,* en la que la oferta supera a la demanda, lo que provoca ralentizaciones e incluso cierres de empresas, despidos, reducciones salariales, desempleo, etc.; esto conduce a una reducción del poder adquisitivo y a una mayor constricción de la demanda.

Este último tipo de crisis se manifestó por primera vez durante la década de 1870, y esta "depresión" tuvo profundas consecuencias. En primer lugar, innumerables pequeños productores industriales se convirtieron en sus víctimas y desaparecieron de la escena económica, al menos en los países más desarrollados, es decir, en Europa Occidental y Central y en Estados Unidos. A partir de entonces, el panorama industrial quedó dominado por un grupo relativamente restringido de empresas gigantescas, en su mayoría sociedades anónimas o "corporaciones", así como asociaciones de empresas conocidas como cárteles y, por supuesto, grandes bancos. Estos "grandes" competían entre sí, pero cada vez más también celebraban acuerdos y colaboraban para repartirse las materias primas y los mercados, fijar los precios y encontrar otras formas de limitar al máximo las desventajas de la competencia en un mercado teóricamente "libre", y para defender y promover agresivamente sus intereses comunes frente a los competidores extranjeros y, por supuesto, frente a sus propios trabajadores y otros empleados. En este sistema, los grandes bancos desempeñaron un papel importante. Proporcionaban el crédito necesario para la producción industrial a gran escala y, al mismo tiempo, buscaban por todo el mundo oportunidades para invertir el capital excedente producido por los megabeneficios. (En este contexto, cabe destacar que las colonias —y las "semicolonias"— no sólo eran importantes como fuentes de materias primas y mano de obra barata, así como mercados para los productos industriales acabados, sino también como regiones que ofrecían oportunidades lucrativas para el capital de inversión). Los grandes bancos se convirtieron así en socios e incluso en propietarios, o al menos en accionistas importantes, de las empresas. La concentración, el gigantismo, los oligopolios e incluso los monopolios caracterizaron esta nueva etapa del desarrollo del capitalismo. El término "imperialismo" ya se había utilizado en relación con el establecimiento de imperios

mundiales como el de Gran Bretaña, pero fue Lenin quien lo utilizaría para referirse a esta fase, a esta manifestación del capitalismo.

46

Hasta entonces, la burguesía industrial y financiera había estado muy apegada al pensamiento liberal y laissez-faire de Adam Smith, que sólo había asignado al Estado un papel mínimo en la vida económica, a saber, el de "vigilante nocturno". Sin embargo, el papel del Estado era cada vez más importante, por ejemplo como comprador de productos industriales como pistolas y otras armas de Krupp. También se contaba con la intervención del Estado para proteger a las corporaciones del país contra la competencia extranjera mediante aranceles a la importación de productos acabados, aunque esto violara el dogma liberal clásico del libre mercado y la libre competencia. Surgieron así por doquier "sistemas económicos nacionales" o "economías nacionales", que procedieron a competir ferozmente entre sí.[14] El ejemplo más conocido de este tipo de "carrera de ratas" es la rivalidad entre la superpotencia industrial que entonces era Gran Bretaña y la estrella emergente del firmamento industrial, Alemania. Esta rivalidad fue especialmente aguda y estaba predestinada a desembocar en la guerra entre esos dos países en 1914; un historiador inglés, Neil Faulkner, proclamó recientemente que había sido "el eje principal de la crisis europea de 1914". Pero al mismo tiempo subrayaba que "el crecimiento de los monopolios gigantes y la fusión del capital industrial, bancario y estatal habían creado un peligroso mundo de nacionalismos en pugna", que fueron "la causa más profunda de la Primera Guerra Mundial".[15]

La intervención del Estado —que los economistas califican de "dirigismo" o "estatismo"— era también indispensable para la adquisición de fuentes de materias primas, nuevos mercados y mano de obra barata. En el siglo XIX, los industriales ya eran lo que siguen siendo hoy, es decir, "cazadores de materias primas"[16] así como "conquistadores de mercados", y contaban con el Estado para cazar materias primas y conquistar mercados en todo el mundo en su nombre. Además, tanto los industriales como los grandes terratenientes buscaban siempre la mano

[14] Hobsbawm (1994), pp. 34-43.
[15] Faulkner (2013), pp. 14-15.
[16] Título de un libro de Raf Custers.

de obra más barata posible. La esclavitud había sido útil durante mucho tiempo desde este punto de vista, pero en el transcurso del siglo XIX tuvo que ser abolida por razones que no podemos examinar aquí.[17] En este contexto, los ingeniosos británicos desarrollaron el tristemente célebre sistema de los "coolies", es decir, la deportación sistemática de indios y chinos a cualquier parte del Imperio donde hubiera que realizar trabajos duros, sucios y/o peligrosos, por ejemplo, trabajos agotadores en las plantaciones de azúcar del Caribe o la construcción de vías férreas en las Montañas Rocosas canadienses. Otras potencias coloniales europeas también recurrieron a este tipo de pseudoesclavitud, como los franceses en Indochina, los holandeses en Indonesia y los belgas en el Congo.

47

La mano de obra barata y las materias primas eran bienes muy preciados que, por lo general, no estaban disponibles en cantidades suficientes ni a precios suficientemente bajos en los países industrializados, y el panorama nacional no ofrecía suficientes oportunidades para la inversión rentable del capital acumulado. Por ello, los industriales y banqueros comprendieron que el Estado también intentara resolver este problema mediante la adquisición del control directo o indirecto de regiones en las que aún existía un potencial considerable para tales inversiones. Siempre que eso era factible, se iba a trabajar al lado, en tierras vecinas. Esa forma de actuar fue durante mucho tiempo la especialidad de Estados Unidos, que se apoderó de los vastos territorios de los nativos americanos, que se extendían desde la "frontera" hasta la costa del Océano Pacífico, y también consiguió apoderarse de gran parte del territorio del vecino México. Pero en Europa sólo se podía soñar con logros tan grandiosos. Y, de hecho, eran numerosos los alemanes que, en aquella época, se inspiraban en la conquista estadounidense del "Salvaje Oeste" y fantaseaban con conquistas de similar envergadura en las vastas extensiones orientales de Europa; en otras palabras, que soñaban con una nueva edición del legendario *Drang nach Osten* germánico medieval. En consecuencia, en 1914 las anexiones territoriales en Europa Oriental no faltarían en la extensa lista de objetivos bélicos de Alemania. Incluso después de su derrota en 1918, este sueño de conquista territorial en el este perviviría

[17] Nos referimos a estudios sobre la esclavitud como la obra clásica de Eric Williams.

en la ambición de Adolf Hitler de conquistar "espacio vital" (*Lebensraum*) para el pueblo alemán en los confines orientales de Europa. Hitler nació en 1889 bajo la Monarquía Dual, pero cerca de la frontera alemana; era hijo de su época y de la sociedad que lo había engendrado.

48

Sin embargo, en general era más realista soñar con grandes adquisiciones territoriales en tierras lejanas, sobre todo en África. Esa parte del mundo estaba abundantemente bendecida con importantes materias primas como el cobre y el caucho, cantidades impresionantes de productos básicos como el café, los plátanos y comestibles exóticos por los que Europa estaba desarrollando entonces un gran apetito e incluso una dependencia; y los millones de nativos parecían anhelar una oportunidad de recibir los beneficios de la cultura británica o francesa y de la religión cristiana, un favor por el que corresponderían gustosamente trabajando como esclavos para el hombre blanco en alguna mina o plantación. Además, prácticamente en ningún lugar de África había Estados grandes y poderosos que pudieran oponer una resistencia eficaz a la penetración colonial de los europeos. (La excepción a esta última regla la proporcionó Etiopía, un imperio que derrotó a un ejército invasor italiano en Adowa en 1896).

Y así, durante la segunda mitad del siglo XIX —y sobre todo durante sus dos últimas décadas, esto a causa del ascenso del avatar imperialista del capitalismo— las potencias europeas y EEUU, una "neo-Europa" transatlántica, se hicieron con el control de enormes territorios en casi todo el mundo. La famosa "lucha por África" y la conquista del Oeste americano fueron los ejemplos más espectaculares de ello. Pero las rivalidades imperialistas entre las grandes potencias condujeron inevitablemente a la guerra, incluida la Gran Guerra, que Faulkner llama "una guerra imperialista".[18] Por otra parte, las aspiraciones imperialistas también inspiraron la formación de alianzas a corto e incluso a largo plazo entre los jugadores del gran juego imperialista. Pronto volveremos sobre el tema de las rivalidades imperialistas, las alianzas y la guerra.

La Francia de la Tercera República, la Alemania bismarckiana, esencialmente burguesa y profundamente feudal, y la Gran Bretaña, medio burguesa y medio feudal, participaron con entusiasmo en la

[18] Faulkner (2013), p. 15.

carrera por colonizar la mayor parte de África y gran parte del resto del mundo. Pero no todos tuvieron el mismo éxito. Durante la segunda mitad del siglo XIX, Gran Bretaña adquirió aproximadamente 12 millones de kilómetros cuadrados de territorio, Francia 9 millones, pero Alemania "sólo" 2,5 millones. En cualquier caso, junto con sus colonias, todas las potencias europeas ocupaban en conjunto no menos del 67% de la superficie terrestre del planeta en 1878, y en 1914 esa cifra había aumentado hasta el 84%.[19] En cada Estado europeo, la burguesía acogió con entusiasmo los mencionados beneficios del imperialismo para su industria y para su "economía nacional" en general, en forma de importantes materias primas, mercados exclusivos y una enorme reserva de mano de obra barata.

49

Para conquistar tierras lejanas se necesitaba un ejército, así como una marina de guerra y una marina mercante para transportar personal y mercancías de un lado a otro; igualmente útiles eran las armas modernas, necesarias para enseñar buenos modales a los nativos recalcitrantes. Esto resultó ser una bendición tanto para la burguesía como para la nobleza. La producción cada vez mayor de armas modernas reportó beneficios sin precedentes a ese tipo de industriales de los que Krupp era uno de los ejemplos más destacados. Ya en aquella época surgió lo que más tarde se llamaría un "complejo militar-industrial", un nexo de empresas privadas y burocracias estatales, industriales y banqueros, líderes políticos y militares de origen noble y de clase media alta con un interés común en la producción y venta de armas y en la expansión de los ejércitos. Para los industriales burgueses como Krupp, eso se traducía en pedidos y beneficios, y para la nobleza —tradicionalmente la clase militar en todos los países europeos— significaba carreras, ascensos y gloria.

La pugna por las colonias, sobre todo pero no exclusivamente en África, exacerbó la competencia y las tensiones entre los países, sobre todo entre las grandes potencias. En 1898, Gran Bretaña y Francia estuvieron a punto de entrar en guerra en Fashoda, en el lejano Sudán. La pugna por las posesiones coloniales también engendró enormes tensiones entre Gran Bretaña y Rusia con respecto a los territorios de Asia Central cercanos a las fronteras con la India británica, como

[19] Stone y Kuznick, p. xvii.

Afganistán. Es muy notable que en 1914 los británicos entraran en guerra del lado de Francia y Rusia contra Alemania, un país que no había sido un competidor importante en la carrera por las colonias. Más adelante veremos por qué fue así.

En cualquier caso, es obvio que los apetitos imperialistas desempeñarían un papel importante en el estallido de la Primera Guerra Mundial. De hecho, es debido a sus orígenes imperialistas que esta guerra acabó siendo una guerra mundial. Y mientras que las grandes potencias europeas se enfrentarían de la manera más espectacular en Europa, descenderían como buitres sobre las posesiones coloniales de las demás en África, en Oriente Próximo e incluso en China. Finalmente, en Versalles, los vencedores se repartirían y reclamarían no sólo el botín relativamente modesto que representaban las antiguas colonias alemanas, sino especialmente las regiones ricas en petróleo de Oriente Próximo que habían pertenecido al Imperio Otomano.

50

En el contexto de la pugna por África y la carrera armamentística concomitante, podemos entender por qué la propaganda a favor de lo militar se hacía de forma sistemática y agresiva prácticamente en toda Europa. La sociedad se estaba militarizando. Reyes, emperadores y otros líderes políticos se enorgullecían de aparecer en público como gamecocks, vestidos con deslumbrantes uniformes, brillantes cascos en la cabeza, el pecho cargado de condecoraciones.[20]

En general, los hombres uniformados irradiaban prestigio y gozaban de un éxito considerable entre las mujeres. Los desfiles militares invadían con frecuencia plazas y avenidas, sobre todo en las numerosas ciudades de guarnición, y las bandas del ejército embelesaban a los burgueses y eran seguidas por niños entusiastas. En Alemania, tras el servicio militar, los miembros de la clase media-alta se enorgullecían de seguir siendo oficiales de reserva durante muchos años, lo que les permitía ponerse el uniforme de un momento a otro. Pero lo más importante de todo era que el ejército era considerado una "escuela de formación" para la nación. En otras palabras, el servicio militar obligatorio se utilizaba para inculcar respeto y obediencia a los reclutas, tanto frente a los militares como

[20] Véanse, por ejemplo, las observaciones sobre la función de los uniformes en Alemania en Münkler, pp. 64-65.

frente a otros "superiores", y así integrarlos mejor en el orden establecido. Como ha escrito Eric Hobsbawm:

> *Para los gobiernos y las clases dirigentes, los ejércitos no sólo eran fuerzas contra enemigos internos y externos, sino también un medio de asegurarse la lealtad, incluso el entusiasmo activo, de ciudadanos con inquietantes simpatías por movimientos de masas que socavaban el orden social y político. Junto con la escuela primaria, el servicio militar era quizá el mecanismo más poderoso de que disponía el Estado para inculcar un comportamiento cívico adecuado y, no menos importante, para convertir al habitante de una aldea en el ciudadano* (*patriótico) de una nación*.[21]

51

El lenguaje utilizado aquí por Hobsbawm refleja el afán de objetividad del científico social moderno. Pero un observador crítico contemporáneo, el socialista alemán Karl Liebknecht, un notorio crítico del militarismo, fue mucho menos caritativo en su propia descripción de este tipo de papel del servicio militar, al menos en su heimat alemán. En 1907 escribió lo siguiente en un panfleto sobre el tema del militarismo como instrumento de la hegemonía de clase:

> *De esta manera* [*es decir, mediante el reclutamiento] intentan domesticar a la gente como domestican a los animales. Los reclutas son anestesiados, confundidos, oprimidos, encarcelados, arrastrados, golpeados... De esta manera se construye un bastión contra todo lo que sea subversivo ... El objetivo de inculcar la sumisión y la resignación requeridas se logra mediante el cumplimiento incondicional de las normas, la disciplina de hierro ... en una palabra, todo lo que sujeta al soldado, uniformado o no, con un puño de hierro cada vez que piensa o actúa*.[22]

Alemania era, naturalmente, el país militarista *por excelencia.* Un cuerpo de oficiales extremadamente conservador ejercía un control total sobre su ejército y aprovechaba la oportunidad que ofrecía el servicio militar para purgar a los jóvenes trabajadores de cualquier pensamiento subversivo y metamorfosear a los reclutas en súbditos obedientes. El resultado era que el ejército era un instrumento muy útil para enseñar

---

[21] Hobsbawm (1994), p. 305.

[22] Citado en Canfora (2008), p. 162; véase también Schorkse, p. 69.

buenos modales a huelguistas, manifestantes y otros plebeyos que eran percibidos como una amenaza para el orden establecido. [23]

Incluso el servicio militar voluntario, que existía en Gran Bretaña, contribuyó a socializar a las clases bajas potencialmente recalcitrantes. Puede que el servicio en el ejército no estuviera bien pagado y no fuera muy agradable en muchos aspectos, pero para muchos se presentaba como una opción más atractiva que el desempleo o un trabajo igualmente mal pagado y a menudo insalubre y peligroso en una mina de Newcastle o en una fábrica de algodón de Manchester. Además, el alojamiento y la comida estaban incluidos y se tenía la oportunidad de visitar lugares lejanos del mundo. Bastante atractiva, al menos desde la perspectiva de los jóvenes de origen modesto, era la perspectiva de hacer carrera como sargento. Innumerables miembros de las clases bajas, no sólo proletarios sino también gente de clase media-baja, se integraron así en el orden político y socioeconómico existente. No es una coincidencia que fueran principalmente escoceses e irlandeses los que sirvieron en los ejércitos que conquistaron un gigantesco imperio para Gran Bretaña, a pesar de que sus propios países habían sido las primeras víctimas del mismo imperialismo en su fase embrionaria, a saber, la expansión del feudalismo inglés durante la Edad Media. (Del mismo modo, los negros e hispanos estadounidenses proporcionan la mano de obra para los marines y otras tropas que actualmente trabajan en todo el mundo para "defender" los intereses de Estados Unidos).

52

Desde luego, no sólo en Alemania se aclamaba al ejército como el *nec plus ultra* de la organización humana, como un modelo que otras organizaciones debían emular. Organizaciones juveniles como los Boy Scouts, fundados por Robert Baden-Powell en 1908, e incluso organizaciones benéficas como el Ejército de Salvación, ya establecido en 1865, fueron diseñadas según el modelo militar; y en las fábricas los trabajadores eran tratados cada vez más como "soldados de la industria", es decir, sometidos al control de toda una jerarquía de superiores de bajo y alto rango —correspondientes a cabos, sargentos y oficiales del ejército— y a una disciplina casi militar, como ya señaló Marx en *El*

[23] Canfora (2006), p. 41; Canfora (2008), p. 163; Mayer (2010), p. 310.

Manifiesto Comunista de 1848.[24] Este estilo militar de disciplina obrera estaba a un paso de la organización del trabajo forzoso, una forma de trabajo que ofrecía la ventaja de ser no sólo extremadamente disciplinado, sino también muy barato. El trabajo forzoso se utilizó a gran escala en las colonias, desde el Congo hasta Vietnam, y durante la Gran Guerra haría su aparición en la propia Europa; por ejemplo, en la Bélgica ocupada por los alemanes. [25]

Ya hemos visto que, debido a las considerables ventajas de la intervención estatal y a la aparición en cada país de una economía nacional, la burguesía europea dejó de favorecer las ideas económicas liberales clásicas, como el librecambio, sobre todo a raíz de la crisis económica de los años 1870. Al mismo tiempo quedaron enterradas numerosas ideas universales de la Ilustración, como la creencia en la solidaridad internacional o "fraternidad" de los hombres y de los pueblos que se había inscrito, junto con la libertad y la igualdad, en la bandera de la Revolución Francesa burguesa de 1789. De la idea de igualdad, la burguesía ya se había desprendido en la época de la Gran Revolución, a saber, restringiendo el discurso de la igualdad a la igualdad judicial y negándose incluso a considerar los méritos de cualquier forma de igualdad social o económica, y mucho menos a perseguirla.

El imperialismo y el militarismo, que acompañaron el surgimiento de las "economías nacionales", también hicieron que la burguesía se enamorara cada vez más del nacionalismo, que, catalizado por la Revolución Francesa y la reacción cultural contra esa misma revolución, el Romanticismo, ya había florecido a principios del siglo XIX. El paso de la burguesía del universalismo al nacionalismo, al igual que su paso del liberalismo clásico al estatismo, estuvo determinado por el hecho de que, en lo sucesivo, los elevados volúmenes de negocio y los abundantes beneficios dependían en gran medida de los vaivenes de los sistemas económicos nacionales y, en consecuencia, también de la fortaleza —incluida la destreza militar— de cada nación.

53

Los conversos suelen ser defensores especialmente ardientes de su fe. Por tanto, no es de extrañar que la variedad burguesa del nacionalismo

---

[24] Citado en Canfora (2008), p. 105.

[25] Véase, por ejemplo, Eichholtz (1999b), p. 143.

de la segunda mitad del siglo XIX (y principios del XX) se revelara en cada país como una forma extrema, ciega y agresiva de nacionalismo. Se conoció como "jingoísmo", y su lema era "¡mi país, bien o mal!". El término proviene de una canción que se escribió con motivo de una amenaza de guerra entre Gran Bretaña y Rusia en 1878. Su estribillo dice así:

No queremos luchar contra But,
por Jingo, si lo hacemos
Tenemos los barcos,
Tenemos a los hombres,
También tenemos el dinero.[26]

Aunque el jingoísmo se refiere, obviamente, en primer lugar a una forma extrema del nacionalismo británico, Alemania, Rusia, Estados Unidos y bastantes otros países también desarrollaron formas de jingoísmo. En el caso de Francia, ese tipo de nacionalismo suele recibir su nombre más antiguo, *chauvinisme.* En cualquier caso, este nacionalismo burgués extremo e irreflexivo, este patrioterismo, sobreviviría hasta bien entrado el siglo XX y alcanzaría una especie de cima en 1914.

El nacionalismo es un fenómeno ambiguo. A principios del siglo XIX, estimulado por la Revolución Francesa, podía funcionar a favor de la burguesía, que en aquella época aún era revolucionaria (o al menos progresista), y de la plebe. Pero el nacionalismo también fue promovido por la reacción cultural contra la Revolución, el Romanticismo, y por el pensamiento conservador, y como tal fue útil a la nobleza y a la Iglesia. Sobre todo en la primera mitad del siglo XIX, el nacionalismo se asoció a menudo con movimientos progresistas y liberales, por ejemplo durante las revoluciones que estallaron en 1848 en Budapest y otros lugares del Imperio de los Habsburgo, conocidas colectivamente como la "Primavera de los Pueblos". Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XIX, el nacionalismo se asoció cada vez más en casi todas partes —¡incluso en

[26] "Jingo" parece ser la versión inglesa de la palabra vasca *Jainko,* "Dios", por lo que "por Jingo" significa algo así como "por Jesús".

Francia! — con ideas y valores romántico-conservadores y contrarrevolucionarios que servían a los intereses de la nobleza y la iglesia, como la religión cristiana en general y el concepto de *"Volk*" o "nación".[27] Al abrazar el nacionalismo (y, por asociación, el militarismo) por las ventajas económicas que conllevaba, la burguesía adoptó el pensamiento conservador y contrarrevolucionario *del Antiguo Régimen.* "A cambio de ayuda para obtener asistencia estatal", escribe Arno Mayer,

54

> *Los líderes empresariales* [*burgueses] abandonaron sus creencias liberales, abrazaron la visión conservadora del mundo de las élites tradicionales y apoyaron la política del antiliberalismo. Este realineamiento redujo los conflictos entre élites y los debates ideológicos* [*es decir, entre la nobleza y la burguesía*] *en favor de un consenso fuertemente inclinado hacia el antiguo orden moral, cultural y político*. [28]

De hecho, también en el plano cultural, la burguesía procedió a adoptar los valores "antiguos", "tradicionales" o "clásicos"; en otras palabras, los valores de la nobleza y del *ancien régime* en general. Frente a los movimientos modernistas y vanguardistas, la clase media alta se mostró poco receptiva, salvo los burgueses judíos de ciudades como Berlín y Viena, porque la nobleza de sangre azul no quería saber nada de los judíos bajo ningún concepto. La burguesía se entusiasmó con el arte y la música "clásicos", así como con el neogótico y otras formas "historicistas" (o "revivalistas") de arquitectura, que reflejaban los valores del mundo feudal y preindustrial y lo glorificaban de muchas maneras. Con tanto entusiasmo como los aristócratas, los miembros de la alta burguesía acudían en masa a los imponentes teatros para deleitarse con las óperas románticas de Wagner, con sus temas medievales y héroes como el guerrero Sigfrido y trovadores como Tannhauser. (El hecho de que a veces el argumento girara también en torno *al oro* —el potente símbolo del dinero, de la riqueza, del capital— hacía que las óperas wagnerianas resultaran aún más atractivas a los ojos de los hombres de negocios y banqueros que resultaban ser muchos burgueses). Otro síntoma más de esta "aristocratización" de la burguesía —el

[27] Con respecto a Francia, Le Naour, p. 71, escribe que "el nacionalismo penetró gradualmente en la ideología reaccionaria y conservadora a finales del siglo XIX".

[28] Mayer (2010), p. 278.

complemento de la ya mencionada "aburguesamiento" de la nobleza— fue la tendencia de la burguesía alemana a enviar a sus hijos a estudiar a universidades ricas en tradición, como la de Heidelberg —escenario de las aventuras del Príncipe Estudiante—, donde podían afiliarse a asociaciones estudiantiles (*Landsmannschaften*) profundamente penetradas por un "ethos cuasi feudal".[29] No es de extrañar que en 1914 innumerables universitarios alemanes de origen burgués fueran a la guerra de forma voluntaria y entusiasta para sacrificar sus vidas en una especie de "crepúsculo de los dioses" wagneriano (*Götterddmmerung*).

55

Por último, cabe señalar que, aunque la élite europea predicaba el nacionalismo, ella misma tenía una inclinación más bien internacional. La nobleza y la clase media alta de Alemania, Rusia, Francia, etc., tenían mucho más en común entre sí que con las clases bajas de sus propios países, y las hijas e hijos de la aristocracia se casaban a menudo con príncipes y princesas extranjeros. Las familias reales eran con frecuencia de origen extranjero y estaban estrechamente emparentadas con sus homólogas de otros países. Las dinastías británica y belga, por ejemplo, eran de origen alemán, lo que resultaría algo incómodo en 1914. El emperador Guillermo II era nieto de la reina Victoria. "Las extensas familias reales y aristocráticas", escribe Arno Mayer, "compartían una predilección paneuropea por la lengua francesa, la caza inglesa y el monóculo prusiano, que exhibían en los balnearios de moda del Continente".[30] La clase media alta compartía, al menos hasta cierto punto, esta visión internacionalista. La familia Rothschild, por ejemplo, tenía sucursales en Alemania, Francia, e Inglaterra. No en vano*, en Senderos de gloria,* Stanley Kubrick nos muestra a generales franceses supuestamente patriotas y a sus damas bailando alegremente el vals al son de la música compuesta por un ciudadano de un país enemigo, el austriaco Johann Strauss.[31]

---

[29] Mayer (2010), pp. 210-12, 266; con respecto al oro en las óperas de Wagner, véase Glaser, p. 20.

[30] Mayer (2010), p. 82.

[31] Escena de baile en *Senderos de gloria:* http://www.myspace.com/video/qbrick/paths-of-glory-S26/5306554.

56

Capítulo 3
Socialismo y democratización

La élite intenta exorcizar la amenaza proletaria no sólo utilizando el "palo" de la represión sangrienta, sino también la "zanahoria" de la legislación social y las reformas políticas. E inventa todo tipo de trucos para combatir el socialismo y frenar el proceso de democratización...

Volvemos al hecho crucial de que la alianza de la clase media-alta y la nobleza estaba arraigada en un miedo común a "los *de* abajo" *(ceux d'en bas)*, el proletariado. Este proletariado potencialmente revolucionario tenía que ser domesticado, y tal tarea requería un Estado fuerte y autoritario y, sobre todo, un ejército fuerte con el que se pudiera contar para mantener o restablecer el orden en caso de un posible resurgimiento de los problemas sociales de 1848 y 1871. Como hemos visto, el militarismo era útil para este fin, y por eso los burgueses supuestamente pacíficos lo abrazaron. Durante la segunda mitad del siglo XIX, el papel represivo del Estado continuó ampliándose por la sencilla razón de que el peligro proletario seguía aumentando implacablemente. El proletariado ya no era el impetuoso populacho que había asaltado la Bastilla en 1789 y había ocupado las barricadas en 1830 y 1848. En aquel momento, aún no habían formado una conciencia de clase, aún no se habían armado con un programa o ideología, tenían pocos o ningún líder capaz y, por lo tanto, podían ser fácilmente manipulados y, en última instancia —cuando el trabajo sucio revolucionario estaba hecho— enviados a la basura por compañeros revolucionarios más astutos de la variedad burguesa. Pero ahora las cosas eran diferentes.

57

Ya en 1848, se hizo evidente que el proletariado, todavía formado principalmente por artesanos, pero también cada vez más por obreros fabriles, había descubierto líderes capaces y había desarrollado no sólo una fuerte conciencia de clase, sino también una ideología coherente, llamada

socialismo. *El Manifiesto del Partido Comunista*, el primer programa socialista marxista, fue redactado por Karl Marx y Friedrich Engels en 1847 y publicado en febrero de 1848, apenas unos días antes de que estallara una revolución en París. Al igual que el liberalismo, el socialismo era hijo de la Ilustración; sin embargo, además de la "libertad" que también estaba escrita en la bandera del liberalismo, el socialismo predicaba la igualdad y, más concretamente, la igualdad *social* en lugar de la mera igualdad *ante la ley* que había introducido la Revolución Francesa. Según Marx y Engels, esta igualdad sólo podía hacerse realidad mediante una revolución, una revolución que derribara el orden social y económico capitalista existente junto con sus superestructuras políticas; creando así una sociedad mejor, más equitativa y verdaderamente igualitaria. Si la Comuna de París aterrorizó tanto a la burguesía europea fue precisamente porque parecía una revolución socialista, un intento de derrocar todo el orden social, económico y político establecido.

Incluso después de la sangrienta represión de esta insurrección, la burguesía y la nobleza no se libraron de su miedo a los proletarios y al abominable socialismo revolucionario abrazado por estos últimos. De hecho, surgió en Europa un importante movimiento obrero, bien organizado y combativo, con sindicatos, cooperativas y partidos políticos que en su mayoría suscribían la ideología y el programa del socialismo revolucionario *marxista*. (No hay que olvidar que también existían otras variedades de socialismo).

El historiador británico Eric Hobsbawm ha descrito así el ambiente contemporáneo:

> *La masa de trabajadores era grande, estaba creciendo indiscutiblemente y arrojaba una oscura sombra sobre el orden establecido de la sociedad y la política. ¿Qué ocurriría si, como clase, se organizaran políticamente? Esto es precisamente lo que ocurrió, a escala europea, de repente y con extraordinaria rapidez ... Partidos de masas basados en la clase obrera, inspirados en su mayor parte por una ideología de socialismo revolucionario y dirigidos por hombres —e incluso a veces por mujeres— que creían en dicha ideología, aparecieron en escena y crecieron con una rapidez asombrosa.*[1]

[1] Hobsbawm (1994), p. 116.

De hecho, durante los años 1870-1880 los partidos socialistas surgieron como setas y, por lo general, eran partidarios del socialismo revolucionario marxista. Pero también formularon reivindicaciones concretas y prácticas, como la ampliación del derecho al voto, salarios más altos, menos días de trabajo y jornadas laborales más cortas, así como restricciones al trabajo infantil. (En este campo, los partidos socialistas descubrieron aliados útiles en los sindicatos socialistas y de otro tipo que sabían utilizar la temida arma de la huelga). Dicho de otro modo, los socialistas no sólo aspiraban a un derrocamiento revolucionario del orden establecido: también exigían reformas políticas y cambios socioeconómicos dentro de ese orden. Defendían *la revolución, el* cambio radical, pero también la *evolución, el* cambio progresivo y gradual. En cualquier caso, con este programa ambivalente y algo contradictorio tuvieron un éxito considerable entre la plebe, no sólo entre los obreros de las fábricas, los "trabajadores de cuello azul", sino también, aunque en menor medida, entre la clase media baja, la pequeña burguesía, compuesta por artesanos, comerciantes y "trabajadores de cuello blanco". Esta clase media-baja estaba atrapada entre la Caribdis capitalista de la élite aristocrático-burguesa y la Escila socialista del movimiento obrero en ascenso. Estaba traumatizada por ser exprimida tanto desde arriba como desde abajo, por ser menospreciada por los superiores sociales y estar sometida a la competencia de la gran industria, de las "grandes empresas", así como por el miedo a ser engullida por la clase obrera socialmente inferior, por ser "proletarizada"; y así desarrolló tendencias anticapitalistas y antisocialistas. (Es por ello que la pequeña burguesía era receptiva al antisemitismo, un fenómeno con cara de Jano, con un lado anticapitalista y otro antisocialista, pareciendo así conciliar ambas tendencias).

En cualquier caso, desde el punto de vista de la élite aristocrática y burguesa, parecía como si las inquietas masas populares en su conjunto estuvieran a punto de derrocar el orden establecido. ¿Cómo se podía exorcizar este peligro? Para mantener bajo control a las "clases peligrosas" y abortar las revoluciones embrionarias, se necesitaban esos mismos ejércitos que también resultaban ser útiles para la consecución de los objetivos imperialistas. Esta era una de las razones más importantes por las que en muchos países la burguesía había cedido graciosamente el dominio de la política a los representantes del *ancien régime,* es decir, a personas con siglos de experiencia militar, sobre todo experiencia en la lucha despiadada contra todo lo que fuera revolucionario. Del rey y la

nobleza también cabía esperar que su autoridad y prestigio contribuyeran a mantener al pueblo llano respetuoso y sumiso. En 1878, se podía leer lo siguiente en el periódico liberal alemán *National-Zeitung:*

59

> *El rey* [*de Prusia] es el amo por excelencia del orden existente... Frente al tsunami* [*socialista], la monarquía es nuestro bastión más fuerte, el dique que protege nuestra paz y nuestros derechos, nuestra propiedad y nuestra erudición contra el diluvio de la barbarie*.[2]

También se podía contar con la Iglesia, otro pilar del *antiguo régimen,* para mantener al pueblo bajo control. Tras las experiencias de 1848 y 1871, por ejemplo, la burguesía francesa, aunque esencialmente librepensadora, no tuvo inconveniente en abandonar la educación primaria en manos de las autoridades clericales. Napoleón ya era muy consciente de la utilidad de la religión en este sentido. Hizo frecuentes observaciones en el sentido de que la religión "es excelente para mantener tranquila a la gente común" e "impide que los pobres asesinen a los ricos".[3]

Para proteger los derechos, la propiedad y toda la "civilización" de la burguesía, la nobleza y la iglesia, es decir, los intereses de las clases propietarias, contra la "barbarie" proletaria y enseñar buenas costumbres a las inquietas masas plebeyas, todos los medios eran buenos, incluida la represión sangrienta. También en este campo, las cabezas coronadas autocráticas y los jefes militares aristocráticos eran los grandes especialistas. Habían dado un ejemplo prototípico de sus habilidades a este respecto en 1819, en St. Peter's Field en Manchester, cuando la caballería atacó a una multitud de 60.000 manifestantes y provocó tal baño de sangre que la masacre pasó a la historia con el nombre de "batalla de Peterloo"; este nombre era una alusión sarcástica al hecho de que uno de los hombres responsables de esta represión de lo que parecía una revolución inminente era el Duque de Wellington, que ya había vencido personalmente a la revolución internacional encarnada por la Francia de Napoleón, en la batalla de Waterloo de 1815. Sin embargo, cuando se trataba de reprimir, los regímenes burgueses también eran muy capaces de golpear duro; el mejor ejemplo de ello fue la represión extremadamente sangrienta de la Comuna de París por el ejército de la Tercera República

---

[2] Citado en Winkler, pp. 67-68.

[3] Comentarios de Napoleón de p=200509301605528. http://monblog.ch/atheisme/?

Francesa. Miles de comuneros fueron masacrados y otros miles, entre ellos numerosas mujeres, fueron deportados a colonias penales como la Isla del Diablo, frente a la costa de la Guayana francesa, a la que ya habían sido transportados a la fuerza los revolucionarios en 1848.

60

La burguesía no sólo estaba dispuesta y deseosa de sofocar las revoluciones (y cualquier otra forma de agitación de las clases bajas), sino que además colaboraba estrechamente con su socio, la nobleza, para alejar al pueblo del socialismo. Bismarck, que según algunos historiadores estaba poseído por el "miedo a la revolución" *(Revolutionsfurcht)*[4] se hizo famoso por su doble enfoque del problema, conocido como la política de la "zanahoria y el palo" (en alemán: *Zuckerbrot und Peitsche,* "pan de huevo y el látigo"). Además del "látigo", por ejemplo en forma de sus draconianas "leyes antisocialistas" de 1878, que incluían la prohibición de asociaciones y publicaciones socialistas, el canciller de hierro también recurrió más tarde al "pan de huevo" de las concesiones, en particular mediante el establecimiento de un sistema de seguro nacional de enfermedad y vejez. Con este programa de legislación social a gran escala, predecesor del posterior "Estado del bienestar" y del "Estado social" alemán occidental (*Sozialstaat*) posterior a 1945*,* esperaba cautivar a la clase obrera alemana y restar fuerza a las velas revolucionarias de los socialistas.

Bismarck también hizo concesiones aparentemente generosas en el campo político, la más espectacular al introducir el sufragio universal para el Reichstag, el parlamento del Reich alemán unificado y federal que se había creado en 1871. Pero este sensacional logro fue mucho menos revolucionario de lo que parecía a primera vista. En primer lugar, el Reichstag era relativamente impotente; tenía menos autoridad que el parlamento del mayor y más importante estado miembro (o *Land*) del Imperio, Prusia, donde, gracias a un sistema de votación restringido, los aristocráticos Junkers disfrutaban prácticamente del monopolio del poder. (La principal baza del Reichstag era el hecho de que el presupuesto del Reich tenía que ser aprobado por mayoría en el seno de esta asamblea, por lo que en 1914 el Reichstag tendría que autorizar los créditos de guerra, un problema que se tratará más adelante). En segundo lugar, el gabinete federal no era responsable ante el Reichstag, el poder legislativo del país,

[4] Véase, por ejemplo, Winkler, p. 65.

sino ante el poder ejecutivo, es decir, la persona del emperador. En consecuencia, a pesar de sus impresionantes éxitos electorales y del espectacular aumento resultante del número de sus representantes en el Reichstag, el partido socialista alemán, conocido como *Partido Socialdemócrata (Sozialdemokratische Partei Deutschland,* SPD) seguiría siendo durante mucho tiempo un peso ligero en términos de poder político, que era, por supuesto, exactamente lo que Bismarck había pretendido. En cualquier caso, durante la segunda mitad del siglo XIX, en países como Gran Bretaña, Bélgica e Italia, la élite también hizo concesiones en forma de ampliación del derecho de voto.

[4]

La emancipación del "pueblo llano" en el plano político fue un aspecto importante del proceso de democratización que había comenzado en 1789 y había progresado notablemente durante la segunda mitad del siglo XIX. Obviamente, este progreso se logró a expensas de la élite aristocrática y burguesa, que tuvo que renunciar a una parte (normalmente pequeña) de su riqueza, sus privilegios y su prestigio en cada paso del proceso. Por tanto, es lógico que monarcas, aristócratas, miembros de la alta burguesía, altos funcionarios, prelados eclesiásticos, etc., aborrecieran la democracia y lucharan con uñas y dientes para frenarla durante un ascenso que fue lento y nada irresistible, aunque a veces lo pareciera.

No debemos sobrestimar la importancia de esta democratización decimonónica. Antes de la Primera Guerra Mundial, muy pocos países habían adoptado el sufragio universal. En 1914, la mayoría de los países, incluidos Gran Bretaña y Bélgica, aún no permitían el voto a todos los hombres, y mucho menos a las mujeres. (Por cierto, Nueva Zelanda fue el primer país del mundo en introducir el sufragio universal tanto para las mujeres como para los hombres, en 1893). La élite inventó todo tipo de estratagemas para restringir el impacto, excesivamente democrático para el gusto elitista, del derecho universal al voto. Ya hemos visto cómo se consiguió en Alemania. En Bélgica, donde no se pudo evitar la introducción del sufragio universal, éste hizo su aparición bajo la forma de un sufragio plural, en el que se concedía más de un voto a las personas "implicadas en el mantenimiento del orden social por poseer una familia , una casa, un capital, un empleo seguro o un diploma". (El sufragio plural fue recomendado encarecidamente por el conocido apóstol británico del

liberalismo, John Stuart Mill, como medio para evitar que se transfiriera demasiado poder de las manos de los ricos a las de los pobres).[5] Otra estratagema consistió en la manipulación de los límites geográficos de los distritos electorales, de modo que aquellos con pocos residentes ricos pudieran enviar tantos representantes a las asambleas legislativas como aquellos con una gran población de pobres, lo que se conoció como *gerrymandering* "manipulación de distritos electorales". En algunos países, la potencia del sufragio universal se vio mermada por un sistema de voto *indirecto*, en el que se vota por "electores", casi siempre miembros de la élite, que luego son libres de dar su voto al candidato que más les guste; en Estados Unidos, el presidente se sigue eligiendo mediante este sistema antidemocrático. En Gran Bretaña y en muchos países de tradición política británica, como Canadá, se introdujo un "sistema de voto plural" (o sistema de "ganador único") para lograr los objetivos antidemocráticos de la élite. Se trata de un sistema por el que en cada distrito se dispone de un único escaño en la asamblea, que va a parar al candidato que obtenga una pluralidad, y no necesariamente una mayoría, de votos. A diferencia del sistema más democrático de "representación proporcional", el sistema de pluralidad favorecía a los grandes partidos existentes, generalmente conservadores, y perjudicaba a los partidos pequeños, incluidos los socialistas, que acababan de aparecer en la escena electoral de la mayoría de los países.

62

Si bien es cierto que cada vez más personas obtuvieron el derecho al voto, también lo es que muy pocas resultaron ser realmente *elegibles.* En la práctica, sólo los burgueses ricos con mucho tiempo libre cumplían los requisitos, ya que las campañas electorales y el ejercicio de un cargo público implicaban gastos elevados. Precisamente por este motivo, el ejercicio de un cargo público seguiría siendo durante mucho tiempo no remunerado, o mal remunerado, y de forma deliberada. Por último, la élite aprendió muy pronto que las elecciones basadas en el sufragio universal se ganan más fácilmente con personalidades conocidas, por lo que tomó la costumbre de organizar y apoyar la candidatura de alguna "celebridad": un general, tal vez, o algún vástago de una familia prestigiosa, alguien de quien se decía que tenía ese *je ne sais quoi* llamado "carisma" y/o de quien

[5] De Schaepdrijver, p. 18; Losurdo (2013), p. 60.

podía decirse que estaba "por encima de la política". Lo que importaba era que se pudiera confiar en esa persona para defender y promover los intereses de la élite. Este enfoque se reveló especialmente eficaz cuando se utilizó el sufragio universal para elegir a un presidente que gozaría de amplios poderes. El ejemplo prototípico fue Napoleón III, sobrino de "Napoleón el Grande", elegido en 1848 presidente de una república —fruto de la revolución de ese año— en la que acababa de introducirse el sufragio universal. (Unos años más tarde, se despojaría de su máscara democrática y se proclamaría emperador). Este sistema pasó a conocerse como "bonapartismo", y no es casualidad que haya disfrutado de sus mayores triunfos en Francia y Estados Unidos, países dotados de "regímenes presidenciales", concretamente en forma de elección de generales como De Gaulle y Eisenhower, o de estrellas de Hollywood como Ronald Reagan y (como gobernador de California) Arnold Schwarzenegger.

63

Aunque las asambleas legislativas compuestas por representantes *elegidos* por el pueblo eran las instituciones intrínsecamente democráticas del Estado, en muchos países estas asambleas sólo gozaban de poderes muy limitados. En casi todas partes, la rama *ejecutiva* del gobierno seguía ostentando un gran poder y numerosas prerrogativas importantes, y la mayoría de las veces estaba encarnada por cabezas coronadas que habían heredado su cargo de su padre (u ocasionalmente de su madre). No era raro que un rey o emperador fuera comandante en jefe de las fuerzas armadas del país. Tal fue el caso de Bélgica, cuyo ejército sería comandado durante toda la Gran Guerra por el rey Alberto I. Pero el mejor ejemplo de monarca poderoso era, obviamente, el emperador de Alemania, que ejercía de *Oberster Kriegsherr,* es decir, comandante supremo de las fuerzas militares, a las que se refería como "su" ejército. (El Reichstag, elegido popularmente, en cambio, no tenía autoridad alguna sobre el ejército). Incluso el presidente de uno de los países más democráticos de la época, la Francia de la Tercera República burguesa, estaba dotado de enormes poderes. Era una especie de pseudo-monarca que gozaba de todo tipo de privilegios y era elegido para un mandato de nada menos que siete años. El presidente estadounidense disponía igualmente de amplios poderes.

Además, dentro de los parlamentos solía existir no sólo una cámara baja, formada por representantes elegidos por el pueblo, literalmente la "Cámara de los Comunes", sino también una cámara alta o senado, como la Cámara de los Lores británica, cuyos miembros no eran elegidos, sino

nombrados en función de su origen (de clase alta) o de sus "méritos", es decir, de los servicios que habían prestado al orden establecido. Se esperaba que estas instituciones funcionaran como un "platillo" en el que se pudieran "enfriar" los brebajes legislativos demasiado calientes servidos por la cámara baja, potencialmente radical. Así lo expresó con delicadeza George Washington cuando, poco después del nacimiento de Estados Unidos, se debatía la creación de una cámara alta, el Senado, "más reflexiva y deliberativa".[6]

64

Además, gran parte de los poderes del Estado moderno se concentraban en instituciones cuyos funcionarios no eran elegidos, sino nombrados: el poder judicial, cuyo tribunal supremo gozaba normalmente del privilegio de poder rechazar por "inconstitucional" cualquier ley elaborada por los parlamentos; los altos niveles de la burocracia estatal y el ejército; y el servicio diplomático. También en estas instituciones, los funcionarios eran nombrados casi exclusivamente sobre la base de un origen noble o de clase media muy alta o de una costosa educación superior, preferiblemente en bastiones académicos elitistas como Oxford y Cambridge; en otras palabras, estos loci del poder estatal estaban reservados de facto a los representantes de las clases altas y vedados a la plebe. En Gran Bretaña, Rusia, Alemania y Austria-Hungría, los generales procedían esencialmente de familias nobles, y para ser embajador de países como Bélgica, durante mucho tiempo seguiría *siendo de rigor* ser de origen aristocrático.

Si en aquella época la administración estatal adquirió rápidamente importancia en todos los países, no se trató ciertamente de una casualidad. Esta "burocratización" no se produjo *a pesar de* la democratización en curso, como creía el sociólogo alemán contemporáneo Max Weber, sino más bien a *causa de* esta democratización. Para la élite, la burocratización era un medio de contrarrestar la democratización, de quitar todo el poder posible a los cargos electos de las cámaras bajas de los parlamentos, sobre los que la élite temía perder finalmente el control, y, al mismo tiempo, de acumular todo el poder posible en instituciones que, de hecho, podían ser monopolizadas por la nobleza y/o la alta burguesía a través del sistema de nombramientos. (De forma similar, durante las últimas décadas se ha

[6] Washington, citado en el artículo de Richard L. Berke en el *New York Times.*

transferido una enorme cantidad de poder de las instituciones electas —y por tanto relativamente democráticas— de los países individuales hacia instituciones supranacionales cuyos responsables de la toma de decisiones son en su mayoría nombrados). Sin duda, la burocratización no fue un subproducto casual y sin importancia del proceso de democratización. Fue un instrumento utilizado deliberadamente por la élite con el fin de neutralizar, o al menos minimizar, el impacto de la democratización.

65

Una institución crucial en la que todos los puestos de importancia seguían ocupándose por designación y no por elección era el ejército. En casi todas partes, la autoridad dentro del ejército seguía siendo monopolio de la nobleza y, en menor medida, de la alta burguesía. Las órdenes inferiores en general, y especialmente los elementos indeseables como socialistas y judíos, no eran en absoluto bienvenidos. En el caso del ejército francés, bastión de monárquicos y conservadores clericales, esto quedó dramáticamente ilustrado por el caso Dreyfus. En Alemania, el ejército era y siguió siendo una especie de Estado exclusivamente *aristocrático-feudal* dentro del Estado ar*istocrático-burgués* que era el Reich. El alto mando sólo era responsable ante el emperador, comandante en jefe del ejército, y así seguiría siendo en 1914. (El infame pero capaz general Ludendorff, un plebeyo, constituyó una excepción a la regla general de que el alto mando del ejército estaba monopolizado por la nobleza; el emperador Guillermo lo despreciaba como a un advenedizo y dispuso que permaneciera subordinado, al menos en teoría, a von Hindenburg, que era mucho menos competente pero era un aristócrata de 24 quilates.[7]) La Alemania militarista fue claramente un caso extremo, pero incluso en países menos militaristas, el ejército permaneció igualmente inmune a todas las formas de democratización. Incluso el ejército de la relativamente democrática República Francesa cultivaba un "cierto tipo de tradición militar, [a saber] los principios de autoridad absoluta, obediencia total y ciega, y el derecho a administrar castigos". Las autoridades militares solían colaborar sólo a regañadientes con los gobiernos formados por parlamentarios elegidos por el pueblo, o que debían someterse a ellos, y a veces urdían todo tipo de planes sin informar a los políticos. Una de las razones por las que Gran Bretaña entraría en

[7] Hastings, pp. 274, 342.

guerra en 1914 fue que el alto mando de su ejército —en colaboración con el "partido de la guerra" dentro del gobierno, pero sin que lo supiera la Cámara de los Comunes— había contraído obligaciones con respecto al alto mando del ejército francés, obligaciones que hacían imposible de facto permanecer neutral en caso de guerra.[8]

En cualquier caso, la marcha hacia la democracia sólo avanzó a una velocidad glacial en la Gran Bretaña victoriana de finales del siglo XIX. Incluso en 1914, el sufragio universal aún no existía y los estamentos inferiores seguían teniendo poca o ninguna voz en la vida política. Del mismo modo, los servicios sociales aún no cumplían los criterios que cabe esperar de una democracia moderna. La escolarización obligatoria en la enseñanza primaria no se introdujo hasta 1890, y en 1914 aún no era totalmente gratuita. Sin duda, Gran Bretaña no iría a la guerra a favor de la democracia y en contra de la autocracia, porque en Alemania el sufragio universal ya existía, aunque de forma nada perfecta, desde 1871, y en la parte austriaca de la Monarquía del Danubio, desde 1907. (En Hungría, en cambio, el derecho de voto seguía reservado sólo al 6% de la población). Y las masas populares estaban mucho mejor representadas en el Reichstag alemán que en la Cámara de los Comunes británica.[9] No sería hasta el final de la Gran Guerra cuando la democracia haría su aparición en Gran Bretaña, y pronto sabremos por qué.

[8] Firchow, pp. 158-59; Hastings, pp. 39-40; MacMillan (2013), pp. 397-403; Saint-Fuscien, p. 24.

[9] Canfora (2008), pp. 148-51.

67

Capítulo 4
Nacionalismo e "imperialismo social"

> Como *antídoto contra el internacionalismo socialista, la élite estimula el nacionalismo. El "imperialismo social" a lo Cecil Rhodes sirve al mismo tiempo como válvula de seguridad que reduce la presión social en el interior al permitir el empleo de proletarios en colonias lejanas como soldados, misioneros, etc. Además, como el imperialismo es rentable, una cornucopia de materias primas y mano de obra barata, resulta factible tratar un poco mejor a los trabajadores de la propia Europa...*

Un importante motivo de preocupación para la burguesía y la nobleza era el hecho de que el movimiento socialista se organizara a escala internacional. Los "proletarios de todos los países" se estaban uniendo, como Marx les había animado a hacer. De hecho, en marzo de 1864, el propio Marx había sido uno de los fundadores y dirigentes del primer experimento en este sentido, la Asociación Internacional de los Trabajadores, más conocida como la Primera Internacional Socialista, pero esta organización había naufragado en 1876 como resultado de conflictos internos. En 1889 —no casualmente el 14 de julio, centenario del asalto a la Bastilla— se fundó en París la Segunda Internacional, que esta vez apareció en forma de asociación de los grandes partidos socialistas que entretanto se habían establecido en la mayoría de los países. El himno común de los socialistas de Francia, Alemania, etc., escrito por el comunero Eugene Pottier y puesto en música por Pierre Degeyter, se llamó *la "Internacional";* se hizo inmensamente popular como himno de batalla del movimiento obrero.

68

La idea de una revolución en un solo país ya era inquietante, pero ahora la élite también estaba atormentada por el fantasma de una revolución internacional , un tsunami revolucionario que podría surgir de repente a través de las fronteras de todos los países. La unidad produce fuerza, y la unión internacional de los socialistas aumentaba el poder del

movimiento socialista. Para neutralizar este poder, la élite decidió recurrir al viejo enfoque *divide et impera*. Por eso optó por el nacionalismo, un movimiento que había surgido y se había expandido en el contexto de la Revolución Francesa, el Romanticismo y el auge de las "economías nacionales". Con el instrumento del nacionalismo, preferiblemente en su forma extrema, se hizo posible socavar la solidaridad internacional de los socialistas y dividir al proletariado internacional. "El nacionalismo", escribió el historiador soviético P.J. Rachschmir a principios de los 80, "se consideraba un antídoto contra el internacionalismo proletario".[1] Centrar la atención de la gente en un enemigo *externo* permitía desviar su atención del enemigo *interno*, el enemigo de clase, al que el socialismo señalaba con el dedo. Si era necesario, se podía evitar una guerra de clases interna mediante una guerra contra un enemigo exterior. Tales pensamientos y expectativas estaban muy presentes en la mente de la elite europea, y la llevarían a pensar positivamente en la guerra y a acogerla con entusiasmo en 1914.

El nacionalismo insistía en el carácter primordial de la identificación del individuo, no con una *clase* que trascendía las fronteras, como el proletariado, sino con un *pueblo,* definido por su propia etnia o "raza", su propio país, su lengua, su cultura y, preferiblemente, también su religión o iglesia, por ejemplo el catolicismo en Polonia, Irlanda y Flandes, y la variedad ortodoxa del cristianismo entre las minorías eslava y griega dentro del Imperio Otomano. (En Alemania, el término "nacionalista" era *volkisch,* "del pueblo".) El propio *pueblo* era, por supuesto, superior a todos los demás, y pertenecer a él se consideraba *el nec plus ultra* de la vida. Por el contrario, los que no estaban satisfechos con el orden social tradicional que existía en ese pueblo, ¡no podían ser auténticos miembros del mismo! Visto desde este punto de vista nacionalista, los socialistas, con su internacionalismo, no eran patriotas sino traidores a su pueblo, y el socialismo se perfilaba como una siniestra invención de los enemigos del pueblo, los enemigos de la patria. En agudo contraste con el socialismo, el nacionalismo predicaba que el pueblo era homogéneo, no sólo en el aspecto étnico, lingüístico y religioso, sino también desde el punto de vista social . Dentro de la fundamentalmente idílica "comunidad del pueblo" (*Volksgemeinschaft* en alemán), no existían clases

[1] Rachschmir, p. 15.

antagónicas; no había enemigos de clase. Por tanto, era absurdo hablar de conflicto de clases. En lugar de la noción socialista de *camaradas* dentro de la misma clase, el nacionalismo glorificaba la idea de ser miembro del propio pueblo *(Volksgenosse*) o, como también solía decirse, miembro de la misma raza, un "correligionario".[2] Cuando estalló la guerra en el verano de 1914, por un momento pareció que este ideal nacionalista se había hecho realidad. En todos los países, los socialistas renunciaron a la lucha de clases y procedieron en cambio a ir a la guerra por su patria y su pueblo. Aparentemente ya no había clases; sólo había alemanes, franceses, belgas, etc. Pero esta euforia no duraría mucho.

69

Según el credo nacionalista, no existían clases antagónicas dentro del pueblo y, por tanto, no había enemigos de clase. Pero el pueblo *sí* tenía enemigos: el enemigo era el extranjero; no el extranjero que permanecía en su propio país (preferiblemente lejano), sino el extranjero que se había infiltrado en nuestro pueblo, que vivía en nuestro país como un parásito, como un germen que amenazaba con contaminar un organismo sano. Este extranjero, este "otro", podía ser reconocido por su aspecto, su lengua, su religión, ¡e incluso por su olor! Como personificación de esta idea, el nacionalismo se dirigió en primer lugar a los judíos, personas que no tenían un país propio y que, por tanto, vivían en todas partes como extranjeros. El judío era un extraño fácilmente reconocible como el "otro", el "germen", el "parásito*" por excelencia.* Pero el judío no era ciertamente el único "otro" en este sentido. En muchos países, los romaníes desempeñaban este papel, y en Alemania, los polacos y los eslavos en general eran considerados como elementos extraños indeseables y parásitos dentro del presumiblemente homogéneo pueblo alemán, como patógenos peligrosos dentro del cuerpo sano de la "raza" germánica. En Estados Unidos, el nacionalismo, conocido como "nativismo", apuntó a los inmigrantes en general y, por supuesto, a los afroamericanos.

Así, el nacionalismo degeneró a menudo en racismo virulento y en antisemitismo en particular. Al igual que el nacionalismo, el antisemitismo también presentaba una dimensión antisocialista . Marx era de origen judío, y los judíos estaban sobrerrepresentados en los

---

[2] El término *Volksgenosse* se asocia, por supuesto, al nazismo, pero ya se utilizaba a finales del siglo XIX.

partidos socialistas de muchos países, principalmente porque, como miembros de una minoría oprimida, tenían mucho que ganar con el cambio revolucionario. Así pues, muchos percibían el socialismo como una ideología judía, una ideología urdida por un pueblo ajeno y hostil, una ideología que no sólo no era de nuestro pueblo, sino que estaba dirigida *contra* nuestro pueblo, una ideología que era antialemana, antiamericana, etc.

70

Esta variedad fanática de nacionalismo, teñida de xenofobia, racismo y antisemitismo, estaba muy extendida en aquella época. La razón era que se hacía sistemáticamente propaganda de ella en las escuelas primarias y secundarias, en las universidades, en los medios de comunicación y durante el largo servicio militar obligatorio que se estaba introduciendo en aquella época en la mayoría de los países. Para difundir la propaganda nacionalista también resultaron especialmente eficaces los símbolos nacionales que se iban introduciendo y utilizando cada vez más: banderas, escudos, himnos nacionales y personificaciones como la Marianne francesa, el John Bull británico y el Tío Sam estadounidense.

En todos los países, la gente estaba cada vez más condicionada a creer que eran miembros de un pueblo, nación o "raza" excepcional, elegida o al menos bendecida por Dios, y en todas partes la gente estaba convencida de que su propio pueblo o "raza" había alcanzado el mayor grado de civilización posible. Por el contrario, el enemigo del pueblo —cualquiera que fuera su identidad, y esa identidad podía cambiar y de hecho cambiaba— era atrasado cuando no bárbaro, biológicamente diferente y por tanto inferior o apenas humano, y a veces ni siquiera humano.[3] Este tipo de enemigo era capaz de cometer todo tipo de atrocidades y estaba decidido a erradicar a "nuestro" pueblo. Por lo tanto, teníamos derecho a defendernos y, si era necesario, a erradicar al enemigo hostil, porque en última instancia esa era la única solución real, la única solución "definitiva" al problema.

El hecho de que innumerables personas suscribieran esta forma de pensar tendría trágicas implicaciones con respecto a la guerra que estallaría en 1914. Ese conflicto sería presentado por las autoridades, los propagandistas, los medios de comunicación, etc., como una guerra entre

---

[3] Véase, por ejemplo, Firchow, p. 177.

pueblos, entre "razas" superiores e inferiores. El gran poeta inglés Rudyard Kipling, por ejemplo , gritaría a los cuatro vientos que los alemanes —hasta entonces considerados por los británicos como respetables "compatriotas arios"— eran "una raza inferior", no realmente seres humanos, sino "bestias",[4] y el poeta Gilbert Frankau los vilipendió como "bestias de gris" en un poema del mismo título.[5] El periodista Horatio Bottomley afirmaba que los alemanes eran una raza inferior e incorregible y los descalificaba como "Germhuns" (alemanes), sugiriendo así que eran una especie de patógeno que había que destruir, acción que de hecho recomendaba.[6] En cuanto a los franceses, despreciaban a los alemanes como *boches,* criaturas supuestamente desgraciadas con todo tipo de deficiencias, incluido el estreñimiento crónico y un olor corporal correspondientemente desagradable.[7]

71

Por el contrario, los alemanes hablaban con desdén de los franceses como un pueblo "bastardizado" y consideraban a los rusos y a los eslavos en general como inferiores, enemigos acérrimos de sus supuestamente muy civilizados yoes. Los austriacos, por último, despreciaban sobre todo a los serbios.

El nacionalismo racista (o racismo nacionalista) floreció en el contexto de la batalla librada por la élite contra el socialismo internacionalista (o internacionalismo socialista), en otras palabras, en el contexto del conflicto de clases entre la élite y las clases bajas. El nacionalismo y el racismo, escribió un historiador británico-alemán, Hansjoachim Wolfgang Koch, debían servir de "antídotos contra la revolución social potencial", debían "relegar la lucha de clases a un segundo plano".[8] El desprecio por otros pueblos se entrelazaba, por tanto, con el desprecio por las clases supuestamente inferiores. Esto queda ilustrado por el desdeñoso comentario ofrecido por el vizconde Northcliffe, propietario y editor de *The Times,* portavoz de la élite británica, tras una visita a un campo con prisioneros de guerra alemanes en 1917:

---

[4] Hibberd y Onions, pp. 250-51; Firchow, pp. 105-06, 112-13.
[5] Hibberd y Onions, pp. 251-53.
[6] Firchow, p. 164.
[7] El origen y significado del término *Boche* se analiza en Roynette, pp. 20-22.
[8] Koch, p. 348.

> *Era lamentable que los caballeros tuvieran que luchar contra semejante enemigo; no se trataba sólo de bárbaros, sino también de bárbaros de clase baja*.[9]

No es de extrañar que Northcliffe causara una gran impresión y sirviera de modelo al alemán que más tarde sería ministro de propaganda de Hitler, Josef Goebbels.[10]

El nacionalismo contaminó a todas las capas de la población, pero sobre todo a la pequeña burguesía, para la que la noción de pertenencia a una comunidad popular supuestamente sin clases suponía una cierta compensación por su inferioridad social frente a la clase media-alta y la nobleza, así como por su temor a la proletarización. Incluso algunos miembros de la clase obrera se mostraron receptivos a las consignas del nacionalismo y el racismo, sobre todo cuando los extranjeros llegaron para competir por los puestos de trabajo y contribuyeron así a mantener los salarios en niveles bajos. Por esta razón, los sindicatos estadounidenses seguirían siendo durante mucho tiempo antihamitas, es decir, hostiles a los negros, así como sinófobos.[11] En general, sin embargo, los proletarios —o al menos los socialistas entre ellos— se resistieron a los cantos de sirena del nacionalismo. Siguieron siendo internacionalistas y condenaron el nacionalismo como un fenómeno pequeñoburgués y como una ideología de "derechas". En este sentido, es significativo que los comuneros de París se proclamaran internacionalistas, decididos a crear una "*república universal*".[12]

72

Desde el punto de vista de la élite, el nacionalismo era un arma extremadamente útil en su lucha contra el socialismo. En consecuencia, el pensamiento conservador se asoció estrechamente con el nacionalismo y viceversa. "[El concepto de nación] llegó a encarnar el orden establecido y las fuerzas políticas que habían jurado defenderlo", escribe Arno Mayer, y añade que "los nacionalistas más celosos [eran] los conservadores más

---

[9] Citado en Firchow, p. 167.
[10] Canfora (2008), p. 235.
[11] Hobsbawm (1994), pp. 153, 160.
[12] Véase el artículo de Kristin Ross.

radicales".[13] Pero el nacionalismo era un arma de doble filo; también presentaba una dimensión "disfuncional".

La glorificación chovinista del propio pueblo, nación, lengua, cultura y religión implicaba la denigración de los demás pueblos; ante todo, los rivales en la contienda "imperialista" por la ventaja. Y de hecho, las ya antagónicas relaciones entre las grandes potencias, por ejemplo entre una Alemania hiperpatriótica y una Francia cada vez más chovinista y —con respecto a Alsacia-Lorena— "revanchista", se deterioraron inexorablemente. Esto aumentaba el peligro de guerra: una guerra importante, una guerra que podría revelarse extremadamente traumática, incluso fatal, para las élites de los países perdedores — y puede que incluso para las élites de las potencias vencedoras. En cualquier caso, nadie pensó en la posibilidad de tal catástrofe. El tipo de desaparición wagneriana que de hecho causó grandes dolores de cabeza a las élites fue la revolución social, la posibilidad de un triunfo del socialismo internacionalista, y era precisamente el espectro de esta revolución lo que podía exorcizarse agitando la varita del nacionalismo, o eso se creía. En cualquier caso, es un hecho que el tipo de nacionalismo que contribuyó a causar la Gran Guerra fue estimulado por las élites europeas para combatir el peligro del socialismo revolucionario. En este sentido, puede decirse que la Gran Guerra fue un proyecto contrarrevolucionario y antisocialista.

73

El nacionalismo resultó ser extremadamente peligroso en otros sentidos para las élites aristocráticas y burguesas que lo promovieron. Mientras apuntalaba el orden establecido en países étnica y lingüísticamente homogéneos, el nacionalismo de *minorías étni*cas como los polacos, los checos, los irlandeses y los flamencos constituía una amenaza para ese mismo orden en Estados multiétnicos y multilingües como Austria-Hungría, Rusia, el Imperio Otomano y Bélgica. Y el creciente nacionalismo en colonias como la India —y en "semicolonias" como China— representaba un formidable desafío para las potencias imperialistas. En muchos países, los movimientos nacionalistas surgieron como setas, y mientras algunos de ellos se conformaban con reformas del Estado existente, otros perseguían nada menos que la independencia

[13] Mayer (2010), p. 300.

total, que se lograría si fuera necesario mediante la revolución. A la amenaza de las revoluciones *sociales* se sumó la de las revoluciones nacionales, que estallaron en 1830 en las regiones polacas del Imperio ruso y en 1848 en Hungría, que en aquella época aún pertenecía al Imperio de los Habsburgo. Estas revoluciones fueron aplastadas sin piedad, pero eso no eliminó por completo la amenaza. Obviamente, esta amenaza era mayor allí donde los movimientos *nacionales* eran simultáneamente movimientos sociales, y cuando los defensores de tales movimientos hacían planes para revoluciones o reformas radicales de carácter tanto social como nacional.

El gran héroe del *Risorgimento* italiano, Giuseppe Garibaldi, el luchador por la libertad de la camisa roja, encarnaba este peligro y por ello fue despreciado a fondo por monarcas como la reina Victoria. Pero aún más repugnantes para la archiconservadora soberana británica eran, por supuesto, los nacionalistas irlandeses dentro de su propio Imperio Británico, especialmente cuando esos nacionalistas, por ejemplo James Connolly, eran simultáneamente separatistas, republicanos y socialistas que se habían unido a la Segunda Internacional y la habían persuadido de que reconociera a Irlanda como una nación separada.[14] En cuanto al zar de Rusia, tuvo que preocuparse por el hecho de que los líderes nacionalistas de sus minorías polaca y finlandesa se unieran igualmente a la Segunda Internacional y suscribieran así abiertamente una forma *revolucionaria* de socialismo. En Bélgica, el daensismo era un movimiento que combinaba el nacionalismo flamenco con el socialismo, o al menos con el populismo, y por tanto ofendía a las élites flamencas, belgas y europeas personificadas respectivamente por el obispo de Gante, el rey Leopoldo II y el Papa.[15] Más tarde, tras la Gran Guerra, la lucha simultánea por una revolución nacional y social se asociaría con otro revolucionario destacado como Garibaldi, a saber, Ho Chi Minh, el "padre" del Vietnam independiente.

74

En los países colonizados y/o explotados u oprimidos de otras formas, como Polonia e Irlanda, el nacionalismo y el socialismo no eran enemigos irreconciliables, sino que a menudo eran aliados. La lucha por la emancipación nacional —una variedad de la lucha de clases, como hemos

---

[14] Jackson, pp. 368-69.
[15] Deneckere, pp. 160-63.

visto— a menudo iba de la mano de la lucha por la emancipación social. Irlanda funcionaba como una "colonia" en la que los aristócratas ingleses —la alta burguesía angloirlandesa— se habían apropiado de la tierra y desde la que se exportaba lana y carne a Inglaterra, mientras que los propios irlandeses, despojados de sus tierras, morían de hambre o tenían que emigrar; la lucha por la emancipación social era, por tanto, simultáneamente una lucha por la emancipación nacional, una lucha en la que los defensores socialistas de la revolución social colaboraban con los defensores liberales e incluso conservadores (o clericales) de una revolución nacional. "La cuestión nacional y la de clase estaban interrelacionadas", ha dicho recientemente una historiadora irlandesa, Nuala C. Johnson. [16]

Así que existían movimientos nacionales que eran principalmente o incluso exclusivamente de derechas, conservadores, clericales y burgueses, así como movimientos nacionales que incorporaban tanto partidos de derechas, conservadores, como de izquierdas, socialistas (o al menos de orientación social) que competían entre sí. El movimiento nacionalista de los judíos europeos era uno de los que presentaba dos tendencias. Muchos judíos de Rusia y Europa del Este en general se unieron al "Bund" (conocido oficialmente como "Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia"), un partido marxista miembro de la Segunda Internacional. Otros judíos encontraron un hogar en el sionismo, un movimiento nacionalista judío que había sido fundado en 1897 por Theodor Herzl, con el objetivo de establecer un Estado puramente judío en Palestina. En todas partes, los nacionalistas de derechas eran grandes enemigos de los nacionalistas de izquierdas, que eran socialistas, a veces pequeñoburgueses, pero sobre todo proletarios. Obviamente, a la élite le resultaba ventajoso estimular y manipular el nacionalismo de derechas.[17]

75

La élite del poder aristocrático-burgués enarboló así la bandera del nacionalismo de derechas, conservador, antisocialista y contrarrevolucionario del Estado existente, y luchó con uñas y dientes contra todas las formas de nacionalismo expresadas por las minorías

[16] Losurdo (2013), pp. 18-19; Johnson, p. 20.
[17] Losurdo (2013), pp. 156-57.

étnicas, lingüísticas y religiosas del Estado, y especialmente contra las variedades izquierdistas, radicales y, sobre todo, revolucionarias de ese nacionalismo. Como en el caso de la lucha contra los movimientos sociales ascendentes en general y contra el socialismo en particular, en la lucha contra los movimientos nacionales ascendentes, y especialmente contra *las revoluciones* nacionales potenciales, se utilizó tanto el "palo" de la represión como la "zanahoria" de las concesiones*;* también en este caso, las concesiones que se hicieron consistieron en su mayor parte en reformas modestas, a menudo de naturaleza principalmente simbólica. Un buen ejemplo lo proporcionó la política británica con respecto a Irlanda: represión despiadada por un lado, pero por otro también reformas que conjuraban una forma de independencia irlandesa, o mejor dicho, una dependencia menos visible con respecto a Londres, el sistema denominado eufemísticamente "Home Rule". Como en el caso de las reformas políticas y sociales antes mencionadas, este enfoque similar a la zanahoria tuvo bastante éxito. El concepto de Home Rule sedujo a innumerables nacionalistas irlandeses y quitó mucho viento de las velas a los republicanos, socialistas y otros nacionalistas irlandeses radicales. Pero las reformas no resolvieron realmente la situación de las minorías, que de hecho siguió deteriorándose. Así ocurrió no sólo en Irlanda, sino también en los Balcanes, es decir, en el lado opuesto de Europa. Los Habsburgo se vieron abocados a la desesperación por las aspiraciones y la agitación de las minorías "eslavas del sur" dentro de la Monarquía Dual, sobre la que los austriacos y los húngaros ya estaban enfrentados, y por el descontento de sus conciudadanos checos, eslovacos, polacos y de otras nacionalidades.

76

Sin embargo, el espinoso problema de los movimientos nacionalistas indeseables también creó nuevas oportunidades, especialmente cuando dichos movimientos surgían en Estados rivales. De hecho, se podía debilitar a los rivales alentando y apoyando las aspiraciones nacionalistas de sus minorías, e incluso de sus súbditos coloniales. La tentación era grande e irresistible. El Imperio Ruso, por ejemplo, que codiciaba Constantinopla y el control de los estrechos entre el Mar Negro y el Mediterráneo, apoyó el nacionalismo de los súbditos eslavos del Imperio Otomano, en su mayoría cristianos ortodoxos. Los búlgaros, por ejemplo, consiguieron su independencia en 1908. De hecho, los rusos animaron a todos los cristianos balcánicos y caucásicos a levantarse contra sus

señores otomanos. Estos últimos reaccionaron abandonando su habitual tolerancia religiosa en favor de una política proislámica sistemática —en 1876 el Islam fue proclamado religión oficial del Imperio— y de una despiadada represión anticristiana. (Frente a la amenaza rusa, los otomanos se aliarían también con Alemania, como examinaremos más adelante). Esta política condujo a masacres de griegos y armenios cristianos durante la década de 1890, en la isla de Creta y en otros lugares, y culminaría en el genocidio armenio de 1915, durante la Gran Guerra. La política nacionalista y antisocialista de la élite aristocrática y burguesa de Europa contribuyó así no sólo a provocar la Gran Guerra, como ya hemos visto, sino también a hacer posibles algunos de sus horrores más espantosos.

No sólo las grandes potencias imperialistas inflamaron el nacionalismo de las minorías de sus rivales. Incluso los Estados menores creyeron que podían sacar provecho de este tipo de intrigas. Me viene a la mente Serbia: un pequeño país que fomentó sistemáticamente el nacionalismo "sur-eslavo" en las regiones bosnias, croatas y eslovenas de su gran vecino, Austria-Hungría. Nacionalistas de este tipo asesinarían al príncipe heredero de los Habsburgo y a su esposa en Sarajevo en el verano de 1914, un acontecimiento del que puede decirse que desencadenó —pero no *causó*— la Gran Guerra. Y durante esa Gran Guerra, los antagonistas se pondrían inmediatamente manos a la obra para apoyar con palabras y hechos los movimientos nacionalistas (y preferiblemente revolucionarios) dentro de las posesiones europeas y coloniales del enemigo. Los británicos, por ejemplo, proporcionarían ayuda militar a los movimientos independentistas entre los habitantes árabes del Imperio Otomano, aliado de Alemania, y los franceses hicieron todo tipo de promesas a la minoría polaca en Alemania y a la minoría checa en la Monarquía Dual. A la inversa, los alemanes alentaban los movimientos independentistas de los polacos dentro del Imperio ruso, de los irlandeses y los indios dentro del Imperio británico, y promovían el separatismo flamenco en la Bélgica ocupada. Lenin comentaría cínicamente que "los chovinistas sólo hacen propaganda a favor de la guerra civil en el campo enemigo, pero nunca defienden el derecho de sus propias colonias y pueblos oprimidos a separarse".[18] Durante la Primera Guerra Mundial, los alemanes llegaron

[18] Citado en Losurdo (2006b), p. 110.

incluso a apoyar movimientos que pretendían una revolución social en el campo del enemigo, en particular facilitando el viaje de Lenin a Rusia durante el verano de 1917. Las élites estaban dispuestas a apoyar movimientos radicales e incluso revolucionarios, nacionales e incluso sociales, dentro de los países enemigos, pero era una estrategia cargada de grandes riesgos de "retroceso", como descubriría Alemania, por ejemplo, cuando al final de la guerra los vientos revolucionarios soplaran de la capital rusa a la prusiana.

77

En el plano interno, la élite combatió el peligro de la revolución social y nacional en todos los frentes y con todos los medios a su alcance. Es cierto que el imperialismo sirvió ante todo para adquirir materias primas, mercados y mano de obra barata, todo ello en beneficio de la economía nacional. Pero también resultó útil como medio para exorcizar el fantasma del cambio gradual, además de revolucionario en el sentido socialista, y preservar así el orden establecido al que estaban apegadas la nobleza y la clase media alta. Movilizándolos para proyectos coloniales en África, el Sudeste Asiático y otras partes distantes del mundo, era posible destetar del socialismo a una buena parte de los proletarios y pequeños burgueses. En las colonias, esta gente podía ser puesta a trabajar como soldados, empleados y capataces en plantaciones y minas (donde los nativos servían como esclavos), burócratas de bajo rango en la administración colonial e incluso misioneros. "El imperio era también un mercado de hombres", señala el historiador francés Michel Winock, y subraya el hecho de que las colonias funcionaron en gran medida como "una salida de la miseria" para los habitantes de las regiones menos privilegiadas de la madre patria, como Córcega en el caso de Francia.[19]

Incluso a la gente que, en su propio país, pertenecía a las clases más bajas, se le ofrecía así el lujo de entregarse a sentimientos de superioridad lejos de casa, con respecto a los "negros" y otras gentes supuestamente atrasadas. El historiador británico Eric Hobsbawm llama la atención sobre este papel psicológico del imperialismo, que permitía a la gente corriente sentirse superior e identificarse así con el Estado e integrarse en su orden establecido. Según Hobsbawm, este

78

[19] Winock, p. 80.

> *la idea de superioridad y dominio sobre un mundo de pieles oscuras en lugares remotos era genuinamente popular... Este sentimiento de superioridad unía así a los blancos occidentales, ricos, de clase media y pobres ... porque todos ellos disfrutaban de los privilegios del gobernante ... en las colonias ... el trabajador blanco era un comandante de negros.*[20]

No fue una coincidencia que los irlandeses en particular fueran enviados como soldados a la India — descrita en una ocasión por Marx como la "Irlanda de Oriente" — para enseñorearse de los nativos: en la propia Albión, eran tradicionalmente el máximo ejemplo de los proletarios pobres, impotentes y oprimidos.[21]

Los beneficios obtenidos gracias a la explotación sistemática y despiadada de las colonias no sólo permitieron remunerar relativamente bien al personal colonial, sino también ofrecer salarios ligeramente superiores a los trabajadores de la metrópoli y financiar modestos servicios sociales en su beneficio. "La participación de cada nación en el control económico de la tierra", explicaba el gran sociólogo alemán Max Weber en 1894, decide "el potencial de ingresos de sus trabajadores". En Gran Bretaña, ideas similares fueron promovidas por Austin Chamberlain, que proclamó que "la reforma social no era posible sin el imperialismo".[22] Este desarrollo daría lugar a la aparición de la llamada "aristocracia obrera" en los países imperialistas de Europa Occidental, algo de lo que oiremos hablar más adelante. El imperialismo permitió así mejorar la remuneración y el trato de los proletarios en las metrópolis —y con ello quitar mucho viento de las velas de los socialistas— a costa de los oprimidos y explotados habitantes de las colonias. En otras palabras, la miseria más flagrante se exportaba de Europa (y Estados Unidos) a las colonias, a lo que más tarde se llamaría el "Tercer Mundo". El imperialismo sirvió así para "desarrollar el subdesarrollo" en África, Asia y

---

[20] Hobsbawm (1994), pp. 70-71. Benjamin Disraeli predicaba así que todos los miembros del "privilegiado y próspero pueblo inglés" constituían una "aristocracia natural" que se elevaba por encima de las razas inferiores, véase Losurdo (2010), p. 85.

[21] Hobsbawm (1994), p. 81; Losurdo (2013), p. 12.

[22] Citado en Hobsbawm (1994), p. 56; Chamberlain es citado en Eley, p. 162.

América Latina, un proceso ya inaugurado en la llamada era de las "Grandes Exploraciones".[23]

Esta modesta, pero ciertamente perceptible, mejora de la suerte de los trabajadores en los países imperialistas de Europa parecía falsificar la teoría marxiana. Según la "teoría de la pauperización creciente" de este último, el capitalismo iba a hacer al proletariado cada vez más pobre y miserable y, por tanto, le llevaría a derrocar tarde o temprano el sistema capitalista existente mediante una revolución; sin embargo, gracias a las "bendiciones" del imperialismo, parecía que Marx estaba equivocado. Incluso muchos dirigentes socialistas empezaron a creer que el destino del proletariado podía mejorar y mejoraría dentro del sistema capitalista y que, por tanto, ya no era necesaria una revolución.

79

Después de haber escuchado "discursos salvajes, que no eran más que un grito de '¡Pan! Pan!", en una reunión de desempleados en el miserable barrio obrero del East End londinense, Cecil Rhodes, el gran campeón del imperialismo británico, describió así la función contrarrevolucionaria del imperialismo, o "socialimperialismo", como él lo llamaba:

> *De camino a casa reflexioné sobre la escena y me convencí más que nunca de la importancia del imperialismo... Mi preciada idea es una solución para el problema social, es decir, para salvar a los 40.000.000 habitantes del Reino Unido de una sangrienta guerra civil* [es *decir, revolución*]*, los estadistas coloniales debemos adquirir nuevas tierras para asentar a la población excedente, para proporcionar nuevos mercados a los bienes producidos en las fábricas y minas. El Imperio, como siempre he dicho, es una cuestión de pan y mantequilla. Si queréis evitar la guerra civil, debéis convertiros en imperialistas.*

Esta cita refleja no sólo la convicción de Rhodes de que la expansión colonial era crucial como arma contra la revolución socialista, sino también su convicción maltusiana de que el propio problema social de Gran Bretaña era el resultado de la superpoblación. Por eso Rhodes —como muchos de sus contemporáneos que compartían sus ideas malthusianas— consideraba que era absolutamente necesario librar al

---

[23] Hobsbawm (1994), p. 61: "[Para] ventaja de las clases dominantes metropolitanas... las políticas y la propaganda imperialistas... contrarrestaron el creciente atractivo para las clases trabajadoras de los movimientos obreros de masas."

país del excedente demográfico, desmesurado y potencialmente revolucionario, que resultaban ser los pobres. En lo que respecta a las clases propietarias, los proyectos imperialistas eran un instrumento perfecto en ese sentido, porque hacían desaparecer de la escena socioeconómica y política de la metrópoli a innumerables representantes de las "clases peligrosas". También se puede expresar este punto de vista en términos socio-psicológicos: Los proletarios europeos podían dar rienda suelta a sus instintos agresivos no en la metrópoli a expensas de la élite, sino en colonias lejanas a expensas de los nativos —y en beneficio de la élite metropolitana.

También en Francia y Alemania se consideraba el imperialismo como un instrumento para resolver los problemas sociales internos. En Francia, Maurice Wahl, un alto funcionario colonial, escribió lo siguiente en un libro titulado *Francia en las colonias:*

> *Debido a las crecientes complejidades de la vida y a las dificultades que pesan no sólo sobre las masas obreras, sino también sobre las clases medias, la impaciencia, la irritación y el odio se acumulan en todos los países de la vieja civilización y se convierten en una amenaza para el orden público; la energía que se lanza fuera del cauce de clase definido debe ser empleada en el extranjero para evitar una explosión en el interior.*

80

En cuanto a Alemania, ya en 1878 se podía leer en un periódico de allí que el gobierno debía organizar la emigración a gran escala a las colonias "como válvula de seguridad contra los problemas sociales". La expansión colonial era considerada por la élite como un antídoto contra la variedad alemana del socialismo, la socialdemocracia. En otro documento, que citaba a Australia como ejemplo, el autor afirmaba que "el estado alemán debería encontrar la manera de eliminar a los 'elementos sediciosos' del país" y que "la colonización dentro de Europa, por ejemplo en Polonia, también podría ser útil en este sentido." Un partidario aristocrático del colonialismo expresó la opinión de que "la socialdemocracia alemana no podría combatirse más eficazmente que mediante el colonialismo."[24]

La expansión territorial dentro y fuera de Europa se consideraba indispensable para resolver los problemas internos. En el caso de

---

[24] Rachschmir, p. 14; Winkler, pp. 62-63; citas de Rhodes y Wahl en el libro de Lenin sobre el imperialismo, capítulo VI.

Alemania, sin embargo, la expansión dentro de la propia Europa —y sobre todo en Europa Oriental— parecía tanto más necesaria cuanto que, a diferencia de Gran Bretaña, las relativamente escasas colonias del Reich no tenían potencial suficiente para absorber el excedente demográfico. En este contexto, es comprensible que la conquista de territorio en Europa Oriental ocupara un lugar destacado en la larga lista de objetivos bélicos de Alemania en 1914. Y Hitler, con su infame ansia de "espacio vital" (*Lebensraum*) en el este de Europa, difícilmente sería una anomalía, sino más bien un producto típico de su época.

En toda Europa, los intelectuales y otras personalidades destacadas consideraban la expansión colonial como un medio para resolver los problemas sociales y combatir el socialismo. Como ejemplo francés podemos citar a Ernest Renan, quien declaraba que el colonialismo, que en su opinión Francia "desgraciadamente" aún no había abrazado suficientemente debido a sus numerosas revoluciones, "era la única manera de contrarrestar el socialismo". "Una nación que no coloniza", explicaba, "está condenada a acabar en el socialismo, a vivir una guerra entre ricos y pobres". Del mismo modo, Theodor Herzl, el "padre" del sionismo, consideraba que la colonización de Palestina podía poner fin al problema del surgimiento de movimientos revolucionarios entre los judíos pobres de Europa.[25]

81

Las ambiciones territoriales de las potencias imperialistas dentro y fuera de Europa, que harían posible e incluso inevitable la Gran Guerra, habían surgido como un medio para que las élites de estos países combatieran el peligro del socialismo y evitaran la revolución social. También en este sentido puede decirse que la Gran Guerra fue, al menos en parte, el resultado de una política antidemocrática, antisocialista y contrarrevolucionaria; en otras palabras, que fue un proyecto antidemocrático y contrarrevolucionario.

La conquista de colonias prácticamente siempre iba acompañada de guerras contra los nativos que se atrevían a oponerse al hombre blanco a pesar de las buenas intenciones de éste con respecto a ellos. ¿Acaso el hombre blanco no trajo a esos pueblos las bendiciones de la civilización "occidental", además de su gemela siamesa, la verdadera religión cristiana

[25] Losurdo (2013), pp. 163-64.

en su manifestación católica o protestante? ¿No merecían ser castigados quienes rechazaban tales favores? Estas guerras equivalían generalmente a masacres unilaterales y solían terminar con victorias presumiblemente gloriosas, que proporcionaban ascensos a muchos comandantes del ejército, de los cuales muchos iban a desempeñar papeles importantes en la Gran Guerra, por ejemplo Joffre, von Falkenhayn, francés, y Haig,[26] y también el comandante en jefe estadounidense, John J. Pershing, que se había ganado sus galones en "guerras" de este tipo contra indios, filipinos y mexicanos. Los muertos del bando europeo (o americano) no eran muy numerosos y pertenecían en su mayoría a las órdenes inferiores sin importancia.[27] Estos muertos no fueron llorados porque podían ser reemplazados fácilmente y porque, a su manera, habían contribuido a la presumiblemente necesaria "eliminación selectiva" del excedente demográfico. En cuanto a las decenas e incluso cientos de miles de nativos masacrados, ¿le importaba a alguien?[28] (Se puede hacer la misma pregunta con respecto a los nativos asesinados en guerras coloniales y neocoloniales más recientes en Vietnam, Irak y Afganistán).

82

En 1914, cuando estalló la guerra en la propia Europa, muchos creyeron que se repetiría el escenario familiar de las guerras coloniales: una guerra de naturaleza limitada y corta duración, cargas irresistibles de nuestra caballería, victorias ridículamente baratas y fáciles, pérdidas cuantitativa y cualitativamente insignificantes en nuestro bando, pero masas de muertos y heridos en el bando enemigo y, como guinda del pastel, enormes ventajas económicas y gloria eterna para la patria y sus héroes. Gracias a la entusiasta colaboración de los medios de comunicación, las guerras coloniales, por ejemplo las campañas contra los zulúes y los bóers o las guerras americanas contra los indios, los filipinos, los mexicanos, etc., se revelaron particularmente "populares" y contribuyeron así significativamente a la integración de las clases bajas en el orden establecido.[29]

---

[26] Hochschild, p. 110.

[27] Una notable excepción a esta regla la constituye el caso de Napoleón, hijo de Napoleón III, exiliado en Inglaterra tras la guerra franco-prusiana; en 1879, este *"príncipe imperial"* fue asesinado en la guerra zulú mientras servía como oficial del ejército británico.

[28] Véase el estudio de Rosa Amelia Plumelle-Uribe, *La Ferocite blanche.*

[29] Hobsbawm (1994), pp. 103-04.

Capítulo 5
Nietzsche y el darwinismo social: Oda a la guerra

> *El proceso de democratización parece irresistible y, con el ascenso de las "masas", la élite, asediada y cada vez más pesimista, busca remedios en fantasías socialdarwinistas y esquemas nietzscheanos antidemocráticos y racistas. La guerra parece ofrecer a la élite una salida a su laberinto de problemas. Se espera que la guerra disipe la amenaza del socialismo revolucionario, enrarezca las filas de las peligrosas masas populares e integre a las clases inferiores en el orden político y socioeconómico existente...*

Alrededor del cambio de siglo, se había hecho evidente que la élite aristocrático-burguesa había logrado un éxito considerable con su estrategia antidemocrática. Los síntomas de este éxito eran visibles en todas partes: mucha gente "pequeña", sobre todo campesinos y miembros de la clase media-baja, habían abrazado el nacionalismo, el antisemitismo, el militarismo y el imperialismo, y no votaban a los socialistas, sino a partidos conservadores, como el Zentrum católico alemán. En cualquier caso, en la mayoría de los países el sufragio seguía siendo un privilegio de las clases "mejores", y una enorme cantidad de poder estatal seguía concentrado en instituciones no elegidas, como las cámaras altas de los parlamentos, la burocracia y el ejército; instituciones en las que la élite se había replegado sólidamente. La Iglesia aún gozaba de mucha influencia, sobre todo entre los campesinos del campo, y se esforzaba por recuperar la

lealtad perdida en el campo de la clase obrera, que, bajo la influencia socialista, había abandonado el cristianismo *en masa* durante el siglo XIX. La contraofensiva católica en este sentido culminó con la proclamación en 1891 de la encíclica *Rerum Novarum,* en la que el Papa León XIII condenaba el socialismo como una "plaga" y ordenaba la creación de partidos políticos y sindicatos cristianos. Durante el "severo pontificado" de León XIII, la élite también pudo contar cada vez más con la Iglesia para "glorificar el trono, la espada, la bandera y el orden social establecido" y, por el contrario, para condenar el socialismo y el activismo sindical (no cristiano).[1] Sin embargo, el fantasma de la revolución —no sólo social, sino también nacional— seguía rondando Europa. La agitación y la tensión también afectaban a partes distantes del mundo como Sudamérica y China. La élite temía no sólo la posibilidad de una *revolución* repentina y violenta, sino también la perspectiva de una *evolución* gradual y pacífica hacia la democracia, aborrecida como el gobierno de un populacho presumiblemente ignorante y vicioso.

84

Era demasiado obvio: el éxito relativo de la estrategia antidemocrática de la élite podía frenar el ascenso de la democracia, pero a largo plazo este ascenso era irresistible. Los gobiernos se vieron obligados a multiplicar sus concesiones e introducir cada vez más reformas; por ejemplo, en casi todas partes resultó necesario ampliar el derecho de voto. Los socialistas seguían abriéndose paso entre las clases bajas, sus partidos crecían en tamaño y fuerza, se volvían cada vez más ambiciosos y, por tanto, cada vez más amenazadores. Parecía que tarde o temprano el proletariado lograría una gran victoria electoral, permitiendo así a los revolucionarios socialistas llegar al poder de forma no revolucionaria. En ese caso, ¿no tendría los días contados el orden político y social establecido con tanta certeza como en el caso de una revolución violenta? ¿Era posible evitarlo de alguna manera?

La democracia era algo por lo que tanto la alta burguesía como la nobleza, desde el monarca más poderoso hasta el más humilde terrateniente de pueblo, no sentían más que desprecio. La razón debería ser obvia: la democracia, el poder ejercido por y para el pueblo, significaba el fin de un sistema en el que el poder era ejercido por, y de hecho para,

[1] Mayer (2010), pp. 247-51.

una pequeña parte del pueblo, a saber, la ínfima minoría demográfica que resultaba ser la combinación de nobleza y clase media-alta. La auténtica democracia, es decir, la emancipación no sólo política sino también socioeconómica de los estamentos inferiores, no interesaba a la élite. El emperador Guillermo II denunció públicamente la democracia, equiparándola a la anarquía.[2] Pero en aquella época la democracia también era una mala palabra en Gran Bretaña, porque representaba el poder de las masas populares y no el poder supuestamente normal, natural o "dado por Dios" de las clases "mejores", es decir, las clases acomodadas —o, como solían decir en francés, el poder de la *gens de rien,* la "gente *de* nada", en lugar de la *gens de bien,* la "gente de sustancia".[3]

85

Desde la época de la Revolución Francesa, la élite noble (y conservadora) nunca había disimulado su antipatía hacia la idea de libertad y progreso en beneficio de las masas. La alta burguesía era liberal por convicción y, por tanto, parcial a los conceptos de libertad y progreso, en teoría para todos, pero en realidad para sí misma; detestaba la idea de democracia, que no percibía como un ideal sino como una pesadilla, gobernada por las estúpidas y crueles "masas".[4] Una figura destacada del liberalismo francés del siglo XIX, Alexis de Tocqueville (1805-1859), explicaba en este contexto que amaba *la libertad,* pero no *la democracia.*

El ascenso de las masas y las consecuencias potencialmente catastróficas de tal evolución constituyeron un tema que recibió mucha atención en torno al cambio de siglo, como refleja el éxito de un libro publicado por Gustave Le Bon en 1895, *Psychologic des foules* (literalmente, "Psicología de *las* multitudes", pero publicado en inglés como *The Crowd:* A *Study of the Popular Mind*)*;* de este libro se dijo recientemente que "reflejaba el malestar de la gente de la época y su perplejidad ante ciertos aspectos de la modernidad". Un bestseller similar que reflejaba el "pesimismo cultural" contemporáneo fue *Rembrandt als Erzieher* ("Rembrandt como educador"), del alemán Julius Langbehn, publicado en 1890.[5]

---

[2] Véase, por ejemplo, la cita de Cohen y Major, p. 702.

[3] Canfora (2006), p. 43.

[4] Losurdo (2006a), pp. 311, 337.

[5] Según el sociólogo estadounidense Robert K. Merton, Le Bon era "un conservador aprensivo, preocupado por el crecimiento del proletariado de orientación socialista...

Si las masas llegaban al poder mediante elecciones, eso también constituiría una catástrofe desde la perspectiva de la élite. Se creía firmemente que en ese caso se repetiría el escenario de la Comuna de París, pero a una escala mucho mayor, con enormes efusiones de sangre y, como resultado, nada menos que el fin de la civilización, o al menos de la civilización aristocrático-burguesa, y el nacimiento de un monstruo: una sociedad socialista o, como ya se decía entonces, "comunista".[6]

86

El temor a las desagradables consecuencias del proceso de democratización y del aparentemente irresistible ascenso de las masas que iba unido a él se agravaba aún más cuando se consideraba el problema dentro de un contexto mundial en lugar de meramente nacional o incluso europeo. ¿Acaso la democratización no amenazaba igualmente con producir un ascenso igualmente irresistible de las masas de gente de color en las colonias, con sangrientas "comunas" allí y, en última instancia, con que la hegemonía del hombre blanco cediera paso, no sólo en las colonias sino en todo el mundo, al dominio de las masas inferiores marrones, negras y amarillas? "Las pesadillas del imperio se fusionaron con los temores de la democracia", así describió Eric Hobsbawm este tipo de angustia.[7] En el marco del "sistema mundial" del imperialismo, las mujeres y los hombres de color y, por tanto, presumiblemente inferiores, de las colonias (y de semicolonias como China) se perfilaban como proletarios peligrosos que constituían una amenaza para los "señores" de las metrópolis; a la inversa, a ojos elitistas, los proletarios de las metrópolis se parecían mucho a extranjeros racialmente inferiores. Así, un oficial reaccionario del ejército francés escribió en 1914 —¡en un libro publicado por la editorial oficial del ejército! — que existían "dos Franceses", "dos razas" de franceses:

> *La antigua raza francesa y un nuevo grupo social, formado por una tripulación heterogénea y variopinta, que incluye a parias de la antigua raza así como a recién llegados, aún no asimilados y ... inasimilables, la*

[mostrando] una hostilidad sin tregua a todos los aspectos del socialismo". [mostrando] una hostilidad sin tregua hacia todos los aspectos del socialismo". Véase Le Bon, prefacio, p. xxxvii. Sobre Langbehn, véase Mayer (2010), pp. 292-94.

[6] Véase, por ejemplo, Hobsbawm (1994), pp. 85-86.

[7] Hobsbawm (1994), pp. 82-83.

> *extraordinaria coalición de protestantes, judíos, masones, socialistas y extranjeros* [*meteques*].[8]

Durante las décadas de 1880 y 1890, un pesimismo sombrío invadió a la nobleza y, sobre todo, a la alta burguesía, un sentimiento ampliamente compartido de vivir en una época de decadencia y declive, la impresión de que, junto con el siglo, la propia civilización se acercaba a su fin y que el pueblo "ario" superior se veía amenazado por hordas de gente de color inferior. Este pesimismo y nihilismo *finiseculares* contrastaban dramáticamente con el optimismo y la fe en el progreso que una burguesía dinámica y segura de sí misma, animada por la Ilustración, había mostrado no mucho antes, sobre todo durante su época "heroica", progresista e incluso revolucionaria; este optimismo se había derrumbado como un soufflé fallido en el *annus horribilis* revolucionario de 1848.

87

¿Qué había salido mal y qué se podía hacer? Éstas eran las urgentes preguntas existenciales que se hacían los burgueses, y muchos encontraron una respuesta tranquilizadora en una nueva ideología aparentemente científica que estaba arrasando en la Europa intelectual de la época: el darwinismo social. Esta visión del mundo se inspiraba en la teoría de la evolución de Darwin y pretendía aplicar a los seres humanos, los pueblos, las "razas" y los países conceptos como la "selección natural", la "lucha por la supervivencia" y la "supervivencia del más fuerte". La competición se consideraba el principio básico de todas las formas de vida, y el éxito en la competición por la vida se veía como la *condición sine qua non* de la supervivencia y el progreso. Los más fuertes triunfaban en la lucha por la supervivencia, por lo que se les consideraba los mejores, y así se hacían aún más fuertes; los débiles, en cambio, eran los perdedores, quedaban rezagados en la carrera por la supervivencia y, por tanto, estaban condenados a la extinción.

Se comprende fácilmente que esta forma vulgar de pensar consiguiera convertirse en "la visión del mundo dominante de los gobernantes y gobernados de Europa".[9] Conceptos como "selección natural" y "supervivencia del más fuerte" encajaban maravillosamente en la teoría

---

[8] Saint-Fuscien, p. 40.

[9] Mayer (2010), p. 282; véase también Koch, "Social Darwinism as a Factor in the 'New Imperialism'".

liberal que predicaba que la competencia separa el trigo de la paja, de modo que los vencedores en la competición social y económica, es decir, los prósperos hombres de negocios y la élite en general, son manifiestamente los mejores y los más aptos y, por tanto, merecen ser los "vencedores." ¿Y no era evidente que, en una carrera con innumerables competidores, sólo podía haber unos pocos ganadores? En consecuencia, la riqueza y el poder de un pequeño número (la élite), así como la pobreza y la impotencia del gran número (las masas) eran merecidos y estaban justificados. Los primeros no tenían por qué avergonzarse, y los segundos no tenían derecho a quejarse, sino que debían callarse. La desigualdad de los individuos y de los grupos de personas, como las clases, era el estado natural de las cosas (o, para los creyentes, el orden de las cosas dado por Dios y, por tanto, inmutable). Cualquier intento de cambiar ese orden, como se proponían hacer los socialistas y los defensores nacionalistas de las minorías étnicas, no sólo estaba condenado al fracaso, sino que era de hecho una empresa insensata e incluso criminal.[10]

88

El darwinismo social fue igualmente útil para afirmar y justificar el poder del hombre blanco en las colonias. Las conquistas demasiado fáciles en África, el "Salvaje Oeste" americano y otros lugares convencieron a los europeos y americanos de que su propia "raza" blanca, entonces todavía conocida generalmente como "aria", aunque numéricamente insignificante en número, era cualitativamente muy superior a las enormes masas de pardos, negros y amarillos. Pero también en el seno de la familia "aria" prevalecía una jerarquía, aunque no estuviera del todo claro quién ocupaba su cúspide. Los "anglosajones" era la respuesta que se daba a esa pregunta en Londres, pero en Berlín estaban convencidos de que en la cima estaban los teutones, una "raza" a la que pertenecían no sólo los alemanes, sino también otras tribus "germánicas" como los "anglosajones", los escandinavos, los holandeses y los flamencos de Bélgica. En París y Roma, se creía firmemente que la superioridad había sido otorgada a los franceses, italianos y otras naciones "latinas" en virtud de su pedigrí imperial romano. En Estados Unidos, por último, la palma se la llevaron no sólo los presuntamente superiores "anglosajones", sino los "nórdicos" en general, preferentemente los que abrazaban una versión protestante del

[10] Véase Hobsbawm (1994), pp. 32, 252, 254; Mayer (2010), p. 285.

cristianismo. *El nec plus ultra* antropológico seguiría siendo durante mucho tiempo el "WASP", es decir, el estadounidense que no sólo era blanco, sino también anglosajón y protestante.[11] Los italianos y otras gentes de piel ligeramente más oscura, gente del llamado tipo "mediterráneo", generalmente de baja estatura, morenos y católicos, y por supuesto los irlandeses "celtas", también católicos, eran percibidos como habitantes de una tierra de nadie que separaba el trigo "nórdico" de la paja de negros e indios o "pieles rojas". Para estos últimos, el "racista científico" estadounidense Lothrop Stoddard acuñó un término especial —con un toque nietzscheano-: "undermen". Utilizó este término por primera vez en un libro publicado en 1920 titulado *The Rising Tide of Color Against White World-Supremacy.* Este opus se tradujo inmediatamente al alemán e impresionó e inspiró a Hitler, que cooptó "under-man" en su infame versión alemana, *Untermensch*.[12]

Desde una perspectiva socialdarwinista, todos los miembros de la familia "aria" superior tenían sobrados motivos para estar satisfechos y felices. En su comunidad no podían existir problemas sociales o económicos, y si de algún modo aparecían, era culpa de miembros de "razas" inferiores que, como una especie de germen peligroso, habían penetrado en el cuerpo sano de la comunidad "aria" para contaminarlo y enfermarlo. El socialismo revolucionario era tal enfermedad, una enfermedad potencialmente mortal, y los gérmenes que la habían engendrado eran los judíos que se habían infiltrado en la comunidad "aria". Se daba por sentado que los judíos, como todos los demás "inferiores", envidiaban a los "arios" superiores y soñaban con derribarlos de su elevado pedestal, utilizando el socialismo como instrumento para lograr ese malvado objetivo. Así podemos entender por qué el antisemitismo estaba tan extendido en aquella época en los círculos conservadores, antidemocráticos, antisocialistas y contrarrevolucionarios. Explicar los problemas sociales señalando con el dedo a los extranjeros, no necesariamente pero preferiblemente a los judíos —en otras palabras, hacer del judío un chivo expiatorio— ya tenía una larga tradición. Lutero había culpado a los judíos de las revueltas campesinas y, según teóricos

[11] Véanse, por ejemplo, las observaciones sobre las razas "nórdica", "mediterránea" y otras en Firchow, pp. 21-29.

[12] Pauwels (2013), p. 224.

del conservadurismo contrarrevolucionario como de Maistre, de Bonald y Burke, fueron los judíos —y los masones— quienes desencadenaron la Revolución Francesa. Más tarde, los judíos serían acusados igualmente de planear la Revolución Rusa por gente como Oswald Spengler, un historiador y filósofo alemán de que hoy ya no goza de buena reputación, pero también por personalidades que muchos siguen admirando, por ejemplo el fabricante de automóviles estadounidense Henry Ford y el más famoso de todos los estadistas británicos, Winston Churchill.[13]

89

Muchos defensores del darwinismo social estaban convencidos de que, dentro de la propia familia "aria", ciertos grupos eran especialmente vulnerables a la contaminación por gérmenes extraños. Innumerables conservadores británicos creían firmemente que los franceses padecían una "enfermedad revolucionaria", cuyos síntomas habían sido los acontecimientos de 1789, 1830, 1848 y 1871. Y se decía que la razón era que Francia se había "contaminado" al permitir la inmigración de gentes inferiores de tipo mediterráneo o incluso africano, lo que supuestamente había conducido a una degeneración de su propia "raza"; "¡los negros empiezan en Calais!", era una frase que soltaban a menudo los esnobs británicos con respecto a Francia. En Alemania y también en la Monarquía Dual, muchos pensaban que los franceses eran un lote "bastardizado" o "degenerado"; un joven llamado Adolf Hitler era de los que pensaban así. Un francés que estaba convencido de ello y que de hecho inspiraría a Hitler con sus escritos fue Joseph de Gobineau, un aristócrata monárquico que, durante la década de 1850, publicó un libro titulado *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Gobineau proclamaba la superioridad de la raza "aria", advertía de los peligros de la "mezcla racial" sexual y de otro tipo, y culpaba a la "contaminación racial" de las revoluciones y otros problemas sociales de Francia.[14]

90

Los darwinistas sociales creían que también fuera de Europa los pueblos inferiores, verdes de envidia, intentarían de una forma u otra acabar con la legítima hegemonía mundial de los "arios". Por ejemplo, en África y Estados Unidos, o al menos en los estados del Sur, se suponía que los negros —que hasta hacía poco eran esclavos— buscaban siempre

[13] Losurdo (2006b), pp. 240-45.

[14] Losurdo (2006a), pp. 311-13; Losurdo (2013), p. 41; Lukacs, III, pp. 112-24.

oportunidades para violar a las mujeres blancas, con la esperanza de que así contaminaran y, en última instancia, destruyeran la "raza aria". (En la Europa contemporánea, aún extremadamente reprimida en el plano sexual, eran los judíos los sospechosos de codiciar a las hembras "arias"). Otra amenaza acechaba en la forma de las inmensas masas humanas de chinos, simultáneamente aborrecidos y temidos por los blancos como el "peligro amarillo". (Los japoneses, menos numerosos, todavía no inspiraban ese temor). Y la rebelión de los bóxers de los nacionalistas chinos de 1899-1901 en Pekín fue aplastada sin piedad por las fuerzas armadas combinadas de nada menos que ocho potencias imperialistas, fraternalmente unidas para la ocasión. En 1914, cuando estas mismas potencias entraron en guerra entre sí de forma poco fraternal, los alemanes, que esperaban una contienda militar entre "arios", se sorprendieron de que los franceses movilizaran tropas senegalesas y marroquíes contra ellos y de que los británicos llamaran a los indios para luchar de su lado. *Nobleza obliga* y, enfrentados a la amenaza de pueblos inferiores, los "arios", por muy divididos que estuvieran entre ellos, debían mantener un frente común, así lo creían los alemanes. Por otra parte, en el teatro de operaciones africano, por ejemplo en África Oriental, los propios alemanes no dudaron en utilizar soldados negros contra las fuerzas británicas y belgas, que también estaban compuestas en su mayoría por reclutas negros.

¿Qué había salido mal y qué se podía hacer al respecto? Para encontrar respuestas a estas preguntas, las élites europeas y estadounidenses se sentaron a los pies del gran filósofo alemán de finales de siglo, Friedrich Nietzsche. Arno Mayer ha descrito a Nietzsche como

> *el principal juglar de esta batalla* [*de la élite contra toda forma de igualdad*] *... ...* [*un hombre cuyo*] *pensamiento era coherente y consistentemente antiliberal, antidemocrático y antisocialista... Vilipendió a su propia época por permitir que las masas encadenaran la voluntad de poder de los 'especímenes más elevados'...* [*de modo que*] *los animales del rebaño se convirtieran en amos.* [15]

91

Con la Ilustración y el liberalismo, los europeos se habían extraviado, explicaba Nietzsche. La libertad, la igualdad y el progreso para todos

[15] Mayer (2010), pp. 285-89.

habían sido un ideal imposible y peligroso en una sociedad sana. Una élite de seres superiores debe dominar y las masas deben ser dominadas. Permitir que las masas inferiores llegaran al poder no era sólo un error, sino un crimen. Y, según Nietzsche, los criminales que incitaban al pueblo y fomentaban las revoluciones eran los judíos, a los que llamaba el "pueblo rencoroso *por excelencia*".[16]

La élite puede y debe ejercer el poder, decía Nietzsche, y podía encontrar inspiración para ello en el brillante ejemplo de la Antigua Grecia, donde una capa social superior de gente capaz, sabia y valiente gobernaba con puño de hierro sobre una multitud de helotas, extranjeros y esclavos*, los hoi polloi* inferiores*,* "la multitud". Para gobernar así había que ser duro, porque mostrar compasión —algo típico del cristianismo— era signo de debilidad y, por tanto, de inferioridad. El gobernante es inteligente, valiente y despiadado. Es un *Ubermensch,* un "superhombre". Para salvar a la civilización de la decadencia, los ciudadanos debían convertirse en tales *Ubermenschen,* desear ardientemente ejercer el poder y estar preparados para lanzar una contraofensiva con el fin de detener la marcha suicida hacia la democracia, reprimiendo sin piedad "revueltas de esclavos" como la Comuna de París. (Para Nietzsche, los esclavos rebeldes eran villanos; los socialistas a los que despreciaba, en cambio, admiraban a los esclavos rebeldes como héroes, y durante la revolución en Alemania al final de la Gran Guerra socialistas radicales como Rosa Luxemburgo se llamarían a sí mismos espartaquistas en honor a Espartaco). Muchos otros intelectuales además de Nietzsche —por ejemplo, el famoso sociólogo, economista, politólogo y filósofo italiano Vilfredo Pareto— proclamaron la ineluctabilidad y las virtudes del gobierno de las élites. En el plano intelectual, pues, la nobleza y la clase media alta europeas opusieron una resistencia cada vez más tenaz al proceso de democratización y se mostraron más decididas que nunca a mantener el poder en sus manos. En la cosmovisión socialdarwinista y/o nietzscheana, la guerra desempeñaba un papel crucial. La guerra ya no se aborrecía, sino que se consideraba, como ha escrito el historiador canadiense Modris Eksteins, "la prueba suprema del espíritu y, como tal, una prueba de vitalidad, cultura y vida"; la guerra fue elevada al rango de "principio dador de vida".[17] La vida misma

[16] Losurdo (2006b), pp. 242-43.
[17] Eksteins, p. 90.

se veía como una forma de guerra: había que luchar para sobrevivir y ganar, y la victoria estaba reservada a los mejores, a los *más aptos.* Esto se aplicaba presumiblemente no sólo a los individuos, sino también a los pueblos, las "razas" y otros colectivos humanos. En Alemania, sobre todo, se glorificó la guerra de esta manera socialdarwinista. Al fin y al cabo, la unidad de ese país se había logrado en los años 1864-1871 mediante "sangre y acero", como había dicho Bismarck, el arquitecto de esa unificación. El famoso historiador y político de Heinrich von Treitschke elogiaba así la guerra como "el mejor remedio para las civilizaciones enfermas".[18] En la otra orilla del Rin, se concedió un enorme éxito a *Deutschland und der Ndchste Krieg* ("*Alemania y la* próxima guerra"), un libro publicado en 1911, sólo unos años antes del estallido de la Gran Guerra. En él, el aristocrático general alemán Friedrich von Bernhardi glorificaba la guerra como "algo divino", un "imperativo biológico" y el ejemplo supremo de la "lucha por la existencia", una prueba despiadada que, en el enjambre de naciones, separaba el trigo de la paja.

92

Pero Gran Bretaña también presumía de una tradición de glorificación de la guerra. *En The Crown of Wild Olive,* publicado en 1866, el gran autor victoriano John Ruskin, que siguió siendo muy popular e influyente hasta 1914, alababa la guerra de la siguiente manera:

> *La guerra es el fundamento de todas las artes ... es el fundamento de todas las altas virtudes y facultades de los hombres ... Todas las grandes naciones aprendieron la verdad de sus palabras y la fuerza de sus pensamientos en la guerra; fueron alimentadas en la guerra y malgastadas en la paz; enseñadas en la guerra y engañadas en la paz; entrenadas en la guerra y traicionadas en la paz; en una palabra, nacieron en la guerra y murieron en la paz.* [19]

En la revista mensual británica *The Nineteenth Century and After,* apareció en 1911 un artículo titulado "God's Test by War", escrito por un tal H.F. Wyatt. "La ley biológica de la competencia", se podía leer allí, "sigue rigiendo el destino biológico de las naciones como el de los hombres individuales". Y a la pregunta de si un país como Gran Bretaña podía seguir desempeñando un papel en la competición, la respuesta era:

---

[18] Firchow, pp. 131-32.

[19] Ruskin, p. 70; comentarios en Firchow, p. 133.

"¿Cómo lo sabremos? Por la prueba. ¿Qué prueba? La que Dios ha dado para la prueba de los pueblos: la prueba de la guerra".[20]

93

Un homenaje casi idéntico a la guerra figura en el catálogo de la Exposición Universal de París de 1900, más concretamente en un comentario sobre la sección militar:

> *La guerra* [*es*] *'natural a la humanidad... una escuela de las cualidades más elevadas del hombre... La paz fructifica las artes, el comercio y la industria,* [*pero*] *también desarrolla esos estados de ánimo llamados egoísmo, pesimismo, nihilismo, egoísmo'...* [*la guerra puede*] *restaurar las virtudes elevadas que parecen desvanecerse, elevar su espíritu y darles un nuevo corazón*. [21]

La guerra era la prueba definitiva, y también servía para hacer a las mujeres y los hombres buenos aún mejores y a los fuertes, más fuertes; servía para hacer a los jóvenes duros como el acero y para forjar la solidaridad nacional. La guerra supuestamente confería energía tanto a los individuos como a los pueblos, rejuvenecía las "razas", revivía sociedades enteras, regeneraba la existencia moral, etc. La élite tenía que ser brutal, despiadada y belicosa, predicaba Nietzsche, y mostrarse dispuesta a sacrificar "enormes masas humanas" en las guerras sin el menor remordimiento, que es precisamente lo que ocurriría en 1914-1918. En la sociedad con la que soñaba Nietzsche, la guerra era tan esencial como la esclavitud. Sólo a través de la guerra, creía, Europa podría salir del fango de la decadencia y la decadencia para adentrarse audazmente en un futuro heroico y glorioso.[22]

"Nunca antes la guerra había recibido tanto homenaje en boca de los hombres", se quejaba el escritor polaco-inglés Joseph Conrad en 1905, "y reinado con menos dominio discutido en sus mentes".[23] Sin embargo, no era la gente "pequeña", sino la élite, la que engullía con entusiasmo la sopa de ideología nietzscheana y darwinismo social pseudocientífico. "El culto a la guerra era un asunto de la élite, no de la plebe", insiste Arno Mayer,

---

[20] Hawkins, pp. 209-10; véase también Koch, pp. 343-44.
[21] Citado en Weber, p. 243. Véase también MacMillan (2013), p. 25.
[22] Mayer (2010), pp. 284-89.
[23] Citado en Cohen y Major, p. 702.

"[porque] no había un clamor espontáneo por la guerra entre las masas presuntamente agresivas y sedientas de sangre". Y, añade:

> *El pensamiento darwinista y nietzscheano... adquirió un inmenso significado y valor para las élites empeñadas en reafirmar su dominio... De hecho, se convirtieron en un componente central no sólo de la* Weltanschauung*, sino también del sistema de creencias persuasivas de las clases dirigentes y gobernantes.* [24]

94

La historiadora belga Sophie de Schaepdrijver también reconoce que la beligerancia nietzscheana "no sólo había infectado a Alemania, [sino] a las élites de la *Belle* Epoque de toda Europa". El joven Winston Churchill era típico de la élite británica. Estaba "realmente fascinado por la guerra", que consideraba "la ocupación normal del hombre... la guerra... ¡con la jardinería"! En 1914, cuando estalló la Gran Guerra, Churchill se mostraría extasiado y declararía que la guerra era "gloriosa y deliciosa". En cualquier caso, no era la clase obrera y el resto de los estamentos inferiores, supuestamente *las clases dangereuses*, sino la élite dirigente abiertamente beligerante la que se revelaba como "la *classe dangereuse* más formidable de Europa*",* como ha dicho Arno Mayer.[25] Theodore Roosevelt, presidente de Estados Unidos de 1901 a 1909, era igualmente aficionado a la guerra. En una ocasión se le describió como

> *Gush[ing] sobre la guerra como la condición ideal de la sociedad humana, para el esfuerzo viril ... y trea[ing] la paz como una condición de blubberlike y la ignobilidad hinchada, apto sólo para los débiles huckstering* ..."[26]

El concepto nietzscheano de guerra fue adoptado con mayor entusiasmo por la élite porque ese concepto iba dirigido principalmente contra el socialismo y sus aspiraciones revolucionarias, porque la guerra podía ser útil en la lucha de la élite contra el ascenso de las masas y por su oposición al proceso de democratización.[27] Incluso en la época de la

---

[24] Mayer (2010), pp. 292-94, 306.

[25] Citas de de Schaepdrijver, p. 44; Fussell, p. 234; Mayer (2010), p. 292; Jablonsky, p. 81.

[26] Citado en Zinn, p. 293.

[27] Véase también Martens, p. 13: "la guerra también debía eliminar al movimiento socialista, una auténtica amenaza para el sistema existente".

Revolución Francesa, la facción conocida como los girondinos —revolucionarios del tipo de clase media-alta y, por tanto, (relativamente) conservadores— y, más tarde, el Directorio y Napoleón, habían hecho uso del instrumento de la guerra para impedir una radicalización de la revolución dentro de Francia a manos de revolucionarios radicales como Robespierre y sus compañeros jacobinos. Una guerra internacional, un conflicto contra enemigos exteriores, se consideraba indispensable para evitar una guerra civil, un conflicto entre los propios franceses; así lo había declarado entonces uno de los líderes de los girondinos, Jacques Pierre Brissot.[28] Asimismo, a mediados del siglo XIX, Alexis de Tocqueville, que había estudiado detenidamente la Revolución Francesa, llamó la atención sobre el hecho de que la guerra podía servir para "neutralizar los conflictos sociales". Esa opinión era compartida por el famoso historiador cultural Jakob Burckhardt, contemporáneo de Nietzsche, a quien conocía bien y cuya aversión por la democracia y el socialismo compartía. En su muy leído libro *Weltgeschichtliche Betrachtungen* (Reflexiones sobre la historia del mundo), publicado póstumamente en 1905, Burckhardt se quitaba el sombrero ante el filósofo griego Heráclito por haber afirmado que "la guerra es la madre de todas las cosas buenas".

95

Con respecto a todas las cosas buenas que presumiblemente se derivarían de la cornucopia de la guerra, al menos desde el punto de vista de la alta burguesía, el ya mencionado sociólogo Vilfredo Pareto, partidario e incluso teórico del dominio de las élites, se mostró igualmente optimista. Explicó que una guerra podría no impedir el socialismo para siempre, pero sí durante un mínimo de medio siglo. La guerra pondría fin a "un proceso emancipador que llevaba un siglo en marcha"; la guerra serviría para "ralentizar, e incluso hacer retroceder, el movimiento revolucionario". Según el almirante alemán Alfred von Tirpitz, el militarismo y la guerra eran necesarios como antídotos contra "la propagación del marxismo y el radicalismo político entre las masas populares". Consideraba al dios romano de la guerra, Marte, como el aliado perfecto contra Marx. La élite europea (y estadounidense), que se sentía cada vez más amenazada por el ascenso del movimiento obrero y del socialismo, creía que podía utilizar la guerra como una especie de

[28] Pauwels (2007), p. 120.

chaleco salvavidas que le permitiría sobrevivir al diluvio democrático. En este sentido, es cierto que la guerra fue "una actividad profundamente conservadora", dirigida "contra la Idea de Progreso", como ha escrito el historiador estadounidense (y veterano de la Segunda Guerra Mundial) Paul Fussell.[29]

Por lo que respecta a la élite, la guerra podía ser y sería una cura para la gran dolencia que afectaba no sólo a los socialistas, sino también a los trabajadores y a los estamentos inferiores en general. Con sus demandas de salarios más altos y otros beneficios, las masas trabajadoras se habían revelado presumiblemente como excesivamente materialistas, egoístas, incluso hedonistas. La guerra, inevitablemente acompañada de privaciones y penurias, las purgaría de este materialismo y les infundiría ascetismo. La guerra enseñaría a los socialistas y a los trabajadores en general a conformarse con menos y a aceptar su suerte en la vida en lugar de plantear todo tipo de exigencias extravagantes. El servicio militar y la guerra también fueron considerados —por ejemplo, por los numerosos comandantes del ejército francés que habían leído el libro de Le Bon— como un medio para transformar a la multitud popular *(foule),* supuestamente indisciplinada y por tanto indigna de confianza y peligrosa, en "tropas" (*troupe*) disciplinadas, maleables y serviles. [30]

96

Resulta muy irónico que la nobleza y la alta burguesía, que vivían en el regazo del lujo y obsesionadas con la acumulación de riquezas cada vez mayores, se sintieran con derecho a predicar las virtudes del ascetismo a las masas trabajadoras; sin embargo, hay que reconocer que los devotos intelectuales de la élite de Marte estaban convencidos de que las deficiencias típicamente burguesas también podían curarse con una dosis de medicina marcial, por ejemplo la mediocridad, el sentimentalismo y la autocomplacencia. La guerra, asociada a la aventura y el heroísmo, transformaría al burgués demasiado dócil y tímido —el *SpieRburger* o *Spieser,* como decían en alemán— en un héroe orgulloso, audaz y alegre. "La influencia de Nietzsche", escribe de Schaepdrijver,

---

[29] Citas de Losurdo (2006a), p. 283, y (2006b), p. 118; Fussell, pp. 8, 314. Véase también MacMillan (2013), p. 270.

[30] Saint-Fuscien, p. 36.

> *había hecho que muchos anhelaran una existencia más heroica... Las élites de la Belle Epoque en toda Europa experimentaron un impulso por la acción despiadada de cualquier tipo, por una batalla despiadada que pusiera fin a esta aburrida existencia burguesa llena de convenciones y compromisos.*[31]

Este punto de vista era compartido por el gran general y mariscal de campo alemán (además de conde) Helmuth von Moltke, durante treinta años jefe del Estado Mayor del ejército prusiano, conocido como "Moltke el Viejo" para evitar confusiones con su sobrino Helmuth von Moltke, "Moltke el Joven", que sería comandante en jefe del ejército alemán en 1914. En 1880, Moltke padre escribió lo siguiente en una carta:

> *La paz perpetua es un sueño —y ni siquiera un hermoso sueño— y la guerra forma parte integrante del ordenamiento divino del universo. En la guerra entran en juego las virtudes más nobles del hombre: valor y renuncia, fidelidad al deber y una disposición al sacrificio que no se detiene ante la renuncia a la propia vida. Sin la guerra, el mundo estaría inundado de materialismo.*

La guerra, se decía, no sólo equivalía a una edificante experiencia espiritual, sino que también era una especie de deporte y, por tanto, bastante agradable. En un libro publicado en 1903, basado en sus experiencias durante las guerras coloniales, titulado *Modern Warfare: Or, How Our Soldiers Fight,* el general de brigada Sir Frederick Gordon Guggisberg escribió lo siguiente:

> *Un ejército ... intenta trabajar unido en una batalla ... de la misma manera que un equipo de fútbol juega unido en un partido ... El ejército lucha por el bien de su país como el equipo juega por el honor de la escuela... Las cargas excepcionalmente galantes y las defensas heroicas se corresponden con carreras brillantes y placajes finos.*[32]

97

Quizás fueron estas líneas las que inspiraron a un oficial británico, Wilfred Nevill, del Eight East Surrey Regiment, el 1 de julio de 1916, a dar

---

[31] Losurdo (2006b), pp. 118-19; de Schaepdrijver, p. 44.

[32] Cohen y Major, pp. 699-700; Koch, p. 341; Rohkramer, p. 97; Peeters, p. 123. El poeta francés Guillaume Apollinaire llegaría a describir la guerra como un "entretenimiento para niños grandes", véase A. Becker, p. 36.

la señal de ataque pateando un balón de fútbol hacia las líneas alemanas. El *Daily Mail* celebraría esta hazaña con este poema:

A través de la masacre,
Donde caen gallardos camaradas,
Donde la sangre se vierte como el agua,
Conducen la bola de goteo.
El miedo a la muerte ante ellos,
No es más que un nombre vacío;
Fieles a la tierra que los vio nacer,
Los Surrey jugaron el partido.[33]

Se suponía que la guerra era buena para todos y, por tanto, deseable. Se esperaba que la guerra funcionara como una catarsis: haría soplar un viento de aire fresco a través de la vieja y mohosa morada en que se había convertido Europa. De la guerra se esperaba "la liberación de la vulgaridad, las restricciones y las convenciones ". La guerra se asociaba con "liberación y libertad".[34] No podía llegar demasiado pronto. "Cuánto anhelo la Gran Guerra", escribió el escritor católico conservador inglés Hilaire Belloc, "barrerá Europa como una escoba". Los escritores alemanes conocidos como preexpresionistas imaginaron de forma similar que la guerra traería la liberación de la prisión de una sociedad enferma y de una época triste y aburrida. Uno de ellos, Georg Heym, anhelaba abiertamente que ocurriera algún acontecimiento emocionante que pusiera fin a "esta paz ociosa, grasienta y pegajosa".[35] El año 1914 traería por fin el esperado alivio de este *taedium vitae,* asociado a todo tipo de ilusiones sobre la guerra.

La asociación de la guerra con la liberación también apareció en la obra de un intelectual italiano, Giovanni Gentile, que más tarde se describiría a sí mismo como "el filósofo del fascismo [italiano]". Gentile glorificaba la guerra como "el sufrimiento a través del cual el alma humana se purifica y responde a la llamada de su destino".[36] Otros admiradores transalpinos de

---

[33] Fussell, pp. 27-28; Breverton, p. 240.

[34] Eksteins, pp. 92-93.

[35] Beloc citado en MacMillan (2013), p. 284; Piper, pp. 99-100. Heym citado en Glaser, pp. 198-99.

[36] Losurdo (2001), pp. 15-19.

la guerra y la violencia fueron los pintores y otros miembros de un movimiento cultural que llegó a conocerse como Futurismo. Este movimiento era supuestamente "vanguardista", pero definitivamente no era progresista en el sentido político o social del término. Arno Mayer ha descrito a los futuristas como "aliados de las fuerzas conservadoras", que

98

> *se distanciaron de socialistas y obreros, la vanguardia política del progreso político. En su lugar, confiaron en el nacionalismo italiano extremo, el imperialismo y la guerra para allanar el terreno a la era de la máquina y la cultura, sin importar el coste humano, social y político. Inspirados por Nietzsche... los futuristas negaban la igualdad, se oponían a la nivelación de la sociedad y creían en una aristocracia del espíritu y las artes.*[37]

Se podría pensar que Mayer exagera un poco, pero en el "Manifiesto de los Futuristas", publicado en 1909, su autor, el famoso escritor Filippo Tommaso Marinetti, gritaba a los cuatro vientos que

> *nosotros* [*los futuristas*] *queremos glorificar la guerra, la única higiene del mundo, así como el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los portadores de libertad, las bellas ideas por las que merece la pena morir y el desprecio por* las mujeres. [38]

(Los futuristas despreciaban a las mujeres porque las asociaban con el pacifismo, al igual que asociaban a los hombres con el belicismo; volveremos sobre este tema más adelante). El vorticismo, corriente artística de vanguardia nacida en Inglaterra en 1912, promovía ideas similares. En 1914, justo antes de que estallara la guerra, uno de sus defensores, el pintor y escritor Wyndham Lewis, nietzscheano, instó a sus amigos a "no perderse una guerra, si es que va a haber una".[39]

En 1914, los deseos de los nietzscheanos iban a cumplirse. Innumerables jóvenes irían voluntariamente a la guerra, convencidos de que al "someterse a [su] bautismo [de guerra]" alcanzarían la "hombría", como dijo en 1914 un soldado alemán, miembro de la minoría danesa de la región de Schleswig-Holstein. Uno de sus camaradas, otro alemán de origen danés, confió a su diario en términos típicamente nietzscheanos

---

[37] Mayer (2010), pp. 208-09.
[38] "Futurismo italiano". Véase también el comentario en Canfora (2006), pp. 56-57.
[39] Citado en Ferguson, p. 455.

que había ido a la guerra "para fortalecer [su] carácter, para fortalecerlo en poder y voluntad, en hábitos, costumbre y seriedad".[40]

99

Una de las principales ventajas que se esperaba que aportara la guerra era, sin duda, el hecho de que en tiempos de guerra las reglas del juego de la democracia —y del sistema parlamentario supuestamente ineficaz que se le asociaba— se consideraban inútiles y, por tanto, tendrían que abandonarse en favor de las relaciones de poder autoritarias y la disciplina estricta que caracterizaban a los ejércitos. ¿Acaso no era evidente que, en tiempos de guerra, los comandantes tenían que dar órdenes y los subordinados obedecer incondicionalmente? Ya no se puede hablar de debate, de aportaciones desde abajo, de crítica, es decir, de cualquier tipo de democracia. Y ni que decir tiene que los comandantes serían los líderes tradicionales, naturales o designados por Dios de la sociedad, en otras palabras, la élite existente —los *aristoi,* por usar la terminología nietzscheana— que se consideraba que había surgido "orgánicamente".[41] En tiempos de guerra, lo político debía subordinarse a lo militar; de ello se deducía que los altos mandos del ejército —compuestos prácticamente en todas partes, como hemos visto en , por miembros de la nobleza y, en cierta medida, de la clase media-alta— dirigirían el espectáculo. La guerra ofrecía así a la élite la oportunidad de suspender el proceso de democratización y detener el ascenso de las masas, al menos temporalmente, pero con suerte de forma permanente. La guerra permitiría restaurar, dentro de las organizaciones privadas y en la sociedad en general, las relaciones de poder supuestamente naturales y saludables que habían sido socavadas por el ascenso de la democracia pero que se habían preservado en el ejército, un sistema en el que un pequeño número, una élite, da órdenes y un gran número, las masas, obedecen.[42]

Para la élite, la guerra sería también una ocasión de realizar su propio potencial supuestamente innato de liderazgo, de demostrar su excelencia como dirigentes políticos y militares y de hacer gala de heroísmo. Se esperaba que el autoritarismo y la disciplina asociados a la guerra transformaran igualmente a las masas indisciplinadas, inquietas y

---

[40] Citado en Englund, p. 57.

[41] Saint-Fuscien, pp. 40-42, 48.

[42] Lukacs, I, p. 68.

peligrosas de trabajadores y otros proletarios en una multitud de subordinados serviles y agradables. La guerra funcionaría como la "escuela de la nación" en general, pero sobre todo restablecería la tranquilidad y la disciplina entre los órdenes inferiores. Los proletarios necesitaban curarse de su enfermedad democrática y revolucionaria, causada por la propaganda "judeo-socialista" y la intriga, según tipos elitistas como el infame nacionalista alemán Heinrich Class, y para esta enfermedad la guerra resultaba ser el remedio definitivo. La guerra debía funcionar como una "llamada de atención" para "todos los buenos elementos del pueblo" e inauguraría así un renacimiento nacional.

100

La élite, por tanto, veía la guerra como un instrumento para el control de las masas populares. Esto es precisamente lo que implicaban las observaciones de Churchill antes mencionadas, en las que comparaba la guerra con la jardinería. En ambos casos, el objetivo era controlar, domesticar. La jardinería era el control de las plantas exuberantes, la domesticación de la naturaleza. La guerra era el control de la sociedad, la domesticación de la gente en general y de la indisciplinada, rebelde —y peligrosa— clase obrera en particular. En el caso de la jardinería, a veces hay que estar dispuesto a podar, y a podar profundamente, mejorando así la calidad a expensas de la cantidad. La élite nietzscheana, que también rendía culto a ídolos intelectuales más antiguos, pero aún influyentes, como Malthus, estaba convencida de que hacer la guerra implicaría un tipo análogo de poda. Las pérdidas inevitablemente elevadas que causa la guerra entre las bases no sólo constituían un inevitable e incluso necesario "control positivo" maltusiano de la población, sino que también podían justificarse como un recorte cuantitativo que mejoraba la calidad. La masa popular era sencillamente demasiado abundante. Era una multitud que, por el bien de la sociedad en su conjunto, necesitaba ser sacrificada de vez en cuando. ¿No era un hecho que la eliminación selectiva permitía mejorar la calidad de una raza de vacas, ciervos, etc.? No fue casualidad que durante la Gran Guerra, cientos de miles de soldados rasos, en su inmensa mayoría campesinos y obreros, fueran enviados de cabeza a una muerte segura por sus propios generales. Prácticamente sin excepción, estos últimos eran miembros de la élite nietzscheana y socialdarwinista de preguerra, impregnada de belicismo y desprecio a la muerte. Desprecio de la muerte significa no temer a la muerte, y de hecho, la élite no temía la muerte de los proletarios que detestaba, sobre los que ejercía un poder

total, y cuyas vidas malgastaría tan alegremente durante la Gran Guerra, como ha observado el historiador alemán Hermann Glaser.[43] Con respecto a esta reducción de sus filas, algunos proletarios estaban convencidos de que estas masacres aparentemente sin sentido reflejaban el deseo de sus generales de reducir las filas de los trabajadores y hacer así que las temibles masas fueran menos "masivas" y menos temibles. Durante una de las numerosas huelgas que París presenció en junio de 1919, un huelguista, reflexionando sobre la Gran Guerra, declaró que

> *Esta guerra era deseada por la burguesía, los capitalistas industriales y los dirigentes de todos los países* [*implicados en la guerra*]. *Observaron el engrosamiento de las filas de las organizaciones proletarias y temieron por sus arcas. Así que encontraron una solución: eliminar a los trabajadores por medio de la guerra*.[44]

101

La élite esperaba que la guerra no sólo funcionara como una cura para el malestar de las masas, asociado al socialismo, sino que también diera a luz una nueva forma de solidaridad, una solidaridad no socialista e incluso antisocialista. Se suponía que la guerra engendraría un "socialismo de guerra", es decir, un socialismo espiritual en lugar de materialista; un socialismo nacional en lugar de internacional; un socialismo alemán, francés o británico en lugar de un socialismo marxista y, por tanto, "judío". Se esperaba que Marte, el dios de la guerra, se convirtiera en el patrón de un nuevo tipo de sociedad, una sociedad sin antagonismos de clase. En este sentido, aunque acabara en derrota, la guerra sería "grande y maravillosa", como creía el célebre sociólogo alemán Max Weber. Su convicción era compartida por el escritor Thomas Mann quien, en un famoso libro, *Reflexiones de un hombre apolítico,* publicado en 1918, cantaría las alabanzas de lo que él llamaba la "ideología guerrera". Se trataba del concepto conservador de una nueva comunidad, producto de la guerra, diferente como el día y la noche de las nociones socialistas y liberales de la sociedad. Se esperaba que la guerra fuera el instrumento

---

[43] Glaser, p. 202.

[44] Citado en Robert, p. 369; para opiniones similares de soldados franceses, véase Nicot, pp. 131-32.

que permitiera integrar a las masas en la sociedad existente y acabar así con los problemas sociales y la lucha de clases.[45]

Se suponía que la guerra uniría a todo el pueblo e integraría a todas las clases en el orden establecido, en beneficio de la élite. Por el contrario, la guerra dividiría a los "proletarios de todos los países", que se habían unido bajo los auspicios del socialismo en perjuicio de la élite. En la lucha contra el internacionalismo socialista, la guerra se consideraba el arma definitiva, el instrumento más eficaz en la estrategia de "divide y vencerás".

[45] Losurdo (2001), pp. 12-15.

Capítulo 6
Amigos y enemigos imperialistas en el camino hacia la Gran Guerra

Las rivalidades imperialistas se acaloran como consecuencia del rápido aumento de la importancia de nuevas materias primas como el caucho y el petróleo. La guerra se hace cada vez más probable y, en última instancia, inevitable. El Imperio Alemán quiere adquirir urgentemente "un lugar bajo el sol" mediante la expansión territorial en Europa del Este, lo que aumenta el riesgo de enfrentamiento con Rusia y Gran Bretaña. También en Estados Unidos, la élite considera que la guerra es un medio perfectamente adecuado para alcanzar los objetivos imperialistas...

Alrededor del cambio de siglo, las relaciones entre las grandes potencias imperialistas cambiaron radicalmente, y de forma muy peligrosa. A principios del siglo XIX, tras la victoria común sobre Napoleón, Rusia, el Estado más autocrático de la época, junto con el Imperio de los Habsburgo y Prusia, embrión de la Alemania unificada que se crearía en 1871, fundó la "Santa Alianza", y durante mucho tiempo siguió siendo un socio fiable de estos otros dos imperios y bastiones del *ancien régime*. Pero en 1892, para consternación de Berlín y Viena, la archiconservadora Rusia firmó una insólita alianza política y militar con Francia, hija de la Revolución y, en muchos sentidos, el país más democrático de Europa. A partir de entonces, Alemania se enfrentó a la perspectiva de tener que luchar en dos frentes en caso de guerra. Por ello, el alto mando de su ejército elaboró un plan que pretendía resolver el dilema de una guerra en dos frentes, a saber, el famoso Plan Schlieffen, llamado así por el jefe del Estado Mayor del Ejército alemán de 1891 a 1906, el conde Alfred von Schlieffen. Este plan preveía una ofensiva

rápida y letal contra Francia a través del territorio neutral de Bélgica.[1] Otro resultado fue que la mayoría de los alemanes, incluidos los socialdemócratas, consideraban ahora a su país como una fortaleza asediada, empujada a la defensiva por enemigos celosos, sobre todo el imperio del zar, una dictadura atrasada en comparación con la propia Alemania, que presumía de un sistema electoral basado en el sufragio universal, así como de una elaborada serie de servicios sociales bismarckianos, que la hacían parecer el país más progresista del mundo. Fue al menos en parte debido a esta "rusofobia" de nuevo cuño por lo que la mayoría de los socialistas alemanes irían a la guerra voluntariamente e incluso con entusiasmo en 1914.

103

Tradicionalmente, Alemania había mantenido excelentes relaciones con Gran Bretaña, donde el trono real había estado ocupado durante siglos por vástagos de dinastías alemanas. ¿Y no eran los "anglosajones" británicos descendientes de sajones y otros emigrantes germánicos, y por tanto parientes cercanos — "primos" era el término que se utilizaba a menudo en este contexto— de los alemanes dentro de la gran raza "aria" y la familia "nórdica" y/o "teutónica"? ("¿Por qué hacéis la guerra a vuestros primos?", le preguntó un oficial alemán a un colega británico al que había hecho prisionero en algún lugar del norte de Francia en agosto de 1914). La noción de que los británicos y los alemanes eran las únicas razas genuinamente "blancas" de Europa, superiores a los franceses, los rusos y todos los demás, y que en consecuencia debían ser solidarios, seguía siendo abrazada por los círculos elitistas tanto en Albión como en Alemania en vísperas de la Gran Guerra.[2] A finales del siglo XIX y principios del XX, sin embargo, esta relación se deterioró con relativa rapidez, por razones que pronto se expondrán. Por el contrario, los británicos se reconciliaron repentinamente con su enemigo tradicional, los franceses, con los que concluyeron en 1904 una alianza informal (y bastante vagamente formulada), la célebre Entente Cordiale. Poco después, Gran Bretaña y Rusia arreglaron sus diferencias. Así, en 1907 vería la luz una gran alianza franco-británica-rusa, que se conocería como

[1] De Vos, p. 27; Peeters, pp. 57-60.

[2] Citado en Hastings, p. 255; Firchow, pp. 31-33; Geiss, pp. 42, 48; MacMillan (2013), p. 56 y ss.

la Triple Entente . Mientras tanto, Italia había empezado a aliarse con Alemania y Austria-Hungría, y esta asociación recibió el nombre de Triple Alianza. El núcleo de esta Triple Alianza, el tándem formado por los imperios de los Hohenzollern y los Habsburgo, recibiría también el nombre de Potencias Centrales. En pocos años se produjo una auténtica revolución diplomática, un *"renversement des alliances*". La hostilidad cada vez mayor entre los dos bloques conduciría inexorablemente, a través de una serie de crisis, a la Gran Guerra. Aunque este sistema de alianzas contribuyó a hacer posible la Primera Guerra Mundial, es sin duda erróneo sostener, como han hecho algunos historiadores, que el sistema de alianzas constituyó la *causa directa* del gran conflicto.

104

Las simpatías "naturales" o "históricas" no desempeñaron ningún papel en esta revolución diplomática, y menos aún en el nacimiento de la Triple Entente. Como ya hemos visto, una parte considerable de los británicos despreciaba a los franceses por considerarlos una raza inferior y un enemigo mortal desde los tiempos de la Guerra de los Cien Años. Y en Francia había poco amor ni por Inglaterra ni por Rusia, una tierra aparentemente esquizofrénica formada, por un lado, por aristócratas presumidos y reaccionarios y, por otro, por kulaks atrasados y semibárbaros. En cuanto a la élite rusa, simpatizaba con sus homólogos aristocráticos de Alemania y la Monarquía del Danubio y despreciaba a los plebeyos burgueses que gobernaban la impía *república* francesa y coqueteaban con la francófila e inquieta minoría polaca de Rusia. La élite británica, por último, se consideraba una clase elevada muy por encima de los propios proletarios de Albión; aun así, consideraba al pueblo británico en general infinitamente superior a todos los demás pueblos y, desde luego, a los rusos. (Durante la Gran Guerra, una enfermera británica enviada a Rusia estaba convencida de que la gente de allí era inferior, de modo que los británicos — "superiores a todos los demás pueblos y culturas"— habían tropezado en la guerra "en el lado equivocado"; pensaba que probablemente habría sido bueno para los rusos exponerse durante unos años al dominio alemán).[3]

Las potencias implicadas eran potencias imperialistas, y fueron los intereses materiales, intereses muy cercanos al corazón de los

[3] Englund, pp. 225-26.

imperialistas, los que provocaron el sorprendente *renversement des alliances.* Desde la perspectiva del imperialismo, lo que importaba por encima de todo era el control sobre las materias primas, los mercados para los productos industriales, las oportunidades de inversión y la mano de obra barata. Estas eran las cosas que necesitaba la "economía nacional" de cada gran potencia, es decir, sus industriales y banqueros, en otras palabras, sus capitalistas. Se necesitaban estas cosas, o al menos se creía que se necesitaban, para poder competir y prosperar en un mundo social darwinista con sólo dos opciones, sobrevivir o perecer. Las riquezas apropiadas fuera de Europa y Estados Unidos tenían que servir para hacer aún más ricos a los ricos de los países imperialistas ricos, pero también para permitirles arrojar algunas migajas a los habitantes pobres de sus países con el fin de apaciguar a estos últimos, como ya hemos visto.

105

Con sus nuevos socios, Londres, París y San Petersburgo creían tener muchas más posibilidades de éxito en la despiadada carrera de ratas imperialista que con sus antiguos amigos. Gran Bretaña, por ejemplo, había considerado durante muchas décadas a Francia como su principal rival imperialista, y en 1898 había estado a punto de llegar a las manos con los franceses a causa de una disputa sobre unos bienes inmuebles a orillas del Nilo, en el lejano Sudán. Pero en las décadas de 1880 y 1890, "la industria alemana despegó como un cohete" y el Imperio alemán empezó a eclipsar a Gran Bretaña en el terreno de los resultados económicos y, en particular, industriales. La élite británica temía ahora que, si las cosas seguían así, Alemania pronto dominaría el mundo, no sólo económica sino también políticamente.[4] Seguía siendo posible tomar alguna iniciativa militar para evitar que las cosas llegaran tan lejos, pero había que actuar pronto, porque Alemania estaba construyendo una poderosa armada que amenazaba con neutralizar la gran baza militar de Albión, la hegemonía de la Royal Navy en el mar. Además, Alemania poseía un ejército de tierra mucho más numeroso y poderoso que el de Gran Bretaña. Así pues, para emprender cualquier tipo de acción militar contra Alemania, Londres necesitaba urgentemente aliados militarmente poderosos. Por este motivo, Gran Bretaña se dirigió a Francia, archienemiga de Alemania, así como a Rusia: el poderío militar

[4] Martens, pp. 10-11.

combinado de este dúo se creía capaz de aplastar al Moloch alemán, incluso sin una ayuda importante de los británicos.

Mientras tanto, la mayoría de los conflictos coloniales con Francia se habían resuelto mediante un reparto "honesto" del botín territorial. En el sudeste asiático, por ejemplo, los franceses se habían apoderado de "Indochina", la combinación de Vietnam, Laos y Camboya, mientras que los británicos se embolsaron Malasia; entre estas dos regiones, se permitió a Siam (o Tailandia) seguir siendo independiente como una especie de Estado tapón. De este modo, franceses y británicos se apropiaron cada uno de su propia fuente de una materia prima que estaba ganando importancia rápidamente con la llegada del automóvil: el caucho. (El caucho del sudeste asiático, cosechado por una mano de obra colonial ridículamente barata, generaría fabulosos beneficios para firmas como Michelin y Dunlop). Alemania se sentía tristemente desfavorecida en este aspecto. Su industria, a diferencia de la británica, no se centraba únicamente en la producción de carbón y acero, con nombres como Krupp y Thyssen, sino también en la de productos petroquímicos, con nombres como Bayer, BASF y Hoechst, empresas que se fusionarían en 1925 para formar un consorcio conocido como IG Farben. Estas gigantescas e influyentes empresas necesitaban cantidades colosales de caucho y petróleo y, por tanto, eran partidarias de una política imperialista que pretendía proporcionar a Alemania (más) colonias, si era necesario, mediante la guerra.

106

Gran Bretaña disponía de una poderosa armada pero, al no tener servicio militar obligatorio, sólo contaba con una fuerza terrestre relativamente pequeña, dispersa por todo el globo. Programada para intervenir en el continente europeo, la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF) constaba de unos 80.000 soldados profesionales, menos en número que el ejército belga, pero muy bien armados con ametralladoras Vickers y fusiles Lee-Enfield, *entre otros.* Pero comparado con los gigantescos ejércitos de Alemania, Rusia y Francia, el BEF era un mero enano.[5] Un conflicto armado con el rival alemán requeriría millones de soldados, pero esta "carne de cañón" podía ser proporcionada por franceses y rusos. Al igual que París contaba con la ayuda rusa en caso de

[5] Fussell, p. 116.

guerra contra Alemania, Londres contaba con la ayuda francesa, e indirecta también con la rusa.

Ya en 1905, cuando apenas se había secado la tinta de las firmas de la Entente Cordiale, el almirante Sir John Fisher, First Sea Lord (es decir, ministro encargado de la Marina Real) *y* comandante supremo de la Royal Navy, escribió entusiasmado a Lord Lansdowne, ministro de Asuntos Exteriores, que los británicos tenían que aprovechar inmediatamente la oportunidad que ofrecía una crisis diplomática sobre Marruecos para entrar en guerra contra Alemania, porque los franceses eran ahora aliados de los británicos:

> *Parece una oportunidad de oro para luchar contra los alemanes en alianza con los franceses... Podríamos tener la flota alemana, el Canal de Kiel* [*que une el Mar del Norte y el Báltico*] *y Schleswig-Holstein en quince días.*

107

Sin duda, para gran pesar de Fisher, esta crisis marroquí no condujo a la guerra, como tampoco lo hizo una segunda crisis sobre este país norteafricano en 1911, u otras oportunidades similares. Fisher y otras altas personalidades británicas no querían la guerra por la democracia y la libertad, sino para promover los intereses de Gran Bretaña como potencia imperialista. En febrero de 1911, Fisher expresó su gran preocupación por la expectativa de que para el verano de 1914 el Canal de Kiel se hubiera ensanchado lo suficiente como para permitir que incluso los mayores y más modernos acorazados alemanes se deslizaran rápidamente del Báltico al Mar del Norte y viceversa: pensaba que había que tomar medidas militares antes de que llegara esa hora fatídica.[6] A principios del verano de 1914, Londres aprovecharía finalmente otra crisis, en realidad no más que un acontecimiento menor en la lejana península balcánica, para desatar los perros de la guerra.

No mucho antes, Rusia, al igual que Francia, se había perfilado como un gran y peligroso rival de Gran Bretaña, especialmente en lo que respecta a Oriente Próximo y Asia Central —incluido Afganistán, una delicada zona tampón entre la India británica y las posesiones rusas situadas al norte. Los británicos llamaban a esta rivalidad "el Gran Juego". Pero tras su derrota en la guerra de 1904— 1905 contra Japón, el imperio de los zares dejó de representar una amenaza importante para el

[6] Fisher citado en Cohen y Major, pp. 704-05.

imperialismo británico. Se hizo posible arreglar viejas diferencias con respecto a Persia, concretamente mediante una división de ese país teóricamente independiente, en realidad una semicolonia, en dos esferas de influencia. Rusia y Gran Bretaña obtuvieron así acceso a otra materia prima que empezaba a ser importante en aquella época: el petróleo. Para Rusia, la alianza con los británicos ofrecía la ventaja de que Londres toleraría a partir de entonces lo que hasta entonces había considerado anatema, a saber, las ambiciones rusas con respecto a Constantinopla y los Dardanelos a expensas de los otomanos.

En la década de 1890 se hizo evidente que, tanto para la navegación militar como para la comercial, el petróleo era un combustible mucho más eficaz que el carbón. Los británicos empezaron a reconvertir sus barcos, y pronto siguieron su ejemplo los alemanes y otras naciones marítimas. Construir nuevos barcos era relativamente fácil (aunque muy caro), pero adquirir grandes cantidades de petróleo era una tarea más complicada. En aquella época, Estados Unidos era el principal productor mundial de petróleo, y al principio Gran Bretaña, la mayor potencia marítima del mundo, dependía de Estados Unidos para obtener este combustible. Se trataba de una situación muy desagradable, ya que Albión y su antigua colonia transatlántica no eran los mejores amigos; de hecho, eran rivales en la carrera de ratas imperialista y se encontraban a menudo enfrentados por cuestiones como la influencia en América Latina. Por ello, los británicos buscaban fuentes alternativas de petróleo. El acuerdo con Rusia respecto a Persia fue útil en este sentido. En este contexto se fundó la Anglo-Iranian Oil Company, hoy conocida como British Petroleum (BP). Gran Bretaña se interesó por Oriente Próximo, una región estratégicamente importante que se extendía a ambos lados de la ruta de Europa a la India británica y lindaba con otra importante posesión británica, Egipto, con su Canal de Suez. Sin embargo, en vísperas de la Gran Guerra, Gran Bretaña seguía dependiendo de fuentes extranjeras para su petróleo, del que el 65% procedía de Estados Unidos y el 20% de Rusia.[7]

Fue durante la primera década del siglo XX cuando se descubrieron importantes yacimientos de petróleo en Mesopotamia, más

[7] Engdahl, pp. 27-28; Stone y Kuznick, p. 4.

concretamente en el actual Kuwait y en la región que rodea la ciudad de Mosul. Mesopotamia, destinada a convertirse en Irak tras la Primera Guerra Mundial,[8] aún pertenecía al Imperio Otomano, pero las potencias europeas habían tomado por costumbre servirse de trozos de su periferia —como Libia y Egipto— para convertirlos en "protectorados". En 1899, los británicos ya se habían apoderado de Kuwait, rico en petróleo, lo habían proclamado protectorado y lo transformarían en 1914 en un emirato supuestamente independiente; el petróleo local podría así empezar a fluir imperturbable hacia las costas de Albión.

Sin embargo, con una armada como la británica, nunca se puede tener demasiado petróleo. Así que Lady Britannia, decidida a seguir siendo "Soberana de los Siete Mares", dirigió su atención a Mosul, situada en las profundidades del interior de Mesopotamia. Pero aquí se presentó un problema: desde 1908, año en que en Estambul habían llegado al poder los llamados Jóvenes Turcos, el Imperio Otomano había buscado un acercamiento con Alemania. Y los dos países planeaban la construcción de un ferrocarril que uniría Estambul con Bagdad, la metrópoli mesopotámica, situada cerca de Mosul. Complementado con una vía a través de los Balcanes, este proyecto podría crear teóricamente una conexión ferroviaria desde Berlín pasando por "Bizancio" (Estambul) hasta Bagdad. Los británicos se enfrentaban así a la perspectiva de que, tarde o temprano, barriles llenos de petróleo procedentes de Mosul podrían empezar a rodar hacia Alemania en beneficio de sus flotas militares y comerciales —y de su moderna y flamante industria petroquímica—, a menos, claro está, que los británicos encontraran la forma de poner sus propias manos en ese petróleo. En vísperas de la Gran Guerra, los alemanes se mostrarían dispuestos a llegar a un compromiso y a colaborar con los británicos en su proyecto ferroviario, aunque sólo fuera porque Alemania sola no podía financiar el plan. Pero Londres prefirió buscar la manera de obtener el control exclusivo del petróleo de Mesopotamia.

Fue en este contexto en el que la política exterior británica pasó de su postura tradicionalmente pro-otomana y anti-rusa —demostrada no hacía mucho durante la Guerra de Crimea— a un rumbo pro-ruso y anti-

[8] Para los orígenes del nombre Iraq, véase Pauwels (2008), pp. 230-31.

otomano —y, por tanto, simultáneamente anti-alemán. A partir de entonces, el petróleo y las regiones ricas en petróleo de Oriente Próximo constituyeron un factor de primordial importancia en el cálculo de los dirigentes políticos y militares de un país cuya armada, y por tanto cuyo poder y prosperidad, dependían cada vez más del nuevo combustible.[9]

Gran Bretaña trató de poner clavos en las ruedas del proyecto ferroviario germano-otomano y descubrió posibilidades para ello en dos regiones, los Balcanes y la propia Mesopotamia. En el sureste de la península europea, Serbia empezó a beneficiarse de la simpatía británica. Ese pequeño país funcionaba como fuente de inspiración y apoyo para las minorías eslavas del sur— de la Monarquía del Danubio y, por tanto, era enemigo de ese imperio y de su aliado alemán. Serbia se encontraba a caballo entre Berlín y Estambul, por lo que podía contribuir a frustrar el proyecto. Durante las Guerras Balcánicas de 1912-1913, en las que el Imperio Otomano perdió una parte considerable de sus territorios europeos, Londres observó con satisfacción cómo los serbios se apropiaban de más bienes inmuebles, concretamente Kosovo y Macedonia. [10]

Londres también se preparó para poner Mesopotamia bajo control británico directo o indirecto, si era necesario mediante una intervención armada. Ya en 1911 se hicieron planes para ocupar la ciudad de Basora, de importancia estratégica, en caso de guerra contra los otomanos, para utilizarla como trampolín para la conquista de Mesopotamia. Cuando estalló la Gran Guerra en 1914, los británicos se mostraron dispuestos a invadir Oriente Próximo tanto desde Egipto como desde la India; el objetivo era Bagdad, a la que se llegaría por Basora y el río Tigris o desde Egipto, a través de Jerusalén y Damasco. El famoso Lawrence de Arabia no aparecería de repente de la nada: no era más que uno de los numerosos británicos que, durante los años previos a 1914, habían sido cuidadosamente seleccionados y entrenados para "defender" los intereses de su país —principalmente en lo referente al petróleo— en Oriente Próximo.

[9] Canali, p. 4 y ss.; Engdahl, pp. 23, 28-37; Hochschild, p. 195; Hobsbawm (1994), pp. 317-18.

[10] Clark, pp. 355-57.

Las aspiraciones británicas con respecto a Oriente Próximo y su petróleo demuestran que no es cierto que, en vísperas de la Gran Guerra, "las tensiones provocadas por el imperialismo parecían remitir [porque] no quedaba mucho que repartir en África, el Pacífico o Asia", como ha escrito recientemente Margaret MacMillan.[11] Tales afirmaciones implican que las rivalidades imperialistas no fueron un factor significativo en los orígenes de la Gran Guerra. A esto cabe responder —como ha hecho recientemente con gran eficacia la historiadora francesa Annie Lacroix-Riz— que las potencias imperialistas "hambrientas", sobre todo Alemania, que se sentían en desventaja frente a potencias "satisfechas" como Gran Bretaña, no estaban dispuestas a conformarse con el statu quo, sino que perseguían agresivamente una redistribución de las posesiones coloniales existentes. Como subraya Lacroix-Riz, los premios coloniales ya habían sido adjudicados, pero podían volver a adjudicarse: en había habido *partage*, pero podía haber *reportages.*[12] Que tales *reportajes,* o redistribuciones, eran posibles pero también improbables de lograr pacíficamente, quedó demostrado por el caso de antiguas colonias españolas como Filipinas, Cuba y Puerto Rico, que se transformaron en satrapías del "imperio informal" de Estados Unidos como resultado de la guerra hispano-estadounidense de 1898. Además, una parte considerable del mundo quedó de hecho disponible para la anexión directa o indirecta como colonias o protectorados, o para la penetración económica combinada con un estatus "neocolonial" al estilo estadounidense. La competencia entre los buitres imperialistas era y seguía siendo muy probable que desembocara en conflictos y guerras, incluida una guerra general. A punto estuvo de llegar a tal conflagración en 1911 cuando, para gran disgusto de Alemania, Francia convirtió Marruecos en un protectorado.

El caso de Marruecos muestra cómo incluso potencias imperialistas supuestamente satisfechas como Francia y Gran Bretaña nunca estuvieron realmente satisfechas —del mismo modo que las personas inmensamente ricas nunca sienten que tienen suficientes riquezas—, sino que siguieron buscando formas de engrandecer sus posesiones coloniales, por muy gorda que fuera ya su cartera colonial, aun a riesgo

[11] MacMillan (2013), p. 16.
[12] Lacroix-Riz (2014), capítulo 1.

de desencadenar la guerra. Por eso el Armagedón que iba a estallar en 1914 fue descrito recientemente por un periodista de *The Guardian* como "una salvaje matanza industrial perpetrada por una pandilla de potencias imperiales depredadoras, enzarzadas en una lucha mortal por capturar y repartirse territorios, mercados y recursos".[13]

111

El colapso ampliamente anticipado del Imperio Otomano —o, como mínimo, la continua redistribución de bocados de su vasto territorio— había abierto ciertamente el apetito de las potencias imperialistas competidoras que entrarían en guerra entre sí en 1914, y éste fue sin duda uno de los factores que provocaron la Primera Guerra Mundial. "La guerra estalló directamente de la lucha por el dominio imperial en los Balcanes", escribió el citado periodista de *The Guardian,* y se trataba de hacerse con "el botín del Imperio Otomano, que se desmoronaba". En aquellos días, Londres, al igual que Berlín, San Petersburgo, etc., también tenía la mirada fija en China, donde todavía había un enorme potencial de adquisiciones — como reconoce la propia MacMillan, que en otra parte de su libro se refiere a la posibilidad de "una seria lucha por China",[14] similar a la anterior carrera por hacerse con trozos de África. En Extremo Oriente, las grandes potencias también luchaban por obtener ventajas frente a sus competidores imperialistas, contribuyendo así a aumentar las tensiones entre ellas. Entre esas potencias había una nación no europea, Japón, que llegaría a participar en la Gran Guerra debido a sus intereses en China. Y una de las razones por las que Estados Unidos entraría en la guerra en 1917 fue el deseo de estar presente cuando las potencias imperialistas victoriosas se repartieran China, económicamente si no territorialmente, como todo el mundo esperaba. Con su victoria sobre Rusia en 1905, el "país del sol naciente" se había revelado como una potencia imperialista, el único miembro "no occidental" del restringido club de los imperialistas. A partir de entonces, como todas las demás potencias imperialistas, Japón ambicionaba con avidez y desinhibición territorios que ofrecían importantes materias primas, mercados potenciales y mano de obra barata. La guerra que estalló en Europa en

[13] Milne.

[14] MacMillan (2013), pp. 16, 50, 271; y en la p. 165 se puede leer que "China, el Imperio Otomano, Persia, todos eran débiles, estaban divididos y aparentemente listos para ser troceados"; ¿podía esperarse que este "troceamiento" se produjera pacíficamente?

1914 brindó a Japón una oportunidad de oro en este sentido. El 23 de septiembre de ese año, Tokio declaró la guerra a Alemania por la sencilla razón de que ello permitía a Japón apoderarse de la minicolonia (o "concesión") alemana en China, la bahía de Kiao-Chau (o Kiao-Chao), así como de las colonias insulares de Alemania en el Pacífico Norte. En el caso de Japón, aceptamos como obvio que el país fue a la guerra para alcanzar objetivos imperialistas, pero en el caso de las potencias imperialistas occidentales, se nos sigue diciendo que en 1914 se tomaron las armas únicamente para defender la libertad y la democracia.

112

Examinemos ahora las cosas desde la perspectiva de Alemania. La unificación de este país en un solo Estado había tenido lugar poco antes, en 1871. El fruto de aquel logro no fue un país cualquiera, sino un gran y poderoso imperio, un *Kaiserreich*, o *Reich* para abreviar, sucesor del prestigioso imperio alemán de la Edad Media conocido como Sacro Imperio Romano Germánico y asociado a nombres como el del emperador Barbarroja. El nuevo *Reich alemán,* fundado en 1871, fue también el precursor del infame "Tercer Reich" de Adolf Hitler. A pesar de su poder, en las décadas de 1870 y 1880 ya era demasiado tarde para que Alemania participara con éxito en la gran pugna por las colonias de África y otros lugares. De hecho, Alemania podía considerarse afortunada por haber podido adquirir un puñado de colonias, por ejemplo Tanganica (o "África Oriental Alemana"), el "África Sudoccidental Alemana", ahora Namibia, y un puñado de islas en el lejano Pacífico. Pero no se trataba de grandes premios, ni mucho menos en comparación con el Congo, una enorme región repleta de caucho y cobre que se embolsó la minúscula Bélgica. En lo que respecta al acceso a fuentes de materias primas vitales, la industria alemana, en rápido crecimiento, se encontró así en gran desventaja con respecto a sus rivales británicos y franceses. Para una gran potencia con la industria petroquímica más desarrollada, era motivo de considerable frustración no disponer de colonias repletas de caucho y petróleo. No sólo el caucho y el petróleo, sino muchas otras materias primas vitales, como el cobre, tenían que ser importadas por Alemania y, por tanto, adquiridas a precios comparativamente altos, lo que significaba que los productos acabados de la industria alemana eran más caros y, por tanto, menos competitivos en los mercados internacionales.

Este desequilibrio entre una productividad industrial extremadamente elevada y unos mercados relativamente restringidos exigía una solución

y, a los ojos de numerosos industriales alemanes (y de otros miembros de la élite del país), la única solución auténtica era una guerra que diera al Imperio Alemán lo que le correspondía y —para formularlo en términos socialdarwinistas— lo que era necesario para su supervivencia: colonias en ultramar, y también territorios dentro de Europa. La política exterior expansionista y agresiva del Imperio Alemán en los años que precedieron a 1914 perseguía efectivamente el objetivo de convertir a Alemania en una potencia mundial, y el emperador Guillermo II era el mascarón de proa de esta política, que pasó a la historia bajo la etiqueta de *Weltpolitik,* "política a escala mundial", término que no era más que un eufemismo para lo que en realidad era una política imperialista. En cualquier caso, Imanuel Geiss, una autoridad en el campo de la historia de Alemania antes y durante la Primera Guerra Mundial, ha subrayado en que esta "política a escala mundial" fue uno de los factores "que hicieron inevitable la guerra".[15]

113

Tal vez no hubiera más regiones importantes en la Tierra que pudieran ser colonizadas directamente por una potencia imperialista, pero las colonias existentes podían sin duda *redistribuirse*, y en Berlín soñaban con pellizcar las colonias de pequeños Estados como Bélgica y Portugal. (Y en Gran Bretaña una facción dentro de la élite, formada sobre todo por industriales y banqueros con conexiones con Alemania, estaba de hecho dispuesta a apaciguar al Reich; no con una sola milla cuadrada de su propio Imperio, por supuesto, sino con el regalo de posesiones belgas o portuguesas de ultramar). Sin embargo, era sobre todo en la propia Europa donde parecían existir oportunidades para Alemania. En el interminable espacio del este y el sureste de Europa se podían obtener todo tipo de materias primas, así como abundantes productos agrícolas baratos, y el control de la gran península balcánica del sureste europeo también podía servir de puente hacia el Imperio Otomano y sus regiones ricas en petróleo de Oriente Próximo. En este contexto nació el grandioso proyecto del ferrocarril Berlín-Bizancio-Bagdad, un proyecto que hizo saltar las alarmas en Londres; y también fue en este contexto en el que Berlín empezó a compartir la antipatía de Viena por Serbia, un incómodo obstáculo en medio de los Balcanes. En Berlín soñaban con que el este de

[15] Geiss, pp. 36, 57.

Europa —¡hasta los campos petrolíferos del Cáucaso! — se convertiría para Alemania en lo que la India ya era para Gran Bretaña y lo que el famoso Salvaje Oeste era para Estados Unidos, es decir, una gigantesca colonia cuyas materias primas, productos agrícolas y la mano de obra barata de sus numerosos habitantes, supuestamente de raza inferior pero sólidamente construidos, estarían a disposición incondicional de la metrópoli; además, a esa lejana región se podría enviar el inquieto y potencialmente peligroso excedente demográfico alemán. A modo de ilustración podemos citar un panfleto elaborado en 1894 por la Liga Panalemana *(Alldeutsche Verband)*, un grupo de presión nacionalista, racista, militarista y expansionista al servicio *de la Weltpolitik* del Reich*:*

114

> *Hay que revivir el antiquísimo Drang nach Osten* [*"impulso de empujar hacia el este"]. Debemos adquirir tierras en el este y el sudeste, para que la raza germánica pueda desplegar allí sus alas, aunque eso signifique poner fin a la inútil existencia de naciones menores e inferiores como los checos, los eslovenos y los eslovacos. Así surgirá, hasta los confines de Asia Menor, gracias a la colonización, la industria y la inteligencia alemanas, una gigantesca zona económica alemana.* [16]

Las infames fantasías de Hitler con respecto al "espacio vital" (*Lebensraum*), que revelaría en la década de 1920 en *Mein Kampf* y pondría en práctica durante la Segunda Guerra Mundial, vieron la luz en esas circunstancias. También en este sentido, Hitler no fue en absoluto una anomalía, sino un producto típico de su tiempo y su espacio, y del imperialismo de ese tiempo y ese espacio.

Europa occidental, más desarrollada industrialmente y más densamente poblada que el este de Europa, era vista principalmente como un mercado para los productos acabados de la industria alemana. Aun así, los dirigentes de la industria siderúrgica alemana no ocultaban su gran interés por la región francesa en torno a las ciudades de Briey y Longwy. Esa zona —situada cerca de la frontera con Bélgica y Luxemburgo, así como de la parte de Lorena que había sido anexionada por Alemania en 1871— contaba con ricos yacimientos de mineral de hierro de alta calidad. Sin este mineral, afirmaban algunos portavoces de la industria alemana, la siderurgia alemana estaba condenada a muerte, al

[16] Citado en WeiBbecker, p. 65.

menos a largo plazo. También se creía que *la Volkswirtschaft* alemana, su economía nacional, se beneficiaría enormemente de la anexión de Bélgica con su gran puerto marítimo, Amberes, sus regiones carboníferas, etc. Y junto con Bélgica, su colonia, el Congo, caería por supuesto en manos del Reich; rico en minerales como el cobre, el Congo era considerado una perfecta "zona complementaria" (*Ergdnzungszone*) para el altamente industrializado Reich. Algunos imperialistas alemanes soñaban incluso con adquirir los Países Bajos además de Bélgica. (Si la adquisición de los Países Bajos implicaría una anexión directa o una combinación de independencia política formal y dependencia económica de Alemania era un tema de debate entre los expertos de la élite alemana). En cualquier caso, de un modo u otro, prácticamente toda Europa iba a integrarse en un "gran espacio económico" (*Großraumwirtschaft*) bajo control alemán, lo que proporcionaría una solución definitiva a los problemas de Alemania. El Reich podría ocupar por fin el lugar que le correspondía junto a Gran Bretaña, Estados Unidos, etc. en el restringido círculo de las grandes potencias imperialistas y ocupar así el "lugar bajo el sol" (*Platz an der Sonne,* según una expresión favorita del emperador Guillermo II) al que creía tener derecho.

115

Era obvio que las ambiciones alemanas en el este no podrían hacerse realidad sin un grave conflicto con Rusia, y las aspiraciones alemanas con respecto a los Balcanes corrían el riesgo de causar problemas con Serbia. Ese pequeño país ya estaba enfrentado con el mayor y mejor amigo del Reich, Austria-Hungría, pero contaba con el apoyo de Rusia y la simpatía de franceses y británicos. Los rusos también estaban muy molestos por la penetración que planeaba Alemania en la península balcánica en dirección a Estambul, especialmente a través de su proyecto ferroviario; casi con toda seguridad estaban dispuestos a ir a la guerra si era necesario para negar a Alemania el control directo o indirecto del Bósforo y los Dardanelos.[17]

Según los conceptos socialdarwinistas de moda en la época, el creciente antagonismo entre Alemania y la Monarquía del Danubio, por un lado, y Rusia y Serbia, por otro, se perfilaba como un conflicto entre dos "razas" irreconciliables, la germánica y la eslava, un conflicto que

[17] Hastings, pp. 12, 16.

estaba predestinado a acabar con el triunfo de la raza superior y la derrota de la inferior.[18] El jefe del mando supremo del ejército alemán, Helmuth von Moltke, escribió en 1913 en una carta a su homólogo austrohúngaro, Franz Conrad von Hbtzendorf, que la inevitable guerra europea sería una guerra "entre teutones y eslavos". (Unas horas antes de suicidarse en su búnker de Berlín, en abril de 1945, Hitler, que había absorbido este tipo de pensamiento en su juventud, llegó a la lógica conclusión socialdarwinista de que la raza eslava más fuerte —en la forma de los soviéticos— había triunfado sobre los alemanes más débiles, por lo que estos últimos merecían su derrota). [19]

116

En cuanto a las ambiciones alemanas en Europa Occidental y Bélgica en particular, obviamente iban en contra de los intereses tradicionales de los británicos. Al menos desde los tiempos de Napoleón, Londres no había querido ver a una gran potencia instalada en Amberes y a lo largo de la costa flamenca, y desde luego no a Alemania, durante mucho tiempo una gran potencia en tierra pero ahora, con una armada cada vez más impresionante, también una amenaza en el mar. Con Amberes, Alemania no sólo tendría a su disposición una "pistola apuntando a Inglaterra", como Napoleón había descrito la ciudad del río Escalda, sino también uno de los mayores puertos marítimos del mundo. Esto habría hecho que el comercio internacional de Alemania dependiera mucho menos de los servicios de los puertos, las vías marítimas y la navegación británicos, la principal fuente de ingresos del comercio británico.[20] (Visto desde esta perspectiva, el proyecto de un ferrocarril de Berlín a Bagdad era también una espina clavada en el costado británico porque tal conexión terrestre constituía una amenaza para su muy lucrativa navegación a través del Canal de Suez).

En este contexto, el riesgo de guerra contra Francia apenas tuvo importancia, porque en Berlín se daba por sentado que tarde o temprano habría que librar una guerra contra el vecino galo. Los intereses y necesidades reales e imaginarios de Alemania como gran potencia

---

[18] Losurdo (2006b), p. 164; cita de A.P. Izvolsky en Cohen y Major, pp. 705-06; Geiss, p. 42.

[19] Fischer (1998), p. 33.

[20] Losurdo (2006b), p. 154, en alusión a las observaciones de Paul M. Kennedy en su libro *Rise of the Anglo-German Antagonism.*

industrial e imperialista empujaban así al país cada vez más rápidamente, a través de una política exterior agresiva, hacia una guerra que sería inevitablemente un enfrentamiento entre bloques de grandes potencias y, por tanto, una gran guerra, una "Gran Guerra". Pero esto no suscitó grandes preocupaciones en los círculos políticos, militares, económicos e intelectuales de la élite del gigante militar que Alemania era ya desde hacía tiempo. Al contrario, entre los industriales, banqueros, generales, políticos y otros miembros de la clase dirigente del Reich, sólo algunas raras aves no deseaban una guerra; la mayoría de ellos preferían una guerra *lo antes posible,* y muchos eran incluso partidarios de desencadenar deliberadamente una guerra; eran partidarios de una guerra *preventiva*. Este belicismo declarado se justificaba, por supuesto, con argumentos socialdarwinistas y nietzscheanos. A los racistas y darwinistas sociales contemporáneos les parecía que el enfrentamiento final entre alemanes y galos era tan inevitable como el enfrentamiento final predestinado entre alemanes y eslavos. También parecía ineluctable un enfrentamiento armado con los "primos" británicos: ¿no era la naciente nueva Alemania la nueva Roma, predestinada a ajustar cuentas de una vez por todas con la Cartago británica? Ambas naciones se consideraban "arios" superiores pero, como explicaría el economista y sociólogo alemán Werner Sombart en su libro *Handler and Heiden* ("Mercaderes y héroes"), publicado en 1915, tenían dos "almas" totalmente distintas. Los alemanes, decía, eran un pueblo elegido por Dios, un "pueblo de héroes", mientras que los británicos eran simplemente un pueblo de "mercaderes", o peor, de "vendedores ambulantes", y su país no era más que una especie de "grandes almacenes".[21]

117

Por supuesto, la élite alemana también contaba con miembros menos belicistas, pero entre ellos prevalecía el sentimiento fatalista de que la guerra era simplemente inevitable.[22] De hecho, la llama de este sentimiento se avivó desde arriba, por ejemplo, en el libro *Das Volk im Waffen* ("La nación en armas"), publicado en 1887 pero que fue un éxito de ventas durante muchísimos años. El autor era un general, Colmar von

---

[21] Piper, p. 236; Münkler, pp. 246-47.

[22] *14-18: Mourir pour la patrie,* pp. 50-51.

der Goltz, que sería responsable de todo tipo de atrocidades cometidas por los alemanes contra civiles belgas en 1914. En este opus se podía leer lo siguiente:

> *Es necesario dejar claro a nosotros mismos y a los niños que crecen a nuestro alrededor, a los que tenemos que formar, que aún no ha llegado el tiempo de descanso, que la predicción de una lucha final por la existencia y la grandeza de Alemania no es una mera fantasía de tontos ambiciosos, sino que llegará un día, inevitablemente, con toda su furia.*[23]

Así pues, las élites de Gran Bretaña y Alemania deseaban ardientemente la guerra por sus intereses imperialistas, y lo mismo puede decirse de los demás países imperialistas. Examinemos también el caso de Estados Unidos, un país que se supone que creíamos que era, o al menos se esforzaba por ser, un campeón de la paz, con predilección por el "aislacionismo". En realidad, Estados Unidos fue en sí mismo un producto de la guerra, concretamente de la Guerra de Independencia estadounidense de 1775-1783, que fue en realidad una guerra entre dos grandes potencias, Gran Bretaña y Francia. Fue una especie de presagio que el Estado estadounidense naciera bajo el signo de Marte, el dios de la guerra: a lo largo del siglo XIX, los estadounidenses nunca dejaron realmente de hacer la guerra, por ejemplo, en un nuevo enfrentamiento con los británicos (1812-1815), un enfrentamiento con México (1846-1848), una guerra civil particularmente sangrienta (1861-1865) y un conflicto armado con España (1898), por no mencionar las extremadamente brutales, incluso genocidas "Guerras Indias", en realidad una larga cadena de masacres unilaterales.

118

Al igual que Alemania, Estados Unidos se metamorfoseó a lo largo del siglo XIX en una gran potencia industrial que desarrolló el consabido gusto imperialista por los mercados, las materias primas, etc. Como consecuencia, continuó sistemáticamente con una expansión territorial que ya había comenzado muy pronto, apoyándose en el conocido instrumento de la guerra. Se "ganó" (es decir, se conquistó) el llamado Salvaje Oeste; se despojó de vastos territorios al vecino mexicano — tradicionalmente despreciado por ser un bastardo mitad indio y mitad

[23] Cohen y Major (2004), p. 700.

mediterráneo, y además católico-; se anexionó Hawai; y Cuba, Puerto Rico y Filipinas quedaron bajo control directo o indirecto. Y todo ello fue presumiblemente posible —al menos según la entonces muy extendida creencia en el "Destino Manifiesto"— porque Dios lo había querido. Millones de personas, generalmente de piel roja o morena o de otros tipos no nórdicos y por tanto supuestamente inferiores, perdieron la vida en el proceso, pero eso no presentaba ningún problema. Lo que sí importaba era que, tras la derrota de la cuasi aristocracia de los propietarios de plantaciones esclavistas del Sur en la Guerra de Secesión, la élite estadounidense, en adelante formada casi exclusivamente por industriales afincados en los grandes centros industriales del noreste del país, se benefició muy generosamente de estas guerras de conquista, que proporcionaron abundantes materias primas, productos agrícolas baratos, nuevas oportunidades de inversión, etc.[24]

Otra ventaja para la élite era el hecho de que las nuevas regiones del Salvaje Oeste, "limpias" de "pieles rojas" nativas, podían absorber el exceso de población potencialmente peligrosa del noreste, fuertemente industrializado y urbanizado, y funcionar así como una especie de válvula de seguridad que aliviaba la presión social que tendía a acumularse en Nueva York, Boston, Filadelfia, etc. Las guerras contra los indios permitieron así mantener una cierta paz social en el corazón de los yanquis, tarea nada fácil incluso en estas condiciones, ya que también en Estados Unidos las "masas" populares se revelaban con demasiada frecuencia recalcitrantes y sediciosas. De hecho, el Estado norteamericano experimentó problemas sociales y malestar desde el principio, por ejemplo, incluso en los años inmediatamente posteriores a la independencia, en forma de la llamada Rebelión del Whiskey de la década de 1790.[25]

El caso de Estados Unidos ilustra claramente el modo en que el imperialismo —el "imperialismo social" a la Cecil Rhodes— parecía capaz de resolver los problemas sociales de los países industrializados *sin perjudicar los intereses de la élite*, como sin duda amenazaba hacer el

[24] Véase, por ejemplo, Zinn, pp. 290-313; Stone y Kuznick, pp. xxii-xxxiii.

[25] La idea de que la disponibilidad de tierras en el Salvaje Oeste funcionaba como una válvula de seguridad se asocia con el historiador Frederick Jackson Turner y su "Tesis de la frontera", también conocida como "Tesis Turner".

socialismo, una solución alternativa. Aunque requería la guerra, ésta se consideraba normal e incluso algo bueno, porque también en Estados Unidos la élite había abrazado el darwinismo social y la filosofía nietzscheana. En cualquier caso, la guerra había sido buena para la élite estadounidense y, a la inversa, la élite estadounidense había desarrollado un gran entusiasmo por la guerra. Con respecto al corto pero victorioso conflicto armado contra España en 1898, uno de los miembros de la élite estadounidense, el Secretario de Estado John Hay, proclamó que había sido "una pequeña guerra espléndida". Pero el partidario más famoso del imperialismo, el expansionismo y la guerra en los años previos a 1914 fue sin duda Theodore Roosevelt, presidente desde 190 I hasta 1909. Este "Teddy" —del que tomó el nombre el "osito de peluche"— era un racista fanático, convencido de que, en la lucha por la vida, los "nórdicos" y presumiblemente superiores estadounidenses estaban predestinados a triunfar sobre los inferiores españoles y mexicanos, y por supuesto también sobre los "pieles rojas", de los que innumerables estadounidenses de la época opinaban que "el único indio bueno era un indio muerto." En 1897, un año antes de la guerra contra España, confió a un amigo que "daría la bienvenida a casi cualquier guerra, porque creo que este país necesita una."[26]

Con la guerra, pues, la élite estadounidense sólo tuvo experiencias positivas, excelentes incluso, y siguió buscando nuevas oportunidades. En 1914 surgió una oportunidad, pero el pueblo estadounidense no estaba, por desgracia, de humor para intervenir en un conflicto que estallaba en Europa. Tendrían que pasar otros tres años —y requerir una enorme cantidad de propaganda y presión social[27] — antes de que la élite, personificada por el presidente, aparentemente un ángel de la paz, consiguiera arrastrar al país a la Gran Guerra y cosechar sus frutos. Pronto volveremos sobre el tema de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial.

Las extravagantes ambiciones imperialistas de todas las grandes potencias y las despiadadas rivalidades entre ellas hicieron que las élites de todos los países se volvieran cada vez más belicosas, y que la guerra fuera cada vez más probable. El imperialismo había engendrado guerras

[26] Citas de Cohen y Major, p. 617; Zinn, p. 290.
[27] Zinn, p. 355; Knightley, p. 122 y ss.

desde el principio, pero hasta entonces estas guerras siempre habían sido conflictos relativamente limitados, en su mayoría coloniales, que prácticamente sin excepción habían sido breves y victoriosos. Pero ahora, a principios del siglo XX, los rápidos del empeoramiento de sus rivalidades hicieron que las grandes potencias imperialistas derivaran inexorablemente hacia el Niágara de la guerra a gran escala. Y, en efecto, la guerra que estallaría en 1914 sería un conflicto entre dos bloques antagónicos de potencias imperialistas producto *del renversement des alliances* de principios del siglo XX. Y no sería una guerra menor, limitada y gloriosa, que tendría lugar en tierras lejanas, sino una guerra mayor, catastrófica e increíblemente traumática, librada en la cuna occidental-europea del imperialismo. De esta "Gran Guerra", las grandes potencias imperialistas no saldrían sin grandes daños.

Capítulo 7
Burguesía, aristocracia, Iglesia y socialistas se enfrentan a la guerra y la revolución

De una Gran Guerra aparentemente inevitable, la burguesía industrial espera considerables ventajas económicas. Pero los otros pilares de la élite, la nobleza y la iglesia, también albergan grandes esperanzas respecto a la guerra que se avecina. Los partidos socialistas siguen siendo revolucionarios en teoría, pero en realidad creen cada vez más en una evolución hacia el socialismo y abrazan el "reformismo". Muchos de ellos abandonan simultáneamente el internacionalismo en favor de un nacionalismo de tinte social conocido como "chovinismo social"...

El objetivo primordial del imperialismo era la conquista (o al menos el control indirecto) de regiones donde se encontraban importantes materias primas, donde la metrópoli podía encontrar un mercado para sus productos industriales y donde los habitantes podían ser utilizados (o mejor dicho, explotados) como mano de obra barata. Dentro de las potencias imperialistas, los industriales eran los principales beneficiarios de estas bonificaciones del imperialismo —y de las guerras asociadas a él—, ya que obtenían mayores beneficios de los nuevos mercados, materias primas, etc. El imperialismo y sus guerras también implicaron costes considerables, por supuesto, pero éstos fueron en su mayoría "externalizados", como dicen los economistas; es decir, no soportados por los empresarios y las empresas implicadas, sino asumidos por el Estado. En otras palabras, los costes del imperialismo *se socializaron*, mientras que los beneficios se *privatizaron* . Incluso hoy en día, los costes generados por guerras imperialistas como las libradas en Irak y Afganistán están socializados, mientras que los beneficios

producidos por esas guerras están privatizados en beneficio de los trusts del petróleo, los traficantes de armas y los proveedores de todo tipo de servicios militares y paramilitares.

122

Que los capitalistas se beneficiaban del imperialismo, que el imperialismo era un fenómeno asociado al capitalismo, una manifestación de un sistema capitalista que se desarrollaba cada vez más rápidamente y que, por tanto, el capitalismo era responsable, a través del imperialismo, de las numerosas guerras coloniales y de la Gran Guerra que estallaría en 1914, era algo reconocido sobradamente por innumerables observadores y comentaristas contemporáneos. Como ya declaró Jean Jaures en 1895, "el capitalismo lleva la guerra dentro de sí como el nubarrón lleva la tormenta". Jaures era un anticapitalista convencido, por supuesto, pero muchos de los miembros de la élite burguesa y aristocrática también eran muy conscientes del vínculo entre la guerra y sus intereses económicos, y en ocasiones lo reconocían. El general Haig, por ejemplo, que comandaría el ejército británico desde 1915 hasta el final de la guerra, declaró en una ocasión que no se "avergonzaba de las guerras libradas para abrir los mercados del mundo a nuestros comerciantes."[1] Uno de los "comerciantes" británicos que habían podido así vender sus productos en todo el mundo era, por supuesto, la propia familia escocesa de Haig, que se había hecho fabulosamente rica vendiendo whisky.

Aunque en todos los países imperialistas hubo innumerables industriales y banqueros partidarios de un "expansionismo económico belicoso", también es cierto que muchos capitalistas —y posiblemente incluso una mayoría— apreciaban las ventajas de la paz y los inconvenientes de la guerra y, por tanto, no eran belicistas en absoluto, como ha subrayado Eric Hobsbawm. Pero esta observación ha provocado erróneamente que el historiador conservador británico Niall

Ferguson para llegar a la conclusión de que los intereses de los capitalistas no desempeñaron ningún papel en el estallido de la Gran Guerra en 1914. También hay que tener en cuenta que, como tantas otras personas, innumerables capitalistas mostraron una actitud *ambivalente* con respecto a la guerra. Esto significa que, por un lado, temían ciertas consecuencias de la guerra pero, por otro, esperaban de ella ciertas ventajas, incluso considerables. Que una guerra tendría aspectos desagradables era algo que la

[1] Citado en Hochschild, p. 17.

mayoría de los industriales y banqueros, incluso los más belicosos entre ellos, comprendían demasiado bien ; sin embargo, como miembros de la élite también tenían razones para creer que lo desagradable lo experimentarían sobre todo los demás —y, por supuesto, sobre todo los simples soldados a los que tradicionalmente se confiaba el desagradable trabajo de matar y morir. Al mismo tiempo, la guerra traía consigo la adquisición de colonias, mercados, materias primas y ventajas similares. Y no hay que olvidar que los programas de armamento lanzados con avidez por las grandes potencias para preparar el conflicto que se avecinaba fueron una cornucopia para los "complejos militares-industriales" que se desarrollaban rápidamente en cada país. La carrera armamentística generaba importantes pedidos y beneficios para la industria y las finanzas, y por esa razón el tándem industria-finanzas favorecía el armamentismo.[2]

123

De muchas maneras diferentes, "el desarrollo del capitalismo empujó inevitablemente al mundo en la dirección de la rivalidad estatal, la expansión imperialista, el conflicto y la guerra", añade Hobsbawm.[3] En comparación con el catastrófico desarrollo del *sistema* capitalista en su modalidad imperialista, el hecho de que numerosos *individuos* entre los industriales y banqueros desearan en privado la paz sólo tiene en última instancia una importancia marginal y no permite concluir que el capitalismo no condujera a la Gran Guerra. Sería igualmente falaz observar que bastantes nazis no eran personalmente antisemitas —e incluso afirmaban tener amigos judíos, lo que era cierto en algunos casos— y llegar así a la conclusión de que el nazismo no era realmente antisemita, o de que el nazismo no desempeñó un papel en los orígenes del Holocausto.

El imperialismo y las guerras asociadas a él favorecieron no sólo los intereses capitalistas de la clase media-alta, sino también los de ese otro segmento de la élite contemporánea que es la nobleza. En primer lugar, como ya hemos visto, esta nobleza había invertido fuertemente en actividades capitalistas como la minería, una rama de la industria con gran interés en las regiones de ultramar ricas en minerales. Así, las familias reales británica y holandesa habían adquirido enormes carteras de acciones en empresas que buscaban petróleo por todo el mundo, como Shell, por lo que

---

[2] Hobsbawm (1994), pp. 307-09.
[3] Hobsbawm (1994), p. 316.

se beneficiaron generosamente de la expansión imperialista y aprendieron a no preocuparse mucho por las guerras que ello implicaba. Teniendo esto en cuenta, no nos sorprende que en 2003 Gran Bretaña y los Países Bajos se mostraran deseosos de unirse a la "coalición de voluntarios" organizada por los Estados Unidos de George W. Bush con el propósito de conquistar los campos petrolíferos de Irak.

124

En segundo lugar, la nobleza era tradicionalmente una clase de grandes terratenientes. Por tanto, es natural que los hombres del *ancien régime* vieran con buenos ojos las adquisiciones territoriales que el imperialismo trataba sistemáticamente de conseguir por medio de la guerra. En las familias nobles, el hijo mayor heredaba tradicionalmente no sólo el título, sino todo el patrimonio familiar. Las nuevas colonias en ultramar o —en el caso de Alemania y la Monarquía del Danubio— en Europa del Este podían funcionar como "tierras de posibilidades ilimitadas" donde los hijos menores podían adquirir dominios propios y señorear sobre los nativos que debían servir como campesinos mal pagados o sirvientes domésticos, del mismo modo que las cruzadas habían proporcionado "castillos en España" a los aristócratas menores durante la Edad Media, venerados por los románticos. Cuando a principios de 1918 parecía probable que gran parte de Europa del Este cayera bajo el dominio del Imperio alemán, numerosos príncipes alemanes y austrohúngaros (como el duque de Urach) buscaron afanosamente adquirir un título real o una corona en Lituania, Ucrania o Finlandia; incluso mucho más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, generales alemanes de origen noble soñaban con adquirir algún "dominio caballeresco" (*Ritterguf*), es decir, una extensión de tierra asociada a un título nobiliario, en Ucrania o en cualquier otro lugar de Europa del Este.[4] Los jóvenes aventureros vástagos de familias nobles también podían emprender prestigiosas carreras como oficiales de los ejércitos coloniales conquistadores o como funcionarios de alto rango en la administración de los territorios coloniales. Las más altas funciones en las colonias, por ejemplo la de Virrey de la India británica o Gobernador General de Canadá, estaban reservadas casi exclusivamente a los marqueses, condes y otros miembros de familias ilustres.

[4] Ferguson, p. 409; entrevista del historiador alemán Stephan Malinowski, citada en el artículo de Staas y Ullrich; Muller (2011b), p. 140.

Por todas estas razones, los proyectos imperialistas también recibieron el apoyo de un porcentaje desproporcionadamente alto de políticos, diplomáticos y altos burócratas estatales de origen noble. En aquella época, al igual que en la Edad Media, el poder y el prestigio de un país seguían estando asociados al tamaño de su territorio, por lo que la expansión territorial parecía importante, deseable y —en el contexto socialdarwinista— incluso necesaria. La monarquía en particular, la forma de gobierno que aún prevalecía y en la que la nobleza siempre se había sentido como en casa, consideraba "la propiedad de grandes territorios —el imperio— una medida crítica de virilidad y grandeza".[5]

125

Sólo en los países en los que la nobleza ya no ejercía mucho poder —y prácticamente sólo era el caso de Estados Unidos— no se concedía mucha importancia a las anexiones formales de territorios y se buscaba, en cambio, adquirir el control de las materias primas, los mercados y la mano de obra de otros países por medios indirectos; por ejemplo, mediante la instauración de los llamados regímenes *compradores*, generalmente impopulares y, por tanto, de carácter dictatorial. Así se inauguró, al otro lado del Atlántico, el paso del colonialismo al neocolonialismo, una forma de colonialismo más discreta pero igual de real, a la que las potencias europeas sólo cambiarían después de la Segunda Guerra Mundial.

El otro pilar del *ancien régime,* la Iglesia católica, también veía pan en las conquistas territoriales imperialistas, asociadas o no a guerras. Como en el caso de la nobleza, la Iglesia recordaba con nostalgia los "buenos viejos tiempos" de la Edad Media, cuando casi todo el mundo en Europa era cristiano y era posible convencer, o más bien coaccionar, a masas de "infieles" en regiones periféricas conquistadas por los valientes cruzados para que se convirtieran a la única y verdadera fe. Con el imperialismo, la Iglesia tuvo la oportunidad —al menos en países católicos como Francia y Bélgica— de lanzarse una vez más a difundir el Evangelio por esa vía, en todo el mundo, pero sobre todo en África, un continente "oscuro" aparentemente dispuesto a recibir la "luz" del cristianismo. Para los capitalistas, el imperialismo significaba la conquista de materias primas, mercados y mano de obra barata en todo el mundo; para la Iglesia, significaba la conquista de almas en todos los rincones del mundo.

---

[5] Hastings, p. xxix.

La conversión de masas de africanos y "nativos" de otros continentes compensó las pérdidas que el cristianismo había venido sufriendo en la propia Europa como consecuencia del auge del librepensamiento liberal y del ateísmo socialista. Con su labor misionera en África y otros lugares, la Iglesia prestó un importante servicio no sólo a sí misma, sino también al imperialismo, a saber, "socializando" a los habitantes de las colonias, es decir, integrándolos en el orden colonial. La Iglesia se benefició de las conquistas del imperialismo, y el imperialismo se benefició de los esfuerzos misioneros de la Iglesia en los territorios conquistados. Esta labor misionera se convertiría en una importante tarea para la Iglesia . Daría lugar a la aparición de especialistas en la materia, en forma de nuevas órdenes como los *Padres Blancos (Peres Blancs*) y la Congregación del Inmaculado Corazón de María (también conocidos como Misioneros Scheut), dos pilares del colonialismo francés y belga, respectivamente.

126

Que el imperialismo implicara guerras, y que las ambiciones y rivalidades de las potencias imperialistas aumentaran la probabilidad de una Gran Guerra, no parecía ser un problema en lo que respecta a la Iglesia. Se esperaba que la prueba de la guerra hiciera que la gente redescubriera a Dios y volviera al seno de la Iglesia. La guerra se consideraba una especie de prueba y una forma de expiación de los pecados, como parte de los planes insondables de Dios. No era casualidad que la Iglesia apoyara entonces con entusiasmo el culto al Sagrado Corazón de Jesús (profusamente sangrante). Este culto "dolorista" se promovió con especial celo en Francia, anticlerical e incluso atea desde la Revolución. La construcción de la gigantesca Basílica del Sagrado Corazón en lo alto de la colina de Montmartre, durante siglos uno de los lugares sagrados del catolicismo francés, por ejemplo, pretendía pedir perdón y expiar todo tipo de "pecados" supuestamente cometidos por Francia en el transcurso de las décadas precedentes, como la Comuna de París de 1871 y la separación de la Iglesia y el Estado en 1905. Este santuario debía inaugurarse en 1914, justo a tiempo para recibir a las masas que, de hecho, volverían a Dios a causa de la guerra.

La Francia contemporánea también fue testigo de la promoción del culto a Juana de Arco, glorificada simultáneamente como heroína de la patria y de la fe cristiana, como personificación de todas las virtudes medievales alabadas por el Romanticismo, como virgen casta y mujer piadosa, pero también como valiente guerrera y, por supuesto, mártir. Con el culto a la Doncella de Orleans, la Iglesia pretendía, no sin éxito, recuperar el favor de los dirigentes

de la República Francesa, hombres ciertamente anticlericales en su mayoría, pero también conservadores y nacionalistas, y reconquistar el mayor número posible de almas en una Francia que, antes de la Revolución, había sido considerada la "hija mayor de la Iglesia". De hecho, el ala derecha del espectro político francés adoptaría a Juana de Arco como icono, y ha seguido siéndolo hasta la actualidad, como refleja una manifestación anual en del ultraderechista Frente Nacional, nada menos que el 1 de mayo, en torno a su estatua dorada en la plaza de las Pirámides de París.[6]

El hecho de que en Francia, en los años anteriores a 1914, la Iglesia católica presentara sistemáticamente la guerra como deseable y necesaria en muchos aspectos, y sobre todo como una forma de expiación y purificación, encontró también un reflejo en la reacción de una monja, Anne-Marie Worm, que en agosto de 1914, al enterarse de que había estallado la guerra, rezó de la siguiente manera:

127

> *Señor, ¡qué felicidad y gracia me has concedido! Quién hubiera creído, hace sólo un mes, que la guerra y el hambre descenderían sobre nosotros!... Mi alma se regocija ya al pensar en toda la gloria que cosecharás a causa del sufrimiento y la muerte que expiarán las pasiones culpables de los pecadores.*[7]

No sólo la Iglesia Católica, sino todas las iglesias cristianas, la anglicana en Gran Bretaña, la luterana en Alemania y la ortodoxa en Rusia, creían que obtendrían grandes ventajas de una Gran Guerra. Esto fue demasiado obvio cuando, durante el verano de 1914, estalló la guerra. Tanto los altos prelados como los humildes pastores parroquiales de todas las iglesias se proclamaron inmediatamente a favor de una guerra que describieron como una guerra santa, una cruzada, y aseguraron a los creyentes que "Dios estaba de su parte". Por citar unos versos sarcásticos de la famosa canción de Bob Dylan.

Oh la Primera Guerra Mundial, chicos
Cerró su destino
El motivo de la lucha

---

[6] Le Naour, pp. 27, 41, 78-79, 124-28; Mayer (2010), pp. 223-24. Juana de Arco fue beatificada en abril de 1909 por el Papa Pío X y sería canonizada por el Papa Benedicto XV el 16 de mayo de 1920. Sobre Montmartre como antiguo e importante santuario, véase Pauwels (2006), pp. 140-41.

[7] Le Naour, p. 132.

Nunca me he enderezado.
Pero aprendí a aceptarlo,
Acéptalo con orgullo.
Porque no cuentas a los muertos
Cuando Dios está de tu lado.[8]

Ya hemos subrayado que la élite aristocrático-burguesa había cosechado un gran éxito con su estrategia antidemocrática, consistente tanto en represión como en reformas, además de nacionalismo, militarismo, racismo, imperialismo y todo tipo de artimañas destinadas a neutralizar o al menos limitar los efectos de la democratización. La gran mayoría de las masas populares, cuyo ascenso supuestamente irresistible había parecido tan amenazador, se había revelado de hecho apegada a valores tradicionales como el rey, la patria, la iglesia y la religión. Cuando los de abajo tenían voto, lo daban generalmente a los partidos conservadores, clericales, agrarios o nacionalistas; y permanecían sordos a los cantos de sirena del socialismo. Este fue el caso de la inmensa mayoría de los campesinos y gentes del campo en general, de la mayor parte de la pequeña burguesía y de innumerables trabajadores que optaron por afiliarse a partidos cristianos, sindicatos y cooperativas. En resumen, las masas populares se habían dejado integrar mansamente en el orden establecido y habían adoptado, como ha escrito Arno Mayer, "los valores sagrados de las élites". Los que votaban a los partidos socialistas y/o se afiliaban a ellos seguían siendo siempre una minoría —una minoría no insignificante, y una minoría militante, ciertamente, pero una minoría al fin y al cabo.

128

Además, el peligro revolucionario encarnado por los socialistas a principios del siglo XX era mucho menos real que antes. La mayoría de los partidos socialistas seguían siendo revolucionarios en teoría, pero ya no lo eran en la práctica. Parafraseando lo que Mark Twain dijo sobre la música de Richard Wagner, que era "mejor de lo que suena", se podría decir que el discurso revolucionario de los socialistas "no era tan malo como sonaba", que no eran tan revolucionarios como pretendían ser. En realidad, los socialistas, o al menos la mayoría de ellos, se habían dejado integrar en el orden económico-social semifeudal y semicapitalista. ¿Cómo había sido posible?

---

[8] Texto completo en http://www.bobdylan.com/de/node/26496.

En primer lugar, la suerte de una parte considerable de la clase obrera de Europa Occidental, o al menos de la clase obrera de los países imperialistas de Europa Occidental, había mejorado sensiblemente durante las últimas décadas del siglo XIX. Esto se debió en parte al tipo de legislación social introducida por políticos como Bismarck, y también al imperialismo social. Como hemos visto, el imperialismo era un sistema por el que las riquezas exprimidas de las colonias fluían hacia Europa (y Estados Unidos) para aumentar la riqueza de los ricos habitantes de la metrópoli; pero una pequeña parte de estas riquezas se utilizaba de hecho para aliviar la suerte de las masas trabajadoras (y del proletariado en general) en Europa y Estados Unidos.

En consecuencia, la pobreza en Europa no empeoró. En otras palabras, no hubo una "pauperización" (o "inmiseración") continua, que, según Marx, tarde o temprano empujaría al proletariado a los brazos de la revolución. Al contrario, la situación de los trabajadores siguió mejorando, hasta el punto de que surgió en el seno de la clase obrera la llamada "aristocracia obrera". Ya no parecía necesaria una revolución, pues parecía que a los proletarios les esperaba un futuro feliz dentro del sistema existente. Muchos socialistas se convencieron de ello, incluidos muchos dirigentes de partidos socialistas. Estos partidos dejaron así de creer en la revolución y de trabajar por ella. La mayoría de ellos siguieron el ejemplo del gran partido socialista alemán, el SPD, descrito por uno de sus dirigentes, Karl Kautsky, como "un partido revolucionario que no quiere oír hablar de revolución."[9]

120

Por los salarios más altos, las mejores condiciones de trabajo y los servicios sociales que mejoraron la vida de los trabajadores, los socialistas no atribuyeron el mérito a los capitalistas, sino al *Estado* aparentemente neutral, benévolo y bienintencionado en el que vivían. Así, los trabajadores socialistas también se identificaron cada vez más con este Estado. En otras palabras, los socialistas teóricamente *internacionalistas* se volvieron cada vez más receptivos al evangelio del *nacionalismo*, que ya se propagaba a través de las escuelas, las iglesias, los medios de comunicación y el servicio militar. Un número cada vez mayor de líderes socialdemócratas como Gustav Noske, por ejemplo, proclamaban a voz en grito que se adherían al "principio de

[9] Hobsbawm (1994), p. 133; sin embargo, historiadores como Geoff Eley han argumentado que "el partido [es decir, el SPD] nunca fue *realmente* revolucionario en primer lugar". Véase Eley, p. 173.

nacionalidad" y se declaraban dispuestos a "defender el Imperio alemán si fuera víctima de una guerra de agresión". Esta tendencia nacionalista de la socialdemocracia alemana y del socialismo europeo en general se conoció como "patriotismo social" o "chovinismo social".[10]

Un segundo factor que contribuyó a la integración de los socialistas en el orden establecido y al abandono tácito de la idea revolucionaria por parte de la mayoría de los socialistas fue el éxito electoral de sus partidos en países como Alemania, Francia y Bélgica. Gracias a la ampliación del sufragio en , cada vez más socialistas entraron en los parlamentos para trabajar allí por aún más reformas políticas y programas sociales. Estos incluían nuevas ampliaciones del derecho de voto, con el objetivo último nada menos que del sufragio universal. Este último se consideró durante mucho tiempo como el *nec plus ultra* de la democratización, como un sustituto de la revolución, como la puerta al nirvana de un futuro socialista.

¿Por qué destruir un sistema existente mediante una revolución potencialmente sangrienta cuando, dentro de este mismo sistema, un camino abierto nos invita a avanzar gradual y pacíficamente hacia el socialismo? La lucha por las reformas dentro del sistema existente recibió así prioridad sobre la lucha revolucionaria por un sistema alternativo. Por la misma razón, los socialistas se apegaron cada vez más al Estado que hacía posible las mejoras; en otras palabras, a su país, a su nación. Es cierto que los socialistas no abrazaron el patrioterismo, pero sin duda adoptaron una postura más nacionalista, y se volvieron menos internacionalistas en el proceso. En Francia, por ejemplo, los socialistas eran revolucionarios, no en el sentido marxista —sólo eran "ligeramente marxistas", escribe el historiador Michel Winock—, sino en la tradición de la Revolución Francesa de 1789. Hombres como Jaures y Millerand rechazaban los medios no pacíficos y no constitucionales —es decir, revolucionarios, marxistas— para crear una sociedad socialista, pero "dirigían el socialismo por cauces democráticos, parlamentarios, [y] consideraban la república [francesa existente] como un instrumento adecuado para alcanzar el socialismo".[11] El verano de 1914 mostraría hasta qué punto había llegado el proceso de ascenso del nacionalismo y el declive concomitante del internacionalismo en el seno del movimiento socialista: con gran entusiasmo, la mayoría de los

[10] Schorske, pp. 77-78.
[11] Hobsbawm (1994), p. 129; Thomson, p. 49; Winock, p. 280.

socialistas fueron a la guerra por su propio país. Aparentemente, habían olvidado por completo el ideal de la solidaridad internacional de los proletarios; pero durante la guerra ese ideal iba a volver a resurgir.

130

Los éxitos electorales también produjeron partidos socialistas cada vez más grandes, complejos y burocráticos, así como una élite de dirigentes de partido que con bastante frecuencia eran de origen burgués. Muchos de ellos entraron en los parlamentos, donde aprendieron a codearse con políticos de clase baja o media alta e incluso de origen aristocrático. Así nació en el seno de los partidos socialistas una especie de "oligarquía". (La famosa "ley de hierro de la oligarquía", formulada en 1911 por el sociólogo alemán Robert Michels en un estudio sobre los partidos políticos, se basaba en realidad en un estudio sobre la militancia del SPD). Los miembros de esta oligarquía socialista, incluso más que las bases, se concentrarían en las reformas dentro del orden existente, en lugar de en el derrocamiento de este orden, e interiorizaron, al menos hasta cierto punto, el ethos de este orden y se convencieron de que era posible alcanzar el futuro socialista por una vía *evolutiva* en lugar de *revolucionaria*. En circunstancias históricas muy diferentes a las de la época de Marx, una revolución ya no era necesaria ni deseable, o al menos eso pensaban.

Así nació el "reformismo" socialista, cuyo padrino intelectual y gran campeón fue un socialdemócrata alemán, Eduard Bernstein.[12] Sin embargo, dentro de cada partido socialista surgió una decidida oposición a este reformismo por parte de marxistas "ortodoxos" que seguían creyendo en la revolución; por ejemplo, la polaco-alemana Rosa Luxemburgo y, sobre todo, un ruso, Vladimir Ulianov, apodado "Lenin". Así, el movimiento socialista sería víctima de una especie de "gran cisma" durante e inmediatamente después de los traumáticos acontecimientos de la Gran Guerra y del éxito de la revolución en Rusia y su fracaso en Alemania, acontecimientos en los que Lenin y Luxemburgo desempeñarían un papel importante. La variedad revisionista o reformista del socialismo engendraría la socialdemocracia moderna, también conocida simplemente como "socialismo", mientras que después de la Gran Guerra el socialismo revolucionario se llamaría "comunismo".

131

[12] Más sobre Bernstein y el reformismo en Schorske, p. 16 y ss.

En cualquier caso, a principios del siglo XX, bajo el liderazgo de los reformistas, el socialismo se volvió menos "dogmático" y más "pragmático", más "empresarial", por así decirlo. Un buen ejemplo lo proporcionó el gran partido socialista belga, dirigido por Emile Vandervelde, una personalidad de origen "acomodado", vástago de una "buena familia", a saber, un "medio radical, anticlerical e intelectualmente ilustrado [de Bruselas]". También en Alemania se impusieron los revisionistas, si no en teoría sí en la práctica. "Sobre el papel", escribió la historiadora estadounidense Barbara Tuchman, "el mayor bloque socialista de Europa mantenía la fidelidad a Marx... mientras que los hechos de la Revisión seguían floreciendo". "[13]

Los líderes del SPD se revelaron tan "pragmáticos" como Vandervelde y llevaron a cabo reformas políticas y sociales al estilo de Bismarck. El historiador estadounidense Gabriel Kolko ha escrito que "llegaron a un consenso tácito con los gobernantes alemanes sobre su relación con la autoridad existente y su participación en la gestión del poder". En Francia, el socialismo estuvo dominado por la gran personalidad de Jean Jaures, reformista y pragmático convencido. En cuanto al Partido Laborista británico, nunca había sido genuinamente socialista, por lo que nunca había inscrito la revolución en su programa. En cualquier caso, sus dirigentes también eran pragmáticos; en otras palabras, hipnotizados por las reformas dentro del orden existente. Kolko los ha descrito de forma poco caritativa como "ambiciosos arribistas... comprometidos a operar dentro de la estructura de poder existente".[14]

En adelante, los socialistas fueron revolucionarios e internacionalistas sobre todo en teoría. En la práctica, se volvieron cada vez más "evolucionistas", además de nacionalistas, apegados a la "patria" más que a su clase; en otras palabras, se habían convertido en "chovinistas sociales". Con los socialistas de otros países, y más aún con los de países que resultaban ser rivales o enemigos del suyo, se sentían cada vez menos solidarios. Y con los habitantes de piel oscura de las lejanas colonias de la "patria", no había solidaridad alguna. Los socialistas —o al menos algunos de ellos— pueden haber sido antiimperialistas de palabra, pero en absoluto de hecho.

[13] De Schaepdrijver, pp. 21-22; Tuchman, p. 508.
[14] Kolko (1994), pp. 114, 154-55.

En Alemania, Gran Bretaña, Bélgica y todos los demás países imperialistas, los salarios más altos y los nuevos servicios sociales en los que se centró a partir de entonces el activismo socialista dependían del éxito en la carrera de ratas entre las potencias imperialistas. Los trabajadores se beneficiaban del imperialismo y, por tanto, los socialistas eran partidarios del imperialismo. A pesar de su hostilidad teórica a la idea del colonialismo, el SPD, reformista de facto, apoyó al gobierno alemán en su búsqueda de las colonias que presumiblemente tanto necesitaba el Reich. No es casualidad que Bernstein, el más famoso de los reformistas, fuera también un defensor del imperialismo alemán. Era partidario del socialimperialismo al estilo de Cecil Rhodes o, como también puede decirse, del "socialismo imperialista" *(Imperialsozialismus)*. Emile Vandervelde, el Moisés de la tribu socialista belga, también se reveló como un "socialista imperialista"; apoyó la adquisición del Congo como colonia para Bélgica. Es cierto que los socialistas franceses se oponían a los excesos del colonialismo de su país y abogaban por una forma más humanitaria de colonialismo, pero no eran realmente hostiles al colonialismo ni abogaban por acabar con él.[15]

Oficialmente, los socialistas se oponían al imperialismo, pero no hicieron nada, o muy poco, para fomentar o apoyar la resistencia de los pueblos coloniales, y menos aún para ayudar a organizarla. Los comunistas, en cambio, sí lo harían. Tras la Gran Guerra y la Revolución Rusa, Lenin demostró ser uno de los pocos socialistas de preguerra que mostró interés por el destino de los habitantes de las colonias y que apreció su potencial revolucionario. "Internacionalmente", observó Eric Hobsbawm con gran precisión, "el socialismo antes de 1914 seguía siendo en su inmensa mayoría un movimiento de europeos y emigrantes blancos o sus descendientes. El colonialismo seguía siendo marginal para sus intereses". [16]

El sentimiento igualitario y la solidaridad de los socialistas de Estados Unidos se limitaron igualmente a sus camaradas blancos. Por lo general, no se planteaba la solidaridad con los trabajadores negros y otros negros pobres y oprimidos, a los que se solía tachar de "negros". La mayoría de los socialistas (y sindicalistas) estadounidenses apenas eran menos hostiles a los

[15] Martens, pp. 14-15; Schorske, p. 85; Le Gall, pp. 33-35; Losurdo (2010), pp. 85-86; Losurdo (2013), pp. 114, 146-47.

[16] Hobsbawm (1994), p. 72.

negros que la élite y la clase media estadounidenses.[17] "Proletarios de todos los países, ¡uníos!" seguía siendo el lema del socialismo, pero no se hablaba de unión ni siquiera de solidaridad con las masas de piel oscura, negras, amarillas o de otro tipo de las colonias. Evidentemente, al dejarse integrar en el orden existente, la mayoría de los socialistas —pero desde luego no todos— no sólo absorbieron su nacionalismo sino también, al menos en parte, su racismo. (Después de la Gran Guerra y de la Revolución Rusa, el Partido Comunista estadounidense debía "situar la justicia y la igualdad raciales en lo más alto de su programa y buscar, y en última instancia ganar, la simpatía de los afroamericanos").[18]

El socialismo había dejado de ser revolucionario e internacionalista y, por tanto, había dejado de constituir una amenaza para el orden político y socioeconómico establecido o para la élite que había construido ese orden y se había beneficiado de él. Pero, ¿era realmente así? ¿Se había exorcizado realmente el peligro de una vez por todas? La élite tenía buenas razones para dudarlo.

---

[17] Zinn, p. 321, 339; Weinstein, pp. 63-74.

[18] Véanse las observaciones sobre el libro de Mark Solomon, *The Cry Was Unity: Comunistas y afroamericanos, 1917-1936,* http://books.google.ca/books/about/The_Cry_Was_Unity.html?id=AJDEPnUWQ6EC&redir_esc=y.

Capítulo 8
Miedo y tensiones en la *Belle Epoque*

> *La élite está convencida de que el peligro revolucionario aumenta rápidamente, y también se siente amenazada por los planes revolucionarios de las minorías étnicas, por los designios de las feministas y por la amenaza percibida de hordas de razas "inferiores" como los chinos, el "peligro amarillo" ...*

Según ciertos historiadores, por ejemplo Arno Mayer, la amenaza revolucionaria en Europa era en realidad bastante limitada, tal vez incluso inexistente, durante los años que precedieron a la Gran Guerra. Es ciertamente legítimo cuestionar la magnitud de ese peligro, pero una cuestión ligeramente diferente, aunque muy importante, es la siguiente: ¿Hasta qué punto *parecía* grande el peligro revolucionario desde el punto de vista de la élite aristocrático-burguesa? La respuesta es que durante la *Belle Epoque* este peligro *parecía* aumentar rápidamente, hasta el punto de que era urgente actuar para evitar una catástrofe amenazadora. Y la guerra parecía ser la solución.

Toda una constelación de factores hacía pensar que el peligro de revolución, así como el peligro de una evolución hacia el socialismo por la vía electoral, es decir, el riesgo asociado al proceso de democratización, *parecía* crecer rápidamente. En primer lugar, aunque es un hecho que la mayoría de los partidos socialistas ya no eran revolucionarios, la élite apenas era consciente de ello, porque los socialistas, aunque abrumadoramente reformistas, seguían hablando un lenguaje revolucionario. "Hasta la guerra", escribe Hobsbawm, "los[s] partidos siguieron siendo puros e intransigentes", al menos "en apariencia". Es

cierto que los socialistas aún no estaban cavando piedras para erigir barricadas, pero parecía inminente que a través de las elecciones llegarían pronto al poder y podrían así alcanzar sus objetivos revolucionarios, provocando la "gran transformación." Incluso los partidos obreros que nunca habían sido verdaderamente revolucionarios, como el Partido Laborista británico, eran sospechosos de trabajar secretamente por la revolución. En cualquier caso, los adversarios del socialismo estaban firmemente convencidos de que los socialistas "querían una revolución social [y] que sus actividades implicaban una". Al parecer, las intenciones revolucionarias de la tribu socialista también se veían afirmadas por las masivas manifestaciones anuales del 1 de mayo. Éstas eran un espectáculo aterrador a los ojos de los buenos burgueses, "una especie de ensayo anual de la revolución".[1]

135

En segundo lugar, dentro de cada partido socialista, incluso de los más reformistas, había un ala radical de hombres y mujeres marxistas ortodoxos que seguían creyendo en la revolución y trabajando por ella. Rechazaban la acción política en el marco del orden establecido y defendían la revolución en la tradición heroica de 1789, 1830, 1848 y 1871, posiblemente bajo un nuevo disfraz, como la huelga general. Esta última era vista como un catalizador potencial de la revolución, al menos por los partidarios del "sindicalismo revolucionario" que estaba muy de moda en aquella época, un movimiento cuya teoría había sido elaborada por Georges en un libro, *Reflexions sur la violence* (*Reflexiones sobre la violencia),* publicado en 1906. Estados Unidos tenía su propia variedad de sindicalistas revolucionarios, los Wobblies, como solían llamar a los miembros del sindicato radical Industrial Workers of the World (IWW). Otro apóstol del evangelio revolucionario fue el socialista francés Gustave Herve, que petrificó a los burgueses de su país con declaraciones como ésta:

> *Sólo reconocemos una guerra, la guerra civil, la guerra social, la guerra de clases, el único tipo de guerra que hoy, en la Europa del siglo XX, puede producir algún beneficio para los explotados de todos los países.*[2]

---

[1] Hobsbawm (1994), pp. 132, 139; Weber, pp. 114, 241

[2] Weber, p. 126; Winock, pp. 269-73; *14-18: Mourir pour la patrie*, p. 17; Zinn, pp. 322-30.

En tercer lugar, incluso los partidos socialistas más reformistas siguieron siendo una espina clavada en el costado de la clase dirigente aristocrática y burguesa, ya que en aquellos años se mostraron más agresivos y peligrosos que nunca . La llamada *Belle Epoque* fue en realidad una "bella época" sólo para los ricos. Para los ciudadanos de a pie no lo fue en absoluto, sino que se caracterizó por problemas como el desempleo, los precios altos y los salarios bajos, el alcoholismo, la delincuencia y la pobreza flagrante, especialmente para los habitantes de los barrios obreros, pero también para los pequeños agricultores y otras gentes del campo. Después de 1900, la clase obrera europea se vio cada vez más presionada, sobre todo por la subida de los precios, e innumerables plebeyos buscaron la salvación en la emigración al Nuevo Mundo; no menos del 5% de la población británica emigró entre 1900 y 1914.[3] Pero la emigración apenas mejoró la situación dentro de Europa. Las crecientes tensiones y conflictos reflejaban nuevas y —desde la perspectiva de la élite— extravagantes demandas por parte de los trabajadores, incluida la jornada laboral de ocho horas, y se vieron salpicadas por innumerables huelgas, incluso huelgas generales, consideradas por muchos como presagios de revolución.

136

Después de 1900, y especialmente tras la Revolución Rusa de 1905, "oleadas de agitación obrera" recorrieron los países industrializados y continuaron hasta ese fatídico momento de 1914 en que estalló la guerra. Hubo grandes huelgas en Marsella y Barcelona (1909), Génova, Trieste, Amsterdam y Dublín (1913), Belfast (1907), Newcastle y Liverpool (1911), Londres y los campos de carbón galeses (1910-1911 y 1912), etc. En Francia, la *Belle Epoque* fue "una época de grandes huelgas", escribe Michel Winock, historiador especializado en esa época.[4] "Vamos camino de la revolución", se lamentan algunos periódicos parisinos. La situación no era muy diferente en Alemania. En 1910, ese país vivió una oleada de huelgas y manifestaciones orquestadas por el SPD, y ciertas publicaciones conservadoras concluyeron que el país estaba ante una especie de ensayo de la revolución. Los últimos años antes de la Gran Guerra fueron

[3] MacMillan (2013), p. 251.
[4] Winock, pp. 135-50.

testigos de una auténtica orgía de huelgas, especialmente en Gran Bretaña, donde el periodo de 1910 a 1914 ha sido descrito como "el gran malestar", como años "preñados de cambios revolucionarios". Rusia también experimentó una "discordia industrial explosiva", especialmente en vísperas de la guerra. Durante la primera mitad de 1914, 1,4 millones de trabajadores de se declararon en huelga. La violencia caracterizó muchas huelgas; por ejemplo, las que afectaron a las minas de oro a lo largo del río Lena, en Siberia, donde más de doscientas personas murieron cuando las tropas abrieron fuego contra los huelguistas que se manifestaban. En julio de 1914, tras el asesinato de Sarajevo y sólo un par de semanas antes del comienzo de la guerra, tuvo lugar en San Petersburgo una gigantesca huelga en la que participaron cincuenta mil trabajadores. Todo este malestar social provocó en innumerables miembros de la élite rusa la desagradable sensación de "vivir en un volcán". Un noble desahogó este estado de ánimo pesimista de la siguiente manera:

137

> *Estamos a punto de presenciar cosas que el mundo no ha visto desde las invasiones bárbaras. Pronto comenzará una era bárbara que durará décadas.*

Para las élites, estas huelgas fueron especialmente traumáticas, ya que afectaron no sólo a sectores económicamente importantes y sensibles, sino también militarmente, como la minería, los puertos y, por último, pero no por ello menos importante, los ferrocarriles. De este modo, los paros pusieron en peligro las infraestructuras de las que dependían la riqueza y el poder —incluido el militar— de naciones grandes y pequeñas. Especialmente traumático fue también el hecho de que muchas de estas huelgas acabaran teniendo éxito, de modo que los propietarios de fábricas y minas y/o las autoridades estatales tuvieron que hacer cada vez más concesiones. En Gran Bretaña, por ejemplo, el gobierno se vio obligado a introducir un salario mínimo en determinados sectores industriales. Una de las razones de esta indulgencia fue que parecía que ya no se podía contar automáticamente con la lealtad de las tropas que tradicionalmente se utilizaban para enseñar modales a los huelguistas. En 1907 estalló un motín en un regimiento del ejército francés que había sido enviado al Languedoc para sofocar una huelga de viticultores locales. La élite internacional observó con agudeza cómo, unos años más tarde, en 1910, el gobierno francés reaccionaba a una

huelga general movilizando temporalmente en el ejército a cincuenta mil ferroviarios.[5] La disciplina militar neutralizó el potencial revolucionario de los huelguistas. Esto evocó la posibilidad de neutralizar el potencial revolucionario de todos los trabajadores reclutándolos. En tiempos de paz, esto era, por supuesto, impensable; pero durante una guerra, sería ciertamente factible. En 1914, se llegaría a eso. En todos los países beligerantes, los proletarios serían embutidos en uniformes y entregados al ejército para que les enseñaran a obedecer en lugar de soñar con esa gran y abominable desobediencia colectiva que es la revolución social.

Junto con los sindicatos, incluso los partidos socialistas más reformistas (y los partidos obreros como el laborista británico) desempeñaron un papel activo en la agitación obrera, pues eran los paladines de los trabajadores y de las clases bajas en general. Y así, con ocasión de las elecciones, se veían recompensados con cada vez más votos, que les entregaban no sólo los proletarios, sino también los pequeños burgueses y los campesinos que, durante la *Belle Epoque*, atravesaban igualmente tiempos difíciles. Además, estos partidos atraían cada vez más a todo tipo de forasteros, como los protestantes en Francia, los finlandeses en el Imperio Ruso y los judíos en casi todas partes.

138

En Gran Bretaña, las elecciones de 1906 supusieron un gran avance para los laboristas, interpretado por algunos contemporáneos como un "presagio de cambio social radical".[6] En las elecciones generales de 1912 en Alemania, el SPD obtuvo nada menos que 4,25 millones de votos de un total de 12 millones, frente a los 3 millones que había obtenido el partido en 1907. Los socialdemócratas suben en el Reichstag de 43 a 110 diputados, y uno de sus líderes, August Bebel, está a punto de convertirse en presidente. En los salones de la élite del Reich empezó a sonar la alarma, porque los avances del SPD parecían ahora irresistibles. Parecía cuestión de tiempo que este partido aglutinara a la mayoría del pueblo y pudiera así "romper las cadenas del Estado feudal-capitalista". En Italia se había considerado necesario introducir el sufragio universal en 1912, y los resultados de esa reforma fueron mucho menos radicales

[5] Canfora (2006), p. 24; Schorske, pp. 177-80; Horne, pp. 6-9; Hastings, pp. 13, 22-23; Stockton; Rogger (1966), pp. 95, 98-100; Rogger (1983), p. 240; Hobsbawm (1994), pp. 49, 55, 109, 123, 130; Thomson, p. 174; Marwick, p. 32.

[6] Hobsbawm (1994), pp. 131, 137-39; Marwick, p. 32.

de lo que muchos temían. Aun así, para la élite del país fue muy desconcertante que durante las elecciones de 1913 los socialistas consiguieran hacerse con cincuenta y dos escaños en el Parlamento, considerablemente más que los treinta y dos que habían tenido antes. Incluso en Estados Unidos, un país en el que prácticamente todo el mundo cree erróneamente que el socialismo nunca tuvo una oportunidad, los socialistas de florecieron. Su candidato, Eugene Debs, obtuvo más de cuatrocientos mil votos en las elecciones presidenciales de 1908, y no menos de novecientos mil en 1912. También allí empezaron a encenderse luces rojas en los salones y salas de juntas de la élite. El establishment estadounidense, escribe Gabriel Kolko, se sentía amenazado por "el descontento agrario, la violencia y las huelgas, un movimiento populista, el ascenso de un Partido Socialista que parecía, por un tiempo, tener un potencial de crecimiento ilimitado".[7] En cuanto a Francia, ya en 1908 un periodista y político conservador, Charles Benoist, lamentaba en un artículo publicado por la prestigiosa *revista* de derechas *Revue des Deux Mondes* que el sufragio universal provocaría tarde o temprano, por medios legales, una "transformación social", es decir, una revolución. En mayo de 1914, sólo unos meses antes del estallido de la Gran Guerra, el resultado de las elecciones generales pareció confirmar sus temores, ya que los socialistas consiguieron aumentar de 75 a 102 su número de escaños en la Asamblea Nacional, la cámara baja del Parlamento francés.[8]

139

En vísperas de la Gran Guerra, los partidos socialistas podían esperar aún mayores logros. Sus líderes, miembros y simpatizantes sentían "un sentimiento de excitación, de admirable esperanza, de la ineluctabilidad histórica de su triunfo". Los sindicatos, socialistas o no, como la gran *Confederación General del Trabajo* (CGT) francesa, más combativa que nunca, prosperaron igualmente durante la *Belle Époque* gracias a las innumerables huelgas que organizaron y que a menudo vieron coronadas por el éxito. Cada vez más trabajadores acuden a los sindicatos. Durante los cinco años que precedieron al inicio de la Gran Guerra, por ejemplo,

---

[7] Canfora (2006), pp. 18, 33-36; Tuchman, pp. 534, 537; Hochschild, p. 63; Kolko (1963), p. 285.

[8] Winock, p. 122; Bouloc (2008), p. 129.

los sindicatos británicos consiguieron duplicar su número de afiliados. En 1914, los sindicatos británicos y alemanes contaban cada uno con unos tres millones de afiliados, y los franceses con aproximadamente un millón. Las huelgas que patrocinaban parecían para muchos de naturaleza revolucionaria, especialmente las que se tornaban violentas; y de una huelga general innumerables trabajadores esperaban, y innumerables burgueses temían, que prendiera fuego a la mecha del polvorín revolucionario.[9]

Todo esto significaba que los socialistas, por muy reformistas que fueran, se perfilaban cada vez más como una gran amenaza para la élite. El peligro revolucionario parecía aumentar día a día; la puerta podía ser derribada en cualquier momento. El historiador francés Fernand Braudel, a veces considerado como el mejor historiador del siglo XX, un hombre conservador que creció durante la *Belle Epoque* en un entorno rural, burgués y nacionalista, parecía expresar el sentimiento de la élite contemporánea cuando, en la década de 1960, escribió en uno de sus libros que "en 1914, Occidente estaba maduro para convertirse en socialista, el socialismo estaba preparado para tomar el poder, listo para construir una nueva Europa".[10]

Sin embargo, en Europa Occidental el peligro revolucionario, encarnado por los partidos socialistas, no era en realidad ni mucho menos tan grande como la nobleza y la burguesía —y Braudel, medio siglo después— creían sinceramente. Por eso Arno Mayer pudo escribir que la élite tenía "demasiado miedo al socialismo", que "percibía en exceso [los] peligros para sus posiciones demasiado privilegiadas" y simplemente "reaccionaba de forma exagerada".[11]

La situación era ambivalente, poco clara, extremadamente incierta. Por un lado, la élite no tenía grandes motivos para preocuparse, pero, por otro, sus preocupaciones no eran del todo infundadas. Y era precisamente esa incertidumbre la que resultaba tan traumática. Era enloquecedora: las masas quizá nunca se reunirían frente a la puerta, ¡pero también podrían derribarla en cualquier momento! La tensión se

---

[9] Hobsbawm (1994), pp. 117-18, 130; Hochschild, p. 86; Tuchman, p. 537; Weber, pp. 126-29; Stockton.

[10] Braudel, pp. 420-28. Véase también Canfora (2006), pp. 16-17, y (2008), p. 229.

[11] Mayer (2010), pp. 247, 304.

hacía insoportable, y había una necesidad urgente de liberación. En el verano de 1914, la guerra traería esa liberación.

También hay que tener en cuenta que, al menos en algunas partes de Europa, el peligro revolucionario no sólo *parecía* aumentar. De hecho, en gran parte del sur y el este de Europa, el peligro revolucionario aumentaba rápidamente. En contraste con el "Occidente" al que se refiere Braudel, los partidos socialistas de allí se aferraban a sus armas revolucionarias, como ha señalado Hobsbawm:

> *En Europa existía un vasto cinturón semicircular de pobreza y agitación en el que la revolución estaba realmente a la orden del día y —al menos en una parte de él— realmente* [*estallaría]. Se extendía desde España hasta el Imperio Ruso, pasando por gran parte de Italia y la Península Balcánica.*
> *La revolución emigró de Europa Occidental a Europa Oriental en* [*ese*] *periodo.* [12]

Una de las razones de este desarrollo fue, sin duda, el hecho de que en el sur y en el este de Europa, en contraste con Europa occidental y Gran Bretaña, las "bendiciones" sociales del imperialismo eran inexistentes o mínimas, por lo que no existía allí ni una "aristocracia obrera" en general ni una "oligarquía" cuasi burguesa de dirigentes socialistas, que podrían haberse dejado integrar en el sistema existente, haciendo florecer así el reformismo socialista. Otra razón igualmente importante fue que la élite de los países de esas zonas de Europa —como la nobleza rusa, conservadora y contrarrevolucionaria desde el principio— se resistió con éxito a cualquier intento de ampliar el sufragio y/o de introducir reformas sociales *a la* Bismarck. Por tanto, los partidos socialistas de estos países no pudieron anotarse ningún éxito electoral y, en algunos casos, ni siquiera pudieron existir legalmente. Así pues, los socialistas del sur y el este de Europa no pudieron integrarse en el orden establecido en la misma medida que sus camaradas de Europa occidental. No se identificaban cada vez más con su Estado y su país, y no abrazaban el nacionalismo o el racismo en una medida apreciable. El resultado fue que no se dejaron arrastrar por la vorágine de entusiasmo patriótico que

[12] Hobsbawm (1994), pp. 134-36.

sumergiría a las masas populares europeas, incluidos los socialistas, en el verano de 1914, y las arrastraría a la guerra. [13]

141

Todo el mundo sabía que el peligro revolucionario era considerable en Rusia, que Rusia estaba "madura" para la revolución. En 1905, tras la humillante derrota en la guerra contra Japón, incluso se había producido una revolución, pero había sido reprimida. Según un especialista en historia rusa, el país quedó "atrapado en una situación de crisis que no dejó de agravarse y que se prolongaría hasta el estallido de la guerra, en 1914".[14] También en Italia se respiraba revolución. Allí, el gran y popular partido socialista se deshizo de sus reformistas y se mantuvo resueltamente revolucionario, internacionalista y, por tanto, opuesto a la guerra. Al mismo tiempo, el país era sacudido casi constantemente por revueltas campesinas en Sicilia y otros lugares, por manifestaciones y disturbios en los grandes centros industriales y por huelgas en las que participaban cientos de miles de trabajadores. En junio de 1914, sólo unas semanas antes del inicio de la Gran Guerra, muchas ciudades italianas fueron escenario de impresionantes manifestaciones antimilitaristas e incluso de levantamientos. [15]

El espectro de la revolución social rondaba el sur y el este de Europa, aterrorizando a la nobleza y la burguesía. Pero había otro factor que avivaba el miedo de las élites a la revolución. Los numerosos países europeos que resultaban ser multiétnicos y multilingües también se veían amenazados por la amenaza de revoluciones nacionales o cambios radicales provocados por las elecciones. Hubo movimientos en favor de la independencia o al menos de alguna forma de autonomía para los irlandeses en Gran Bretaña, los flamencos en Bélgica, los eslavos en la Monarquía del Danubio, los polacos en Rusia, los armenios en el Imperio Otomano, etc. También en este ámbito, como en el de la cuestión social, la élite había conseguido neutralizar el problema, al menos hasta cierto punto, mediante concesiones y reformas, alternadas con severas represiones ocasionales. De este modo, los movimientos nacionales de

---

[13] Canfora (2008), pp. 172-73.
[14] Lewin, p. 292; Hobsbawm (1994), pp. 294-96, 299.
[15] Feldbauer (2008a), pp. 68-71, 78.

las minorías también se habían integrado en gran medida en el orden existente.

142

Así pues, el peligro de las revoluciones nacionales, como el de las revoluciones sociales, no era realmente tan grande durante la *Belle Epoque.* Al igual que la mayoría de los partidos socialistas, la mayoría de los partidos de los movimientos nacionalistas tenían objetivos y programas relativamente modestos. Sin embargo, como en el caso de los partidos socialistas, todos los movimientos nacionales incluían al menos algunos radicales marginales que perseguían nada menos que un cambio revolucionario. Un ejemplo son los fanáticos de la sociedad secreta conocida como la Mano Negra, activa entre las minorías eslavas del sur de Austria-Hungría. Tampoco en este campo se vislumbraba una solución real, y los problemas seguían enconándose, a veces junto con los problemas sociales. En consecuencia, la élite estaba atenazada por un gran temor, sin duda algo exagerado pero ciertamente no carente de fundamento. Además, los principales focos de este tipo de agitación se situaban en los extremos occidental y sudoriental de Europa, concretamente en Irlanda y los Balcanes, lo que creaba la impresión de que todo el continente estaba amenazado por la amenaza de revoluciones nacionales.

Como si el peligro en parte real y en parte imaginario que emanaba de los movimientos sociales y nacionales no fuera suficiente, el orden político y socioeconómico establecido también se vio atormentado de otra manera. El orden existente, que era en gran medida un orden *patriarcal y* sexualmente reprimido, se enfrentaba también a un movimiento en rápida expansión a favor de la emancipación de la mujer en general y del voto femenino en particular. La élite británica se vio duramente presionada en este sentido, concretamente por una ofensiva de las famosas sufragistas, las militantes de una organización fundada en 1903, la Women's Social and Political Union (WSPU). Estas sufragistas extremadamente activistas no sólo estaban asociadas a la reivindicación del derecho de voto para las mujeres, sino también a una revolución sexual, al pacifismo e incluso al socialismo. Como en el caso de los socialistas, las feministas ganaron cada vez más apoyo entre las mujeres de Gran Bretaña y se beneficiaron cada vez más de la simpatía de sus compatriotas masculinos. Así pues, parecía probable que alcanzaran sus objetivos "satánicos" tarde o temprano. En vísperas de la Gran Guerra, a

principios de 1914, escribe Hobsbawm, "las mujeres estaban al borde de una victoria masiva en la larga lucha por la igualdad de derechos ciudadanos, simbolizada por el voto."[16]

143

Una de las consecuencias fatales de la emancipación de la mujer, según muchos miembros de la élite británica, entre ellos el famoso escritor Rudyard Kipling, sería que Gran Bretaña dejaría de ser una nación verdaderamente viril y, por tanto, se volvería militarmente impotente, incapaz de hacer la guerra y, en consecuencia, condenada a desaparecer de las filas de las grandes potencias. (También en otros países se albergaban tales temores, y por esta razón los futuristas italianos, muy belicosos, eran también antifeministas, como ya se ha mencionado). Para los tories, representantes políticos de la nobleza, y para el establishment británico en general, tanto aristocrático como de clase media alta, tanto conservador como liberal, ya acosado por socialistas y nacionalistas irlandeses, su mundo parecía a punto de implosionar, a menos que se encontraran medios para poner fin a todo este sinsentido. [17]

Para neutralizar el peligro feminista y salvar así a Albión de la amenaza de la "desmasculinización", la guerra se perfilaba como un instrumento potencialmente poderoso. ¿No era la guerra una ocupación eminentemente masculina y, como tal, un medio perfecto para marginar a las mujeres y devolverlas a su propia esfera, denominada en Alemania *Kinder, Kirche, und Küche,* "niños, iglesia y cocina"? También en este aspecto, la Gran Guerra no colmaría las expectativas, porque haría que millones de mujeres cambiaran la cocina por una fábrica u otro lugar de trabajo y descubrieran así un nuevo mundo: en Rusia, aproximadamente seis mil mujeres incluso se unirían voluntariamente a los hombres en el frente, luchando en unidades especiales exclusivamente femeninas.[18] Y después de la guerra, en los bares de las grandes ciudades se vería a mujeres jóvenes con faldas cortas, escuchando música jazz y bailando el charlestón, ¡a veces incluso con hombres negros!

---

[16] Hobsbawm (1994), p. 216.
[17] Hobsbawm (1994), pp. 216-18; Hochschild, p. 48; Hastings, p. 25.
[18] Sumpf (2014), pp. 152-57.

Por último, las masas de negros, amarillos y otros habitantes "de color", supuestamente inferiores, de las colonias y de todas las demás partes del mundo se mostraban cada vez más sediciosas y amenazadoras. En México, por ejemplo, estalló una revolución en 1910, que mostraba no sólo características liberales, sino también tendencias socialistas e incluso anarquistas. Y en el suroeste de África, la tribu de los hereros se sublevó en 1904 contra sus amos coloniales alemanes. Berlín envió tropas que provocaron tal masacre entre los "nativos", tanto desarmados como armados, que los historiadores han comparado esta sangrienta represión con un auténtico genocidio.[19] (Durante su invasión de Bélgica en 1914, los alemanes se emplearían a fondo de forma similar, aunque a mucha menor escala, para gran horror de la opinión pública; por otra parte, casi ningún hombre blanco armó alboroto por las atrocidades perpetradas contra los hereros, y menos aún en Estados Unidos, donde el linchamiento bestial de negros era prácticamente cotidiano).

144

En aquellos años, muchos europeos y estadounidenses contemporáneos se preocuparon por el "peligro amarillo", y vieron confirmados sus peores temores por acontecimientos como la revuelta nacionalista de los bóxers de 1899-1901, la sorprendente victoria de Japón en su guerra contra Rusia en 1905 (...) y, por supuesto, la Revolución Xinhai en China en 1911. Esta última supuso el fin de la dinastía Qing, que había sido especialmente aduladora con las potencias occidentales, y el advenimiento de una república encabezada por un político nacionalista popular mucho menos servil con "Occidente", Sun Yat-Sen. La extendida paranoia del "peligro amarillo" se vio reflejada y promovida simultáneamente por libros como el best-seller publicado en Francia en 1905, *L'Invasion jaune* ("*La invasión* amarilla"), escrito por Emile Driant *bajo el seudónimo* de "Capitaine Danrit"; en esta historia, el mundo occidental es el objetivo de un ataque sorpresa por parte de un gigantesco ejército chino-japonés. (La sensibilidad francesa con respecto al "peligro amarillo" tenía sin duda algo que ver con el hecho de que la revolución en China inspiraba *el independentismo* entre los vietnamitas y otros habitantes de la colonia que los franceses llamaban "Indochina").[20]

---

[19] Plumelle-Uribe, pp. 122-23.
[20] Vien, pp. 160-64.

En Gran Bretaña, *La guerra en el aire,* publicada en 1908 por H.G. Wells, describía cómo China y Japón hacían la guerra al mundo entero. Y en 1914, en una obra titulada *La invasión sin parangón,* Jack London hace que China intente conquistar el mundo, pero afortunadamente este malvado plan es estropeado por "Occidente" mediante una despiadada guerra biológica: China es rociada con bombas rellenas de agentes patógenos de la peste, el cólera y enfermedades similares, de modo que sólo quedan unos pocos "amarillos" supervivientes para ser masacrados por los ejércitos invasores. El libro concluye con un final feliz, a saber, la "purificación" étnica de China y su colonización "a la americana" por inmigrantes de países occidentales.

Capítulo 9
Políticas reaccionarias y belicosas

La tensión se hace insoportable y la élite se convence cada vez más de que sólo la guerra es la solución definitiva del problema social, y de muchos otros problemas. Parece que sólo hay dos opciones, la revolución o la guerra, y la decisión se tomará pronto. La revolución debe evitarse a toda costa, por lo que las clases dirigentes de las grandes potencias aplican deliberadamente una política reaccionaria que conduce a la guerra...

Enfrentada a peligros mortales en parte reales y en parte imaginarios, la élite decidió jugar duro. Cada vez estaban menos dispuestas a hacer concesiones frente al socialismo, el auge de la democracia en general, los movimientos nacionales de las minorías étnicas y lingüísticas, los movimientos *independentistas* embrionarios en las colonias, el pacifismo, el feminismo, etc. Pero el problema social y el peligro revolucionario asociado a él se percibían como la mayor de todas las amenazas.

La élite adoptó una actitud cada vez más reaccionaria, es decir, contrarrevolucionaria, a medida que el socialismo parecía ir ganando terreno y la revolución parecía estar *ante portas.* Era urgente impedir la revolución en todos los países donde parecía amenazar; es decir, en toda Europa. Y en Europa Occidental y Central, también se consideró necesario poner freno al acelerado proceso de democratización , un proceso que se temía desembocara en la revolución a través de un triunfo electoral de los socialistas. Evidentemente, no era una tarea fácil; además, era una tarea intrínsecamente contradictoria porque, como hemos visto, el proceso de democratización había reducido de hecho el peligro revolucionario. En cualquier caso, se creía que eran necesarias medidas draconianas antidemocráticas y contrarrevolucionarias, y probablemente

la violencia, para combatir con éxito la democracia y la revolución. En la Europa de *la Belle Epoque*, escribe Hobsbawm,

146

> *Los contemporáneos ... tenían la sensación ... de que la sociedad temblaba como bajo sacudidas sísmicas antes de terremotos mayores. Eran años en los que la violencia flotaba en el aire sobre los hoteles Ritz y las casas de campo.* [1]

Se habían hecho concesiones más que suficientes; se habían acordado demasiados compromisos. Lo que se necesitaba urgentemente era una solución satisfactoria y definitiva del problema social, es decir, la liquidación total del socialismo y la democracia. Y había que encontrar rápidamente una solución definitiva, porque los bárbaros estaban a las puertas: más indecisión podía ser fatal. El miedo seguía creciendo; la tensión se hacía cada vez menos soportable. Entonces, ¿qué estratagema podría resolver el problema de forma rápida y definitiva? Para las élites contemporáneas de todos los países de Europa, no sólo Alemania, sino también Francia, Rusia, Gran Bretaña, etc., la respuesta estaba clara: la guerra.[2] Como ha escrito Arno Mayer

> [*la*] *grande peur entre los notables fomentó la presunción de la guerra como profilaxis general ... las viejas clases dirigentes y gobernantes ... pretendían resolver la crisis de Europa en su propio interés, si era necesario mediante una guerra inducida*.[3]

Durante los últimos años antes de la Gran Guerra, la mayoría de las grandes potencias, si no todas, se embarcaron en una política interior sistemáticamente antidemocrática, antisocialista, contrarrevolucionaria, militarista, ultranacionalista (y a menudo antisemita), así como en una política exterior agresiva e incluso arriesgada. A partir de entonces, la élite buscaba activamente una oportunidad en , un pretexto, el momento adecuado, para ir a la guerra. Examinemos la situación en los principales países.

147

---

[1] Hobsbawm (1994), p. 109.
[2] Véase, por ejemplo, Joli, p. 318.
[3] Mayer (2010), pp. 304-05.

En 1910-1911, escribe Mayer, Alemania estaba "en las garras de un resurgimiento ultraconservador". Con una política exterior agresiva y muy arriesgada, el emperador Guillermo II y "su" gobierno pretendían resolver los problemas internos en general y, sobre todo, combatir el peligro socialista percibido, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. En este contexto, Imanuel Geiss ha hablado del "[papel] autoimpuesto de Alemania como bastión contra la revolución y la democracia".[4] Esta política produjo la famosa segunda Crisis de Marruecos de 1911, también conocida como Crisis de Agadir, que llevó al Reich al borde de la guerra contra Francia. Mientras tanto, el alto mando del ejército consideró la posibilidad de una guerra preventiva contra Francia y/o Rusia. Tal medida ya había sido prevista en 1905, en el momento de la guerra ruso-japonesa, que había parecido una oportunidad de oro, y también había sido recomendada en 1909 por el general retirado von Schlieffen en un artículo titulado *"Der Krieg in der Gegenwart"* (*"La guerra* contemporánea"). No sólo los militares, sino también cada vez más dirigentes políticos pensaban que la guerra era inevitable y veían muchas ventajas en una guerra preventiva. Como señaló el canciller alemán de la época, Bethmann— Hollweg, en junio de 1914, cabía esperar que un paso así trajera consigo "una mejora de la situación interna, concretamente en una dirección conservadora". Los mandos militares alemanes, escribe Max Hastings, "creían que la guerra ofrecía la perspectiva de invertir la marea socialdemócrata, que consideraban una amenaza para la grandeza nacional, así como para su propia autoridad". El emperador Guillermo II veía las cosas del mismo modo y dio la orden de preparar mejor al pueblo alemán para la guerra que se avecinaba.[5]

Otro síntoma del auge ultraconservador y del belicismo concomitante fue la agitación orquestada por la Asociación Nacional contra la Socialdemocracia (*Reichsverband gegen die Sozialdemokratie*), un grupo de presión que había sido fundado en 1904 por destacados miembros de los Partidos Conservador y Nacional Liberal, los grandes bastiones de las élites aristocrática y de clase media alta del Reich, respectivamente. No fue una coincidencia que estos señores trataran de alcanzar su objetivo, la aniquilación del movimiento socialdemócrata, mediante la propaganda de

[4] Mayer (2010), p. 228; Geiss, pp. 36-37.
[5] Geiss, pp. 60-72; Hastings, p. 78; MacMillan (2013), pp. 328, 395.

una política descaradamente nacionalista, militarista y expansionista. Pero tal política no era del agrado de la mayoría del pueblo alemán y, como ya hemos visto, las elecciones al Reichstag de 1912 dieron una gran victoria a los socialistas alemanes. Esto alarmó enormemente a la élite, y bajo los auspicios de nada menos que el Kronprinz, Federico Guillermo de Prusia, se consideró la posibilidad de dar un golpe de Estado. (Ya antes, Guillermo II había pensado en dar un golpe que le librara de inconvenientes como la prensa libre, el sufragio universal masculino, las elecciones y el propio Reichstag).[6] Se pretendía, mediante medidas drásticas como la suspensión de la Constitución y de la libertad de prensa, eliminar políticamente a los socialistas, impedir la revolución que supuestamente planeaban y poner fin al proceso de democratización; todo ello sumado a una restauración de la monarquía absolutista de los "buenos tiempos" anteriores a la Revolución Francesa.[7] Pero estos planes no fructificaron. Muchos aristócratas y burgueses alemanes se convencieron a partir de entonces de que la salvación antisocialista, contrarrevolucionaria y antidemocrática sólo podía venir de una guerra. En vísperas de la Gran Guerra, escribe el historiador británico Max Hastings,

148

> *Los líderes alemanes eran muy sensibles a su enemigo interior. Un factor clave en la decisión de Berlín de luchar* [*es decir, ir a la guerra en 1914*] *había sido el deseo de aplastar la amenaza socialista interna percibida, logrando un triunfo conspicuo sobre los enemigos extranjeros de Alemania.*

Al igual que su homóloga alemana, la élite austrohúngara se creía asediada por movimientos sociales y nacionales y por posibles revoluciones, y se inclinaba por una solución militar a los problemas.[8] Blasius Schemua, jefe del Estado Mayor del ejército y precursor en este cargo del más (in)famoso Conrad von Hdtzendorff, era partidario de una política exterior agresiva; esperaba que esto condujera a la guerra, y que la guerra enseñara a los ciudadanos del país, o al menos a sus órdenes inferiores, a abandonar su "materialismo craso", inaugurando así una

---

[6] MacMillan (2013), p. 130.
[7] Canfora (2006), pp. 18, 33-36; Tuchman, pp. 534; Geiss, p. 69.
[8] Hobsbawm (1994), pp. 322-24.

"nueva era más heroica" para el Imperio de los Habsburgo. El agravamiento de los problemas internos hizo que, en marzo de 1914, el emperador hiciera lo que Guillermo II no se había atrevido a hacer: suspendió el parlamento, conocido como Reichsrat, ya que había sido escenario de demasiadas rencillas entre alemanes, checos, húngaros, etc. El gobierno imperial gobernaba ahora a la antigua usanza, por decreto desde arriba.[9] Pero había que encontrar una solución permanente. Y así, escribe Arno Mayer, "Los militares [dirigentes del país] propusieron inducir la guerra para revigorizar y reforzar la primacía de la clase dirigente y gobernante austro-alemana durante un futuro indeterminado pero tolerable". En cualquier caso, si el alto mando presionó a favor de la guerra como parte de una reacción aristocrática, lo hizo para reforzar el régimen en casa y no para asegurar objetivos de política exterior.[10] Poco antes del estallido de la Gran Guerra, el comandante en jefe del ejército, Conrad von Hdtzendorff, habría exclamado: "¡Que Dios nos ofrezca una guerra!"

149

Según Eric Hobsbawm, fueron "el descontento laboral y el avance electoral de la socialdemocracia [es decir, los socialistas] los que hicieron que [las] élites gobernantes [de Europa] estuvieran ansiosas por desactivar los problemas en casa con el éxito en el extranjero". La Monarquía del Danubio no fue una excepción a esta regla general. También allí, en palabras de Hobsbawm, "había muchos conservadores... [que] pensaban que era necesaria una guerra para volver a poner en pie el viejo orden".[11] Pero el imperio multiétnico de los Habsburgo estaba atormentado no sólo por los problemas sociales y el correspondiente miedo al socialismo y a la revolución social, sino también por el problema que planteaban los movimientos nacionalistas de sus minorías, sobre todo los eslavos del sur. También a este respecto, la élite optó deliberadamente por la represión, el tipo de represión que implicaba un riesgo considerable de guerra. De hecho, la línea dura frente a la minoría sureslava iba de la mano de una política agresiva hacia Serbia, fuente de inspiración en parte real y en parte imaginaria del nacionalismo sureslavo en los Habsburgo.

---

[9] Hastings, p. 10, 29; MacMillan (2013), pp. 233-37, 334.
[10] Mayer (2010), p. 311.
[11] Hobsbawm (1994), pp. 322-24.

Desde el punto de vista de Viena, Serbia era una versión balcánica del pequeño reino de Piamonte en el norte de Italia. Con la ayuda de una gran potencia, Francia, ese enano había conseguido desposeer a los Habsburgo de Milán en la década de 1860, metamorfoseándose así en una nueva gran nación, la Italia moderna. Viena estaba decidida a evitar una repetición de este tipo de escenario, una pesadilla en la que el gremlin serbio, ayudado por una gran potencia, Rusia, pudiera transformarse en un gran estado eslavo del sur. Es una ironía de la historia que una "Yugoslavia", es decir, una vasta "Tierra de los Eslavos del Sur", surgiera de hecho de una guerra que se suponía iba a abortar tal proyecto.

150

A la élite austrohúngara le molestaba especialmente que Serbia hubiera salido de las guerras balcánicas de 1912-1913 con más territorio y mayor prestigio. Se decidió que había llegado el momento de ajustar cuentas de una vez por todas con este molesto vecino. Evidentemente, eso significaba la guerra, incluso una guerra de gran envergadura, porque era muy probable que Rusia se viera implicada, y por tanto también Alemania y Francia. Pero la actitud de los generales austrohúngaros revelaba una "temeraria despreocupación", como ha escrito Max Hastings. El heredero al trono, Francisco Fernando, era uno de los fanáticos archiconservadores de la clase dirigente del imperio, partidario de una línea dura que era a la vez autoritaria, reaccionaria y belicosa. (Por otra parte, era partidario de las buenas relaciones con Rusia, cuyo sistema autocrático proclamaba como "modelo digno de admiración"). Despreciaba a los eslavos del sur en general y a los serbios en particular, a los que se refería como "cerdos". Por eso no es de extrañar que atrajera la atención de la franja fanática de los nacionalistas sureslavos, que le asesinarían en Sarajevo el 28 de junio de 1914. Este asesinato proporcionaría a hombres como von Hbtzendorff la excusa que necesitaban para desencadenar el tipo de guerra que habían estado anhelando, al igual que sus homólogos en Alemania, Rusia y otros lugares. [12]

La Francia de la Tercera República, sin duda la más democrática de las grandes potencias europeas, era la encarnación del progreso y de la promoción de las ideas de "libertad, igualdad y fraternidad", al menos en

[12] Mazower, pp. 105-06; Mayer (2010), pp. 327-28; Geiss, pp. 72-74; Hastings, pp. xxviii-xxix, 11, 29; MacMillan (2013), pp. 229-31.

teoría. Sin embargo, la pirámide social del país apenas difería de la de Alemania, Gran Bretaña y otros países que habían permanecido más feudales y conservadores. Sus logros en el ámbito de los servicios sociales fueron menos impresionantes que los de Alemania, ciertamente un estado más conservador y autoritario que .[13] En la república gala, la burguesía marcaba la pauta, e incluso a la pequeña burguesía se le permitía decir una palabra, pero la nobleza —afianzada en los altos rangos del ejército y la burocracia estatal— seguía desempeñando un papel que no debe subestimarse. Oficialmente, la nación se mantuvo fiel a la tradición revolucionaria de 1789, pero la élite, incluida la burguesía, traumatizada por la Comuna y temerosa del socialismo y la revolución, se volvió cada vez más conservadora, antidemocrática y reaccionaria y, en consecuencia, más chovinista y belicosa. Alemania, el país que había humillado a Francia en 1870-1871 y la había despojado de Alsacia y de la parte norte de Lorena, era vista, por supuesto, como el gran enemigo.

151

En Francia, la *Belle Epoque* fue testigo de un resurgimiento del chovinismo, asociado al belicismo antialemán "revanchista", al parecer especialmente entre los jóvenes. En una especie de encuesta de opinión pública, organizada unos años antes del comienzo de la Gran Guerra por "Agathon", el seudónimo colectivo de Henri Massis y Alfred de Tarde, se podía leer lo siguiente:

> *¡Guerra! Esta palabra ha adquirido de repente cierto prestigio. Es una palabra joven, nueva, que irradia el tipo de atracción que un antiguo instinto belicista ha reavivado en el corazón de los hombres. Los jóvenes ven en ella toda la belleza que anhelan, la belleza que falta en su vida cotidiana. Para ellos, la guerra significa sobre todo el triunfo de las virtudes humanas más nobles, las que más aprecian: la energía, el autocontrol, la abnegación en aras de una causa que es más grande que nosotros mismos.*[14]

El escritor Charles Peguy fue uno de los hombres (relativamente) jóvenes que abrazaron esta embriagadora combinación de nacionalismo y

---

[13] Bouloc (2008), p. 369.

[14] Citado en Winock, p. 299; véanse también *14-18: Mourir pour la patrie,* pp. 22-23.

belicosidad y, por tanto, no sentía más que desprecio por los pacifistas y socialistas como Jaures. Peguy sería asesinado en 1914.

La cultura bélica, reflejada en el entusiasmo por la guerra o en la creencia en la ineluctabilidad de la guerra, flotaba en el aire de la Francia *de la Belle Époque*. La elección de Raymond Poincare como presidente de la República en enero de 1913, un nacionalista francamente antialemán y "revanchista", ilustra esta situación: . Bajo sus auspicios, en 1913 se introdujo un servicio militar obligatorio de tres años, que pretendía no sólo preparar mejor al país para la guerra contra Alemania, sino también integrar mejor a los trabajadores y otros proletarios en el orden existente y mantenerlos así bajo control. La guerra parecía la mejor manera de lograr este objetivo, sobre todo después del éxito de los socialistas en las elecciones de la primavera de 1914, que "había traumatizado enormemente a la clase propietaria". Se quería la guerra porque se esperaba que conjurara un objetivo común para todos los franceses; se esperaba que uniera a todos los franceses, independientemente de su clase.[15] El embajador belga en París expresó entonces su temor de que la "política nacionalista, patriotera y chovinista [sic]" de Poincare y los suyos constituyera "el mayor peligro para la paz en la Europa actual".[16]

152

La Tercera República seguía siendo muy anticlerical a principios del siglo XX; pero, motivada por su temor a un socialismo no sólo revolucionario sino también ateo, la élite burguesa buscó un acercamiento a la Iglesia católica. Esta institución estaba históricamente asociada a la nobleza y la monarquía, seguía siendo un pilar del *ancien régime* y un bastión contrarrevolucionario del conservadurismo, y no desaprobaba la guerra. La Iglesia respondió a la obertura promoviendo el culto al Sagrado Corazón, Santa Teresa de Lisieux y, por supuesto, Juana de Arco, que se convirtió en la figura del "superpatriotismo" francés contemporáneo. Muchos intelectuales también recomendaban la guerra como una especie de cruzada por los ideales de la Revolución Francesa.[17] En cuanto a la aristocracia francesa, se esperaba que la guerra proporcionara "una ocasión de redención y regeneración, una oportunidad para revelar las

[15] Bouloc (2008), p. 371.

[16] Citado en Clark, p. 309.

[17] Mayer (2010), pp. 108-09, 223-24, 309; Canfora (2006), pp. 43-44; Losurdo (2001), p. 18.

cualidades superiores que justifican la existencia de una élite" y "abrir la perspectiva de refundar su autoridad social después de la guerra".[18]

También en Rusia, la élite casi exclusivamente aristocrática consideraba la guerra como una profilaxis contra la revolución social. Tras la derrota en la guerra contra Japón y la revolución de 1905 que la había seguido, se habían promulgado reformas bajo los auspicios de Piotr Stolypin, primer ministro de 1906 a 1911. Pero esas reformas no aportaron ninguna solución a los enormes problemas sociales, y el país seguía extremadamente inquieto. El zar había aceptado las reformas sólo a regañadientes y buscaba la manera de detener, y preferiblemente hacer retroceder por completo, esta tendencia democratizadora. Y la nobleza estaba conmocionada y traumatizada por los planes, finalmente abortados, de los reformadores que pedían una redistribución de la propiedad terrateniente, *condición sine qua* non de la riqueza y el poder de esta clase y de su aliada, la Iglesia Ortodoxa. Tras el asesinato de Stolypin en 1911, posiblemente (pero no con seguridad) organizado por elementos reaccionarios, el gobierno cambió a una vía reaccionaria, militarista y belicosa, que se esperaba condujera a una revitalización y fortalecimiento del orden establecido. El ejército, ya de por sí gigantesco, fue aumentado de tamaño y, lo que es más importante, modernizado, y Rusia empezó a construir nuevas líneas de ferrocarril que estaban claramente destinadas a facilitar una movilización más rápida de las tropas.[19]

153

Por supuesto, esto pondría muy nervioso a Berlín y aumentaría el riesgo de guerra, pero la élite feudal esperaba muchas cosas buenas de una guerra, incluida una "consolidación del *ancien régime,* un sistema basado en el absolutismo y en el poder de la nobleza". En 1909, un general ruso sugirió a un diplomático austriaco que su país necesitaba urgentemente una guerra "para fortalecer el zarismo". También en Rusia, pues, fueron esencialmente los problemas internos, y sobre todo los problemas sociales, los que empujaron al país hacia el abismo de la guerra. La clase dirigente zarista tenía en mente una guerra "liberadora", pero —como muchos otros belicistas contemporáneos— también era

[18] Goujon, p. 52.
[19] Tilly, pp. 300-01.

propensa a recelos ocasionales. Esto era especialmente comprensible a la vista de la derrota de 1905 contra Japón. Esta vez, sin embargo, la Madre Rusia tenía un poderoso aliado de su lado en la persona de Marianne, la República Francesa, por lo que el triunfo estaba garantizado. Los informes policiales que advertían de la posibilidad, en caso de contratiempos inesperados, de un nuevo estallido de la revolución, fueron simplemente ignorados.[20]

La posibilidad de que la guerra condujera a la revolución había sido planteada desde hacía tiempo por los socialistas. Friedrich Engels ya había predicho que, como resultado de una gran guerra, "los viejos regímenes tradicionales podrían derrumbarse " y "las coronas reales podrían rodar por las cunetas a docenas". El socialista alemán August Bebel y su colega francés Jean Jaures clamaban a los cuatro vientos que "la guerra serviría ante todo para asfixiar al liberalismo progresista y al movimiento obrero", pero que este tipo de guerra, conscientemente preparada por las clases dominantes, era un negocio arriesgado, una apuesta o —en palabras de Jaures— "una tirada asesina de dados". Su conclusión: una guerra así provocaría todo tipo de atrocidades y "tendría consecuencias catastróficas incluso para las clases dominantes". Pero se prestó poca o ninguna atención a estas Cassandras socialistas. Aun así, en todos los países había efectivamente un puñado de miembros de la élite —el canciller alemán Bethmann-Hollweg, por ejemplo— que tenían sus dudas y temían que la guerra que se avecinaba pudiera engendrar resultados indeseables e incluso catastróficos.[21]

En Gran Bretaña, la situación era muy diferente, pero también allí la elite consideraba que sólo una guerra ofrecería una solución radical y definitiva a sus problemas. Estos problemas estaban encarnados por los nacionalistas irlandeses, socialistas o no, que luchaban obstinadamente por la independencia de su país, y también por los revolucionarios socialistas, ciertamente bastante escasos en número, de Inglaterra, Escocia y Gales. La élite británica temía "a la clase obrera en general", escribió el historiador inglés TA. Jackson en su voluminosa historia de

[20] Sumpf (2014), pp. 21, 216-17; Rogger (1966), pp. 96-101; Mayer (2010), pp. 29, 312-13; Canfora (2008), pp. 191-201; Hobsbawm (1994), pp. 322-24; Losurdo (2006b), p. 101; MacMillan (2013) pp. 191-93, 334.

[21] Mayer (2010), pp. 315-20.

Irlanda, "y, en particular, a una combinación de los obreros ingleses y los nacionalistas irlandeses". Los conservadores de la clase alta británica, los tories, y especialmente la alta burguesía "angloirlandesa" de grandes terratenientes, se volvieron cada vez más reaccionarios porque querían que Irlanda siguiera siendo británica y porque, al mismo tiempo, estaban "aterrorizados", como ha escrito Arthur Marwick, "por las siniestras sombras del socialismo que imaginaban parpadeando a su alrededor."[22]

154

Especialmente frustrante para estos conservadores fue el hecho de que el progreso de la democratización amenazara cada vez más sus privilegios y poderes tradicionales. Tras una derrota especialmente dolorosa en las elecciones parlamentarias de 1906, sus representantes tuvieron que observar impotentes desde los escaños de la oposición mientras un gobierno de liberales presuntamente "radicales" encabezado por hombres como Herbert Henry Asquith y David Lloyd George, y apoyado por el Partido Laborista, introducía todo tipo de reformas durante los años siguientes, especialmente inmediatamente antes del estallido de la guerra en 1914. Por ejemplo, se redujeron drásticamente los privilegios de la Cámara de los Lores, bastión del toryismo, y se promulgó una legislación social que incluía una ley por la que se introducía un salario mínimo en determinados sectores de la industria. Se hicieron preparativos para conceder cierta autonomía a Irlanda en forma de un sistema que se conoció como "Home Rule". Los tories —muchos de los cuales poseían tierras en Irlanda— estaban indignados, y bastantes de ellos llegaron a convencerse de que sólo un golpe de Estado podría detener este ataque a sus privilegios tradicionales. Algunos estaban convencidos de que el Gabinete Asquith estaba lleno de socialistas. El líder de los tories, Bonar Law, acusó al gobierno nada menos que de planear la revolución, y en el ejército, otro bastión del toryismo, estuvo a punto de producirse un motín de los oficiales conservadores, que se beneficiaron claramente de la simpatía del rey Jorge V. En Irlanda, la oposición conservadora al Home Rule, concentrada en la provincia del Ulster, al norte del país, amenazó

[22] Jackson, pp. 370-72; Marwick, pp. 37, 40-43.

con producir una guerra civil, algo que sólo se evitó con el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914.[23]

155

En el caso de Gran Bretaña, una Gran Guerra internacional aportó efectivamente una solución a los problemas internos, o al menos al problema planteado por el nacionalismo irlandés. (Pero, por supuesto, no fue una solución genuina y definitiva: "El problema irlandés había sido refrigerado, no liquidado", escribe una especialista en historia irlandesa, Nuala C. Johnson. "No se había resuelto nada y aún quedaba todo por jugar"). La élite británica estaría muy agradecida a Marte, el dios de la guerra, y vio con gran satisfacción cómo los protestantes del Ulster y los nacionalistas irlandeses, abrumadoramente católicos, se ofrecían voluntarios de inmediato para defender la patria común británica. El estallido de la guerra también libró a Gran Bretaña de sus problemas sociales. Muchos observadores contemporáneos estaban convencidos de que la guerra contra Alemania evitaba un "enfrentamiento violento entre los trabajadores, los empresarios y el gobierno británico". Esta opinión era compartida por Lloyd George, que más tarde escribiría en sus memorias que, sin la guerra, el país habría vivido sin duda un "otoño caliente" a nivel social en 1914.[24]

Durante los años inmediatamente anteriores al estallido de la Gran Guerra, no sólo los políticos sino muchos otros británicos influyentes y conservadores se convencieron de que una guerra europea resolvería los problemas de su país. Una guerra podría tener sus aspectos desagradables, pero a fin de cuentas beneficiaría enormemente al país. El famoso escritor Sir Arthur Conan Doyle dejó que su héroe, Sherlock Holmes, explicara la situación en vísperas de la Gran Guerra a su ayudante, Watson, de la siguiente manera:

> *Viene un viento del este... un viento como nunca ha soplado en Inglaterra. Será frío y amargo, Watson, y puede que muchos de nosotros nos marchitemos ante su soplo. Pero es el mismo viento de Dios, y una tierra*

---

[23] Marwick, pp. 32, 37, 40-43; Hastings, pp. 21-25, 59-60; Jackson, p. 370 y ss.; Mayer (2010), pp. 155-56.

[24] Hastings, pp. 96, 112; Johnson, p. 22; Jackson, p. 383; Marwick, pp. 47-48; cita de Lloyd George de Stockton.

más limpia, mejor y más fuerte estará bajo el sol cuando la tormenta haya pasado.

Durante la Primera Guerra Mundial, Arthur Conan Doyle contribuyó a hacer propaganda antialemana. Consideraba la guerra "un purgante saludable, una purificación por el fuego". [25]

El gran bien que podía esperarse del próximo "viento frío y amargo" de la guerra era, por supuesto, la eliminación del peligro que emanaba de los socialistas y los nacionalistas irlandeses, y la tierra sería "más limpia, mejor y más fuerte" cuando el orden establecido por Dios dejara de estar cuestionado y amenazado. Lord Frederick Roberts, un general que se había cubierto de gloria, como suele decirse, durante las guerras de la India y Sudáfrica, elogió la guerra como el único antídoto eficaz contra "la gran podredumbre humana que cunde en nuestras ciudades industriales". Y otra famosa personalidad conservadora, Basil Thomson, "un antiguo funcionario colonial ambicioso y profundamente conservador" que se había convertido en el jefe de Scotland Yard, confió a un amigo que "a menos que hubiera una guerra europea que desviara la corriente, [nos] dirigimos hacia algo muy parecido a una revolución." Un oficial del ejército británico escribió en una carta que "una buena y gran guerra era necesaria para detener toda esta tontería socialista y el malestar entre la clase obrera." Este anhelo de guerra, escribe el historiador Arthur Marwick, reflejaba el deseo de aliviar el "tejido [social] esencialmente antidemocrático" de Gran Bretaña de la "intensa tensión de las fuerzas de la democracia, el nacionalismo y el descontento económico."[26]

156

Mientras se alababa la guerra hasta el cielo, estaba de moda despreciar la paz. "La paz puede arruinar y ha arruinado a muchas nacionalidades con su exceso de todo menos de esos tónicos de sufrimiento y privación", fue un comentario publicado en el *Daily Mail* en 1912, haciéndose eco de las observaciones ya mencionadas de John Ruskin sobre las supuestas desventajas de la paz.[27] El desprecio por la paz iba de la mano del miedo y el odio al pacifismo. Refiriéndose a la élite de Europa en general, incluida la británica, Margaret MacMillan escribe que

---

[25] Cohen y Major, p. 707; Hochschild, p. 291.

[26] Citas de Englund, p. 284, nota 6; Hochschild, pp. 70-71; Marwick, pp. 47-48.

[27] Hochschild, p. 69.

> *El sentimiento público generalizado a favor de la paz alarmó aún más a muchos de los que ocupaban puestos de autoridad, estadistas o militares, por ejemplo, que consideraban que la guerra era una parte necesaria de las relaciones internacionales y que el pacifismo socavaría su capacidad de utilizar la fuerza. Y los conservadores veían en el pacifismo un desafío al viejo orden.*[28]

La era de la paz era presumiblemente una mala época, a la que la guerra podía y debía poner fin; por el contrario, la guerra prometía inaugurar buenos tiempos. Los británicos de clase baja que absorbieron e interiorizaron este argumento —sobre todo gracias a medios de comunicación de masas como el *Daily Mail*— se darían cuenta, como soldados durante la Gran Guerra, de la mentira que había sido. Harían un comentario sarcástico al respecto mientras se cruzaban unos con otros en su camino de ida y vuelta a las trincheras, gritando: "¡Disfrutad de la guerra, chicos, la paz será horrible!".

157

Al menos simbólicamente, 1906 puede identificarse como el año en que en Gran Bretaña se dio la señal para iniciar una campaña de propaganda a favor de la guerra, más concretamente a favor de la guerra contra el país que hacía poco se había convertido en adversario, a saber, Alemania. Fue entonces cuando el *Daily Mail,* propiedad —al igual que *The Times,* al menos a partir de 1908— de un barón de la prensa particularmente patriotero y belicoso, Alfred Harmsworth, alias vizconde (y por tanto lord) Northcliffe, "declaró la guerra a Alemania". A través de su muy leído periódico, lanzó una campaña sistemática a favor del conflicto armado con este país, antiguo amigo y todavía "primo nórdico". De Northcliffe se afirmó más tarde que "después del Kaiser, hizo más que nadie para desencadenar la guerra". En el transcurso de los años siguientes, la sospecha de la presencia en suelo de Albión de espías y saboteadores alemanes —¡a menudo se presumía que disfrazados de camareros! — y de una invasión alemana se conjuraría en innumerables artículos del *Daily Mail* y en todo tipo de libros. Tuvo un enorme éxito un libro del popular autor William Le Queux, *La invasión de 1910, en el* que Gran Bretaña se ve inundada por las tropas alemanas, mientras los

[28] MacMillan (2013), p. 303.

socialistas británicos muestran su falta de patriotismo manifestándose en contra de la guerra. Esto reflejaba la lógica del pensamiento de las élites: los socialistas (así como los sindicalistas, los pacifistas de clase media, las sufragistas, etc.) estaban a favor de la paz y en contra de la guerra porque eran hostiles al orden establecido; las "damas y caballeros" del orden establecido, por otra parte, estaban a favor de la guerra precisamente porque detestaban el socialismo, la emancipación de la mujer y amenazas similares al orden existente.[29]

Otro representante de la élite británica que participó activamente en la campaña casi histérica a favor de la guerra contra Alemania fue el ya mencionado lord Roberts. En 1908, proclamó que Gran Bretaña estaba repleta de espías alemanes y que las tropas teutonas estaban a punto de invadir el país. Otro germanófobo notorio fue el Secretario de Asuntos Exteriores del gabinete Asquith, el vizconde Edward Grey. Bajo sus auspicios, la diplomacia británica desarrolló una obstinada "teutofobia", encaminada a una especie de "cerco" de Alemania en colaboración con Francia y Rusia. En cualquier caso, la opinión pública británica estaba sistemáticamente preparada para esperar una guerra contra Alemania en cualquier momento. Para este tipo de guerra contra los "primos teutones", otro miembro del establishment británico, el biólogo Sir Peter Chalmers Mitchell, secretario de la Sociedad Zoológica de Londres, propuso una justificación socialdarwinista. Precisamente por su parentesco y similitud, estas dos razas superiores estaban predestinadas a competir y, en última instancia, a enfrentarse en una guerra que vería el triunfo de una y la desaparición de la otra:

158

> *Si mañana desaparecieran todos los alemanes, no habría comercio ni actividad inglesa que no se expandiera inmediatamente. Si todos los ingleses fueran eliminados mañana, los alemanes ganarían en proporción. He aquí la primera gran lucha racial del futuro, he aquí dos naciones en crecimiento presionándose mutuamente, de hombre a hombre en todo el mundo. Una u otra tiene que desaparecer, una u otra* desaparecerá. [30]

---

[29] MacMillan (2013), pp. 115-18, 132-33; Münkler, p. 75.

[30] Firchow, pp. 36-47, 168, cita de las pp. 46-47. Véase también MacMillan (2013), p. 272; Clark, pp. 160-66, 202-04.

También en Italia, la élite se afanó en la propaganda belicista con la esperanza de que los problemas sociales internos en general y la amenaza revolucionaria en particular se evaporasen en los albores de la guerra. La introducción del sufragio universal en 1912 suscitó una gran inquietud. En un principio, esta reforma concedida a regañadientes parecía abrir de par en par las puertas al cambio revolucionario. En realidad, estos temores eran infundados, porque el sistema electoral favorecía al campo donde, bajo la influencia de la Iglesia, la población seguía siendo muy conservadora y votaba en consecuencia. Pero los disturbios continuaron en las ciudades y el fantasma del socialismo revolucionario seguía rondando el país. La élite reaccionó con una ofensiva antidemocrática, antisocialista, contrarrevolucionaria, chovinista, militarista, expansionista e inevitablemente belicosa. El poeta nietzscheano Gabriele D'Annunzio, por ejemplo, hizo sonar el tambor de la expansión colonial en África y de la guerra contra los pueblos "inferiores". Pero la forma más extravagante de belicismo fue la de los ya mencionados futuristas italianos, "aliados de las fuerzas conservadoras" que, en 1913, lanzaron una ruidosa campaña a favor de la "liberación" de los súbditos italianos de la Monarquía del Danubio.[31] Sin embargo, los belicistas italianos tendrían que esperar un poco más que sus homólogos del resto de Europa para hacer realidad su sueño, ya que su país no entraría en guerra hasta 1915.

Durante los años que precedieron a 1914, innumerables personas, sobre todo miembros de la clase dirigente, imaginaron estar presenciando una carrera entre la guerra y la revolución, un sprint cuyo resultado podía decidirse en cualquier momento. ¿Cuál de las dos iba a ganar? La élite temía la revolución y, por tanto, rezaba por la guerra.

159

Desde el punto de vista de la élite europea, la historia había avanzado en la dirección equivocada, ya que la democratización progresaba y la revolución parecía acercarse rápidamente. Urgía un cambio de rumbo, un giro de 180 grados. La burguesía quería volver a la época anterior a 1848 y 1871, los años en que la clase obrera y otros proletarios se habían convertido en verdaderos problemas. En cuanto a la nobleza, prefería volver a los "buenos tiempos" del *ancien régime,* la época anterior a la Revolución Francesa. Para poner fin definitivamente al execrable proceso

[31] Feldbauer (2008a), p. 60.

de democratización, había que retroceder el reloj hasta aquella Era de Acuario anterior al fatídico año 1789, es decir, a la época en que, en lo que respecta a las relaciones de clase, los planetas estaban perfectamente alineados.

La nobleza y la Iglesia creían y esperaban fervientemente que una Gran Guerra pudiera anular los cambios introducidos en 1789, ya que ambas habían sufrido duros golpes en ese año y habían perdido aún más plumas en el transcurso del siglo XIX, plagado de revoluciones. No pretendían simplemente evitar nuevas pérdidas, sino que esperaban recuperar gran parte del terreno que ya habían cedido. Dentro de la élite europea, fue sobre todo la nobleza, apoyada por la Iglesia, la que se reveló en los años anteriores a 1914 como la gran defensora de una política antidemocrática, antisocialista y contrarrevolucionaria, decidida e implacable, que no se mantuvo al margen de la guerra, sino que la persiguió deliberadamente.

La nobleza había estado a la defensiva, pero ahora pasó a la ofensiva. En este contexto, los historiadores han hablado de una "reacción aristocrática" comparable a una ofensiva muy similar de la nobleza en Francia en vísperas de la Revolución Francesa de 1789.[32] "Con el mantenimiento del statu quo como objetivo mínimo", escribe Arno Mayer, estos elementos conservadores "presionaron a favor de la renovación material y espiritual del *ancien régime,* que debía fomentarse y probarse en la prueba de la guerra en un sentido darwiniano."[33] Era característico que la nobleza reaccionaria despreciara despectivamente todos los esfuerzos realizados por algunos representantes menos irreconciliables de la élite —como Asquith en Gran Bretaña, Bethmann—Hollweg en Alemania y Stolypin en Rusia— para lograr más compromisos, introducir nuevas reformas, etc. Mayer también subraya en el hecho de que la aristocracia se benefició del apoyo incondicional de la iglesia con la que casualmente estaba asociada, por ejemplo la Iglesia Anglicana en Gran Bretaña, la Iglesia Católica en Austria y la Iglesia Ortodoxa en Rusia, que hicieron todas ellas propaganda propia a favor de la guerra. En Rusia, por ejemplo, la Iglesia Ortodoxa "se volvió cada vez más inflexible e ideológicamente agresiva, ... bendijo las banderas de los pogromos, ... [y colaboró con] formaciones [políticas] reaccionarias y

[32] Pauwels (2007), pp. 68-69.
[33] Mayer (2010), p. 300.

conservadoras". Y ya hemos visto que en Francia la Iglesia católica contribuyó con entusiasmo a la ofensiva belicosa.[34]

160

En cuanto a la Iglesia Anglicana de Gran Bretaña, promovía la idea de que el pueblo había dado la espalda a Dios y se había vuelto excesivamente materialista, egoísta e incluso hedonista, por lo que Dios enviaría una guerra no sólo para castigarlo, sino para concederle la oportunidad de enmendarse mediante una conducta heroica. ¿No dice claramente la Biblia (Hebreos 9:22) que "sin derramamiento de sangre no hay perdón de pecados"? Esta mentalidad encontró un reflejo casi triunfalista en un poema, "Sin derramamiento de sangre", de Geoffrey Howard, publicado a principios de 1915, unos seis meses después de iniciada la guerra, y que contiene estas líneas:

Señor, por los años de facilidad y vicio,
Para los corazones sin hombre y las almas decaídas,
Tú has exigido un sacrificio —
Un *precio amargo y sangriento —*
Y lol el precio se paga
. . . . . .
La espada que Tú has exigido, Señor:
Y, ahora, ¡he aquí la espada! [35]

La guerra que estalló en 1914 fue una especie de ofensiva contrarrevolucionaria emprendida por la nobleza con el apoyo del clero. Pero el socio de la nobleza dentro de la clase dirigente, la burguesía, también estaba interesada en una guerra que pretendía traer de vuelta tiempos mejores. Como hemos visto, esta clase había quedado traumatizada por las revoluciones de 1848 y 1871 y había renunciado a sus ideas liberales "clásicas", que habían sido progresistas y revolucionarias para su época. Por miedo a la democracia, al socialismo y a la revolución, se había unido a la nobleza en el campo contrarrevolucionario y había adoptado su ética conservadora. Los intereses económicos de los industriales y banqueros burgueses también se habían entrelazado estrechamente con los de la nobleza. En

[34] Mayer (2010), pp. 15, 252, 290, 300-03; Losurdo (2006b), pp. 220-21.
[35] Citado en Hibberd y Onions, pp. 72-73.

consecuencia, escribe Mayer, la "burguesía capitalista" estaba "preparada y dispuesta, si no ansiosa, a servir de intendencia en esta peligrosa empresa [es decir, la guerra]", y añade:

161

> *Los magnates de la riqueza mobiliaria calcularon que los requisitos de la guerra intensificarían la necesidad del* ancien régime *de los "servicios económicos del capitalismo". Al igual que sus socios mayores, los burgueses no rehuyeron lo que ellos también sabían que sería una guerra absoluta, confiados en que sería un forzamiento para la expansión de la industria, las finanzas y el comercio y una mejora de su estatus y poderes.*[36]

La gran mayoría de los pequeños burgueses europeos, muchos de los cuales acudieron en masa a las banderas del socialismo durante los difíciles años de la *Belle Époque,* no eran belicosos como la élite. Al igual que la mayoría de los obreros, un número indeterminado pero ciertamente justo de la clase media-baja se inclinaba por el pacifismo. Y se puede suponer que el campesinado en general no veía en la guerra ninguna ventaja y sí muchos inconvenientes. Así pues, las "clases bajas" eran mayoritariamente partidarias de la paz. "El culto a la guerra era un asunto de las élites, no de la plebe", afirma Arno Mayer. Por otra parte, en su temor a la proletarización, numerosos pequeños burgueses, imitando a la alta burguesía, se opusieron no sólo al socialismo, sino incluso a las ideas liberal-democráticas de 1789 y se convirtieron así en contrarrevolucionarios y belicosos. Un factor de esta evolución fue que el "culto a la guerra" fue promovido con celo y eficacia por las escuelas y por las iglesias cristianas.[37] Una vez más, el caso de Hitler puede servir de ilustración. Este pequeño burgués hijo de un oficial de aduanas austriaco relativamente acomodado[38] era un archicontrarrevolucionario en el sentido de que era hostil no sólo al socialismo, y más tarde al bolchevismo de la Revolución Rusa de 1917, sino también a las ideas liberales y las prácticas democráticas introducidas por la Revolución Francesa de 1789 . Y en los años previos a 1914, él también esperaba la salvación contrarrevolucionaria de una guerra. Hitler ha sido identificado

[36] Mayer (2010), p. 323.
[37] Mayer (2010), p. 306.
[38] Pauwels (2009), p. 23.

en una foto tomada en Munich en medio de una multitud, celebrando con entusiasmo la noticia del estallido de la guerra.

162

La clase media-alta y una parte de la clase media-baja eran tan belicosas como la nobleza. Pero en la mayoría de los países europeos, la nobleza seguía siendo la clase dirigente y gobernante y, por tanto, capaz de "apretar el botón rojo". Era la nobleza la que tenía más que ganar en una guerra y, por tanto, la que más la deseaba. Arno Mayer lo explica así:

> *Los gobernantes de las grandes potencias, todos ellos, salvo unos pocos, completamente nobilitaristas, marcharon hacia el precipicio de la guerra con los ojos bien abiertos, con la cabeza calculadora y exentos de las presiones de las masas... Eran hombres de elevada posición social, educación y riqueza, decididos a mantener un mundo idealizado del ayer... Bajo la égida del cetro y la mitra, las viejas élites, sin el freno de la burguesía, prepararon sistemáticamente su impulso de retroceso, que se ejecutaría con lo que consideraban ejércitos irresistibles. Estaban dispuestas a estrellarse contra el pasado no sólo con espadas y cargas de caballería, sino también con la artillería y los ferrocarriles del mundo moderno que las asediaban.*[39]

El anhelo de guerra se basaba, por supuesto, en la creencia en la certeza de la victoria, aunque un puñado de intelectuales —Max Weber, por ejemplo— pensaba que incluso una guerra perdedora podía tener un efecto saludable. Se estaba seguro de la victoria porque se tenía, o se creía tener, un ejército invencible así como aliados eminentemente poderosos. En los años que precedieron a 1914, todas las grandes potencias, con la única excepción de Gran Bretaña, se deshicieron de enormes ejércitos permanentes gracias a la introducción de un largo servicio militar obligatorio. El poderío militar de Alemania aumentó a 760.000 hombres, y su aliado austrohúngaro mantuvo aproximadamente medio millón en uniforme. Pero eso era relativamente poco en comparación con Francia, cuyo ejército, debido a un servicio militar extralargo de tres años (introducido en 1913), podía reunir una fuerza armada de 800.000 hombres, más un ejército colonial de 160.000, o, con Rusia, que contaba con un ejército de alrededor de un millón y medio de soldados. Ni que

[39] Mayer (2010), pp. 322-23.

decir tiene que los gastos militares batieron todos los récords anteriores, y ésa fue una de las razones por las que cada vez se consideraba más conveniente no retrasar demasiado la entrada en guerra.[40]

163

El armamento suponía una sangría financiera inasequible a largo plazo; era un tipo de "inversión" enorme que tenía que producir "dividendos" lo antes posible.

No sólo porque la revolución parecía estar *ante portas*, entonces, algunos deseaban que estallara una guerra lo antes posible. En Francia, muchos pensaban que sería mejor entrar en guerra mientras el país dispusiera de un ejército más numeroso que el enemigo alemán; de hecho, si Alemania, con una población mucho mayor, alargaba igualmente su servicio militar, podría cerrarse definitivamente una ventana de oportunidad. En todos los países en los que la nobleza seguía controlando el ejército, se querían ejércitos más grandes para poder hacer la guerra con éxito; pero, por otro lado, se temía que para ello fuera necesario reclutar a más plebeyos como oficiales, con lo que los aristócratas podrían acabar perdiendo su control casi monopolístico sobre las fuerzas militares. En Alemania, el alto mando del ejército temía que el porcentaje cada vez mayor de reclutas de origen socialdemócrata hiciera que, tarde o temprano, el ejército dejara de ser útil como "instrumento de la hegemonía de clase", tal y como esperaba Friedrich Engels. También por estas razones las élites de todo el mundo consideraban que sus ejércitos debían ser enviados a la guerra lo antes posible.[41]

La certeza de la victoria provenía, al menos en parte, de la certeza de contar con uno o varios aliados poderosos. Pero también en este aspecto las cosas podían cambiar repentinamente, de modo que tenía sentido iniciar una guerra en cuanto surgiera la oportunidad. Francia, por ejemplo, sólo podía esperar una victoria contra Alemania si Rusia permanecía lealmente de su lado. Pero la alianza de la república democrática con el imperio autocrático del zar resultó ser un arreglo poco natural, predestinado a terminar tarde o temprano, posiblemente debido

---

[40] Véanse, por ejemplo, las observaciones relativas a Alemania en MacMillan (2013), p. 132: en el Reichstag, que debía autorizar los gastos necesarios, no sólo los socialdemócratas sino también los conservadores se opusieron a nuevos impuestos que pretendían financiar una ampliación del ejército.

[41] Canfora (2008), p. 163; Tuchman, p. 534.

al papel de los numerosos aristócratas rusos archiconservadores que tenían poca simpatía genuina por una república gala que encontraban demasiado democrática —y atea para colmo. ¿Y no había que tener en cuenta la posibilidad de que el próximo zar no fuera tan francófilo como Nicolás II? Además, en Rusia todo podía cambiar de la noche a la mañana a causa de una revolución como la que había sacudido el país en 1905. En los años anteriores a 1914, innumerables europeos esperaban que pronto estallara de nuevo una revolución en Rusia. Tampoco era nada seguro que la Entente Cordiale recién concluida con los británicos fuera a durar para siempre. Por eso no es de extrañar que los generales franceses hicieran saber al presidente Poincare —que ya era un *revanchista convencido*— que preferían entrar en guerra cuanto antes.[42] En Londres también se dieron cuenta de que no se podía contar para siempre con los aliados franceses y rusos dentro de la Triple Entente. Por lo tanto, era preferible actuar pronto si se quería impedir que los alemanes pusieran en práctica sus planes respecto a una gran armada y un ferrocarril de Berlín a Bagdad y pusieran así sus codiciosas manos sobre el petróleo de Mesopotamia. Para evitar tal escenario, una guerra era probablemente inevitable, y para esta guerra Albión necesitaba aliados con enormes ejércitos terrestres.

164

Otra fuente de confianza en la victoria eran los detallados pero demasiado rígidos planes de guerra[43] que habían urdido los altos mandos de cada gran potencia. A este respecto, los cambios repentinos de circunstancias también podían echarlo todo a perder y hacer que se evaporaran las perspectivas de victoria, de modo que ya no sería posible ganar la guerra de la que las élites esperaban tantas cosas buenas. El Plan Schlieffen alemán exigía un rápido ajuste de cuentas con Francia mientras Rusia seguía ocupada movilizando su ejército, un proceso engorroso y lento. Pero, durante los años previos a 1914, el imperio zarista no sólo modernizó su ejército, sino que también construyó nuevos ferrocarriles "estratégicos". Ahora Berlín tenía que tener en cuenta que, en caso de guerra, un titánico ejército ruso podría atacar Alemania mucho antes que en el pasado. En este caso, el aparentemente brillante Plan Schlieffen, clave para la victoria, podría tener que tirarse a la papelera. Los generales

[42] Hobsbawm (1994), pp. 322-24; Clark, p. 313.

[43] Véanse las observaciones de MacMillan (2013), p. 323 y ss.

alemanes calcularon que este punto crítico podría alcanzarse ya en 1916 y a más tardar en 1917, de modo que las guerras libradas más tarde conducirían inevitablemente a la derrota, y por esa razón instaron al Kaiser y a su gobierno a entrar en guerra lo antes posible. "Estamos preparados", explicó el comandante en jefe, von Moltke hijo. "Cuanto antes tengamos la guerra, mejor será para nosotros". Numerosos generales y políticos pensaban que se deberían haber aprovechado las oportunidades de ir a la guerra que habían surgido recientemente, como la crisis de Agadir.[44] Cuando en el verano de 1914 una crisis mucho menos grave —un asesinato en el remanso bosnio de Sarajevo— brindó otra oportunidad para desatar los perros de la guerra, no se desaprovecharía. En 1914, Alemania finalmente "saltó a través de la ventana de oportunidad que se cerraba", parafraseando las palabras de un historiador estadounidense, Adam Levine-Weinberg.[45] Pero lo mismo puede decirse del aliado de Alemania, Austria-Hungría, y también de los enemigos de Alemania, a saber, Francia, Rusia y Gran Bretaña. Todos ellos, sin excepción, habían estado esperando ansiosamente un pretexto para entrar en guerra y creían que no podían permitirse el lujo de perder la oportunidad.

[44] Hochschild, p. 83; Geiss, pp. 70-71; Kolko (1994), p. 23. Más información sobre la belicosidad de Moltke y otros generales alemanes en Hastings, pp. 30-32, y Clark, pp. 327, 332-33.

[45] Levine-Weinberg, p. 20.

Segunda parte
La Gran Guerra de Clases, 1914— 1918

Capítulo 10
Agosto de 1914: Entusiasmo y dimisión (1)

El asesinato de Sarajevo —en el fondo un acontecimiento sin importancia— no constituye un auténtico casus belli. Pero proporciona a la elite el pretexto que necesita para desencadenar el tipo de guerra que ha deseado ardientemente durante mucho tiempo. Los proletarios están conmocionados y deprimidos, más que entusiasmados, pero se presentan dócilmente a la guerra, sin protestar, para gran satisfacción de sus "superiores"...

El 28 de junio de 1914, el heredero austrohúngaro al trono, Francisco Fernando, y su esposa Sofía fueron asesinados. Sucedió en Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina, una región habitada por eslavos del sur, que había pertenecido durante siglos al Imperio Otomano pero que poco antes —en 1908— había sido anexionada por la Monarquía del Danubio, para gran irritación de Serbia. (La visita de Francisco Fernando a esta ciudad no fue, por tanto, una buena idea. Incluso la fecha de la visita había sido mal elegida: El 28 de junio es el aniversario de la legendaria batalla de Kosovo de 1389 y un día sagrado para los nacionalistas serbios). El autor del atentado fue un tal Gavrilo Princip, nacionalista eslavo del sur y presunto admirador de Nietzsche. *Nomen est omen,* "un nombre es un presagio", decían los romanos, y Gavrilo es la forma eslava

de Gabriel, el nombre del arcángel de la anunciación, que significa "mensajero" o "heraldo".[1]

170

Con su acto terrorista, Princip anunció de hecho la Gran Guerra. Pero eso no significa que el asesinato de Sarajevo fuera la *causa* de la guerra, como se nos ha dicho con demasiada frecuencia. Asesinatos similares ya habían tenido lugar antes; por ejemplo, en 1881, 1894, 1898 y 1901, cuando el zar ruso Alejandro II, el presidente francés Sadi Carnot, la emperatriz austro-húngara Elisabeth (más conocida como "Sissi") y el presidente estadounidense William McKinley fueron asesinados por anarquistas, y nadie había visto en ninguno de ellos una razón para desencadenar una guerra. El infame asesinato de Sarajevo no constituía una verdadera razón para ir a la guerra. Fue "una sensación del tipo al que Europa estaba acostumbrada. Pasó sin causar excesiva alarma".[2] Pero el suceso proporcionó el *pretexto* perfecto para desencadenar la guerra que la élite europea había deseado durante bastante tiempo. La élite creía que tenía que aprovechar la oportunidad, porque más tarde podría ser demasiado tarde.

En Viena se pensaba que una guerra contra Serbia serviría para eliminar de una vez por todas los problemas sociales, así como el problema del nacionalismo sureslavo. Tal guerra era muy deseada, y por eso se redactó un ultimátum que se sabía inaceptable para el gobierno serbio, cuya culpabilidad en el asunto ha seguido siendo confusa y controvertida hasta el día de hoy.[3] Viena quería estar segura de que el ultimátum sería rechazado, ya que tal reacción era necesaria para justificar una declaración de guerra. Por ello, el ultimátum se preparó lenta y meticulosamente y no se envió hasta el 23 de julio, cuatro semanas después de los hechos. De hecho, el embajador austrohúngaro que lo entregó al gobierno serbio abandonó Belgrado inmediatamente, convencido de que la respuesta sólo podía ser negativa y de que Viena tendría así el *casus belli* que había estado buscando.[4]

171

---

[1] Hochschild, p. 80; Canfora (2006), p. 64; Geiss, pp. 72-78.

[2] Tuchman, p. 538; véase también Hastings, pp. xxxii-xxxvii: "La mayor parte de Europa recibió la noticia con ecuanimidad, porque los actos de terror eran tan familiares".

[3] Véase, por ejemplo, Clark (2012), pp. 47-64.

[4] Hochschild, p. 84; Canfora (2006), pp. 66-73.

De hecho, Viena estaba tan decidida a ir a la guerra que no se tuvo en cuenta que Belgrado aceptó prácticamente todas las exigencias contenidas en el ultimátum. Esto último "sólo podía interpretarse como un intento deliberado de provocar la guerra", fue la conclusión a la que llegó *Vorwärts,* el periódico de los socialistas alemanes.[5]

En su afán por precipitarse a la guerra, Viena recibió el *nihil obstat* de su aliado alemán. En Berlín, Serbia era vista como un obstáculo para el proyectado ferrocarril a Bagdad. El hecho de que en esta tensa situación el apoyo alemán a la Monarquía del Danubio significara casi con toda seguridad la guerra contra Rusia, protectora de Serbia, y por tanto también contra Francia, no parecía ser un problema. Al contrario: como hemos visto, muchos de los altos dirigentes políticos y militares alemanes creían que no podían permitirse esperar mucho más antes de marchar a la guerra. Tanto en Berlín como en Viena, hubo por supuesto personalidades dentro de la élite, incluidos el emperador Guillermo II y el duque austrohúngaro Tisza,[6] que se acobardaron en el último momento y que se preguntaron si la guerra era realmente la mejor opción en aquel momento, o si tal vez era más prudente esperar un poco más. Al final, sin embargo, se impusieron los belicistas que abogaban por una acción inmediata. Algo parecido ocurrió en San Petersburgo, donde sólo después de algunas vacilaciones se decidió aprovechar la oportunidad para entrar en guerra. En Francia, el gobierno recibió una declaración de guerra alemana antes de que sus miembros tuvieran la oportunidad de discutir si había llegado el momento de la guerra o no. Pero es muy poco probable que los dubitativos se hubieran impuesto porque, con Rusia de su lado, el presidente Poincare y el alto mando del ejército estaban preparados para lanzarse por fin a la yugular de Alemania. También en París se creía que se estaba acabando el tiempo, por lo que había que actuar de inmediato.

He aquí una cronología concisa de los principales hechos del verano de 1914:

— 28 de junio: Asesinato en Sarajevo.

— 23 de julio: Ultimátum austrohúngaro a Serbia.

---

[5] Citado en Tuchman, p. 538.

[6] Canfora (2006), pp. 75-76; Rogger (1983), p. 256.

— 25 de julio: Serbia se niega a aceptar todos los términos del ultimátum.
— 28 de julio: Austria-Hungría declara la guerra a Serbia.
— 29 de julio: Movilización parcial en Rusia.
— 30 de julio: Movilización general en Rusia.
— 31 de julio: Alemania proclama que el país está en peligro de guerra.
— 2 de agosto: ultimátum alemán a Bélgica.
— 3 de agosto: Alemania declara la guerra a Rusia y Francia; Bélgica rechaza el ultimátum alemán del 2 de agosto.
— 4 de agosto: Alemania invade Bélgica; Gran Bretaña declara la guerra a Alemania.

172

La última potencia en cortar el nudo gordiano fue Gran Bretaña. En realidad, era inevitable que ese país también entrara en guerra, del lado, por supuesto, de sus socios francés y ruso. Los términos de su alianza no exigían formalmente que Londres lo hiciera, hecho que permitió a Berlín esperar la neutralidad británica. Pero el gobierno británico y el alto mando del ejército del país habían concluido acuerdos secretos con París —conocidos por la parte británica como WF, "Con Francia"— que contenían la obligación de facto de acudir en ayuda de Francia. "La decisión británica de intervenir", escribe Niall Ferguson, "fue el resultado de la planificación secreta de sus generales y diplomáticos". Y, como en todas partes, dentro de la élite británica había numerosos hombres influyentes y poderosos —entre ellos Churchill— que deseaban vivamente la guerra y estaban convencidos de que había llegado el momento oportuno. Esperaban que la guerra resolvería los problemas sociales, así como la cuestión irlandesa, y echaría por tierra el plan alemán de un ferrocarril a Bagdad. Una guerra permitiría eliminar a un peligroso rival y poner el petróleo de Mesopotamia bajo el control exclusivo de Gran Bretaña, pero nada de esto podía reconocerse públicamente. Lo que se necesitaba urgentemente era una excusa que fuera aceptable para el Parlamento y para un público británico que no era especialmente patriotero y que, de hecho, era más bien pacifista; muchos británicos incluso simpatizaban más con sus "primos" alemanes que con los rusos y serbios, que eran eslavos y, por tanto, pueblos supuestamente inferiores. La violación de la neutralidad belga por parte de Alemania supuso un alivio, porque proporcionó a Londres la coartada que

necesitaba. "El asalto [alemán] a Bélgica fue una liberación celestial para el gobierno [de Asquith] ", escribe Max Hastings. "El martirio percibido del rey Alberto y su pueblo unió a la causa de la guerra a millones de británicos que hasta entonces se habían opuesto a ella".[7]

Oficialmente, pues, fue en nombre de la "gallarda pequeña Bélgica" como Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania el 4 de agosto de 1914. En Berlín, esta decisión se percibió como pura hipocresía, y no sin razón. Los alemanes se sentían traicionados por la "pérfida Albión" y esperaban que "Dios castigara a Inglaterra" (Gott *strafe Engeland*). Era un eslogan que, al igual que su igualmente famoso "Himno de odio contra Inglaterra" *(Hassgesang gegen England*), fue escrito en un arrebato de patriotismo por el poeta judeo-alemán Ernst Lissauer, que más tarde lamentaría este estallido de creatividad.[8] Pero el

173

Los británicos se convencieron a sí mismos de que sólo iban a la guerra para salvar a la pequeña Bélgica de las garras del bruto teutón, como se desprende de estas líneas de una canción popular de 1914, "Keep the Home Fires Burning":

A través de los mares llegó una súplica,
"¡Ayuda a una nación en apuros!
Y dimos a nuestros gloriosos muchachos,
El honor nos obligó a no hacer menos.
Porque ningún galante Hijo de la Libertad
ante el yugo de un tirano,
Y un corazón noble debe responder
A la sagrada llamada de "¡Amigo!

En realidad, sin embargo, Gran Bretaña no estaba realmente apegada a la neutralidad belga garantizada por Londres en el llamado *Tratado de los XXIV Artículos* de 1839, y podría y seguramente habría encontrado un pretexto para ignorar la agresión alemana si le hubiera parecido conveniente hacerlo. Al parecer, varios ministros del gabinete, entre ellos Churchill, estaban dispuestos a cerrar los ojos ante una marcha alemana hacia Francia a través de Bélgica, al menos si se mantenía alejada del

[7] Ferguson, p. 443; Hastings, pp. 37-40, 72, 86-90.
[8] Piper, p. 131.

puerto marítimo de Amberes. Además, los británicos parecían dispuestos a entrar ellos mismos en Bélgica si los alemanes de no lo hacían antes.[9] Durante los días previos a la declaración de guerra británica a Alemania, circularon en Londres todo tipo de rumores sobre una inminente violación de esta neutralidad por parte de los propios británicos, lo que causó cierto malestar en la embajada belga. Ciertamente, los británicos no eran demasiado exigentes con las violaciones de la neutralidad de otros países. Lo demostrarían en el otoño de 1914, cuando desplazarían tropas a través del territorio de la neutral China para atacar la concesión alemana en la bahía de Kiao-Chao (con la ciudad de Qingdao o Tsingtao) en cooperación con los japoneses.[10] No en vano, al canciller alemán von Bethmann-Hollweg le resultaba incomprensible que Gran Bretaña entrara en guerra por un "mero trozo de papel" (*Fetzen Papier*), como se dice que dijo, firmado en 1839.

174

Y así llegó finalmente la guerra que durante tanto tiempo había sido objeto de los deseos y las grandes expectativas de las clases dirigentes y gobernantes de todas las grandes potencias. Estas clases experimentaron el estallido de la guerra como una liberación tras años de tensiones casi intolerables, y exhalaron un suspiro de alivio. La llegada de la guerra, escribe Eric Hobsbawm,

> *se sintió como una liberación y un alivio... Como una tormenta, rompió la pesada cerrazón de la expectación y despejó el aire... Tras una larga espera en el auditorio, significó la apertura del telón de un gran y emocionante drama histórico en el que el público se convirtió en actor. Significaba decisión*. [11]

Al conocer la noticia, el famoso mariscal de campo Lord Horatio Herbert Kitchener declaró lacónicamente que "es mejor acabar con la incertidumbre".[12] Y un joven británico "de buena familia", Rupert Brooke, que más tarde sería muy conocido como poeta antibelicista, expresó su entusiasmo en estos versos:

---

[9] Clark, p. 549; Ferguson, p. 443: "Si Alemania no hubiera violado [la neutralidad belga] en 1914, Gran Bretaña sí lo habría hecho".

[10] Hatton, p. 31; Hochschild, p. 94.

[11] Hobsbawm (1994), p. 326.

[12] Citado en Hochschild, p. 96.

> *Ahora, gracias a Dios que nos ha emparejado con Su hora, y ha atrapado nuestra juventud, y nos ha despertado del sueño, con mano segura, ojo claro, y poder afilado, para convertirnos, como nadadores a la limpieza saltando, Alegres de un mundo envejecido y frío y cansado.*[13]

También en Rusia, donde 1914 había sido un año de tensiones y conflictos sociales sin precedentes, el estallido de la guerra en el extranjero, como un *deus ex machina,* trajo la paz a casa. "El malestar social, que había ido creciendo implacablemente, se evaporó de repente cuando estalló la guerra", escribe el historiador Hans Rogger, "lo que había parecido imposible en tiempos de paz se hizo realidad en un abrir y cerrar de ojos". La élite, y las clases altas en general, dieron la bienvenida a la guerra como una liberación de la "mezquindad y estrechez de espíritu", un "despertar espiritual", el "fin de una crisis moral", una oportunidad para que la Madre Rusia "recuperara su verdadera identidad rusa y eslava", etcétera.[14]

175

El alivio fue igual de grande en Alemania. El famoso escritor Thomas Mann, miembro de la clase media alta, expresó su alivio de la siguiente manera:

> *El mundo de la paz, que ahora se ha derrumbado con un estruendo tan estremecedor, ¿no tuvimos todos suficiente de él? ¿No era asqueroso en toda su comodidad? ¿No supuraba y apestaba con la descomposición de la civilización? Moral y psicológicamente sentí la necesidad de esta catástrofe y ese sentimiento de limpieza, de elevación y liberación que me llenaba, cuando lo que uno había creído imposible sucedía realmente.*[15]

Y en las calles de Berlín muchos burgueses se felicitaban por "haber superado el obstáculo".[16] En *Mein Kampf,* Hitler describiría unos diez años más tarde cómo era el sentimiento en Múnich cuando llegó la noticia de que había estallado la guerra: "[La guerra] no fue impuesta a las masas... no, fue deseada por todo el pueblo. La gente quería acabar de

---

[13] Hibberd y Onions, p. 38; comentario en Firchow, pp. 130-31.
[14] Rogger (1966), pp. 112-13.
[15] Citado en Cohen y Major, p. 708; véase también Piper (2013), p. 102.
[16] Hochschild, pp. 90, 102.

una vez con la incertidumbre general". Y él personalmente experimentó la llegada de la guerra como "una liberación de los dolorosos sentimientos de mi juventud", por lo que "cayó de [rodillas] y dio gracias al Cielo desde un corazón desbordante por concederle la suerte de que se le permitiera vivir en este momento".[17] A pesar de lo que Hitler creía, no era "todo el pueblo" el que se sentía aliviado y exultante, sino principalmente los miembros de la élite aristocrática y burguesa del país, es decir, las clases dirigentes y gobernantes de toda Alemania, y de hecho de todos los países que estaban desenvainando la espada, y también de una parte de la clase media-baja de la que el propio Hitler era un espécimen representativo. La guerra que había estallado era la guerra que ellos querían, la guerra que disiparía el espectro de la revolución, la guerra para detener e incluso hacer retroceder el proceso de democratización.

La guerra que la élite acogía con los brazos abiertos era, por supuesto, una guerra entre países, una guerra en la que un obstáculo vertical, el "muro" de la línea del frente, separaba a los países, incluidas sus clases tanto superiores como inferiores, y era, por tanto, una especie de guerra "vertical". Pero era al mismo tiempo una guerra "horizontal", un conflicto en el que una muralla horizontal segregaba a "los de arriba" de "los de abajo" dentro de cada país beligerante, a las clases superiores de las inferiores. Vistas desde "arriba", las clases inferiores, especialmente los obreros y otros proletarios, encarnaban los grandes problemas que presumiblemente iba a resolver la guerra que acababa de comenzar. Eran las "clases peligrosas", las "masas" amenazadoras que habían sido incitadas durante décadas por los socialistas y que, por tanto, se habían mostrado inquietas y sediciosas; a través del proceso de democratización, ya habían avanzado demasiado, y tarde o temprano era probable que derrocaran el orden establecido mediante una revolución, al igual que los bárbaros habían destruido el Imperio Romano. Desde la perspectiva de la élite, la guerra era una guerra contra la democracia, contra el socialismo, contra la revolución, contra el internacionalismo (vinculado al socialismo) — y contra el pacifismo, dirigida contra la guerra misma.

[17] Hitler, p. 161.

No es de extrañar que la primera víctima de esta guerra fuera el gran líder socialista francés Jean Jaures, asesinado en París el 31 de julio de 1914. El hecho de que la Gran Guerra, evidentemente una guerra entre países, fuera también una guerra entre clases, se reflejó en el hecho de que su primera víctima fuera un socialista que también era un faro del internacionalismo, el antimilitarismo y el pacifismo, asesinado por un nacionalista francés fanático, y en el hecho de que la primera víctima en el bando francés fuera un francés abatido por una bala francesa.[18] En una famosa canción titulada *"Pourquoi ont-ils tue Jaures?",* el difunto Jacques Brel se preguntaba por qué habían matado a Jaures.[19] La respuesta es que fue porque intentó *in extremis* impedir una guerra en la que las élites, no sólo de Francia, sino también de Alemania, Rusia, etc., habían depositado tantas esperanzas.

A los ojos de la élite europea, el tiempo de paz había sido un tiempo miserable, y el tiempo de guerra que ahora amanecía sólo podía ser un buen tiempo. El estallido de la guerra fue sin duda un momento de grandes ilusiones, de la *Grande Illusion*, por citar el título de una película clásica sobre la Primera Guerra Mundial, producida por Jean Renoir en 1937. Una de estas ilusiones era que la guerra sería corta, aunque un puñado de casandras militares y políticos, entre ellos Lord Kitchener, predijeron de hecho que la guerra sería larga. "Los soldados volverían para la vendimia" era la creencia generalizada en Francia. "A casa antes de que caigan las hojas" (*Zuruck bevor die Blatter fallen*), decían en Alemania. En Gran Bretaña eran un poco menos optimistas, pero creían no obstante que todo acabaría pronto; se suponía que las tropas estarían "en casa antes de Navidad".

177

También prevalecían ideas ingenuas sobre la naturaleza de la guerra. Con el precedente de las recientes guerras coloniales fresco en sus mentes (al menos tal y como se informaba en la prensa), la mayoría de la gente esperaba que la guerra causaría pocas penurias a los soldados, pero que les traería muchos viajes, aventuras, quizás romance, y ciertamente

---

[18] Véase http://www.youtube.com/watch?v=DzY3UCf2-tk; para el texto completo de la canción, véase:

http://www.parolesmania.com/parolesjacques_brel_11660/paroles_Jaures_397453.html.

[19] Para consultar el texto completo en francés y una traducción al inglés, véase http://lyricstranslate.com/en/jaures-jaures.html.

gloria, mucha gloria. Aquellos raros pájaros que realmente perecieran por la patria, alcanzados por una bala en el pecho y muriendo de forma instantánea e indolora, entrarían en el Valhalla al son triunfal de las trompetas. La opinión pública, e incluso innumerables expertos militares, no tenían en cuenta lo realmente mortífero que era el armamento moderno, como las ametralladoras que ya existían desde hacía bastantes décadas. Se pensó que la guerra se parecería a las recientes guerras balcánicas de , conflictos que habían sido breves y limitados en cuanto a bajas, y en los que la caballería seguía desempeñando su importante papel tradicional. "En el continente [europeo] no había habido una guerra entre las Grandes Potencias desde 1871", escribe el historiador estadounidense Paul Fussell. "Ningún hombre en la flor de la vida sabía lo que era la guerra. Todos imaginaban que sería un asunto de grandes marchas y grandes batallas, rápidamente decididas".[20] Su colega Gabriel Kolko, también estadounidense, señala que "las ilusiones militaristas románticas dejaron a los generales de todas partes completamente ajenos a la naturaleza de la guerra en la era de las máquinas."[21]

La guerra se revelaría de hecho como una guerra moderna e industrial, pero en el verano de 1914 los europeos se imaginaban una especie de conflicto medieval. Esto se reflejó en el "lenguaje esencialmente feudal" que se utilizaría para describir la Gran Guerra en términos antisépticos y eufemísticos hasta el amargo final del conflicto, como ha observado Paul Fussell. Los británicos fueron los campeones en este tipo de delicadeza verbal. Los soldados no formaban ejércitos ordinarios, sino una "hueste", y eran glorificados semánticamente como "guerreros"; sin excepción, no sólo eran "valientes", sino "gallardos" y, en general, "valerosos", incluso cuando el peligro acechaba por doquier, no sólo el peligro ordinario, sino el solemne "peligro". El enemigo al que teníamos que "vencer" no era simplemente el enemigo, era el siniestro "enemigo" o, peor aún, el casi monstruoso "enemigo". En el campo de batalla, nuestros valientes nunca morían, "caían" en el "campo del honor". Incluso las peores catástrofes militares y los casos de cobardía se cubrían así semánticamente de dignidad y gloria y se transformaban en sucesos gloriosos. Nuestros soldados eran siempre "firmes", nuestros oficiales "fríos", sin excepción.

[20] Fussell, p. 21.
[21] Kolko (1994), p. 24.

Todo lo que emprendían era "magnífico y espléndido". Para nuestros oficiales, nada era nunca horrible, sino simplemente ocasionalmente "condenadamente desagradable" o a veces incluso "bastante desagradable", etc. Conscientemente o no, ese lenguaje servía para enmascarar la realidad de la guerra moderna. La Primera Guerra Mundial, escribe Paul Fussell, "fue quizá la primera vez en la historia en que la política oficial produjo acontecimientos tan impactantes, extraños y estomagantes que hubo que ponerlos en orden para presentarlos a una población masiva altamente alfabetizada". Incluso hoy en día, las autoridades y los medios de comunicación utilizan un lenguaje eufemístico similar. Por ejemplo, nunca se dijo en que nuestros soldados en Afganistán habían sido "asesinados", sino simplemente que "murieron" tras una explosión o un intercambio de disparos con los talibanes.[22]

178

Casi todo el mundo confiaba en la victoria y creía que este triunfo traería la gloria eterna a la patria, además de una considerable ampliación de su propio territorio o de su cartera de bienes raíces coloniales. Incluso en la minúscula Bélgica, a punto de ser aplastada bajo las botas del Moloch alemán, innumerables burgueses estaban convencidos de que, con Gran Bretaña y Francia como aliados, la victoria estaba asegurada. En un libro sobre sus experiencias como soldado en 1914, *Namen 1914,* el escritor flamenco Ernest Claes relataba cómo la buena gente de Bruselas esperaba ver cómo las fronteras de su país en la posguerra se extendían hasta el Rin. Y así, en aquel magnífico e incluso idílico verano de 1914, fueron a la guerra con un entusiasmo aparentemente universal, con rostros radiantes y, como decían en Francia, "con flores en los cañones de sus fusiles" (*la fleur au fusil*). Precedidos por bandas de música, aclamados por mujeres y hombres que agitaban banderas, y seguidos por niños, los reclutas salían en tropel de las armerías y marchaban hacia las estaciones; allí subían a trenes en cuyos costados, garabateados con tiza, se proclamaba que se dirigían a la capital enemiga: *"Auf nach Paris!",* o "*À Berlin!".*

Ahora sabemos que el entusiasmo belicoso del verano de 1914 estaba mucho menos extendido de lo que se creía. "Las fotografías de multitudes vitoreando en las grandes capitales son engañosas", escribe Margaret

---

[22] Fussell, pp. 21-22, 178, 181; Braudy, p. 382.

MacMillan en su libro sobre el estallido de la guerra en 1914. "La llegada de la guerra cogió por sorpresa a la mayoría de los europeos y su reacción inicial fue de incredulidad y conmoción". Las clases bajas no estaban tan entusiasmadas como la élite, y los pueblos y pequeñas ciudades del campo mucho menos que capitales como Berlín y París.[23] Pero las grandes ciudades, donde los ciudadanos patrióticos acogieron la guerra a gritos y donde las autoridades estimularon el entusiasmo con bandas de música y despliegues de banderas, disfrutaron con diferencia de la mayor atención de los periodistas y fotógrafos. Y los líderes políticos y militares estaban encantados de enviar los reportajes y las imágenes de entusiasmo a todo el mundo.

179

Una parte considerable de la clase media-baja y la gran mayoría de los obreros y campesinos nunca habían sido belicosos. No compartían las ilusiones de la élite con respecto a la guerra y se preocupaban por las penurias que ésta les iba a causar con toda seguridad. En Francia, "todavía esencialmente rural", el campo reaccionó "con sorpresa y consternación" cuando se declaró la guerra. En Rusia, "sólo una minoría mostró ardor patriótico y furia nacionalista", escribe el historiador francés Alexandre Sumpf, mientras que "la mayoría vaciló entre la preocupación y la resignación", y el campo mostró mucho menos apetito por la guerra que las ciudades. El estado de ánimo del campesinado ruso ha sido descrito en otros lugares como "profunda estupefacción", "fatalismo abatido" y "obediencia pasiva". Para los campesinos, era especialmente traumático tener que ir a la guerra en la época de la cosecha, cuando la visión de los campos de trigo, brillando como el oro bajo el sol de agosto, simbolizaba, como ha escrito el autor francés Jean Rouaud, "la promesa cumplida del pan de cada día"; era una imagen, continúa, que no evocaba la guerra, sino que se había asociado con "la paz, desde que los hombres aprendieron a trabajar la tierra y a esperar de ella en una fecha determinada el placer de un vientre lleno."[24]

Desde Francia hasta la lejana Serbia y Rusia, los campesinos no sabían cómo se recogerían las cosechas ahora que ellos y sus hijos marcharían a lejanos campos de batalla y el ejército vendría a llevarse sus caballos y

---

[23] MacMillan (2013), p. xxvii; Ulrich, pp. 111-12; Duroselle, pp. 61-62; Clark, pp. 553-54.
[24] Sumpf (2014), pp. 38-40; Rouaud, p. 29.

carros. (La separación del compañero familiar, el caballo, fue especialmente traumática para los campesinos; sólo en Francia, nada menos que 730.000 caballos fueron requisados en agosto de 1914). El abatimiento de los campesinos ingleses tuvo eco en los siguientes versos del poema "Agosto de 1914", de John Masefield:

180

La cosecha aún no ganada, la papelera vacía,
Los simpáticos caballos sacados de los establos,
El barbecho en la colina aún no traído,
Las grietas sin revocar en las paredes con goteras.
Sin embargo, se enteró de la noticia y se fue desanimado a casa,
Y meditaba junto al fuego con la mente pesada,
Con un amor tan mudo por la marga de Berkshire
Como rompe los corazones mudos de los ingleses.
Luego se levantó tristemente y abandonó los bien amados Downses.[25]

Entre las clases más bajas de Europa en general, también se hablaba de "descontento", "gruñidos airados" y "murmullos críticos" con respecto a los "jefes" a los que se consideraba responsables de la guerra. En todas partes, los trabajadores se preguntaban cómo sobrevivirían sus familias con la exigua paga de soldado que sustituiría a sus salarios por tiempo indefinido. En muchas ciudades, como Londres, Frankfurt y Hamburgo, la frivolidad de las primeras horas y días pronto dio paso a un ambiente serio e incluso sombrío, sobre todo en barrios obreros como el East End de Londres y el distrito berlinés de Moabit. Se informó de que la "masa de obreros y empleados" alemanes permanecía "muy reservada ante el ambiente bélico". A través de un dibujo titulado *La declaración de guerra (Die Kriegserkldrung)*, el pintor expresionista alemán Max Beckmann transmitió dramáticamente la consternación de los ciudadanos alemanes de a pie. En San Petersburgo, cuyo nombre alemán sería cambiado el 18 de agosto de 1914 por el ruso Petrogrado, que también significa "Ciudad de Pedro [el Grande]", muchos sospechaban que las escenas de entusiasmo que llamaron la atención de los medios de comunicación no eran ni mucho menos espontáneas, sino que probablemente estaban orquestadas por las autoridades, y que innumerables participantes habían

[25] Citado en Clapham, pp. 133-34.

recibido dinero o alcohol por su "trabajo". El embajador de un país neutral, España, observó que los reclutas que desfilaban por la ciudad parecían más bien "tranquilos y abatidos."[26]

Entre las tropas que partían, eran demasiado numerosos los que se resistían a dejar a su familia, su lugar de trabajo, su pueblo... y tenían la sensación de que tal vez nunca regresarían. Este tipo de presentimiento se evoca en un poema, "Partida" (*Abschied),* escrito por Alfred Lichtenstein, un alemán que moriría el 25 de septiembre de 1914, en algún lugar del norte de Francia:

181

Wir ziehn zum Krieg. Der Tod ist unser Kitt.	*Vamos a la guerra. La muerte está de nuestro lado.*
O, heulte mir doch die Geliebte nit.	*Ojalá mi amor dejara de llorar.*
Was liegt an mir. Ich gehe gerne ein.	*Yo mismo no importo, voy feliz.*
Die Mutter weint. Man muS aus Eisen sein.	*Mi madre llora. Hay que ser de acero.*
Die Sonne fdllt zum Horizont hinab.	*El sol desaparece tras el horizonte*
Bald wirft man mich ins milde Massengrab.	*Pronto nos arrojarán a un acogedora fosa común.*
Am Himmel brennt das brave Abendrot.	*El agradable resplandor rojo del atardecer quema en el cielo.*
Vielleicht bin ich in dreizehn Tagen tot.	*En quince días tal vez estaré muerto.*

"A pesar de los intensos esfuerzos pedagógicos y de un entusiasmo semiartificial, semiespontáneo, el deseo de ir a morir a la guerra no existía en absoluto", escriben dos historiadores sobre los soldados alemanes que marcharon a la guerra en el verano de 1914, y lo mismo podría decirse de sus homólogos en el bando aliado.[27] En todas partes, sin embargo, los soldados estaban imbuidos de un sincero amor a su patria y del sentido del deber. Y creían —o querían creer— lo que les habían dicho sus superiores sociales, a saber, que la guerra sería corta,

---

[26] Baldin, p. 2; *14-18: Mourir pour la patrie*, p. 54; Gueno y Laplume, p. 9; Rousseau (2006), pp. 34-38; Winock, p. 384; Hastings, pp. 82, 104-07, 118, 121-22; Rogger (1966), pp. 104-08; Ulrich, p. 112.

[27] Ulrich y Ziemann, p. 48.

exigiría pocos sacrificios y terminaría con la victoria, abriendo así la puerta a un mundo mejor.

No sólo los *soldados* rasos, sino también los *civiles* de origen modesto mostraron muy poco entusiasmo por la guerra. Durante los últimos días de paz, un número impresionante de ellos expresaron su pacifismo y antimilitarismo en manifestaciones contra la guerra patrocinadas por partidos socialistas, sindicatos y asociaciones pacifistas. Entre el 26 y el 31 de julio hubo manifestaciones de este tipo en casi toda Alemania, incluso a lo largo de la avenida Unter den Linden, en el corazón de la capital, y el 27 de julio una oleada de manifestaciones recorrió Francia. Durante una última reunión de los principales socialistas europeos, como Jean Jaures, el alemán Hugo Haase y el británico Keir Hardie, el 29 de julio en Bruselas, una multitud de más de siete mil personas cantó *la "Internacional"* y gritó "¡Guerra contra la guerra!". En Londres, los días 2 y 4 de agosto, grandes multitudes se unieron a las marchas de protesta organizadas por sindicatos y partidos de izquierda, y acudieron en masa a un mitin contra la guerra con oradores como los líderes laboristas Keir Hardie, Arthur Henderson y Ramsay MacDonald; y se habló de organizar una huelga general en caso de que se llegara a la guerra. El Partido Laborista Independiente, fundado por Keir Hardie, publicó una declaración en la que se podía leer que "a través del rugido de los cañones, enviamos simpatía y saludos a los socialistas alemanes, [que] no son enemigos nuestros, sino fieles amigos", y Sylvia Pankhurst, una conocida sufragista con simpatías socialistas, firmó una carta abierta a las mujeres de Alemania y Austria-Hungría, en la que les imploraba "que no olviden que nuestra misma angustia nos une... y que todos debemos instar a que se haga la paz". Pero esta oposición verdaderamente impresionante a la guerra se derritió como la nieve bajo el sol cuando, en todos los países, los partidos obreros y los sindicatos se pronunciaron a favor de la guerra y triunfaron los sentimientos nacionalistas. En Gran Bretaña y en otros lugares, escribe Arthur Marwick, "la segunda semana de agosto de 1914 presentó un cuadro de unidad y entusiasmo por la guerra."[28]

182

[28] Schorske, p. 286; Hochschild, pp. 87-88, 90-91, 100, 107, 128; Marwick, p. 51; Tuchman, pp. 539-40; Hastings, p. 71; Duroselle, pp. 54-55.

En aquel verano de 1914, los plebeyos acudieron a la guerra sin entusiasmo, obedientes y dóciles. Los numerosos campesinos que había entre ellos, a menudo analfabetos o semianalfabetos, habían sido durante mucho tiempo "condicionados para ser sumisos y obedecer ciegamente a los líderes tradicionales".[29] (En este contexto, un historiador francés ha destacado la "cultura de la obediencia" de los campesinos de su país y su "predisposición a obedecer y a aceptar las relaciones jerárquicas, el deber de esforzarse al máximo y hacer cualquier sacrificio, y de aceptar su destino: las principales cualidades que se exigirían a los soldados en la Gran Guerra").[30]

Para la élite, era una enorme satisfacción ver a los miembros de las órdenes inferiores marchar a la guerra con tanta aquiescencia, guiados por oficiales de un nivel social superior, bendecidos por obispos y sacerdotes, y decididos a cumplir con su deber "patriótico". Del mismo modo, las minorías étnicas y lingüísticas se mostraron sorprendentemente dóciles; por ejemplo, los checos en la Monarquía del Danubio, los irlandeses en Gran Bretaña, las minorías danesa y polaca en Alemania, y los flamencos en Bélgica. Incluso en las colonias se produjo una oleada de entusiasmo y apoyo a la guerra. En la India, por ejemplo, "el reclutamiento superó todas las expectativas" y "más de dos millones de combatientes indios y personal de apoyo acabarían sirviendo en el extranjero"; en la Indochina francesa, la guerra también generó entusiasmo.[31]

183

Estadísticamente, el número de casos de negativa a servir y de deserción resultó insignificante. En Francia, las autoridades se llevaron la grata sorpresa de que el número de hombres que se negaron a presentarse fue mucho menor de lo que esperaban. Se había calculado que entre el 5% y el 13% de los reclutas no se presentarían o desertarían, pero finalmente esa cifra resultó ser sólo del 1%. "Servilmente", anotaba en su diario el soldado socialista Louis Barthas, "todo el mundo se apresuró a ver coartada su libertad y a someterse al yugo del militarismo".

---

[29] Mayer (2010), p. 307.
[30] Rousseau (2006), p. 62.
[31] Keay, p. 470; Hill (2011), pp. 54-56.

Las autoridades tampoco experimentaron ninguno de los problemas por parte de los socialistas pacifistas, antimilitaristas, internacionalistas y supuestamente revolucionarios. Algunas unidades del ejército británico no fueron desplegadas inmediatamente porque se temía que pudieran ser necesarias para la "defensa del hogar", es decir, para la represión de "posibles problemas por parte de la clase obrera."[32]

En Francia, tras el asesinato de Jean Jaures, el gobierno esperaba todo tipo de problemas y, por ello, mantuvo dos regimientos de caballería listos para intervenir en París en lugar de enviarlos al frente, como estaba previsto en un principio, pero no estalló ningún problema. La movilización general francesa transcurrió sin contratiempos, mucho más de lo que se esperaba. En consecuencia, resultó innecesario proceder a la detención preventiva de unos 2.500 socialistas, anarquistas y dirigentes sindicales sospechosos de intenciones revolucionarias, hombres de los que la policía había elaborado una lista, el famoso "Carnet B". La decisión de no proceder a la redada, tomada el 1 de agosto, al día siguiente del asesinato de Jaures, reflejaba al mismo tiempo el temor de las autoridades a las consecuencias potencialmente desagradables e incluso revolucionarias que podría generar una medida tan draconiana; y tal "decapitación" del movimiento obrero, privándole de una dirección esencialmente moderada, podría haber producido de hecho una situación caótica e incluso explosiva.[33] (Se dice que ciertos elementos de la extrema derecha del espectro político estaban muy descontentos con esto. De hecho, habían esperado que las autoridades aprovecharan la oportunidad que les ofrecía el estallido de la guerra para "aniquilar de una vez por todas al movimiento obrero, rompiendo la espalda de "un movimiento cuyo rápido ascenso había arruinado su serenidad").[34]

184

También fue impresionante el número de hombres de todas las clases que se presentaron voluntariamente para alistarse en el ejército. El caso más espectacular fue, por supuesto, el de Gran Bretaña, donde no existía el servicio militar obligatorio. Durante las ocho primeras semanas de guerra, entre diez mil y treinta mil voluntarios respondieron diariamente

---

[32] Hastings, p. 132.

[33] Hastings, p. 132; Barthas, p. 26; Hobsbawm (1994), pp. 100, 325; Hochschild, p. 92; Bouloc (2008), p. 131.

[34] Bouloc (2008), p. 131

a la "llamada" (o a la "convocatoria"), lo que supuso un total aproximado de 750.000 hombres. A finales de 1914, más de 1,2 millones de hombres ya se habían presentado voluntariamente al servicio. Entre agosto de 1914 y junio de 1915, se alistaría un total aproximado de dos millones de hombres, formando un nuevo ejército que, en honor del Secretario de Estado Lord Kitchener, iba a llamarse "Ejército de Kitchener". Pero las clases bajas se mostraron claramente menos entusiastas del servicio armado que la clase media. "Los miembros de la clase obrera... mostraron menos celo que los más acomodados", escribe Adam Hochschild, y "se ofrecieron voluntarios para el ejército en un porcentaje notablemente inferior al de los profesionales y los trabajadores de cuello blanco".[35] Sin embargo, las autoridades y el patriciado también se vieron gratamente sorprendidos por la respuesta positiva de la plebe. De hecho, se había temido que la disputa con Alemania dejara fríos a los obreros, que éstos pensaran que las cosas no les irían peor si Alemania ganaba la guerra. (También había grandes diferencias regionales: los irlandeses tenían menos ganas que los escoceses de luchar por "el rey y la patria").[36] Incluso en los países donde el servicio militar era obligatorio, numerosos jóvenes se presentaron voluntariamente. Bélgica en general y Bruselas en particular se vieron inundadas por "oleadas de entusiasmo patriótico", e innumerables voluntarios se presentaron en al ejército, para gran orgullo de sus padres, "para ir a luchar por la patria".[37]

[35] Hochschild, p. 177; Hastings, p. 521.

[36] Hobsbawm (1994), pp. 108, 325-26; Ferguson, pp. 198-99, 228-29.

[37] Hochschild, p. 177; Hastings, p. 521; Hobsbawm (1994), pp. 108, 325-26; Ferguson, pp. 198-99, 228-29; Horvat, p. 38; de Schaepdrijver, pp. 60, 64.

Capítulo XI
Agosto de 1914: Entusiasmo y dimisión (2)

> *¿Por qué los plebeyos van a la guerra tan dócilmente? Porque han sido adoctrinados para ello de forma extremadamente eficaz por la escuela y la iglesia, u obligados por el servicio militar obligatorio. La poderosa propaganda del Estado y la prensa y la presión de las mujeres, los amigos, los notables del pueblo y los empleadores también desempeñan un papel importante. Por último, pero no por ello menos importante, los dirigentes socialistas abandonan su internacionalismo, se revelan como apóstoles de la "fe nacionalista" e instan a los trabajadores a cumplir con su deber patriótico...*

¿Cómo explicar que, tras un poderoso pero breve estallido antibelicista, "los de abajo", los obreros y la plebe en general, que, a diferencia de "los de arriba", no tenían nada que ganar y sí mucho que perder con la guerra, se subieran después de todo al carro de la belicosidad? ¿Cómo se "vendió" al pueblo la mercancía llamada guerra? ¿Cómo se inculcaron los valores nacionalistas y patrióticos a las órdenes inferiores lo suficiente como para motivarlas a marchar a la batalla, si no con entusiasmo, al menos de buena gana u obedientemente?

Los historiadores suelen destacar la importancia del papel socializador desempeñado por las escuelas primarias y secundarias desde la introducción de la escolarización obligatoria unas décadas antes. -El respeto y la obediencia a las autoridades, la lealtad y el amor a la patria eran inculcados sistemáticamente por los profesores en los cerebros jóvenes y receptivos. No es de extrañar que en la famosa novela pacifista de Erich Maria Remarque*, Sin novedad en el frente occidental,* el patriótico profesor que había incitado a los alumnos a alistarse voluntarios en el servicio militar fuera retratado como un sinvergüenza jingoísta y militarista de . También en Francia se había fomentado en las

escuelas el entusiasmo por la guerra. Lo mismo puede decirse de Gran Bretaña, pero allí se dice que las escuelas "públicas", muy elitistas, fueron los centros más eficaces para el adoctrinamiento del patrioterismo y el militarismo.[1]

186

El evangelio del patriotismo y la belicosidad se predicaba también desde los púlpitos de las iglesias. En todos los países europeos, las iglesias cristianas constituían un sólido "pilar" del establishment, cuyo nacionalismo, militarismo y belicosidad compartían. Las iglesias cantaban así con voces de tenor en el poderoso coro pro-guerra. En Rusia, el clero ortodoxo se desvivió por justificar la guerra, promover la movilización, racionalizar las matanzas y garantizar la victoria. En cuanto a Gran Bretaña, es muy probable que los creyentes que se presentaron voluntarios para el servicio militar se sintieran fuertemente alentados por las declaraciones de los prelados de la Iglesia Anglicana. Éstos se mostraron encantados de que su gobierno hubiera atendido "una llamada venida del cielo" y declarado la guerra a Alemania, un paso que calificaron de "brillante", "magnífico" y "divino". Uno de ellos declaró que "lucharemos, no por el honor de nuestro país, sino por el honor de nuestro Dios". Y el obispo de Londres proclamó que la guerra "era la mayor lucha jamás librada por la fe cristiana". Otros prelados anglicanos anunciaron a bombo y platillo que los británicos fueron a la batalla por "los principios del cristianismo", que los alemanes —que ellos mismos proclamaban tener a Dios de su parte con el lema *"Gott mit uns*"— eran "los enemigos de Dios", que "todos los que cayeran en el transcurso de esta guerra serán mártires" y "sin duda irán al cielo". El arzobispo de York declaró que el objetivo de la guerra era "la destrucción del militarismo alemán".

En Alemania, las iglesias católica y luterana apoyaron la guerra tanto como lo hizo la anglicana al otro lado del Canal, alabándola hasta el cielo, por así decirlo, como *bellum justum,* una "guerra justa", una guerra "por Dios" y "contra el Anticristo", etcétera. El obispo de Friburgo declaró que la guerra era un medio con el que Dios quería poner a prueba a los creyentes, y aseguró a su rebaño que la guerra "curaría las heridas de del

[1] Ferguson, pp. 201-02; Hastings, pp. 420-23; Rousseau (2006), pp. 16-17; MacMillan (2013), p. 277.

pueblo alemán y daría a luz una nueva raza [alemana], llena de respeto a Dios, sentido del deber y amor fraternal"; la guerra, continuó, aludiendo obviamente a los socialistas del país, "daría a luz un nuevo orden [espiritual] y pondría fin a la cultura impía y a la política atea". También en Francia, obispos y sacerdotes animaron a los fieles a cumplir con su deber patriótico. Se les aseguraba, como ha escrito Jean-Yves Le Naour, que la guerra era una "cruzada", un conflicto entre "la civilización y la barbarie, el derecho y la fuerza, el bien y el mal". La Iglesia, señaló Barthas con un *soupqon* de sarcasmo, "rezaba ardientemente por la victoria y elevaba al soldado que perdía la vida al rango de mártir; se le prometía el paraíso, y así esta guerra inhumana se transformaba en algo sagrado y divino". Por este servicio propagandístico, continuó Barthas sarcásticamente, la Iglesia fue recompensada por la "república anticlerical y librepensadora" con "el permiso para que las bandas régimentales amenizaran las ceremonias religiosas." "Desde las guerras de religión del siglo XVII, y tal vez incluso desde las Cruzadas", concluye el historiador canadiense Modris Eksteins, "los hombres de armas [cristianos] no habían animado a matar para mayor gloria de Dios con tanto entusiasmo."[2]

187

El entusiasmo nacionalista y la disposición a dar la vida por la patria también fueron promovidos enérgicamente por alcaldes, abogados, médicos y otros notables; es decir, personalidades destacadas e influyentes que aún gozaban entonces de mucho prestigio en los pueblos y pequeñas ciudades de todo el país.

Europa. En Gran Bretaña, los terratenientes perseguían a sus arrendatarios y a otros aldeanos, como ilustran estos mordaces versos de un poema de Siegfried Sassoon, titulado "Memorial Tablet":

Squire regañó e intimidó hasta que me fui a pelear,
. . . . . .
Dos sangrantes años luché en Francia, por Squire:
Sufrí una angustia que él nunca ha adivinado.

---

[2] Sumpf (2014), pp. 45-47; Deschner, pp. 585-87; Firchow, p. 131; Hochschild, pp. 177-78; Hastings, pp. 124, 434; Fischer (1998), pp. 184-89; Barthas, p. 423; Le Naour, pp. 130-31; Eksteins, p. 236; Münkler, pp. 233-36.

Una vez llegué a casa de permiso: y luego fui al oeste
. . . . . .
¿Qué mayor gloria podría desear un hombre? [3]

Un factor especialmente importante en el patriotismo de los ciudadanos de a pie era el servicio militar obligatorio que, en Francia, Alemania, Rusia y otros lugares, equivalía a un auténtico lavado de cerebro de tipo nacionalista y militarista al que incluso los jóvenes de origen socialista no eran inmunes. Durante su largo servicio militar, a los soldados se les enseñaba a obedecer incondicionalmente, y éste no era ciertamente el único caso en Prusia y en otros lugares de Alemania, donde se dice que el pueblo ha tenido una "mentalidad de súbdito" (*Untertanenmentalitdt*) durante siglos, presumiblemente incluso desde los tiempos de Lutero. Los acontecimientos de 1914 brindaron al famoso lingüista alemán von Wilamowitz-Moellendorff la oportunidad de subrayar el vínculo entre el servicio militar y la mentalidad de sumisión:

188

> *Nunca antes las autoridades públicas habían intervenido tan profundamente en la existencia del pueblo con toda clase de órdenes, y nunca antes esas autoridades habían encontrado al público tan espontáneamente dispuesto a obedecer. Esto se debe a nuestra educación militar: ha enseñado a quienes dan órdenes el sentido de la responsabilidad, y en quienes deben obedecer ha inculcado la comprensión de que es absolutamente necesario obedecer.*[4]

Sucedió precisamente en julio de 1914 que Heinrich Mann terminó una novela que estaba predestinada a causar un gran revuelo cuando se publicara con cierto retraso, es decir, en el último año de la guerra: *Der Untertan, que* significa "el sujeto", aunque la traducción al inglés es *Man of Straw.* En él se describe cómo, en la Alemania del Kaiser, la escuela y el ejército habían imbuido a los jóvenes de nacionalismo, disciplina y obediencia y habían transformado así el Reich en un país de dóciles "súbditos". Pero no sólo en Alemania, sino allí donde existía el servicio

[3] Hibberd y Onions, p. 260.
[4] Citado en Canfora (2008), pp. 174-75; véase también Rousseau (2006), pp. 15-16.

militar, escribe Arno Mayer, el ejército funcionaba como un "formidable instrumento de socialización".[5]

El elevado número de voluntarios en Gran Bretaña se debió también a la presión de mujeres y amigos. Desde los primeros días de la guerra, las mujeres de las clases "mejores" recorrieron Londres y la mayoría de las ciudades para ofrecer a los jóvenes vestidos de paisano una pluma blanca, antiguo símbolo de cobardía. Y mujeres como la famosa Jessie Pope escribieron poemas y canciones en los que expresaban su desprecio por los hombres que dudaban en alistarse en el ejército y, a la inversa, su admiración por los que se presentaban voluntarios para el servicio. Un buen ejemplo es el poema "La llamada", en el que una dama se dirige a un plebeyo de la siguiente manera:

Quién está por la trinchera
¿Lo estás, muchacho?
Quién seguirá al francés
¿Lo harás, muchacho?
Quién está preocupado por empezar,
¿Quién saldrá a ganar?
Y que quiere salvar su pellejo
¿Verdad, muchacho?
. . . . . .
Que se ganará el agradecimiento del Imperio
¿Lo harás, muchacho?
Que engrosarán las filas del vencedor
¿Lo harás, muchacho?
Cuando llegue esa procesión,
Pancartas y tambores rodantes
Que se parará y se morderá los pulgares
¿Lo harás, muchacho?

189

Otras canciones de este tipo eran "Your King and Country Want You", una especie de versión actualizada de la llamada medieval a luchar por el señor feudal, y la especialmente popular "Keep the Home Fires Burning".

---

[5] Mayer (2010), p. 178. Sobre el papel del servicio militar en Alemania, véase Ulrich, Vogel y Ziemann, p. 146 y ss.

En muchas ciudades y pueblos desempeñaba un papel importante la presión de los grupos de iguales, que hacía que grupos de vecinos, compañeros de trabajo, miembros de clubes de fútbol, etc., se presentaran juntos al servicio, formando así lo que se llamaría "pals battalions".[6] Wilfred Owen también se refiere a la presión de amigos y mujeres en uno de sus poemas, "Disabled":

> *Fue después del fútbol, cuando había bebido una clavija, Pensó que sería mejor unirse. Se pregunta por qué Alguien había dicho que parecería un dios en kilts. Es por eso; y tal vez, también, para complacer a su Meg. Sí, eso era, para complacer a las fulanas vertiginosas,*
> *Pidió unirse. No tuvo que suplicar;*
> *Sonriendo escribieron su mentira; diecinueve años.*[7]

Es evidente que, en esas circunstancias, numerosos supuestos voluntarios no partieron realmente de forma voluntaria a la guerra. Muchos de ellos, además, estaban motivados mucho menos por el patriotismo que por motivos puramente económicos. Hay que tener en cuenta que en Gran Bretaña el estallido de la guerra vino acompañado de una crisis financiera y económica, por la que innumerables empresas cerraron sus puertas definitivamente o al menos temporalmente. Así, el servicio militar apareció de repente como una opción menos atractiva para los innumerables asalariados que se encontraron sin trabajo. Algunas empresas despidieron deliberadamente a miembros de su personal para obligarles a presentarse al servicio. Los aristócratas hicieron lo mismo con su personal doméstico, e innumerables empleadores hicieron saber que después de la guerra no contratarían a nadie que no hubiera servido en el ejército. El gobierno contribuyó por su parte a inflar el número de "voluntarios" pidiendo a las instituciones benéficas que denegaran la ayuda a los hombres necesitados que se consideraban lo bastante aptos para hacer de soldados. En cualquier caso, innumerables voluntarios estaban motivados por la perspectiva de ganar

---

[6] Véase el artículo de Robinson, "The Pals Battalions in World War One".
[7] Citado en Clapham, pp. 153-54.

un ingreso, ciertamente escaso pero regular, en forma de chelín del Rey. El poeta y pintor judío Isaac Rosenberg, por ejemplo, permanentemente escaso de dinero debido a su estilo de vida bohemio, se presentó al servicio no por patriotismo, que en realidad despreciaba, sino porque el ejército le prometió que la mitad de su paga se enviaría a su madre necesitada.[8]

190

Incluso en el relativamente próspero Canadá, innumerables hombres se ofrecieron como voluntarios "por desesperación, para poder escapar de la pobreza, de los trabajos serviles y aburridos o [en el caso de muchos de los "niños soldados" del país] del infierno de un orfanato u hogar de acogida". "Me daban un dólar y diez centavos al día, un buen dinero", recordaba mucho más tarde un soldado canadiense, "en la granja sólo me daban cincuenta centavos al día".[9] Otro factor determinante del elevado número de voluntarios fue la necesidad que experimentaban los residentes extranjeros de demostrar su lealtad a su patria adoptiva, y/o de evitar las consecuencias potencialmente muy desagradables de ser sospechoso de espionaje, que incluían ser linchado. Fue este cálculo el que hizo que un polaco residente en Francia llamado Guglielmo Apollinare de Kostrowitzky, un famoso poeta, se presentara al servicio y solicitara con éxito la ciudadanía francesa, tras lo cual pasó a ser conocido como Guillaume Apollinaire.[10]

Por último, no se puede subestimar el enorme peso de la propaganda a favor del servicio militar, realizada de forma sistemática e implacable. Uno de los instrumentos utilizados fue el conocido cartel en el que Lord Kitchener, señalando con el dedo, instaba a los británicos a luchar "por el Rey y la Patria", como si a principios del siglo XX el hombre de la calle, como un vasallo medieval, debiera servicio militar y lealtad hasta la muerte a su señor real. Pero en aquella época el *Zeitgeist* seguía impregnado del Romanticismo con su idealización de la Edad Media, y el llamamiento de Kitchener tuvo un éxito considerable. La influencia del Romanticismo y su fijación en la Edad Media también puede reconocerse en el lenguaje utilizado para exhortar a los hombres a ir a la guerra. Se

---

[8] Ferguson, pp 205-06; Hochschild, pp. 119, 148-51; Hastings, p. 121; Connor, p. 6.
[9] Black y Boileau, pp. 62, 74.
[10] A. Becker, p. 30 y ss.

proclamaba que la guerra era una "cruzada", había que impedir que los "mongoles" u otros "bárbaros" arruinaran nuestra civilización; como Juana de Arco, había que salvar a la patria en su hora de peligro, etc. En septiembre de 1914, *The Times* publicó un poema de este tipo, arrancado de la pluma nada menos que de Rudyard Kipling; su título era "Por todo lo que tenemos y somos":

191

> *Por todo lo* que *tenemos y somos,*
> *Por el destino de todos nuestros hijos,*
> *Levántate y toma la guerra,*
> *¡El huno está en la puerta*![11]

Bajo la influencia del Romanticismo, los británicos se lanzaron así a la primera gran guerra de la era industrial con una mentalidad medieval.

La prensa popular también contribuyó a reclutar voluntarios plebeyos con una forma de periodismo "a tambor batiente" que elogiaba la guerra como "la gran aventura", un "momento alegre" y, en este poema, publicado en un periódico inglés, como "The Game", una especie de deporte:

> *Ven, únete a las filas de nuestros hijos héroes*
> *En el campo más amplio de la fama,*
> *Donde el Dios del Derecho observará la lucha,*
> *Y arbitrar el partido.*[12]

El entusiasmo por el servicio militar fue celosamente promovido por las publicaciones periódicas en general, y por periódicos patrioteros *como John Bull* y el *Daily* Mail en particular. Sus lectores, la mayoría de los cuales "habían aceptado durante toda su vida que si algo aparecía en los periódicos, entonces era verdad",[13] se enteraron de que a los soldados les encantaba la guerra, visitaban Francia como lo harían los turistas, disfrutaban del aire fresco del campo, se alimentaban muy bien y, por supuesto, sólo sufrían pérdidas menores. En estos periódicos, uno podía

---

[11] Citado en Hibberd y Onions, p. 8.

[12] Hochschild, pp. 118-19. El texto completo puede consultarse en este sitio: http://paperspast.natlib.govt.nz/cgi-bin/paperspast?a=d&d=PBH19150126.2.10.25.7.

[13] Knightley, p. 99.

leer sobre la guerra en Francia y Bélgica que "la vida al aire libre, la alimentación regular y abundante, el ejercicio y la libertad de cuidados y responsabilidades, mantienen a los soldados extraordinariamente en forma y contentos".[14] Los corresponsales de guerra se esforzaban por animar a los posibles voluntarios con reportajes como el que afirmaba que los soldados británicos muertos tenían un aspecto mucho mejor y más digno que los muertos no británicos. Por último, un argumento concreto pretendía desarmar, por así decirlo, a los numerosos pacifistas británicos, resumido en el eslogan de que esta guerra era "La guerra que acabará con la guerra": fue urdido por H.G. Wells, un socialista. [15]

192

Si los obreros y las clases bajas en general fueron a la guerra dócilmente o, como en el caso de Gran Bretaña, se presentaron al servicio con mayor o menor entusiasmo, ello se debió también en gran medida a la actitud de los dirigentes de los partidos socialistas y de otros partidos obreros. Muchos de estos partidos, si no la mayoría, eran miembros de la II Internacional, y durante las reuniones de esta organización —como el Congreso de Basilea de 1912— habían vuelto a prometer formalmente que no lucharían entre sí en caso de que los capitalistas o cualquier otra persona desencadenara una guerra. Observarían la admonición de Marx: los proletarios de todos los países no tenían una patria por la que luchar, sino que eran todos miembros de una misma clase, y estarían fraternalmente unidos. Si estallaba la guerra, los obreros reaccionarían con una huelga general o con un "levantamiento" indefinido. El 29 de julio de 1914, socialistas franceses, alemanes y de otros países, entre ellos Jaures, se reunieron en Bruselas para decidir cómo, en caso de guerra, cumplirían su promesa, pero lamentablemente la reunión no produjo ningún acuerdo concreto.[16] (Pero esta demostración de internacionalismo socialista —y el intento concomitante de evitar la guerra *in* extremis— enfureció a los nacionalistas antisocialistas, y no fue casualidad que Jaures fuera asesinado por uno de ellos inmediatamente después de su regreso de Bruselas).

---

[14] Fussell, p. 87.

[15] Hochschild, pp. 222-23; Piper, pp. 197-98; Hibberd y Onions, p. x. En agosto de 1914, Wells escribió una serie de artículos periodísticos que posteriormente se publicaron bajo el título *The War That Will End War (La guerra que acabará con la guerra).*

[16] Tuchman, pp 539-40.

Cuando estalló la guerra, a los líderes socialistas se les ofreció la oportunidad de transformar sus palabras internacionalistas en hechos. Todas las miradas estaban puestas en el SPD alemán, cuya aprobación era necesaria en el Reichstag para el crédito extraordinario que el gobierno necesitaba para ir a la guerra. Ya el 25 de julio, el partido se había pronunciado en contra de la "intervención beligerante" y había señalado con el dedo acusador la "sed de poder del grupo gobernante austriaco [húngaro] y los intereses imperialistas de lucro". Y durante los días siguientes, los socialistas alemanes habían ayudado a organizar las manifestaciones contra la guerra que ya se han mencionado. Pero el 1 de agosto, la guerra era un *hecho consumado.* Y dos días después, los 111 diputados del SPD en el Reichstag se reunieron para discutir la situación y decidir si votarían o no a favor del presupuesto de guerra y de las medidas especiales de guerra propuestas por el gobierno imperial. Sólo catorce de ellos se opusieron a dar el visto bueno, entre ellos Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Franz Mehring y Hugo Haase; unos días antes, este último se había reunido con Jaures en Bruselas. Sin embargo, para mantener la unanimidad que el SPD mostraba tradicionalmente en el Reichstag, los disidentes aceptaron votar con la mayoría. Y así sucedió que al día siguiente, 4 de agosto, los diputados socialistas, "atrapados en la orgía de la emoción", como ha escrito el historiador canadiense Modris Eksteins, "se unieron a la causa nacionalista". Aprobaron los créditos de guerra en el Reichstag, y la dirección del SPD instó a las bases del partido no a vivir de acuerdo con los principios internacionalistas, sino a cumplir con su deber patriótico.[17] Los socialistas alemanes racionalizaron su decisión antiinternacionalista aludiendo al carácter presumiblemente puramente defensivo de una guerra en la que su patria era atacada por una cábala de enemigos rencorosos, sobre todo Rusia. ¿Y no era Rusia el país más atrasado y autocrático de Europa, la tierra de la dictadura zarista? ¿No desharía una victoria del zarismo todos los progresos realizados recientemente por la clase obrera bajo los auspicios socialistas en Alemania y en otros lugares de Europa? ¿No había advertido ya Friedrich Engels que Rusia era la gran némesis de los socialistas? [18]

---

[17] Eksteins, p. 63; Schramm, p. 80; Hastings, pp. 66-67; declaración del 25 de julio citada en Schorske, p. 286.

[18] Eksteins, p. 63; Canfora (2008), p. 174.

193 Un factor aún más importante fue el hecho de que, en el transcurso de las décadas anteriores a 1914, los socialdemócratas en general, y sus líderes en particular, se habían dejado seducir por las reformas políticas y la legislación social, integrándose así en el orden establecido de Alemania. Así, habían interiorizado un nacionalismo alemán que distaba mucho de ser fanático, pero que no dejaba de ser sólido, un "amor a la patria" y una lealtad hacia un Estado alemán que les había proporcionado una existencia algo mejor. Aparte de este "patriotismo social", innumerables dirigentes socialistas, probablemente incluso la mayoría, habían abrazado también el revisionismo a la Bernstein, con lo que no sólo se habían despedido de la idea internacionalista, sino también de la idea revolucionaria. Al mismo tiempo, habían desarrollado una apreciación de la cornucopia del imperialismo, que regaba de materias primas y otras ventajas a la *Volkswirtschaft* alemana y contribuía así a elevar el nivel de vida de los trabajadores. Además, como parlamentarios, los dirigentes socialdemócratas se habían convertido en ciudadanos muy respetables. Esta "oligarquía" del SPD temía que la acción internacionalista en la hora de peligro de la nación pudiera desencadenar una revolución que posiblemente lo echara todo a perder; es decir, que acabara no sólo con las conquistas conseguidas por los trabajadores, sino también, y quizás más importante, con sus propios privilegios. Así, estos oligarcas socialistas se convencieron sin dolor de que la revolución era indeseable, de que una derrota de su propio país —unida a un triunfo del zarismo— sería catastrófica, y de que la causa socialista se beneficiaría de una victoria alemana.

194 Gracias a la victoria del imperialismo alemán en sus guerras coloniales, la suerte de los trabajadores alemanes había mejorado, por lo que cabía esperar que otro triunfo del imperialismo alemán, esta vez en un gran Armagedón en suelo europeo —seguido de la apropiación de nuevas fuentes de materias primas, mercados, etc.— reportaría beneficios aún mayores.[19] Tal fue el argumento socialimperialista utilizado el 3 de agosto en el Reichstag por Bernstein para ayudar a convencer a los diputados del SPD de que votaran a favor de la guerra: hacerlo significaba que en adelante un "puente de oro" uniría al SPD y al

[19] Canfora (2006), pp. 143-44.

Estado alemán. (Por eso no es de extrañar que más tarde, en el transcurso de la guerra, el SPD nunca se opusiera seriamente a las anexiones de territorio en Francia, Bélgica y otros lugares, propuestas por los nacionalistas y militaristas alemanes).

Otro factor determinante en la decisión de aprobar los créditos de guerra fue el temor no infundado a que, de lo contrario, el ejército pudiera detener a los dirigentes del SPD, disolver el partido, confiscar sus bienes, etc. De hecho, fue por esta razón por la que, ya el 2 de agosto, los sindicatos prometieron no organizar ninguna huelga mientras durara el conflicto y no intentarían modificar los acuerdos salariales existentes entre ellos y los empresarios. Prometieron limitar sus actividades durante ese tiempo a la asistencia a los desempleados y a diversas formas de apoyo al esfuerzo bélico. Esta decisión influyó sin duda en la actitud del SPD en el Reichstag .[20] Los dirigentes del SPD y de los sindicatos tenían buenas razones para preocuparse por la posibilidad de que se produjera una represión semejante contra sus organizaciones. De un solo golpe, podría haber destruido prácticamente todo lo que el movimiento obrero alemán había conseguido en el transcurso del medio siglo anterior, y para los oligarcas del SPD habría significado el triste final de unas carreras relativamente cómodas, prestigiosas e incluso bien pagadas, y tal vez incluso el encarcelamiento. En cambio, colaborando amablemente con el gobierno, los dirigentes del partido y de los sindicatos creyeron que podrían no sólo mantener sino incluso aumentar la cartera de beneficios para sus representados y para ellos mismos.

195

En Francia, tras el asesinato de Jaures, las autoridades contuvieron brevemente la respiración. ¿Provocaría este acto cobarde una respuesta violenta, tal vez incluso revolucionaria, por parte de los socialistas? La respuesta llegó al día siguiente, cuando el partido socialista hizo saber que no pediría a sus miembros que se manifestaran o protestaran de ninguna manera; al contrario, apelaron a la defensa de la patria contra el imperialismo alemán. La CGT, sindicato presuntamente revolucionario, hizo lo mismo. Los socialistas supuestamente internacionalistas de Francia se revelaron así también como socialchovinistas, y también a ellos se les ocurrieron fácilmente excusas; había que defender a la

[20] Tuchman, p. 542; Schorske, pp. 288-89; Piper, pp. 59-60.

democrática república francesa, hija de la gloriosa Revolución de 1789, frente a una Alemania autoritaria y militarista. ¿Y no era evidente que eran los socialistas alemanes los que habían "traicionado" la causa del internacionalismo, los que se habían dejado "corromper por el Kaiser", los que habían conspirado con los militaristas prusianos? Ahora no era el momento de hacer una revolución: la guerra misma sería revolucionaria, al menos si conducía a la derrota de Alemania y a la instauración en ella de una república a la francesa en lugar de un imperio feudal.

Henri Barbusse, que más tarde se haría famoso como autor de un libro muy antimilitarista, *Bajo el fuego* (*Le feu*), pero que acababa de alistarse como voluntario, escribió el 9 de agosto en una carta a *L'Humanite,* el periódico del partido socialista, fundado por Jaures, que la guerra sería una "guerra social", una batalla contra los grandes enemigos del progreso social, a saber, "el militarismo y el imperialismo, la espada, la bota y la corona". La victoria de Francia en liberaría a los pueblos de Europa, marcaría el advenimiento de la paz eterna, etc. Los socialistas franceses parecían no querer otra cosa que la victoria. Eran campeones de la "guerra hasta la victoria" o de la "guerra hasta el final", por utilizar *la* traducción literal de la expresión francesa *la guerre jusqu'au bout.* Los partidarios franceses de la guerra hasta el amargo final, en su mayoría ciudadanos conservadores, nacionalistas y de derechas, pero que en adelante también incluían a la mayoría (pero no a todos) de los socialistas, serían conocidos ahora como *jusqu'au-boutistes*, un término que podría traducirse como "halcones" o "duros". En cualquier caso, la actitud de los socialistas no difería mucho, si acaso, de la de los franceses más chovinistas. Pero los socialistas se convencieron de que esta guerra era un caso especial, que sería *la* "última de las últimas guerras", *la derniere des dernieres guerres* o, como algunos dirían más tarde, con bastante cinismo, *la der des der*.[21]

196

Al igual que sus homólogos alemanes, los sindicatos franceses, incluida la CGT, acuerdan colaborar dócilmente con el Estado y la patronal mientras dure la guerra, no hacer reivindicaciones ni ir a la huelga. En su lugar, se centrarían en obras de caridad, como la ayuda a

[21] Robert, pp. 22-30; Barbusse, citado en Harvey, pp. 171-72.Véase también Bouloc (2008), pp. 173-75 sobre el "jusqu'au-boutism" del ministro socialista Albert Thomas.

las familias de los miembros llamados a filas y a las viudas y huérfanos de los soldados.[22] En cuanto a Gran Bretaña, también allí la mayoría de los sindicatos acordaron concluir una "tregua industrial", poniendo fin de golpe a la "gran agitación social" que había asolado Gran Bretaña. Se cancelaron los planes para una huelga general en noviembre, y los líderes sindicales viajaron por todo el país para animar a las bases a no hacer huelga y alistarse como voluntarios en el ejército. "Al colaborar con el Gobierno", escribe Arthur Marwick, "los líderes sindicales nacionales, de hecho, se apartaron de su papel de proteger los intereses especiales de la clase obrera".[23] En Bélgica, los socialistas utilizaron los mismos razonamientos que sus camaradas franceses y alemanes para justificar el hecho de que ellos también se unieran tras la bandera y aprobaran unánimemente los créditos de guerra en el parlamento. Emile Vandervelde declaró que la guerra era "una guerra santa por la justicia, la libertad y la civilización, por el derecho de los pueblos a la autodeterminación". [24]Sin embargo, esta "guerra santa" se revelaría como una orgía de crueldad e inhumanidad. Friedrich Engels había comentado una vez que el futuro tenía dos opciones, el socialismo o la barbarie, como Rosa Luxemburg recordaría a sus lectores en un tratado antibélico en 1916, el "Panfleto Junius". Cuando en el verano de 1914 el socialismo se retiró de la contienda, por así decirlo, contribuyó a abrir la puerta a su horrible alternativa, la barbarie de una guerra sin precedentes.

Sólo en Rusia un puñado de diputados socialistas del parlamento, la Duma, votó en contra de los créditos de guerra: cinco bolcheviques, seis mencheviques y diez trudoviques, entre estos últimos Alexander Kerensky. Por otra parte, bastantes socialistas, anarquistas y otros rusos revolucionarios conocidos se manifestaron a favor de la guerra contra el "militarismo alemán", entre ellos Peter Kropotkin y George Plekhanov, que se revelaron como "chovinistas sociales". Su postura a favor de la guerra, la noción de que los socialistas tenían que defender a la Madre Rusia, se conoció como "defensismo". Su opuesto binario, la estrategia antibélica promovida por Lenin, que se discutirá más adelante, se conocería por tanto —de forma bastante incongruente— como

[22] Schorske, p. 289; Boscus, pp. 228-29.
[23] Marwick, p. 99; Hochschild, p. 101; Horne, p. 51.
[24] Martens, p. 16.

"derrotismo".[25] En cualquier caso, los miembros de izquierdas de la Duma constituyeron la excepción a la regla general de que, cuando empezó la guerra, los socialistas se unieron a los gobiernos de sus países. De este modo, una especie de armonía social y política descendió repentinamente sobre todos los países, tranquilidad que en Alemania se conoció como el *Burgfrieden,* "paz dentro de la fortaleza [asediada]". El término hacía referencia a una práctica que se remontaba a la romántica Edad Media, al igual que la frase utilizada en Bélgica, *treve de Dieu* ("la tregua de Dios", *Pax Dei* en latín). En Francia, la tregua social se conoció como *union sacree* o "unión sagrada" después de que el Primer Ministro René Viviani declarara eufóricamente el 4 de agosto en la Asamblea Nacional que "en esta guerra Francia será defendida heroicamente por todos sus hijos, cuya unión sagrada no puede ser rota por nada ni por nadie".

197

Dado que la evolución política y social durante los años anteriores a 1914 había sido particularmente favorable a los partidos políticos socialistas (para gran consternación de la élite), y dado que en Gran Bretaña y en muchos otros países parecía, en este caluroso verano de 1914, que los humeantes problemas sociales podrían ser el preludio de un "otoño caliente", que posiblemente produciría una tempestad revolucionaria, supuso una concesión masiva por parte de los líderes de los partidos y sindicatos socialistas que consintieran una "unión sagrada". Por tanto, no es de extrañar que fueran recompensados, ostensiblemente con generosidad, por la élite agradecida, concretamente con una serie de nombramientos ministeriales y otros puestos de prestigio en los gobiernos de coalición que se establecieron en muchos países beligerantes; gobiernos de coalición que, no obstante, permanecieron firmemente bajo el control del establishment. La importancia de estos nombramientos era sobre todo, si no exclusivamente, simbólica. Pretendían señalar la buena voluntad de la élite, pero servían sobre todo para impresionar a las masas populares, integrarlas aún más en el orden existente y, por último pero no por ello menos importante, legitimar la guerra a los ojos de la plebe. Pero tales gestos sólo se hacían cuando y donde la élite lo juzgaba necesario, o al menos útil. Así ocurrió en los países en los que el proceso de democratización política ya había

[25] Rogger (1983), p. 256.

avanzado considerablemente, como en Francia, pero no en la Alemania autoritaria[26] —aunque los socialistas del Reich se mostraron especialmente serviles con la élite— y menos aún en la Rusia absolutista, donde las opiniones de obreros y campesinos no contaban para nada.

198

En Francia, varios socialistas y dirigentes sindicales fueron cooptados para formar parte del gobierno *union sacree*; por ejemplo, Marcel Sembat, que se convertiría en ministro de Obras Públicas, y Jules Guesde, a quien, como ministro de Estado, simplemente se le pidió que formara parte del gobierno *honoris causa.* Antes de la guerra, Guesde había sido en realidad la encarnación *por excelencia* del socialismo revolucionario e internacionalista en Francia y, en este sentido, había sido un importante antagonista del igualmente internacionalista pero revisionista Jaures. En la práctica, Guesde no tenía nada que decir, pero su nombramiento tenía un considerable valor simbólico: era una magnífica cabellera socialista que colgaba ostentosamente del cinturón de la élite en pie de guerra. Lo mismo puede decirse del jefe de los socialistas belgas, Emile Vandevelde, que fue nombrado ministro de Estado de un gobierno belga que pasaría la guerra en un cómodo pero casi inerte exilio en Le Havre. Los líderes socialistas que se convirtieron en ministros ejercieron muy poca influencia en las políticas de los gobiernos de los que se les permitió formar parte; sus nombramientos fueron muy útiles para su carrera personal y su prestigio, pero para las bases socialistas y para la plebe en general, no supusieron ninguna diferencia. Los pocos ministros socialistas o altos cargos del gobierno que realmente consiguieron algo fueron aquellos que se esforzaron por promover los intereses de la élite. Como ejemplo podemos citar el caso de Albert Thomas, un socialista revisionista francés. Al principio se convirtió en un burócrata gubernamental que dedicó sus considerables talentos a la causa de aumentar la producción de municiones y armas; más tarde, como ministro de armamento, se centró en hacer que los trabajadores trabajaran con disciplina, celo y sin quejarse ni plantear exigencias, y así mantener el sistema capitalista funcionando de la forma más fluida y rentable posible. Thomas se convirtió en el símbolo de la colaboración, en aras de la victoria, del trío formado por el Estado, el capital y el

[26] Schramm, pp. 87-88; Piper, p. 410.

trabajo. Esta "colaboración de clases" era la antítesis del concepto marxiano clásico de "lucha de clases" y equivalía a un tipo extremo de reformismo socialista. Con su compromiso con la causa de la victoria de su país, Thomas también simbolizaba el opuesto binario del internacionalismo socialista, a saber, el chovinismo social que había hecho su aparición poco antes del estallido de la guerra en el contexto del reformismo socialista. Thomas y los demás socialistas reformistas y socialchovinistas estaban convencidos de que la colaboración de clases servía a los intereses de los trabajadores franceses; sin embargo, este sistema favorecía a los industriales, y en primer lugar a los grandes industriales. Veremos más adelante que eran ellos quienes tenían más motivos para apreciar la colaboración de clases en tiempos de guerra, lo que no sería el caso de la mayoría de los trabajadores.[27]

199

Las "bestias salvajes del bosque político", como Hobsbawm ha descrito sarcásticamente a los líderes socialistas contemporáneos de Europa,[28] fueron a partir de entonces como mascotas en una jaula, para gran satisfacción y ventaja de la élite aristocrática y burguesa — pero también para su propia ventaja y satisfacción. De hecho, en el contexto de la suspensión de la política, su importancia y prestigio aumentaron, ya que la élite ostensiblemente ya no los despreciaba, sino que en realidad los apreciaba y los trataba como socios. De Marcel Sembat, que había sido colega de Jaures con sólidas credenciales pacifistas, un funcionario socialista comentó que numerosos compañeros se habían sorprendido y decepcionado de que hubiera estado dispuesto a unirse al gobierno, pero que él mismo estaba "encantado de ser ministro y orgulloso como un pavo real con su alto título".[29]

Incluso en los niveles inferiores, los dirigentes socialistas fueron tratados a partir de entonces con más respeto y tuvieron la oportunidad de disfrutar de cierto poder y prestigio. En Alemania, ni un solo socialista fue admitido en *el sanctasanctórum* del gobierno del Reich, pero a cambio de su entusiasta colaboración con las autoridades, los dirigentes del SPD y de los sindicatos fueron ahora prácticamente mimados por el

---

[27] Bouloc (2008), p. 161 y ss; Rousseau (2006), pp. 80-82.
[28] Hobsbawm (1994), p. 102.
[29] Englund, pp. 60-61.

gobierno e incluso tratados con respeto por los altos rangos del ejército, que siempre habían sido sus archienemigos.[30] Miembros de la cúpula socialdemócrata, como Philipp Scheidemann, experimentaron "un auténtico placer... al ser invitados a discutir asuntos en pie de igualdad con los ministros de Estado", escribe el historiador Carl Schorske. Y el hecho de que, en ocasiones como las visitas a las tropas en el frente, los representantes del SPD en el Reichstag fuesen en ocasiones mimados por oficiales de alto rango del ejército, algo impensable antes de la guerra, "aumentaba la sensación de pertenencia al club" por parte de estos oligarcas socialdemócratas. De este modo, los dirigentes socialistas y sindicales se vieron "psicológicamente más cerca del grupo dirigente". (Desde su exilio en Suiza, Lenin comentó, sarcástica pero ciertamente no inexactamente, que la guerra había proporcionado a la élite la oportunidad de "cooptar a los oportunistas dentro del movimiento socialista e incorporarlos al orden socioeconómico existente").

200

El reconocimiento de la clase dirigente y gobernante del país se complementaba a menudo con concesiones menores, generalmente de carácter puramente simbólico, como el permiso para que los reclutas de las armerías leyeran el periódico socialista *Vorwärts*, censurado de todos modos. Todo ello sirvió para reforzar la autoridad y el prestigio de los dirigentes en el seno del SPD y de los sindicatos. Además, la élite "oligárquica" de estas organizaciones se beneficiaba del hecho de que, en el contexto del sindicato sagrado, la vida política —especialmente la vida política de la variedad democrática, que implica la aportación desde abajo— quedaba suspendida, obviamente en beneficio de la élite, y esto ocurría tanto en los partidos políticos y los sindicatos como en el país en general. Esto, a su vez, reforzó las tendencias reformistas y socialpatriotas dentro de estas organizaciones. El SPD se hizo menos democrático y sus dirigentes se volvieron más autoritarios y menos tolerantes con respecto a la oposición "izquierdista" y pacifista dirigida por personalidades como Luxemburg y Liebknecht.[31] Aun así, en todas partes hubo también socialistas, tanto dirigentes como miembros de a pie del partido, que se mantuvieron fieles a las ideas revolucionarias e

---

[30] Kolko (1994), pp. 113-14.

[31] Schorske, pp. 292-94; cita de Lenin de Martens, p. 13.

internacionalistas y al pacifismo que las acompañaba. Estas mujeres y hombres se negaron a apoyar la guerra, al igual que incontables pacifistas no socialistas. "Desde el principio", escribe Adam Hochschild, "decenas de miles de personas de ambos bandos reconocieron la guerra como la catástrofe que era... y se pronunciaron". Entre las personalidades más conocidas de este tipo estaban Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht del SPD, Pierre Monatte de la CGT francesa, el socialista estadounidense Eugene Debs, Keir Hardie del Partido Laborista Independiente (ILP) ("una de las fortalezas de resistencia del internacionalismo obrero que quedan en Gran Bretaña"), la sufragista Sylvia Pankhurst y el famoso filósofo Bertrand Russell, que más tarde también se opondría a la guerra de Vietnam. A pesar de su derrota en el verano de 1914, el pacifismo británico siguió siendo una espina clavada en el costado de la clase dirigente de la nación.[32]

201

A la minoría no reformista, internacionalista y revolucionaria del socialismo europeo también pertenecía un tal Vladimir Hitch Ulianov, más conocido por su apodo, "Lenin". Lenin era miembro del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (RSDLP) y fue líder del ala del partido conocida como los bolcheviques. El RSDLP fue ilegalizado en Rusia y, cuando estalló la guerra, Lenin vivía exiliado en Suiza. En septiembre de 1914 condenó duramente la guerra como

> *una guerra burguesa, imperialista y dinástica, una lucha por los mercados y por la libertad de saquear países extranjeros... un intento de suprimir el movimiento revolucionario del proletariado y la democracia en cada uno de los países, un deseo de engañar, desunir y masacrar a los proletarios de todos los países enfrentando a los esclavos asalariados de una nación contra los de otra para beneficiar a la burguesía.*[33]

Dado que había resultado imposible evitar la guerra, Lenin desarrolló una nueva estrategia socialista, el ya mencionado "derrotismo", que tenía en cuenta el cambio de circunstancias pero seguía siendo fiel al internacionalismo y a la idea revolucionaria. Argumentó que una victoria

---

[32] Schorske, p. 286; Hochschild, pp. xvi, 87-88, 90-91, 100, 107, 128; Marwick, p. 51; Tuchman, pp. 539-40.

[33] https://www.marxists.org/archive/lenin/works/1914/aug/x01.htm

del propio país significaba una victoria de su orden establecido y, por tanto, solidificaría este orden en detrimento de los proletarios. Por esta razón, los verdaderos socialistas no debían apresurarse a defender la "patria" como hacían los reformistas; debían aprovechar la situación para poner en marcha la revolución y lograr así la victoria no de la patria en una guerra imperialista, sino del proletariado en una guerra social, en una guerra de clases. Fue con esta estrategia de "derrotismo revolucionario", escribe Gabriel Kolko, con la que Lenin se reveló como "el único dirigente socialista europeo que condenó inequívocamente la guerra y las pretensiones imperialistas de todas las naciones". Su postura de principios —o, como dice Kolko, "la pureza de su oposición" a la guerra— le granjearía a Lenin un número creciente de partidarios, no sólo dentro del RSDLP, sino dentro del movimiento socialista de Europa en general, a medida que la evolución de la guerra despojaba a un número cada vez mayor de socialistas de las ilusiones del verano de 1914.[34] Lenin procedió a practicar lo que predicaba, pues dio instrucciones a los bolcheviques para que se pusieran a trabajar en favor de la causa revolucionaria. Ya en el otoño de 1914, los informes de la policía secreta rusa indicaban que células clandestinas de bolcheviques difundían propaganda derrotista entre las tropas que se dirigían al frente.[35]

202

En el verano de 1914, los proletarios y otros plebeyos de Europa marcharon a los campos de exterminio, sin entusiasmo pero persuadidos por sus "superiores" a cumplir con su deber en nombre de la amada patria, abrumados por la propaganda masiva, pero no sin tristeza, pesar, miedo y un presentimiento de mutilación y muerte. Estos sentimientos encontrados se conjuran poderosamente en un poema de Charles Ducal, "poeta de la patria" (poeta laureado) de Bélgica en 2014-2015, titulado *"Soldaat 1914"*, "Soldado 1914":

El hambre de la tierra se ha ido
schedule gekraakt
en alle kamers ingenomen.
Het is nog
zijn hoofd,

El martillo del lenguaje rompió su
calavera
E invadió todas sus habitaciones.
Sigue siendo su
cabeza,

[34] Citas de Schramm, pp. 75-77, y Kolko (1994), pp. 119-20.
[35] Hochschild, p. 117.

pero no se le ha olvidado a nadie
groters.
En la cocina se ha proporcionado
klaargemaakt
voor zijn aandeel in armen en benen.
El diario de la tarde
het kwaad.

Pero ahora está habitada por algo
más grande.
En la cocina preparan el
disposiciones
Por su contribución en brazos y piernas.
En el salón el mal es tramado por el
periódico.

Se ha perdido mucho tiempo
van have en goed en ingesnoerd
in het uniform van de plicht.

Las aspiraciones se desvían así
De casa y familia y embalado
En el uniforme del deber.

Un viejo instinto en la cabeza
mottenzak

boven gehaald en gelucht. Er zitten
gaten in,
allicht van angst, maar die kunnen
gedicht.

De la bolsa a prueba de polillas una
antigua
instinto
Se recupera y se airea. Seguro que tiene
agujeros,
Causadas por el miedo, pero pueden ser
parcheado.

Los boletines de noticias le esperan,

haz que tu cuerpo se sienta como en casa.
Zijn dood, niettemin.

Las palabras con mayúscula otorgan
la muerte
con sentido inmortal.
Su muerte, sin embargo.[36]

[36] http://www.dichterdescaderlands.be/info; traducción del neerlandés por el autor.

Capítulo 12
El fin de la política

Cuando estalla la guerra, la élite está encantada, y es comprensible: las huelgas y otros problemas sociales se acaban de repente, la amenaza revolucionaria se esfuma y la posición política y socioeconómica de la combinación aún dominante de nobleza y clase media-alta queda "congelada". "El proceso de democratización, que antes parecía irresistible, se detiene e incluso retrocede, y se demuestra que es posible deshacer muchas de las conquistas sociales logradas por la clase obrera antes de la guerra...

En los años previos a 1914, la élite estaba atormentada por el miedo y la incertidumbre. Parecía haber una carrera entre la guerra y la revolución, y se temía que ésta triunfara. Poco importa si el peligro revolucionario existía realmente o no. Mucho más importante era el hecho de que en los círculos aristocráticos y burgueses prevalecía la convicción de que ese peligro era real y agudo. Así podemos comprender el alivio y el entusiasmo por la guerra que brotaron en el seno de la élite europea en el verano de 1914: la guerra había ganado la carrera, la guerra había eliminado la revolución. En la novela *Demian* (1919), el escritor alemán Hermann Hesse hace decir al personaje titular lo siguiente cuando estalla la guerra: "Así que no será el fin del mundo, ni terremoto, ni revolución, sino guerra. A la gente le encantará".[1]

El ya mencionado historiador francés Fernand Braudel describió un estado de ánimo más que una realidad histórica cuando, en la década de 1960, escribió que "en 1914, Occidente se encontraba en el umbral de la guerra, pero también del socialismo. El socialismo estaba preparado para hacerse con el poder y construir una nueva Europa... Pero, en cuestión de

[1] Citado en Byrnes. Véase también Libardi, Orlandi y Scudiero, pp. 20, 25.

unos días o incluso de unas horas, el estallido de la guerra destruyó esta esperanza".[2] Los socialistas, al menos los de Europa occidental y central, no estaban preparados para tomar el poder en 1914. Pero las familias aristocráticas y burguesas como la de Braudel temían sin duda la revolución y estaban encantadas de que la llegada de la guerra disipara el espectro de la revolución. Braudel se equivocaba: en 1914, no fue la esperanza de la revolución lo que se desvaneció en el bando proletario, fue el miedo a la revolución lo que se evaporó en el bando de la élite.[3]

La élite se sintió aliviada ante todo porque la guerra en el exterior produjo la paz en el interior. El estallido de un conflicto internacional neutralizaba instantáneamente los conflictos sociales internos. La guerra desterró la revolución y metamorfoseó a los proletarios inquietos y combatientes en ciudadanos obedientes. "Ya no tenemos chusma", exultaba un comentarista en Alemania, que añadía que, gracias a la guerra, todos los alemanes eran de repente "aristócratas espirituales".[4] El emperador Guillermo II quedó extasiado cuando supo que los socialdemócratas habían aprobado los créditos de guerra; en otras palabras, que dentro del SPD el nacionalismo había puesto freno al internacionalismo y que la revolución había sido eliminada del programa socialista. Exultante, declaró que "a partir de entonces [él] ya no conocía partidos políticos, sino sólo alemanes". En términos casi idénticos, el presidente de la Asamblea Nacional francesa declaró que en esta ilustre institución "ya no había adversarios, sino sólo franceses."[5] Una atmósfera similar reinaba en Viena. Encontró su reflejo en las siguientes observaciones de Stefan Zweig, que más tarde se convertiría en un famoso pacifista, en el momento en que su país, Austria-Hungría, estaba a punto de entrar en guerra:

> *A partir de ahora, cientos de miles de personas experimentan un sentimiento que nunca habían conocido en tiempos de paz, a saber, que pertenecen a una gran nación... En adelante, cada individuo estaba purificado de cualquier forma de egoísmo. Todas las diferencias de clase,*

---

[2] Citado en Canfora (2008), p. 229; véase también Canfora (2006), pp. 16-17.
[3] Braudel, pp. 420-28.
[4] Eksteins, p. 193.
[5] Citas de Hochschild, p. 118, y Tuchman, p. 542.

> *de religión y de lengua han sido barridas por un grandioso sentimiento de fraternidad*.[6]

Cuando estalló la guerra, muchos otros artistas y escritores alemanes y austrohúngaros dieron rienda suelta a su alivio y entusiasmo: Hermann Hesse, por ejemplo, y Franz Marc, Rainer Maria Rilke con su poema *"Funf Gesdnge"* ("Cinco canciones"), y el escultor expresionista Ernst Barlach (que al igual que Zweig pronto se convertiría al pacifismo) con su estatua titulada *Der Rächer,* "El Vengador".[7]

205

En Rusia, los miembros de la Duma saludaron con entusiasmo el estallido de la guerra, porque engendró en el país un tipo de unidad sin precedentes que

> *abrió la puerta a una colaboración duradera y a una confianza mutua* [*entre rusos*] *... La guerra hizo entrar en razón a la nación. Lo que parecía imposible en tiempos de paz se hizo realidad*.[8]

Los prelados de las iglesias cristianas estaban igualmente jubilosos, ya que el verano de 1914 parecía colmar sus mayores esperanzas. Todos los países experimentaron una explosión de piedad. Niall Ferguson subraya que "el estallido de la guerra fue testigo de un recrudecimiento de la observancia religiosa en casi todos los países combatientes... la gente estaba embargada por el fervor religioso... el pueblo ha vuelto [de nuevo] a Dios".[9] Grandes multitudes se reunieron en Berlín frente al palacio imperial y prorrumpieron en cánticos, alternando himnos patrióticos con himnos luteranos. A las ceremonias ecuménicas asistió un gran número de católicos y protestantes, que escucharon a los predicadores declarar que los alemanes serían "leales hasta la muerte" a su káiser y que "temían a Dios y a nada más en el mundo entero".[10] Semejante exuberancia provocó que un joven

---

[6] Citado en Losurdo (2001), pp. 11-12.
[7] Libardi, Orlandi y Scudiero, pp. 27-32;
http://rainer-maria-rilke.de/100144fuenfgesaenge.html.
[8] Rogger (1983), p. 255.
[9] Ferguson, pp. 207-08.
[10] Eksteins, pp. 65-66.

mujer de Hamburgo de clase media-alta a concluir que "nuestro pueblo ha redescubierto a Dios", y algunos eclesiásticos alemanes declararon que la guerra había transformado su país en una especie de "reino de Dios en la tierra". "La luz de la estrella de la fe", exultaba un jesuita, "nos ilumina en la oscuridad de la noche de la guerra". De los soldados alemanes se decía que rezaban mucho. Otro jesuita tenía la impresión de que

> *Todo el país se ha convertido en una iglesia. Los hombres comulgan en las estaciones de tren, en los arsenales, en los cafés, bajo los árboles, entre los arbustos... Es maravilloso cómo ha estallado la religiosidad entre nuestras tropas. Los propios oficiales nos piden que celebremos misa en los campos... Todo el mundo reza con el rosario en la mano.*

206

En Francia, "la guerra provocó una ola de inquietud que hizo que grandes multitudes acudieran a arrodillarse ante los altares", "las iglesias estaban llenas, las velas no cesaban de arder y los confesionarios fueron tomados por asalto", y el culto al Sagrado Corazón, así como las peregrinaciones a Lourdes, florecieron como nunca. Un conocido prelado, monseñor Baudrillart, lo constata con gran satisfacción y opina que

> *a pesar de los sacrificios y los sufrimientos, asistimos a acontecimientos felices, acontecimientos que en realidad esperaba desde hace mucho tiempo... Francia ha redescubierto su fuerza, y creo que el país no podría haber renacido de otro modo que con una guerra que purificará y unirá a nuestro pueblo.*

Alborozada, la Iglesia alabó "el retorno a Dios de las masas populares, así como de los soldados", un fenómeno que fue descrito como un "retorno a los altares", una "vuelta a Dios" y un "despertar religioso". Los capellanes del ejército francés estaban extasiados. Informaron de que innumerables soldados recurrían a la oración, iban a misa, comulgaban y aceptaban y llevaban los escapularios que se les ofrecían. "Nos hace sonreír", comentó triunfante uno de ellos, "a nosotros que siempre hemos creído en Dios". Los soldados "mostraban hambre de Dios, sed de Dios", exclamó un colega. Uno de los innumerables soldados franceses que corrieron a los altares en 1914 fue el poeta Apollinaire, que iba a misa a menudo e hizo su propia contribución a la "santificación de la guerra"

dedicando un poema a Juana de Arco, implorándole que "echara a los alemanes de Alsacia".[11]

En aquel verano de 1914, emperadores y reyes, príncipes de la Iglesia, aristócratas y sólidos burgueses como Stefan Zweig exultaron, y muchos pequeños burgueses exultaron junto a ellos, incluido aquel austriaco aún desconocido, Adolf Hitler. El peligro revolucionario había desaparecido, pero ese no era el único motivo de júbilo. La sagrada unión, *Burgfrieden*, o como quiera que se llamara, equivalía a una moratoria de las hostilidades políticas y sociales en el interior, presumiblemente una condición previa para la victoria en la guerra en el exterior. Esta tregua también tuvo importantes implicaciones con respecto a la situación política y socioeconómica dentro de cada país. Anunciaba el fin de la política, al menos mientras durara la guerra, y el fin de la política significaba el fin del proceso de democratización, el fin de los progresos que la democracia había estado realizando. La guerra, y la unión sagrada que se asoció a ella, dieron a la élite la oportunidad de detener, e incluso hacer retroceder, un proceso histórico de democratización que hasta entonces había parecido irresistible.

207

A pesar de las concesiones democratizadoras que antes había sido necesario hacer en la mayoría de los países, en el verano de 1914 la élite tradicional, ya fuera de la nobleza o de la clase media alta, seguía firmemente en el poder. En todas partes los gobiernos estaban formados por partidos que representaban a la élite, aunque aquí y allá hubiera que soportar parlamentos con importantes contingentes de socialistas u otros molestos políticos plebeyos. (Incluso después de su espectacular victoria electoral de 1912, que lo convirtió en el mayor partido de Alemania, el SPD seguía teniendo poco o nada que decir y se mostraba incapaz de lograr ningún punto importante de su programa; también en Francia, los recientes éxitos electorales no habían aportado a los socialistas ningún poder real). Además, los parlamentos, o al menos las cámaras bajas de los parlamentos, prácticamente las únicas instituciones estatales en las que la plebe gozaba de una modesta representación gracias a las reñidas

[11] Deschner, pp. 585-92; Fischer (1998), p. 188; Duroselle, pp. 64-65; Le Naour, pp. 29, 131; Hibberd y Onions, p. xviii; Rousseau (1999), pp. 235-43; Ulrich y Ziemann, p. 109; A. Becker, pp. 106-11.

ampliaciones del sufragio, no eran el único locus del poder estatal, ni mucho menos. En los demás centros de poder, como las cámaras altas no elegidas de los parlamentos, el ejército y los niveles superiores de la burocracia estatal, la élite estaba y seguía estando sólidamente atrincherada, y allí la plebe no disfrutaba de ninguna aportación.

Incluso en el país más democrático de Europa, Francia, la élite —constituida esencialmente por la alta burguesía con la aristocracia como socio menor— seguía detentando un enorme poder, aunque sólo representara una ínfima minoría demográfica. Con entre el 30% y el 40% de los diputados y un cuasimonopolio en los niveles superiores de la administración del Estado, el servicio diplomático, el poder judicial, el alto mando del ejército, etc., escribe el historiador francés Michel Winock, la élite "controlaba en gran medida el aparato del Estado", y ello a pesar del reciente ascenso de las "nuevas capas sociales", la clase obrera y la pequeña burguesía. En vísperas de la Gran Guerra, concluye Winock, la alta burguesía —y la élite en general— seguía siendo la clase dominante y gobernante, la clase que, además de la "riqueza esencial", controlaba también los "poderes fundamentales". [12]

Fue este statu quo conservador el que se congeló, gracias al estallido de la guerra y al "fin de la política" que la acompañó. En el caso de Francia, el historiador François Bouloc estima que la unión sagrada "dio claramente la ventaja a quienes tenían interés en la supervivencia del orden establecido."[13] Y con respecto tanto a Alemania como a Francia, el historiador británico Max Hastings escribe que la "reconciliación política" que supusieron *el Burgfrieden* del Reich y la *unión sacra* francesa "se interpretó como un triunfo de la derecha política, reflejo del eclipse de los socialistas que se habían opuesto a la beligerancia". En casi todas partes, el orden político establecido favorecía no sólo a la nobleza, sino también a la burguesía industrial, es decir, a los capitalistas, por lo que la unión sacree también funcionó en su beneficio. Al aceptar la moratoria de las luchas internas, los socialistas y los dirigentes sindicales aceptaron y legitimaron mientras duró la guerra las relaciones socioeconómicas existentes, que a pesar de las concesiones hechas anteriormente seguían favoreciendo a la patronal. Con respecto al caso de Francia, Bouloc escribe

[12] Winock, pp. 132-34.
[13] Bouloc (2008), p. 133.

que la "situación dominante *del patronato* [es decir, los empresarios]" era y seguía siendo sólida.[14]

208

Gracias a la guerra, todo seguía como estaba, y durante un periodo de tiempo indeterminado no se plantearía la posibilidad de seguir avanzando en la dirección de la democracia. Además, el estado de guerra ofreció a la élite la oportunidad de reforzar aún más su ya excepcionalmente alto grado de control sobre el aparato del Estado y, por tanto, de desmantelar, abierta o encubiertamente, la modesta medida de democracia que ya existía. En otras palabras, la guerra hizo posible no sólo detener, sino incluso "hacer retroceder" el proceso de democratización política y social.

Con respecto a Alemania, el historiador estadounidense Carl E. Schorske ha escrito que el gobierno se "arrogó inmediatamente el derecho dictatorial de decidir todas las cuestiones militares, políticas y económicas", pero este tipo de cosas ocurrió en todos los países beligerantes. Se explicó que la situación lo requería, y que después de la (supuestamente corta) guerra todo volvería a la normalidad. Mejor aún, las autoridades insinuaron un retorno de posguerra a una democracia aún mayor, a una "nueva orientación" de la política, pero tales promesas siguieron siendo especialmente vagas.[15] No sólo en Alemania, sino también en Francia y Gran Bretaña, los gobiernos en funciones —y especialmente los pequeños gabinetes que cristalizarían dentro de estos gobiernos— se arrogarían cada vez más poder, de modo que a más tardar en 1917 formarían dictaduras de facto supervisadas por políticos como Clemenceau y Lloyd George. En cualquier caso, en la mayoría de los países beligerantes ya no se celebraban elecciones, y en los parlamentos existentes los gobiernos tenían poco o nada que temer en términos de oposición, sobre todo porque en todas partes los socialistas, a pesar de los grandes éxitos electorales, eran y seguían siendo una minoría, una minoría que había abandonado su papel de oposición en el marco de la sagrada unión. Durante toda la guerra, el parlamento belga, exiliado en Francia, ni siquiera se molestó en reunirse. En Rusia, la Duma, impotente en cualquier circunstancia, propuso por voluntad propia suspender sus actividades mientras durara la guerra: sólo un puñado de miembros

[14] Hastings, p. 123; Bouloc (2008), pp. 183-84.
[15] Schorske, p. 292; Peeling.

bolcheviques y mencheviques se opusieron en vano a esta medida. (De hecho, la Duma seguiría reuniéndose ocasionalmente, pero tendría poca o ninguna influencia sobre el gobierno imperial; sólo saldría de su coma con el estallido de la revolución en 1917).[16]

209

Los gobiernos existentes se las arreglaron para que los dóciles miembros del parlamento votaran leyes de habilitación que otorgaban a los ministros amplios poderes, o simplemente proclamaron el estado de sitio. En cualquiera de los dos casos, el resultado fue que a partir de entonces se pudieron tomar todo tipo de decisiones sin la aprobación parlamentaria. En Gran Bretaña, que distaba mucho de ser un país democrático en 1914, la llamada *Ley de Defensa del Reino* (DORA) fue aprobada el 8 de agosto de 1914, sin el tradicional debate previo. Esta ley permitía al gobierno censurar a voluntad, limitar la libertad de prensa, hacer registrar domicilios y tomar todo tipo de medidas antidemocráticas. De hecho, estos poderes se utilizarían con avidez para silenciar las "opiniones políticas indeseables" en general y para tomar medidas contra socialistas, pacifistas, sufragistas, nacionalistas irlandeses y otros "inconformistas" que durante mucho tiempo habían sido una espina clavada en el costado del establishment británico. En el transcurso de la Gran Guerra —¡supuestamente la guerra por la democracia! — Gran Bretaña degeneraría así en "una especie de estado policial". El historiador conservador británico Niall Ferguson, que observó esto, también cita un periódico, *The Nation,* que en mayo de 1916 deploraba que "el país que salió a defender la libertad está perdiendo sus propias libertades una a una".[17] Ferguson llega a la conclusión de que "la supresión de la disidencia" en el "frente interno" era claramente, en Gran Bretaña como en todos los demás países beligerantes, uno de los principales objetivos del gobierno.[18]

210

El gobierno británico también consideró oportuno utilizar sus poderes del DORA para mejorar la mentalidad, los modales y los hábitos groseros de la plebe del país. Por ejemplo, se creyó posible y necesario elevar el supuestamente bajo nivel de patriotismo de los de abajo exigiendo a los

---

[16] Rogger (1966), pp. 110-11; Rogger (1983), pp. 255-56.

[17] De Schaepdrijver, p. 65; Hochschild, p. 155; Ferguson, p. 221.

[18] Ferguson, p. 215.

cines y teatros que tocaran el himno nacional antes o después de cada función. Y a los bares, donde la plebe acudía regularmente a saciar su sed, se les obligó a servir cerveza de menor graduación alcohólica y a cerrar durante un número de horas al día, por la tarde y por la noche a partir de las 22.00 horas; esta normativa se mantendría en vigor hasta 1988. La clase alta estaba convencida de que el alcoholismo no era un síntoma de pobreza y miseria sino, al contrario, una de las principales causas de los problemas sociales, con lo que implícitamente se eximía de toda responsabilidad. (Después de la guerra, el mismo tortuoso razonamiento inspiraría las leyes de Prohibición de Estados Unidos, en vigor de 1920 a 1933). Se consideraba que las visitas al pub repercutían negativamente en la disciplina y el celo de los trabajadores, por lo que "se prestaba un gran servicio a la clase obrera no suprimiendo del todo la tentación [en forma de pub], pero sí limitándola". Con el fin de aumentar la productividad en el lugar de trabajo y reducir los índices de siniestralidad, el gobierno también se limitó a cerrar muchos bares, especialmente los situados cerca de fábricas de municiones y arsenales. Las medidas adoptadas en el marco de esta "guerra contra los pubs" se revelaron particularmente impopulares. En cualquier caso, como ha escrito el célebre historiador británico A.J.P. Taylor, a través de tales medidas, "el Estado estableció un control sobre sus ciudadanos que, aunque relajado en tiempos de paz, nunca iba a desaparecer y que la Segunda Guerra Mundial iba a incrementar de nuevo".[19]

También en Canadá, que por aquel entonces seguía siendo un "dominio" británico, es decir, un miembro autónomo pero no independiente del Imperio Británico, el gobierno se dotó de grandes poderes mediante la *Ley de Medidas de Guerra* del 22 de agosto de 1914. También en este caso se pretendía vigilar a los plebeyos potencialmente molestos y, si era necesario, tomar medidas musculares contra ellos, ya que las medidas previstas no sólo eran aplicables en caso de "guerra e invasión", sino también de "insurrección real o temida". El gobierno se otorgaba a sí mismo el derecho de censurar arbitrariamente, arrestar y/o deportar personas, tomar el control de los sistemas de comunicación y transporte, regular las actividades económicas, confiscar propiedades y,

[19] Fussell, p. 315; Taylor, p. 2.

como era de esperar, prohibir las huelgas mientras durase la guerra. Con esta ley, que otorgaba al gobierno "una capacidad de represión aparentemente ilimitada y sin control", los canadienses perdieron "gran parte de la libertad parcial [de la que] disfrutaban antes", al menos si podemos creer al pacifista canadiense F.J. Dixon. Sin embargo, según algunos historiadores, la *Ley de Medidas de* Guerra se aplicó "con notable moderación ". En cualquier caso, es cierto que en virtud de esta ley innumerables ciudadanos canadienses de a pie procedentes de países enemigos como Austria-Hungría fueron privados de sus bienes y derechos civiles e internados. Y en 1917 y 1918, la ley también se invocaría para perseguir a socialistas, pacifistas y, por supuesto, bolcheviques. (Tras la Revolución Rusa, la *Ley de Medidas de Guerra* se haría aún más represiva, por ejemplo, añadiendo la prohibición de afiliarse a organizaciones socialistas o comunistas). En Canadá, esta ley sigue vigente hoy en día. En 1970, durante la llamada Crisis de Octubre, el Primer Ministro Pierre Elliott Trudeau utilizó la *Ley de Medidas de Guerra* para desplegar tropas contra los separatistas de Quebec. También en Gran Bretaña, después de la Gran Guerra, el gobierno seguiría utilizando sus poderes en virtud de la DORA, sobre todo como arma práctica para hacer frente a los problemas sociales; la DORA se invocaría sobre todo para romper huelgas, por ejemplo en 1921, 1926, 1948, 1949, 1955, 1966, e incluso más tarde.[20]

211

En Alemania, Austria-Hungría y Francia, los gobiernos que estaban en funciones en 1914 consolidaron y ampliaron sus poderes de forma similar mediante una suspensión de facto de la actividad parlamentaria —prácticamente la única forma de actividad política democrática— y la proclamación del estado de sitio. En Francia, poco después del estallido de la guerra, el gobierno declaró el estado de sitio, dotándose así de los medios para gobernar por decreto durante un periodo de tiempo indeterminado. (El estado de sitio no se levantaría hasta el 12 de octubre de 1919.) En esas circunstancias, las elecciones parlamentarias se volvieron superfluas y dejaron de celebrarse. Los ciudadanos de a pie del país, llamados a ir a la guerra para defender la democracia y la libertad, se vieron así privados de muchas de sus propias libertades y derechos democráticos, y se encontraron "excluidos de la escena política, incluso

[20] Brown, pp. 104-08.

más que en el pasado". El 5 de agosto de 1914, Francia también fue testigo de la introducción de una forma particularmente severa de censura, simbolizada por una anciana que manipulaba unas grandes tijeras y a la que se llamaba "Anastasia".

212

Cabe destacar que todas estas medidas se basaban en gran medida en leyes que se remontaban a 1849 y 1878, es decir, a los "buenos viejos tiempos", antes de que el proceso de democratización se hubiera acelerado significativamente en debido a la aparición de los partidos socialistas. Así pues, las nuevas medidas que pudieron introducirse gracias a la guerra no se limitaron a congelar el statu quo de 1914, sino que supusieron una especie de regreso a los tiempos y sistemas más autoritarios del pasado.[21] Para la élite, la rueda de la historia se había invertido y volvía a girar en la dirección "correcta". Al mismo tiempo, la élite aprovechó la oportunidad que le brindaba la guerra para transferir aún más autoridad a sus bastiones de poder tradicionales, aún prácticamente inmaculados por la democratización de 1914. El principal beneficiario de este proceso fue el ejército, cuyos generales y altos mandos solían ser aristócratas y, en menor medida, miembros de la clase media alta. En cualquier caso, el ejército era una institución que había permanecido herméticamente cerrada a extraños como los políticos y especialmente los miembros de los parlamentos, plebeyos por los que los generales no sentían más que desprecio, especialmente cuando resultaban ser socialistas y otros representantes de las órdenes inferiores. (El general británico Haig, por ejemplo, y bastantes de sus colegas despreciarían al primer ministro Lloyd George como producto del temido proceso de democratización, como "ese hombre masa").[22] Con el estallido de la guerra, y sobre todo gracias al estado de sitio proclamado prácticamente en todas partes, el ejército se benefició de repente de un enorme aumento de autoridad, también en asuntos puramente civiles. En Gran Bretaña, por ejemplo, las violaciones de las decisiones gubernamentales basadas en el DORA podían ahora ser causa de que uno fuera arrastrado ante tribunales *militares* especiales. Esto le ocurrió a Keir Hardie, el líder pacifista del ILP.

---

[21] Bouloc (2011), pp. 86-87; Losurdo (2006b), pp. 155-56; Ferguson, pp. 219-21.
[22] Wolff, pp. 64-65, 68.

También en Francia, el ejército recibió amplios poderes de naturaleza no militar; por ejemplo, el poder de suspender publicaciones periódicas. Y el comandante en jefe, Joseph Joffre, bien pudo llegar a ser conocido como "papá Joffre" porque, cuando empezó la guerra, adquirió el mismo tipo de poderes "patriarcales" —y, según ciertos historiadores, cuasidictatoriales— sobre todos los franceses que todo *pater* familias había ejercido sobre su propia familia durante la *Belle Epoque* de preguerra. Los comandantes del ejército francés saboreaban el poder que tenían ahora que era la guerra, tanto más cuanto que, no mucho antes, en la época del Affaire Dreyfus, habían perdido parte de la autoridad y el prestigio de que habían gozado tradicionalmente para la ventaja de los detestados políticos del parlamento. Así que ya no se molestaron en disimular su desprecio por las autoridades civiles, como habían tenido que hacer antes de la guerra. Por el contrario, los ministros del gobierno mostraban el mayor respeto por los generales, que de repente habían adquirido "el estatus de infalibles dioses del trueno en todas las naciones en guerra". En 1915, cuando Italia entró en guerra, el comandante en jefe del ejército, Luigi Cadorna, se convertiría en "el jefe indiscutible de Italia durante veintinueve meses", con poderes sobre la vida y la muerte, como ha escrito el historiador italiano Angelo Del Boca.[23]

213

En cuanto a Alemania, cuando comenzó la guerra el ejército ya respondía exclusivamente ante la persona del Kaiser y en modo alguno ante el Reichstag. Aun así, sus poderes se ampliaron de inmediato. Sintomático de ello fue el hecho de que fuera un oficial del alto mando del ejército, y no el canciller Bethmann-Hollweg, quien redactara la declaración por la que el emperador Guillermo II anunciaba la guerra a su pueblo. Y en el marco de la movilización general, las autoridades militares regionales de Alemania recibieron el poder de "limitar las libertades individuales, confiscar propiedades, censurar publicaciones periódicas, inspeccionar el correo y arrestar a disidentes" — y también, al igual que en Gran Bretaña, prohibir la venta de alcohol y cerrar bares. Éstas eran exactamente las ventajas que la élite —no sólo en Alemania, sino también en otros lugares— esperaba de la guerra. En el transcurso de la guerra, los

[23] Englund, p. 61; Hastings, p. Ill; Cazals, p. 43; Duroselle, p. 130 y ss.; Del Boca, pp. 134, 146.

poderes del alto mando del ejército sobre la población civil alemana iban a ser tan amplios que los historiadores han descrito la situación como una dictadura militar, una dictadura "silenciosa" cuyos protagonistas fueron los generales Paul von Hindenburg y, sobre todo, Erich Ludendorff. Durante los últimos años de la guerra, Ludendorff sería el hombre más poderoso de Alemania. "En la práctica", escribe Niall Ferguson, "Ludendorff llegó a ser el único maestro de la estrategia alemana, y de muchas otras cosas".[24]

También es sintomático que todos los territorios conquistados por Alemania fueran administrados por el ejército, mientras que el Reichstag —con sus diputados socialdemócratas y otros representantes elegidos por sufragio universal — no aportaba nada. La Bélgica ocupada fue gobernada por un "virrey" militar, un noble por supuesto, el Barón (*Freiherr*) Moritz von Bissing. Actuaba de forma muy parecida a como podría haber actuado un gobernador en una colonia africana, es decir, beneficiándose de una autoridad ilimitada. Como todos los generales alemanes, von Bissing sólo era responsable ante el Kaiser y en absoluto ante el Reichstag. La Bélgica ocupada degeneraría así en una especie de "estado policial"; se convirtió en un país sometido a un régimen de terror. Pero fue sobre todo la gente de las órdenes inferiores la que pagó el precio, porque la nobleza belga era tratada con respeto y benevolencia por los oficiales alemanes, que fueron descritos por el enviado estadounidense Brand Whitlock como "increíbles esnobs".[25]

Bélgica fue gobernada por los alemanes de la forma más autoritaria, es decir, de la misma manera que la propia Alemania había sido gobernada antes del inicio del proceso de democratización y de la introducción del sufragio universal por Bismarck (un poco como Francia había sido gobernada por sus reyes absolutistas antes de la revolución de 1789). Fue este sistema autoritario al estilo del *ancien régime* el que *el Kronprinz* había soñado brevemente con restaurar mediante un golpe de Estado en 1913, y fue este sistema el que la élite alemana —especialmente el elemento feudal dentro de esta élite— esperaba poder resucitar gracias a la guerra. Desde este punto de vista, el experimento de la Bélgica ocupada

---

[24] Hastings, p. 81; Deist (1970), primera parte, pp. 26-28; Ferguson, p. 288.
[25] De Schaepdrijver, pp. 120, 125-26, 130.

fue un amargo anticipo de lo que podía esperar la propia Alemania en caso de victoria en la guerra.

La burocracia estatal, formada por funcionarios que no eran elegidos sino nombrados —sobre la base de su origen social, alta educación y devoción al orden establecido—, fue otro bastión de poder de la élite en el que se escondió discretamente aún más poder en cuanto empezó la guerra. Cabe destacar que entre las instituciones que se beneficiaron de esta estratagema se encontraban los embrionarios servicios secretos que, en países como Estados Unidos, evolucionarían más tarde en estrecha colaboración con el ejército hasta convertirse en una especie de Estado dentro del Estado, un "establecimiento de seguridad". Gran Bretaña fue testigo del nacimiento de la Oficina del Servicio Secreto, que más tarde se conocería como MI-6 (Inteligencia Militar, Sección 6). Colaboraría estrechamente con el ya mencionado Basil Thomson, de Scotland Yard, así como con las autoridades militares de en la caza de espías reales o imaginarios y otros elementos subversivos. Thomson actuaba como la araña en el centro de esta tenebrosa red burocrática. Era un representante archiconservador de la élite, en realidad mucho menos deseoso de atrapar espías alemanes que "enemigos" domésticos como sufragistas, nacionalistas irlandeses y, por último pero no menos importante, socialistas.

215

También en otros países beligerantes se crearon servicios secretos y se recurrió a espías, informadores e incluso agentes provocadores para combatir a socialistas, pacifistas y otros disidentes. En Francia, por ejemplo, los empresarios y los prefectos de distritos como Le Tarn y l'Aveyron contrataron infiltrados, conocidos como *mouchards* o "chivatos", para espiar a los sindicatos. En Alemania se recurrió a *los llamados V-Leute*, haciendo referencia la V al término *Vertrauensperson,* "persona de confianza" o *Verbindungsperson,* "agente de enlace". Se ha dicho que este enfoque era una ilustración de las "necesidades de poder de los gobernantes". Era un medio de implicar no sólo al ejército, sino a toda la población en el esfuerzo gargantuesco, y de utilizar todos los métodos disponibles, como se requería para ganar la guerra. (En 1919, en Munich, Hitler sería puesto a trabajar como *V-Mann* por oficiales nacionalistas del ejército alemán). En Alemania también surgió gradualmente la teoría y la

práctica de lo que se llamaría "guerra total" *(totaler Krieg)*, "guerra del pueblo" (*Volkskrieg*), y/o "guerra por la existencia" (*Existenzkrieg*).[26]

La evolución aquí descrita equivalía, al menos *grosso modo,* a un retorno a formas de sistemas políticos y sociales que Europa había conocido antes del inicio del proceso de democratización. El estallido de la guerra, escribe el historiador italiano de la democracia, Luciano Canfora, produjo el "archivamiento" (*accantonamento*) de la democracia. Peor aún, la guerra provocaría la aparición de formas más o menos formales de dictadura como las de Clemenceau, Lloyd George y Ludendorff, en realidad variantes de sistemas totalitarios. Como ha señalado el historiador y filósofo italiano Domenico Losurdo, fue durante la Primera Guerra Mundial cuando hicieron su primera aparición numerosas características de los sistemas que llamamos totalitarios (y que solemos asociar con el fascismo y el comunismo); por ejemplo, el uso de tribunales militares, las ejecuciones, la censura, el control intensivo de la población a través del espionaje, la propaganda descarada, la caza de brujas contra los espías de e incluso los campos de concentración para determinados grupos étnicos. La Gran Guerra, escribe Losurdo, fue el catalizador de la aparición de sistemas que se llamarían primero "totalismo" y más tarde "totalitarismo", que muchos expertos en la materia e historiadores como Emil Nolte prefieren achacar a los bolcheviques, cuyo desagradable ejemplo fue luego presumiblemente seguido por el nazismo y otras formas de fascismo.[27]

216

No sólo en Alemania, sino en todos los países beligerantes, la guerra se convertiría en una "guerra total", una "guerra del pueblo", una guerra en la que se esperaba que todos los individuos y clases contribuyeran al esfuerzo masivo y a los enormes sacrificios necesarios para ganar. Pero en ninguna parte fue la guerra "total" o un asunto del "pueblo" en el sentido de que las clases bajas aportaran la más mínima contribución a la *gestión* de la guerra, es decir, a la toma de decisiones políticas, militares, sociales o económicas con respecto a la guerra. En cuestiones militares, la gente corriente no gozaba de influencia alguna. En el plano político, la posibilidad de una mínima aportación "desde abajo" fue abortada por la

---

[26] Boscus, p. 230; WeiEbecker, pp. 131, 169; Horne, pp. 58-59.

[27] Canfora (2008), p. 223; Losurdo (2006b), pp. 205-08.

suspensión de la actividad parlamentaria. Y, al unirse a la sagrada unión, los partidos socialistas y los sindicatos habían dado carta blanca a la élite, más sólidamente instalada que nunca en todos los centros de poder del Estado, para tomar decisiones a su antojo en materia de política social y económica mientras durara la guerra, presumiblemente en beneficio de todos, huelga decirlo. (El historiador británico John H. Horne ha señalado que el papel de los partidos socialistas y los sindicatos como "defensores del cambio económico y social" se suspendió en 1914 por un periodo indefinido).[28] Se pretendía que todo —salarios, condiciones de trabajo, etc.— permaneciera sin cambios. Mientras durara la guerra, se observaría una tregua en el conflicto de clases que había caracterizado los años de preguerra. Más tarde, tras la victoria común sobre el enemigo exterior, podría reanudarse el conflicto contra el enemigo interior, el enemigo de clase, presumiblemente con mayores posibilidades de éxito —o así se convencieron en el campo de los dirigentes socialistas y sindicales.

Los ciudadanos de a pie, como obreros, campesinos y artesanos, no tenían nada que decir sobre cómo se desarrollaba la guerra; por el contrario, la élite lo decidía todo . En todos los Estados beligerantes —incluso en los más "feudales", como Alemania, la Monarquía del Danubio y Rusia, donde la nobleza seguía siendo la clase gobernante por excelencia— los industriales, y sobre todo los grandes industriales, esa otra mitad del gemelo siamés de la élite, contribuyeron considerablemente a la forma en que se gestionó la guerra. La guerra no tardaría en revelarse como una guerra industrial, y los industriales serían necesarios para garantizar su triunfo. Eran los expertos en producción industrial; se les necesitaría para dirigir el cada vez más importante aspecto económico de una "guerra total". Pronto se convirtieron en los expertos en la gestión de la guerra, expertos frente a los cuales los burócratas estatales formados en los clásicos de Gottingen u Oxford parecían diletantes desventurados.[29] En todos los países, los gobiernos (y los comandantes de los ejércitos) siguieron elaborando planes económicos como antes, pero lo hicieron cada vez más en colaboración con representantes de la industria, representados por personalidades como Walther Rathenau en Alemania, o asociaciones como la asociación

[28] Horne, p. 42.
[29] Véase, por ejemplo, Bouloc (2008), pp. 165-66.

de empresarios de la industria siderúrgica de Francia conocida como *Comite des Forges* o, en Alemania, el Comité de Guerra de *la Industria* Alemana *(Kriegsausschuß der deutschen Industrie*). En todos los países beligerantes, esta colaboración entre Estado e industria, que según Niall Ferguson estaba mejor sincronizada en Alemania que en Francia y Gran Bretaña, engendró una especie de "capitalismo de Estado" en el que la producción se dejaba en manos del sector privado. En ambos bandos se consideraba normal que este último siguiera obteniendo beneficios. Esta actitud se reflejaba en el eslogan, atribuido a Winston Churchill, según el cual incluso durante la guerra había que "seguir como si nada".[30] En cualquier caso, se esperaba que los industriales contribuyeran a ganar la guerra impulsando la producción, lo que significaba hacer trabajar más a sus empleados. Pero esto no implicaba necesariamente pagarles más, porque era crucial mantener o aumentar los beneficios. Y una oportunidad de oro para aumentar la productividad de los trabajadores manteniendo bajos los salarios y aumentando así los beneficios fue, por supuesto, la promesa, hecha por socialistas y sindicalistas, de no hacer huelga mientras durara la guerra.

217

La unión sagrada supuso una especie de armisticio en el conflicto de clases que había asolado prácticamente toda Europa hasta el verano de 1914. Pero este armisticio resultó ser un asunto muy unilateral. En efecto, desde el comienzo de la guerra, los empresarios de todos los países beligerantes, con la colaboración de un Estado que distaba mucho de ser neutral, procedieron a hacer que sus empleados trabajaran más y durante más tiempo por salarios que permanecían congelados y, en algunos casos, por salarios más bajos, y a suspender, de facto si no de iure, los derechos de los sindicatos que tanto había costado conseguir. Los salarios y las horas de trabajo ya no se discuten, todo se fija por *decreto* ministerial*,* por lo que los deseos de los industriales tienen mucho más peso que las necesidades de las masas trabajadoras anónimas, cuyos representantes, antes molestos, ya no participan en absoluto en los procesos de toma de decisiones. Desde este punto de vista, la situación fue peor en Rusia, donde, desde el comienzo de la guerra, los trabajadores perdieron las modestísimas protecciones y derechos sociales que habían conseguido

[30] Ferguson, pp. 259-63; Bouloc (2008), p. 162.

poco antes. El Estado dio carta blanca a los empresarios para que trataran a sus empleados a su antojo, por ejemplo introduciendo jornadas laborales más largas, obligando a las mujeres y a los niños a trabajar también de noche y utilizando la temida arma del cierre patronal. "En nombre de la defensa de la patria", escribe Alexandre Sumpf, "los trabajadores [rusos] se vieron obligados a aceptar condiciones de trabajo deplorables sin ningún tipo de compensación material o incluso simbólica".[31] En Alemania, en el contexto del estado de sitio, las autoridades militares locales suspendieron todo tipo de reglamentaciones existentes para la protección de los trabajadores, reglamentaciones que los empresarios se habían visto obligados a introducir antes de la guerra, por ejemplo con respecto al trabajo peligroso y al trabajo nocturno.

218

También en Gran Bretaña, el tándem formado por el Estado y la industria ideó todo tipo de formas de violar los derechos de los sindicatos, por muy dóciles y complacientes que éstos se mostraran. En Francia, la patronal pudo, con la ayuda del Estado, recuperar el terreno perdido antes de la guerra gracias a la presión de socialistas y sindicatos. En numerosas empresas francesas, por ejemplo, el sistema de "salarios por hora" fue sustituido por el antiguo sistema de "salarios a destajo", típico de las miserables condiciones de trabajo de los talleres clandestinos del siglo XIX . (El sistema de "salarios a destajo" era el sistema salarial favorecido dentro del modo de producción capitalista, como ya había subrayado Marx). Cuando los sindicatos se oponían a estas medidas regresivas, los empresarios podían contar con la mano de hierro del Estado para cortar de raíz las protestas y las huelgas. El arsenal represivo incluía también la censura de publicaciones y la prohibición de asambleas y manifestaciones. Los obreros que se atrevían a dejar las herramientas a pesar de la moratoria oficial de las huelgas, o participaban en cualquier otra forma de agitación obrera, y los trabajadores que, por cualquier motivo, eran denunciados por sus patronos, eran reclutados rápidamente por el ejército, método ya utilizado en Francia en 1910 con motivo de una huelga ferroviaria.[32] "La suma de todas las concesiones hechas por los

[31] Rogger (1983), pp. 241, 260; Rousseau (2006), p. 89; Sumpf (2014), pp. 132-33.

[32] Deist (1970), primera parte, pp. 26-28; Ferguson, p. 270; "Piece Work"; Marwick, pp. 95, 98-99; Kolko (1994), pp. 108-09; Boscus, pp. 229-31.

obreros", combinada con el "debilitamiento de los sindicatos", escribe el historiador francés François Bouloc, "fue también un 'beneficio de guerra' obtenido por la patronal, y ciertamente no uno de los menores."[33]

219

El estallido de la guerra provocó inicialmente una crisis económica acompañada de un aumento del desempleo, pero muy pronto quedó claro que la guerra podía durar mucho tiempo y que la victoria exigiría un enorme esfuerzo industrial. De ahí que la industria empezara a funcionar a toda máquina y que aumentara la demanda de trabajadores; un alto porcentaje de ellos fueron desmovilizados para ir a trabajar a las fábricas, sobre todo a las de municiones. Para evitar que los trabajadores se beneficiaran, a expensas de sus patronos, del aumento de la demanda de mano de obra, que normalmente habría elevado los salarios, se restringió la libertad de movimiento de los trabajadores tanto en Alemania como en Francia. Para mantener la oferta de mano de obra en un nivel suficientemente alto y evitar así que el "juego" de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo supuestamente libre provocara un aumento de los salarios, se reclutó a mujeres en masa en todos los países beligerantes y también se recurrió al trabajo forzoso siempre que fue posible. En Alemania, por ejemplo, gracias a la movilización de más de cinco millones de mujeres trabajadoras y al trabajo forzoso de civiles belgas, así como de prisioneros de guerra aliados, fue posible mantener la reserva total de mano de obra de hasta 1918 prácticamente al mismo nivel que en 1914. Gran Bretaña y Francia también movilizaron a las mujeres y, al final de la guerra, representarían entre el 35% y el 40% de la mano de obra.[34]

Los dos socios de la Entente Cordiale no podían reclutar mano de obra forzada en los territorios ocupados por sus ejércitos, como sí podía hacer Alemania en Bélgica y en el norte ocupado de Francia. En cambio, podían servirse de un suministro inagotable de la mano de obra ridículamente barata que representaban los "coolies", tradicionalmente reclutados en la India y China para realizar trabajos peligrosos y/o sucios para los jefes coloniales. (El uso a gran escala de coolies había comenzado unos cien años antes, concretamente después de que se aboliera la esclavitud en Gran Bretaña por todo tipo de razones que nada tenían que ver con la

[33] Bouloc (2008), p. 173.

[34] Hastings, p. 417; Ferguson, pp. 267-68; Horne, p. 100; Rousseau (2006), pp. 86-89.

filantropía; el sistema coolie equivalía a una especie de "esclavitud camuflada").[35] En el transcurso de la Gran Guerra, los coolies serían utilizados para evacuar cadáveres, limpiar ruinas, cavar trincheras, construir cementerios militares, etc. El uso de coolies también sirvió para mantener los salarios a niveles bajos, y es lamentable pero comprensible que los trabajadores franceses y británicos no albergaran sentimientos cálidos hacia estos trabajadores coloniales mal pagados y mal tratados.

220

Las circunstancias aquí descritas hicieron que los salarios disminuyeran desde los primeros días de la guerra, aunque no al mismo ritmo en todos los países ni en todos los sectores económicos. A partir de 1916-1917, los salarios empezarían a subir de nuevo aquí y allá, pero muy lentamente, por razones que pronto se discutirán. Sin embargo, a pesar de este repunte, al final de la guerra los salarios reales seguirían estando por debajo de los niveles de 1914; en Francia, por ejemplo, entre un 15 y un 20 por ciento por debajo de 1914. Aunque los salarios nominales aumentaron durante la guerra, nunca lo hicieron tan rápido como los precios. Entre los ciudadanos de a pie nunca dejaron de oírse quejas sobre el "alto coste de la vida" (*la vie chère*).[36] Desde el comienzo de la guerra, los precios subieron rápidamente, y entre 1914 y 1916 aumentarían aproximadamente un 50%. En Rusia, en 1916 los precios eran el doble que en 1914 y el triple que en 1913. Después de 1916, los precios en Francia y en Gran Bretaña siguieron subiendo y, al final de la guerra, eran el doble que en 1914. Pero la inflación de fue aún mayor en Alemania, donde en 1918 los precios serían cuatro veces más altos que en 1914.[37]

Los factores determinantes de la subida de precios en todos los países en guerra fueron, entre otros, la escasez de prácticamente todos los productos; la expansión monetaria con la que los gobiernos trataron de facilitar el reembolso de los préstamos que utilizaron (en lugar de aumentar los impuestos) para financiar la guerra; y, por supuesto, los beneficios considerablemente mayores obtenidos por los productores, desde los grandes industriales y terratenientes hasta los pequeños agricultores. El precio de los bienes de consumo subió de forma

---

[35] Losurdo (2007a), p. 198.

[36] Dupeux, pp. 207-08; Duroselle, p. 200; Horne, pp. 91-92.

[37] Rousseau (2006), p. 91; Horne, pp. 91-92; Kolko (1994), pp. 88-94, 101, cita en p. 94; Rogger (1983), p. 260.

especialmente acusada, con mucho más en Alemania y en Austria-Hungría, sometidas a un bloqueo naval.[38] En cualquier caso, en casi ningún lugar los salarios nominales siguieron el ritmo de la subida de los precios. El resultado fue un descenso del nivel de vida y una miseria creciente entre los ciudadanos de a pie, especialmente entre los trabajadores. En Francia, el gobierno era muy consciente de la tradición revolucionaria del pueblo —y del precedente de la Comuna de París— e introdujo un sistema relativamente generoso de ayuda a las familias de los soldados, así como una moratoria en los alquileres de viviendas. El gobierno británico resultó ser menos caritativo y se limitó a introducir una ayuda relativamente modesta a las esposas de los soldados, así como pensiones para las viudas de guerra. En las Potencias Centrales, la situación social era mucho peor, y el hambre asolaba las filas de las clases bajas. En Alemania y en la Monarquía del Danubio hubo que racionar el pan y otros alimentos ya en 1915; las mismas medidas no se tomarían en Francia hasta 1917 y en Gran Bretaña hasta 1918.[39]

Y así sucedió que los costes y la miseria de una guerra que no fue corta ni triunfal, sino que duraría muchos años, fueron soportados en su mayor parte por las mismas clases bajas que también proporcionaron generosamente la carne de cañón necesaria. Mientras tanto, gracias a la moratoria de la acción política y sindical, industriales como Krupp y Citroën podían reportar beneficios gigantescos. Los trabajadores no tardarían en darse cuenta de ello y empezar a refunfuñar que "los beneficios de la guerra van a parar a los imperialistas" mientras "los proletarios se masacran unos a otros por una causa que no es la suya". El tristemente célebre término "especuladores de la guerra" se originó en este contexto.[40] En Francia en particular, la tierra no sólo de la libertad sino también de la igualdad, los proletarios resentían profundamente que el peso de la guerra se repartiera de forma extremadamente desigual entre la ciudadanía.

221

El descontento crecía así irresistiblemente entre los trabajadores, y no sólo en Francia. Pero, por el momento, los dirigentes de los partidos y

---

[38] Ferguson, pp. 320-21, 330.

[39] Hastings, pp. 412, 414; Ferguson, pp. 276-77.

[40] Marwick, p. 95; Potzl; Dupeux, p. 203; Boscus, p. 229.

sindicatos socialistas se aferran al sagrado sindicato y se niegan a organizar huelgas o protestas. Sí negociaron con representantes del Estado y de la patronal con la esperanza (generalmente vana) de concluir acuerdos ventajosos sobre salarios, condiciones de trabajo, etc. En Francia, por ejemplo, se crearon comisiones "tripartitas" con este fin, pero no consiguieron gran cosa. Habiéndose privado del arma de la huelga, los socialistas y los dirigentes sindicales negociaban siempre desde una posición extremadamente débil; y el Estado no era un intermediario honesto, sino que se ponía resueltamente del lado de la patronal, por lo que la contienda era siempre de "dos contra uno". Los trabajadores resistieron a su manera, es decir, trabajando más despacio y de forma menos productiva, declarándose enfermos con frecuencia, cambiando de trabajo con frecuencia cuando ello era posible. La patronal y las autoridades reaccionaron introduciendo controles más estrictos y amenazando con todo tipo de castigos, incluido el envío de los trabajadores de vuelta al frente.[41]

En Francia, las autoridades constatan un "aumento del descontento" entre los obreros, y también en Alemania el estado de ánimo de los trabajadores empeora rápidamente ante la miseria creciente. Esta inquietud creciente en el seno de las bases obligaría a los sindicatos de todos los países beligerantes a abandonar el sindicato sagrado, oficial o extraoficialmente, a desenterrar el hacha de guerra, a autorizar e incluso a iniciar de nuevo huelgas, y a volver así a la lucha de clases que sus antagonistas nunca habían abandonado realmente.

222

En su fase inicial, durante el verano y principios del otoño de 1914, la guerra parecía que iba a proporcionar a la élite aristocrático-burguesa un éxito sin precedentes, e incluso un triunfo definitivo, contra su adversario en la lucha de clases, en otras palabras, una victoria en el gran conflicto interno. Además, la guerra, que nadie creía que pudiera acabar en derrota, parecía inicialmente segura para hacer realidad los sueños imperialistas más audaces de la élite, incluidas las conquistas territoriales en Europa y/o ultramar. La élite podía soñar los sueños más extravagantes porque los socialistas, que tradicionalmente se oponían a las ambiciones imperialistas de la nobleza y de la alta burguesía, habían abandonado el

[41] Ferguson, p. 270; Boscus, pp. 229-30, 233, 237.

campo de batalla, por así decirlo, en el marco de la sagrada unión. Gracias a la guerra, la nobleza y la alta burguesía tuvieron así libertad para perseguir incluso sus ambiciones más grandiosas; sin embargo, la nobleza "agraria" y sobre todo la alta burguesía "industrial" no eran bloques monolíticos, sino mosaicos de "facciones" que a veces competían vivamente entre sí. Estas facciones albergaban ambiciones a veces extremas y a veces más bien modestas, que cambiaban con los altibajos de la fortuna de la guerra y que, en consecuencia, eran a menudo de naturaleza contradictoria y conflictiva. En cada país, el Estado trataba de defender y promover los intereses de la élite *en general* y, por tanto, era incapaz de satisfacer todas las demandas formuladas por los grupos de presión que representaban a todas las facciones de la élite. El caso de Alemania es bien conocido: inicialmente militarmente exitosa, consiguió ocupar gran parte del territorio enemigo y parecía tener la victoria al alcance de la mano, lo que despertó enormes apetencias en el bando de la élite. Además, Alemania carecía de colonias y, por tanto, era extremadamente ambiciosa para conquistar territorios tanto en Europa como en ultramar. Por último, resulta que los historiadores están más familiarizados con el caso de Alemania, cuyos archivos se abrieron tras la Segunda Guerra Mundial, y cuyas ambiciones expuestas de 1914 recibieron una gran publicidad en la época de la polémica generada por el trabajo del historiador Fritz Fischer.

Desde el comienzo de la guerra, el canciller alemán von Bethmann—Hollweg se vio asediado por diversos grupos de presión de la élite, que le presentaban los más extravagantes desiderata. Su origen era en parte aristocrático y en parte de clase media alta, por lo que ambos pilares de la clase dirigente alemana contaban con su comprensión y simpatía. Pero es comprensible que Bethmann-Hollweg tuviera que rechazar la mayoría de las demandas que se le presentaron, y que se granjeara así muchos enemigos, lo que a la postre le costaría el puesto.

223

Ya sabemos qué tipo de ambiciones imperialistas motivaban a la nobleza alemana. Como grandes terratenientes, soñaban sobre todo con grandes adquisiciones territoriales, especialmente en Europa del Este. Pero para la nobleza la guerra también resultó ser una oportunidad para deshacer "1789". Y así podemos entender que algunos aristócratas alemanes propusieran aprovechar la esperada victoria para restaurar la monarquía borbónica en Francia, al igual que se había hecho en 1814-

1815 tras la victoria sobre Napoleón. También se planeó erigir estados vasallos en partes de Europa oriental y meridional que no serían anexionadas directamente por Alemania; por supuesto, se esperaba que fueran monarquías, con como cabezas coronadas a miembros subalternos de las principales familias nobles de Alemania.[42] Mucho más conocidos, sin embargo, son los objetivos formulados por los principales industriales y banqueros alemanes. También en su caso, todo tipo de adquisiciones territoriales en Europa y otros lugares figuraban en las listas de desideratas. En otoño de 1914, por ejemplo, un grupo de industriales alemanes pidió al economista Hermann Schumacher que elaborara una lista de reivindicaciones que fue entregada a van Bethmann-Hollweg el 17 de noviembre de 1914. En ella se proponía la anexión de Bélgica y de la región francesa de Longwy y Briey. Estos objetivos bélicos coincidían armoniosamente con las ambiciones de los mandos aristocráticos del ejército, que deseaban anexionarse trozos de Bélgica y Francia, como Lieja con sus fortalezas y la costa y los puertos flamencos, debido a su importancia estratégica.

El propio gobierno se volvió más o menos ambicioso con los fluctuantes éxitos militares del ejército alemán. No se había ido a la guerra con un proyecto detallado de conquista, sino más bien con un apetito vago pero muy real de extender el territorio y la influencia, incluyendo la anexión directa o el establecimiento de protectorados sobre pequeños estados, el establecimiento de estados vasallos (preferiblemente pero no necesariamente bajo dinastías alemanas), la creación de zonas de libre comercio dominadas por el Reich, etc. Se soñaban grandes sueños y se deseaban muchas cosas, pero lo que se consiguiera exactamente iba a depender en última instancia del éxito de la guerra. El propio Bethmann-Hollweg propuso un programa provisional de objetivos de guerra —su famoso "programa de *septiembre*" (*Septemberprogramm)*— que era sólo ligeramente menos ambicioso que los objetivos de guerra de los nacionalistas alemanes más fanáticos y de los industriales más voraces, como August Thyssen, que despreciaban al canciller por "pelele".[43]

[42] Hastings, p. 248.
[43] Piper, pp. 80-84.

Sin embargo, cuando estalló la guerra en 1914, los alemanes no fueron ciertamente los únicos en mostrar un enorme apetito imperialista. En comparación con Alemania, Gran Bretaña, Francia e incluso Bélgica tenían muchas colonias, pero eso no impidió que este trío descendiera como buitres sobre las colonias alemanas de todo el mundo, especialmente en África. Los británicos y los franceses invadieron Camerún, una posesión alemana, pero su conquista resultó menos siniestra de lo esperado; la resistencia alemana no cesaría hasta febrero de 1916 con la caída del fuerte de Mora. En cuanto a los japoneses, ya en agosto de 1914 exigieron a los alemanes la entrega de su concesión en China, Qingdao. En cuanto a las ambiciones imperialistas, los hechos británicos fueron mucho más claros que sus palabras. El petróleo de Oriente Próximo era uno de los objetos de sus deseos, por lo que no es de extrañar que en Mesopotamia, como ha señalado Peter Englund, subestimaran suavemente las ambiciones de Londres en la región,

> *Las operaciones británicas ... comenzaron inmediatamente después del estallido de la guerra, incluso antes de que el Imperio Otomano se hubiera aliado con las Potencias Centrales: su propósito original era el muy limitado* [*sic] de asegurar los yacimientos petrolíferos de la costa.*[44]

Ni los socialistas alemanes, ni los franceses, ni los británicos protestaron contra tales iniciativas, que demostraban con toda claridad el carácter imperialista de la guerra. Pero probablemente esperaban que a largo plazo, tras la realización de estos proyectos, cayeran algunas migajas de la mesa en beneficio de la plebe, como ya había ocurrido con los proyectos "socialimperialistas" de preguerra. No es improbable que las élites de los países implicados vieran las cosas igual que antes Cecil Rhodes y creyeran que las conquistas imperialistas podrían apaciguar a los proletarios y servir para integrarlos en el orden establecido.

---

[44] Englund, p. 185.

225

Capítulo 13
Caballeros y plebeyos en pie de guerra

> *Los ejércitos de todos los países beligerantes tienen un "carácter de clase" muy pronunciado. Los simples soldados son casi exclusivamente plebeyos, en su mayoría campesinos. Los oficiales pertenecen a las clases "mejores", y un número desproporcionadamente alto de generales son aristócratas. Los ejércitos reflejan no sólo la estructura de clases, sino también las relaciones de clase de la Europa de la llamada Belle Epoque ...*

Influidos por el nacionalismo, todavía muy impregnado de racismo y darwinismo social, innumerables contemporáneos percibieron la guerra que estalló en el verano de 1914 como una "guerra racial" entre alemanes y eslavos, entre naciones latinas superiores y bárbaros *boches,* etc. Pero tiene mucho más sentido definir esta guerra, que era por supuesto una guerra convencional entre países, como una guerra entre clases. Los años anteriores a 1914 habían sido testigos de una encarnizada lucha de clases en casi todas partes, y tras el estallido de la guerra esta lucha continuó sin tregua con los mismos intereses en juego que antes, a saber, salarios, horas de trabajo, reformas políticas y sociales, etc., y con las mismas armas, incluidas las huelgas, la censura, etcétera.

En otras palabras, la lucha continuaba a favor y en contra de la emancipación de los plebeyos, a favor y en contra de la democracia. En el marco de la famosa unión sagrada, sólo los dirigentes socialistas y sindicales, paladines de la plebe, habían depuesto las armas con la ilusoria esperanza de que después de la guerra la lucha pudiera reanudarse en condiciones más favorables. La élite, por su parte, aprovechó la oportunidad que le brindaba la sagrada unión para pasar a la ofensiva, con la esperanza no sólo de consolidar su posición, sino incluso de recuperar el político y el terreno social perdidos antes de la guerra en el contexto del proceso de democratización.

226

Ya hemos visto que la élite había promovido la *militarización* de la sociedad, es decir, había trabajado para reconstruir la sociedad según el modelo militar, tratando a la gente como se trata a los soldados en un ejército. En un ejército, los oficiales, un pequeño número de individuos superiores, dan órdenes, y los "subordinados", las "masas" inferiores, tienen que obedecer incondicionalmente. Así había sido desde tiempos inmemoriales en los ejércitos de las grandes potencias, que, con la única excepción del ejército británico, eran en realidad gigantescas organizaciones compuestas por millones de miembros, y así fue en el verano de 1914. En todos los países, la élite había conseguido proteger al ejército de la "contaminación" por el proceso de democratización y preservarlo como bastión exclusivo del poder de la élite, caracterizado por unas relaciones de poder perfectamente jerarquizadas que reflejaban la jerarquía social de cada país, y por una disciplina férrea. ¿No era una institución así algo magnífico, un modelo a emular por la sociedad en general? Examinemos cómo eran y cómo funcionaban los grandes ejércitos de 1914.

Como ha subrayado el historiador estadounidense Gabriel Kolko, todos los ejércitos, incluso el más democrático, el francés, mostraban un marcado "carácter de clase". Y un historiador alemán, Martin Hobohm, escribe que la "clasificación" dentro de la pirámide jerárquica del ejército se ajustaba a las capas sociales de la población".[1] En la base de la pirámide se encontraban los simples ciudadanos, la gente menuda, los campesinos, obreros, artesanos, miembros de la clase obrera y de la clase media-baja, es decir, los plebeyos de la "subclase industrial o del campesinado rural", como ha escrito el historiador británico Max Hastings. Sirvieron masivamente como "soldados de a pie" en la infantería, el "arma" que sufriría las mayores pérdidas durante la guerra.

Como había que desmovilizar a los obreros para que fueran a trabajar a las fábricas, el campesinado estaba sobrerrepresentado en todas partes entre los soldados rasos. El ejército ruso estaba formado en tres cuartas partes por campesinos, muchos de ellos analfabetos, que no tenían ni idea de por qué tenían que ir a la guerra. En Francia, el campesinado estaba sobrerrepresentado en la infantería, cuyas filas serían diezmadas.

---

[1] Hobohm, p. 139.

Y así, un número desproporcionadamente alto de campesinos perdería la vida, supuestamente unos 673.000, como ilustran las largas listas de nombres de los "caídos" inscritos en los monumentos conmemorativos de la guerra que se pueden encontrar incluso en los pueblos más pequeños de Francia. "Es el campo", escribe un historiador francés, "el que pagó el tributo más pesado a la guerra".[2]

227

En todas partes, los sargentos y otros suboficiales procedían de un estrato social ligeramente superior. Por lo general, eran trabajadores de cuello blanco, burócratas de bajo nivel o profesores. Los oficiales procedían principalmente de la clase media-alta. Eran reclutados entre los miembros de las profesiones liberales, los hombres de negocios, los intelectuales y las "clases sociales cultas". A menudo eran personas que en la vida civil tenían la costumbre de tratar con subordinados y dar órdenes. En Francia, donde el ejército —a pesar de las reformas presumiblemente democratizadoras introducidas a raíz del asunto Dreyfus— había seguido siendo un bastión de la élite, los oficiales eran generalmente de origen burgués, a menudo de origen provinciano, y conocidos por sus convicciones conservadoras, de derechas, esencialmente monárquicas y clericales. En cuanto al alto mando del ejército, durante la Gran Guerra seguiría dominado por personalidades monárquicas y clericales que habían estudiado con los jesuitas, como de Castelnau y Foch.[3] Tenían poca o ninguna simpatía o respeto por los plebeyos que eran sus subordinados y a los que, durante los años socialmente turbulentos de la preguerra, a menudo habían tenido que dar lecciones con ocasión de huelgas y manifestaciones. Incluso cuando desarrollaban cierta simpatía por sus subordinados —como en el caso del coronel Dax en *Senderos de gloria,* abogado de profesión—, los despreciaban de la misma manera que lo habían hecho en la vida civil. Esto se reflejaba en la costumbre paternalista de los oficiales franceses de llamar a sus hombres "niños" ([*mes] petits*), "niños" ([*mes*] *enfants*) o "pequeños" (*petits gars*), y de dirigirse a ellos con el tradicional y altivo "mi hombre" ([*mon*] *petit bonhomme*), utilizando el familiar *tu* mientras que los hombres empleaban el respetuoso *vous.* Los generales y otros

[2] Kolko (1994), pp. 126-27; Hastings, p. 208; *14-18: Mourir pour la patrie*, p. 164.
[3] Le Naour, p. 150; Saint-Fuscien, p. 77.

oficiales alemanes también se dirigían con frecuencia a sus hombres con "mis hijos", lo que no era apreciado por los soldados. En el ejército belga, muchos soldados expresaron su resentimiento por ser llamados "niños" y ser tratados en consecuencia. En una ocasión, uno de ellos preguntó en voz alta: "¿Por qué nos tratan como niños, mientras luchamos como hombres por nuestro país?".[4]

228

Tradicionalmente, el ejército británico presentaba un estricto apartheid entre los oficiales y los "otros rangos" o simplemente "los hombres", es decir, los soldados rasos, pero también los suboficiales, y este apartheid se correspondía perfectamente con la segregación que imperaba en la sociedad británica entre la nobleza y la clase media-alta y la plebe urbana y rural entre la que se reclutaban los suboficiales y los soldados rasos. Hasta 1871, la clase alta disfrutó de un monopolio total sobre el cuerpo de oficiales, ya que aún había que pagar una comisión. En 1914 esto ya no era así, pero los oficiales estaban muy mal pagados, de modo que era imposible convertirse en oficial a menos que se contara con fuentes de ingresos alternativas, "independientes" o "privadas", preferentemente las rentas pagadas por los campesinos arrendatarios. En consecuencia, los oficiales del ejército británico eran prácticamente sin excepción auténticos caballeros, es decir, aristócratas o miembros de la clase media-alta, que formaban una camarilla de lo más exclusiva, con un "estatus conferido por el nacimiento y la educación". De un oficial se asumía automáticamente que también era un caballero, y los caballeros que se alistaban en el ejército se convertían automáticamente en oficiales. Durante la guerra, los miembros de las órdenes inferiores ascendían ocasionalmente al rango de oficiales, convirtiéndose así en "caballeros temporales"; al permitírseles beber gin-tonic en compañía de sus "superiores" en clubes estrictamente reservados para oficiales, adoptaban simultáneamente el lenguaje, los modales y, por supuesto, la forma de pensar de la clase alta. En el transcurso de la Gran Guerra, debido a las elevadas pérdidas sufridas por el cuerpo de oficiales, un número cada vez mayor de miembros del *"polloi"*, incluidos muchos hombres que normalmente no habrían sido considerados "material de oficial", se

[4] Mayer (2010), pp. 308-09; Lafon, pp. 35, 38-39; Saint-Fuscien, pp. 82-84; Horvat, p. 45.

convertirían de hecho en "caballeros temporales".[5] Si bien los miembros de las órdenes inferiores podían convertirse ocasionalmente en oficiales, el reglamento militar prohibía estrictamente que lo hicieran "cualquier negro o persona de color".[6]

Además, los ascensos no se basaban en el talento o los méritos, sino en las recomendaciones de otros caballeros influyentes. No es de extrañar, por tanto, que un oficial británico se presentara en su coche particular, acompañado de un criado personal, un "batman", al que los soldados australianos se referían sarcásticamente como "bumbrusher", que le lustraba las botas, le ayudaba a afeitarse, etc. A veces, el oficial llevaba también un ayudante para cuidar de su caballo y cocinar y servir sus comidas, un secretario personal y, en algunos casos, una mujer, no necesariamente su esposa, y no necesariamente una mujer de clase alta o "dama". También en el ejército francés, los oficiales disfrutaban a menudo de los servicios de un batman, conocido en francés como *une ordonnance.* Un oficial describía a su *ordonnance* de la siguiente manera:

229

> *Llevaba mis pertenencias siempre que íbamos a las trincheras, incluida una cajita de madera llena de libros que yo llamaba mi biblioteca. Dormía sobre la paja, debajo de mi cama, como un buen perro guardián, cuidaba de todas mis pequeñas necesidades, me acompañaba en todas mis rondas.*[7]

En el ejército británico, los soldados rasos eran conocidos como Tommies. El apodo Tommy Atkins, o más generalmente Tommy, ya se utilizaba para referirse a los soldados británicos en el siglo XVIII, pero se hizo universalmente conocido y utilizado durante la Gran Guerra. Se trataba de un reflejo semántico de la forma en que los caballeros del cuerpo de oficiales miraban por encima del hombro a sus subordinados plebeyos. "Tommy" se refería a un sirviente masculino, cualquiera que fuera su verdadero nombre; a las sirvientas se las llamaba de forma similar "Betty". Los tipos de clase alta del ejército británico, por cierto, eran conocidos como "Nigels", "Ruperts" o "Rodneys".[8] Los soldados de los demás ejércitos también tenían apodos. Para los soldados alemanes,

---

[5] Véase el artículo de Laura Root.
[6] Breverton, p. 156.
[7] Saint-Fuscien, p. 62.
[8] Braudy, p. 376; Breverton, p. 300.

conocidos como los *Boches* por los franceses, los británicos usaban los nombres de Fritz y Jerry, y a veces Alleyman, una bastardización de la palabra francesa para alemán, *Allemand,* pero con un claro sabor peyorativo, a saber, el de "habitante de un callejón". El término alley evocaba los oscuros callejones de los barrios obreros de las grandes ciudades británicas, así como las trincheras de los campos de batalla del norte de Francia y Bélgica. Para los franceses, un soldado estadounidense era un Sammy, nombre inspirado sin duda en el Tío Sam; a los estadounidenses no les gustaba este apodo de , probablemente porque evocaba a los negros estadounidenses, y preferían que les llamaran yanquis o yanquis. Colectivamente, a los hombres de la Fuerza Expedicionaria Americana (AEF) también se les llamaba Doughboys, un término que se había originado durante la guerra entre Estados Unidos y México de 1846-1848, pero cuyo significado no está claro. En cuanto a los australianos, eran conocidos como los Diggers.[9]

A diferencia de sus colegas británicos, los oficiales de los ejércitos de los dominios del Imperio no solían pertenecer a la clase alta. La razón de ello era que allí, especialmente en Australia, originalmente una colonia penal, no existía una clase alta de la que hubieran salido automáticamente oficiales. Los oficiales de los llamados "coloniales" solían ser hombres modestos, incluso de clase baja, que habían ido ascendiendo en el escalafón, lo que generaba una especie de igualitarismo entre oficiales, suboficiales y soldados rasos. Los oficiales británicos se escandalizaban cuando veían cómo un colega australiano podía ser tuteado por sus subordinados en lugar del respetuoso "Sir". Por el contrario, los soldados australianos detestaban a los oficiales británicos.[10]

Innumerables oficiales británicos se habían educado en las elitistas y carísimas escuelas públicas de Gran Bretaña. (Durante el reclutamiento de oficiales, a menudo se dejaba muy claro que se daría prioridad a los graduados de estas escuelas, que se beneficiaban de una "buena apariencia y dirección").[11] Las relaciones homoeróticas, platónicas o no, a menudo florecían entre los estudiantes de estas escuelas, relaciones en

---

[9] Roynette, p. 147; Braudy, p. 376; Saint-Fuscien, pp. 62-63; Claisse, p. 167; Breverton, p. 277. Sobre el origen y el significado del término yanquis, véase Pauwels (2008), p. 126.

[10] Hochschild, p. 299.

[11] Hastings, p. 128.

las que normalmente uno de los chicos mayores, o un profesor, desarrollaba un "enamoramiento" por un estudiante más joven. Durante la guerra, los oficiales experimentaban con frecuencia sentimientos similares hacia sus subordinados, preferentemente jóvenes apuestos, "rubios o (mejor) de pelo dorado", y trataban de encontrar la manera de mantenerlos en su compañía. Para los soldados, ésta podía ser una forma de cambiar las penurias de las trincheras por una sinecura a una distancia relativamente segura del frente. Un oficial británico proporcionó más tarde este testimonio:

> *Mis corredores y sirvientes personales solían ser elegidos por su aspecto; de hecho, esta tendencia en la guerra a tener a los soldados más guapos cerca de uno era observable en muchos otros oficiales; si se aprovechaban más de lo que 1 se atrevía de esta relación estrecha, homogénea, casi paternal, no lo sé.* [12]

El paternalismo mostrado por los oficiales británicos hacia los soldados rasos, más o menos teñido de homoerotismo, se reflejaba en la terminología utilizada al hablar con los subordinados. Normalmente, se dirigían a los soldados con el término "hombres". Socialmente, este lenguaje distaba mucho de ser neutro, ya que los hombres debían responder con el respetuoso "señor", pero sexualmente era definitivamente neutro. Si un oficial albergaba sentimientos cálidos hacia sus hombres, se dirigía a ellos como "muchachos"; y "muchachos" se utilizaba en el caso de sentimientos particularmente cálidos hacia subordinados que eran "amantes potenciales".[13]

Mientras que en todos los países los plebeyos eran reclutados como simples soldados en la infantería, los aristócratas, tradicionalmente asociados al caballo, un animal supuestamente "noble", acudieron en 1914 a la caballería para servir como oficiales, como siempre habían hecho. Así fue, por supuesto, en los imperios de los Hohenzollern, los Habsburgo y los Romanov, pero las cosas no fueron diferentes en la Francia republicana. En Francia, saber montar a caballo era un requisito para los oficiales, de modo que la mayoría de los franceses corrientes no

---

[12] Fussell, pp. 272-75.
[13] Fussell, pp. 272-83.

necesitaban solicitarlo. (De los judíos, se decía que no sabían montar a caballo, por lo que no podían convertirse en oficiales; si un judío como Dreyfus conseguía convertirse en oficial, ¡se asumía automáticamente que era un criptoalemán!) En Gran Bretaña, los oficiales no sólo estaban mal pagados, sino que en la caballería los oficiales tenían que pagar de su propio bolsillo el alto coste de mantener un caballo, unirse a un club de polo, etc., de modo que sólo los miembros de la élite reunían los requisitos.[14]

En prácticamente todos los ejércitos del mundo, los generales y otros oficiales superiores, y desde luego los miembros del alto mando, pertenecían a la nobleza o, como mínimo, a los niveles superiores de la alta burguesía. Nunca se había planteado la democratización de los altos rangos del aparato militar. En la mayoría de los países, las antiguas condiciones feudales seguían prevaleciendo a este respecto; en otras palabras, la nobleza era todopoderosa. En el Reich alemán, por ejemplo, los generales y los mariscales de campo eran casi exclusivamente caballeros de origen noble, y sobre todo aristócratas prusianos con nombres que empezaban por "von". Sin embargo, en vista de la reciente expansión cuantitativa del ejército, simplemente no había suficientes aristócratas para satisfacer la creciente demanda de oficiales y, en consecuencia, tuvieron que ser admitidos cada vez más representantes de la clase media-alta. También en Alemania, la carrera de oficial era prestigiosa pero requería unos ingresos independientes, y un ascenso sólo era factible para quienes interiorizaban por completo el ethos aristocrático. En consecuencia, los judíos y cualquier ciudadano que alimentara simpatías socialdemócratas no estaban a la vista. La situación no era muy diferente en la Monarquía del Danubio o en Rusia. Allí también, el cuerpo de oficiales —y la cúspide de la jerarquía militar en particular— representaba generalmente el elemento feudal en su forma más concentrada y los altos mandos eran vástagos aristocráticos de antiguas familias de grandes terratenientes. En 1914, el 90% de todos los generales rusos eran aristócratas.[15] En Gran Bretaña, sólo se podía acceder al nivel más alto de la jerarquía militar a través del ascensor de las conexiones sociales y las recomendaciones de personas de gran poder

[14] Goujon, p. 50; Mayer (2010), p. 185; Hochschild, p. 6; Hastings, p. 170; Braudy, p. 355.
[15] Kolko (1994), pp. 46-48; Mayer (2010), pp. 310-11; Sumpf (2014), p. 30.

e influencia. El resultado era que la casi totalidad de los generales británicos pertenecían a la clase alta. Tradicionalmente, además, eran los oficiales del arma más aristocrática, la caballería, quienes ascendían al alto mando del ejército. No sería una coincidencia que los comandantes en jefe del ejército británico durante la Gran Guerra, French y Haig, fueran ambos hombres de caballería.

232

En comparación con los generales británicos, sin excepción caballeros de alto grado, el entorno de los generales franceses parecía un nido de gorriones plebeyos. En las primeras fases de la guerra, el general John French escribió en una carta dirigida a lord Kitchener, ministro de la Guerra, que sus colegas franceses le parecían "un lote bajo, y [que] uno siempre tenía que recordar la clase de la que proceden en su mayoría estos generales franceses".[16] A pesar de ello, los generales franceses también procedían casi exclusivamente de elitista, y en muchos casos de la nobleza. (De origen noble eran, por ejemplo, los generales de Castelnau, de Langle de Cary, Franchet d'Esperey, de Trentinian, de Maud'huy y de Villaret). Pero es cierto que la cúspide de la jerarquía militar francesa no era tan de clase alta de 24 quilates como el alto mando británico. En cualquier caso, los generales franceses no parecían experimentar ninguna dificultad para relacionarse con los homólogos exclusivamente aristocráticos de su aliado ruso, que aparentemente resultaron ser un poco menos estirados que los generales británicos que ahora se supone que creemos que lucharon por la democracia.

Arno Mayer ha descrito así la situación en los altos mandos de los ejércitos europeos:

> *Con pocas excepciones, los generales de más alto rango eran de alta cuna, y los que eran de linaje común hacía tiempo que habían adoptado el ethos, la mentalidad y el porte del mundo exaltado en el que habían ascendido... Dentro de estos establecimientos militares de larga tradición, todos los oficiales, independientemente de su origen social y de su identificación de clase, abrazaban el punto de vista social, religioso y cultural tradicional. A medida que ascendían en la jerarquía, los oficiales también reconocían sus valoraciones políticas conservadoras o reaccionarias ... Los oficiales de convicciones abiertamente liberales o democráticas tenían pocas o*

[16] Kolko (1994), pp. 45-46; Hochschild, pp. 6, 104; Hastings, p. 549.

> *ninguna posibilidad de alcanzar un alto rango, ya que los que se desviaban de la norma conservadora eran discretamente excluidos.* [17]

233

No es de extrañar, pues, que en todos los países beligerantes los generales miraran a la plebe con sentimientos que iban de la indiferencia al desprecio, y que no sintieran más que repulsión por los pacifistas, los socialistas, los dirigentes sindicales, los políticos liberales que no compartían sus propias opiniones reaccionarias, y por la democracia, incluidas sus manifestaciones más modestas. Este fue ciertamente el caso en Alemania, en Austria-Hungría y en Rusia, pero también en Gran Bretaña, e incluso en la Francia republicana, donde uno de los generales reaccionarios era un tal Philippe Pétain, que más tarde, con la ayuda de Hitler, instauraría en Francia una dictadura inspirada en ideas e instituciones anteriores a la revolución de 1789.[18]

[17] Mayer (2010), pp. 178-79.
[18] *14-18: mourir pour la patrie,* p. 191.

234

Capítulo 14
Otoño de 1914: Desilusión

Durante el otoño de 1914, el entusiasmo de agosto, que no había sido tan grande como generalmente se creía, se evapora gradualmente en todos los países, para ser sustituido por la decepción, el desaliento y la desilusión. Los factores determinantes de esta evolución son los inesperados reveses militares, las pérdidas sin precedentes y el hecho de que la guerra se prolongue sin final a la vista en lugar de terminar rápida y triunfalmente. La propaganda de guerra, por agresiva que sea, no puede remediar la situación...

Por lo que respecta a la élite, la guerra había comenzado en el verano de 1914 bajo auspicios particularmente favorables. En el "frente interno", la sagrada unión puso fin a la agitación social. Y en el frente militar, la situación era en un principio nada menos que maravillosa. Los ejércitos presentaban unas relaciones perfectamente jerarquizadas. El poder estaba concentrado de forma segura en manos de la élite. Las masas populares, cuyo ascenso había inspirado tanto temor, estaban ahora bajo control. Allí estaban, es cierto que en gran número, pero uniformadas y pulcramente alineadas en filas, dóciles como corderos y listas para recibir y ejecutar cualquier orden que pudieran recibir de sus "superiores". Era una oportunidad única para enseñar a la plebe disciplina, moralidad y respeto a sus superiores, y para transformar una "masa" sediciosa y peligrosa en un material humano maleable. El bautismo de fuego socialdarwinista de la guerra les haría despojarse de su presunto materialismo socialista o de su mediocridad pequeñoburguesa y les haría renacer como súbditos disciplinados, ascéticos y patriotas de alguna cabeza coronada o, como en el caso de Francia, como ciudadanos leales de la república.

235

Sin embargo, pronto se hizo evidente que la guerra no era en absoluto como la habían imaginado. No era una aventura romántica ni una especie

de deporte; no se trataba simplemente de marchar a la batalla, encontrarse cara a cara con el enemigo, atacarle con la bayoneta y salir victorioso del encuentro. Muchos no habían tenido en cuenta el carácter mortífero de las armas modernas, sobre todo las ametralladoras y la artillería, que provocaban auténticos baños de sangre. De todas las heridas, mortales o no, infligidas durante la Gran Guerra, aproximadamente el 60% serían causadas por fuego de artillería, el 34% por balas y sólo el 0,3% por armas de corto alcance como la bayoneta. Experimentar el combate significaba, por lo general, recibir disparos de cañón, "quedar bajo fuego", y participar en combate por primera vez se conoció como "bautismo de fuego".[1] Decenas de miles de soldados perecieron sin haber visto al enemigo, acribillados o despedazados por balas o proyectiles disparados a kilómetros de distancia. (La artillería de campaña alemana tenía un alcance de catorce kilómetros y podía disparar con gran precisión, gracias a la información recibida de observadores en aviones). En cuanto a cometer actos de heroísmo, había muy pocas oportunidades para ello, ya que los héroes caían como moscas junto a los cobardes, sin el menor asomo de gloria, en los llamados "campos de honor" que se extendían desde la costa flamenca hasta los lejanos Cárpatos. "Esta forma de hacer la guerra es horriblemente triste y monótona", escribió un miembro del ejército francés, que continuó:

> *No hay vida, no hay entusiasmo. Duelos de artillería de los que somos testigos impotentes. Sufrir pérdidas sin luchar realmente, cuando los obuses llueven de repente sobre nosotros. Cadáveres apestosos de caballos, gritos de heridos durante toda la noche, muerte, barro, sangre... Esto no es lo que había soñado.* [2]

"Los mitos milenarios del heroísmo militar y las proyecciones más recientes del orgullo nacional habían chocado con el rostro desnudo de la guerra como tecnología e industrialización", escribe el autor de un estudio sobre la guerra y la virilidad.[3]

[1] Cazals, pp. 18, 53.
[2] Marty, p. 76.
[3] Braudy, p. 381.

Las pérdidas fueron enormes en todos los bandos, pero sobre todo en el de los franceses, cuyas gorras y pantalones rojos y chaquetas azules resultaron ser blancos maravillosos para las ametralladoras y fusiles alemanes. Por el contrario, a la luz de agosto y entre las nubes de polvo, los soldados franceses apenas podían ver a los alemanes que se acercaban, camuflados con uniformes gris campo (*feldgrau*), hasta que se encontraban a unos cincuenta metros de ellos. Las tropas británicas también iban mejor camufladas, concretamente de color caqui ("caqui" es una palabra india que significa "tejido"). Las tropas austrohúngaras vestían uniformes grises, al igual que las alemanas; las rusas iban camufladas de marrón. Los belgas llevaban inicialmente uniformes azules, pero se pasaron al caqui en 1915. Fue también en 1915 cuando los franceses se pasaron al camuflaje en forma de uniformes "azul horizonte".

Los franceses sufrieron casi 300.000 muertos o heridos durante el primer mes de guerra. En este contexto, el 22 de agosto fue el día más negro de la guerra, en el que el ejército francés sufrió más bajas que ningún otro ejército antes o después: 27.000 muertos, además de heridos, capturados y desaparecidos en combate. El total de bajas francesas —es decir, la combinación de hombres muertos, heridos, desaparecidos o hechos prisioneros— desde agosto hasta finales de diciembre de 1914 ascendió a más de un millón, incluyendo aproximadamente medio millón de hombres muertos. Los generales franceses solían ordenar a un número masivo de sus soldados que atacaran a los alemanes, que no sólo estaban armados con ametralladoras y artillería de campaña, sino que además se refugiaban en profundas trincheras, algo que los franceses considerarían durante mucho tiempo una forma poco caballerosa de luchar; pero las trincheras fueron una innovación militar que quedaría asociada para siempre al recuerdo de la Gran Guerra.[4]

Sin embargo, en el marco del Plan Schlieffen, los alemanes también tuvieron que atacar con frecuencia, por lo que también sufrieron graves pérdidas, incluso a manos del pequeño e insignificante ejército belga. En lo que se llamaría la Batalla de los Cascos Plateados, por ejemplo, librada en Haelen el 12 de agosto, considerada como "la última carga de caballería, espada en mano, en Europa Occidental", los alemanes sufrieron casi mil

[4] Gueno y Laplume, p. 9; Hastings, pp. xvii, 159-60, 181, 321, 438; Englund, p. 213.

bajas, en su mayoría orgullosos jinetes que llevaban brillantes cascos de acero, de ahí el nombre. Incluso antes, el ataque alemán contra los fuertes belgas de Lieja había sido rechazado con considerables pérdidas, y la conquista de esa ciudad de costaría a los alemanes no menos de 5.300 hombres muertos y heridos. Los alemanes no sólo tuvieron que recurrir a sus mayores piezas de artillería, las tristemente célebres "Big Berthas" de Krupp, sino también, a partir del 5 de agosto, enviar Zeppelins para lanzar bombas sobre Lieja, lo que costó la vida a nueve civiles; fue el "primer bombardeo aéreo de una ciudad en la historia". El logro de los belgas en la defensa de Lieja fue celebrado como una victoria en Bruselas y en París, donde la calle de Berlín fue rebautizada como calle de Lieja y donde una exquisitez que combinaba café con helado y nata montada, el Café Vienés, se convertiría rápidamente en *el Café Liegeois.* Al otro lado del Canal de la Mancha, nació en este contexto el mito de la "valiente [o galante] pequeña Bélgica". Por el contrario, los alemanes se mostraron especialmente vengativos por los inesperados problemas que les habían causado los belgas. Culparon de sus pérdidas a la acción de *los francs-tireurs,* civiles armados, que supuestamente habían atacado a sus soldados, y se vengaron inaugurando una política de *Schrecklichkeit;* es decir, una aterrorización despiadada y sistemática de la población civil, consistente en ejecutar a burgueses inocentes, quemar casas, etc. (Los historiadores alemanes explican ahora que ciertas unidades del ejército belga, en particular las de la Guardia Civil, llevaban uniformes que no parecían muy militares, por ejemplo con sombreros de copa brillantes, creando así la impresión de que estos hombres eran civiles armados).[5] Frente a la pequeña pero intrépida Bélgica, el poderoso Reich alemán se comportó como un aristócrata terrateniente que castiga a un arrendatario poco respetuoso. He aquí un comentario de un historiador belga, de Schaepdrijver:

237

> *Un proletario que no conocía su lugar: Bélgica era exactamente eso a los ojos de muchos miembros de la casta de oficiales alemanes... Estos últimos eran una generación de jóvenes aristócratas que se consideraban la vanguardia armada del Imperio alemán. En el camino de su noble misión se habían topado con un obstáculo incómodo, a saber, el insignificante vecino pequeñoburgués, y había sido necesario darle una lección.* [6]

[5] Piper, p. 151 ss; Hastings, pp. 161, 164, 183-84; Peeters, pp. 89-90; Münkler, pp. 113-21.
[6] Hastings, pp. 161, 164, 183-84; Peeters, pp. 89-90; de Schaepdrijver, pp. 69-72, 91-92.

A finales de año, aproximadamente un millón de alemanes habían muerto, habían sido heridos, dados por desaparecidos o hechos prisioneros; apenas quedaba una familia en Alemania o Francia que no hubiera sufrido alguna pérdida. El ejército austrohúngaro recibió golpes especialmente duros a manos de rusos y serbios, contra los que Viena había entrado en guerra tan frívolamente. Ya había empezado mal a principios de agosto de 1914, cuando una ofensiva contra Serbia, un oponente aparentemente ligero, fue rechazada con grandes pérdidas. En septiembre, los ejércitos de los Habsburgo y los Romanov se administraron mutuamente una sangría en Galitzia tan salvaje como inútil. En octubre, los soldados del emperador Francisco José estaban "exhaustos y bajos de moral"; sólo eran capaces de "defender [sus propias] posiciones y vaciar sus armas en los [uniformes] marrones de los rusos atacantes". Los nuevos reclutas que partían hacia el frente ya no mostraban el menor rastro de entusiasmo; al contrario, "en sus rostros se podía leer la desesperación". Numerosos soldados —y oficiales— encontraron una excusa para abandonar el frente; fingieron síntomas de enfermedades como el cólera, que se cobró muchas víctimas reales en el frente oriental a causa de una alimentación inferior y unas condiciones higiénicas deplorables. Por último, innumerables soldados pertenecientes a las minorías checa, polaca y otras desertaron o se pasaron a los rusos. (Este malestar inspiró la famosa novela satírica del checo Jaroslav Hasek, *El buen soldado Svejk*).[7]

238

En la Navidad de 1914, las pérdidas totales de la Monarquía del Danubio ya superaban el millón, incluso 1,27 millones según algunas fuentes. De los 450.000 soldados que habían atacado Serbia, más de 273.000 se convirtieron en bajas. Pero los propios serbios también habían sufrido enormes pérdidas, concretamente un total de 163.000 hombres, de ellos 69.000 muertos. De todos los países beligerantes, Serbia sufriría las mayores pérdidas comparativas en 1914-18: el 20% de la población perecería. En cuanto a los rusos, sus pérdidas fueron tan catastróficas como las de los franceses, sobre todo después de las sangrientas derrotas sufridas en septiembre de 1914 en los campos de batalla prusianos

[7] Hastings, p. 497.

orientales de Tannenberg y los Lagos de Masuria. Allí los generales ordenaron a sus hombres atacar en formaciones densas con la esperanza de obligar a los defensores alemanes a tirar la toalla. Esto causó un problema novedoso en el bando alemán: el campo de visión de sus ametralladoras estaba bloqueado por montañas de rusos muertos y heridos.[8] (Como historiador Solzhenitsyn es irremediablemente poco fiable, pero su descripción de estos acontecimientos en su libro *Agosto de 1914* es una obra maestra de la literatura).

Los británicos también sufrieron grandes pérdidas, por ejemplo durante la batalla librada en Mons, donde, los días 23 y 24 de agosto de 1914, se enfrentaron por primera vez a los alemanes, y la batalla de Le Cateau del 26 de agosto de 1914. En Le Cateau, registraron aproximadamente 5.000 bajas, incluidos 700 hombres muertos —¡más de los que sufrirían los británicos el Día D en Normandía en 1944! — y 2.500 hombres fueron hechos prisioneros. Durante la retirada de Mons al Marne, los británicos sufrieron 15.000 bajas, y durante los combates en Flandes, en octubre-noviembre, sufrirían pérdidas aún mayores.[9]

239

Aproximadamente un tercio de la BEF, un ejército profesional de unos 80.000 hombres que fue enviado al continente para ayudar a detener el avance alemán a través de Bélgica hacia Francia, quedó fuera de combate a finales de año. El ejército belga también fue duramente golpeado durante las primeras fases de la guerra. Cerca de la mitad del total de 26.000 hombres que morirían durante la Gran Guerra ya habían perecido en 1914.[10] Estas pérdidas inesperadamente elevadas desmoralizaron a las tropas de todos los países beligerantes. Dos historiadores alemanes que han estudiado cartas escritas por soldados de la época llegan a la conclusión de que tras su "bautismo de fuego" las ilusiones de los soldados se hicieron añicos y que cualquier entusiasmo que hubieran albergado se esfumó. [11]

Las elevadas pérdidas se debieron también a la prodigalidad mostrada por los generales de todos los ejércitos con respecto a las vidas de los

---

[8] Knightley, p. 139; Hastings, pp. xviii, 150-55, 497-99, 505, 513-14; Münkler, pp. 176-94.

[9] Hastings, pp. 224-25, 236, 257-58, 495, 548; Fussell, p. 179.

[10] *14-18: Mourir pour la patrie*, pp. 113-21; Eksteins, p. 100; Ferguson, p. 340; de Schaepdrijver, p. 180.

[11] Ulrich y Ziemann, p. 51.

plebeyos que resultaban ser los soldados. Los generales no se sentían especialmente perturbados por las largas listas de bajas. Como muchos otros miembros de la élite, veían la guerra como un medio maltusiano de sacrificar a unas masas populares que, de todos modos, eran demasiado numerosas. Parecían creer que la "materia prima" plebeya necesitaba ser utilizada en cantidades copiosas para que ellos, los señores de la guerra, pudieran producir la victoria, y que este material humano era en cualquier caso virtualmente inagotable. No era probable que fueran "especialmente ahorrativos con las vidas de [plebeyos]", en palabras de Arno Mayer.[12] Los soldados rusos que habían sobrevivido a la desastrosa batalla de Tannenberg se quejaban de que sus comandantes habían "actuado como si tuvieran a su disposición tales millones de hombres 'que no importa cuántos sean arrojados a la muerte'".[13] Haig, comandante en jefe del ejército británico a finales de 1915, y otros generales británicos se sentían de hecho decepcionados y molestos cuando, durante un ataque, se producían relativamente pocas bajas. Esto se debía a que creían, por principio, que las bajas alemanas eran siempre mayores. (Adam Hochschild cita el caso de un general británico que, durante una cena, se mostró especialmente optimista porque su división había perdido un total de 11.000 hombres durante los últimos meses). Pero Haig apenas visitaba a los heridos porque, según su hijo, eso le ponía enfermo. En cualquier caso, consiguió convencerse de que los heridos estaban indefectiblemente "confiados, alegres y llenos de coraje".[14] Que a los oficiales les parecieran baratas las vidas de los soldados también se reflejaba en el hecho de que no era raro que los oficiales de artillería se negaran a prestar apoyo a la infantería: se consideraba irresponsable desperdiciar valiosos proyectiles y desgastar los cañones para salvar las vidas de un puñado de campesinos y obreros. Por cierto, la artillería disparaba con demasiada frecuencia de forma tan descuidada —aunque no intencionada— que los soldados a menudo eran víctimas de lo que hoy se denomina eufemísticamente "fuego amigo". Según Barthas, en 1916, cerca de Verdún, los obuses disparados por la artillería francesa causaron así regularmente "numerosas víctimas en nuestras propias filas". Un total de 75.000 soldados franceses habrían sido

[12] Mayer (2010), p. 307.
[13] Hastings, p. 282.
[14] Citado en Hochschild, pp. 209-10.

víctimas del "fuego amigo". Por último, a menudo ocurría que la artillería bombardeaba a sus propios soldados de infantería para obligarlos a avanzar durante un ataque. Esto ocurrió en Champagne en febrero de 1915, donde un general llamado Geraud Reveilhac dio una orden de este tipo.[15]

240

En opinión de los generales, las vidas de los representantes de los pueblos "de color", puestos a su disposición en forma de tropas coloniales, tenían un valor especialmente bajo. Este fue el caso de británicos y franceses, que reclutaron soldados en posesiones como , Senegal, Marruecos, Argelia y la India. De este tipo de "pueblos primitivos", de los que se creía que había demasiados en la tierra, el general francés Mangin —uno de los principales defensores del uso de tropas coloniales— afirmó, por ejemplo, que "la vida para ellos no es muy importante y están encantados de derramar abundantemente su sangre joven". En cuanto a los británicos, preferían reclutar a miembros de grupos étnicos coloniales que creían reconocer como "razas guerreras", como los gurkhas de Nepal. Y así derrocharon abundantemente las tropas coloniales, aunque los historiadores siguen discutiendo si las pérdidas de las tropas coloniales fueron superiores a la media o no.[16]

Por otra parte, se reconoce generalmente que los oficiales, representantes de las clases superiores, sufrieron pérdidas desproporcionadamente elevadas. Hubo muchas razones para ello, algunas más importantes que otras. Durante los ataques que resultaron tan mortíferos, se suponía que los oficiales dirigían a sus hombres, y generalmente eran más altos que los reclutas plebeyos, aunque sólo fuera porque la élite disfrutaba de una dieta mucho mejor. En la mayoría de los ejércitos, además, los oficiales llevaban uniformes más vistosos que los hombres; a veces parecían "pinzones", como llamaban los soldados belgas a sus oficiales, y durante las primeras y móviles fases de la guerra, los oficiales aparecían con frecuencia a caballo, y los oficiales franceses llevaban guantes blancos. Durante un ataque, se convertían así en un blanco fácilmente reconocible para el enemigo y sufrían las consecuencias.

---

[15] Mayer (2010), p. 307; Hochschild, pp. 209-10; Knightley, p. 108; Kolko (1994), p. 128; Barthas, p. 255; Rousseau (1999), p. 103; Breverton, p. 72.

[16] Hastings, pp. 180-81; Das (2011a), p. 80; Duroselle, p. 329.

En realidad, muchos oficiales participaban en los ataques con gran valor e incluso entusiasmo porque, como miembros aristocráticos o burgueses de la élite, solían estar profundamente imbuidos de nociones románticas de heroísmo y caballerosidad. Los plebeyos de uniforme, en cambio, comprendieron demasiado pronto que no tenían nada que ganar en esta guerra y que, por tanto, no tenían motivos para "dar la vida", como suele decirse. Por último, la elevada mortalidad de los oficiales también se debió a la tasa desproporcionadamente alta de suicidios: un gran número de oficiales consideraron de hecho el suicidio como la única solución al dilema que les planteaba su papel de intermediarios entre sus subordinados, a los que conocían personalmente y cuyas vidas querían salvar pero no podían si esperaban obtener los éxitos militares que sus propios superiores, los generales y altos mandos del ejército, esperaban de ellos.[17]

241

Además de las enormes pérdidas, otros factores contribuyeron a la gran desilusión que se apoderó de los soldados en el otoño de 1914, soldados que habían ido a la guerra en agosto sin entusiasmo pero dispuestos a cumplir con su deber y confiados en la victoria. En primer lugar, un gran número de ellos fueron testigos de todo tipo de atrocidades cometidas contra prisioneros de guerra o civiles, estos últimos sobre todo en Bélgica, en Serbia y en la provincia armenia del Imperio Otomano. Es de todos conocido lo que los alemanes hicieron en Bélgica: un total de 5.500 civiles asesinados, muchos deportados a Alemania, y muchas casas e incluso ciudades enteras, como Lovaina, incendiadas hasta los cimientos.

Menos conocido es que las tropas austrohúngaras cometieron atrocidades similares, pero a una escala mucho mayor. Sus víctimas fueron civiles serbios, de los que 3.500 murieron durante las dos semanas siguientes al inicio de las hostilidades. En otoño de 1914, un periodista húngaro, Josef Diner-Denes, informó sobre la "guerra racial" (*Rassenkrieg*) que estaban librando las autoridades de Habsburgo: innumerables civiles eslavos del sur sospechosos de simpatizar con los serbios fueron detenidos, hacinados en campos de concentración o deportados, y decenas de miles de serbios fueron ejecutados como "traidores". Fue una "política sistemática de exterminio" que contribuyó poderosamente a las enormes

[17] Rousseau (1999), p. 207.

pérdidas serbias antes mencionadas durante la Gran Guerra. Un segundo factor que minó la moral de los soldados fue el hecho de que la guerra no terminara con un gran triunfo al cabo de unos meses, como se había prometido. Incluso en septiembre de 1914, y a más tardar en diciembre, los soldados comprendieron que la guerra podía durar mucho tiempo y que, por tiempo indefinido, no se plantearía el regreso a casa.[18]

242

Un colapso similar de la moral afectó a los civiles en lo que se conocería como el frente interno. También allí, el estallido de la guerra en agosto de 1914 fue acogido con mucho menos entusiasmo del que se ha creído durante mucho tiempo. Sin embargo, se habían despertado grandes expectativas, y en todas partes la gente se había dejado convencer de que la guerra sería corta y triunfal, que daría todo tipo de frutos magníficos, incluso para la gente corriente, y que conduciría al amanecer de un mundo mejor. Pero el optimismo de agosto tuvo que dar paso tarde o temprano a la decepción y la desilusión. Las razones fueron en su mayoría las mismas que en el caso de los soldados. Mientras que en todos los países la opinión pública estaba muy mal informada por las autoridades y los medios de comunicación sobre la situación en el frente, y mientras que los anuncios triunfantes se alternaban con noticias desagradables y abundaban los rumores falsos, los civiles llegaron a comprender muy pronto que las operaciones militares no iban según lo previsto y que había grandes pérdidas.

En Alemania, los burgueses se alegraron al principio de conocer los rápidos avances logrados en el oeste, pero demasiado pronto llegaron noticias desagradables del este, donde, el 20 de agosto, los rusos aplastaron a las tropas alemanas en la batalla de Gumbinnen y, según ciertos informes, procedieron a "violar y saquear" su camino hacia Prusia Oriental. De repente, llegaron malas noticias de Francia, donde la batalla del Marne había supuesto un importante revés para Alemania. Por el contrario, en el frente oriental se sacaron inesperadamente de la chistera grandes victorias alemanas, concretamente en Tannenberg y en la región de los lagos de Mazuria. Lo más deprimente, sin embargo, fue el hecho de que prácticamente todas las ciudades fueron testigos de la llegada, tanto del este como del oeste, de trenes llenos de "hombres silenciosos y

[18] Hastings, pp. 148-49. Imágenes en Friedrich, pp. 138-43; Couliou, p. 63.

sangrantes". Los poetas, pintores y otros artistas alemanes que presenciaron esas escenas o que estuvieron ellos mismos en el frente —Max Beckmann, Ernst Ludwig Kirchner y Ernst Toller, por ejemplo— empezaron en el otoño de 1914 a "reconsiderar su entusiasmo inicial [por la guerra]" y a expresar su "desencanto" en sus producciones, como dice Ernst Piper.

243

Mientras tanto, la moral alemana recibió un duro golpe con el anuncio de la victoria de la Royal Navy en la batalla de Heligoland, librada el 28 de agosto de 1914. Este acontecimiento puso de manifiesto la supremacía en el mar de los británicos, obligó a la armada alemana a atrincherarse en sus puertos e hizo temer a los alemanes que sus costas se vieran expuestas a bombardeos de la Royal Navy e incluso a desembarcos de tropas británicas. Algunos alemanes llegaron a la conclusión de que su patria no podría ganar una guerra contra Brittania, señora de los siete mares, y sus aliados. Las autoridades respondieron en octubre de 1914 a la moral decaída introduciendo una severa censura, prohibiendo hablar de los reveses militares en la prensa, expresar críticas a los líderes militares y políticos del país y cuestionar los objetivos de guerra del gobierno.[19]

El público británico sólo tenía una noción muy vaga del desarrollo de la guerra. Los periodistas se mantenían alejados del frente, por lo que los periódicos no tenían mucho de lo que informar, pero eso no impedía que sus artículos fueran "indefectiblemente alegres". Los informes, a veces precisos pero en su mayoría falsos, de las victorias rusas en Prusia Oriental engendraron una euforia que pronto dio paso a la depresión cuando empezaron a llegar malas noticias sobre la situación en Bélgica y Francia, acompañadas de rumores sobre las elevadas pérdidas británicas allí; estos rumores se confirmaron demasiado pronto con la llegada de trenes llenos de hombres heridos. La opinión pública británica empezó así a comprender que la guerra no era la sinecura que se había esperado, y algunos representantes de la élite temieron, como ha escrito Max Hastings, que no se pudiera seguir motivando a "las social y políticamente desafectas órdenes de la Torre'" a favor de una guerra que había sido deseada por sus superiores de las clases altas. Se temía que "muchos de nuestros trabajadores pensaran que, si Alemania gana, no estarán peor

[19] Englund, p. 65; Hastings, pp. 373-74, 432, 435; Piper, pp. 109-16, 141-44.

que ahora". También fue negativo para la moral británica que el 1 de noviembre de 1914, durante la batalla de Coronel, librada frente a las costas chilenas, una escuadra de la orgullosa Royal Navy fuera enviada al fondo del mar por buques alemanes comandados por el conde Maximilian von Spee. Y el 16 de diciembre de 1914, buques de guerra alemanes bombardearon impunemente las ciudades costeras de Scarborough, Hartlepool y Whitby.[20]

244

En Francia, Joffre, a la sazón virtual dictador del país, no permitió la publicación de las cuantiosas pérdidas sufridas por sus tropas. Desde el principio de la guerra, dejó caer "el velo del secreto sobre las operaciones militares". Incluso el Primer Ministro apenas estaba al corriente de lo que ocurría en el frente. La opinión pública francesa sabía poco o nada de las pérdidas sufridas por sus tropas; sin embargo, pronto empezó a saberse que la guerra no iba bien y que las bajas aumentaban rápidamente. También en Francia, un signo revelador fue la llegada a muchas ciudades de decenas de miles de heridos. La opinión pública francesa ya estaba intranquila cuando, el 28 de agosto, llegaron noticias realmente chocantes: ese día se anunció oficialmente que había intensos combates "desde el Somme hasta los Vosgos", es decir, en lo más profundo del territorio francés. En lugar de poder alegrarse de los buenos progresos en dirección a Berlín, como se había imaginado al principio de la guerra, se avecinaba otro asedio de París, como en el "año terrible" de 1870-71. Se interpretó correctamente como un mal presagio el hecho de que los aviones alemanes sobrevolaran la capital y que el 30 de agosto el gobierno partiera hacia la seguridad de la lejana Burdeos, ejemplo que siguieron muchos *ciudadanos* parisinos acomodados. "La inquietud, el nerviosismo, incluso el pánico y el estupor dominaron [en Francia] los días previos a la batalla del Marne", escribe la historiadora francesa Annette Becker. Sin embargo, gracias al "milagro del Marne" se evitaría una catástrofe, pero las ilusiones de los primeros días de la guerra se habían disipado definitivamente, para siempre.[21] El soldado

Barthas, que partió para el frente bastante tarde, en octubre de 1914, anotó lo siguiente:

---

[20] Hastings, pp. 185-86, 292, 294-95.

[21] Hastings, pp. 287, 293; A. Becker, p. 30.

> *No había multitudes felices, llenas de entusiasmo, como las que se habían reunido cuando partieron los primeros soldados* [*a principios de agosto*]*, ni flores, ni besos soplados, ni fuertes aplausos. Atrás quedaba la guerra corta, vigorizante y alegre que habían anunciado los periódicos. Los alemanes habían invadido Francia, el invierno estaba a las puertas, la guerra prometía ser larga y su desenlace doloroso... Las mujeres se secaron las lágrimas. Todo el mundo estaba sombrío y permanecía en silencio. La gente se quitaba los sombreros, como si desfilara un grupo de condenados a* muerte.[22]

El desencanto también hizo su aparición en Austria-Hungría y en Rusia, países que habían sufrido pérdidas especialmente cuantiosas y donde la población pronto llegó a considerar la guerra poco menos que una catástrofe. Sigmund Freud, que había acogido con alegría el conflicto, escribió a finales de 1914 que "estos [eran] tiempos desgraciados, esta guerra, que empobrece tanto en espíritu como en bienes materiales".[23]

245

En Rusia, en el verano de 1914, el pueblo había ido a la guerra de buena gana y obedientemente, pero su "embriaguez patriótica", como la llama hiperbólicamente un historiador germano-americano, "era apenas profunda y no iba a durar mucho, especialmente entre las masas populares que tenían que soportar la mayor parte de las cargas de la guerra." La guerra se reveló

> *una carga insoportable para los millones de súbditos desesperados del imperio, lanzados a las fauces de la guerra con poca o ninguna comprensión o simpatía por sus objetivos... Al pueblo del emperador Nicolás se le pidió que sufriera y muriera, no por algún noble ideal, sino simplemente porque su emperador lo exigía.* [24]

Ni que decir tiene que la desilusión fue mayor entre los propios ciudadanos que fueron víctimas directas de la guerra; por ejemplo, al ver a sus familiares o amigos asesinados, tomados como rehenes o deportados; al ver sus casas destruidas por la artillería, saqueadas o incendiadas; al

---

[22] Barthas, pp. 47-48.
[23] Hastings, p. 541.
[24] Rogger (1983), p. 256, cita de Hastings, p. 508.

tener que huir lejos de sus hogares, etc. Pero también cundió la desilusión cuando no fue posible negar —como prefirieron hacer demasiados alemanes— que sus propias tropas cometieron todo tipo de atrocidades. Los austriacos y los húngaros sabían muy bien que sus soldados eran culpables de crímenes repugnantes cuyas víctimas eran las minorías serbias de Bosnia y otros lugares del imperio. Las autoridades publicaban imágenes de ejecuciones de hombres y mujeres con la esperanza de inhibir los actos de resistencia, de modo que todo el mundo sabía lo que estaba ocurriendo. Aunque algunos súbditos del emperador Francisco José consideraban sin duda que los serbios merecían un trato tan duro, "un número cada vez mayor de [sus] súbditos retrocedía asqueado ante los horrores de los que eran responsables [sus] dorados guerreros".[25]

En toda Europa, durante los años que precedieron a 1914 e incluso en el verano de 1914, la gente había alimentado enormes ilusiones con respecto a una guerra que muchos esperaban, e incluso deseaban. Pero en lugar del alivio, la liberación, el renacimiento u otras cosas buenas que se habían esperado, la guerra produjo un baño de sangre nunca visto y una miseria sin precedentes. Esta desilusión quedó reflejada en el poema "The Use of War" del inglés H.F. Constantine:

246

> *Cuando la oscura nube de la guerra irrumpió en el mundo golpeado,*
> *Los hombres decían, para consolar a los demás y a sí mismos, que de este mal*
> *El bien vendría; que la humanidad guerrera, ennoblecida por el esfuerzo*
> *Y las penurias y peligros de la guerra, vendrían*
> *A un nivel superior de pensamiento y acción. Pero, ¿ha sido así?* [26]

La guerra no trajo ninguna de las cosas buenas esperadas, pero sí muchas cosas malas inesperadas, incluida la perspectiva de la derrota, algo que había parecido impensable en el verano de 1914.

El secretismo y la censura no pudieron resolver los problemas. Un chaparrón de malas noticias hizo que la moral de la población en general cayera dramáticamente en todos los países beligerantes — probablemente

---

[25] Mazower, p. 118; Hastings, pp. 148-49, 497.
[26] Hibberd y Onions, p. 259.

un poco antes y más rápido en las tierras de la Entente, un poco más tarde y más lentamente en las Potencias Centrales. Por lo tanto, las autoridades consideraron necesario pasar a un nuevo nivel cualitativamente superior de censura y propaganda. Se reconoció abiertamente que la guerra era un gran calvario, pero que no había alternativa, que había que perseverar y aguantar hasta el final — y que la victoria final era segura a pesar de los reveses.

Y así, por iniciativa de los gobiernos pero con la colaboración entusiasta de todo tipo de organizaciones y personalidades privadas, y sobre todo de los medios de comunicación, una poderosa maquinaria propagandística empezó a funcionar a toda máquina. Algunos aspectos de esta propaganda merecen nuestra atención. En primer lugar, las derrotas de las tropas de un país o de sus aliados se cubrían con el manto del silencio o, mejor aún, se transformaban en victorias. "El frente interno nunca supo con precisión cómo progresaba la guerra", escribe Modris Eksteins. "Las derrotas se presentaban como victorias... la verdad se convertía en falsedad, la falsedad en verdad... Al negárseles el conocimiento de los hechos, la gente se encerró en sí misma. Se crearon mitos, algunos de una magnitud asombrosa".[27]

El ejemplo arquetípico de este fenómeno fue la transubstanciación de la batalla de Mons, librada los días 23 y 24 de agosto de 1914, en un poderoso mito. Fue un enfrentamiento durante el cual la BEF consiguió detener brevemente el aparentemente irresistible avance alemán, aunque a costa de considerables pérdidas. En los periódicos británicos, esta escaramuza fue celebrada como un auténtico triunfo, posible gracias a la intervención milagrosa de un caballero enviado del cielo, San Jorge, protector de Inglaterra, según algunos relatos acompañado de ángeles o, mejor aún, de los fantasmas de los legendarios arqueros que habían cambiado las tornas a favor de Inglaterra durante las batallas medievales de Crecy y Agincourt.[28]

247

En segundo lugar, se hizo todo lo posible para convencer a la opinión pública de que esta guerra no la habíamos querido "nosotros", sino que la había desencadenado nuestro enemigo, y que era seguro que Dios estaba

---

[27] Eksteins, pp. 233-34.

[28] Fussell, pp. 115-16; Hastings, pp. 296-97, 440; Hayward, pp. 46-69.

de nuestro lado. Se estaba librando una lucha entre el bien y el mal, entre la civilización y la barbarie, entre nuestra raza superior y la inferior. Era cuestión de triunfar o perecer. Dirigentes como Lloyd George empezaron a presentar la guerra en este contexto como un enfrentamiento entre democracia y dictadura.[29] En realidad, había ocurrido lo contrario: las clases dominantes habían deseado la guerra y esperaban que ésta detuviera e invirtiera la marcha de la democracia.

En tercer lugar, "nosotros" luchamos honorablemente, como caballeros medievales, mientras que el enemigo no sólo no luchó caballerosamente, sino que cometió todo tipo de atrocidades contra civiles pacíficos e inocentes, incluidos mujeres y niños indefensos. Nuestro bando luchó para poner fin a esta barbarie. Si no librábamos este buen combate, si no conseguíamos la victoria en esta horrible guerra, todos seríamos víctimas de crímenes tan atroces y acabaríamos pereciendo. En este contexto, las atrocidades cometidas por los alemanes en Bélgica proporcionaron un excelente material para la propaganda aliada, y en particular para la británica. Durante la invasión de Bélgica (y el norte de Francia), los alemanes cometieron todo tipo de atrocidades. Pero en la prensa británica estas abominaciones se exageraron enormemente y se complementaron con puras invenciones; por ejemplo, con historias (e ilustraciones) de bebés clavados a las puertas de las iglesias con bayonetas. Por parte alemana, en cambio, se culpaba a los propios belgas, presuntamente una "raza" "salvaje", "inmadura" (*unreif*) y "abominable" *(abscheulich*), y en particular a los *francs— tireurs* belgas, que supuestamente disparaban a los soldados alemanes desde sus casas, y a las mujeres belgas que sacaban los ojos a los indefensos soldados alemanes heridos, los castraban y les robaban sus pertenencias: ¿no merecía tal villanía ser castigada severamente?[30]

Un cuarto tema de la propaganda consistía en asegurar que, si bien era cierto que la guerra no había traído nada bueno, una victoria sin duda lo haría. Tras la victoria final todo iría bien, y sería en ese glorioso momento cuando la guerra se revelaría como "uno de los acontecimientos más felices de nuestra historia". Mientras tanto, obviamente, todo el mundo tenía que

---

[29] Hastings, p. 433.

[30] Hayward, pp. 70-95; Hastings, p. 192; Piper, pp. 181-83; Kramer, p. 292, refiriéndose a la terminología utilizada por von Beseler en el contexto de las atrocidades alemanas en Bélgica.

sonreír y aguantar un poco más y hacer todo lo posible para ayudar a conseguir el final triunfante de la guerra.[31]

248

En el campo de la propaganda de guerra, los británicos fueron los campeones. Esto es comprensible, porque el público británico siempre había mostrado una actitud bastante crítica hacia la guerra, y los pacifistas eran más numerosos e influyentes al otro lado del Canal que en Francia, Alemania o Rusia. Bajo una considerable presión antibelicista no deseada, el gobierno británico consideró necesario crear una Oficina Especial de Propaganda de Guerra. Como colaboradores reclutó a todo tipo de eminentes representantes de la élite intelectual, literaria y periodística del país, personalidades del calibre de Thomas Hardy, Arthur Conan Doyle, G.K. Chesterton y H.G. Wells. A ellos se les confió la tarea de elogiar la guerra y estimular el entusiasmo por ella entre un público británico que presumiblemente no estaba suficientemente bien informado; esto se hizo, *entre otras cosas,* mediante artículos de prensa sobre las atrocidades alemanas en Bélgica. Por el contrario, todas las formas de pacifismo —y de su estrecho asociado, el socialismo— fueron combatidas con uñas y dientes. Lo hicieron con especial celo personalidades como Rudyard Kipling, que condenó a los pacifistas como "basura humana". Kipling manifestaba públicamente su desprecio por los alemanes, naturalmente, pero también por los judíos, los irlandeses y los dirigentes y miembros de los sindicatos, a los que acusaba de vagos.

La propaganda belicosa también fue producida en masa por los medios de comunicación británicos en general y, en particular, por los numerosos periódicos propiedad del magnate de la prensa lord Northcliffe, como el *Daily Mail* y, con el tiempo, también *The Times,* periódicos que ejercían una gran influencia sobre "las clases y las masas", es decir, tanto sobre la clase alta como sobre los estratos más bajos de la población británica. Otro famoso propagandista de la guerra fue el ya mencionado Horatio Bottomley, propietario y editor de la revista patriotera *John Bull.* Maldijo a los alemanes, refiriéndose a ellos como "Germhuns" —una desagradable pero potente combinación de "gérmenes" y "hunos"— y expresó su deseo de "ver a Alemania borrada del mapa del mundo", para que Gran Bretaña y Francia pudieran repartirse sus colonias. Bottomley también lanzó flechas

[31] Hochschild, pp. 148-51.

periodísticas envenenadas contra los líderes del Partido Laborista que se oponían a la guerra ( ), como Keir Hardie y Ramsay MacDonald, a quienes acusó nada menos que de alta traición.[32]

249

La Gran Guerra había sido un proyecto urdido por la élite. La élite había esperado grandes ventajas de la guerra, y en el verano de 1914 parecía que esta esperanza se cumpliría. Pero la élite empezó a preocuparse cuando, ya a finales del verano y durante todo el otoño de 1914, la marea de entusiasmo por la guerra demostró estar retrocediendo rápidamente. No es de extrañar, pues, que fuera la élite la que tratara por todos los medios de restaurar la decaída moral mediante una agresiva propaganda belicista. La propaganda de guerra estaba orquestada desde arriba, pero se dirigía ante todo a los estratos más bajos de la sociedad. Desde la perspectiva de la élite, la guerra sólo daría los frutos esperados si terminaba con una victoria, y para lograr la victoria los plebeyos tenían que proporcionar los cuerpos necesarios, la carne de cañón necesaria. ("La guerra es en beneficio de los ricos", cantaban los soldados alemanes, "pero los pobres tienen que proporcionar los cadáveres").[33] Una de las principales ventajas que la élite esperaba de la guerra era la integración de los proletarios en el orden existente, eliminando así la amenaza —desde el punto de vista de la élite— de la democratización, el socialismo y la revolución. Si las clases inferiores —las *clases peligrosas*— se volvían contra la guerra, esta amenaza sería con toda probabilidad aún mayor, con consecuencias potencialmente catastróficas.

Por lo tanto, no sólo era lógico que, a través de los medios de comunicación y otros canales privados, la élite orquestara y financiara la propaganda de guerra, y que esta propaganda proguerra y antipacifista fuera simultáneamente antidemocrática, antisocialista y antisindical. En Gran Bretaña, los barones de la prensa fueron particularmente activos en este campo, y un cierto número de organizaciones pro-guerra, algunas de ellas disfrazadas de asociaciones obreras, como la Liga Obrera Británica, fueron fundadas y generosamente financiadas por capitalistas como Alfred Milner y Waldorf Astor.

---

[32] Hochschild, pp. 118-19, 226.

[33] Texto original alemán: *"Der Krieg ist fur die Reichen, die Armen stellen die Leichen."*

En todas partes, la élite llevó a cabo una propaganda sistemática y masiva para combatir la creciente apatía, escepticismo, cinismo y/o pesimismo del público con respecto a la guerra. Pero los resultados de estos esfuerzos fueron ambiguos. Por un lado, numerosos burgueses creyeron gran parte de lo que se les repetía; en Gran Bretaña, por ejemplo, muchos creyeron incluso el cuento de hadas de las apariciones angelicales durante la Batalla de Mons. Un factor que no debe subestimarse es, por supuesto, la ilusión. La gente estaba hambrienta de buenas noticias y muchos querían creer desesperadamente que en Mons los británicos habían infligido una dolorosa derrota a los alemanes, que los rusos avanzaban a toda velocidad hacia Berlín, que cientos de miles de cosacos habían desembarcado en algún lugar de Escocia y se dirigían a echar una mano a los aliados que luchaban en Francia, etc.[34]

250

También ayudó el hecho de que muchos de los relatos propagandísticos contuvieran al menos algunas pizcas de verdad. Las historias exageradas *sobre la Schrecklichkeit* alemana en Bélgica eran creíbles porque los alemanes se habían comportado allí de forma sádica. Además, el público británico *esperaba* que los alemanes cometieran atrocidades porque, en los años anteriores a 1914, se habían publicado varios libros sobre invasiones prusianas ficticias de Albión, durante las cuales se derramaron grandes cantidades de sangre inocente. Que los soldados eran capaces de matar a bebés a bayonetazos y cortar las manos a la gente también era creíble porque poco antes los medios de comunicación británicos habían publicado informes —muchos de ellos verídicos— de actos bestiales similares, cometidos en el Congo por tropas coloniales que actuaban en nombre del rey Leopoldo II... ¡de Bélgica![35]

Por el contrario, gran parte de la opinión pública británica y de otros países en guerra se mostró escéptica ante la avalancha de propaganda belicosa que emanaba del gobierno, los medios de comunicación, las iglesias, etc. Aún más críticos se mostraron los soldados, expuestos a la propaganda, a veces ridícula, a través de periódicos y cartas. Gran parte de esta propaganda no convencía, y los soldados resentían los informes sobre

---

[34] Hayward, pp. 31-45.

[35] Piper, pp. 186-87; "Belgium's imperialist rape of Africa". Sobre las atrocidades belgas en el Congo, véase Plumelle-Uribe, pp. 96-117.

victorias ficticias, la supuesta excelente moral de los hombres en el frente, la deliciosa comida que se les servía, etc. Los hombres despreciaban este tipo de "relleno *de* cráneos*" (bourrage de crane*), como lo llamaban los franceses, y no sentían más que desprecio por las autoridades y los periodistas —especialmente los de la llamada "prensa amarilla" que difundía este tipo de propaganda— y también por los muchos civiles que creían estas historias. También odiaban el "*hasta el* final" *(jusqu'au-boutisme),* el llamamiento a luchar "hasta el final" a pesar de las enormes pérdidas para alcanzar los cuestionables objetivos por los que se libraba la guerra.[36]

251

Los soldados también estaban especialmente resentidos con los prelados y otros eclesiásticos que habían glorificado la guerra como una "cruzada" y que la habían acogido con entusiasmo. No sólo en Francia, sino en muchos otros países, la "vuelta a los altares" nunca fue más que un fenómeno superficial y ambivalente. Es cierto que soldados y civiles rezaron mucho y acudieron a la iglesia con frecuencia durante el verano de 1914. Pero también influyeron factores no religiosos; por ejemplo, en el caso de los soldados, la coacción. A menudo, a los soldados alemanes simplemente se les ordenaba asistir a los servicios católicos o protestantes. Lo mismo ocurría en el bando austro-húngaro y en el ruso, donde la asistencia forzosa a los oficios ortodoxos era la norma. Incluso los soldados de la República Francesa, teóricamente anticlerical, fueron obligados ocasionalmente de forma oficial o extraoficial a asistir a ceremonias religiosas, a veces acompañados musicalmente por bandas militares, ceremonias que soldados como Barthas consideraban "ridículas e irracionales".[37] Los soldados británicos de a pie no eran en general muy devotos y considerablemente menos religiosos que sus oficiales,[38] , pero a menudo se les obligaba a participar en ceremonias religiosas y desfiles eclesiásticos. La letra de una popular canción de soldados contemporánea, "When this Bloody (or Lousy) War is Over", sugería que una de las cosas que esperaban los hombres al final de la guerra era "no más desfiles eclesiásticos los domingos".

---

[36] Hastings, pp. 439-40; Fussell, pp. 86, 89.

[37] Barthas, p. 423; Robert, p. 58.

[38] Simpson, p. 33.

El miedo y la esperanza también desempeñaron un papel. La fe, señala el historiador francés Frédéric Rousseau, permite "tolerar lo intolerable"; la gente rezaba por miedo a la muerte, y "el miedo hizo florecer la devoción religiosa", es su conclusión. Se refiere en este contexto al caso del alsaciano Dominik (Dominique) Richert, soldado del ejército alemán, un hombre cuya piedad, como la de innumerables otros soldados, "había sido reavivada por la guerra". (Richert nos ha dejado su diario de guerra, publicado bajo el título *Beste Gelegenheit zum Sterben: Meine Erlebnisse im Kriege 1914-1918*). No era casualidad que las misas atrajeran a grandes multitudes en vísperas de un ataque, cuando la perspectiva de encontrarse con su creador era especialmente grande; tal vez no hubiera creador, pero nunca se sabe. Por la misma razón, en *Senderos de gloria* un soldado agnóstico se deja convencer por el capellán para confesarse y rezar antes de ser ejecutado. E innumerables soldados iban a la iglesia para complacer a sus esposas, madres o abuelas. Otros consideraban que ir a la iglesia era una oportunidad para hacer ojitos a las mujeres. Además, llevar un escapulario podía implicar menos una profunda devoción cristiana que una vulgar superstición: que fuera un escapulario o una pata de conejo no hacía mucha diferencia mientras trajera suerte.

252

Muchos militares asistían a las ceremonias religiosas no por impulsos religiosos, sino porque era una forma de fortalecer la pertenencia a una comunidad, de reforzar los lazos de amistad y solidaridad entre los camaradas. (Con la misma intención, y no para hacer llover, realizan los miembros de la nación Hopi su famosa danza de la lluvia, como ha explicado el gran sociólogo estadounidense Robert K. Merton). Participar en una misa tendía a satisfacer una necesidad más psicológica que religiosa: con su presencia, los soldados proclamaban y reforzaban su pertenencia a una comunidad, una "comunidad de sufrimiento".

La famosa "vuelta a los altares" resultó ser un fenómeno pasajero, que se esfumó en cuanto se hizo evidente que la guerra no sería corta. Muy pronto se desarrolló una contracorriente, e incluso durante el verano de 1914 la llama del fervor religioso parpadeaba tanto entre los soldados como entre los civiles, no casualmente al mismo tiempo que el fuego del "entusiasmo patriótico", que presumiblemente había ardido tan brillantemente en los primeros días de la guerra, se extinguía. Los capellanes del ejército francés, antes tan entusiastas pero ya

decepcionados con la llegada del otoño, empezaron a lamentar la "indiferencia religiosa de la gran mayoría del pueblo francés".[39]

Los soldados británicos, anglicanos convencidos (al menos en teoría), demostraron sin duda ser menos religiosos que sus homólogos alemanes, rusos y franceses. Pero también ellos, en agosto de 1914, se habían dejado seducir por las frases untuosas de sus prelados. Y también ellos, durante el otoño de ese mismo año , mostraron cada vez más decepción y resentimiento hacia las autoridades anglicanas. Estas últimas trataron en vano de explicar que los caminos de Dios son insondables y que había que sufrir pacientemente y esperar a que Él se decidiera finalmente a dejar triunfar la justicia. Los eclesiásticos intentaron transmitir este mensaje a los fieles necesitados de consuelo promoviendo un himno de William Cowper, poeta del siglo XVIII, titulado "Dios se mueve de manera misteriosa":

> *Sus propósitos madurarán rápidamente,*
> *Desplegándose cada hora;*
> *La yema puede tener un sabor amargo,*
> *Pero dulce será la flor.* [40]

253

Pero estas respuestas no pudieron evitar que el cinismo aumentara en las filas de los soldados británicos. El periodista Charles Edward Montague describió la situación de la siguiente manera:

> *En las primeras semanas de la guerra, la mayor parte del rebaño se había creído a pies juntillas todo lo que sus pastores y maestros habían dicho* [*sobre la guerra*] *... Más tarde, salieron a creer poco o nada — excepto que en el bulto pastores y amos eran unos farsantes.* [41]

En el otoño de 1914, un poema de Harold Begbie, "War Exalts" (La guerra exalta), ofrecía un comentario particularmente mordaz sobre el mensaje eclesiástico de que la guerra equivalía a una especie de cruzada que pretendía purificar a la humanidad, como innumerables prelados habían tratado de asegurar a los fieles:

---

[39] Hastings, p. 559; Rousseau (1999), pp. 235-43.
[40] Fussell, p. 168.
[41] Citado en Fussell, p. 240.

La guerra enaltece y limpia: ¡levanta al hombre del fango!
Pregúntale a Dios qué piensa de una bayoneta y del goteo de sangre.
La guerra pone a prueba a los valientes y deshonra a los cobardes.
Muéstrale a Dios su propia imagen convertida en pasta de metralla.
Lucha hasta que los tiranos perezcan, mata hasta que los brutos sean suaves.
Luego ve a lavarte la sangre e intenta enfrentarte a tu hijo. [42]

La guerra llevó a muchos combatientes a la conclusión de que a Dios no le importaban sus criaturas humanas ni las cosas horribles que se hacían unos a otros. "A Dios no le importa nada. / This is a bloody mess indeed", es como lo expresó sucintamente el conocido compositor y poeta inglés Ivor Gurney en un famoso verso suyo, en "The Target". Y algunos llegaron a la conclusión de que, sencillamente, Dios no existía; la escritora feminista y pacifista Vera Brittain, por ejemplo, en el poema "Agosto, 1914", aludía a la idea anterior a 1914 de que la guerra devolvería a la gente a Dios:

Dios dijo: "Los hombres me han olvidado:
Las almas que duermen volverán a despertar,
Y se enseñe a ver a los ojos cegados. "
Así que como la redención viene a través del dolor
Golpeó la tierra con vara castigadora,
Y trajo el escabroso reino de la destrucción:
Pero donde pisó su desolación
El pueblo en su agonía
Desesperado gritó: "No hay Dios. " [43]

254

La propaganda de guerra fue contraproducente en muchos sentidos. La mayoría de los soldados y gran parte de los civiles empezaron a dudar de todo lo que les decían las autoridades y los medios de comunicación, de modo que se negaban a creer no sólo las mentiras, exageraciones y distorsiones, sino incluso la información veraz. Lo que también tuvo un

[42] Hibberd y Onions, p. 28.
[43] Gurney cita de Clapham, p. 78; Brittain cita de Hibberd y Onions, p. 18.

efecto negativo fue "el lenguaje barroco y la religiosidad espuria con que se comercializó". El público se sintió engañado y ofendido. "Surgió una repulsión duradera entre parte del público, que se sintió engañado", escribe Max Hastings sobre el pueblo británico. Y así, empezaron a oírse cada vez más voces antibelicistas, críticas con la guerra, sus objetivos, la forma en que la llevaban a cabo las autoridades militares y políticas, e incluso con los aliados.

En octubre de 1914, por ejemplo, el periódico británico *New Statesman* informaba de que el público mostraba una hostilidad cada vez mayor hacia la alianza con la Rusia autocrática; también se mencionaban "sugerencias... de que la guerra fue iniciada deliberadamente por fuerzas reaccionarias para evitar reformas sociales", lo que sin duda contenía un importante núcleo de verdad. La élite británica se escandalizó de que el público no pareciera dar mucho crédito a la razón oficial de la entrada del país en la guerra, a saber, la defensa de la "galante y pequeña Bélgica". Uno de los miembros del gabinete, Lloyd George, consideró necesario conjurar nuevos factores y explicó que la guerra era una cruzada contra el militarismo.

Una parte considerable y creciente de las masas populares se estaba "radicalizando" progresivamente, como ha dicho Gabriel Kolko, en todos los países beligerantes, y se comportaba de forma menos crédula, y también menos respetuosa, con la élite que se entendía que había querido esta guerra. "Bastante pronto en la guerra, hubo signos [en Gran Bretaña] de una tendencia que se hizo progresivamente más pronunciada", señala Max Hastings, "a saber, un declive de la deferencia social, para consternación de sus antiguos beneficiarios."[44] La cruda propaganda belicista debía servir de antídoto contra el pacifismo, pero en este sentido también podía ser disfuncional, como ocurrió en Alemania. En el verano de 1914, los pacifistas de allí habían permanecido en silencio en contraste con sus comparativamente numerosos y ruidosos homólogos de Gran Bretaña, y habían creído lo que les decían las autoridades, a saber, que para Alemania la guerra sería puramente defensiva. Pero cuando, en el otoño de 1914, se supo que las élites aristocráticas y, sobre todo, industriales, tenían planes de expansión a gran escala, el pacifismo asomó

[44] Hastings, pp. 423, 425, 433; Fussell, pp. 175, 316.

la cabeza. Cada vez se oía más la demanda de poner fin a lo que la propaganda no podía evitar que se desenmascarara como una guerra de conquista y un baño de sangre sin sentido. Se creó un grupo de presión pacifista formal, la *Bund neues Vaterland* o "Liga por una nueva patria". Al otro lado del Rin, el pacifismo se asociaba con la democracia y el socialismo, y el deseo de paz iba de la mano de la demanda de reformas, reformas en el sentido de democracia parlamentaria, pero también formas más radicales de democratización; en otras palabras, demandas de los tipos de cambios políticos y sociales que la élite alemana había esperado eliminar mediante el instrumento de la guerra. Con tales reformas en mente, los pacifistas burgueses empezaron a colaborar con líderes socialdemócratas reformistas como Bernstein. Esto alarmó a la élite y, sobre todo, a las autoridades militares, que procedieron a censurar drásticamente todas las publicaciones pacifistas.[45]

Mientras tanto, la poderosa fortaleza de *los Burgfrieden* empezaba a desmoronarse. Dentro del SPD, los radicales del "Grupo Rosa [Luxemburg]", que en agosto sólo habían votado a regañadientes a favor de los créditos de guerra, se volvieron cada vez más recalcitrantes y cada vez menos dispuestos a ajustarse a la disciplina del partido. La feminista Clara Zetkin formaba parte de este grupo; en noviembre de 1914, llamó a todas las mujeres socialistas a agitar contra la guerra y por la paz. (En marzo de 1915, Zetkin organizaría una conferencia internacional de mujeres socialistas en Berna, capital de la Suiza neutral). El 2 de diciembre de 1914, el Reichstag tuvo que aprobar por segunda vez los créditos de guerra, y esta vez Liebknecht votó en contra. Aprovechó la ocasión para explicar que "la guerra era una guerra imperialista... un intento de desmoralizar y destruir un movimiento obrero que había crecido rápidamente". A finales de 1914, junto con Rosa Luxemburg, Clara Zetkin y otros socialdemócratas radicales, fundó la Liga Espartaquista (*Spartakusbund*) y empezó a publicar las "Cartas de Espartaco", panfletos en los que se podía leer que "el verdadero enemigo puede encontrarse dentro del país". Así, a pesar de su inmunidad parlamentaria, Liebknecht sería detenido y enviado al frente oriental. Se negó a combatir y fue obligado a realizar todo tipo de trabajos forzados, incluido enterrar a los

[45] Saint-Gille, *passim.*

muertos. Debido a su mala salud, fue liberado en el otoño de 1915, pero sería arrestado de nuevo en 1916, y esta vez sería condenado y encarcelado por "traición".[46]

[46] Schorske, pp. 300-03.

Capítulo 15
Amigos y enemigos

> *En todos los ejércitos existe un estricto apartheid entre los oficiales, representantes de la clase alta, y sus subordinados, casi exclusivamente proletarios y otros miembros de las órdenes inferiores. La mayoría de los oficiales desprecian a los simples soldados y los tratan en consecuencia. A la inversa, los soldados los desprecian como enemigos. El "enemigo" oficial, por otra parte, no es considerado por muchos de los hombres como un verdadero enemigo. Así lo ilustran los encuentros y confraternizaciones entre soldados aliados y alemanes, de los que la famosa "tregua de Navidad" de diciembre de 1914 no es más que el ejemplo más espectacular ...*

Generalmente pensamos en una guerra como un asunto de "blanco y negro", con nosotros y nuestros aliados en un lado y los enemigos en el otro. La Gran Guerra parece encajar en este molde. Una línea de frente nos separaba claramente a nosotros y a nuestros aliados, los "buenos", de los "malos" del otro bando, principalmente los alemanes, pero también los austrohúngaros y los turcos, gente de la que sabíamos muy poco. La película *Senderos de gloria* incluye un episodio en algún lugar del frente occidental, desde el punto de vista de las tropas francesas. Como espectadores, nos identificamos espontáneamente con estos *poilus;* son nuestros amigos. Los malos también aparecen en la película, pero no son alemanes: en toda la película no se ve ni un solo boche. Sólo al final aparece un alemán en la pantalla, pero es una mujer joven y no tiene nada de hostil.[1] Sin embargo, en la película hay "malos", es decir, enemigos. Son los altos oficiales franceses, los generales, que, mediante una operación ofensiva sin sentido, envían a innumerables *poilus* a la muerte y, después, ordenan fusilar a cuatro de ellos por supuesta cobardía.

---

[1] *Senderos de Gloria,* escena con una joven alemana: http://www.youtube.com/watch?v=pJH8hO7VlWE.

258

Los soldados que fueron a la guerra en agosto de 1914 aprendieron demasiado pronto quiénes eran sus verdaderos enemigos. Como se sugiere en la película de Kubrick, no se trataba de los alemanes, rusos, franceses o británicos, o de quienquiera que fuera que se les hubiera ordenado atacar, sino de sus propios superiores, y sobre todo de sus propios oficiales, generales y miembros del alto mando del ejército. La mayoría de los soldados no tenían muchas oportunidades de ver u oír al enemigo oficial, pero con sus propios oficiales estaban en contacto constante, y en general eso resultó ser una experiencia de lo más desagradable. Los reclutas descubrieron enseguida que la mayoría de los oficiales los menospreciaban y los trataban en consecuencia, lo que con demasiada frecuencia significaba maltratarlos. Y esto no sólo ocurría en el ejército ruso, formado esencialmente por oficiales aristocráticos y masas de campesinos pobres y analfabetos como soldados rasos. En ese ejército, los oficiales simplemente no se molestaban en disimular su desdén por sus subordinados; "se comportaban con sus hombres como terratenientes rurales entre siervos", y a menudo hacían que los azotaran los cosacos. En el ejército británico, las cosas no eran tan diferentes. Representantes de la élite del país que servían como oficiales —como Cyril Asquith, hijo del primer ministro— describieron la guerra despectivamente como "luchar contra bárbaros en compañía de aburridos y atados". La actitud de un oficial británico, apodado "Buffalo Bill" por sus hombres, parece haber sido típica; un soldado escribió sobre él después de la guerra que "trataba a todos los hombres de la misma manera: como basura". El poeta británico Isaac Rosenberg, que sirvió durante la guerra como simple soldado, compuso bellos poemas sobre la vida en el frente y murió en 1918, escribió a un conocido que "el ejército es el invento más detestable de esta tierra" y que "nadie salvo un soldado raso del ejército sabe lo que es ser esclavo". Los soldados franceses también comparaban a veces su situación con una especie de esclavitud. Para los oficiales alemanes, socializar en con los subordinados estaba estrictamente *prohibido,* ya que el alto mando consideraba que la familiaridad podía socavar la autoridad de los rangos superiores. En cualquier caso, la mayoría de los oficiales consideraban a los soldados rasos *como Untermenschen* y los maltrataban a su antojo. Un corresponsal de guerra estadounidense en Bélgica fue testigo de cómo un oficial alemán utilizaba su fusta para abofetear en la cara a un guardia que no le había saludado con la suficiente rapidez. En consecuencia, el odio

hacia la "casta" de oficiales estaba muy extendido entre los soldados alemanes. Después de la guerra, Kurt Tucholsky describió la "enorme ira de los soldados" contra sus superiores, con el pecho cubierto de medallas, que les obligaban a matar y a morir.[2] Simplemente no era posible, escribe Gabriel Kolko, "que oficiales nobles y educados pudieran coexistir fácilmente con sus subordinados" y tratarlos con más respeto del que lo habían hecho en tiempos de paz; y así sucedió que los "incidentes degradantes" se produjeron con demasiada frecuencia. En todos los ejércitos, al principio de la guerra, existía un estricto apartheid entre los oficiales, caballeros de alto origen social, y los hombres, esencialmente campesinos, obreros y pequeños burgueses. El historiador francés Frédéric Rousseau escribe que se cernía "una brecha entre los hombres corrientes, incluidos los suboficiales, y los oficiales".[3]

259

Ya empezó mal cuando los trenes salieron de Londres, París, Berlín y otras ciudades con soldados hacinados en "vagones de ganado" mientras sus superiores iban cómodamente sentados en compartimentos de primera o segunda clase. Un testigo presencial describió la situación cuando las tropas británicas eran transportadas en tren desde la estación Victoria de Londres hacia Francia:

> *Había seis* [*trenes*] *uno al lado del otro en los andenes de salida. En cinco de ellos se amontonaba una gran multitud de hombres con abultadas mochilas a la espalda para sentarse de cinco en cinco en compartimentos mal iluminados... En contraste, el sexto tren estaba muy bien iluminado: tenía dos coches comedor y todos los vagones eran de primera clase. Obsequiosos mirmidones... guiaron a los oficiales de sombrero y etiqueta rojos hasta sus asientos reservados. Eran casi las 6:30 y los camareros de los vagones comedor ya estaban tomando pedidos de bebidas... Esta demostración de privilegio fue que quedó grabada en las mentes de los soldados ... y que perduró en la memoria nacional durante el siguiente medio siglo.* [4]

---

[2] Rousseau (1999), p. 79; Losurdo (2006b), pp. 262-63; Ulrich, p. 117.

[3] Cazals, p. 43; Rousseau (1999), pp. 37, 79; Losurdo (2006b), pp. 262-63; Connor, p. 6; Ulrich, p. 117; Kolko (1994), pp. 127-28, 131, 136; Knightley, p. 108; Hastings, pp. 261, 425; Powell, pp. 121-22; Dorgeles, p. 112.

[4] Citado en Fussell, pp. 83-84.

Al otro lado del Canal, las cosas siguieron igual. Durante el viaje en tren desde los puertos del Canal, como Etaples, hasta el frente, los oficiales disfrutaban de comodidades e incluso lujos. En el poema "Cualquier soldado a su hijo", el poeta George Willis describe cómo eran las cosas para un simple soldado como él:

> *Aprendí a cabalgar como cabalgan los soldados de Etaps* [*es decir, Etaples*] *a la Línea, Durante días y noches en camiones de ganado, hacinados como rebaños deswine*.[5]

260

Sin duda, la guerra no se revelaría como un asunto de clase, pero desde el principio fue definitivamente un asunto de clase, una demostración de las distinciones de clase, una manifestación del sistema de clases británico. De las delicias del sistema de clases británico, los soldados australianos, en su mayoría inclinados al igualitarismo, ya saborearon una muestra cuando, en noviembre de 1914, embarcaron en buques que iban a llevarlos a la Europa devastada por la guerra. A bordo, los oficiales disfrutaron de lo que uno de ellos admitió que era "vivir literalmente en el lujo"; se les alojaba en camarotes de primera clase equipados con instalaciones privadas, se les servían comidas "mejores que las que se podrían tomar en el mejor hotel de Melbourne" y se les obsequiaba con música de orquesta. Los "otros rangos", sin embargo, dormían en cubierta. En la Royal Navy, los oficiales disfrutaban de un "confort considerable", como se consideraba que tenían derecho a hacer los caballeros. En cuanto a los marineros ordinarios, recibían lo suficiente para comer, pero a bordo de muchos barcos "las condiciones eran casi tan duras como las de la época de Nelson".[6]

Para la élite, la guerra brindaba la oportunidad de demostrar a los proletarios quién mandaba, de enseñarles algunos buenos modales, como el respeto y la obediencia ciega hacia sus superiores, y también de castigarlos un poco —¿o mucho? — porque durante los turbulentos años que habían precedido a la guerra no habían mostrado suficiente respeto hacia sus "superiores" sociales. De hecho, en todos los ejércitos que entraron en guerra en el verano de 1914, los oficiales, representantes de la élite, tenían por costumbre acosar y humillar todo lo posible a sus

[5] http://www.forcespoetry.com/poemdetails.asp?ID=221.
[6] Englund, p. 53-54; Hastings, p. 365.

subordinados de , un trato que los alemanes llamaban *schickanieren*, que acabaría traduciéndose al inglés como "[infligir] chickenshit". En casi todas partes, los subordinados tenían que sufrir "abusos incesantes de superiores altivos" y "humillaciones frecuentes".[7] Los Tommies se quejaban de la actitud arrogante de sus oficiales y de las "reglas y la rutina brutal", a menudo absurdas, que se les infligían constantemente, de la férrea disciplina a la que estaban sometidos y de la forma en que se les ordenaba incesantemente marchar y hacer ejercicio según los caprichos de los oficiales.

261

No en vano, los británicos consideraban a sus oficiales "más arrogantes y opresivos" que los franceses. En el ejército "republicano" francés, los oficiales tenían que ser algo más circunspectos y tratar a los hombres con un poco más de respeto. Por el contrario, los soldados franceses eran más propensos a considerarse "iguales" a sus oficiales. Desde el punto de vista británico, los franceses estaban prácticamente obsesionados por una "manía", una "rabia" por la igualdad. Incluso los soldados franceses más proletarios esperaban cierto respeto de sus superiores. Esto reflejaba el hecho de que Francia, hija de la Gran Revolución de 1789 —¡y de las revoluciones de 1830, 1848 y 1871! — era más igualitaria y democrática que el reino británico, todavía en gran medida "feudal". Sin embargo, también en el bando francés, los oficiales y los soldados rasos vivían en dos mundos muy diferentes; por ejemplo, en lo que respecta a las formas de pensar y de hablar. Los oficiales franceses también partían hacia el frente en tren, instalados en compartimentos de primera clase, mientras que los soldados de a pie viajaban en "*vagones* de ganado" *(wagons a bestiaux)*. Y los oficiales franceses también se mostraban con frecuencia altivos con sus subordinados y dispuestos a abusar de ellos. El filósofo y periodista pacifista Alain (Emile Chartier) llegó a opinar que "entre un simple soldado y un capitán existía un abismo mayor que entre un siervo y un señor".[8] El soldado Barthas también se quejaba regularmente en su diario de todo tipo de maltratos infligidos por sus superiores. En cuanto a los ejércitos de las potencias más autoritarias, a saber, Alemania, Austria-

[7] Kolko (1994), pp. 127-28.

[8] Robert, p. 58; Rousseau (1999), pp. 74-75, 78; Calzas, pp. 81-82; Miquel, pp. 81, 83-84.

Hungría y Rusia, los soldados rasos eran demasiado a menudo humillados y maltratados, incluso físicamente, por el menor pecadillo.

A los soldados les molestaba mucho no recibir apenas información de sus oficiales sobre lo que estaba ocurriendo y lo que planeaban los generales. Durante la retirada en el norte de Francia, en los alrededores de la ciudad de Saint-Quentin, un sargento británico se quejaba de que "todos los rangos están muy deprimidos debido a... la ausencia total de información", de modo que "parece que simplemente nos hacen retroceder a ciegas". "No sabemos absolutamente nada", escribió un *poilu* francés por la misma época, en agosto de 1914, en su diario. "No recibimos cartas ni vemos periódicos... marchamos estúpidamente, en silencio, como esclavos del dios de la guerra".[9]

Se dice que los soldados franceses en general se quejaban amargamente del "estado de ignorancia en que los mantenía sistemáticamente el alto mando". En el ejército francés existía una especie de "embargo de información"; estaba impregnado de una "cultura del silencio". A menudo los hombres no tenían ni idea de dónde estaban, hacia dónde marchaban o si sus esfuerzos se veían coronados por el éxito o no; no sabían nada y no podían entender nada. El hecho de que "se les impusiera una obediencia ciega" provocaba todo tipo de ansiedades y desencadenaba "rumores disparatados", así como "un sentimiento de inseguridad". Los hombres se sentían "maltratados, dominados, engañados" y lo odiaban. Pero eso formaba parte de la manera en que sus superiores aprovechaban la guerra para enseñorearse de ellos como no habían podido hacer antes de la guerra. Los "amos de la información son los amos *tout court".* El historiador que escribió esto, Frédéric Rousseau, añade la siguiente observación:

262

> *La prisión del silencio que impide a los soldados saber absolutamente nada del mundo fuera de su unidad los convierte en seres inferiores, en adultos inmaduros, en personas pueriles; como niños, no se les confía la menor responsabilidad, se les lleva a destinos desconocidos, y no tienen ni idea de cuándo, cómo, por qué, etc. Se convierten en niños, en un gigantesco rebaño de ovejas. Se transforman en bestias brutas.* [10]

---

[9] Hastings, pp. 239, 302.

[10] Rousseau (1999), pp. 33-40, 46-47.

Los soldados alemanes también estaban frustrados porque sus oficiales les informaban muy mal, si es que lo hacían. "Saber es poder" y, por tanto, no saber equivalía a impotencia.[11]

La élite quería claramente aprovechar la oportunidad que le ofrecía la guerra para demostrar su superioridad respecto a la plebe y enseñarles a no hacer preguntas difíciles ni querer saber demasiado —como habían aprendido a hacer, en particular, los socialistas que había entre ellos, inspirados por Marx. ¿No fue porque los proletarios habían aprendido demasiado, bajo la influencia del socialismo, por lo que se habían vuelto tan críticos y rebeldes antes de la guerra? Y, a la inversa, ¿no eran los campesinos y los pobres en general, en los "buenos tiempos" del *ancien régime*, tan dóciles porque se les había mantenido en la ignorancia, gracias en gran medida a los esfuerzos de la iglesia? Cuanto menos supieran los soldados rasos, mejor, y en 1914 se esperaba que los proletarios de uniforme obedecieran ciega y silenciosamente. No necesitaban información; sus superiores sabían lo que hacían y no tenían que explicarles nada. Ahora era la guerra, y el lema era: ¡obedece y calla!

263

Bastantes historiadores creen que, en este sentido, la guerra funcionó en gran medida según lo planeado y provocó que no sólo los soldados, sino también los civiles, dejaran de pensar de forma crítica o de cuestionar las órdenes y la información que llegaban desde arriba. La guerra presumiblemente convirtió a la mayoría de la gente en *súbditos* más crédulos y obedientes, ya que las autoridades políticas y militares censuraban, retenían o manipulaban la información y difundían burdas mentiras y medias verdades. Era una especie de control totalitario, una especie de *1984* orwelliano *avant la lettre*. El historiador canadiense Modris Eksteins señala, no sin razón, que "a los hombres les resultaba difícil hacerse una idea coherente de la guerra en su conjunto.... La mayoría atravesó la guerra como ciegos". Eksteins se equivoca, sin embargo, cuando añade que "los hombres dejaron de hacer preguntas, dejaron de interpretar" y "[su] elan anterior dio paso a la resignación y el estoicismo".[12] Pronto veremos que, en todos los países beligerantes, los soldados no permanecieron apáticos e inactivos. Al contrario, se volvieron

[11] Ulrich, p. 133.

[12] Eksteins, pp. 174-75, 181.

cada vez más descontentos, inquietos, críticos y, en última instancia, rebeldes. Finalmente, en 1917, una parte no pequeña de ellos incluso se metamorfosearía en auténticos revolucionarios.

Una vez desembarcados del tren, los soldados rasos tenían que recorrer grandes distancias a pie, por lo que a menudo estaban totalmente agotados cuando comenzaba el combate real. Pero los oficiales montaban a caballo o eran transportados en automóviles, suministrados y conducidos por jóvenes ricos a los que se permitía cumplir así su servicio militar.[13] Esto molestaba al resto de los hombres, por supuesto, especialmente cuando los oficiales pasaban en automóviles mientras incluso los soldados heridos tenían que caminar kilómetros antes de poder ser atendidos.[14] Cuando los británicos hacían una pausa durante una marcha, los oficiales descansaban por separado, generalmente en el lado izquierdo de la carretera, mientras que los hombres se reunían en el derecho. Los oficiales británicos también hablaban un tipo de inglés, a veces denominado "inglés de la reina" o "inglés de Oxford", que difería mucho del de sus subordinados, que a menudo era el "cockney" londinense o alguna otra variante menos refinada y prestigiosa de la lengua de Shakespeare.

264

También en los otros ejércitos, una brecha lingüística separaba a los oficiales de los soldados. Innumerables *poilus* franceses procedían del sur del país, del Midi, y hablaban occitano, prácticamente incomprensible para sus oficiales del norte. En el ejército belga, los oficiales solían hablar francés, mientras que la mayoría de los soldados rasos*, los piottes,* eran flamencos. (Pero no es cierto que los soldados no entendieran las órdenes que se les daban y que por ello fueran asesinados en gran número. Incluso en el bando belga, era sobre todo una "falla social" la que separaba a los hombres de sus superiores; debido a circunstancias específicamente belgas, incluso en Flandes la clase alta hablaba mayoritariamente francés).[15] Un problema más grave afectaba al ejército de la Monarquía del Danubio, donde los soldados checos, eslovacos, polacos y de otras nacionalidades a menudo apenas entendían una palabra del alemán hablado por la gran mayoría de los oficiales. (Más del 75% de los oficiales

---

[13] Ulrich y Ziemann, p. 136.

[14] Hastings, p. 529.

[15] Miquel, p. 166; Horvat, p. 55.

eran alemanes, lo que representaba tres veces el porcentaje de alemanes en la población total del Imperio de los Habsburgo). Del mismo modo, los hombres de las unidades coloniales, compuestas por senegaleses, marroquíes, indios, etc., a menudo no entendían ni una palabra del francés o del inglés de sus superiores. La brecha entre oficiales y "otros rangos" podía ser lingüística, étnica o una combinación de ambas. En las unidades irlandesas del ejército británico, los soldados rasos eran prácticamente sin excepción personas de origen social bajo que hablaban o bien irlandés (o gaélico irlandés), o bien inglés hibernés, es decir, inglés con un fuerte acento irlandés; pero los oficiales eran casi exclusivamente *caballeros* ingleses que miraban por encima del hombro racistas a sus subordinados "celtas" supuestamente inferiores.

La élite europea esperaba, e incluso confiaba en que, para su propio beneficio, la guerra *integraría* a los proletarios, a las minorías étnico-lingüísticas e incluso a los súbditos coloniales —y a las molestas sufragistas y otras feministas— en el orden político y socioeconómico establecido. Inmediatamente después del estallido de la guerra, en agosto de 1914, pareció que este tentador escenario se hacía realidad. Pero la forma degradante en que los súbditos plebeyos, étnicos y coloniales uniformados eran tratados por los generales y otros oficiales —los representantes de la élite en el ejército— pronto produjo el efecto contrario y *extirpó* a las órdenes inferiores y a los forasteros, es decir, los volvió aún más contra el orden establecido y contra la élite. El ya mencionado historiador T.A. Jackson ha señalado en este contexto que la forma en que los oficiales trataban a los soldados irlandeses en el ejército británico llevó a estos últimos a los brazos del republicanismo radical y les hizo desear ardientemente nada menos que la independencia total de su país, en contraposición a la medida de autonomía conjurada por la fórmula de la Autonomía. Un síntoma temprano de esta evolución fue el hecho de que la avalancha de voluntarios irlandeses disminuyó considerablemente en el transcurso de 1915, para agotarse por completo en el fatídico año de 1916, sobre el que se hablará más adelante.[16]

265

Ya hemos visto que los oficiales eran transportados con mucha más comodidad que sus subordinados. A diferencia de sus superiores, los

[16] Hastings, pp. 30, 539; Jackson, pp. 383-85; Johnson, p. 24.

soldados tampoco recibían a menudo agua suficiente para lavarse o afeitarse. Como ilustración, puede citarse el caso, ciertamente algo extremo, de una unidad austrohúngara que pasó una noche de octubre de 1914 en un edificio en ruinas en algún lugar de los Cárpatos. Mientras los soldados dormían apiñados en el suelo , un oficial aristocrático de alto rango se instaló cómodamente en una habitación separada y dispuso de pijama, ropa de afeitar e incluso una bañera de goma portátil con el escudo de armas de su familia. Además de una comida notablemente mejor, los oficiales también recibían armas de calidad superior. En los ejércitos ruso y serbio, ocurría a menudo que algunos reclutas no recibían ningún tipo de arma y que, en caso de ataque, ¡se les decía que recogieran los fusiles de los camaradas muertos![17] También ocurría que los oficiales franceses recibían ocasionalmente visitas de sus esposas o novias en las proximidades de la línea del frente. Oficialmente, esto no estaba permitido, pero resultaba posible si estas mujeres se disfrazaban de enfermeras de la Cruz Roja. Tales privilegios para los oficiales disgustaban a los soldados rasos. Era un ejemplo más de la desigualdad de facto que separaba *a los poilus* de sus superiores, incluso en el ejército de la teóricamente igualitaria República Francesa.[18]

Los oficiales heridos recibían mucho mejor trato que los soldados heridos. En Rusia, detrás de la línea del frente funcionaban trenes-hospital, en los que las hijas de las familias adineradas iban a cuidar a los oficiales (preferiblemente jóvenes y guapos) con heridas por encima del cinturón; estos trenes resultaban especialmente activos en el rebufo de los regimientos de élite, "cuyos oficiales probablemente procedían del estrato más elegible de la sociedad de San Petersburgo". Del mismo modo, las damas de la aristocracia británica organizaron y financiaron ambulancias privadas para asistir a los heridos de buena cuna. Y personalidades británicas adineradas, como Lady Ridley, pariente de Churchill, fundaron hospitales privados para oficiales en distritos lujosos de Londres.[19] Y todos los países beligerantes proporcionaron un trato superior a los oficiales entre sus prisioneros. En los campos de prisioneros de guerra de Canadá, por ejemplo, los hombres estaban "divididos por etnia y por clase", con

[17] Barthas, p. 292; Englund, p. 42; Hastings, p 402.
[18] Miquel, p. 164; Rousseau (1999), pp. 281-83.
[19] Hochschild, pp. 116, 126; Englund, p. 457.

"oficiales alemanes y sus equivalentes civiles" —estos últimos presumiblemente residentes alemanes de clase alta— como "internos de primera clase".[20] También en la muerte, un apartheid dividía a los oficiales de clase alta de los "otros rangos" plebeyos, ya que los oficiales recibían un trato mucho mejor y más digno. En Gran Bretaña, los familiares de los oficiales caídos eran notificados por telegrama, mientras que las familias de los soldados rasos de recibían una tarjeta por correo. En las "listas de honor" de los muertos publicadas en periódicos como *The Times,* los nombres de los oficiales aparecían en letras más grandes que los de los soldados y suboficiales. Además, los oficiales recibían un entierro decente, con ataúd individual, flores y coronas, y una ceremonia, mientras que los soldados eran enviados sumariamente a fosas comunes. Así lucía —y funcionaba— el ejército del que hoy sigue afirmando, por ejemplo el Primer Ministro británico Cameron con motivo del centenario del estallido de la guerra en 1914, que fue a la guerra por la *democracia.* Los franceses también enterraban por separado a oficiales y hombres, al menos durante las primeras fases de la guerra, pero al cabo de unos meses sólo los oficiales de alto rango, capitanes o superiores, siguieron "disfrutando" de este privilegio. Los alemanes y los rusos también solían meter a los soldados muertos ordinarios en fosas comunes, mientras que los oficiales recibían sepultura individual.[21]

266

A esta distinción de clase en la muerte aludiría después de la guerra el periodista y escritor alemán Kurt Tucholsky en un poema titulado *"Drei Minuten Gehor!" ("¡Tres minutos de atención!").* ("¡Tres minutos de atención!"):

Una noch im Massengrab wat ihr die Schweine	*Incluso en las fosas comunes siguen siendo unos cerdos,*
¡Die Owf-fiIziere lagen alleine!	*Pero los oficiales, ¡descansaban solos!*
Ihr waret des lodes billige Ware	*Eras mercancía barata de la muerte*
Así transcurrieron cuatro largos y	*Así fue durante cuatro largos y*

[20] "Extranjeros enemigos, prisioneros de guerra".

[21] Fussell, p. 82; Mayer (2010), p. 307; Kolko (1994), pp. 45-46; Hochschild, pp. 126-27, 167, 233-34, 322; Hastings, pp. 350, 524; Sumpf (2014), p. 175; imágenes en Friedrich, pp. 124-27, 238-41.

sangrientos años. [22] *sangrientos años.*

Sin embargo, lo que más molestaba a los soldados era el hecho de que innumerables oficiales, con demasiada frecuencia, conducían a sus hombres hacia delante mientras ellos mismos permanecían detrás, en la relativa seguridad de la retaguardia. Los soldados alemanes, por ejemplo, se quejaban con frecuencia de que sus oficiales permanecían a cubierto mientras ellos se veían obligados a atacar. Las tropas británicas también consideraban que, con demasiada frecuencia, sus superiores permanecían a salvo en la retaguardia o se retiraban rápidamente para ponerse a salvo. Durante la batalla de Le Cateau, un oficial británico superior se retiró repentinamente del combate, no herido pero visiblemente conmocionado y desmoralizado, explicando que "sólo iba a volver por un rato", presumiblemente para encontrar un aseo. Pero los "soldados humildes" que intentaban algo similar eran amenazados por oficiales armados con pistolas y enviados de vuelta al frente; si no obedecían, eran fusilados en el acto. Según Kolko, "los ejemplos de oficiales al mando que permanecían a salvo tan lejos de las líneas que resultaban inútiles [eran] legión".[23] En el transcurso de los combates de diciembre de 1914, el soldado francés Barthas fue testigo de una situación similar:

267

> *El coronel se quedaba con el batallón de reserva, el mayor se quedaba con la compañía de reserva, el capitán se quedaba con las tropas de apoyo y el comandante de grupo se quedaba con el grupo, muy por detrás de las líneas. Sólo el cabo tenía que dirigir personalmente a sus hombres. Los sargentos les seguían en filas cerradas para obligar a los rezagados a seguir marchando hacia delante y, si era necesario, dispararles discretamente con el revólver.* [24]

Especialmente en las primeras fases de la guerra, numerosos representantes de las clases altas simplemente no aparecieron por las zonas de peligro. En la mayoría de los países beligerantes, un número desproporcionadamente alto de aristócratas fueron destinados a la

---

[22] Klaber, p. 89-91. Texto completo en http://www.textlog.de/tucholsky— minuten-gehoer.html.

[23] Hastings, pp. 230-33, 480; Kolko (1994), p. 128; Ulrich y Ziemann, pp. 44, 124; Markides, p. 92.

[24] Barthas, p. 69.

caballería. Muchos soldados de caballería pertenecientes a la nobleza británica, por ejemplo, permanecieron a una distancia considerable de los frentes. Esperaban, decían, a que la infantería abriera una brecha en las líneas alemanas, a través de la cual podrían avanzar al galope para perseguir y acabar con el enemigo en fuga. Mientras tanto, pasaban el tiempo cazando zorros y liebres y organizando carreras y espectáculos ecuestres.[25]

La cobardía mostrada por muchos de sus oficiales, aunque ciertamente no por todos, provocó malhumor y protestas entre los soldados. "Los hombres se atrevieron incluso a decir que estábamos mandados por asesinos y carniceros y que el general y el coronel deberían habernos conducido en persona en lugar de permanecer en la seguridad de la retaguardia", señala Barthas; y añade que muchos hombres amenazaron "simplemente con dejar de obedecer órdenes". De los soldados se esperaba que "lucharan y, si era necesario, murieran", escribe Gabriel Kolko, "permaneciendo obedientes a aquellos líderes y a las clases dirigentes que tan alegremente se habían embarcado en la guerra", pero "los soldados empezaron a negarse a marchar sin rechistar hacia su posible muerte". Para el tipo de "huelga de soldados" de a la que Barthas ya aludía en 1914, aún no había llegado el momento; para verla en el ejército francés, habría que esperar hasta 1917.

268

Los soldados franceses despreciaban a los oficiales, apodados *galonnards,* "hombres con galones", a los que consideraban cobardes. Por el contrario, sentían mucho respeto y a veces incluso un profundo afecto por los oficiales que, durante los bombardeos o los combates, se comportaban con valentía; a ojos de *los poilus,* éstos eran los verdaderos líderes o *chefs.* No era diferente en el bando alemán.[26]

Demasiado numerosos eran los oficiales que eran despreciados como cobardes por sus subordinados, pero éstos eran impotentes para hacer algo al respecto. Por el contrario, los oficiales estaban siempre dispuestos a castigar severamente cualquier forma real o imaginaria de cobardía u otra deficiencia en sus hombres. Incontables casos de esto ocurrieron en

---

[25] Hochschild, p. 137.

[26] Barthas, p. 77; Kolko (1994), pp. 124-25; Rousseau (1999), pp. 83-85, 92-93; Markides, p. 92; Hobohm, p. 140; Saint-Fuscien, p. 79.

los ejércitos francés y británico en agosto de 1914, durante la asesina "Batalla de las Fronteras" y la larga retirada subsiguiente a orillas del río Marne. Como consecuencia de las gigantescas pérdidas sufridas, se produjeron desórdenes, indisciplina e incluso pánico, en los que los soldados intentaron salvar sus vidas huyendo o, voluntariamente o no, se encontraron aislados de sus unidades. De este modo, fueron declarados culpables de alguna forma de deserción. En su diario, el policía militar francés (*gendarme*) Jules Allard se refirió a los numerosos "rezagados" (*traînards*) a los que tenían que hacer frente en aquella época, y describió la situación como una "epidemia de fugitivos [*fuyards]"* [27]

En todos estos casos, los oficiales aplicaron severos castigos, incluidas ejecuciones sumarias. En el ejército francés, tales ejecuciones fueron autorizadas oficialmente por el alto mando el 3 de agosto *"pour encourager les autres*". "Ceremonias expiatorias" fue como el general Pétain llamó a estas ejecuciones, traicionando así su mentalidad católico-dolorista. Un caso bien conocido es el de los "mártires de Vingré": seis *podus,* sorteados, fueron fusilados el 4 de diciembre de 1914 por orden del general Etienne de Villar después de que su unidad se hubiera retirado sin autorización expresa para hacerlo durante un ataque alemán. Con ello se pretendía hacer comprender claramente a los hombres que era importante obedecer incondicionalmente y "ayudarles a recuperar el gusto por el combate". El 15 de diciembre, cerca del pueblo de Zillebeke, en Flandes, una compañía *de tirailleurs* argelinos del ejército francés sufrió el castigo de la diezma —es decir, la ejecución de uno de cada diez hombres— porque se habían negado a atacar. Tales diezmaciones también tuvieron lugar en otros lugares, por ejemplo, por confraternizar con el enemigo.

269

Otro caso de ejecuciones arbitrarias de soldados fue el de los "Cuatro cabos de Souain", que inspiró el libro de Humphrey Cobb *Senderos de gloria* y, por tanto, la película del mismo título. La ejecución de estos hombres, en febrero de 1915, en el pueblo de Souain-Perthes-les-Hurlus, justo al norte de Chalons-en-Champagne, fue ordenada por el general Geraud Reveilhac. Lo hizo para vengarse del fracaso de un ataque insensato que había ordenado sin ninguna consideración por la vida de sus hombres, habiendo dado incluso en un momento dado la orden (que no

[27] Allard, pp. 107-08.

fue obedecida) de que la artillería disparara contra sus tropas francesas en un intento de hacerlas avanzar. En la película, Reveilhac es presentado como "General Paul Mireau" y es interpretado brillantemente por el actor George Macready.

No es de extrañar que los comandantes aprovecharan a veces una ejecución hecha "a modo de ejemplo" para deshacerse de soldados conocidos por ser socialistas, anarquistas, dirigentes sindicales, etc. Un ejemplo es el de tres miembros del sindicato CGT ejecutados el 20 de abril de 1915 en Flirey, cerca de Toul. Los elementos radicales conocidos de este tipo también fueron destinados a menudo por sus superiores a lugares especialmente peligrosos o encargados de misiones que entrañaban grandes riesgos. En algunos casos, los soldados franceses también fueron fusilados por transgresiones menores, como robar una gallina. Más justificable fue un caso presenciado en noviembre de 1914 por una enfermera británica: la ejecución de un joven francés que, en estado de embriaguez, había amenazado a un oficial con un revólver. Por parte de los británicos, la primera ejecución por deserción tuvo lugar ya en la batalla de Mons; la víctima era un muchacho de diecisiete años que había huido y buscado refugio en un granero.[28]

En el transcurso de la Gran Guerra, los británicos condenarían a muerte a algo más de tres mil de sus propios soldados, la mayoría por deserción, pero también por cobardía, amotinamiento y transgresiones similares. De los condenados a muerte, entre 200 y 250 fueron ejecutados, aunque algunas fuentes afirman que la cifra llegó a 361. Las víctimas eran en su inmensa mayoría soldados rasos. Las víctimas eran en su inmensa mayoría soldados rasos; veinticinco de ellos eran canadienses, veintidós irlandeses y cinco neozelandeses. En las unidades indias del ejército británico también se produjeron ejecuciones, pero se desconoce el número. Sabemos que ya empezaron en el otoño de 1914, cuando las tropas indias, recién llegadas a Francia, sufrieron grandes pérdidas, y también estaban traumatizadas por "el shock del descubrimiento de la guerra mecanizada" y el frío. Varios hombres se presentaron en las enfermerías con heridas

[28] Robert, pp. 88-89; Rousseau (1999), pp. 109-14, 121-25; Kolko (1994), pp. 134-35*; 14-18: Mourir pour la patrie*, p. 120; Gueno y Laplume, p. 39; Taylor-Whiffen; Englund, p. 51; Markides, *passim,* y especialmente pp. 23, 27-32, 63-71.

autoinfligidas, y su comandante británico hizo fusilar a cinco de ellos "por cobardía".
270

Los franceses ejecutaron a más de seiscientos de sus propios soldados, los belgas a trece, los alemanes "sólo" a cuarenta y ocho. En el ejército italiano hubo numerosas ejecuciones, supuestamente no menos de 750. Ciento veintinueve australianos, entre ellos 119 desertores, fueron condenados a muerte, pero en realidad no se ejecutó ninguna sentencia de muerte. Los estadounidenses condenaron a muerte a veinticuatro de sus hombres, pero tampoco ejecutaron las sentencias. El ejército búlgaro fue testigo de hasta 2.500 condenas a muerte, de las que se ejecutaron unas 800.[29]

Para las faltas leves, los oficiales británicos aplicaban a menudo lo que se denominaba "Field Punishment Number One", que se había introducido en 1881. En el transcurso de la Primera Guerra Mundial, el ejército británico registraría no menos de 60.210 condenas a "F.P. No. 1". Este castigo consistía en tener al condenado atado a un árbol o a la rueda de un carro hasta dos horas al día y a veces durante un total de veintiún días, con los brazos extendidos y las piernas atadas, por lo que el castigo recibió el sobrenombre de "crucifixión." Era una experiencia dolorosa y humillante que se convirtió en el símbolo del sufrimiento "como el de Cristo" de los soldados británicos, de quienes se decía que "sufrían como Jesús". Esta comparación —del soldado con Jesús, del frente con el Gólgota— fue evocada en numerosos poemas de , por ejemplo por Wilfred Owen. Los soldados y ciudadanos británicos también proyectaban esta noción sobre el enemigo alemán, del que se decía que crucificaba a civiles belgas y soldados aliados —por alguna razón, normalmente canadienses. Es de suponer que los crucifijos con "Cristos sufrientes" que se encontraban con frecuencia por los caminos rurales de Flandes desempeñaron un papel en la fabricación de este mito.[30]

El mismo tipo de castigo existía también en el ejército alemán, donde a menudo se ataba a las víctimas a un árbol, y en el ejército italiano. Los sádicos oficiales italianos a veces colocaban a la víctima a la vista del

---

[29] Das (2011a), p. 81; Kolko (1994), pp. 136, 214; Taylor-Whiffen; Hochschild, pp. 233, 242; Rousseau (2006), p. 66; véase el estudio detallado de Oram.

[30] Fussell, pp. 118-19; Robertson, pp. 80-81.

enemigo. En las fuerzas austro-húngaras, desde los primeros días de la guerra, se aplicaron severas formas de castigo por delitos como el abandono del fusil, la embriaguez y la automutilación. Esto ocurría con mucha frecuencia porque los reclutas sin condecoración pertenecían a las minorías eslavas del Imperio, que resentían tener que ir a la guerra en nombre de los odiados Habsburgo y que simpatizaban con los enemigos serbios y rusos de sus propios superiores. El abanico de castigos incluía la flagelación, la horca, el fusilamiento y, para ahorrar costosas balas, la ejecución a bayoneta calada.[31]

271

Eran sobre todo los oficiales de alto rango, los generales y los miembros del estado mayor, todos ellos raramente o nunca vistos en el frente, pero que llevaban una vida de seguridad y comodidad, los que eran objeto del desprecio de los soldados de a pie. Los soldados británicos odiaban a los oficiales del estado mayor, a los que podían reconocer fácilmente por una insignia roja a la que los hombres se referían como "la insignia roja del funk". ("Funk" en argot significa "esquivar".) Los miembros del estado mayor eran generalmente "vástagos de casas ricas y aristocráticas", y los Tommies "deseaban intensamente su muerte".[32] *En Senderos de gloria,* el papel de un oficial de Estado Mayor francés, un joven pulido de clase alta y la antítesis perfecta de los plebeyos y más bien toscos soldados rasos, es interpretado admirablemente por el actor Richard Anderson.[33]

Desde el principio de la guerra, entre la mayoría de los soldados rasos surgió un antagonismo más o menos amargo hacia los oficiales en general. (Esto no significaba que los hombres no pudieran desarrollar un gran respeto e incluso un profundo afecto por los valientes superiores individuales que se preocupaban por sus subordinados, tipos evocados por el coronel Dax en *Senderos de gloria*). Esto ocurría en todos los ejércitos, incluidas las fuerzas belgas. "¿Sabes que los soldados no respetan a sus oficiales, sino que los desprecian y detestan?", escribió un *piotte*, como se apodaba a los soldados belgas, a un familiar. Y el hecho de que los hombres consideraran a sus oficiales como enemigos también quedó

---

[31] Klaber, pp. 32-33; Pittalis, p. 205.

[32] Knightley, p. 108.

[33] Richard Anderson como un joven oficial francés: http://www.youtube.com/watch?v=KJDkLgwJopQ.

reflejado en este poema, titulado *"Le revolte*", "*El* rebelde", escrito por Georges Haumont, un belga que se había presentado voluntario para el servicio militar:

Es un soldado contra la guerra	*Es un soldado, pero está en contra de la guerra.*
Il obeit, mais à demi.	*Obedece, pero sólo a regañadientes.*
Le chef est son grand ennemi	*El jefe es su principal enemigo*
Et l'ordre donne l'exaspere.	*Y las órdenes que recibe le enfurecen.*

272

También en el ejército francés, innumerables soldados opinaban que "nuestro superior [*notre maitre,* literalmente, "nuestro amo"] es nuestro enemigo".[34]

Antes de la guerra, los proletarios habían sido los enemigos de clase de la élite noble y burguesa. Durante la guerra, esta hostilidad cristalizó y se intensificó en forma de antagonismo entre soldados rasos y oficiales. Y así resultó que la guerra no resolvió la lucha de clases, como había esperado la élite. Al contrario, esta lucha se agravaría en el transcurso de la guerra. A la inversa, la élite también había esperado que la guerra socavara la solidaridad internacional predicada por los socialistas. A principios de agosto de 1914, los dirigentes socialistas de todos los países beligerantes pasaron repentinamente del internacionalismo al chovinismo social e instaron a sus seguidores a ir a la guerra por la patria y contra los proletarios de otros países. Pero a medida que se hizo evidente durante el otoño de 1914 que la supuesta "guerra en defensa de la patria" era en realidad un sangriento proyecto imperialista , los proletarios uniformados empezaron a abrazar de nuevo el internacionalismo proletario.

En este contexto, merece la pena citar un comentario de las memorias del escritor inglés J.B. Priestley, que adquirió una "conciencia de clase" a raíz de sus experiencias como soldado en la Gran Guerra, especialmente por la forma en que los oficiales trataban a sus subordinados:

> *El mando británico se especializó en tirar hombres por nada. La tradición de una clase alta... mató a la mayoría de mis amigos con tanta seguridad como si esos generales de caballería hubieran salido de los chateaux con*

[34] Horvat, p. 45; de Schaepdrijver, p. 213; Saint-Fuscien, p. 86.

> *mazos de polo y nos hubieran golpeado los sesos. Llame a esto prejuicio de clase, si lo desea, siempre y cuando recuerde... que fui a esa guerra sin ningún prejuicio, libre de cualquier sentimiento de clase*. [35]

Los soldados rasos desarrollaron cada vez más antipatía e incluso odio hacia sus propios oficiales. Al mismo tiempo, empezaron a sentir empatía e incluso simpatía por los hombres que se enfrentaban a ellos en el otro extremo de la tierra de nadie. El enemigo oficial —alemanes, rusos, franceses, lo que fuera— era demonizado por las autoridades, pero los soldados tenían poco o nada contra ellos. En muchos casos, apenas conocían a las personas a las que debían odiar y matar. Además, pronto descubrieron que tenían mucho en común con "el enemigo": en primer lugar, un origen social de clase baja y, en segundo, la misma exposición al peligro, la miseria y el abuso a manos de sus superiores.

273

Los hombres aprendieron de muchas maneras que el enemigo oficial no era en realidad el enemigo real, que los soldados del otro bando eran seres humanos como ellos. Esta lección se aprendía, por ejemplo, leyendo cartas y mirando fotos encontradas en los prisioneros o tomadas de ellos. Así, el desprecio por el "otro", fabricado deliberadamente por los superiores militares y políticos, pronto dio paso al respeto mutuo y al sentimiento "de que todos somos iguales", a un "respeto recíproco e incluso a la simpatía". En enero de 1915, un *poilu* francés comentaba lo siguiente sobre las cartas que había encontrado a un prisionero: "Lo mismo que en nuestro bando. La miseria, la desesperación, el anhelo de paz, la monstruosa estupidez de todo esto. Los alemanes son tan infelices como nosotros. Son tan miserables como nosotros en ".[36] Este tipo de lección también se aprendía en los encuentros físicos con el enemigo: obviamente no en el combate cuerpo a cuerpo, que en realidad era mucho menos frecuente de lo que hemos tendido a creer, sino en los encuentros con prisioneros de guerra. De los cautivos alemanes, un oficial británico informó que "eran tipos agradables, que en general se comportaban como caballeros".[37] Y en 1916,

---

[35] Citado en Dare Hall, p. 15.

[36] Gueno y Laplume, p. 112; véase también Rousseau (1999), pp. 254-55; Miquel, p. 180; Markides, p. 92.

[37] Hastings, pp. 539-40.

un soldado escocés, Joseph Lee, expresó poéticamente su compasión y simpatía por los prisioneros alemanes de la siguiente manera:

Cuando te vi por primera vez en la curiosa calle,
Como un pelotón de soldados fantasmas vestidos de gris,
Mi impulso loco era todo para golpear y matar,
Para escupirte y pisotearte.
Pero cuando vi como cada alma triste saludaba
Mi mirada sin rastro de ceño desafiante,
. . . . . .
Sabía que nos habíamos sufrido mutuamente,
Y podría haber agarrado tu mano y gritado: "¡Hermano mío! "[38]

La simpatía por los prisioneros alemanes también se reflejó en el poema "Liedholz", escrito por el oficial británico Herbert Read. Aunque era oficial, resultó ser un anarquista convencido. Read capturó a un alemán llamado Liedholz, e incluso antes de que llegaran a las trincheras británicas, "las barreras de la hostilidad formal desaparecieron", en palabras de un comentarista literario:

Antes de llegar a nuestro cable
Me dijo que tenía mujer y tres hijos.
En el banquillo le dimos un whisky.
. . . . . .
Hablamos en un francés entrecortado
Beethoven, Nietzsche y la Internacional. [39]

274

En *Memorias de un oficial de infantería,* publicadas en 1930, Siegfried Sassoon escribiría que, durante la guerra, los alemanes eran odiados en general por los ciudadanos británicos, pero no, o desde luego mucho menos, por los soldados británicos. Él mismo, añadía, "no tenía nada contra ellos".[40] Innumerables soldados franceses tampoco desarrollaron sentimientos de odio hacia sus "vecinos del otro lado" alemanes. "No

[38] Hibberd y Onions, p. 141.
[39] Winn, pp. 15-16; Hibberd y Onions, p. 212.
[40] Firchow, p. 113.

odiamos a los alemanes", escribió un *poilu* en una carta que fue interceptada por los censores. El soldado francés Barthas pronto sintió simpatía por los prisioneros alemanes a los que escoltaba en un tren que viajaba del frente a un campo en algún lugar del sur de Francia, y que eran insultados verbalmente por civiles en las estaciones de tren. Él y sus compañeros compartían el vino y las uvas que recibían de esos mismos civiles con sus prisioneros en un gesto de camaradería. "Quienes han visto las espantosas realidades de la guerra", observa Max Hastings, "retrocedían ante las muestras de chovinismo". Los soldados detestaban a los civiles, periodistas y políticos que no podían o no querían comprender su miserable destino. Por el contrario, les resultaba imposible odiar a un supuesto enemigo que compartía su miseria. "Los soldados de los ejércitos rivales tenían un sentimiento de comunidad mucho más fuerte entre ellos que con sus pueblos de origen", escribe Hastings.[41]

La "tierra de nadie" que separaba a los ejércitos se reveló menos ancha que la brecha que separaba a los soldados de los oficiales de dichos ejércitos. Durante el final del verano y el otoño de 1914, dos guerras diferentes habían comenzado a asolar Europa. En primer lugar, una guerra "vertical" muy visible, un conflicto entre grupos de países, en el que todos los hombres uniformados de un bando eran enemigos de todos los hombres uniformados del otro bando. En segundo lugar, bajo la superficie, por así decirlo, una guerra "horizontal", una explosión de conflicto de clases, en la que los oficiales de cada ejército eran enemigos de sus propios subordinados, mientras que un alto grado de solidaridad unía a los soldados rasos de ambos bandos. En la primera guerra, una línea de frente geográfica (o topográfica) "vertical" separaba a amigos y enemigos. En la segunda guerra, una brecha social "horizontal" separaba a los antagonistas.

En el otoño de 1914, cuando en el frente occidental la "guerra de movimiento" se apagó y dio paso a una "guerra estacionaria", los soldados descubrieron que sus enemigos eran seres humanos como ellos, con los que resultaban tener mucho en común. En su inmensa mayoría eran de origen humilde y todos experimentaron la imperiosa necesidad de frenar en lo posible la masacre mutua. Surgieron prácticas que se han descrito como "vivir y dejar vivir". Por ejemplo, los soldados a menudo se abstenían

---

[41] Nicot, p. 146; Hastings, pp. 428, 440.

deliberadamente de disparar sus armas, especialmente durante las comidas, con la esperanza de que el enemigo hiciera lo mismo, como solía ocurrir. Cuando en una ocasión, durante dicha pausa, se disparó de repente un mortero, una voz alemana pidió disculpas en voz alta a los Tommies británicos, lo que impidió una escalada de los disparos. Cuando llegaban órdenes específicas desde "arriba" de abrir fuego, los hombres a menudo apuntaban deliberadamente demasiado alto, y el enemigo hacía lo mismo. Los artilleros también abrían fuego con frecuencia a la misma hora del día, apuntando al mismo objetivo, para dar al enemigo la oportunidad de retirarse a una zona segura.

Así surgieron sectores tranquilos a lo largo del frente, zonas en las que el índice de bajas era notablemente inferior al de otros lugares. Así, en los alrededores de Ypres, británicos y alemanes acordaron que los hombres de ambos bandos se sentaran en el parapeto de sus trincheras, embarradas e inundadas con frecuencia, a la vista de todos, para mantenerse secos. Otra forma de "vivir y dejar vivir" consistía en la celebración de treguas no oficiales, no autorizadas por los superiores, tras intensos combates, que permitían a ambos bandos evacuar a los heridos y enterrar a los muertos. A menudo se aprovechaban esas oportunidades para entablar conversación e intercambiar pequeños regalos, como tabaco e insignias; en otras palabras, para "confraternizar". A veces incluso se visitaban las trincheras situadas al otro lado de la tierra de nadie. Un soldado alemán recordó más tarde una pausa en la lucha en Francia a finales de noviembre de 1914: "Soldados franceses y alemanes paseaban, totalmente visibles a plena luz del día. Nadie disparaba sus armas. Se decía que algunos valientes incluso visitaron las trincheras enemigas". El mismo soldado relató cómo incluso más tarde, por ejemplo en febrero de 1915, "se acordó en silencio dejarse mutuamente en paz en la medida de lo posible." Y un *poilu francés,* Gervais Morillon, describió en una carta cómo el 12 de diciembre de 1914

> *Franceses y alemanes se dieron la mano después de que unos alemanes desarmados salieran de sus trincheras ondeando una bandera blanca... Nos correspondimos, visitamos las trincheras de unos y otros e intercambiamos puros y cigarrillos, mientras unos cientos de metros más allá se disparaban unos a otros.*

276

En algunos sectores, estas confraternizaciones se convirtieron en una rutina casi diaria. En la zona de la ciudad de Pont-a-Mousson, tanto los soldados franceses como los alemanes empezaron en noviembre de 1914 a

recoger agua diariamente en la *Fuente del Padre Hil*arión (*Fontaine du Pere Hilarion*), un manantial situado en un barranco en medio de tierra de nadie. Normalmente, se turnaban para ir allí, y no se efectuaban disparos mientras se recogía el agua, pero con frecuencia se producían encuentros y conversaciones. Según un informe que parece referirse a ese lugar, franceses y alemanes intercambiaban "pan, queso y vino", comían juntos, se enseñaban fotos de esposas e hijos, se divertían juntos, cantaban canciones, tocaban el acordeón. Esa sociabilidad terminó abruptamente cuando, el 7 de diciembre, estallaron intensos combates en la zona.

Se suponía que los soldados se odiaban, pero en realidad ocurrió algo muy distinto: en ambos bandos muchos hombres, aunque es cierto que no todos, desarrollaron una considerable empatía y solidaridad con sus homólogos del otro lado de la tierra de nadie. El estallido de la guerra había producido una explosión de nacionalismo y había asestado un duro golpe al ideal de solidaridad internacionalista entre proletarios, exactamente como la élite había esperado. Pero ahora parecía que los caprichos de la guerra hacían que los proletarios uniformados redescubrieran y volvieran a apreciar la solidaridad internacionalista.

La élite militar no lo aprobó. De hecho, se esperaba que la guerra enterrara definitivamente el internacionalismo en lugar de resucitarlo. Según Adam Hochschild, tal "estallido de solidaridad espontánea entre los soldados de a pie de la clase obrera... indignó a los altos mandos y a los militaristas de ambos bandos".

Los soldados rasos eran muy conscientes de que sus superiores tenían sus razones para execrar todas las formas de "vivir y dejar vivir", aunque a veces fuera posible persuadirles o incluso obligarles a participar, como veremos más adelante. Por lo tanto, es comprensible que estas actividades tendieran a producirse cuando los oficiales no estaban presentes, lo que ocurría a menudo en las peligrosas líneas del frente. Las confraternizaciones se abortaban inmediatamente cuando se señalaba que los oficiales estaban en camino. Barthas describe un suceso de este tipo en la región de Champaña en el verano de 1916. Los franceses tuvieron que informar a los soldados alemanes con los que estaban socializando de que sus oficiales habían empezado a sospechar, por lo que tuvieron que suspender la sociabilidad. "Los alemanes estaban profundamente conmovidos y nos dieron las gracias cordialmente. Antes de desaparecer tras sus sacos de arena, uno de ellos levantó la mano y gritó: '¡Franceses,

alemanes, soldados, todos somos camaradas!' Luego cerró el puño: 'Pero los oficiales, NO'". Barthas comentó lo siguiente: "¡Dios! Ese alemán tenía razón. No hay que generalizar, pero la mayoría de los oficiales estaban moralmente más alejados de nosotros que esos pobres diablos de soldados alemanes que están siendo arrastrados contra su voluntad al mismo matadero."

277

En efecto, los oficiales abominaban de cualquier acuerdo que reflejara solidaridad entre sus propios subordinados y el "enemigo". Charles de Gaulle, por ejemplo, progenie de una familia burguesa católica de Lille, joven oficial durante la Primera Guerra Mundial, condenó toda forma de "vivir y dejar vivir" como *"lamentable".* Pero también había muchos soldados rasos que no aprobaban esas reuniones, ya que habían interiorizado el ethos nacionalista y militarista de la élite y, por tanto, odiaban de verdad al enemigo. Hitler era uno de ellos.

Las autoridades condenaban y prohibían toda forma de confraternización y de "vivir y dejar vivir" en general. En ocasiones, los oficiales ponían a trabajar a francotiradores cuando sospechaban que "amenazaban" con fraternizaciones. Pero las treguas y confraternizaciones espontáneas también reflejaban la necesidad de *todos los* guerreros de mantener y mostrar una apariencia de humanidad incluso en medio de una guerra bestial sin precedentes, lo que explica por qué también los oficiales decidían a veces participar. El soldado francés Gervais Morillon describió cómo un oficial caminaba a la cabeza de un grupo de alemanes que salían de sus trincheras. A veces, superiores con un rango tan alto como el de coronel decidían participar.[42]

Al parecer, el hecho de que las confraternizaciones estuvieran oficialmente prohibidas las hacía aún más fascinantes y atractivas para los soldados. Probablemente sea así como podemos interpretar un mito que gozó de un éxito desmesurado entre los soldados de ambos bandos durante toda la guerra. Innumerables hombres estaban convencidos de que, en algún lugar de la tierra de nadie, en trincheras abandonadas y preferiblemente a gran profundidad bajo tierra, fuera por tanto del alcance

---

[42] Ashworth, *passim;* Barthas, p. 304; Englund, pp. 182, 210, nota 223; Hochschild, p. 131, 173; Kolko (1994), pp. 134-35; Hastings, pp. 526-27; Gueno y Laplume, pp. 78-79; Peacock, p. 14; Rousseau (1999), p. 100; Markides, p. 22.

de proyectiles y oficiales, bestiales desertores de todos los ejércitos habitaban juntos en una especie de estado permanente de confraternización. Por la noche robaban a los muertos y heridos, buscaban comida, etc. Se convirtieron en una amenaza tal para las tropas que finalmente los mandos del ejército ordenaron exterminarlos con gas.

278

Este mito era un potente cóctel de muchos ingredientes. Era una versión moderna del tema medieval del "hombre salvaje", temido y admirado a la vez. Pero también era un comentario de los soldados sobre su propia existencia bestial en las trincheras y una fantasía sobre la desobediencia. Por último, pero no por ello menos importante, reflejaba vagamente la solidaridad de los soldados con los hombres del otro lado de la tierra de nadie, combinada con el ardiente deseo de dar un adiós no tan cariñoso a sus propios superiores y a la miserable guerra. "Este mito desprendía un aroma antisistema", escribe Tim Cook. Era "una forma de desobediencia". En efecto, los generales podían intentar prohibir la confraternización en el mundo real, pero se mostraban impotentes ante esa confraternización mítica, lo que satisfacía claramente a los soldados que deseaban creer en ese mito.[43]

En cualquier caso, las autoridades tampoco pudieron impedir la oleada de confraternizaciones que tuvo lugar el día de Navidad de 1914. En las inmediaciones de Ypres, el sector del frente occidental que estuvo en poder de los británicos entre septiembre y octubre de ese año y que llegó a ser conocido por ellos como "Flanders' Fields", comenzó en Nochebuena. Los alemanes decoraron los árboles cercanos a sus trincheras con velas encendidas y empezaron a cantar canciones navideñas como *"Stille Nacht",* "Noche de paz". Los británicos reaccionaron encendiendo hogueras y cantando villancicos ingleses. Entonces los soldados de ambos bandos empezaron a gritar en voz alta deseos navideños. Los alemanes se dispusieron a entregar una tarta de chocolate a los británicos, acompañada de una invitación para concluir una tregua. Poco después, los soldados se arrastraron fuera de sus trincheras para confraternizar en la tierra de nadie y en las trincheras de los demás. Este tipo de cosas continuaron el mismo día de Navidad, y en algunos sectores incluso el Boxing Day. Se intercambiaban regalos como tabaco, whisky y puros, y los dos bandos se

[43] Fussell, pp. 123-24; Hayward, pp. 99-101; Cook, pp. 37-38; Hochschild, p. 173.

ayudaban mutuamente a enterrar a los muertos. En la tierra de nadie también se jugó un partido de fútbol, que los británicos afirmaron haber ganado. (No era casualidad que se jugara al fútbol, un pasatiempo muy propio de la clase trabajadora, en contraposición al tenis, el golf o el rugby de , los deportes preferidos por los "gendemen"). Un soldado inglés escribió en una carta que ésta era "la Navidad más extraordinaria" que había vivido, y que "había tenido el placer de estrechar la mano de numerosos alemanes... fumar juntos y disfrutar de una charla amistosa". Uno de los temas de conversación favoritos era la locura de una guerra de la que ambos bandos habían tenido más que suficiente.[44]

279

Entre británicos y alemanes la tregua navideña no oficial afectó prácticamente a todo el frente de aproximadamente cuarenta kilómetros a lo largo del cual se enfrentaban. En algunos sectores de ese frente la tregua se prolongó hasta el día de Año Nuevo. Algunos historiadores afirman que las confraternizaciones anglo-alemanas de finales de diciembre de 1914 fueron nada menos que "masivas".[45] Pero el día de Navidad también se produjeron treguas y confraternizaciones similares entre alemanes y franceses. Barthas confió a su diario que, en su sector, la mañana de Navidad presenciaron "cantos y gritos y el lanzamiento de bengalas" y que no hubo disparos. Y se sabe que *los poilus* se reunían *con los boches* para cantar juntos e intercambiar tabaco, coñac, postales, periódicos y otros regalos en los alrededores de Soissons y en pueblos de Picardía como Cappy y Foucaucourt. Un *poilu* recordaba más tarde que

> *Los Boches nos hicieron señas y nos indicaron que querían hablar con nosotros. Me acerqué a tres o cuatro metros de su trinchera para hablar con tres de ellos que habían salido a la superficie... Nos pidieron que nos abstuviéramos durante todo el día y toda la noche de disparar y dijeron que ellos mismos no dispararían ni un solo tiro. Estaban hartos de la guerra, decían, estaban casados y no tenían nada contra los franceses, sólo contra los ingleses. Me dieron una caja de puros y un paquete de cigarrillos, y yo les di un ejemplar de* [*la revista*] *Le Petit Parisien a cambio de un periódico alemán. Luego me retiré a la trinchera francesa, donde muchos hombres estaban deseosos de probar mi tabaco alemán. Nuestros vecinos del otro*

---

[44] Hochschild, p. 131.

[45] Véase, por ejemplo, Rousseau (2006), p. 138.

lado cumplieron su palabra, incluso mejor que nosotros. No se disparó ni un solo tiro de fusil. [46]

Hubo muchos otros sitios a lo largo del frente donde grupos de soldados franceses visitaron las trincheras alemanas para disfrutar de una bebida, o donde los alemanes vinieron a ofrecer cigarros *a los franzosen.* Se interpretaron villancicos en ambos idiomas, por ejemplo *"Minuit chretien*" y *"O Tannenbaum".*[47] Al parecer, belgas y alemanes, que se enfrentaban en las tierras bajas del estuario del río Yser, también confraternizaron en la Navidad de 1914. Los alemanes acordaron enviar por correo cartas de soldados belgas a sus familiares en la Bélgica ocupada. En el frente oriental también hubo confraternizaciones. Los rusos se reunieron con sus enemigos austrohúngaros en la tierra de nadie de Galitzia e intercambiaron el tabaco habitual, pero también aguardiente, pan y carne.[48]

280

Los superiores no estaban nada encantados con las treguas navideñas, pero no pudieron impedirlas. En el bando británico, un oficial se apresuró a entrar en escena con esa intención, aparentemente desde la seguridad de la retaguardia, pero llegó demasiado tarde: sus hombres ya habían empezado a relacionarse con los alemanes en la tierra de nadie. Sólo pudo resignarse a *los hechos consumados.* Él mismo y un puñado de oficiales más acabaron uniéndose a sus subordinados y fueron a saludar a los oficiales alemanes. Uno de estos últimos ordenó que trajeran cerveza para todos, y los oficiales bebieron cortésmente a la salud de los demás. Un oficial británico correspondió obsequiando a los presentes con trozos de un tradicional budín de ciruelas inglés. Finalmente se acordó que la tregua no oficial duraría hasta medianoche, y que para entonces todos tendrían que estar de vuelta en sus propias trincheras. El "daño" causado por las confraternizaciones, al menos desde el punto de vista de los superiores, quedó así algo limitado, al menos en ese sector.

Cuanto más alto era el rango de los superiores, menos les gustaba este extraño idilio navideño. El comandante en jefe británico, el general French, que el día de Navidad disfrutó de una cena gourmet a base de sopa

---

[46] Barthas, p. 81; *14-18: Mourir pour la patrie*, pp. 170-77; Gueno y Laplume, p. 80

[47] Drouin, p. 51; Miquel, pp. 152-53.

[48] Hastings, pp. 556-57.

de tortuga, con como *digestivo* un brandy de 1820 ofrecido por los Rothschild, emitió una orden específica para cortar de raíz cualquier intento futuro de confraternización. Un año más tarde, se haría disparar la artillería en tierra de nadie durante todo el día, a partir de Nochebuena, para impedir cualquier reunión allí; sin embargo, resultó imposible evitar que se produjeran confraternizaciones aquí y allá y de vez en cuando.

En la década de 1980, los extraños sucesos de la Navidad de 1914 inspiraron la canción "Christmas in the Trenches, 1914" (Navidad en las trincheras, 1914), escrita y musicada por el cantante popular estadounidense John McCutcheon. Contiene los siguientes versos:

'T era Navidad en las trincheras donde la escarcha tan amarga colgado,
Los campos helados de Francia estaban inmóviles, no se cantaba ninguna canción de Navidad,
Nuestras familias en Inglaterra brindaron por nosotros ese día,
Sus valientes y gloriosos muchachos tan lejos.
. . . . . .
"¡Alguien viene hacia nosotros!", gritó el centinela de primera línea.
Todas las miradas estaban fijas en una figura solitaria que venía de su lado
Su bandera de tregua, como una estrella de Navidad, brillaba en aquella llanura tan luminosa
Mientras valientemente se adentraba desarmado en la noche.
Pronto uno a uno a cada lado entró en tierra de nadie
Sin fusil ni bayoneta nos encontramos allí cuerpo a cuerpo
Compartimos un brandy secreto y nos deseamos lo mejor.
Y en un partido de fútbol iluminado con bengalas les dimos caña.
Intercambiamos chocolates, cigarrillos y fotografías de casa.
Estos hijos y padres lejos de sus propias familias
El joven Sanders tocaba su caja de exprimir y tenían un violín
Esta curiosa e improbable banda de hombres.
. . . . . .
Era Navidad en las trincheras, donde la helada tan amarga colgaba
Los campos helados de Francia se calentaron mientras se cantaban canciones de paz Por los muros que habían mantenido entre nosotros para exigir el trabajo de la guerra.
Se habían desmoronado y se habían ido para siempre.

Mi nombre es Francis Tolliver, en Liverpool habito
Cada Navidad viene desde la Primera Guerra Mundial I've aprendido bien sus lecciones Que los que llaman a los disparos no será entre los muertos y cojos Y en cada extremo del rifle que 're el mismo.[49]

[49] Navidad en las trincheras, 1914, véase: https://www.youtube.com/watch7v-gx2cAUo7i4.

Capítulo 16
Militaria 1914: Planes abortados

Agosto de 1914: Todos los ejércitos van a la guerra rebosantes de confianza. Los comandantes proceden a poner en práctica los planes que supuestamente garantizarán el éxito, como el Plan XVII de los franceses y el famoso Plan Schlieffen de los alemanes. Pero ninguno de los escenarios previstos se hace realidad y en todas partes la guerra degenera en un conflicto estacionario imprevisto. Mientras tanto, las llamas de la guerra estallan también en Oriente Próximo y en África. Un conflicto que había comenzado en Europa se convierte así en una auténtica guerra mundial...

Casi todo el mundo estaba convencido de que la guerra sería un asunto breve y glorioso, en el que soldados de caballería y de infantería arrollarían al enemigo con el sable y la bayoneta, obtendrían victorias épicas en nombre de la amada patria y regresarían triunfantes por Navidad a una patria purificada y renacida en la prueba nietzscheana de la guerra.

Al principio parecía que este escenario se haría realidad. Inspirados por la filosofía militar del *ataque total, l'attaque a outrance,* a su vez influenciada por la entonces muy popular filosofía de Henri Bergson con su *elan vital* o "fuerza vital", los franceses, bajo el Generalísimo Joffre, procedieron inmediatamente a implementar su Plan XVII. Este plan preveía ataques masivos, perforar las posiciones alemanas y marchar irresistiblemente hacia Berlín. Inicialmente, se obtuvieron algunos éxitos en Alsacia, la provincia que, tras la derrota en la guerra de 1870-71, se había perdido en favor de Alemania junto con la mitad norte de Lorena. Estas regiones, conocidas en conjunto como "Alsacia-Lorena", eran los principales objetos territoriales de deseo del "revanchismo" de los nacionalistas franceses. Sin embargo, los alemanes respondieron con desagradables contraataques, y las tropas

francesas se vieron obligadas a retroceder y a ponerse a la defensiva. Las cosas irían incluso a peor.

284

También en el lado alemán todo fue bien al principio. El famoso Plan Schlieffen preveía rodear al grueso del ejército francés mediante una ofensiva a través de la neutral Bélgica. El hecho de que esto pudiera proporcionar al gobierno británico el tan deseado pretexto para declarar la guerra a Alemania se consideró poco importante. En comparación con los gigantescos ejércitos de Alemania, Francia y Rusia, la BEF no era más que una "pequeña fuerza despreciable", como se supone que declaró el emperador Guillermo II —¿o fue el canciller Bethmann-Hollweg?—, aunque hoy en día la mayoría de los historiadores sospechan que se trataba de una invención de la propaganda británica. En cualquier caso, la resistencia belga resultó ser algo más tenaz de lo que Berlín esperaba de los "soldados de chocolate" de este pequeño país. (En realidad, los altos mandos del ejército alemán esperaban que el gobierno belga se limitara a una protesta formal o que opusiera sólo una resistencia simbólica). La conquista del anillo de fortalezas que rodea la ciudad fronteriza de Lieja, por ejemplo, se prolongó del 4 al 16 de agosto. Aun así, su resistencia no frenó significativamente el avance de las enormes unidades del ejército alemán, que según un corresponsal de guerra estadounidense se deslizaban por la campiña belga "como monstruosas serpientes gris verdosas".[1] El ejército belga se retiró detrás de su "refugio" nacional, Amberes, rodeado de fortalezas, mientras que la BEF y el ejército francés, que habían entrado en Bélgica y llegado hasta las ciudades de Mons y Charleroi, fueron empujados de vuelta hacia París. Los alemanes tuvieron que dejar atrás un cuerpo de ejército para vigilar Amberes. Además, el comandante en jefe alemán, von Moltke, transfirió algunas tropas a Prusia Oriental para ayudar a detener la invasión rusa allí, una operación que tendría éxito con las victorias de Tannenberg y los lagos de Masuria. Esta transfusión debilitó el ala derecha alemana, cuyos hombres y caballos estaban en cualquier caso agotados por marchas rápidas y largas, a veces de hasta cincuenta kilómetros diarios. Para el avance de estas tropas, escribe de Schaepdrijver, "se había fijado un calendario totalmente irreal, que, además, se había sumido en la confusión a causa de la inesperada resistencia belga".

[1] Fischer (1967), p. 37; Powell, p. 116.

Los belgas también habían saboteado sus vías férreas, que por tanto eran inútiles para los alemanes.[2]

285

El avance alemán se detendría a principios de septiembre, cuando Joffre ordenó a los franceses, con apoyo británico, contraatacar, lo que produjo la victoria en la crucial batalla del Marne. En los círculos clericales, donde se esperaba que gracias a la guerra el país volviera al seno del cristianismo, este "milagro del Marne" no se atribuyó ni a los soldados ni al comandante en jefe, Joffre, ni al general Gallieni, que había tenido la idea de transportar tropas al frente en taxis parisinos, sino a Juana de Arco, o a la supuestamente muy francófila Virgen María, o a Santa Genoveva, patrona de la capital francesa, que en vida había salvado a la ciudad de las garras de Atila y sus hunos. El Sagrado Corazón de Jesús también recibió una buena parte del mérito: ¡seguramente no fue una coincidencia que las hordas teutonas fueran rechazadas en el momento en que, por así decirlo, pudieron percibir la *Basílica del Sagrado Corazón* en lo alto de la colina de Montmartre! Al igual que las fantasías británicas sobre la intervención de fantasmas durante la batalla de Mons, estas fábulas eran típicas del renacimiento de la religiosidad al comienzo de la guerra, un renacimiento que se vio acompañado por "un auge de profecías y apariciones" y que resultó estar "fuertemente teñido de magia y superstición".[3] Un historiador alemán, Herfried Münkler, atribuye el éxito de franceses y británicos en la Batalla del Marne, al menos en parte, al hecho de que von Moltke no sólo había considerado necesario transferir tropas a Prusia Oriental, sino también dejar tropas atrás para sitiar Amberes, donde unas pocas salidas belgas causaron "considerable malestar" (*erhebliche Unruhe*) a los alemanes. "En la batalla del Marne", escribe, "el resultado fue favorable a los franceses no sólo gracias al avance inesperadamente temprano de los rusos en Prusia Oriental, sino también gracias a la tenacidad de los belgas en Amberes."[4]

Los alemanes fueron rechazados hacia el norte, pero sólo hasta el río Aisne. Posteriormente, los dos bandos intentaron repetidamente doblar el flanco enemigo , lo que produjo la llamada "carrera hacia el mar", en la que el objetivo alemán era la captura de puertos del Canal como Calais y Boulogne.

---

[2] Peeters, p. 119; Piper, p. 79; Münkler, pp. 110-17; Miquel, pp. 123-24; de Schaepdrijver, pp. 91-92.

[3] Le Naour, pp. 30-33; *14-18: Mourir pour la patrie*, p. 132; Hastings, pp. 341-42.

[4] Münkler, p. 201.

A finales de septiembre y principios de octubre, se libraron intensos combates en el norte de Francia, por ejemplo en los alrededores de la ciudad de Albert, en Picardía, en la provincia de Artois, y en Armentieres y sus alrededores, municipio situado junto a la frontera belga.[5] Entretanto, en los primeros días de octubre, el ejército belga logró salir de Amberes y replegarse en buen orden a lo largo de la frontera holandesa hasta la costa, donde debía replegarse detrás del río Yser. Allí se unieron a las tropas francesas y británicas que habían estado avanzando hacia el norte en el contexto de la "carrera hacia el mar". Juntos, consiguieron repeler los repetidos ataques alemanes. Los agotados y desmoralizados belgas se salvaron, casi tan milagrosamente como los franceses en el Marne, cuando a dos brillantes lugareños, Karel Cogge y Hendrik Geeraert, se les ocurrió la idea de inundar la llanura del Yser abriendo las esclusas de Nieuwpoort. Tardaron unos días, pero el 29 de octubre la inundación *era un hecho consumado* y los belgas pudieron por fin descansar tras un muro de agua y barro. Del ejército belga que había iniciado la guerra quedaban menos de la mitad de los soldados, y quizá sólo un tercio: según algunas fuentes, 70.000 hombres de un total original de casi 200.000; según otras, 52.000 de 117.500. Psicológicamente, resultó ser una gran ventaja que durante el resto de la guerra una parte ciertamente minúscula de Bélgica permaneciera fuera del alcance de los alemanes, y que el ejército belga pudiera encerrarse en su propio territorio a lo largo de un "Frente del Yser" destinado a adquirir proporciones míticas. Durante el resto de la guerra, los alemanes sólo pudieron infligir relativamente poco daño a los belgas. A la inversa, el agua también impidió que las tropas belgas participaran en alguna ofensiva, por ejemplo las lanzadas en 1915 por franceses y británicos, lo que también evitó pérdidas más cuantiosas. Joffre llegó a pedir la participación belga en sus ofensivas, pero el rey Alberto se negó obstinadamente. Por otra parte, enfermedades como la fiebre tifoidea, el tifus, la neumonía, la gripe y la disentería —que proliferaban a causa de factores como el frío, la contaminación del agua, el barro y la suciedad, los mosquitos, las ratas y las pulgas— se cobraron la vida de muchos belgas y acabarían siendo

[5] Münkler, pp. 194-200.

responsables de alrededor de un tercio de los aproximadamente veinte mil súbditos del rey Alberto que "cayeron" en el frente del Yser.[6]

Durante la batalla del Yser, e incluso después, también se libraron intensos combates en los alrededores de la ciudad de Ypres entre los alemanes, por un lado, y los franceses y británicos, por otro. Este episodio pasó a la historia como la "Primera Batalla de Ypres". Por parte alemana, fue un último intento de abrirse paso en dirección a los puertos franceses del Canal de la Mancha. Lanzaron al combate algunas unidades de reserva sin experiencia, incluidos regimientos de estudiantes universitarios que se habían presentado voluntarios en agosto. Pero el 10 de noviembre, durante un ataque en el pueblo de Langemarck, los novatos de estos "regimientos de niños", que atacaban en densas formaciones, supuestamente mientras entonaban canciones patrióticas, fueron acribillados por millares por las "Emma-Gees", como llamaban los británicos a sus ametralladoras Lewis. En Alemania, este drama engendró el "mito de Langemarck", que pregonaba el heroísmo de los estudiantes alemanes y de los jóvenes en general. La formación de este mito, escribe el historiador Herfried Münkler, se redujo a un esfuerzo por parte de la "élite del Reich, tras el fracaso del Plan Schlieffen, para preparar a la patriótica clase media burguesa y pequeñoburguesa del país para hacer los grandes sacrificios necesarios para ganar la guerra a largo plazo y salvar así el orden establecido".[7] Los combates en torno a la ciudad de Ypres, completamente destruida, se extinguieron a finales de noviembre de 1914. Los optimistas planes de guerra que se suponía se habían puesto en práctica yacían en la papelera. La "guerra de movimiento" había terminado, comenzaba la "guerra estacionaria" o "guerra de trincheras", que duraría mucho más de lo que nadie hubiera podido prever.

287

Más o menos lo mismo ocurrió al otro lado de Europa. El 12 de agosto, en la península balcánica, las tropas austrohúngaras atacaron Serbia desde sus posiciones en Bosnia. La idea era dar rápidamente una dolorosa lección a ese molesto país. Pero los atacantes fueron rechazados con grandes pérdidas y se vengaron masacrando a civiles serbios, así como a bosnios sospechosos, con razón o sin ella, de simpatizar con Serbia. Un segundo intento en noviembre llevó a la ocupación temporal de Belgrado, pero los serbios contraatacaron de

---

[6] Duroselle, pp. 86-89; Peacock, pp. 61; Peeters, pp. 143-51, 169; de Schaepdrijver, pp. 173-79.

[7] Piper, pp. 88-94; Münkler, pp. 207-10; Breverton, p. 79.

nuevo, y un mes después todas las tropas estaban de vuelta en las posiciones que habían ocupado al comenzar la guerra. La situación apenas cambiaría durante un año más. La exitosa resistencia de los serbios —¡la primera victoria de la guerra para la Entente! — causó una gran impresión en aliados como Gran Bretaña. Allí se consideró necesario rebautizar a la pequeña nación balcánica de Servia, palabra que conjuraba el término siervo, a Serbia.

Uno de los numerosos errores cometidos por el alto mando del ejército de la Monarquía del Danubio fue lanzar ofensivas simultáneas contra Rusia y Serbia en lugar de concentrar las fuerzas contra el enemigo más peligroso, Rusia, y ajustar cuentas con Serbia más tarde. Contra los rusos, los combates tuvieron lugar principalmente en el otro lado de los Cárpatos, en la región de Galitzia. Los resultados fueron desastrosos, pero a los rusos no les fue mejor, por lo que el año 1914 concluyó con una especie de empate, insatisfactorio para ambos bandos, que se encontraron embotellados en posiciones puramente defensivas.

288

El grueso del ejército ruso debía invadir la provincia alemana de Prusia Oriental lo antes posible tras el estallido de la guerra. Esto es exactamente lo que ocurrió, incluso antes de lo que esperaban los alemanes. La invasión rusa ya había comenzado el 12 de agosto, pero los dos ejércitos implicados fueron sorprendentemente despedazados con facilidad por los alemanes en las batallas de Tannenberg (26-30 de agosto) y de los Lagos de Masuria (8-13 de septiembre). Los factores que determinaron este doble fiasco incluyen la falta de colaboración entre los comandantes de los ejércitos invasores rusos, el traslado de tropas alemanas desde el oeste (que facilitaría el éxito de los aliados en la Batalla del Marne) y las supuestamente brillantes tácticas de los comandantes alemanes, von Hindenburg y Ludendorff. Pero el verdadero cerebro del bando alemán fue en realidad un oficial mucho menos renombrado, Max Hoffmann.[8] De los héroes alemanes de este episodio, von Hindenburg era con mucho el que menos lo merecía, pero era un noble, un Junker prusiano, y por eso se le asignó el papel de comandante en jefe, convirtiéndose así en el célebre salvador de Alemania. Ludendorff y Hoffmann, en cambio, eran personalidades de origen burgués, por lo que recibieron menos reconocimiento del que merecían. Así funcionaban las cosas, a nivel social y político, en un Reich alemán que seguía anclado en el

[8] "Max Hoffmann."

ancien régime e impregnado de valores feudales, lo que también podía decirse de los contemporáneos Imperio de los Habsburgo, Rusia y Gran Bretaña. El éxito de los alemanes en Prusia Oriental arruinó las aspiraciones rusas en esa región; sin embargo, los alemanes siguieron teniendo las manos ocupadas en el frente oriental y, en consecuencia, les resultó imposible pasar a la ofensiva allí. También en Europa Oriental se había detenido la "guerra de movimientos".

El otoño de 1914 también fue testigo de la entrada en la guerra del Imperio Otomano. Durante mucho tiempo, los otomanos habían sido amigos del Reich alemán, y ya el 30 de julio de 1914, apenas unos días después de que la Monarquía del Danubio declarara la guerra a Serbia, Estambul concluyó en secreto un tratado con Berlín. Estaba dirigido contra Rusia, el mayor y potencialmente más peligroso enemigo de los otomanos, un enemigo del que se sabía que deseaba reconquistar Constantinopla, antigua capital del Imperio Bizantino, para el cristianismo, y que ansiaba el control de los estrechos que unen los mares Negro y Mediterráneo. A la inversa, los gobernantes de Estambul soñaban con recuperar los territorios rusos del Cáucaso, habitados mayoritariamente por musulmanes y que antaño habían pertenecido al Imperio Otomano. También surgieron dificultades con los británicos a medida que los otomanos dejaban cada vez más claro que simpatizaban con las Potencias Centrales. En Estambul, el poder estaba en manos, de facto si no de iure, de los "Jóvenes Turcos" germanófilos y de su líder, Enver Pacha, que ejercía simultáneamente de ministro de Guerra y comandante en jefe del ejército. A finales de octubre y principios de noviembre, se cortó el nudo gordiano y, en cuestión de pocos días, el Imperio Otomano, por un lado, y los rusos, los franceses y los británicos, por otro, se declararon oficialmente la guerra. Comenzó el 22 de octubre, cuando Enver Pacha ordenó bombardear las posiciones rusas en la costa del Mar Negro. El Imperio Otomano, cuyo gobernante supremo o sultán también ostentaba el título de califa, reclamando así el liderazgo sobre todos los musulmanes, proclamó *la yihad,* guerra santa, a la Entente el 11 de noviembre de 1914. Esto significaba que las llamas de la Gran Guerra que asolaba Europa se extendían también a Asia, y allí también se desarrolló el escenario familiar de ofensivas fallidas seguidas de contraofensivas igualmente ineficaces, una estabilización del frente, grandes pérdidas en todos los bandos y atrocidades inauditas infligidas a civiles inocentes. Por orden de Enver Pacha, las tropas otomanas lanzaron casi inmediatamente una ofensiva contra los rusos en el Cáucaso, a pesar de que el invierno estaba

a las puertas. En la batalla de Sarikamis, librada a finales de diciembre de 1914 y principios de enero de 1915, los atacantes fueron rechazados con grandes pérdidas. (En este contexto se orquestaría más tarde, en 1915, el infame holocausto armenio). Mientras tanto, en Mesopotamia, los otomanos se enfrentaban a una invasión de las tropas británicas, compuestas en su mayoría por soldados indios.[9]

Ya hemos visto cómo los británicos llevaban tiempo interesados en esta región rica en petróleo y estaban decididos a ponerla bajo su control. Así que no es de extrañar que hicieran su aparición allí cuando el Imperio Otomano aún era oficialmente neutral, es decir, a finales de septiembre de 1914. El 29 de septiembre, algunos buques de la marina británica se presentaron ya en la desembocadura del Chott-el-Arab, la confluencia del Tigris y el Éufrates. Muy temprano en la mañana del 6 de noviembre, la mañana siguiente a la declaración de guerra británica al Imperio Otomano, las tropas británico-indúes desembarcaron allí para conquistar la ciudad prácticamente indefensa de Al Faw, o Fao. A continuación avanzaron hacia la ciudad de Basora, situada a unos cien kilómetros tierra adentro, que fue tomada el 22 de noviembre. Los comandantes británicos recibieron órdenes formales de proteger las refinerías de petróleo, los tanques de almacenamiento, los oleoductos y las infraestructuras conexas, incluso las que se encontraban al otro lado de la cercana frontera con Persia, lo que suponía una violación de la neutralidad de ese país. Lo que realmente estaba en juego era el petróleo, una materia prima de suma importancia para los británicos, como al parecer no se habían dado cuenta los otomanos; de lo contrario, habrían esperado este ataque británico y habrían defendido la región mucho mejor de lo que lo hicieron. [10]

290

A lo largo del Chott-el-Arab y del Tigris, los británicos avanzaron sin problemas hasta Ctesifonte, ciudad situada a menos de cuarenta kilómetros de Bagdad. Pero allí las tropas otomanas opusieron de repente una enérgica resistencia y los atacantes fueron rechazados. El ejército británico-indio se retiró a la localidad de Kut-el-Amara, donde fue embotellado y sería asediado desde principios de diciembre de 1914 hasta su capitulación a finales de abril de 1916. Según algunos historiadores, fue "la rendición más ignominiosa de

[9] Keay, p. 471.
[10] Canali, p. 29; "Las acciones de 1914 en Mesopotamia".

la historia militar británica". También en Mesopotamia, pues, las primeras fases de la guerra produjeron el fracaso de planes y ofensivas y la transición de una guerra de movimiento a una guerra estacionaria. Y también este episodio reflejó la incompetencia y la mentalidad elitista de demasiados comandantes aristocráticos, en este caso del comandante británico, Sir Charles Townshend. Tras su capitulación, Townshend partió a esperar el final de la guerra como prisionero de guerra privilegiado en , viviendo con relativo lujo en una isla del Mar de Mármara. El hecho de que miles de sus hombres, tanto británicos como indios, fueran encarcelados en condiciones abominables y murieran como moscas de hambre y enfermedades, supuestamente le pareció bastante "divertido", y más tarde nunca pudo entender por qué algunos de sus amigos y colegas le reprochaban semejante nimiedad. Por cierto, uno puede entender por qué numerosos prisioneros de guerra indios fueron persuadidos por los otomanos para ir a luchar contra los británicos a lo largo de las fronteras afganas y persas, con la esperanza de que una victoria de las Potencias Centrales pudiera suponer la independencia de la India. Las ramificaciones de una guerra que había comenzado en Europa empezaron a hacerse sentir en la Asia más profunda.[11]

291

Ya en su fase inicial, la Gran Guerra se reveló como una "guerra mundial", concretamente cuando, en agosto de 1914, británicos y franceses invadieron las colonias africanas de Alemania desde sus propias posesiones en ese continente. Los británicos ya habían decidido hacerlo el 5 de agosto, apenas un día después de su declaración de guerra a Alemania. Desde un punto de vista puramente militar, esta iniciativa no podía ser decisiva, pero no hay que olvidar que se trataba de una guerra imperialista en la que lo que estaba en juego eran fuentes de materias primas, mercados exclusivos, etc. En aquella época, África ya era una especie de tierra prometida en este sentido y, por tanto, un premio de suma importancia. Los "cazadores de materias primas" británicos se mostraron indecentemente deseosos de aprovechar la oportunidad que ofrecía la guerra para amasar un botín territorial a costa de Alemania, y en ello influyó otro factor: los británicos querían evitar la posibilidad de que las posesiones alemanas en África fueran apropiadas exclusivamente por países como Francia y Bélgica. Estos países eran aliados

[11] Englund, pp. 184, 267-69; Münkler, pp. 319-26; Breverton, pp. 151-52; "La tragedia de Kut".

en la guerra que asolaba Europa, por supuesto, pero por otra parte —y esto era muy importante a largo plazo— también eran "cazadores de materias primas" imperialistas y, por tanto, competidores en la arena mundial del imperialismo.

Un aspecto contraproducente de este enfoque despiadadamente imperialista fue el hecho de que, como dijo el gobernador alemán de Togo, los europeos "ofrecieron a los africanos el espectáculo de hombres blancos luchando entre sí", algo que —de nuevo, a largo plazo— probablemente tendría consecuencias nefastas para el colonialismo. En cualquier caso, en el mes de agosto, Togo ya había sido invadido y conquistado sin grandes dificultades por tropas con base en las vecinas colonias británica y francesa. Las cosas fueron mucho menos fáciles en Camerún, una posesión alemana que fue atacada desde Nigeria y el África Ecuatorial francesa. La densa jungla, las enormes distancias y las difíciles comunicaciones, especialmente en el interior del territorio, además de las enfermedades, causaron pérdidas considerables entre todos los combatientes — y entre los negros que servían de porteadores. Hubo que esperar hasta febrero de 1916 para que la resistencia alemana llegara a su fin, convirtiendo a los Aliados en los amos de todo el país.

La colonia alemana del suroeste de África, actual Namibia, limitaba con Sudáfrica, que, desde la guerra de los bóers de 1899-1902 y la fundación en 1910 de la Unión Sudafricana, constituía una parte autónoma del Imperio Británico. Pero el término "autónoma" se aplicaba exclusivamente a la población blanca, ya que los negros no tenían nada que decir; todo el poder, toda la riqueza —especialmente en forma de materias primas como el oro y los diamantes— seguían en manos de una élite compuesta por colonos de lejanos orígenes holandeses y, más recientemente, británicos. (La "alianza del oro y el maíz", es decir, la asociación entre los británicos propietarios de minas y los bóers o "granjeros", que representaban la agricultura, era el equivalente de la "simbiosis" de los industriales burgueses y los latifundistas aristocráticos en Europa; en el primer caso, la mano de obra barata necesaria la proporcionaban los negros sudafricanos, en el segundo, los proletarios blancos de Europa).[12]

[12] Omer-Cooper, p. 159.

Londres decidió que el sudoeste de África alemán debía ser conquistado a Sudáfrica, por los sudafricanos; sin embargo, eso provocó un considerable descontento entre los "afrikaners" o bóers que, durante la guerra de los bóers, se habían beneficiado de la simpatía y el apoyo alemanes y que también se consideraban parientes étnicos cercanos de los alemanes. La situación desencadenó incluso una revuelta abierta, y sólo después de reprimirla fue posible, en la primavera de 1915, lanzarse a la conquista del territorio que más tarde se convertiría en Namibia. Las tropas sudafricanas estaban al mando de generales como Jan Christiaan Smuts, que más tarde también desempeñaría un importante papel militar y político en la propia Gran Bretaña. Los alemanes opusieron poca resistencia y capitularon a finales de mayo.

Tras el suroeste de África llegó el turno de la última posesión alemana en el "continente negro", el África Oriental Alemana. (Tras la Gran Guerra, esta parte de África, convertida en mandato británico, se llamaría Tanganica, y tras lograr su independencia y unirse con Zanzíbar y Pemba, en 1964, se convertiría en Tanzania). Las hostilidades comenzarían en el otoño de 1915, cuando fue rechazado un intento de desembarco de tropas británico-indúes. No sería hasta 1916 cuando la mayor parte de esa colonia alemana sería conquistada por las tropas británicas comandadas por Smuts. Sin embargo, el comandante alemán, el coronel (más tarde general) Paul von Lettow-Vorbeck, llevaría a cabo con éxito una especie de guerra de guerrillas, capitulando sólo unos días después del armisticio del 11 de noviembre de 1918. A raíz de esta hazaña, sería considerado un gran héroe en su patria. Menos edificante fue el hecho de que la guerra en África Oriental costara la vida a unos diez mil soldados y cien mil porteadores, estos últimos exclusivamente negros que, a diferencia de los soldados coloniales reclutados por los alemanes, los famosos Ascari, fueron reclutados en su mayoría a la fuerza. Ascari, por cierto, es una palabra swahili que significa "soldado".

293

En la conquista del África Oriental Alemana también participaron tropas belgas que, desde bases en el Congo, conquistaron los territorios alemanes de Ruanda y Burundi y, en septiembre de 1916, avanzaron más hacia el sudeste, llegando hasta la ciudad de Tabora, en el África Oriental Alemana. Tras la guerra, los vencedores se repartirían el botín de las antiguas posesiones coloniales alemanas. No las asumirían como colonias ordinarias, sino como "territorios bajo mandato" de la Sociedad de Naciones, lo que apenas supuso diferencia alguna. Los británicos y los franceses se sirvieron

los mejores bocados, y Bélgica se embolsó Ruanda-Burundi como recompensa por sus esfuerzos. En muchos sentidos, la Primera Guerra Mundial funcionó así como la última fase de la "lucha por África".[13] Aun así, muchos historiadores siguen insistiendo en que la Primera Guerra Mundial no tuvo nada que ver con rivalidades imperialistas.

Al otro lado del mundo también había posesiones alemanas que, gracias a la guerra, se perfilaban como frutas maduras, listas para ser recogidas por un rival imperialista ansioso, pero ¿cuál? Japón reveló su interés en el asunto declarando la guerra al Reich alemán el 23 de agosto de 1914. Poco después atacó la "concesión" alemana en China, Qingdao, la sitió y la conquistó el 7 de noviembre. Los británicos proporcionaron cierta ayuda militar, mucho menos para servir a Japón que para tener más voz en el esperado reparto de posguerra del enorme y apetitoso "pastel" chino. En cuanto a las colonias insulares alemanas en el Pacífico, se las repartieron más o menos "honestamente" japoneses y británicos, aliados militares, pero también acérrimos competidores en la pugna imperialista por los territorios. Los archipiélagos del Pacífico Norte, es decir, las Marianas, las Carolinas y las Marshall, fueron ocupados por Japón. Al sur del Ecuador, las islas Samoa y Nueva Guinea fueron ocupadas en nombre del Imperio Británico por neozelandeses y australianos. Los alemanes no opusieron resistencia en ningún lugar. Preocupados por una guerra que no iba bien en su propio continente, los británicos y otras potencias europeas mostraron temporalmente menos interés por China. Tokio aprovechó al máximo esta oportunidad y realizó algunos movimientos agresivos.[14] El objetivo de Japón era nada menos que la total dominación económica y (directa o indirecta) política de su gran vecino. También después de la Gran Guerra, Japón iba a perseguir esa ambición de forma sistemática y despiadada. Sin embargo, la gran potencia imperialista que se vería más perturbada por ello no sería Gran Bretaña, sino Estados Unidos, contra quien Japón acabaría entrando en guerra, en 1941.

---

[13] Segesser, pp. 110-20; Omer-Cooper, pp. 165-67; Münkler , pp. 328-33; Canales y De Rey, pp. 93-120; Moyd.

[14] Segesser, pp. 120-27; Schirokauer, pp. 311-12.

Capítulo 17
Topos humanos en el "encantador país de la guerra"

Excepto en sus fases inicial y final, la Gran Guerra es una "guerra estacionaria", que se asociará para siempre con conceptos como trincheras, tierra de nadie y alambre de espino, los grandes atractivos de lo que un poeta de guerra inglés llamó sarcásticamente la "encantadora tierra de la guerra". La existencia de los soldados es miserable más allá de lo imaginable, y millones de ellos están condenados a una muerte horrible o a sufrir graves mutilaciones...

En Europa Occidental, al comienzo del invierno de 1914-1915, la "guerra de movimiento" había dado paso a una "guerra estacionaria" o "guerra de desgaste". La línea del frente se extendía a lo largo de unos 750 kilómetros, desde el pueblo alsaciano de Pfetterhouse, situado en la frontera franco-suiza, al oeste de la ciudad de Basilea, hasta Lombartzijde, un pueblo flamenco enclavado entre dunas y tierras de cultivo bajas (conocidas localmente como "pólderes"), justo al norte de la desembocadura del río Yser. A finales de 1914, en el bando de los aliados, los franceses ocupaban casi setecientos kilómetros de frente, los británicos algo más de treinta y los belgas entre veinte y veinticinco. En Pfetterhouse, la manga derecha del "*hombre de extrema derecha" (homme a rextreme droite*) tocó un mojón fronterizo suizo, al menos en sentido figurado. Era el kilómetro cero de el "frente occidental". La guerra hacía estragos a la izquierda de este *poilu;* a su derecha, a partir del territorio del pueblo suizo de Bonfol, reinaba la paz y la tranquilidad.

En la costa del Mar del Norte, en Lombartzijde, el "hombre de la extrema izquierda" *(Thomme a l'extreme gauche*) montaba guardia tras un muro de alambre de espino que se extendía desde las dunas hasta el agua salada del mar. Al parecer, los desertores alemanes nadaban de noche alrededor de la alambrada para rendirse.[1]

296

Normalmente, a cada lado de la tierra de nadie había al menos tres líneas de trincheras zigzagueantes, complementadas por "saps" igualmente zigzagueantes, trincheras utilitarias que conectaban las líneas y a veces sobresalían de la tierra de nadie, para ser utilizadas con fines de observación o para lanzar ataques. En total, el frente occidental contaba con unos cuarenta mil kilómetros de trincheras, ¡casi la misma distancia que la circunferencia de la Tierra! Guillaume Apollinaire lo describió como "una Gran Muralla China hueca". "Teóricamente", observó Paul Fussell, "habría sido posible caminar [a través de las trincheras] desde Bélgica hasta Suiza enteramente bajo tierra".[2] Las trincheras eran a veces poco profundas, a veces muy profundas, y podían ser extremadamente estrechas o muy anchas. A menudo se reforzaban con sacos de arena, tablas de madera, etc. Para reforzar sus trincheras, especialmente en los anegados Campos de Flandes, los británicos importaban mensualmente un cuarto de millón de sacos de arena vacíos al frente por barco desde Inglaterra, a partir de principios de 1915; en mayo de 1915 ya sumaban un total de seis millones de sacos. En el fondo de las trincheras se colocaban a menudo "tablas de pato" para facilitar los desplazamientos. Cuando no se disponía de ellos, como ocurría con frecuencia, los soldados permanecían de pie con los pies en el agua o el barro, especialmente en las tierras bajas de los Campos de Flandes. En este caso, los hombres pronto empezaron a sufrir un síndrome desconocido hasta entonces, por el que sus pies se hinchaban, se infectaban y, a veces, se marchitaban por completo. Los primeros casos de "pie de trinchera" fueron notificados en diciembre de 1914 por una enfermera británica empleada en un hospital de la ciudad flamenca de Veurne; escribió que era

---

[1] Hastings, p. 515; Peacock, pp. 64-65, 78-79. Más información sobre el alambre de espino en Englund, p. 63.

[2] Barthas, introducción de Chrisje Brants, pp. 8-9; A. Becker, p. 114; Fussell, p. 37.

> *... una desconcertante dolencia que afecta a los soldados que han pasado mucho tiempo en trincheras encharcadas: sus pies se enfrían, se hinchan, se entumecen y se ponen azulados, afectándoles a veces tan gravemente que la amputación es la única solución.* [3]

297

Entre las dos cortinas de trincheras había una franja de tierra, a veces estrecha y a veces ancha, conocida como tierra de nadie. Para atacar, había que atravesar este espacio, pero, para dificultar aún más esa tarea al enemigo, ambos bandos habían instalado una barrera de alambre de espino delante de sus propias trincheras. La tierra de nadie estaba sembrada de escombros de armas y otros equipos, cadáveres insepultos de hombres y de animales, proyectiles sin detonar y ruinas de edificios. Árboles mutilados y agujeros de proyectiles grandes y pequeños, a menudo llenos de lodo hediondo y agua, completaban este triste cuadro, conjurado vívidamente por la poetisa inglesa Mary Borden como "el campo retorcido donde los huesos de los hombres se clavan a través del barro torturado" en un poema titulado "Sin identificar".[4] En su poema "Any Soldier to His Son" ("Cualquier soldado a su hijo"), el poeta de guerra británico George Willis hizo la siguiente descripción de lo que él llamaba sarcásticamente la "encantadora tierra de la guerra": la tierra de nadie y las trincheras:

> *Así que aprendí a vivir y a hacer bulto en la encantadora tierra de la guerra,*
> *Donde todo el rostro de la naturaleza parece una monstruosa llaga séptica,*
> *Donde las entrañas de la tierra cuelgan abiertas, como las tripas de algo asesinado;*
> *Y la podredumbre y la ruina de todo se agitan y se agitan de nuevo;*
> *Donde todo se hace en la oscuridad y donde todo sigue siendo de día,*
> *Donde se entierra a los vivos y yacen los muertos insepultos;*
> *Donde los hombres habitan agujeros como ratas, y sólo las ratas viven allí*
> *Donde había una cabaña y un castillo antes de la guerra;*

---

[3] Hochschild, p. 136; Englund, pp. 67, 98.
[4] Hibberd y Onions, p. 201.

Donde interminables filas de soldados enhebran el camino eterno,
Por interminables kilómetros de duckboards, a través de interminables muros de arcilla;
Donde la vida es un duro trabajo, y un soldado descansa
Cuando lo dejan en las margaritas con un pinchazo en el pecho;
Donde todavía la alondra en verano vierte su gorjeo desde los cielos, Y debajo, sin prestar atención, yacen los ojos en blanco, mirando hacia arriba. [5]

298

Fue tras la batalla del Marne y la "carrera hacia el mar" cuando los ejércitos se atrincheraron desde Suiza hasta la costa del Mar del Norte. Los alemanes esperaban ahora ganar la guerra en el frente oriental, por lo que adoptaron una postura puramente defensiva en el oeste. Para atrincherarse, eligieron las posiciones más ventajosas, preferentemente las cimas de las colinas y otras formas de terreno elevado. Como se encontraban en territorio francés y belga, unos pocos kilómetros cuadrados no importaban mucho, por lo que estaban dispuestos a retirarse a cualquier lugar donde pudieran encontrar posiciones favorables para cavar sus trincheras. (El terreno elevado también ofrecía la ventaja de que sus trincheras se drenaban más fácilmente, por lo que el pie de trinchera era menos problemático). Además, los alemanes estaban dispuestos a permanecer mucho tiempo en el mismo lugar, lo que significaba que se tomaban la molestia de cavar profunda y sólidamente. Se utilizó abundante hormigón para construir búnkeres aquí y allá, así como refugios fortificados, llamados "dugouts" en inglés, que reforzaban aún más las defensas y proporcionaban relativa seguridad y comodidad a los hombres. Estos búnkeres alcanzaban a menudo una profundidad de diez metros bajo tierra; estaban equipados con puertas de acero, dotadas de timbre, suelos de madera, escaleras, cocinas, alumbrado eléctrico, depósitos de agua, aseos, espejos y todo tipo de mobiliario; a veces tenían dormitorios con hasta dieciséis literas.

El contraste con las trincheras francesas era asombroso. Los franceses, deseosos de *expulsar* a los *boches* lo antes posible, se vieron obligados a adoptar una estrategia de ataque. En consecuencia, no se trataba de atrincherarse profundamente; las trincheras sólo estaban ahí

[5] Hibberd y Onions, p. 256-57.

para proporcionar un refugio temporal (y por tanto muy básico) entre ofensivas. Simplemente, nunca se pretendió permanecer mucho tiempo en el mismo lugar, por lo que nunca se dio a los *poilus* la oportunidad de ponerse a salvo y relativamente cómodos en sus trincheras. Sus superiores no querían que empezaran a pensar a la defensiva. La llama del tan alabado espíritu ofensivo tenía que seguir ardiendo; los hombres no debían pensar que su próxima ofensiva podría no tener éxito. En comparación con los alemanes, los combatientes franceses nunca disfrutaron de la más mínima comodidad en las trincheras. Incluso en 1916, en las cercanías de Verdún, Barthas y sus camaradas "ni siquiera dispusieron de una simple chapa ondulada o incluso de una tabla de madera para protegerse de la lluvia entre dos turnos de servicio", a pesar de encontrarse "en un sector del frente estable desde hacía un año". "La casta superior militar consideraba la situación... como temporal", añadió Barthas. "Las cosas podían cambiar de un día para otro y, por tanto, no estaba permitido intentar mejorar la suerte de los soldados en las trincheras".
299

Además, las trincheras francesas siempre tenían que excavarse lo más cerca posible de las líneas alemanas, para que en caso de ataque no hubiera que cruzar una tierra de nadie excesivamente ancha. Eso significaba que las trincheras francesas se encontraban normalmente en terreno bajo, en un valle donde ellas —o al menos sus líneas— eran fácilmente visibles para los alemanes en terreno alto, incluidos los observadores de artillería alemanes. Otras desventajas eran la abundancia de barro y agua en las posiciones bajas y el hecho de que, en caso de ataque, había que trepar. Este tipo de apuro se evoca en la película *Senderos de gloria,* en la que los soldados franceses sufren enormes pérdidas al atacar una posición alemana en el terreno elevado, llamado el "hormiguero". Cuando, a costa de grandes pérdidas, los franceses conseguían a veces expulsar a los alemanes de sus posiciones más avanzadas, éstos simplemente se retiraban a la siguiente ladera, por lo que se volvía al "punto de partida". Un ejemplo es la particularmente mortífera conquista en 1915 de la colina de Notre-Dame-de— Lorette, situada cerca de Arras; cuando esta altura fue finalmente tomada por los

franceses, los alemanes retrocedieron hasta el lado más alejado del valle siguiente y se atrincheraron en la cima de la ladera de Vimy.[6]

Comparadas con las de los alemanes, las trincheras británicas también eran "húmedas, frías, malolientes y completamente mugrientas". También aquí la mentalidad ofensiva desempeñó un papel importante. Un Tommy dejó el siguiente testimonio:

> *Toda la conducción de nuestra guerra de trincheras parecía basarse en el concepto de que nosotros, los británicos, no nos detendríamos en las trincheras por mucho tiempo, sino que nos demoraríamos un poco en el camino a Berlín y que muy pronto estaríamos persiguiendo a los alemanes por todo el país. El resultado, a largo plazo, era que vivíamos una existencia miserable y empobrecida en agujeros de mala muerte*.[7]

Los Tommies sólo podían soñar con búnkeres como los de los alemanes. Tuvieron que conformarse con "agujeros" excavados en las paredes interiores de las trincheras, rara vez grandes o profundos, y normalmente con el espacio justo para uno o dos soldados. Las secciones de trincheras fueron bautizadas con nombres de calles y plazas de Londres o de otros lugares que evocaban lujo, prestigio y diversión, como "Piccadilly" o "Regent Street". Las posiciones enemigas recibieron nombres menos prestigiosos, pero que reflejaban la realidad de que la vida allí era ligeramente mejor, por ejemplo, "Pilsen Lane" y "Pint Trench". Otros nombres eran más realistas: "Dead Man's Alley" y "Hellfire Corner".

Los británicos pasaron el invierno de 1914-1915 y el resto de la guerra en Flandes y en el norte de Francia, donde a menudo se topaban con aguas subterráneas al cavar trincheras incluso bastante poco profundas, y donde las lluvias caían del cielo con gran regularidad, para desesperación de los soldados. Estos últimos se convencieron de que los alemanes podían hacer llover siempre que quisieran y que habían inventado un sistema para que el agua fluyera hacia las líneas británicas. Los Tommies, conscientes de la relativa comodidad de las trincheras

---

[6] Barthas, pp. 15, 204, 211; Miquel, pp. 155-60; Fussell, pp. 43-45; *14-18: Mourir pour la patrie*, pp. 141-43; Rouaud, pp. 52-53.

[7] Fussell, pp. 43-44.

alemanas, imaginaban también que sus adversarios disfrutaban de la compañía de las mujeres. Como muchos de ellos eran campesinos arrendatarios acostumbrados a alquilar tierras a terratenientes aristocráticos, ¡algunos también estaban convencidos de que su gobierno pagaba un alquiler a los franceses por el uso de los inmuebles que resultaban ser las trincheras![8]

El poeta y actor irlandés Cyril Morton Horne describió a los soldados en un poema, "Los topos", escrito en 1915, como "topos humanos".[9] Y efectivamente, durante años y años, cientos de miles de hombres vivieron bajo tierra como topos en un apestoso laberinto de pasillos estrechos y torcidos, entre dos paredes de tierra, con un cielo sobre sus cabezas que a menudo era gris, pero a veces tentadoramente azul. Sólo el cielo les hacía comprender que no estaban encerrados en una especie de fosa común larga y estrecha.[10] Por eso no es de extrañar que los pájaros que volaban y cantaban por encima de sus cabezas desempeñaran un papel importante en la vida de los combatientes. Las alondras, en particular, atraían la imaginación de los soldados británicos, mientras que los alemanes quedaban hipnotizados por los ruiseñores. No era casualidad: en la tradición literaria británica, que se remonta a Chaucer y Shakespeare, la alondra, con su aparición y su canto, anuncia el amanecer y, por tanto, simbólicamente, una nueva vida, así como "el paso de la Tierra al Cielo y del Cielo a la Tierra", es decir, el vínculo entre la vida y la muerte, que, por supuesto, era especialmente frágil en el frente. Y la fascinación alemana por el ruiseñor tenía mucho que ver con el hecho de que para ellos este pájaro cantor evocaba presagios, sobre todo presentimientos de muerte, pero también un signo de primavera y de amor, es decir, de la vida a la que uno estaba tan apegado, de la alegría de vivir a la que uno aspiraba con tanta pasión; y el *Nachtigall* también designaba a los seres queridos que, para los habitantes de las trincheras, estaban tan lejos y eran tan intocables como los pájaros que revoloteaban y cantaban en lo alto del cielo.[11]

[8] Fussell, pp. 41-44, 48,120-21.
[9] Hibberd y Onions, p. 67.
[10] La situación se describe así en Fussell, p. 51.
[11] "Alondra"; "Nachtigall".

Las alondras aparecen en el famoso poema escrito por un oficial canadiense, John McCrae, titulado "In Flanders' Fields", aunque allí sólo desempeñan un papel secundario en comparación con las amapolas rojas:

> *En los campos de Flandes soplan las amapolas*
> *Entre las cruces, fila sobre fila,*
> *Que marcan nuestro lugar; y en el cielo*
> *Las alondras, aún cantando valientemente, vuelan*
> *Apenas se oye entre los cañones de abajo.* [12]

Los soldados vivían bajo tierra y, aparte de sus camaradas, nunca veían a un ser humano. De vez en cuando se podía mirar al otro lado a través de un periscopio, pero en la mayoría de los casos no se veía ninguna señal de vida, ni en tierra de nadie ni en las líneas enemigas más allá. Prácticamente no se veía nada ni a nadie, pero sí se podía oler, sobre todo, un hedor repulsivo. De hecho, innumerables cadáveres de hombres y caballos yacían insepultos cerca de las trincheras, e incluso ocurría que partes de cuerpos se integraban en los muros y parapetos de las trincheras. Paul Fussell escribe que

> *El hedor a carne podrida lo invadía todo, apenas reprimido por el cloruro de cal espolvoreado en lugares particularmente ofensivos. Los caballos muertos y los hombres muertos —y partes de ambos— a veces no se enterraban durante meses y a menudo simplemente se convertían en un elemento de parapetos y muros de trincheras. La línea del frente se olía kilómetros antes de verse.*[13]

El hedor no sólo de los cadáveres, sino también de los excrementos, era parte integrante de la vida en un sistema de trincheras que se había convertido en una enorme *cloaca abierta, una cloaca máxima* moderna. Es cierto que había letrinas, y ni que decir tiene que los británicos, muy clasistas, tenían retretes separados para los oficiales y los soldados de a

---

[12] El texto completo del poema puede consultarse en http://www.warmuseum.ca/cwm/exhibitions/remember/flandersfields_e.shtml.
[13] Baldin, p. 4; Fussell, p. 49.

pie; sin embargo, las letrinas eran a menudo alcanzadas por los proyectiles, lo que provocaba que el contenido quedara esparcido por una gran superficie. Tampoco ayudó el hecho de que la diarrea fuera pandémica, produciendo situaciones como la descrita detalladamente por Barthas:

302

> *Para un soldado que tenía que ir, era una perspectiva horrible tener que trepar hasta el gran agujero de concha que funcionaba como nuestra letrina. Siempre se posponía hasta el último momento, a pesar de espasmos verdaderamente horribles. Uno de nuestros camaradas en la letrina se sobresaltó por una repentina ráfaga de disparos y, aterrorizado, cayó de espaldas. Para evitar tales desgracias, algunos hombres utilizaron latas de sardinas o de corned-beef, para no tener que salir de su escondite. Un alma caritativa incluso sacrificó su lata de comida* [*gamelle]* *con este fin.* [14]

Los trozos de los cadáveres de los caballos también podían llover ocasionalmente sobre los soldados a causa de las explosiones.[15] Y los cadáveres de los caballos olían aún peor que los de los seres humanos. En cualquier caso, , los "topos humanos" no tuvieron más remedio que aprender a vivir con el hedor. Se acostumbraron al olor, como ilustran las dos líneas siguientes de la ya citada "Any Soldier To His Son" de George Willis:

> *Aprendí a dormir a ratos en el escalón de fuego de una trinchera,*
> *Y comer mi desayuno mezclado con barro y el pesado hedor de Fritz.*

Si los soldados de todos los ejércitos fumaban mucho, tanto pipas como puros y cigarrillos, era para calmar los nervios y olvidar el hambre, pero sobre todo para enmascarar el omnipresente e insoportable hedor de los cadáveres y los excrementos.[16]

Los generales y otros oficiales de alto rango que de vez en cuando visitaban las trincheras no estaban acostumbrados a los olores que allí

---

[14] Rousseau (1999), p. 77; Barthas, p. 251; véase también Münkler, pp. 377-80.
[15] Hochschild, p. 137; Gueno y Laplume, p. 55.
[16] Englund, p. 311; Rousseau (1999), p. 251; Duroselle, p. 422.

reinaban, y les repugnaba el hedor y la visión de los excrementos. Pero no recibían ninguna simpatía de los soldados de a pie que tenían que vivir permanentemente en tan desagradables circunstancias. Esta falta de simpatía rezuma en el texto de una canción humorística muy popular entre los Tommies, "That Shit Shute":

303

El General inspeccionando las trincheras
exclamó con un grito horrorizado,
Me niego a inspeccionar una división
Que deja excrementos alrededor'
Pero nadie hizo caso
Nadie estaba dispuesto a refutar
Que la presencia de mierda era agradable
En comparación con la presencia de Shute
Y ciertos críticos responsables
Se apresuró a responder a sus palabras
Observando a su equipo de asesores
Consistía enteramente en zurullos
Porque la mierda puede dispararse en esquinas extrañas
Y papel suministrado allí a medida
Pero la mierda se dispararía sin dolientes
Si alguien disparó esa mierda Shute.[17]

Un día típico en las trincheras empezaba antes de que los primeros rayos de sol atravesaran la oscuridad de la noche, lo que, durante el verano, significaba alrededor de las 4:30 a.m. Todo el mundo tenía que aparecer completamente equipado, arma en mano, como si un ataque fuera inminente. Los británicos llamaban a esta rutina "stand-to", o "en pie de armas". Los Tommies, al igual que los franceses, miraban en dirección al sol naciente, veían las primeras alondras y se preguntaban si sobrevivirían al día siguiente y si algún día volverían a casa y se reunirían con sus seres queridos. Al otro lado de la tierra de nadie, la mirada de los alemanes perseguía la noche que huía y sus oídos se esforzaban por escuchar los finales de los ruiseñores, evocando la vida y a los seres

[17] Véase http://www.westernfrontassociation.com/great-war— people/48-brothers-arms/372-songs-war.html.

queridos. Entonces llegó la orden de "retirarse", seguida del permiso para que los hombres desayunaran. En algunas unidades británicas se servía ron en esta ocasión, dos cucharadas por persona, para añadir al té o beber por separado. La distribución del ron era una ceremonia muy apreciada. Y antes de un ataque los Tommies recibían una ración más generosa de lo habitual. Después de un ataque de los británicos, un olor no sólo a cadáveres y excrementos, sino también a ron flotaba por toda la tierra de nadie.

Durante el día había trabajo que hacer. La mayoría de los soldados eran campesinos u obreros industriales, muy acostumbrados al trabajo duro. Y a sus jefes —los oficiales— les gustaba ordenarles que realizaran todo tipo de tareas, pues consideraban que tenía que ser así, y observaban atentamente que el trabajo se hiciera correctamente. También pensaban que era necesario mantener a los soldados permanentemente ocupados para evitar el aburrimiento y mantener alta la moral. Había que cavar trincheras, ampliarlas, reforzarlas o repararlas después de un bombardeo. Había que limpiar las armas y hacer que los uniformes y las botas tuvieran el mejor aspecto posible dadas las circunstancias. Los hombres eran sometidos a frecuentes inspecciones, y había una necesidad constante de soldados para realizar guardias. Era una tarea arriesgada debido a los francotiradores que acechaban al otro lado. Había que vigilar en todo momento las posiciones enemigas y la tierra de nadie, preferiblemente mediante periscopios. Cuando terminaban las tareas (llamadas *corvees* por los franceses), o entre tarea y tarea, se dejaba algo de tiempo libre para escribir cartas, despiojarse o despiojar a los camaradas y dormir todo lo posible. Esto último era necesario porque la mayor parte del trabajo debía realizarse por la noche. De hecho, una gran parte de la "plomiza rutina del trabajo de guerra" se realizaba en la oscuridad, como escribe de Schaepdrijver, por ejemplo, "cavar, transportar tierra, llenar sacos de arena, colocar alambre de espino, poner plataformas"; y también era de noche cuando había que traer municiones y otros equipos, cuando había que bombear agua de las trincheras, cuando se enviaban patrullas a la tierra de nadie, etc.

La rutina diaria terminaba al atardecer con el mismo ritual de pie que por la mañana. Esta vez, los alemanes contemplaban la puesta de sol en

el oeste, y los británicos, franceses y belgas observaban la noche que se acercaba.[18] La atmósfera de esta parada se evoca en un poema escrito en 1914 por Laurence Binyon, "Por los caídos", en versos que aún se recitan durante las conmemoraciones británicas de la Primera Guerra Mundial:

No envejecerán, como envejecemos los que quedamos:
La edad no los cansará, ni los años los condenarán.
Al ponerse el sol y por la mañana
Nos acordaremos de ellos. [19]

305

Los soldados pasaban a menudo días enteros en las peligrosas líneas avanzadas, bordeando la tierra de nadie y a veces terriblemente cerca de las trincheras alemanas. "Zanja suicida" es como llamaron los británicos a su primera línea de trincheras. Pero de vez en cuando las unidades eran relevadas y trasladadas a la retaguardia, donde podían tomarse un descanso en un campamento, una aldea o un pueblo a una distancia relativamente segura del frente. Recibir un permiso para ir a casa y visitar a la familia era una excepción, y por supuesto estaba fuera de cuestión para la mayoría de los belgas y muchos de los hombres del norte de Francia, cuyos pueblos o ciudades de origen estaban ocupados por los alemanes. Lo mismo ocurría con los soldados "coloniales" procedentes de Senegal, la India y otros lugares. Los soldados belgas pasaban normalmente cuatro días en las primeras líneas, seguidos de otros cuatro días en la retaguardia para realizar todo tipo de trabajos; por último, se les concedían cuatro días de "descanso", pero eso también implicaba a menudo realizar trabajos y ejercicios a capricho de sus superiores. En cualquier caso, entonces era posible relajarse un poco, por ejemplo jugando a las cartas y, por supuesto, visitando tabernas y burdeles.

305 ¿Cómo era la comida en el frente? La respuesta: en teoría no estaba nada mal, pero en la práctica distaba mucho de ser satisfactoria. Quizás sorprendentemente, los británicos eran los más mimados en este aspecto. La ración diaria de un soldado podía incluir una cantidad

---

[18] Fussell, pp. 46-48, 51-52, 242; Hastings, p. 519; de Schaepdrijver , pp. 183-85, 194.
[19] El texto completo se encuentra en http://www.firstworldwar.com/poetsandprose/binyon.htm.

decente de pan, carne fresca o enlatada, verduras frescas o secas, algo de tocino y queso, y pequeñas cantidades de té, azúcar y mermelada. Para la mayoría de los Tommies, ¡eso era más y mejor comida que en casa en tiempos de paz! Sin embargo, era muy raro que llegara carne fresca a las trincheras, y en general había que conformarse con carne enlatada, "corned-beef", conocida en la jerga de los soldados como "bully beef". (Parece que el término bully no tenía nada que ver con los toros, sino que derivaba de la palabra francesa *bouilli,* "hervido", que es como tradicionalmente les gusta a los británicos que les preparen la carne). Pero la carne bully era en realidad bastante sabrosa, y a los alemanes les encantaba. Los Tommies lo sabían y estaban comprensiblemente orgullosos de ello, ya que era probablemente la primera y última vez en la historia que la comida británica era tenida en alta estima por los extranjeros. A veces ofrecían latas de bully beef a los prisioneros de guerra alemanes como gesto de generosidad, solidaridad y caridad cristiana, como se desprende de estas líneas del poema "En el Somme", de la pluma del soldado Claude Penrose:

306

Y cuando trajeron de vuelta a sus cautivos, hambrientos y abatidos,
Les llamaban "Fritz", les daban palmadas en la espalda y, todos a una,
Compartieron con ellos la comida que les quedaba de cuando empezó el largo día,
Y les dio a fumar y a intimidar para gloria del Señor. [20]

La ración diaria de los franceses consistía en teoría en "750 gramos de pan, una libra de carne fresca, una onza de arroz o legumbres secas, sal, azúcar, alguna forma de grasa, café instantáneo, un litro de vino y veinte gramos de tabaco". Sin embargo, muy poco de esto llegaba regularmente a los hombres en las trincheras, y *los poilus* estaban generalmente descontentos con la comida que acababan recibiendo. En mayo de 1915, un soldado se quejaba, por ejemplo, de que por la noche los hombres sólo podían comer *chamusquina,* "mono", es decir, carne enlatada con patatas, bañada en una "salsa desesperadamente poco apetitosa". La monotonía de las raciones molestaba a los soldados de todos los ejércitos, pero los que tenían suficiente dinero podían comprar comida

[20] Fussell, p. 49; Hibberd y Onions, pp. 152-53.

en las tiendas o granjas cercanas, donde —por precios elevados— se podían adquirir sabrosos manjares como mantequilla, chocolate y mermelada. En ocasiones era posible intercambiar alimentos con tropas aliadas estacionadas en las cercanías. Barthas relata cómo lo hicieron británicos y franceses en mayo de 1915, en algún lugar de Artois:

> *Como en sus trincheras sólo recibían galletas y comida enlatada, venían a pedirnos trozos de pan y a lamer las sobras de nuestras cazuelas. A cambio, recibíamos tabaco y cigarrillos, de los que tenían en abundancia.*

Los franceses, por su parte, tenían grandes cantidades de vino, y gran parte de él llegó a las sedientas gargantas de los Tommies. Fue en esa época cuando se originó el término inglés "plonk", que significa vino inferior; derivaba del francés (*vin*) *blanc,* "vino blanco". *Los poilus* bebían muchísimo vino: ¡el vino era "su Dios", les hacía "olvidar su miseria", era "su mejor amigo"! En el verano de 1914, los soldados franceses recibían una ración diaria de un cuarto de litro, pero en 1917 la ración diaria había aumentado a un litro entero. De hecho, en todos los ejércitos se consumieron enormes cantidades de alcohol. Como ya se ha mencionado, los Tommies desayunaban regularmente ron. En otros lugares, además de vino o ron, los hombres recibían ocasionalmente ginebra o brandy. La razón de esta generosidad por parte de las autoridades militares era simple, escribe un historiador: los soldados necesitaban este tipo de "dopaje" para poder luchar y tolerar el estrés del combate en general. El alcohol, prosigue, "proporcionaba un remedio contra el miedo", servía "como una especie de escudo" y facilitaba la matanza. Los ataques eran impensables sin que antes se sirviera algo de alcohol a los combatientes. Los propios superiores también necesitaban alcohol para funcionar; los oficiales británicos consumían de una a dos botellas de whisky al día. Y, por supuesto, este abuso del alcohol causaba graves problemas, como peleas, insubordinación, etc.[21]

307

En cuanto al sustento, los soldados alemanes estaban mucho peor que los británicos y los franceses, y en el transcurso de la guerra su

---

[21] Miquel, pp. 67, 166-68; Rousseau (1999), pp. 193-95; Nicot, pp. 48-49; Barthas, p. 16 (introducción de Chrisje Brants), p. 92; Gueno y Laplume, p. 121; Saint-Fuscien, pp. 105-06; Daughton, pp. 50-55.

situación no mejoraría, sino todo lo contrario. Ya en una fase temprana, los hombres se quejaban de la escasa cantidad y calidad de los alimentos. En el frente oriental, en septiembre-octubre de 1915, la situación era tan mala que los soldados estaban prácticamente muertos de hambre y hablaban de desertar al enemigo con la esperanza de recibir allí algo de comida. Los soldados del aliado de Alemania en el este, la Monarquía del Danubio, estaban aún peor, y a menudo prácticamente perecían de inanición. Era habitual que vendieran parte de su equipo y ropa por algo de comida y bebida, y con frecuencia mendigaban a los civiles algo de comer. En el lado ruso, la situación no era mejor.[22]

En las trincheras, al menos algunas tenían mucho que comer: las ratas. Los soldados odiaban a estas plagas omnipresentes, sucias y agresivas, que eran especialmente grandes y gordas porque se alimentaban de los cadáveres de hombres y caballos, y molestaban constantemente a los hombres cuando intentaban dormir un poco. Contra esta plaga los británicos utilizaban Jack Russells y otros terriers, o cualquier perro disponible, conocidos como "ratters"; también se utilizaban gatos para este fin. Igualmente bien alimentados, en su mayor parte a costa de los propios soldados, estaban los insectos y las alimañas que infestaban los frentes. Barthas describió la plaga representada por las moscas:

> *Miles de moscas voraces descendían sobre los cadáveres. Todas estas horribles moscas de las fosas comunes de Lorette, que pululaban muy por detrás de la línea del frente, nos repugnaban y enfermaban. Se metían en las botellas de vino, en las latas de conservas y en las ollas de la cocina y no dejaban de zumbar a nuestro alrededor. En busca de presas, pasaban de los muertos a los vivos, y viceversa.*

308

Una molestia constante similar eran los piojos y las pulgas. Refiriéndose a esas plagas, Barthas escribió lo siguiente en su diario:

> *Nuestra principal ocupación era cazar piojos. Nos caían a miles. Los encontrábamos por todas partes en nuestra ropa. Algunos eran blancos, otros negros, otros grises, y algunos tenían una cruz en la espalda, como los cruzados. Algunos eran diminutos y otros grandes como granos de*

[22] Klaber, p. 39; Hastings, pp. 408, 498, 509.

trigo. Estas alimañas se multiplicaban como locas y se daban un festín con nuestra piel... Para deshacerse de ellos, algunos hombres se rociaban con petróleo todas las noches, otros se frotaban con alcanfor o cualquier tipo de insecticida. Nada servía. Cuando matabas a diez, cien ocupaban su lugar.

Igualmente molestas eran las pulgas. Un soldado canadiense se quejaba de que "estamos llenos de alimañas y nos hurgamos como babuinos. Hace meses que no nos quitamos la ropa". Los Tommies también se quejaban a gritos del problema de las pulgas. Cazar pulgas era conocido por ellos como "leer la camisa". Y fue en este contexto donde en 1915 se originó el término inglés "lousy".[23] En "Cualquier soldado a su hijo", George Willis decía lo siguiente sobre las pulgas:

Aprendí a cazar alimañas en el forro de mi camisa,
A romperlas con la uña y sentir cómo brotaban los mendigos; aprendí a atraparlas y romperlas por docenas y veintenas Y a cazar mi camisa mañana y encontrar otras tantas. [24]

Otro poeta de guerra que encontró inspiración en la caza de pulgas y piojos fue Isaac Rosenberg. En un poema titulado "Los inmortales" se puede leer lo siguiente:

309

Los maté, pero no murieron.
. . . . . .
En vano — porque más rápido que maté
Se levantaron más crueles que antes.
Maté y maté con locura de matanza;
Maté hasta que me quedé sin fuerzas.
Y aún así se levantaron para torturarme,
Porque los demonios sólo mueren por diversión.
Solía pensar que el diablo se escondía
En sonrisas de mujer y jarana de vino.
Lo llamé Satanás, Balzebub.

---

[23] Breverton, pp. 119-20, 125, 128-30; Barthas, pp. 109, 182; Miquel, pp. 160-63; Fussell, pp. 48-49, 164; Robertson, pp. 37, 67; Dorgeles, p. 57.

[24] Letra de "Any Soldier to His Son": http://www.forcespoetry.com/poemdetails.asp?ID=221.

Pero ahora lo llamo, sucio piojo.[25]

El frío invernal y el calor estival, la humedad, las alimañas, la falta de higiene y muchos otros inconvenientes provocaban todo tipo de enfermedades. Entre las más comunes estaban la tuberculosis, los problemas cardíacos, la diarrea, las infecciones de garganta, la bronquitis, la disentería y, por supuesto, también las enfermedades venéreas. Pero de los médicos militares, oficiales de las clases "mejores", los simples soldados no podían esperar mucha simpatía, si es que esperaban alguna. Con demasiada frecuencia los médicos se mostraban altivos y arrogantes y daban por sentado que las enfermedades de las que uno se quejaba carecían de importancia o eran fingidas. Para ser enviado a una enfermería o a un hospital de campaña, uno tenía que estar al borde de la muerte. Era incluso arriesgado declararse enfermo, porque los superiores no tardaban en sospechar que se trataba de cobardía o evasión del deber y estaban dispuestos a imponer el castigo correspondiente.[26] Innumerables hombres fingieron efectivamente algún tipo de enfermedad para escapar, aunque fuera temporalmente, del infierno de las trincheras.

En las trincheras no había refugios adecuados para todos los soldados. Con demasiada frecuencia, los hombres tenían que dormir a la intemperie, tanto en invierno como en verano. En consecuencia, sufrían el calor en verano y el frío y la humedad durante gran parte del resto del año. Muchos hombres murieron congelados en las trincheras; por ejemplo, los soldados británicos en los alrededores de Ypres durante el invierno de 1916-1917. También era difícil encontrar un lugar donde tumbarse. La mayoría de las veces, uno intentaba dormir sentado en un banco o apoyado en la pared de la trinchera. Era una delicia poder meterse en un agujero o en una trinchera; sólo los alemanes estaban mejor en este sentido, como hemos visto. Dormir, y dormir bien, era un gran placer, algo muy poco frecuente. ("Durante los últimos cuatro días aquí en las trincheras, no he podido dormir ni ocho horas", escribió un soldado británico a su padre en septiembre de 1915). Dormir no sólo

---

[25] Connor, p. 8.

[26] Barthas, p. 448; Rousseau (1999), pp. 117-19.

proporcionaba a los hombres el descanso necesario tras largas y agotadoras marchas, duros trabajos u horas de guardia en , sino que también representaba una especie de escape de la horrible realidad de su existencia en las trincheras. Los Tommies llamaban a dormir "ser Murphyizado", o "echarse en los brazos de Murphy". Murphy era un nombre típicamente irlandés y, por tanto, proletario, pero el dicho se inspiraba en el nombre muy parecido de Morfeo, el dios del sueño y de los sueños. La expresión reflejaba así el hecho de que el sueño tenía el mismo efecto que la morfina.[27]

En todos los ejércitos, los oficiales disfrutaban de alojamientos relativamente cómodos. Incluso en el presumiblemente igualitario ejército francés, los oficiales eran "más iguales" en este aspecto: en las trincheras, solían disponer de algún tipo de refugio dotado de comodidades básicas, como una mesita y una lámpara, donde podían disfrutar regularmente de un mínimo de confort e intimidad, leer un periódico o simplemente estar solos. En la película *Senderos de gloria,* el coronel Dax (Kirk Douglas) habita un escondite de este tipo.[28] Barthas relata cómo, cerca del pueblo artesiano de Neuville-Saint-Vaast, en el otoño de 1915,

> *el capitán estaba escondido en un escondite de al menos doce escalones de profundidad. Estaba sentado detrás de una mesita y jugaba tranquilamente a algún juego de cartas... A su lado, una pequeña estufa difundía un agradable calor.* Un *hombre murciélago le servía el té. ¡Qué diferencia con nuestro destino!*

Pero los oficiales lo hicieron aún mejor a una distancia más o menos segura de las primeras líneas, donde los hombres fueron alojados en casas y graneros abandonados y a menudo parcialmente arruinados. Barthas describe la situación en el pueblo de Vermelles en enero de 1915:

311

> *Ni una sola casa quedó intacta. Las menos dañadas fueron requisadas por los caballeros oficiales superiores, las que estaban medio destruidas pasaron a ser propiedad de sus colegas de menor rango, como los*

---

[27] Fussell, pp. 87-88, 171; Dare Hall; Allard, pp. 52-53; Miquel (2000), pp. 168-69.
[28] Rousseau (1999), p. 76.

tenientes, y las que tenían los tejados derrumbados y faltaban algunos pisos se convirtieron en el hogar de nuestra compañía. [29]

Este tipo de discriminación, en la que los oficiales solían dormir en camas y ellos en paja o simplemente en el frío suelo, enfurecía a los hombres . Lo que les molestaba aún más era que también se convencían de que sus superiores disfrutaban de la compañía femenina en sus alojamientos, algo con lo que ellos sólo podían soñar. Y mucha irritación provocaba el hecho de que los oficiales comían considerablemente mejor. En el ejército austrohúngaro, donde los soldados rasos pasaban hambre con frecuencia, los oficiales disfrutaban de "más calorías que toda la compañía: vino y pasteles, también cigarrillos y puros". El oficial que lo reconocía añadía que "semejante desigualdad era repugnante. En trincheras donde todos éramos obviamente iguales ante la muerte". Pero más típico de un oficial, o al menos de un general, fue un comentario del comandante de las tropas austro-húngaras en el frente serbio, el general Oskar Potiorek. Cuando le informaron de que sus hombres no tenían suficiente para comer, respondió que "hacer la guerra significa pasar hambre". Efectivamente, los soldados austrohúngaros "pasarían hambre", mucha hambre, hasta el final de la guerra. Todavía en febrero de 1916, un oficial del frente serbio informaba de que los hombres sólo recibían un tercio de las raciones normales de comida, con sólo un trozo de pan cada cuatro días, mientras que "en el comedor de los oficiales de Estado Mayor [se seguían] sirviendo las habituales cenas de cuatro platos."[30]

Del mismo modo, a pesar de estar razonablemente bien alimentados, los soldados británicos se quejaban de que los oficiales recibían más y mejor sustento. Esto encontró eco en estas líneas de una popular canción de soldados, "Tell Me Now":

No *sé por qué nos alimentamos tan poro,*
Dímelo, oh, dímelo ahora.
No sé por qué nos alimentamos tan poro,
Cuando los hombres oficiales comen muchísimo más,

---

[29] Barthas, pp. 8, 172.
[30] Hastings, pp. 505, 509; Englund, p. 216.

Dímelo, oh, dímelo ahora.[31]

312

Durante las comidas, se observaba un estricto apartheid entre los oficiales y sus subordinados. Un miembro de las fuerzas canadienses, que durante la Gran Guerra sirvió como cuerpo dentro del ejército británico, describió una escena típica:

> *Era una casa francesa que había escapado a los daños con la excepción de perder una esquina del tejado, y ahora era un comedor de oficiales. Estaban almorzando. Había una mesa con un mantel blanco. Había platos de verdad, un cuenco con rosas y botellas altas con etiquetas caras. Los oficiales llevaban pantalones de vestir, vestían con pulcritud y sus bastoneros revoloteaban de un lado a otro acomodándoles los asientos. Era demasiado para nosotros. Salimos y vimos a los hombres en fila para comer. Llevaban latas sucias y les servían un cucharón lleno de mulligan grasiento y té de aspecto débil. Se sentaron alrededor de las ruinas y comieron, donde pudieron, sin hablar, apresuradamente, como si odiaran el asunto. Algunos vaciaron parte de su ración en el suelo y restregaron sus latas con trozos de sacos de arena mientras se alejaban a duras penas hacia donde dormían.* [32]

A diferencia de los soldados, los oficiales también podían lavarse y afeitarse con regularidad. Con demasiada frecuencia, los soldados rasos no tenían agua y, si querían afeitarse, tenían que hacerlo con café o incluso vino. (Probablemente fue la visión de muchos hombres sin afeitar lo que generó la jerga francesa para el soldado raso, *poilu*, que significa "peludo", probablemente en 1915).[33] Los soldados estaban tan sucios que eso tendía a deprimirlos. Paul Fussell cita a un soldado británico en el frente de Gallipoli, que admitió cándidamente que "todos estábamos fatal y no podíamos parar de cagar porque habíamos cogido disentería. Llorábamos, no porque estuviéramos asustados, sino porque estábamos muy sucios".[34] Del mismo modo, el término con el que los soldados alemanes se referían frecuentemente a sí mismos, "cerdos de primera línea" (*Frontschweine),* era una alusión a su aspecto mugriento.

---

[31] Letra de "Tell Me Now": http://www.musicanet.org/robokopp/usa/tellmeno.htm.
[32] Robertson, p. 57.
[33] Roynette, pp. 23-24.
[34] Citado en Fussell, p. 88.

La distancia social entre los oficiales de clase alta y sus subordinados plebeyos también se ponía de manifiesto durante las partidas de cartas, una forma de sociabilidad. Los oficiales franceses jugaban entre ellos al póquer o al bridge, mientras que los hombres jugaban a un juego mucho menos elegante pero muy popular, la belote.[35] Entre ellos, los oficiales podían sentirse a gusto, socialmente hablando, pero no en compañía de sus subordinados, y lo contrario también era cierto. Los soldados formaban pequeños grupos de camaradas muy unidos, "pequeñas familias", como escribió Barthas, "en las que todos se sentían cómodos y en las que reinaba una atmósfera de afecto, solidaridad y confianza mutua", pero "de las que estaban excluidos los oficiales e incluso los suboficiales".[36] Y eso ocurría en el relativamente igualitario ejército francés, donde los oficiales eran menos estirados que en las fuerzas británicas, alemanas y rusas.

313

Los oficiales también se beneficiaban de todo tipo de privilegios más o menos importantes que enfurecían a los hombres. Por ejemplo, los oficiales fueron los primeros en recibir equipamiento adecuado para la guerra de trincheras. Barthas relató cómo en 1917 se entregaron por fin a las tropas un pequeño número de verdaderos impermeables y botas de goma, algo que habría sido especialmente bien recibido por los soldados de las líneas avanzadas; pero, prosiguió,

> *... los oficiales, sargentos y sus ordenanzas descendieron sobre las botas como una bandada de cuervos sobre una presa. Y todo ello bajo la mirada aprobadora del capitán, que había dado él mismo el vergonzoso ejemplo.*

Los oficiales también eran los primeros en saquear las casas abandonadas en las inmediaciones del frente. Un soldado alemán relató cómo, en el pueblo francés de Cuy, cerca de Noyon, las tropas se llevaban todo tipo de muebles y otros enseres de las casas para utilizarlos en sus búnkeres y en otros lugares de las trincheras. "Primero, los oficiales se apropiaban de lo que les apetecía, y sólo después les llegaba el turno a los hombres". Los oficiales franceses recibían con frecuencia pequeños paquetes de parientes y amigos, con regalos, tabaco,

---

[35] Lafon, pp. 40, 43; Loez y Mariot, pp. 21, 27; Klaber, pp. 39-40.
[36] Barthas, p. 153.

puros y todo tipo de golosinas; los soldados rasos rara vez o nunca recibían tales regalos, porque las tarifas de envío eran muy elevadas. A algunos oficiales de clase alta se les enviaban manjares que sus subordinados plebeyos nunca habían visto, como higos secos y dátiles, langostas e incluso un guiso de pescado completo al estilo marsellés conocido como *bouillabaisse.* En cuanto a los oficiales británicos, encargaban puros, café, té, galletas y otros tipos de ambrosía directamente a prestigiosas fuentes londinenses como Fortnum & Mason.[37]

Los soldados también estaban disgustados por el hecho de que sus superiores pudieran evitar con demasiada frecuencia los peligros de la guerra de trincheras. Cuanto más alto el grado , más lejos de la línea del frente, parecía ser la regla general. Este sistema prevalecía entre los alemanes y los británicos, menos entre los franceses. Así, un soldado alemán del frente oriental escribió en otoño de 1915 que "casi nunca veían a los oficiales", que "sólo se revelaban enviándonos órdenes escritas, que normalmente implicaban algún tipo de prohibición". Otro soldado se quejaba de que su oficial al mando rara vez aparecía por las trincheras, que prefería permanecer a salvo en su casamata; "incluso se aliviaba en su búnker subterráneo, concretamente utilizando un viejo casco de acero que su ordenanza tenía que vaciar fuera".[38] También molestaba a los hombres que, tras duros combates, los oficiales recibieran la mayor parte de los honores. Los soldados alemanes expresaron sus sentimientos al respecto en el siguiente verso corto:

314

Auf vorne klatscht der Kugelregen,	*Las balas llueven sobre los que están expuestos al frente,*
Auf hinten fällt der Ordenssegen.	*Los honores bañan a los que se refugian en la retaguardia.*[39]

[37] Barthas, pp. 427-28; Loez y Mariot, p. 20; Hastings, p. 517; Englund, p. 64.

[38] Klaber, pp. 39-40; Ulrich y Ziemann, p. 124:

[39] Ulrich y Ziemann, p. 135. Se trata de una variación de un verso del poema "Die Ordensverteilung", "La distribución de honores", escrito en Menin, Bélgica, en 1916, por Gottfried Rinker, teniente del Cuerpo de Ejército de Wurttemberg, véase http://www.lyrikheute.com/2012/05/blogbaustelle-hier-entsteht-ein-post.htm/ y http://www.kriegstagebuch.gottfriedrinker.bplaced.net/gottfried.html.

En general, a los soldados no les gustaban ni sus oficiales ni ninguno, sino que los despreciaban y a veces incluso los odiaban apasionadamente. La noticia de la muerte de los oficiales no queridos solía ser recibida con indiferencia y desprecio. Y los soldados a veces — ¿a menudo? — disparaban a sus propios oficiales, algo para lo que se presentaban regularmente oportunidades en la guerra de trincheras. Más tarde, el asesinato de oficiales se convertiría en algo bastante común, por ejemplo entre los soldados estadounidenses en la guerra de Vietnam, donde a esto se le llamaba "fragging". Durante la Primera Guerra Mundial, los tribunales militares estadounidenses se ocuparon de unos 370 casos de violencia perpetrada contra oficiales, pero se calcula que apenas el 10% de tales actos acabaron ante un consejo de guerra.

El ejército alemán contaba con un número especialmente elevado de "oficiales caballeros" esnobs de elevada extracción social que insultaban, humillaban y maltrataban a sus hombres. Sus posibilidades de ser asesinados por subordinados de siguieron siendo altas durante toda la guerra. El alsaciano Dominik Richert menciona el caso de un teniente que, durante un ataque, había disparado a soldados vacilantes y acabó muerto por una bala disparada a su espalda por uno de sus propios hombres.[40] Barthas relata cómo, durante la ofensiva del Somme del verano de 1916, él y sus compañeros "habían encontrado el cadáver de un oficial alemán cerca de una trinchera... tenía la cabeza cubierta de sangre y junto a él yacía una pala manchada de sangre. Llegamos a la conclusión de que sus propios hombres lo habían eliminado.[41]

El desprecio y el odio de los soldados hacia sus oficiales era proporcional a su rango, y los más odiados eran los generales y coroneles. Durante toda la guerra, esta *"creme de la creme"* militar se encontraba generalmente instalada en algún confortable hotel o incluso en un castillo a una distancia prudencial del frente, como el castillo, con muebles y alfombras finas, en el que residen los generales en *Senderos de Gloria*.[42] Que en una guerra moderna los comandantes no pueden

---

[40] Ulrich, p. 131.

[41] Rousseau (1999), pp. 109, 116; Ulrich y Ziemann, pp. 43-45, 50, 122-23; Barthas, pp. 327, 381.

[42] El castillo de los generales en *Paths of Glory:* http://www.youtube.com/watch?v=89y7pcYTQy4.

dirigir personalmente a sus tropas como en tiempos de Napoleón, era obvio, y la mayoría de los soldados lo entendían muy bien, pero les ofendía que estos caballeros de alto rango, representantes de las "clases mejores" y a menudo aristócratas, disfrutaran de todo tipo de lujos y pudieran vivir prácticamente la misma vida privilegiada a la que estaban acostumbrados antes de la guerra, mientras que a causa de la guerra los soldados proletarios sufrían una miseria aún mayor que la que habían conocido en tiempos de paz.

315

El ejemplo lo dio el emperador alemán Guillermo II, que se instaló en Spa, al igual que Karlsbad y Baden-Baden, uno de los lugares de recreo de la élite antes de la guerra, asociado a la comida deliciosa, la música, el ocio y la buena vida en general. Pero claro, él era el comandante supremo *(oberster Kriegsherr*), y la mayoría de los generales tuvieron que conformarse con cuarteles algo menos lujosos y prestigiosos. Aun así, ellos también encontraban alojamientos cómodos y agradables, normalmente en algún castillo, hotel o villa. Tras la batalla del Marne, el general Joffre instaló su cuartel general en el lujoso Hotel du Grand Conde, situado en la aristocrática ciudad de Chantilly, un poco al norte de París; él mismo residía en una agradable villa cercana. El cuartel general de John French, comandante en jefe de la BEF, cambió con frecuencia al principio, a medida que los británicos se retiraban de Mons al Marne y luego se desplazaban hacia el norte, a los Campos de Flandes. Pero a los Tommies les molestaba que él y su séquito siempre se las arreglaran para disfrutar de buenas cenas, servidas por jóvenes encantadoras, mientras una orquesta se encargaba del acompañamiento musical. A French le gustaba mucho la compañía femenina, y algunos de sus colegas pensaban que había "demasiadas prostitutas" en su cuartel general. A French también le gustaba desplazarse a París para cenar en el Hotel Ritz, donde, al igual que en el cercano restaurante de lujo Maxim's, los oficiales superiores cenaban a diario, a menudo en encantadora (pero pagada) compañía femenina. De los generales en sus lejanos y cómodos, incluso lujosos cuarteles generales, los soldados rasos —¡que no eran precisamente abstemios! — solían pensar que bebían demasiado.[43]

---

[43] Knightley, p. 108; Hochschild, pp. 105, 127; Klaber, p. 94.

316 Desde sus elevados palacios y hoteles, los generales y otros oficiales del Estado Mayor también miraban hacia abajo, casi literal y seguramente simbólicamente, a los soldados de a pie en las trincheras; al menos, así veían las cosas estos últimos. Así lo sintió Barthas tras una visita a un general en un castillo del pueblo de Titre en abril de 1916:

> *El vestíbulo, los pasillos, las escaleras, todo brillaba, perfectamente encerado y pulido; las alfombras cubrían los suelos. Criados, bateadores, camareras, todos me miraban mal, como diciendo: ¿qué hace aquí este asqueroso Poilu? Y miraban con gran desprecio mis botas, que dejaban huellas sucias y embarradas en el suelo y en las alfombras*. [44]

Los hombres estaban convencidos de que los oficiales del Estado Mayor no tenían ni idea de cómo era su miserable existencia en el frente, en las trincheras. "[Habían] oído hablar de las trincheras, sí", escribe Fussell, "pero como el [lujoso] West End londinense oye hablar del East End: un lugar desagradable donde vivía gente corriente". Y Lloyd George declararía después de la guerra que "la distancia entre los castillos [es decir, los generales] y las trincheras era tan grande como la que hay entre las estrellas del firmamento y las cuevas más profundas aquí en la tierra". Es cierto que los generales venían a veces a inspeccionar las trincheras, pero sólo cuando reinaba la calma en el frente. Al parecer, el general Haig nunca visitó las trincheras, ni una sola vez. Y precisamente porque no tenían ni idea de cómo eran realmente las cosas en el frente, los oficiales del Estado Mayor podían soltar todo tipo de tonterías que los soldados de a pie percibían como insultos. "Ningún soldado que haya combatido supera jamás por completo su falta de respeto por el Estado Mayor", subraya Fussell, y cita un poema de Robert Graves, "La versión persa", que contiene esta "mímica de la complaciente retórica del Estado Mayor":

> *A pesar de una fuerte defensa y una climatología adversa, todas las armas se combinaron magníficamente*. [45]

---

[44] Barthas, p. 227.

[45] Fussell, pp. 82-85; Hayward, p. 129; Barthas, p. 165.

Los hombres estaban exasperados por el hecho de que la estúpida ignorancia hiciera posible que "los comandantes del ejército, instalados en cuarteles cálidos y secos, insistieran constantemente en la necesidad de mantener un espíritu ofensivo, de mantener afinados los instintos agresivos para las próximas batallas decisivas" y ordenaran repetidamente "ataques enérgicos".[46] El odio y el desprecio de los soldados hacia los generales fue expresado de la siguiente manera por un famoso poeta de guerra, Siegfried Sassoon, en "El General":

317

> *"¡Buenos días, buenos días!", dijo el general.*
> *Cuando nos encontramos con él la semana pasada en el camino a la línea.*
> *Ahora los soldados a los que sonreía están casi todos muertos,*
> *Y maldecimos a su personal por cerdos incompetentes*. [47]

Una y otra vez, los soldados tuvieron que pagar con su sangre un alto precio por lo que consideraban idioteces de los generales. Y sentían que los cuarteles generales estaban llenos de shirkers o *embusques*, como se les llamaba en francés; *embusques,* que significa algo así como "los que se esconden". Los alemanes veían a esos shirkers como la alternativa binaria de su propio destino como "cerdos del frente" y los llamaban *Etappenschweine,* "cerdos de la retaguardia". Barthas dijo lo siguiente sobre los despreciados *embusques:*

> *En los puestos de mando de los comandantes y capitanes observamos cada vez más hombres jóvenes y fuertes que generalmente ocupaban puestos mal definidos como mensajeros, ordenanzas, señaleros, sastres, barberos, etc. Atendían y servían a los oficiales, los nuevos señores del siglo XX. A cambio, se les permitía escapar del primer círculo del nuevo infierno de Dante: las trincheras.* [48]

Innumerables soldados rasos se preguntaban cómo podrían escapar ellos mismos del infierno de las trincheras. De hecho, existían varias posibilidades; por ejemplo, la automutilación, preferiblemente en forma

---

[46] Eksteins, pp. 104-05.
[47] Citado en Marwick, p. 55.
[48] Roynette, p. 173; Barthas, p. 278.

de herida en la mano. Fingir una enfermedad también podía servir para salir de las trincheras, al menos temporalmente. Pero sabemos que los médicos militares resultaban ser especialmente desconfiados y que esta estratagema implicaba el riesgo de ser considerado un cobarde y tratado en consecuencia. Y sin embargo, fueron numerosos los que intentaron esa vía, y el número de intentos aumentó con el tiempo. Barthas relata cómo los *poilus* probaban todo tipo de trucos "para coger fiebre o provocar sibilancias pulmonares, para hacer aparecer líquido en los ojos o en los oídos, incluso a riesgo de quedarse ciegos o sordos". Algunos hombres se hacían inyectar productos que desencadenaban síntomas de ictericia, o se las ingeniaban para infectar pequeñas heridas con el fin de ser hospitalizados durante algún tiempo. Los soldados también visitaban burdeles con la esperanza de contraer una enfermedad venérea. De acuerdo con la ley de la oferta y la demanda, ¡había que pagar un suplemento por los servicios de prostitutas infectadas de sífilis![49]

318

Algo con lo que todo soldado soñaba era el tipo de herida leve que también era lo suficientemente grave como para dar lugar a ser enviado durante el mayor tiempo posible a un hospital lejos del frente. Los británicos llamaban a esto una "herida Blighty", una herida que resultaba en ser enviado para tratamiento a "Blighty", es decir, Inglaterra. (El término "Blighty" era la versión inglesa del término hindi *bilayati, que* significa "europeo" en general e "inglés" o "británico" en particular).[50] Los franceses llamaban a este tipo de herida *la fine blessure,* "la herida delicada", mientras que los alemanes utilizaban la expresión *Tangoschuß, Heimschuß* o *Heimatschuß,* "tango— o tiro en casa", es decir, una herida que servía como permiso para volver a casa, al *Heimat.* En el poema *"Gebet vor der Schlacht"* ("Oración antes de la batalla"), Alfred Lichtenstein desahogaba su deseo de un *Heimatschuß* así*:*

Aber muß ich doch dran glauben,
Laß mich nicht zu schwer verwunden.
Schick mir einen leichten Beinschuß,
Eine kleine Armverletzung,
Daß ich als ein Held zurückkehr,

Pero cuando llegue mi hora,
Que no sea una lesión grave,
Que sea una herida leve en la pierna,
Un poco de algo en el brazo tal vez
Para poder volver a casa como un

[49] Barthas, p. 448; Englund, p. 283; Saint-Fuscien, pp. 150-53.
[50] Roynette, pp. 178-79.

Der etwas erzählen kann. [51]

héroe,
Y contarles algún cuento chino.

La rendición era otra forma de escapar de las trincheras, pero también era una estratagema arriesgada, porque a veces ambos bandos ejecutaban tanto a prisioneros de guerra como a soldados enemigos heridos para evitar posibles problemas, lo que también ocurría porque, en el fragor de la batalla, podía estallar el fuego bien ventilado del odio hacia el enemigo oficial. Habiendo visto a compañeros muertos o heridos, los combatientes no siempre se sentían inclinados a ser caritativos, o incluso a tratar correctamente, a los prisioneros. Aun así, innumerables soldados decidieron correr el riesgo, y las rendiciones colectivas fueron igualmente un hecho habitual desde el principio hasta el final de la Gran Guerra. Fue sobre todo en el ejército austrohúngaro donde se produjeron capitulaciones colectivas, especialmente durante la ofensiva rusa de Brusilov en 1915, cuando los rusos hicieron 380.000 prisioneros. Por parte de los alemanes, el otoño de 1918 sería testigo de una auténtica epidemia de rendiciones tanto individuales como colectivas. En cualquier caso, un gran número de soldados acabaron rindiéndose. Tras sólo un año de guerra, los alemanes ya se habían embolsado más de un millón de prisioneros de guerra aliados. Los británicos acabarían con un total de 328.000 prisioneros alemanes, y los rusos con algo más de un millón de alemanes y unos dos millones de austrohúngaros, más de 2,7 millones, según Alexandre Sumpf. Al final de la guerra, un total de entre siete y nueve millones de soldados se encontrarían prisioneros. Prácticamente ninguno intentó escapar; ser prisionero de guerra no era ninguna sinecura, pero era el paraíso comparado con el infierno del que la rendición les había permitido librarse . La gran mayoría de los prisioneros se contentaba con esperar pacientemente el final de la guerra y de su detención. [52]

319

La muerte constituía una forma particularmente radical de escapar del infierno de la guerra de trincheras. Era lo que *los poilus* llamaban *la*

[51] Letra del poema de Alfred Lichtenstein "HeimatschuE": http://gutenberg.spiegel.de/buch/5161/35.

[52] Gueno y Laplume, pp. 48-49; Rousseau (2006), pp. 12, 75-77; Feltman, pp. 88, 91; Meyer, p. 122; Black y Boileau, p. 155; Sumpf (2014), pp. 137.

grande permission, "el gran permiso".[53] Esta opción era, no pocas veces, elegida por los oficiales, como ya hemos visto, pero también por los soldados rasos.[54] Siegfried Sassoon dedicó un poema al suicidio de un joven soldado, "Suicidio en las trincheras", y lo termina con una referencia al infierno del que este acto de desesperación ofrecía la liberación:

Conocí a un simple soldadito
Que sonreía a la vida con alegría vacía,
Dormí profundamente en la solitaria oscuridad,
Y silbó temprano con la alondra.
En trincheras de invierno, acobardados y cabizbajos,
Con grumos, piojos y falta de ron,
Le metió una bala en el cerebro.
Nadie volvió a hablar de él.
Multitud engreída de ojos encendidos
Que vitorean cuando desfilan los soldados,
Escápate a casa y reza para que nunca lo sepas
El infierno donde van la juventud y la risa. [55]

320

Sin embargo, para la inmensa mayoría de los oficiales y soldados que no sobrevivirían a la Gran Guerra, en total unos diez millones de hombres, la muerte supuso la salida del infierno sin haber sido invitados. Durante las primeras fases de la guerra en el verano de 1914, las titánicas batallas de Verdún y el Somme, etc., perecieron cientos de miles. Pero incluso en los días ordinarios, cuando todo estaba tranquilo en el frente, murieron muchos hombres. En el frente occidental, los dos bandos sacrificaron una media diaria de 2.250 muertos —de los cuales entre 800 y 900 eran franceses— y cerca de 5.000 heridos , para un total aproximado de 7.000 "bajas", es decir, el total de muertos, heridos, desaparecidos en combate y prisioneros de guerra. Calculado a lo largo de toda la guerra, sólo los británicos sufrieron 1.500 bajas diarias, de las que se supone que aproximadamente el 50% fueron muertos. Incluso en

[53] Roynette, p. 158.
[54] Rousseau (1999), pp. 206-07.
[55] "Análisis: Suicidio en las trincheras de Siegfried Sassoon".

los días más tranquilos, murieron cientos, incluso miles de hombres. "Despilfarro" es como lo llamó el alto mando británico.[56]

Las posibilidades de ser liberado de las trincheras por la Parca, por tanto, eran muy altas. Por el contrario, las posibilidades de supervivencia de un soldado de infantería en las trincheras eran bajas. Se ha calculado que los soldados británicos tenían cerca de un 60% de probabilidades de convertirse en bajas, y de ese número, alrededor de un tercio tenía probabilidades de morir. Los riesgos eran aún mayores para *los poilus franceses.* Pero la mayoría de los hombres consiguieron convencerse de que, de alguna manera, sobrevivirían. Este sentimiento se reflejaba en la letra de una canción muy popular entre las tropas británicas, "The Bells of Hell" (Las campanas del infierno):

Las Campanas del Infierno tintinean, para ti pero no para mí.
Y los diablillos tienen un sing-a-ling-a-ling, para ti pero no para mí.
Oh muerte ¿dónde está tu aguijón, oh tumba tu victoria?
Las Campanas del Infierno tintinean, para ti pero no para mí. [57]

En cualquier caso, la muerte liberó de una existencia miserable a muchos soldados y, al menos en este sentido, la muerte fue "bienvenida", como sugirió un oficial británico, el capitán R.C.G. Dartford, en un poema de 1916 titulado "Bienvenida la muerte":

Cuando has estado muerto de hambre, y has tenido que seguir
Mientras otros morían; cuando nos llegó el turno de irnos
Se retrasa; cuando 're empujado hacia adelante
(*"Sigue hasta que mueras" es todo lo que dijeron*),
Luego mueres, y te alegras de estar muerto. [58]

321

Otro poeta de guerra inglés, Alec de Candole, veía la muerte como "un descanso eterno [que] anhelaba a menudo", y añadía

---

[56] Kolko (1994), pp. 102-04; Eksteins, p. 155; Persico, p. 380, basándose en un estudio de John Ellis y Michael Cox; Fussell, p. 41; Marwick, p. 55; Hochschild, p. 231; Wolff, p. 34; Saint-Fuscien, p. 187; Duroselle, p. 421.

[57] http://www.bachlund.org/The_Bells_of_Hell.htm. Véase también Ferguson, pp. 364-65; Dorgeles, p. 110.

[58] Hibberd y Onions, p. 145.

... No encuentro la muerte una maldición
Mejor que la vida tal vez, al menos no peor. [59]

El tema de la muerte como liberación también aparecía en una canción de los soldados alemanes, *"Bald, allzubalde",* "Pronto, demasiado pronto":

Einsam im Walde bliiht wohl	Una *solitaria flor roja florece en el*
ein Blümlein rot,	*bosque,*
bald, allzubald bin ich tot,	*Pronto, demasiado pronto, estaré muerto,*
calvo, allzubalde.	*Pronto, demasiado pronto.*
Fleugt wo ein Stuckchen Biei, nimmt	*Un trozo de plomo me quita las*
mir mein Sorgen.	*preocupaciones.*
Mir ist halt einerlei: heut oder	*No me importa: hoy*
Morgen. [60]	*o mañana.*

En las películas bélicas de Hollywood, los soldados suelen morir de un balazo en el pecho, y caen muertos al instante — excepto, claro está, si se trata de un malo que necesita un momento para hacer una confesión, o de un héroe que aún necesita tiempo para dar un último beso a su llorosa belleza. Pero a la mayoría de los combatientes que murieron en la Gran Guerra no se los llevó en un santiamén el ángel de la muerte, aunque eso es lo que a las autoridades o a los camaradas les gustaba decir a los deudos. En realidad, la muerte rápida era un privilegio reservado a una minoría afortunada. Para los demás, la muerte iba acompañada de un sufrimiento infernal y de una agonía que duraba muchas horas, incluso días; por ejemplo, colgado de la alambrada de espino o atrapado en el barro de un agujero de obús en algún lugar de tierra de nadie. Los lamentos de los moribundos eran una auténtica tortura para sus impotentes compañeros, y también para sus enemigos en las trincheras cercanas, que se daban cuenta, por supuesto, de que tal vez les estaba reservado un destino desagradable similar.

[59] Del poema "Y si una bala", citado en Clapham, p. 56.
[60] Letra de la canción alemana "Bald, allzubalde": https://www.youtube.com/watch?v=pBiSRXFpIoo.

La inmensa mayoría de las heridas recibidas por los soldados no pertenecían a la codiciada categoría de herida Blighty, pero eran dolorosas y acababan con demasiada frecuencia en la muerte. Las posibilidades de supervivencia de los heridos eran escasas debido al estado aún relativamente primitivo de la asistencia médica en aquella época, combinado con la indiferencia de demasiados médicos y miembros de los servicios médicos en general. Los heridos franceses tenían una posibilidad de morir de cada cuatro, los británicos y alemanes una de cada siete. La situación era considerablemente peor en el frente oriental, sobre todo en el bando de los rusos y los serbios.[61] Las heridas graves eran una pesadilla para los soldados cuando no conducían finalmente a una muerte liberadora. A menudo los heridos quedaban horrible y permanentemente mutilados. Cada ejército produjo miles, si no decenas de miles de casos de lo que los franceses llamaban *gueules cassees* ("caras destrozadas"), y los alemanes *Menschen ohne Gesicht* ("personas sin rostro") o, en el caso de que les faltaran brazos o piernas, *Korbmenschen* ("hombres en cestas"). Numerosos fueron los que, tras ser sometidos a burdas formas de cirugía plástica, consideraron su destino peor que la muerte y se negaron a volver a casa o incluso a recibir la visita de familiares, porque no querían traumatizar a sus seres queridos con su horrible aspecto. Y así fueron escondidos hasta el final de sus días en instituciones especiales, llamadas *Geheimlazaretten* u "hospitales secretos" en alemán, de los que, por razones obvias, se retiraron todos los espejos. Francia acabaría con algo menos de diez mil casos de *gueules cassees*. [62]

Incluso más que la propia muerte, los soldados temían una herida que pudiera provocarles una muerte lenta o una mutilación permanente. En comparación con ese destino, cruzar rápidamente la barra parecía una bendición.[63] Esta opinión rezumaba en la siguiente estrofa del mencionado poema de Cyril Morton Horne, "Los topos":

> *Y este es nuestro Destino: cuando los Dioses son bondadosos*
> *Nuestra existencia simplemente cesará —*

---

[61] Barthas, introducción de Chrisje Brants, p. 10.
[62] Ulrich y Ziemann, pp. 81-82, 92-95; Englund, p. 245, nota a pie de página.
[63] Ulrich y Ziemann, p. 79; Rousseau (1999), p. 186.

Una bala de francotirador — una trinchera minada —
¡Que Dios te acompañe y que te liberen pronto! [64]

El escritor murió "en algún lugar de Francia" el 27 de enero de 1916, mientras intentaba ayudar a un camarada herido a salir de la tierra de nadie. Cuando estaba a punto de regresar sano y salvo y sus camaradas estaban a punto de vitorearle por su valor, fue mortalmente herido por la metralla de un proyectil que estalló encima de él. Esperemos que muriera en el acto y que su valentía fuera recompensada con la "liberación rápida" que evoca su poema.

323

Para innumerables Tommies, y para los combatientes de la Gran Guerra en general, la muerte no sólo supuso la liberación de la miseria de la guerra de trincheras, sino también de la miseria social de la que estaban saturadas las vidas de demasiados de ellos, una condición que no cambiaría significativamente, en Gran Bretaña y en otros lugares, hasta después de la guerra —¡pero ciertamente no gracias a la guerra! — como pronto veremos. En un poema titulado "Día del Armisticio, 1921", del poeta de guerra inglés Edward Shanks, los muertos eran felices. En efecto, donde moraban no había miseria, ni pobreza, ni tenían que pagar alquileres desorbitados. No pasaban hambre y podían ser verdaderamente libres. En otras palabras, donde vivían era tan diferente como el día y la noche de la patria británica que habían dejado atrás y por la que presumiblemente habían "dado" sus vidas.

No llores por nosotros. Nuestra mejor suerte
Al menos nos ha dado paz y descanso.
Luchamos cuando llegó nuestro momento
Pero ahora comprendemos que la muerte sabía más.
. . . . . .
Nosotros, entre todos, hemos tenido nuestra paga,
No hay pobreza donde nos encontramos;
El cementerio no tiene cuarto de día,
El espacio es estrecho pero el alquiler no es elevado.
Aquí no se encuentra ningún estómago vacío;

---

[64] Hibberd y Onions, p. 67.

A menos que algún gusano tramposo se queje
No se oyen gruñidos bajo tierra:
¡Oh, nunca, nunca desees que volvamos!
No llores por nosotros, sino por nosotros
Se reunirán en este día solemne
Y en nuestra mayor libertad
Guarda silencio por ti, un ratito, y reza. [65]

Por último, unas palabras sobre una expresión que a menudo se ve en los monumentos y se oye en el discurso oficial cada vez que surge el tema de los "caídos" en la Gran Guerra, a saber, que "dieron su vida" por "nosotros", por la "humanidad", por la "libertad", etc. Baste un comentario de alguien que estuvo allí, el soldado francés Louis Barthas:

324

> *Y en los pueblos ya se habla de erigir monumentos a la gloria de las víctimas de esta gran masacre o, como dicen los patrioteros, para "honrar a quienes ofrecieron libremente su vida". Como si esas pobres almas tuvieran otra alternativa... Ojalá los muertos de esta guerra pudieran levantarse de sus tumbas. Destrozarían esos monumentos hipócritas, pues quienes los erigieron son quienes los sacrificaron sin piedad.* [66]

[65] Hibberd y Onions, pp. 284-85.
[66] Barthas, p. 464.

325

Capítulo 18
Militaria 1915: Las Grandes Ofensivas

En 1915, franceses y británicos lanzan una serie de ofensivas a gran escala en el frente occidental, con la esperanza de perforar las líneas alemanas y ganar así la guerra. Pero en la guerra de trincheras los defensores, equipados con armas modernas como las ametralladoras, disfrutan de ventaja. En los campos de batalla de Neuve-Chapelle, Loos, Notre-Dame-de-Lorette, y en otros lugares de Artois y Champagne, los poilus y tommies atacantes mueren por centenares de miles, pero los alemanes también sufren enormes pérdidas...

Hacia finales de 1914, los alemanes se atrincheraron en fuertes posiciones defensivas en el frente occidental para poder trasladar tropas al este. Allí, con la ayuda de su aliado austrohúngaro, esperaban derrotar a los rusos en la primavera de 1915 y ganar así la guerra. Por el contrario, franceses y británicos creían que en la misma primavera de 1915 podrían terminar por fin el trabajo iniciado con su éxito en la batalla del Marne, es decir, expulsar a los alemanes de Francia y Bélgica. Se dieron cuenta de que las defensas alemanas eran muy fuertes, pero creían que mediante ataques concentrados podrían perforar las líneas enemigas, de modo que la caballería pudiera colarse por las brechas, arrollar las líneas alemanas y abrir así el camino para una marcha triunfal hacia Berlín.

326

Comenzó con una ofensiva británica y francesa en el norte de Francia en la primavera de 1915. El 10 de marzo, los británicos intentaron romper las líneas alemanas en las proximidades del pueblo de Neuve-Chapelle, justo al sur de Armentiers. Hicieron algunos progresos, pero su avance se interrumpió al cabo de tres días. Los cuarenta mil hombres que participaron en el ataque sufrieron unas doce mil bajas, entre ellas más de cuatro mil soldados indios. Al igual que los generales de la época, hoy

en día los historiadores de lo que se ha dado en llamar la "escuela del tambor y la trompeta [de la historiografía]" siguen racionalizando este asunto afirmando que tanto el enemigo alemán como el aliado francés quedaron impresionados por el inesperado buen rendimiento de las fuerzas británicas que supuestamente habían subestimado. El poeta de guerra inglés H.W. Garrod, por su parte, no buscó excusas. Ofreció el siguiente lacónico comentario en un breve poema titulado "Epitaph: Neuve Chapelle":

> *Díselo en casa, aquí no hay nada que ocultar:*
> *Tomamos nuestras órdenes, no hicimos preguntas, morimos.* [1]

Mientras los británicos se recuperaban de su experiencia en Neuve-Chapelle, los alemanes les dieron de repente una gran sorpresa. El 22 de abril, en los alrededores de Ypres, las tropas franco-argelinas y canadienses sufrieron el primer ataque con gas venenoso. Sufrieron pérdidas considerables y se abrió brevemente una brecha en las líneas aliadas. Pero con la ayuda de máscaras antigás improvisadas, "pañuelos empapados en agua u orina", los canadienses consiguieron detener el avance alemán. Los aliados tuvieron suerte de que los alemanes hubieran subestimado el potencial de su nueva arma y no dispusieran de las reservas necesarias para aprovechar al máximo la sorpresa. Los alemanes continuaron sus ataques con gas durante unos días más, pero fue en vano. Poco después del primer ataque con gas, la máscara antigás fue inventada por un médico de Terranova que servía en el ejército británico , Cluny Macpherson; su prototipo era un casco alemán al que añadió una capucha de lona con oculares y un tubo de respiración.[2]

El 9 de mayo de 1915, los franceses probaron suerte en Artois, al noroeste de Arras, en las proximidades del centro de peregrinación de Notre-Dame-de-Lorette, situado en lo alto de una colina. En otoño de 1914, ya se habían producido duros combates con el objetivo de la posesión de esta "colina de la muerte". La cima de la colina fue tomada tras cuarenta días de intensos combates, y esta "victoria" costó la muerte

---

[1] Hibberd y Onions, pp. 43, 46; Hochschild, p. 138.
[2] Breverton, pp. 102-03.

a más de cien mil hombres. Los alemanes se retiraron a la siguiente línea de terreno elevado, Vimy Ridge, que no pudo ser conquistada a pesar de los repetidos ataques. (Los franceses tuvieron tan poco éxito como los británicos en su intento de romper las líneas alemanas.[3] En mayo-junio de 1915, Barthas participó en la batalla de Lorette. "Notre-Dame-de-Lorette, un nombre siniestro", escribió,

> *... evocando lugares de horror y miedo, bosques lóbregos, caminos huecos, alturas y barrancos tomados y retomados veinte veces;* [*una zona*] *donde, durante meses, día y noche, se degollaba, no se dejaba de masacrar a la gente, haciendo de este rincón de la tierra un verdadero matadero humano.*

Hoy, la colina de Notre-Dame-de-Lorette está coronada por una gigantesca necrópolis militar. Un general yace allí fraternalmente enterrado entre las tumbas de decenas de miles de *poilus.* En aquella época, los soldados franceses de a pie tenían poco que decir bueno de sus generales, que planeaban este tipo de ofensivas. Barthas afirma que, una y otra vez, los *poilus* "se marcharon a las trincheras sin protestar ni quejarse", pero él mismo adereza su relato con una referencia poco halagüeña a los "estúpidos generales" y a su obsesión por las ofensivas y los ataques.[4] También hace referencia a un famoso comentario de Joffre, justificando las sangrientas ofensivas que lanzó en 1915:

> *"Los mordisqueo lentamente", dijo el viejo y gordo Joffre. Una frase que fue celebrada por la prensa aduladora como una perla rara. Pero esta inútil ofensiva sangrienta continuaría durante muchos meses.*[5]

En estos ataques se perdieron miles de vidas pero, desde el punto de vista de los comandantes, no eran más que vidas de gente común, de campesinos y trabajadores y, por supuesto, también de africanos de piel negra o morena de los que, de todos modos, había una sobreabundancia. Con estos senegaleses, argelinos o marroquíes se podían tapar los agujeros en las filas de la soldadesca común, y eran perfectos para ser

---

[3] Barthas, introducción de Chrisje Brants, p. 15.
[4] Barthas, pp. 90, 105.
[5] Barthas, p. 105.

utilizados en las primeras oleadas de un ataque. ¿Y no se decía que les encantaba luchar? En 1915, muchos de estos colonos perecieron en los alrededores de Arras, en el norte de Francia, a menudo frío y húmedo, lejos de sus soleadas y cálidas patrias.

328

Durante el verano de 1915 no se produjeron ofensivas a gran escala, pero los combates eran diarios y ambos bandos sufrieron grandes pérdidas. En los alrededores de Ypres, una media de trescientos soldados británicos murieron cada día.[6] Franceses y alemanes se hicieron la vida imposible en la zona de Pont-à-Mousson, especialmente en el Bois-le-Prêtre, llamado *Priesterwald* en alemán. Desde septiembre de 1914 ya se libraban allí intensos combates, que alcanzaron su punto culminante en julio de 1915. Esta batalla, durante la cual los alemanes volvieron a utilizar gas y también introdujeron lanzallamas, inspiró una famosa canción francesa, escrita por Lucien Boyer, "Au Bois-le-Prêtre".[7]

Las ofensivas a gran escala se reanudaron en otoño. Artois volvió a ser teatro de operaciones, al igual que Champaña. Los comandantes esperaban un gran avance, pero de nuevo los ataques fracasaron estrepitosamente. Los atacantes —y, bastante menos, los defensores— sufrieron enormes pérdidas. El 26 de septiembre, cerca del pueblo de Loos, los británicos lanzaron una gran ofensiva. Para sorprender al enemigo, apenas se utilizó la artillería antes de la hora cero, de modo que las posiciones alemanas no sufrieron grandes daños y sus alambradas permanecieron intactas en su mayor parte. Los británicos utilizaron el gas , pero las nubes envenenadas se desviaron hacia sus propias líneas y supuestamente causaron más pérdidas allí que entre los alemanes. Los atacantes británicos cruzaron la tierra de nadie "como si fuera un patio de armas" y fueron acribillados en gran número por las "picadoras de carne" (*Fleischhackmaschinen*) o "máquinas de coser" (*Ndhmschinen*), como llamaban los alemanes a sus ametralladoras, como de costumbre instaladas en posiciones elevadas. "No teníais ninguna posibilidad", comentó un superviviente escocés. Los propios alemanes estaban conmocionados por la carnicería que habían sido capaces de causar.

---

[6] Hibberd y Onions, p. 43.

[7] Letra de "Bois-le-Prêtre": http://www.histoiredefrance-chansons.com/index.php ?paraml=mil366.php.

Según Adam Hochschild, más de ocho mil de los diez mil Tommies de la primera oleada se convirtieron en bajas; fue "una masacre flagrante e innecesaria", escribe, "iniciada por generales con un desprecio casi criminal por las condiciones a las que se enfrentaban sus hombres".[8]

319

Para los británicos, la batalla de Loos terminaría con un total de sesenta y dos mil hombres muertos, heridos, desaparecidos o hechos prisioneros. El hijo de diecisiete años de Rudyard Kipling fue uno de los que perdieron la vida. Pero los generales británicos se felicitaron por el hecho de que sus hombres se hubieran enfrentado a la muerte con tanta disciplina y estilo, habiendo hecho exactamente lo que se les había ordenado. Era precisamente este tipo de conducta, la obediencia ciega a sus "superiores" —o "superiores", como también se solía decir—, lo que la élite británica esperaba que la guerra inculcara en la plebe. Uno de los generales informó con orgullo de que el ataque no había tenido éxito, pero que los hombres habían obedecido las órdenes tan bien que algunos de ellos *casi habían* llegado a las trincheras alemanas, porque "se veían sus cadáveres colgando de la alambrada alemana". Fue quizás este comentario el que inspiró la sarcástica canción "Hanging On The Old Barbed Wire", que fue desaprobada por los oficiales pero resultó muy popular entre los soldados rasos:

Si quieres el viejo batallón,
Sabemos dónde están, sabemos dónde están,
Sabemos dónde están,
Si quieres al viejo batallón, sabemos dónde están,
Están colgados del viejo alambre de espino,
Los hemos visto, los hemos visto,
Colgando del viejo alambre de espino,
Los hemos visto, los hemos visto,
Colgando del viejo alambre de espino.
. . . . . .
Si desea encontrar el General
Se pone otra medalla en el pecho
. . . . . .

---

[8] Hochschild, pp. 162-68.

Si quieres encontrar al Coronel
Está sentado cómodamente rellenándose las tripas. [9]

330

La batalla de Loos también inspiró varias obras literarias en Gran Bretaña, entre ellas las célebres memorias de guerra del poeta y escritor Robert Graves, *Goodbye to All That.*

Los oficiales de alto rango estaban muy contentos con la conducta de sus hombres, pero mucho menos con la de sus colegas. Las prima donnas militares competían ferozmente por los ascensos y el prestigio, y el más mínimo error o debilidad de un rival era explotado para hacer avanzar la propia carrera. El general Haig tenía en su punto de mira el mando supremo de la BEF desde el principio, y aprovechó sin piedad el fiasco de Loos para desacreditar a su jefe, John French, a través de amigos en las altas esferas de Londres. Logró su objetivo en diciembre de 1915, cuando French fue destituido y el propio Haig asumió el cargo de surpremo de la BEF. Pero para los Tommies esto no significaría que sufrirían menos pérdidas, sino todo lo contrario. [10]

Mientras tanto, en Champaña, los franceses habían lanzado una ofensiva. También aquí se esperaba poder abrir una brecha y se prepararon hordas de jinetes para atravesar la brecha que la infantería debía abrir en las líneas alemanas. Comenzó el 22 de septiembre con un bombardeo de artillería preliminar que duraría no menos de tres días.

El 25 de septiembre, la infantería siguió con un ataque general, y habría intensos combates hasta finales de octubre, luego combates esporádicos aquí y allá. El 9 de octubre se bajó el telón de esta particular obra marcial . Las líneas alemanas habían retrocedido tres o cuatro kilómetros, pero no habían sido perforadas. Las pérdidas en el bando francés fueron enormes: más de veintisiete mil hombres muertos, casi cien mil heridos y cincuenta y tres mil prisioneros. Los alemanes habían sufrido muchas menos bajas,[11] *Los poilus* estaban hartos.

Ya en septiembre, durante los combates en la zona de Neuville-Saint-Vaast, es decir, al pie de la cresta de Vimy, los hombres de la unidad de Barthas habían protestado en voz alta contra las órdenes de avanzar. A

---

[9] Letra de "Hanging On The Old Barbed Wire": http: //www. antiwarsongs. org/canzone .php ? lang=en&id=7606Wire'; Hibberd y Onions, p. 43.

[10] Hochschild, pp. 162-68.

[11] Miquel, pp. 229-32.

una orden escrita de atacar, enviada por un mayor instalado en la retaguardia, los soldados reaccionaron gritando en voz alta: "¡No atacaremos!".[12] Mil novecientos quince sería el año más mortífero de la guerra para los franceses, después de 1914, es decir, al menos en lo que se refiere al número de muertos, a saber, 320.000. En 1914, 360.000 *poilus* habían sido asesinados, y esto en un período de sólo cinco meses. El número de muertos en los años 1916, 1917 y 1918 fue de 270.000, 145.000 y 250.000, respectivamente. En total, más de 1,3 millones de franceses morirían por la patria, una sangría sin precedentes, sobre todo si se tiene en cuenta que en 1914 Francia tenía 39 millones de habitantes.[13]

331

Las pérdidas francesas habrían sido aún mayores si, en el verano de 1915, no hubieran empezado a entregar a los hombres uniformes de color "azul horizonte", más adecuados para el camuflaje, y cascos de acero en lugar de las gorras tradicionales, lo que sirvió para reducir el número de heridas en la cabeza. Éstas eran frecuentes en la guerra de trincheras, ya que los proyectiles estallaban con frecuencia y hacían volar la metralla a su alrededor. (En realidad, fue para tratar más fácilmente las heridas de la cabeza, y no por los piojos, por lo que también empezaron a cortar el pelo de los soldados extremadamente corto). El casco francés recibió el nombre de "casco Adrian" por su (presunto) inventor, Louis

Auguste Adrian. Más tarde, los soldados belgas también se equiparían con este tipo de casco, al igual que los rusos, rumanos, italianos y serbios. En octubre-noviembre de 1915, los británicos adoptaron igualmente un tipo de casco de acero, el "casco Brodie", llamado así porque había sido desarrollado por un tal John Leopold Brodie. Pero también tenía otros nombres, como "casco de metralla" y "casco Tommy". Los soldados rasos lo llamaban "sombrero de hojalata", mientras que los oficiales, caballeros que en su país nunca salían de casa sin un bombín en la cabeza, preferían el término "bombín de batalla". Los alemanes se rieron de esta "ensaladera" (*Salatschiisser*) en la cabeza de los Tommies, y al principio todos los soldados encontraron los nuevos cascos de acero bastante ridículos. (Y a Apollinaire el nuevo casco Adrian le pareció "un

---

[12] Barthas, pp. 157-58.

[13] Duroselle (1994), p. 122; Miquel, p. 53.

error, artísticamente hablando"). Los canadienses empezaron a utilizar el casco Brodie en marzo de 1916, y más tarde se entregó también a los soldados estadounidenses. Los alemanes respondieron a la aparición del casco Adrian produciendo su famoso *Stahlhelm,* "casco de acero", que se probó por primera vez en el frente en diciembre de 1915. A finales de enero de 1916 se fabricó en serie y se suministró a las tropas justo a tiempo para la batalla de Verdún. Hasta entonces, los alemanes habían seguido utilizando el famoso "casco de púas" (*Pickelhaube*) con el que habían entrado en guerra en 1914 y que databa de la década de 1840. Era inadecuado para la guerra de trincheras porque estaba hecho de cuero y, por tanto, ofrecía una protección inadecuada contra la metralla; además, la espiga atraía la atención no deseada de los francotiradores.[14]

332

Las ofensivas franco-británicas a gran escala de 1915 trajeron consigo ganancias mínimas y pérdidas máximas. A finales de ese año, sólo se habían retomado poco más de veinte de los aproximadamente cincuenta mil kilómetros cuadrados —o 8 de 19.500 millas cuadradas— de Francia y Bélgica ocupados por los alemanes a principios de año.[15] Pero las pérdidas habían sido enormes, especialmente entre los atacantes, británicos y franceses. Parecía que en la guerra de trincheras la defensa, aprovechando al máximo armas como las ametralladoras y el alambre de espino, disfrutaba de una gran ventaja. Las elevadas pérdidas se debían no sólo a las grandes ofensivas y ataques en general, sino también a los combates intermedios y a los bombardeos de artillería que podían llover sobre cualquier sector del frente durante horas. Este sistema, definido como "un método particular de lanzamiento masivo de fuego de artillería... a lo largo de una o varias líneas que pueden tener desde unos cientos hasta varios miles de metros de longitud", se introdujo durante el invierno de 1914-1915 y se conoció como "bombardeo". Aterrorizaba a los soldados de infantería, como relata Erich Maria Remarque *en Sin novedad en el frente occidental.* Los que sobrevivieron a esos bombardeos infernales a menudo acabaron con un caso de lo que se conoció como "shellshock", un síndrome mencionado oficialmente por

[14] Miquel, p. 232; Eslava Galán, p. 100; Barthas, pp. 94-95; Fussell, p. 50; Englund, pp. 162-63; A. Becker, p. 124.

[15] Hochschild, p. 173.

primera vez por las autoridades médicas británicas en 1915. Hoy, esta afección se denomina "trastorno de estrés postraumático". Un caso típico ha sido descrito por Gabriel Kolko de la siguiente manera:

> *El soldado perdía el control de su sistema nervioso, comenzando en la mayoría de los casos con un violento latido del corazón, un estómago intensamente nervioso, después temblores y sudor frío, un debilitamiento de las piernas y, finalmente, para una minoría, una pérdida de control sobre la micción y los intestinos ... [Otros síntomas eran] llanto incontrolable, pérdida del oído y no obediencia a las órdenes. [Otros síntomas eran] llanto incontrolable, pérdida de audición e incapacidad para obedecer órdenes.*

Desde el punto de vista de las autoridades militares, no obedecer las órdenes era, por supuesto, un pecado mortal, y era principalmente por este síntoma por lo que no sentían ninguna simpatía por los soldados afectados. (En *Senderos de gloria,* un soldado es abofeteado en la cara por este motivo por un general en una inspección de las trincheras). Este tipo de lesión psicológica no se reconocía y sus síntomas se interpretaban como signos de cobardía. A veces se fusilaba a los soldados en estas circunstancias. Otros recibieron penas de prisión, fueron enviados a batallones penales o recibieron "terapia" con descargas eléctricas y regresaron al frente lo antes posible. Entre 1914 y 1918, se registraron aproximadamente ochenta mil casos de shell-shock en el ejército británico. El shell-shock también afectaba a los rangos superiores, pero en su caso el problema se identificaba eufemísticamente —en el típico "lenguaje de oficiales"— y se encubría como "neurastenia". [16]

333

En cuanto al uso de gas venenoso, no está claro si esta nueva arma causó muchas o relativamente pocas víctimas. Según la opinión convencional, el efecto del gas fue devastador. Entre abril de 1915 y julio de 1917, el gas habría causado cerca de dos mil muertos y veintidós mil heridos entre los británicos. Más tarde, los alemanes introdujeron un tipo de gas aún más mortífero, el gas mostaza, llamado así por su olor, pero también conocido como iperita, por la ciudad flamenca de Ypres, donde

---

[16] Ulrich y Ziemann, pp. 89, 102-03, 106-07; Rousseau (1999), pp. 210-23; Kolko (1994), pp. 130-31; Breverton, pp. 181-84, 192-93.

se utilizó por primera vez. Se dice que este gas causó 4.000 muertos y 160.000 heridos. Los alemanes también utilizaron gas en el frente oriental. Entre los rusos, habría matado a 56.000 hombres y herido a 425.000. Por otra parte, se puede argumentar que el gas era un arma intrínsecamente ineficaz. Era relativamente fácil protegerse contra él, por lo que, tras la introducción de las máscaras antigás, esta nueva arma causó relativamente pocas víctimas. Un porcentaje bastante elevado de los heridos sobrevivió. Sólo entre el 2% y el 3% de los gaseados en el frente occidental murieron. (Las heridas causadas por armas convencionales, como balas y metralla, eran entre diez y doce veces más mortales. Según los informes, las armas químicas representaron menos del 1% de todas las víctimas mortales en combate durante la Gran Guerra. El daño causado era también muy limitado en comparación con la cantidad de gas que era necesario utilizar. Se necesitaba una media de una tonelada de gas para eliminar a un soldado. Por este motivo, y también porque hacía la vida de los soldados extremadamente incómoda, el gas apenas se volvería a utilizar después de la Gran Guerra.

334

Si creemos al historiador Trevor Wilson, la razón por la que el uso del gas fue ampliamente condenado fue principalmente psicológica. Según las nociones tradicionales y románticas de la guerra, la victoria debía corresponder al más valiente. Pero con el uso del gas, el valor era inútil, y la muerte no era el resultado de la manipulación de un arma blanca como una espada o una bayoneta, sino que llegaba sin ser vista, o escondida en nubes de niebla, arrastradas por el viento. Lo mismo puede decirse de la ametralladora —el *"molino de café"* (*moulin a cafe),* como la llamaban los soldados franceses, mientras que la bayoneta era conocida como *la fourchette,* "el tenedor", o *le cure-dents,* "el palillo"— y el cañón, armas igualmente que sembraban la muerte y la destrucción a distancia. La guerra moderna anunciaba el fin de la idea romántica de la guerra, endémica entre los caballeros casi exclusivamente aristocráticos del mando supremo, y entre los oficiales de alto rango en general. En este tipo de guerra, la caballería, su arma favorita, resultó ser casi totalmente inútil. Era impotente contra las ametralladoras y la artillería, y el gas era un arma que no conocían, que no esperaban, que no sabían utilizar y contra la que no podían defenderse. A los generales les repugnaba el uso del gas, obviamente no porque fuera un arma particularmente mortífera o cruel (ya que estaban entusiasmados con la espada y la bayoneta,

igualmente crueles), sino porque era tan poco caballerosa. Sencillamente, no esperaban que la guerra se librara con ese tipo de armas. [17]

Se decía que los generales británicos estaban "desconcertados" y encontraban este tipo de guerra "peculiar". Lord Kitchener declaró: "¡Esto no es la guerra!". Desde el punto de vista británico, el gas ciertamente también simbolizaba la avanzada industria petroquímica alemana; era esta rama industrial la que, durante los años anteriores a 1914, había sido la dinamo de una nueva revolución industrial que había permitido al Reich superar a Gran Bretaña con su "vieja" industria, todavía basada principalmente en el vapor, el carbón, el acero y los textiles. (Por cierto, en Alemania el gas venenoso era producido principalmente por la conocida empresa Bayer, dirigida por Carl Duisberg, conocido también por ser el padre del plan de deportación de trabajadores de la Bélgica ocupada a Alemania). Por último, a los ojos de la nobleza de todos los países beligerantes, el gas también evocaba la superioridad de nuevas formas industriales de guerra en las que no tenían experiencia y, por tanto, también, al menos indirectamente, la superioridad tecnológica del socio —¡pero también rival! — dentro de la élite, a saber, la clase media-alta industrial, productora de todo tipo de cosas nuevas y desconocidas.

335

En 1915 se introdujeron otras armas nuevas, especialmente mortíferas y crueles. El lanzallamas, por ejemplo, fue utilizado por primera vez, de nuevo por los astutos alemanes, en julio de 1915 en el pueblo flamenco de Hooge y en Bois-le-Prêtre. (Con el uso de lanzallamas, la expresión "estar bajo fuego" adquirió un significado adicional y macabro). Otra nueva forma de guerra consistía en bombardear objetivos, tanto civiles como militares, desde máquinas voladoras como aviones y Zeppelines. Así, los alemanes atacaron Londres y otros objetivos británicos desde el aire con bombas incendiarias lanzadas desde dirigibles, a partir de mayo de 1915. Estos bombardeos se saldarían con un total de 1.400 muertos y 3.400 heridos. Otra nueva arma que empezó a desempeñar un papel cada vez más importante en 1915 fue el U-boat, el submarino alemán, y esta forma de guerra también se consideraba "cobarde" y "no británica". El problema era que la orgullosa Royal Navy era relativamente impotente

[17] Mueller y Mueller; Stone y Kuznick, pp. 20, 26; Hochschild, p. 142; Breverton, p. 77; Gowans (2013a) y (2015).

ante esta novedad marcial. En 1915, los submarinos alemanes consiguieron hundir 227 barcos de la marina mercante británica.[18]

[18] Hochschild, pp. 153, 155; Breverton, pp. 81-82.

Capítulo 19
De los Dolomitas a los Dardanelos

En 1915, innumerables vidas aliadas, principalmente australianas y neozelandesas, se malgastan en un vano intento de avanzar hacia Estambul a través de la península de Galípoli y dejar así al Imperio Otomano fuera de la guerra. Mientras tanto, los otomanos también tienen que enfrentarse a los rusos, y es en este contexto en el que los armenios se convierten en víctimas de un auténtico genocidio. Italia entra en el conflicto del lado de la Entente, pero sufre grandes pérdidas. Bulgaria, por su parte, se une a las Potencias Centrales y se abre así un nuevo frente en lo más profundo de la península balcánica...

En la primavera de 1915, los dirigentes militares de la Entente creían que sería posible ganar la guerra mediante una estrategia ofensiva que pretendía perforar las posiciones alemanas en el frente occidental. Pero varios generales, así como dirigentes políticos de París y Londres, dudaban de que esta estrategia funcionara y empezaron a buscar otras opciones. Uno de los escépticos era Winston Churchill, a la sazón Primer Lord del Almirantazgo; es decir, el ministro del gabinete a cargo de la Marina Real —no confundir con su jefe militar, conocido como Primer Lord del Mar, cargo ocupado a partir de octubre de 1914 por el ya mencionado John Fisher—.

Churchill ideó un plan para atacar el Imperio Otomano, supuestamente el eslabón débil de la cadena de las Potencias Centrales. La idea era capturar Estambul y abrir así un paso al Mar Negro a través del Bósforo. Esto habría creado una conexión por mar con el aliado ruso, al que había que suministrar todo tipo de material. De este modo también sería posible

acabar con los otomanos, hacer que países vecinos como Bulgaria y Rumanía se unieran a la guerra del lado de la Entente, y tal vez incluso marchar hasta Viena a través de los Balcanes.

337

El plan se puso en práctica. Las cosas se pusieron en marcha en febrero-marzo de 1915 con los intentos de los buques de las armadas británica y francesa de colarse a través de los Dardanelos, pero fueron rechazados por los defensores otomanos, que demostraron haber sido muy subestimados. Estos últimos no sólo habían colocado minas, sino que también habían hecho un excelente uso de la artillería de sus fortalezas costeras. Por lo tanto, se decidió desembarcar fuerzas británicas y francesas, complementadas con tropas recién llegadas a través de Egipto desde Australia y Nueva Zelanda, los hombres del Cuerpo de Ejército Australiano y Neozelandés, los Anzacs. El desembarco comenzó el 25 de abril en la costa de la península de Galípoli, que se extiende entre el mar Egeo y los Dardanelos. Los hombres consiguieron desembarcar, pero no pudieron penetrar mucho tierra adentro y tuvieron que conformarse con un puñado de cabezas de puente con nombres como Anzac Cove y Suvla Bay. Los otomanos esperaban el desembarco y estaban bien preparados; además, estaban dirigidos por oficiales competentes, tanto alemanes como turcos, entre ellos Mustafa Kemal y Otto Liman von Sanders. (Tras la guerra, el primero se convertiría en el fundador de la moderna República Turca y se ganaría el apodo de Ataturk, "padre de los turcos"). Una iniciativa que pretendía resolver el problema del estancamiento del frente en Francia y Bélgica produjo así el mismo tipo de guerra estacionaria que en el frente occidental. Y también en este caso, los dos bandos intentaron en vano, y al precio de innumerables vidas humanas, romper las líneas enemigas.

La entrada de Bulgaria en la guerra del lado de las Potencias Centrales en octubre de 1914 creó una conexión terrestre entre Alemania y el Imperio Otomano. Poco después, los turcos de Galípoli empezaron a bombardear las posiciones aliadas con cañones pesados e incluso con aviones que les entregaban los alemanes. Para británicos y franceses, la situación se hizo insostenible y se decidió repatriar a las tropas. Este tipo de evacuación no es nada fácil, por lo que tuvo que llevarse a cabo con cuidado y lentamente. A finales de diciembre de 1915 y principios de enero de 1916, el trabajo estaba hecho al precio de pérdidas notablemente bajas.

Pero el desembarco y los combates que siguieron en Gallipoli ( ) habían exigido un gran tributo en hombres y recursos.[1]
338

En Australia y Nueva Zelanda, "Gallipoli" es un nombre que, como "Flanders' Fields" para los británicos y "Verdun" para los franceses, evoca los horrores de la Primera Guerra Mundial. Y el Día de Anzac es un "día conmemorativo" nacional similar al 11 de noviembre, pero se celebra en el aniversario del desembarco en Galípoli, es decir, el 25 de abril. Una conmovedora conmemoración musical de la tragedia de Gallipoli es la canción "And The Band Played Waltzing Matilda", escrita en 1971 por el escocés-australiano Eric Bogle. La canción se inspira en "Waltzing Matilda", una famosa balada australiana que se ha convertido en una especie de himno nacional no oficial. La creación de Bogle es una denuncia de todas las formas de patrioterismo y militarismo.[2] He aquí una muestra de la letra:

> Qué *bien recuerdo aquel terrible día*
> *Cómo la sangre tiñó la arena y el agua*
> *Y cómo en ese infierno que llamaron Suvla Bay*
> *Fuimos masacrados como corderos en el matadero*
> *Johnny Turk estaba listo, se preparó bien...*
> *Nos persiguió con balas, nos llovió con proyectiles*
> *Y en cinco minutos nos había mandado a todos al infierno...*
> *Casi nos voló de vuelta, a Australia*
> *Pero la banda tocó Waltzing Matilda*
> *Cuando nos detuvimos para enterrar a nuestros muertos*
> *Nosotros enterramos los nuestros y los turcos enterraron los suyos*
> *Entonces empezamos de nuevo.*

Para los otomanos, que también habían sufrido pérdidas considerables, la batalla de Galípoli fue un éxito; sin embargo, tuvieron menos suerte al otro lado de la península de Anatolia, donde su ofensiva contra los rusos se había paralizado entre finales de 1914 y principios de 1915, concretamente

---

[1] Münkler, pp. 333-42.

[2] Letra de "Waltzing Matilda" en la página web de Eric Bogle, http://ericbogle.net/lyrics/lyricspdf/andbandplayedwaltzingm.pdf. La canción puede escucharse en http://www.youtube.com/watch7vM71— ucVd7oO.

durante la batalla de Sarikamis. Por esta razón, se tomaron represalias, como ya había sucedido en Bélgica y Serbia ( ), contra civiles sospechosos de simpatizar con el enemigo, de espiar, de actuar como *francotiradores,* etc. Estos civiles eran sobre todo los armenios, una minoría tanto étnica como religiosa del Imperio Otomano, de quienes se creía que simpatizaban con los rusos. Había motivos para ello, ya que los rusos llevaban años incitándoles contra los otomanos, al igual que los otomanos habían incitado a los musulmanes del imperio del zar contra sus gobernantes cristianos. En consecuencia, las autoridades de Estambul habían abandonado su tradicional relativa tolerancia ya mucho antes de 1914 en favor de la represión de sus minorías cristianas armenia y griega.

339

Varios factores hicieron que esta represión de los armenios degenerara en 1915 en atrocidades sistemáticas, superando con creces lo que los alemanes habían hecho en Bélgica y los austriacos en Serbia, culminando finalmente en lo que hoy se considera un auténtico genocidio que se cobró entre un millón y 1,2 millones de víctimas.[3] En primer lugar, muchos armenios lucharon como soldados, oficiales e incluso generales en el ejército ruso, algunos contra alemanes y austriacos, pero sobre todo en el frente caucásico contra los otomanos. Varias unidades del ejército ruso estaban formadas íntegramente por voluntarios armenios, algunos de los cuales procedían del Imperio Otomano.

Un batallón de estos voluntarios contribuyó de forma importante al éxito ruso en la batalla de Sarikamis. En segundo lugar, los rusos declararon abiertamente que buscaban el apoyo de los habitantes armenios del Imperio Otomano y prometieron establecer un Estado exclusivamente armenio y, por supuesto, cristiano. El zar Nicolás II aludió personalmente a tales planes durante una visita al frente del Cáucaso el 30 de diciembre de 1914. Cabe suponer que en Estambul se tomaron notas de todo ello y que las autoridades otomanas se volvieron así aún más proclives a considerar a su minoría armenia como una peligrosa "quinta columna" al servicio del enemigo ruso. En tercer lugar, los combates contra los rusos tuvieron lugar en los tramos orientales de Anatolia, hogar de numerosos armenios, donde de hecho actuaban partisanos armenios. Esta "milicia armenia", conocida como *Fedayi,* nació a finales del siglo XIX, cuando los otomanos

[3] Rousseau , pp. 128-31.

empezaron a perseguir a las minorías cristianas, saquear pueblos armenios y masacrar a sus habitantes, principalmente en el este de Anatolia. *Los fedayi* contraatacaron duramente, por ejemplo con intentos de asesinato, actos de sabotaje y ataques a pueblos musulmanes. Su principal objetivo era la autonomía o, mejor aún, la independencia total de Armenia. En abril de 1915, un venezolano que servía voluntariamente como oficial en el ejército otomano anotó en su diario que su unidad tenía que enfrentarse no sólo a batallones armenios del ejército ruso, sino también a partisanos armenios.[4]

340

Un cuarto factor fue la necesidad de encontrar chivos expiatorios, necesidad sentida principalmente por Enver Pacha, orquestador de la ofensiva que terminó con la catástrofe de Sarikamis. Culpó del fiasco a los habitantes armenios de esta región del este de Anatolia, lo que dio luz verde a una orgía de deportaciones sistemáticas y masacres de una brutalidad nunca vista hasta entonces que se racionalizó como una forma de autodefensa. Pero para el testigo venezolano no había duda: no se trataba de un programa espontáneo, sino de "una operación minuciosamente planificada y concebida en el centro". No es posible dar aquí detalles de la horrible historia de lo que los propios armenios llaman el "gran crimen", pero hay que señalar que esta masacre, a menudo calificada como el primer genocidio del siglo XX, tuvo lugar en el marco de la masacre aún mayor que fue la Gran Guerra. Aunque mucha gente esperaba todo tipo de cosas maravillosas de la guerra, en realidad se abrió de par en par la caja de Pandora, liberando todo tipo de atrocidades y horrores sin precedentes.[5]

Ya sabemos que la Gran Guerra no "estalló" de repente e inesperadamente, sino que era deseada desde hacía tiempo por la elite de los países europeos, se consideraba inevitable, se preparó cuidadosamente y, finalmente, se desencadenó a sangre fría, con el *pretexto* de un asesinato en Sarajevo que no era un verdadero *casus belli.* La élite *quería* la guerra y se preparó para ella con el fin de resolver el enorme problema social de una vez por todas a su satisfacción; es decir, para ahuyentar el fantasma de la revolución y detener el proceso de democratización. Al mismo tiempo, se

[4] Englund, pp. 111-12, 139M0.
[5] Englund, pp. 111-12, 139M0; Losurdo (2006b), p. 219.

pretendía alcanzar objetivos de carácter económico, es decir, objetivos imperialistas, a saber, conquistar territorios que pudieran proporcionar materias primas y mano de obra baratas, ofrecer amplias oportunidades de inversión y funcionar como mercados exclusivos para los productos acabados de la metrópoli. Y en estas tierras, en su mayoría lejanas, también se podía deshacer de muchos elementos inquietos y potencialmente peligrosos de las clases bajas. Fueron precisamente este tipo de factores los que, en la primavera de 1915, hicieron que la élite italiana condujera a su país, a sangre fría y con los ojos abiertos, a la guerra, a pesar de que la inmensa mayoría de la población no quería tener nada que ver con el sangriento conflicto que asolaba el norte de los Alpes.

En 1914, la élite italiana todavía se encontraba firmemente en la cuerda floja, pero tenía dos grandes motivos de preocupación. En primer lugar, los motivos imperialistas desempeñaban un papel importante: la élite era consciente de que uno de los dos grupos de aliados europeos, la Entente o las potencias centrales, perdería la guerra. Era probable que las colonias de los perdedores, e incluso parte de su propio territorio, quedaran disponibles, y este botín sólo se lo embolsarían los países que estuvieran entre los vencedores, no los que sólo hubieran sido espectadores. Además, los señores de la cúspide de la pirámide social italiana, aparentemente infectados por un caso de megalomanía, creían con bastante ingenuidad que el apoyo de su país haría que uno de los dos bandos ganara la guerra. Si Italia se mantenía al margen, seguramente no ganaría nada, pero una inversión en la guerra parecía garantizar grandes dividendos —al menos, eso es lo que empezaron a creer un número creciente de responsables en la élite transalpina. Sólo quedaba decidir qué aliados serían los afortunados beneficiarios de los favores de Italia.

341

De las Potencias Centrales, club del que Italia formaba parte antes de la guerra, cabía esperar regalos territoriales a costa de Francia y Gran Bretaña, como Niza (*Nizza* en italiano), ciudad originalmente italiana, cuna nada menos que de Garibaldi, que sólo formaba parte de Francia desde la década de 1860. A la inversa, una alianza con franceses y británicos abría perspectivas para la "liberación" de regiones italoparlantes de Austria-Hungría, como Trentino y Trieste — bocados, al igual que Niza, de lo que se llamaba *Italia irredenta,* "Italia no liberada" — y la costa dálmata, donde lugares como *Spalato* (Split) estaban habitados por un número considerable de italianos. De la Entente también se podía esperar recibir

como regalo trozos del inmenso Imperio Otomano. Poco antes, en 1912, Italia se había hecho con un trozo de ese imperio, concretamente Libia. Esta vez los pensamientos italianos se centraron en la costa egea de Anatolia, especialmente en la zona de Esmirna, e incluso en el interior de Anatolia; por ejemplo, Capadocia.

Fueron los nacionalistas italianos quienes clamaron a voz en grito por la conquista territorial mediante la guerra, supuestamente para "liberar" a los compatriotas que languidecían en el lado equivocado de unas fronteras supuestamente artificiales y para cumplir el destino de Italia, a saber, convertirse en un gran imperio como el Imperio Romano de antaño. Pero detrás de esta farsa patriotera se escondían industriales como Alberto Pirelli, de la empresa de neumáticos que lleva su nombre, y el magnate del automóvil Giovanni Agnelli, de Fiat. Esperaban obtener las consabidas ventajas de las extensiones territoriales imperialistas, por lo que no era una coincidencia que su lista de desideratas incluyera regiones como Anatolia, no una "Italia no liberada" ni mucho menos, pero rica en minerales. La guerra también prometía a los industriales una maximización instantánea de los beneficios a través de la venta de uniformes, municiones, armas y otros equipos marciales. Del mismo modo, al igual que sus homólogos en otros lugares, la aristocracia y otros grandes terratenientes vieron oportunidades en la expansión territorial en regiones lejanas y cercanas. Sería posible, por ejemplo, deshacerse del proletariado rural excedente de Sicilia y Calabria enviándolo a Anatolia para colonizar esa tierra a expensas de los "nativos".

342

Por estas razones, la élite del país, en cuyo nombre el gobierno funcionaba como una especie de comité ejecutivo, decidió ir a la guerra. Pero, ¿contra quién y de parte de quién? Se entablaron negociaciones con ambos bandos, y finalmente se decidió optar por una alianza con la Entente, porque Londres y París prometían más de lo que Berlín y Viena podían o querían hacer. El 26 de abril de 1915 se concluyó en Londres un tratado secreto, y el 24 de mayo Italia declaró la guerra a las Potencias Centrales. En el caso de Italia, al igual que en el de Japón, la entrada en la guerra estuvo obviamente "motivada por ambiciones imperialistas", como ha observado Max Hastings. Sin embargo, esto no es cien por cien correcto, porque la élite también tenía aspiraciones de naturaleza sociopolítica, concretamente el ardiente deseo de detener y hacer retroceder la democratización. La guerra que quería la élite italiana no era sólo una

guerra de expansión imperialista, sino también una guerra contra la democracia, contra el socialismo, contra la revolución. La élite italiana estaba muy preocupada por el hecho de que, gracias al sufragio universal (sólo para hombres) introducido en 1912, los socialistas habían podido lograr grandes avances en las elecciones de 1913. Estos socialistas seguían hablando de revolución, y la revolución había parecido estar a punto de estallar en junio de 1914, durante la llamada "semana roja", caracterizada por una oleada de huelgas y disturbios. Y parecía probable que muy pronto una importante victoria electoral en permitiera a los socialistas revolucionarios italianos llegar al poder y derrocar el orden establecido. Había que evitarlo a cualquier precio, y la guerra, considerada como un potente antídoto contra la revolución, parecía un pequeño precio a pagar. El "bloque de industriales y terratenientes" de Italia, escribe Michael Parenti, creía que "la guerra [no sólo] traería mercados más grandes en el extranjero [sino también] disciplina cívica en casa"; estos señores, continúa, "veían la guerra como una forma de promover el cumplimiento y la obediencia en el frente laboral y ... [estaban convencidos de que] la guerra 'permitiría la reorganización jerárquica de las relaciones de clase'". Desde el punto de vista de la élite del país, la situación en Italia se parecía a la de Francia, Alemania, etc., en 1914: parecía que había que elegir entre la guerra y la revolución, y que optando por la guerra se podía evitar la revolución. Era "guerra o revolución", declaraban los intervencionistas italianos, "guerra en las fronteras [contra un enemigo exterior] o guerra en nuestro propio país [contra un enemigo interior]". Por tanto, es lógico que la decisión de ir a la guerra reflejara la falta de democracia y la hostilidad de la élite hacia la democracia. Todo sucedió en el mayor secreto, sin que se dispensara información alguna a los miembros del Parlamento, y la guerra se declaró a pesar de la oposición expresada claramente por una mayoría parlamentaria. La opinión pública también se opuso mayoritariamente a la guerra. La mayoría de los italianos no querían tener nada que ver con la guerra, y menos con una guerra aparentemente absurda contra países que sólo habían sido aliados recientemente, y del lado de países que habían sido considerados enemigos. "La opinión pública estaba definitivamente en contra de la guerra", escribe el historiador francés Marc Ferro, pero "los dirigentes no tenían ninguna intención de mantener al país al margen de la guerra". De hecho, la declaración de guerra italiana equivalió a una especie de golpe de Estado llevado a cabo por la élite y orquestado por el rey de Italia en persona, Víctor Manuel III, el primer ministro, Antonio Salandra,

y el ministro de Asuntos Exteriores, Sidney Sonnino. En los demás países, por ejemplo en Francia y en Alemania, la élite fue a la guerra para poder frenar la democratización. En Italia, se puede decir que la élite ya había detenido el proceso de democratización antes de que se declarara la guerra, o que detuvo la democratización, que tuvo que eliminar la democracia, para poder ir a la guerra. Pero estos son detalles de menor importancia, porque las consecuencias fueron esencialmente las mismas. La esencia fue que también en Italia, como en todos los países beligerantes, la vida parlamentaria, reflejo de una modesta medida de democracia, quedó suspendida mientras duró la guerra en beneficio de una élite que siguió monopolizando todos los demás centros de poder del Estado. Y, al igual que en todos los demás países beligerantes, la élite transalpina también aprovechó la ocasión para limitar drásticamente los modestos derechos que los sindicatos habían conquistado antes de la guerra. Se introdujeron jornadas laborales más largas, se anuló el derecho de huelga, los trabajadores ya no podían cambiar de patrón sin permiso, etc. Para prevenir los conflictos sociales, se crearon comités de empresarios y dirigentes sindicales, pero si de iure se permitía a los dirigentes sindicales alguna aportación, de facto no tenían influencia alguna.[6]

344

Sin embargo, también en Italia surgieron todo tipo de problemas inesperados. No se pudo convocar una "unión sagrada", porque a diferencia de sus camaradas en Alemania, Francia, Bélgica y otros lugares, los socialistas italianos se pronunciaron valientemente contra la guerra. El partido socialista italiano fue el único partido socialista que se negó a aprobar los créditos de guerra, y mantuvo su oposición a la guerra desde el principio hasta el final. Los socialistas italianos, o al menos la mayoría de ellos, se mantuvieron fieles al principio de solidaridad internacional. Declararon que la guerra era un crimen e hicieron un llamamiento a los proletarios para que no fueran a la guerra contra los proletarios de otros países. En otras palabras, se encontraron en la misma longitud de onda que Lenin.

Benito Mussolini, director del periódico socialista *Avanti*, aunque en realidad no era socialista en absoluto, al principio también se pronunció en

---

[6] Del Boca, pp. 129, 130; Pittalis, pp. 49-55, 61-63; Hastings, p. 414; Ferro, pp. 67-68; Canfora (2006), p. 140; Canfora (2008), p. 172; Rousseau (2006), p. 89; Parenti (2014).

contra de la guerra. Pero pocos meses después rompió con los socialistas para fundar su propio periódico, en el que procedió con celo a hacer propaganda probelicista y patriotera. También fundó su propio partido nacionalista de extrema derecha, el "Fasci *d'Azione Rivoluzionario*" (*Fasci de Acción Revolucionaria*), que recibiría apoyo financiero de empresas armamentísticas y otras corporaciones; sus miembros, conocidos como *fascisti,* "fascistas", se convertirían en enemigos mortales de socialistas, pacifistas y similares. (Evidentemente, el fenómeno del fascismo no debe explicarse como una reacción a la Revolución Rusa, como hicieron Ernst Nolte y otros historiadores, sino que se originó antes, concretamente en el contexto de la Gran Guerra Mundial).[7]

Una de las principales razones por las que los proletarios de Francia, Gran Bretaña, Alemania, etc. habían ido a la guerra tan voluntariamente en 1914 fue que los dirigentes socialistas les habían animado a hacerlo. En 1915, los proletarios italianos no fueron a la guerra dócilmente, sino de mala gana y a regañadientes, al menos en parte porque sus dirigentes socialistas condenaban la guerra. Por otra parte, los campesinos y obreros italianos, que tendrían que proporcionar la mayor parte de la carne de cañón, no necesitaban líderes socialistas para comprender que no tenían nada que ganar y todo que perder. Italia no nació como Estado nación moderno hasta la década de 1860, y un sinnúmero de ciudadanos aún no se identificaban plenamente con este Estado. Entre 1860 y 1914, todavía era necesario que el Estado "hiciera *italianos*", como se decía entonces sarcásticamente, en todo el país. La lealtad de la gente se dirigía ante todo a su casa, su pueblo y su región, su *paese* ("pueblo" o "tierra"), y la gente de allí eran sus *paesani,* sus "compatriotas". Con los habitantes de Lombardía, por ejemplo, los sicilianos tenían poco o nada en común. La mayoría de los italianos aún no eran italianos; poco les importaba dónde se encontraban exactamente las fronteras de su país, en algún lugar de las húmedas y neblinosas regiones del norte, y no sentían el menor deseo de abandonar su soleado *paese* para luchar y morir por la gloria de la llamada patria. Sabían lo que estaba ocurriendo en el frente, en Francia y en otros lugares, y por tanto no creían lo que sus "superiores" trataban de decirles, a saber,

[7] Feldbauer (2008a), pp. 77-78; Canfora (2006), pp. 137-41; Piper, pp. 298-308. Véase Rachschmir, pp. 77-83, para una crítica exhaustiva de la "leyenda del "socialismo" de Mussolini".

que esta guerra sería corta, gloriosa y triunfal. Entre los reclutas, por consiguiente, no se notaba entusiasmo alguno. A un voluntario italo-americano, que acababa de desembarcar en Italia y viajaba en tren hacia el frente, ansioso de aventuras marciales, los soldados que le acompañaban le llamaban tonto y burro; era culpa de imbéciles como él, le decían, que la guerra pudiera durar mucho tiempo.[8]

345

Desde el principio, la moral de los soldados italianos fue especialmente baja. Los oficiales intentaron remediar la situación imponiendo una disciplina increíblemente dura, incluso draconiana. Se imponían severos castigos incluso por el más leve pecadillo, y en el transcurso de la guerra el 6% de los hombres serían castigados por alguna transgresión, pero eso no resolvía el problema. La deserción era común, aunque conllevaba la pena de muerte . Oficialmente, se dictarían no menos de 4.028 sentencias de muerte, una gran parte *en rebeldía, ya que* los autores habían logrado huir. En total, 750 soldados italianos serían ejecutados durante la guerra: 66 en 1915, 167 en 1916 y 359, es decir, más de la mitad, en el catastrófico año 1917; pero se reconoce que también se produjeron numerosas ejecuciones sin el beneficio de un juicio formal. Además, más de quince mil hombres fueron condenados a penas de prisión por violaciones de la disciplina militar. Algunos de los condenados seguían en la cárcel en 1945, ¡al final de la Segunda Guerra Mundial! Para disuadir a sus soldados de rendirse con demasiada facilidad, las autoridades políticas y militares italianas recurrieron a una estratagema especialmente bárbara: anunciaron que no contribuirían económicamente, a través de la Cruz Roja Internacional, al cuidado de sus prisioneros de guerra, como hacían otros países. Ser hecho prisionero, voluntariamente o no, se consideraba un "pecado contra la patria". El resultado fue que decenas de miles de prisioneros de guerra italianos morirían de hambre y frío en campos de Austria.[9]

346

También entre los italianos, un amplio abismo separaba a los soldados rasos de sus oficiales. Los oficiales italianos gozaban de privilegios en cuanto a alojamiento y comida, y los generales italianos desperdiciaban igualmente miles de vidas en ataques contra fuertes posiciones enemigas.

---

[8] Englund, p. 146.

[9] Del Boca, pp. 133-34, 139, 141-42; Kolko (1994), p. 135; Englund, p. 378; Rousseau (1999), p. 123; Cazals, p. 45.

En octubre de 1915, el mencionado voluntario italoamericano fue testigo en el frente de cómo los oficiales salían de su sólido búnker tras un desayuno que incluía chocolate caliente, tostadas e incluso vino. Se dirigieron al puesto de observación para contemplar un ataque desde una distancia segura y permanecieron impertérritos mientras oleada tras oleada de sus hombres eran acribillados por las ametralladoras austrohúngaras. El voluntario se sintió asqueado por la indiferencia mostrada por los oficiales.[10]

En la primavera de 1915, la élite italiana esperaba lo que las élites francesa y británica habían esperado en el verano de 1914: que la guerra fuera corta y victoriosa. Y, de nuevo como sus colegas franceses y británicos en el frente occidental, los generales italianos esperaban que el éxito llegaría mediante una estrategia ofensiva. Pero en el frente italiano, al igual que en el occidental, los defensores, en este caso las tropas de la Monarquía del Danubio , disfrutaban de todas las ventajas, incluido el terreno elevado, las barreras de alambre de espino y armas como ametralladoras y artillería, frente a las que los atacantes se mostraron extremadamente vulnerables. El comandante en jefe italiano, el mariscal de campo Luigi Cadorna, vástago de una prestigiosa familia aristocrática del Piamonte, creía que tras los problemas vividos en 1914 los soldados austrohúngaros estarían débiles y desmoralizados. Así, a partir de junio de 1915, ordenó un ataque tras otro contra las posiciones enemigas a lo largo del río Isonzo. Soñaba con un avance rápido, seguido de la toma de Trieste y una marcha hacia Viena, pero los atacantes italianos sufrieron terribles pérdidas y no avanzaron ni un milímetro. A finales de 1915 seguían tan lejos de Viena como en primavera. A Cadorna no parecían importarle las enormes pérdidas de su ejército. Por eso no es de extrañar que los soldados italianos le despreciaran y odiaran profundamente. "Nuestro verdadero enemigo no era el austriaco, sino Cadorna", le diría más tarde a su hijo un veterano de guerra italiano.[11] (Cadorna no era ciertamente el único miembro de la élite italiana que, exactamente igual que Haig en Gran Bretaña, veía las cosas a través de las gafas malthusianas y, por tanto, encontraba ventajoso que las "masas" plebeyas fueran sacrificadas por los medios de la guerra; el periodista y poeta Giovanni Papini, por ejemplo,

[10] Englund, pp. 172-73.
[11] Del Boca, pp. 130-35, 138; Pittalis, pp. 71-72.

que más tarde se asociaría con Mussolini, declaró que "había demasiada gente en este mundo, la olla de las masas [humanas] amenaza con desbordarse, y los imbéciles se multiplican demasiado rápido". Llegó a la conclusión de que "simplemente hay demasiados entre nosotros que son absolutamente inútiles y redundantes").[12]

347

Los combates a lo largo del frente del Isonzo, especialmente en los alrededores de la pequeña ciudad de Gorizia, se evocan en la canción "O *Gorizia tu sei maledetta*" ("O Gorizia, *tu* ciudad maldita"). Esta canción sigue siendo popular en Italia y se considera un símbolo musical de la tradición antimilitarista del país. Parece ser que ya era muy popular entre los soldados italianos de la propia Gran Guerra, pero cantarla entonces podía hacer que un hombre fuera acusado de derrotismo y ejecutado. Esto es bastante fácil de entender, porque la letra señala con el dedo acusador no sólo a generales como Cadorna, que enviaron a sus hombres a una muerte segura, sino también a los demás "oficiales gendemen" (*signori ufficiali*) a los que se denuncia como "cobardes", "asesinos" y "traidores".[13] He aquí algunos versos de esta poderosa canción:

La mattina del cinque di agosto
si muovevano le truppe italiane
per Gorizia, le terre lontane
e dolente ognun si partì.

Sotto I 'acqua che cadeva a rovescio
grandinavano le palle nemiche
su quei monti, colline e gran valli
si moriva dicendo così:

O Gorizia, tu sei maledetta
per ogni cuore che sente coscienza;
dolorosa ci fu la partenza
e il ritorno per mold non fu.

O vigliacchi, che voi ve ne state

El cinco de agosto, por la mañana
Los soldados italianos partieron
Para Gorizia, una ciudad lejana
Y todos estaban tristes de irse.

Mientras llovía a cántaros
Se enfrentaron a una lluvia de balas enemigas
En esas montañas, colinas y valles
Murieron con estas palabras en los labios:
O Gorizia, ciudad maldita por
Todos los que tienen corazón y conciencia;
Irse ya fue bastante doloroso
Y la mayoría de ellos nunca volvieron.
Cobardes, que os quedasteis a salvo

[12] Citado en Pittalis, p. 22.
[13] "O Gorizia, tu sei maledetta,"
http://www.antiwarsongs.org/canzone.php?lang=it&id=47.

con le mogli sui letti di lana,	*En la cama con sus esposas,*
schernitori di noi came umana,	*Riéndose de nosotros, carne para el masacre,*
questa guerra ci insegna a punir.	*Por esta guerra tienes que ser castigado.*
Voi chiamate il campo d'onore	*Llamas "campo de honor*
questa terra di la dai confini,	*Esa tierra en la frontera,*
qui si muore gridando: assassini,	*Los que mueren gritan: asesinos,*
maledetti sarete un di.	*El día del juicio final llegará.*
Comerciantes, signatarios oficiales	*Señores oficiales, son unos traidores,*
voi la guerra l'avete voluta	*Tú has querido esta guerra*
scannatori di came venduta	*Son carniceros que venden carne humana*
e rovina della gioventii.	*Eres la ruina de la juventud italiana.*

348

En la primavera de 1915, alemanes y austrohúngaros lanzaron una gran ofensiva contra los rusos. En el frente oriental, que era dos o tres veces más largo que el occidental, nunca hubo una línea de frente ininterrumpida con posiciones enemigas fuertemente defendidas que hubiera que perforar, como ocurría en el frente occidental y en Italia. En estas condiciones, los alemanes consiguieron avanzar muchos cientos de kilómetros en regiones del Imperio ruso que ahora forman parte de Polonia, Bielorrusia, Lituania y Letonia. Avanzaron hasta Riga y Minsk. En este caso fueron los defensores los que sufrieron grandes pérdidas, a saber, más de un millón de muertos, heridos o prisioneros en seis meses, lo que equivale a una media de 7.500 bajas diarias.

La moral de las tropas rusas ya había decaído fuertemente en 1914, y ahora, durante lo que se conocería como "la gran retirada", durante la cual Rusia abandonó Polonia, Lituania y gran parte de Bielorrusia, las cosas empeoraban aún más. Esto se reflejó en innumerables deserciones. También influyó la propaganda "derrotista" de los bolcheviques. Las confraternizaciones, sobre todo con soldados austrohúngaros, eran frecuentes. Como en el caso del ejército italiano, los oficiales reaccionaron imponiendo una disciplina aún más dura e introduciendo severos castigos, incluida la flagelación. Los civiles que vivían en las regiones afectadas también sufrieron terriblemente, sobre todo porque durante su larga retirada los rusos recurrieron a la táctica de la "tierra quemada", destruyendo hogares y arrastrando consigo no sólo a millones de refugiados voluntarios, sino también a civiles reacios que hubieran preferido quedarse. Entre estos últimos había judíos, alemanes étnicos y

polacos, personas que los rusos creían que de otro modo podrían servir a los alemanes. El zar Nicolás II, por su parte, asumió el cargo de comandante en jefe del ejército. Se instaló en un suntuoso cuartel general, obviamente a una distancia segura del frente, y se desplazó en un lujoso Rolls-Royce. Como estratega era un inútil y no consiguió convencer al dios de la guerra, Marte, de que concediera sus favores a los rusos. En cualquier caso, como ha escrito un experto francés en historia rusa, Alexandre Sumpf, la guerra, que había sido acogida inicialmente con considerable entusiasmo patriótico, "fue asociada en adelante por todas las capas sociales de la población con connotaciones negativas", "el pesimismo se apoderó del país" y "las tensiones sociales, que se habían calmado momentáneamente, reaparecieron con creciente violencia". Y para el otoño de 1915, el zar, antes generalmente adorado, era despreciado por muchos rusos, si no por la mayoría. Otra fatídica consecuencia de las desgracias militares rusas de 1915 y de las miserias asociadas a la "gran retirada" fue que alentaron, y en algunos casos incluso engendraron, aspiraciones nacionalistas en las regiones polacas, letonas y otras regiones occidentales del imperio del zar.[14]

349

A partir de la primavera de 1915, los austrohúngaros tuvieron que centrarse en el nuevo frente de Italia, pero en otoño el viento cambió repentinamente a su favor en el conflicto contra Serbia. El 14 de octubre, Bulgaria, hasta entonces un país neutral, declaró la guerra a Serbia e invadió a su vecino desde el este, lo que facilitó la irrupción en Serbia de tropas austrohúngaras y alemanas desde el oeste. Pronto Serbia fue completamente invadida por sus enemigos. Bulgaria había entrado en guerra por razones similares a las de Italia, e igualmente cínicas. Tanto la Entente como las Potencias Centrales habían sido primero contactadas para saber qué botín podría llevarse Sofía a cambio de su contribución a la victoria. El gobierno búlgaro optó finalmente por una alianza con Berlín y Viena. Esta elección implicaba la guerra contra Serbia y abría así la perspectiva de recuperar territorios —principalmente la actual Macedonia— perdidos a manos de ese odiado vecino como consecuencia de la Segunda Guerra de los Balcanes, librada en 1913. Otro factor

[14] Sumpf (2014), pp. 12-13, 55-56, 86-87, 196-97, 218, 283, 299 y ss.; Hochschild, pp. 156-57; Piper, pp. 176-78.

determinante fueron los espectaculares avances logrados en el verano de 1915 por los alemanes a costa de Rusia, que parecían presagiar una victoria de las Potencias Centrales. Sin embargo, como en el caso de Italia, no sólo los objetivos imperialistas, sino también consideraciones antidemocráticas y contrarrevolucionarias desempeñaron un papel en el cálculo de la élite búlgara. También en ese país balcánico, la élite se había enfrentado a todo tipo de problemas políticos y sociales durante los años anteriores a 1914. Los socialistas y el Partido Agrario, defensores respectivamente de los obreros y los campesinos, habían obtenido importantes victorias electorales, por lo que el "enemigo interior" proletario parecía dispuesto a hacerse pronto con el poder. También en este caso, la élite esperaba la salvación de una guerra corta y triunfante contra un enemigo exterior.

350

París y Londres estuvieron profundamente implicados en las intrigas que precedieron a la entrada de Bulgaria en la guerra, intrigas que también plantearon la cuestión de una posible entrada de Grecia en el conflicto. En ese país, la élite estaba dividida al respecto, situación que se reflejó en el desacuerdo entre el rey germanófilo Constantino I, casado casualmente con una hermana del emperador Guillermo II, y el primer ministro, Eleftherios Venizelos, partidario de la Entente. Este desacuerdo degeneró en una auténtica guerra civil. Los británicos y los franceses cortaron el nudo gordiano desembarcando tropas en los alrededores de Salónica en octubre de 1915, lo que supuso una flagrante violación de la neutralidad griega. El objetivo era echar una mano a los serbios, pero la entrada de Bulgaria en la guerra hizo imposible enlazar con ellos. Estos últimos no pudieron salvarse con operaciones desde la cabeza de puente en torno a Salónica. Sin embargo, lo que quedaba del ejército serbio consiguió escapar a través de Albania hacia la costa adriática durante el invierno de 1915-1916, aunque a costa de grandes pérdidas. Los serbios llegaron a la isla griega de Corfú y desde allí fueron trasladados al frente, cerca de Salónica, donde se unieron a las tropas francesas y británicas. De los 250.000 hombres que habían iniciado esta aventura, sólo 140.000 llegaron a la costa.[15]

Así, a lo largo de la frontera grecobúlgara, justo al norte de Salónica, se desarrollaría una guerra estacionaria con los conocidos sistemas de trincheras, que duraría muchos años. Allí los búlgaros se enfrentaron a las

[15] Duroselle, pp. 109, 269-70.

fuerzas aliadas del "ejército de Oriente", llamado así porque en aquella época los Balcanes aún se consideraban "Oriente Próximo" y, por tanto, parte de "Oriente" (y el tren que cruzaba la península camino de Estambul se llamaba Orient Express). En el frente macedonio nunca se lanzaron ofensivas asesinas, pero los soldados serbios, británicos y franceses fueron atormentados por el frío y el calor, el barro, los insectos, etc., hasta el punto de que los británicos se referían a la zona como "Muckedonia". Hubo relativamente pocas bajas, pero las enfermedades —sobre todo la malaria y el dengue— cobraron un alto tributo.

351

En cuanto a Grecia, el país permanecería oficialmente neutral, a pesar de que las trincheras cruzaban su parte septentrional. Pero los aliados tramaron que el rey Constantino abdicara en favor de su hijo Alejandro, y así Venizelos acabaría —en la primavera de 1917— saliendo vencedor del "cisma nacional" y disponiendo que Grecia entrara oficialmente en la guerra del lado de la Entente. Venizelos esperaba que así su país fuera generosamente recompensado tras la esperada victoria aliada a costa de Bulgaria y el Imperio Otomano. Sus sueños de expansión territorial incluían convertir de nuevo en ciudad griega a Constantinopla, la antigua capital del Imperio bizantino, conquistada en 1453 por los turcos y conocida desde entonces como Estambul. Esta "gran idea" *(megali idea*) era la gran esperanza no sólo de Venizelos, sino de innumerables nacionalistas griegos. Y dada la debilidad del Imperio Otomano —y de los pequeños países balcánicos vecinos de Grecia—, este sueño podía considerarse realista. Venizelos esperaba metamorfosear la pequeña nación helénica en una nueva edición del Imperio Bizantino, no sólo con Constantinopla de nuevo como capital, sino también con el cristianismo ortodoxo de nuevo como religión estatal. También en Grecia, pues, la élite nacionalista, imbuida del espíritu del Romanticismo, esperaba lograr un "gran salto atrás" en dirección a la Edad Media, un regreso que iba a ser posible gracias a la guerra. Fue un sueño megalómano e imperialista que primero arrastró a Grecia a la miserable Gran Guerra y, después, a un desastroso conflicto contra Turquía, transformando así un sueño en una pesadilla.[16]

[16] Iltchev, pp. 275-80; Duroselle, pp. 341-44; Englund, pp. 180, 279, 411, 433-34; Gillet, pp. 90-92; Miquel, pp. 56, 58, 161.

Capítulo 20
Cansado de la guerra

Los soldados de todos los ejércitos están cansados de la guerra. Sueñan con poder volver a casa, aunque ello signifique que su país no gane. Odian a los políticos, a sus superiores militares, a los periodistas y a los civiles "jusqu'au-boutiste". ¿Por qué se quedan en el frente? No por amor a la patria, sino porque les obligan, por sentido del deber y, sobre todo, porque no quieren defraudar a sus camaradas. También entre muchos civiles ha desaparecido el entusiasmo por esta miserable guerra...

En el otoño de 1915, los soldados de todos los países beligerantes se despojaron de sus últimas ilusiones con respecto a la guerra, como los árboles se despojaban de sus hojas. En primavera aún tenían la esperanza de que la guerra se decidiera ese mismo año y que la patria saliera victoriosa. Se habían puesto grandes esperanzas en las enormes ofensivas planeadas en el cuartel general, y aún se podía persuadir a los hombres para que hicieran grandes sacrificios. Pero las ofensivas provocaron baños de sangre nunca vistos hasta entonces y no dieron ninguno de los resultados esperados. Entre los combatientes surgió una desesperación que se fue agravando a medida que una ofensiva tras otra se convertían en un fiasco o, aunque tuvieran éxito, como en el caso del avance alemán en el este, no conseguían poner fin a un conflicto mortífero que ya había durado todo un año. Entre los soldados de infantería franceses, de que habían muerto cientos de miles en 1914 y más aún en 1915, creció la convicción de que la guerra no acabaría nunca, de que se enfrentaban a una nueva "Guerra de los Cien Años".[1] Numerosos soldados británicos se convencieron igualmente de que la

[1] Couliou, pp. 63-66.

guerra no terminaría nunca, de que en adelante la guerra, y no la paz, constituiría la norma de la existencia humana.

353

"Aves raras" eran aquellos soldados que aún daban cierto crédito a las bellas palabras que habían calentado sus corazones patrióticos en el verano de 1914. Ahora la mayoría sólo sentía desprecio por el discurso oficial con respecto a la guerra, un discurso que en francés llegó a conocerse *como bourrage de crane,* el "relleno de cráneos". Las "grandes palabras patrióticas" de los oficiales, confió Barthas a su diario en el verano de 1915, "no consiguen despertar entre nosotros el más mínimo entusiasmo". Y dos historiadores franceses, André Loez y Nicolas Mariot, subrayan que *los poilus* ya no sentían ningún patriotismo consciente y ya no estaban de acuerdo con el discurso patriótico de sus superiores. El amor a *la patrie* se derretía como la nieve al sol, junto con la confianza en la victoria. Que Francia recuperara o no Alsacia, que había sido la ferviente esperanza de muchos en el verano de 1914, ya no importaba en absoluto para la mayoría de los hombres. Del mismo modo, para los soldados británicos los objetivos por los que habían ido a la guerra en 1914 habían perdido totalmente su importancia. Que la "pequeña y valiente Bélgica" fuera liberada o no de las garras del bruto alemán dejaba completamente fríos a la mayoría de los Tommies, aunque se suponía que luchaban por ese noble objetivo. "Dicen que todo es por la pequeña Bélgica, así que anímate, digo yo: pero espera a que me haga con la pequeña Bélgica", fue el cínico comentario de un soldado británico en una carta a un amigo.[2] Incluso el resultado de la guerra ya no era importante para la mayoría de los combatientes; estaban hartos de luchar, de matar y morir, de la miseria de toda la guerra.[3]

La mayoría de los soldados sólo deseaban una cosa: el fin de esta miseria, la vuelta a la paz. Cada vez más pintadas reflejaban el anhelo de paz de los hombres. La paz significaba poder volver a casa, regresar a la familia, al pueblo y al mundo familiar, poder volver a vivir una existencia normal, pacífica. "Dejé de pensar en todo menos en una cosa", escribió un soldado francés a su esposa, "y es: el FIN, volver a casa para

---

[2] Fussell, p. 182.

[3] *14-18: Mourir pour la patrie*, p. 143; Barthas, p. 144; Loez y Mariot, pp. 29-30.

siempre".[4] En el bando británico se hizo muy popular en aquella época una canción, "I Want to Go Home":

354

> *Quiero irme a casa, quiero irme a casa.*
> *Ya no quiero ir a las trincheras,*
> *Donde whizzbangs y metralla silban y rugen.*
> *Llévame sobre el mar, donde el Alleyman* [*alemán*] *no pueda alcanzarme. No quiero morir, quiero volver a casa.*
> . . . . . .
> *Llévame sobre el mar, donde los francotiradores no puedan alcanzarme. No quiero morir, quiero volver a casa.* [5]

Los campesinos, mayoría entre los *poilus,* anhelaban volver a su aldea, e incluso estaban dispuestos a pagar por este privilegio "con la derrota más humillante de su propia patria", como comentó un oficial horrorizado en enero de 1915. Pero todos los soldados querían volver a su aldea, hogar, *paese* o *Heimat,* y cuanto antes mejor. Los campesinos querían volver a ver sus campos, sus viñedos, sus vacas.[6] Y *todos los* hombres soñaban con poder volver para siempre con la mujer o las mujeres que habían dejado atrás, su esposa, su madre, su hija, su hermana. Si la canción *"La Madelon"*, mitad alegre, mitad triste, pudo convertirse en la que probablemente fue la canción más popular de la guerra en Francia, es sin duda porque "Madelon" —diminutivo de Madeleine, "pequeña Madeleine"— evocaba a la querida "aldeana" (*payse*) que esperaba el regreso del soldado a su pueblo (*pays*), su "pequeña patria", mucho más importante que esa "gran patria" que era Francia:

Todos los países tienen un pago	*Todos tenemos en nuestro pueblo una chica esperando*
Qui nous attend et que l'on epousera	*para que nos casemos con ella*
Mais elle est loin, bien trop loin	*Pero está lejos, demasiado lejos para que*
pour qu'on lui dice	*le digamos*
Ce qu'on fera quand la classe rentrera	

[4] Miquel, pp. 251-52.
[5] Letra de *I Want to Go Home:* http://www.musicanet.org/robokopp/english/iwantogo.htm.
[6] Robert, pp. 58-59.

En comptant les jours on soupier
Et quand le temps nous semble long
Tout ce qu'on ne peut pas lui dire
On va le dire à Madelon
On Tembrasse dans les coins.
On s' figure que c'est l'autre, ça
nous fait bien plaisir.

Qué haremos cuando volvamos
Contamos los días y suspiramos
Y cuando nos aburrimos terriblemente
Todo lo que no podemos decirle
Iremos a decirle a la querida Madelon
Le robamos un beso en la esquina.
Ella dice "basta...
Pero imaginamos que es nuestra aldeana
y eso nos produce un gran placer.[7]

355

Bastante parecida a *"La Madelon*" era la vieja y popular canción alemana *"Der Treuer Husar*", "El húsar fiel", la historia de un soldado cuya prometida enferma y muere mientras él lucha en el extranjero. Al final de la película *Senderos de gloria,* esta canción, interpretada por una joven alemana, hace llorar a los *poilus* rudos, que se dan cuenta de que los *Boches,* al igual que ellos, anhelan volver a su propia "Madelon en la lejana heimat".[8]

Si se hubiera ofrecido a los soldados de cualquier ejército la posibilidad de elegir entre "continuar" con la guerra o simplemente volver a casa, aunque esta última opción hubiera significado que más tarde no se les considerara héroes y que la patria tal vez acabara perdiendo y no ganara ni territorio ni gloria, no cabe duda de que hasta el 99% de los hombres habría hecho las maletas inmediatamente. Este sentimiento fue expresado de forma sucinta pero contundente, con una *pizca* de sarcasmo, por un soldado británico dotado de cierto talento poético. El verso comenzaba en el pomposo estilo del discurso oficial —y por tanto elitista— inglés con respecto a la guerra, pero terminaba con un enjundioso lenguaje plebeyo:

Aunque observamos la ley Superior

---

[7] Letra de "Madelon":
http://www.www.dutempsdescerisesauxfeuillesmortes.net/paroles/quand_madelon.ht.
Sobre *"pays"* como "patria chica", véase Cazals, p. 86.
[8] Letra de "Der Treuer Husar":
http://www.lieder-archiv.de/der_treue_husar-text_400194.html.
escena puede verse en
http://www.youtube.com/watch?v=GObO-KRkiZA.

Y aunque tenemos nuestra disputa justa,
Si se me permitiera retirar
No me verías el culo ni por el polvo. [9]

356

El alsaciano Dominik Richert estaba convencido de que ni uno solo de sus camaradas habría permanecido voluntariamente en el frente si se le hubiera dado la oportunidad de "volver a un lugar seguro y vivir una vida decente, como corresponde a un ser humano".[10] Ni un solo soldado se sintió realmente héroe o considerado como tal. A este respecto, Barthas hizo un comentario sobre un ataque inminente de su unidad en el otoño de 1916:

> *Los hombres de las fangosas trincheras, exhaustos y hambrientos, recibieron refunfuñando la orden de atacar. Muchos de ellos abandonaron las líneas con el pretexto de haber quedado sepultados por las explosiones de proyectiles, de estar enfermos, de tener los pies helados. No les importaba si estas excusas serían aceptadas o no... No todo el mundo puede ser un héroe.*

Esto no significaba que los hombres no fueran capaces, colectiva o individualmente, de mostrar una conducta heroica. Un soldado podía arriesgar su propia vida, por ejemplo, intentando salvar a un camarada herido atrapado en tierra de nadie. Y los grupos de soldados a menudo se arriesgaban a morir para cumplir con su deber o para no abandonar a sus camaradas; más adelante se hablará de este tipo de motivación. Pero no se esperaban actos heroicos de los hombres por el rey o el emperador, por Alsacia-Lorena en el caso de los franceses, o por conceptos abstractos como la patria, "libertad y justicia", etc., y mucho menos por una muestra de aprobación, palabras de elogio o una condecoración de las autoridades militares o de otro tipo. A la mayoría de los soldados no les importaban en absoluto esos elogios. Barthas describe cómo reaccionaron él y sus compañeros cuando de repente su unidad recibió una lluvia de elogios:

---

[9] Eksteins, p. 208.
[10] Ulrich, p. 130.

> *Llovieron felicitaciones y honores durante unos días. El general de la división, el general de la brigada, el coronel, todo el mundo tenía la boca llena de cumplidos. Elogiaban nuestro coraje, nuestra valentía y nuestra energía indestructible. Era totalmente ridículo.* [11]

357

El ardiente deseo de paz y de regreso a casa iba acompañado de una mezcla de desprecio y odio hacia todos los que querían mantener a los hombres en el frente para luchar "hasta el final", es decir, hacia los que los *poilus* llamaban *los jusqu'au-boutistes.* Y entre ellos se encontraban los dirigentes políticos, a los que se consideraba responsables, primero de haber provocado la guerra y luego de perpetuarla, como el presidente Poincare, a quien los poilus detestaban profundamente.[12] También estaban incluidos los superiores militares, así como los llamados "guerreros de la pluma", es decir, los periodistas de la prensa archipatriótica, llamada "amarilla". Los soldados belgas, por ejemplo, "aborrecían la retórica oficial del diario del ejército belga", llamado *leugenbode* o "mensajero de mentiras" por los flamencos y *bourreur de cranes* o "rellenador de cráneos" por los valones francófonos. Entre los combatientes belgas tampoco quedaba nada en 1915 del entusiasmo del verano de 1914; lo único que querían era la paz.[13] Un soldado británico, George Willis, expresó un sentimiento muy extendido entre sus camaradas cuando, en el poema "Cualquier soldado a su hijo", maldijo a los periodistas de la belicosa prensa amarilla con estos versos:

> *Que mil chats de Bélgica se arrastren bajo sus dedos mientras escriben;*
> *Que sueñen que no están exentos hasta que se desmayen de miedo mortal;*
> *Que las ratas más gordas de Dickebusch corran sobre ellos en la cama;*
> *Que las mentiras que han escrito les ahoguen como una nube de gas hasta que mueran;*

---

[11] Barthas, pp. 333, 339.
[12] Englund, p. 308.
[13] De Schaepdrijver, p. 188.

Que el horror y la tortura y las cosas que nunca cuentan (*pues sólo escriben por encargo*) *les estén reservadas en el infierno*. [14]

Los soldados de todos los ejércitos se sentían cada vez más resentidos hacia los superiores a los que habían considerado con respeto antes de la guerra, en particular maestros, profesores y hombres del clero, que les habían animado en el verano de 1914 a ir a luchar. *En AH Quiet on the Western Front (Silencio en el frente occidental),* el héroe dice algunas palabras críticas y poco halagadoras sobre el profesor que les convenció a él y a sus amigos de que se presentaran voluntariamente para alistarse en el ejército e ir a la guerra.

358

Los soldados estaban amargados pero, aún más, decepcionados por la actitud de los civiles en el frente interno. Estos últimos parecían convencidos de que con un poco más de esfuerzo sería posible acabar con el enemigo, y al parecer tampoco eran capaces de comprender lo horribles que eran realmente las condiciones en el frente. Los civiles parecían tragarse todo lo que les decían las autoridades y la "prensa amarilla" y, por el contrario, a los soldados les resultaba sencillamente imposible —y por muchas razones también indeseable— transmitirles la verdad verdaderamente "inenarrable" de la guerra. (En su adaptación del poema de Jerome Kern "They Didn't Believe Me" (No me creyeron), los Tommies dejan claro que "cuando nos pregunten lo peligroso que fue, / Oh, nunca se lo diremos, no, nunca se lo diremos"). En cualquier caso, los oficiales censuraban las cartas de los soldados, de modo que éstos se quejaban de que estaban "amordazados" y, por tanto, se limitaban a escribir banalidades. Una gigantesca fisura separaba así a los soldados de los civiles. Aquéllos constituían "dos mundos que no se entendían".[15]

En lo que respecta a los británicos, surgieron así "dos Britains distintas", como ha escrito Paul Fussell: "los soldados y marineros que habían luchado... y el Resto [sic], incluido el gobierno". Los Tommies se sentían alienados de los ciudadanos de a pie, "de todo el mundo en

---

[14] Hibberd y Onions, pp. 256-57.

[15] Fussell, p. 87; Nicot, pp. 22-25; Rousseau (1999), p. 288. El poema de Kern se cita en Clapham, p. 11.

Inglaterra". En este contexto, Fussell cita al periodista y escritor Philip Gibbs, quien explicó que los hombres

> *Odiaban a las mujeres sonrientes de las calles. Detestaban a los ancianos... Deseaban que los especuladores murieran envenenados. Rezaban a Dios para que los alemanes enviaran Zeppelines a Inglaterra, para que la gente supiera lo que significaba la guerra.* [16]

Los civiles no podían entender a los soldados. Pero, ¿podría alguien? La respuesta a esta pregunta era afirmativa: sí había seres humanos que podían entender a los soldados, a saber, los soldados del otro lado de la tierra de nadie. Esa era también una de las razones por las que los combatientes sentían cierta simpatía y solidaridad hacia los hombres designados como "el enemigo" por las autoridades militares y políticas. En el Somme, durante el verano de 1916, Barthas escribió por ejemplo que él y sus camaradas "sentían compasión por los *boches* que sufrían la misma miseria y los mismos peligros". Esta simpatía y solidaridad se reflejaban también en las fraternizaciones antes mencionadas y en los acuerdos de "vivir y dejar vivir". Estos sentimientos también se transmitían por el lenguaje utilizado por los soldados británicos, a quienes les gustaba añadir el término "viejo" a las cosas familiares por las que sentían cierto afecto. Los soldados alemanes —pero no los oficiales— también eran "viejos" en este sentido y, como el apodo de los alemanes era Jerry, se hacía referencia constantemente al "viejo Jerry". Del mismo modo, los franceses aludían a los alemanes como "nuestros vecinos", más exactamente, *nos voisins d'en face,* es decir, "nuestros vecinos *de enfrente*".[17]

359

Después de las experiencias de la Navidad de 1914, las confraternizaciones y los acuerdos de "vivir y dejar vivir" fueron estrictamente prohibidos, lo que los soldados lamentaron profundamente. El 1 de mayo de 1915, innumerables soldados de ambos bandos soñaban con confraternizar, pero resultó imposible, y lo mismo ocurrió en la Navidad de 1915. Para impedir tales encuentros, los generales hicieron que la artillería disparara a la tierra de nadie. Y se dice

---

[16] Fussell, pp. 86, 89, 289.

[17] Barthas, pp. 353-54; Fussell, pp. 179-80; Nicot, pp. 149, 156.

que un sargento británico fue fusilado cuando, a pesar de tales órdenes, se dispuso a confraternizar. "¿Quién podía soñar todavía con la igualdad social, con la confraternización universal?", suspiraba Barthas, "cuando todo a nuestro alrededor era tan sombrío". Estábamos atrapados en el puño de hierro, en la camisa de fuerza, del militarismo".[18]

En secreto, sin embargo, continuaron las confraternizaciones y los acuerdos de "vivir y dejar vivir". Barthas da un ejemplo del invierno de 1915-1916 en los alrededores del pueblo artesiano de Neuville-Saint-Vaast, cerca de Vimy:

> *Al día siguiente, 10 de diciembre, los soldados tuvieron que salir de las trincheras en muchos lugares para no ahogarse; los alemanes tuvieron que hacer lo mismo, y el resultado fue un espectáculo insólito: dos ejércitos enfrentados sin que se disparara un solo tiro. La comunidad del sufrimiento unió los corazones, hizo que se derritiera el odio y floreciera la simpatía entre personas que eran muy diferentes, enemigos incluso... Franceses y alemanes se miraron y vieron que todos eran parecidos. Se sonreían, se hablaban, se daban la mano, incluso se abrazaban, compartían tabaco, café o vino. Si hubiéramos hablado el mismo idioma... Un gigantón alemán se levantó y pronunció un discurso que sólo entendieron los alemanes pero cuyo significado quedó claro para todos nosotros, porque rompió su fusil contra el tronco de un árbol en una expresión de rabia. Todo el mundo aplaudió y cantamos* la Internacional.

Los soldados que cantaban *la "Internacional"*, la canción de la clase obrera de todos los países antes de la guerra y el símbolo musical de la solidaridad de los proletarios del mundo, era algo que los oficiales consideraban abominable, porque reflejaba el deseo de confraternización de los soldados, así como su aversión al discurso patriótico. Barthas alude a un incidente ocurrido en un pueblo detrás de las líneas, donde los soldados

360

> *... protestaron y se pasearon por el pueblo cantando* la Internacional. *Siempre será la canción de los pobres y los oprimidos, que da voz tanto a su esperanza como a su desesperación... Nuestros grandes jefes estaban furiosos. ¿Qué pasaría si, Dios no lo quiera, los soldados se negaran a matarse unos a otros? ¿No se detendría la guerra? Nuestra artillería*

[18] Barthas, p. 88.

> *recibió la orden de disparar contra todas las concentraciones no autorizadas de las que se informara y de matar a alemanes y franceses por igual, igual que mataban a los animales salvajes en los anfiteatros romanos que eran lo bastante inteligentes como para negarse a devorarse unos a otros ... Cuando la primera línea hubo sido reparada en la medida de lo posible, se declaró punible con la ejecución salir de las trincheras y socializar con los alemanes de cualquier manera.*

A pesar de esta prohibición, los soldados siguieron confraternizando. Barthas describe la situación en un sector tranquilo del frente, en Champagne, en el verano de 1916, cuando *los poilus* se encontraron en trincheras a poca distancia de los alemanes:

> *Casi era posible estirar el brazo y darles la mano... Todo estaba en calma. Algunos fumaban, otros preferían leer, otros charlaban sin bajar la voz ... mientras los alemanes con la misma despreocupación tosían, hablaban y canturreaban ... [A veces, los centinelas franceses y alemanes se sentaban en lo alto del parapeto de su trinchera y fumaban tranquilamente en pipa y, de vez en cuando, incluso salían para tomar el aire y charlar con sus "vecinos". En cada cambio de guardia se mantenían estas mismas costumbres y hábitos. Los alemanes se comportaban de la misma manera... A veces intercambiábamos regalos: paquetes con tabaco del ejército francés, que ellos fumaban en sus grandes pipas alemanas, y deliciosos cigarrillos 'Made in Germany' que llegaban a nuestra posición francesa. También nos regalábamos botones, periódicos y pan. Era un asunto extraño: comercio y connivencia con el enemigo. Los patriotas y superpatriotas se habrían horrorizado.*

Según Barthas, este tipo de cosas ocurrían con frecuencia. Proporcionaba una amplia prueba, comentaba, de que "esta horrible guerra se había desencadenado contra la voluntad del pueblo". También se preguntaba si "estos gestos de fraternidad implicaban una protesta revolucionaria contra el terrible destino que lleva a la gente a luchar contra otra gente aunque no tengan ninguna razón para odiarse".
361

Barthas citó más casos de confraternizaciones y entendimientos entre franceses y alemanes. A principios de 1917, en la región conocida como Main de Massiges, las cocinas de campaña francesas estaban instaladas cerca de las trincheras, y apenas estaban camufladas. Los alemanes también habían instalado las suyas cerca de sus posiciones. "Por tolerancia mutua e interés común, los dos bandos dejaron trabajar a los

cocineros sin molestarles". Barthas relata cómo, más tarde, en 1917, los ingenieros cavaron túneles bajo las líneas alemanas para hacer explotar minas. Pero había un "acuerdo tácito" para provocar las explosiones

> *... cada vez entre las dos y las seis de la mañana. El resultado fue que, cada noche, diez minutos antes de las diez, los dos bandos retiraban a los centinelas de las primeras líneas. A las seis de la mañana, volvían silenciosamente a sus posiciones. También hubo muchas menos bajas porque en ambos bandos se había apagado el sagrado fuego patriótico. La guerra había durado demasiado.* [19]

También entre británicos y alemanes continuaron las confraternizaciones después de la Navidad de 1914, como lo demuestra el hecho de que, todavía en diciembre de 1917, los oficiales británicos seguían preocupados por la posibilidad de que los hombres aprovecharan la ocasión navideña para ponerse en contacto con el enemigo. Y en enero de 1918, en los alrededores de Cambrai, un oficial tuvo que poner fin a una confraternización que ya había comenzado. Como un verdadero caballero, fue a explicar cortésmente a un colega alemán que "no podemos aceptar la invitación". Aun así, durante unos breves instantes, se intercambiaron puros y cigarrillos antes de que los dos oficiales se saludaran y se retiraran con sus hombres a sus propias trincheras. En el frente oriental también continuaron las confraternizaciones. Con ocasión de la Pascua de 1916, rusos y austriacos se reunieron en la tierra de nadie. No sólo intercambiaron pequeños regalos, sino que la música interpretada por una banda militar rusa proporcionó un ambiente festivo. Y en 1917 y 1918, el frente oriental sería testigo de una auténtica orgía de confraternizaciones.[20]

362

Los campesinos y obreros de a pie, que constituían la inmensa mayoría de los soldados, eran cada vez más conscientes de que sus "superiores", es decir, los que les miraban desde la cúspide de la pirámide social, habían querido esta guerra y se habían beneficiado de ella, mientras que ellos mismos, que no la habían querido, cargaban con sus costes. Además de sus detestados oficiales y, sobre todo, generales, los

---

[19] Barthas, pp. 136, 175, 187-88, 300-02, 370, 426; Fussell, p. 245.
[20] Hochschild, pp. 130-31; Brown y Seaton, pp. 210-13; Sumpf (2014), pp. 106-09.

hombres dirigieron las flechas de su ira contra dos tipos de representantes civiles de la élite. En primer lugar, los que lograban mantenerse alejados del frente, los *embusteros.* Se trataba a menudo de vástagos de familias de élite que no habían sido llamados a las armas o a los que se permitía realizar su servicio militar a una distancia prudencial de las trincheras; por ejemplo, como personal en algún cuartel general, chófer de algún general, etc. En todos los países beligerantes —pero especialmente en Rusia, al parecer— tal sinecura o exención del servicio era relativamente fácil de obtener para personas de rango social superior, que presumían de una mejor educación, buenos modales, excelentes contactos, etc. Otro objeto del odio de los soldados eran los especuladores de la guerra , sobre todo los grandes industriales que ganaban fortunas produciendo armas y otros equipos marciales, pero también los comerciantes que conseguían llenarse los bolsillos haciendo negocios en el mercado negro. Los soldados de permiso en París, Londres, Berlín o San Petersburgo podían ver a este tipo de individuos pasándoselo en grande en los cafés y restaurantes de los grandes bulevares, lo que hacía aún más intolerable la miserable existencia de los hombres en las trincheras y aumentaba su resentimiento.

La guerra reveló a los soldados la gran y creciente desigualdad del sistema social de la patria por el que estaban haciendo tan grandes sacrificios, no sólo la desigualdad de riqueza, sino también la desigualdad ante el peligro y la muerte. Los pobres tenían que sufrir, luchar y morir para que los ricos pudieran disfrutar de la buena vida y enriquecerse aún más; ésa era la conclusión a la que habían llegado los soldados. "Sólo luchamos por los beneficios de las gordas carteras", fue el ácido comentario de un soldado alemán, "y cualquier otra cosa que nos quieran hacer creer es una tontería". Barthas dio voz a sentimientos similares por parte de *los poilus.* "Una cosa es cierta", escribió, "con cada ofensiva, los fabricantes de municiones se enriquecen... Anatole France tenía razón cuando afirmaba que 'la gente cree que muere por la patria, pero en realidad muere por los industriales'".[21]

Los soldados de todos los ejércitos descargaron su frustración, ira y disgusto con respecto a una guerra que se revelaba cada vez más como

[21] Barthas, p. 382.

una bendición para unos pocos, pero una maldición para demasiados. Cuando se les preguntaba por qué estaban en las trincheras, los Tommies respondían ahora con la popular canción "Estamos aquí", cantada con la melancólica melodía de "Auld Lang Syne" de Robert Burns:"

363

Estamos aquí porque
Estamos aquí porque
Estamos aquí porque estamos aquí.
Estamos aquí porque
Estamos aquí porque
Estamos aquí porque estamos aquí. [22]

Con esta canción, los británicos dejaron bien claro que no se les ocurría ni una sola razón sensata para hacer la guerra. Entonces, ¿por qué, en este caso, siguieron luchando ellos y los soldados de los demás ejércitos? Muchos historiadores han reflexionado sobre esta cuestión y he aquí los principales factores que han esgrimido.

En primer lugar, los soldados estaban obligados a hacer la guerra. Escapar de las trincheras era básicamente imposible, porque en cada ejército imperaba una disciplina de hierro y la "deserción" conllevaba la pena de muerte. Quien intentaba huir se arriesgaba a ser fusilado en el acto por un oficial o, si lograba llegar a la retaguardia, a ser detenido por la policía militar, también conocida como "policía de combate", lo que significaba ser sometido a un consejo de guerra, con altas probabilidades de ser condenado a muerte. Permanecer en las trincheras conllevaba el riesgo de ser asesinado o herido, pero quien desertaba tenía prácticamente asegurada la muerte. "La perspectiva de ser atados a un poste para ser fusilados", escribía un soldado francés en una carta interceptada por la censura, "nos impide marcharnos inmediatamente", y añadía que "sólo por miedo a ser fusilados nos quedamos en el frente".[23] Un soldado alemán explicaba con franqueza que él y sus compañeros "asustados y desesperados" no seguían luchando ciertamente por

[22] Veterano de guerra británico cantando "Estamos aquí porque estamos aquí": https://www.youtube.com/watch?v=UA730QtjOBE.
[23] Nicot, pp. 144-45.

"valentía y tal" —virtudes de cuya existencia dudaba en realidad—, sino que "no les motivaba otra cosa que la terrible disciplina y la coacción que nos enviaba a la muerte."[24] Y en el verano de 1915 Barthas confió a su diario que él y sus compañeros "lo toleraban todo con estoicismo y sin quejarse", pero ciertamente no

364

> *... por amor a la patria ... o para defender el derecho de los pueblos a la autodeterminación o para que esta guerra fuera la última. Era muy sencillo, estábamos coaccionados, éramos las víctimas indefensas de un destino despiadado. Todos sabíamos que al menor intento, por mínimo que fuera, de rebelarnos, seríamos triturados por los horribles dientes de una gigantesca rueda dentada.* [25]

En segundo lugar, el sentido del honor y del deber mantenía a los hombres en sus puestos. ¡Qué deshonor habría supuesto para la familia y para todo el pueblo que un hombre no cumpliera con su deber y, sobre todo, que fuera tachado de cobarde y posiblemente ejecutado por deserción! ¿Qué pensarían las mujeres de un hombre así? El miedo a perder el respeto de la propia esposa o madre, que desempeñaba un papel importante en este contexto, se reflejaba en el lamento de un soldado italiano que tuvo que rendirse a los austriacos en diciembre de 1917, durante la catastrófica batalla de Caporetto: "¡¿Qué dirá nuestra mamá?!".[26] Ser soldado también se consideraba una especie de profesión, un oficio, un trabajo que había que hacer, y los hombres sentían el deber de hacerlo bien.

Una tercera razón, y quizá la más importante de todas, era el sentimiento de solidaridad con los camaradas, a los que no se podía dejar en la estacada y cuya estima y amistad no se quería perder. "Es por ellos, es por los camaradas", escribió un *poilu,*

> *para que aguantemos. Para no abandonarlos, Para recordar a los compañeros que ya cayeron. Para que no hayan muerto en vano... Y también, muy sencillamente, muy ordinariamente, para preservar nuestra*

---

[24] Rousseau (1999), pp. 14-16, 201; Ulrich y Ziemann, p. 87; Ulrich, pp. 129-30.
[25] Barthas, p. 147.
[26] Englund, p. 414.

propia dignidad: los demás nos vigilan, y sus rostros son como un espejo que se sostiene frente a cada uno de nosotros. [27]

Los factores principales eran, pues, "la presión moral ejercida sobre cada uno de nosotros por los camaradas", el "espíritu de cuerpo, la solidaridad, la camaradería", el "sentido del deber", la necesidad de "no perder la estima y el afecto de los camaradas". Quien no observaba este "código de honor masculino" era excluido de la comunidad, lo que le hacía la vida insoportable. No se eludía el deber; se permanecía en el frente "por los compañeros".[28] Y así, la gran mayoría de los soldados aceptaron su destino, impotentes y fatalistas. De *los poilus* franceses se decía que una "gran resignación" los había envuelto. Cuando se les preguntaba por qué estaban en las trincheras, la respuesta era directa: "Estamos aquí porque no se nos permite estar en ningún otro sitio".[29]

365

Entre los civiles, la moral también se deterioró porque no se vislumbraba el final de la guerra y porque ésta demostraba cada vez más la desigualdad social, es decir, la diferencia de clases, frente a la muerte y la miseria. En Francia, en el transcurso del año 1915, los civiles se quejaban cada vez más de la fuerte subida de los precios desde el comienzo de la guerra, y maldecían a los especuladores a quienes culpaban de ello. La moral de los civiles franceses también sufrió un golpe cuando empezó a llegar información sobre las ejecuciones de soldados, por ejemplo en la zona de Arras en junio de 1915.[30] Y el público se enteró de las enormes pérdidas que Francia había sufrido en 1914 y seguía sufriendo en 1915. Surgió así una aversión a lo que se conoció como *la boucherie,* "la matanza", o *la tuerie,* "la matanza". Incluso en los relativamente pocos círculos proletarios en los que, en el verano de 1914, había habido cierto entusiasmo por la guerra, por ejemplo entre los socialistas parisinos, fue ganando terreno la convicción de que sería mejor poner fin a la masacre mediante negociaciones. En las filas de los socialistas franceses que se habían unido a la "unión sagrada" en 1914, surgió una minoría que rechazó este acuerdo y empezó a ver la

---

[27] Rousseau (1999), pp. 129-35; Rousseau (2006), p. 60.
[28] Rousseau (1999), p. 129; Rousseau (2006), pp. 57-58
[29] Couliou, p. 68.
[30] Robert, pp. 40-41, 58-59; Horne, pp. 91-92.

guerra con ojos críticos. Estos "socialistas minoritarios" condenaron en voz alta a los dirigentes del partido que se habían unido al gobierno, se habían dejado dominar allí por los políticos burgueses y se habían revelado así demasiado pasivos y demasiado dispuestos a hacer concesiones.[31]

Los trabajadores estaban cada vez más descontentos con el *sacramento sindical,* porque podían experimentar a diario cómo los empresarios se aprovechaban de ese acuerdo para bajarles los salarios y/o alargarles la jornada laboral, incluso introduciendo el trabajo los domingos, todo ello presumiblemente en nombre del esfuerzo bélico. Se quejaban de que "la mentalidad de los patronos era aún peor que la de los alemanes", que "sólo los patronos, los industriales, se beneficiaban de la guerra y que la clase obrera era la mayor víctima de la guerra". Incluso los líderes sindicales empezaron a mostrar hostilidad hacia el *sacree sindical.* En París, uno de ellos declaró que "el capitalismo es y sigue siendo nuestro principal enemigo... Los patronos se aprovechan de la situación para bajar los salarios y despedir a los trabajadores ... Los capitalistas sacan provecho de la guerra". La mayoría de los dirigentes y miembros de los sindicatos de París se convencieron tarde o temprano de que "los capitalistas" habían provocado la guerra, eran los verdaderos "belicistas". La razón aducida era que la guerra permitía a los capitalistas obtener beneficios aún mayores que en tiempos de paz y violar impunemente los derechos de los trabajadores. Un sindicalista parisino dio en el clavo al opinar que "los capitalistas habían desencadenado esta catástrofe [la guerra] porque estaban alarmados por el crecimiento del movimiento obrero" y habían decidido que la guerra disiparía sus preocupaciones. En cualquier caso, los sindicalistas concluyeron que "la guerra no beneficiaba a los trabajadores", que "los que no se daban cuenta de esto se dejaban masacrar por una causa que no era la suya" y que los trabajadores que llevaban uniforme "cumplían con su deber no para salvar a la patria, porque los trabajadores no tienen patria, sino para defender las cajas fuertes de los capitalistas". Cada vez más sindicalistas parisinos se pronunciaban a favor de la paz a cualquier precio, incluso al

[31] Robert, pp. 61-63, 85-86; Horne, pp. 61-62.

precio de una derrota militar. Y cada vez eran más los que consideraban que el gobierno francés era tan culpable de la guerra como el alemán.[32]

366

En el seno de los partidos socialistas y de los sindicatos, no sólo en Francia sino en todos los países beligerantes, surgieron en el transcurso de 1915 minorías resueltamente contrarias a la guerra, que querían volver al internacionalismo socialista y empezaron a apreciar y a abrazar el punto de vista "derrotista" de Lenin y de los bolcheviques. Representantes de estas minorías se reunieron entre el 5 y el 8 de septiembre de 1915 en el pueblo de Zimmerwald, en Suiza. Lenin y Trotsky estaban entre los participantes. Pero la Conferencia de Zimmerwald no produjo nada más que un llamamiento a los pueblos de Europa para luchar por la paz, por la fraternidad internacional, por el socialismo. Una segunda conferencia socialista de esta naturaleza se celebraría en Kienthal, también en Suiza, del 24 al 30 de abril de 1916, pero de nuevo no se obtuvo más que declaraciones piadosas. Pero las dos reuniones ilustraron cómo en el seno de los sindicatos y de los partidos socialistas aumentaba la oposición a la guerra, así como el descontento con la política *sacralizada de los sindicatos*.

También en Alemania, el año 1915 fue testigo de un declive de la moral civil, sobre todo entre los proletarios, que se daban cuenta cada vez más de que "los sacrificios no se repartían equitativamente y que una élite rica se beneficiaba de la guerra". Al igual que sus homólogos franceses, los líderes de los socialistas del Reich se enfrentaron a una minoría ruidosa y creciente, encabezada por Karl Liebknecht, que estaba descontenta *con los Burgfrieden* y consideraba, no sin razón, que medidas como el estado de sitio y la censura operaban en beneficio de la élite y en perjuicio de la plebe. Estos socialistas radicales condenaron la guerra en general como una empresa imperialista, y en mayo de 1915 lanzaron un lema audaz y provocador: "¡El verdadero enemigo se encuentra en nuestro propio país!".[33] En Rusia, la guerra reveló cada vez más la aguda dicotomía social entre las masas populares muy pobres, a las que se exigían enormes sacrificios, y la élite rica, cuyos miembros aristocráticos y burgueses supieron protegerse de la miseria de la guerra

---

[32] Robert, p. 78-81.

[33] Kolko (1994), p. 113; Schorske, pp. 302-06.

y, en demasiados casos, incluso se beneficiaron de ella, como señaló amargamente Maxim Gorki en agosto de 1915. La población sufría todo tipo de carencias y carecía incluso de los alimentos más esenciales, mientras que los restaurantes caros rebosaban de "gente bien vestida atiborrándose de copiosas cantidades de comida y alcohol con el acompañamiento de una orquesta". Así lo expresó una enfermera británica que trabajaba como voluntaria en Rusia y fue testigo de este estado de cosas. Comentó sombríamente que "estos contrastes existían antes, por supuesto, pero la guerra los ha hecho más agudos, más flagrantes y, moralmente hablando, más ofensivos".[34]

367

En cuanto a los trabajadores británicos, también estaban cada vez más descontentos con la forma en que los industriales y los empresarios en general se beneficiaban de la guerra mientras ellos mismos se veían obligados a apretarse el cinturón. Los sindicatos ya no estaban dispuestos a soportar la congelación de los salarios mientras las empresas obtenían considerables beneficios, y durante el año 1915 organizaron numerosas huelgas para conseguir aumentos salariales. Ese año se perdieron nada menos que tres millones de jornadas laborales. Estas cifras, escribe el historiador británico Max Hastings, "ponen de relieve la profundidad y la amargura de las divisiones sociales de Gran Bretaña", divisiones que habían estado veladas al comienzo de la guerra, pero que la propia guerra había puesto al descubierto de forma gradual y despiadada.[35] El creciente malestar entre los ciudadanos británicos se reflejó en la disminución de la oleada de hombres que se presentaban voluntarios para alistarse en el ejército. En la primavera de 1915, el número de voluntarios comenzó a descender notablemente desde su media mensual anterior de aproximadamente cien mil. Por ello, en mayo de ese año, se consideró necesario aumentar el límite de edad de treinta y ocho a cuarenta años. (En el Dominio de Canadá, en respuesta a un descenso similar en el número de voluntarios, observado ya en enero de 1915, se rebajaron las normas mínimas de estatura, se suprimió la necesidad de que un hombre casado contara con el permiso de su esposa y se alistaron cada vez más candidatos menores de la edad mínima oficial

[34] Sumpf (2014), p. 165; Englund, pp. 178-79.
[35] Hastings, p. 414.

de dieciocho años; no menos de veinte mil de estos "niños soldados" serían enviados a Europa). Pero la situación apenas mejoró, y una investigación llevada a cabo el verano siguiente demostró que millones de hombres capaces no se presentaban a filas, por lo que el gobierno tuvo que plantearse la introducción del servicio militar obligatorio. En octubre de 1915, lord Edward Stanley, decimoséptimo conde Derby, eminente representante de la élite del país, fue nombrado director de la oficina de reclutamiento. Puso en marcha el famoso "Plan Derby", mediante el cual se presionaba a los hombres jóvenes y no tan jóvenes para que se presentaran "voluntariamente", y por tanto presumiblemente de forma honorable, antes de que se introdujera el servicio militar obligatorio, que les induciría a ingresar en el ejército de forma menos honorable.[36] Todo esto demuestra que en Albión el entusiasmo inicial por la guerra se había enfriado considerablemente. También es revelador que en 1915 ya no se viera a mujeres distribuyendo plumas blancas. Demasiadas mujeres británicas ya habían tenido que sacrificar a un marido o a un hijo al dios Marte, y muchas otras temían por la vida de los hombres que estaban aportando su granito de arena en el frente: ¿por qué, y cuánto tiempo más? Que este desencanto era generalizado encontró un reflejo en el enorme éxito que tuvo en Gran Bretaña una canción pacifista nacida en Estados Unidos en 1915. Su título ya lo decía todo: "No crié a mi hijo para ser soldado".

Diez millones de soldados a la guerra se han ido,
Que puede que no vuelvan nunca más.

Diez millones de corazones de madres deben romperse
Por los que murieron en vano.

Cabeza gacha
en pena En sus años solitarios,

Oí a una madre murmurar entre lágrimas:
No crié a mi hijo para que fuera soldado,

---

[36] "The Group Scheme"; Black y Boileau, pp. 56-62.

Lo crié para que fuera mi orgullo y alegría,
que se atreve a ponerse un mosquete al hombro,
¿Para disparar al hijo de otra madre?

Dejemos que las naciones arbitren sus problemas futuros,
Es hora de dejar la espada y la pistola,
Hoy no habría guerra,

Si todas las madres dijeran,
"No crié a mi hijo para ser soldado".[37]

369

Lo que llama la atención en la letra de esta canción es el llamamiento a todas las naciones para que depongan "la espada y el fusil" y resuelvan sus diferencias mediante el "arbitraje". De hecho, en 1915, destacadas personalidades de todos los países beligerantes, así como de muchos países neutrales, empezaron a abogar por poner fin a la guerra mediante negociaciones. El presidente estadounidense, Woodrow Wilson, por ejemplo, envió a Europa a su principal asesor en política exterior, el coronel Edward M. House, en un intento de iniciar conversaciones de paz; sin embargo, ambos bandos se aferraron obstinadamente —y literalmente— a sus armas. También es notable que la canción mencione a diez millones de madres cuyos "corazones deben romperse": la Gran Guerra causaría efectivamente la muerte de aproximadamente diez millones de soldados.

En todos los países beligerantes, las autoridades se preocupaban cada vez más por el decaimiento de la moral tanto de los civiles como de los soldados, y se buscaban remedios en y la propaganda de guerra se hacía aún más sombría que antes. En este contexto, el 3 de mayo de 1915, en los alrededores de Ypres, un oficial canadiense, el teniente coronel John McCrae, conocido por ser un ferviente defensor del Imperio Británico (del que su país aún era un dominio) y de la guerra, se inspiró para escribir un poema en el que instaba a los hombres a seguir adelante con su tarea a pesar de todas las dificultades. Esta composición, titulada "In Flanders' Fields" (En los campos de Flandes), estaba destinada a hacerse

[37] "No crié a mi hijo para ser soldado".

famosa en todo el mundo, presumiblemente por su potente descripción de las amapolas flotando en un mar de cruces que marcaban las tumbas de los muertos, y también del canto de las alondras, muy por encima de las cabezas de los combatientes acantonados en las trincheras, a pesar del estruendo de los cañones:

370

En los campos de Flandes soplan las amapolas
Entre las cruces, fila sobre fila,
Que marcan nuestro lugar; y en el cielo
Las alondras, aún cantando valientemente, vuelan
Apenas se oye entre los cañones de abajo.
Somos los Muertos Hace unos días
Vivimos, sentimos el amanecer, vimos brillar el atardecer,
Amamos y fuimos amados, y ahora mentimos,
En los campos de Flandes.
Enfrentarnos al enemigo:
A ti desde manos fallidas te lanzamos
La antorcha; sé tú quien la sostenga en alto.
Si rompéis la fe con nosotros que morimos,
No dormiremos, aunque crezcan amapolas
En los campos de Flandes. [38]

En su brillante libro sobre la Gran Guerra, Paul Fussell ha diseccionado críticamente este poema. Lo denuncia como un instrumento literario de propaganda de guerra casi "vicioso y estúpido", pero particularmente potente y eficaz, de lo que los franceses llamaban *jusqu 'au-boutisme*, en el que salta naturalmente a la palestra el verso "retomemos nuestra disputa con el enemigo". El poema era potente y eficaz, porque evocaba imágenes que los habitantes de las trincheras conocían y encontraban atractivas, como el cielo que se extendía por encima de sus cabezas, el amanecer y el atardecer que observaban con atención cada día, las hipnotizantes alondras, intocables en lo alto del cielo, el dichoso "simulacro de muerte" (Fussell) del sueño que tanto

[38] Texto de "In Flanders' Fields":
http://www.warmuseum.ca/cwm/exhibitions/remember/flandersfields_e.shtml.

apreciaban, y las amapolas rojas, tradicionalmente asociadas no sólo con el sueño, los sueños y el olvido, sino también con el amor, la sangre y el martirio. (También para el soldado y poeta británico Isaac Rosenberg, las amapolas eran un símbolo fuerte en el sentido de la sangre y el sacrificio; en su poema "Break of Day in the Trenches", escribió que "las raíces" de las amapolas "están en las venas del hombre").[39]

371

No fue casualidad que las amapolas florecieran abundantemente en los Campos de Flandes en la primavera de 1915. Normalmente, las minúsculas semillas de esta flor penetran profundamente en la tierra para esperar allí, a veces durante años, a que el suelo se remueva por algún motivo, y así, expuestas a la luz del sol y al calor, germinan de repente. Con la excavación de kilómetros de trincheras y la explosión de decenas, si no cientos, de miles de proyectiles a partir del otoño de 1914, se crearon las condiciones para un florecimiento sin precedentes de amapolas la primavera siguiente en ese rincón de Bélgica, por supuesto de forma más espectacular en las inmediaciones de las trincheras y en la tierra de nadie llena de picaduras.[40] Con sus amapolas, el poema de McCrae respondía sin duda a la sensibilidad de los soldados canadienses y británicos. Aún más eficaz como herramienta de motivación era el hecho de que el poema parecía un llamamiento que emanaba de los camaradas caídos, más que de la oficialidad, incluidos oficiales como el propio McCrae. Insinuaba de forma especialmente sutil que *no* perseverar en "nuestra [sic] lucha contra el enemigo" habría supuesto una especie de traición, una grave ruptura de la cadena de solidaridad que unía a los hombres, tanto a los vivos como a los muertos. No mantener "en alto la antorcha" se convirtió así en algo impensable, ya que habría significado traicionar a los camaradas muertos. Tal deslealtad habría impedido a estos últimos encontrar descanso en un sueño eterno, incluso aunque estuvieran acunados por un hermoso paisaje rebosante de flores soporíferas:

Si rompéis la fe con nosotros que morimos,

---

[39] Fussell, pp. 246-50; texto del poema de Rosenberg: http://www.poetryfoundation.org/poetrymagazine/poem/2738.

[40] Agradezco a mi hermano, el arquitecto paisajista Erik Pauwels, esta información botánica.

No dormiremos, aunque crezcan amapolas
En los campos de Flandes.

Un poema tan *"jusqu'au-boutiste*" no podía dejar de gozar del favor de las autoridades militares y políticas, deseosas de encontrar formas de motivar a los hombres, de los medios de comunicación y, por ende, del público. McCrae recibió montones de cartas y telegramas felicitándole y elogiándole. "In Flanders' Fields" se publicó el 6 de diciembre de 1915 en la revista británica *Punch*, satírica pero nacionalista, y así emprendió una carrera como uno de los productos literarios más célebres y citados de la Gran Guerra. La razón no fueron sus méritos literarios, ni que gustara a los soldados rasos, lo que no parece haber sido el caso en absoluto. Se hizo famosa porque se utilizaría sistemáticamente, año tras año, para hacer propaganda a favor de la guerra y contra el pacifismo, a favor de la venta de bonos de guerra, del reclutamiento de voluntarios en todo el Imperio Británico y más tarde, en 1917, en Estados Unidos — y en Canadá, de nuevo en 1917, a favor de la introducción del servicio militar obligatorio, una medida que encontró mucha oposición, especialmente en la provincia de Quebec.[41] Incluso hoy en día, la amapola roja se asocia no sólo con el recuerdo, sino también con el nacionalismo y el militarismo, razón por la cual, en ocasiones como el Día del Recuerdo, los pacifistas han optado por llevar una amapola alternativa, blanca.

372

La amapola también hizo su aparición en una creación literaria y musical de 1915 muy diferente, pero de carácter fuertemente antimilitarista, a saber, la ya citada canción francesa inspirada en los sangrientos combates del infame bosque conocido como Bois-le-Prêtre, en Lorena. En esta chanson, la amapola roja es un análogo de las inútiles medallas concedidas a los *poilus* caídos*:*

Si, du canon bravant I 'echo,
Le soleil y risque un becot,
On peut voir le coquelicot

Si el sol se atreve a ignorar los disparos,
Y viene a bendecirnos con un besito,
Amapolas rojas a nuestro alrededor

---

[41] Fussell, pp. 246-50; Steven Connor, "Isaac Rosenberg: Birkbeck's War Poet", 30 de octubre de 2000,
http://www.stevenconnor.com/rosenberg, pp. 9-10.

20. Cansado de la guerra

Partout renaitre...

Car, dans un geste de semeur,
Dios, por cada
Poilu qui r Jette des legions d'honor
¡Au Bois-le-Prêtre!

Primavera a la vida de nuevo ...

Es Dios quien, como un sembrador,
Decoraciones generosamente fundidas
Uno por cada soldado
¡Quién muere en Bois-le-Prêtre!

Capítulo 21
Militaria 1916: Material y material humano

Si los hombres armados con fusiles y bayonetas no pueden abrir una brecha en las líneas defensivas, tal vez se pueda hacer simplemente borrando al enemigo en sus trincheras mediante el bombardeo masivo de la artillería. Esta es la poco sutil idea que subyace tras las infames "batallas de desgaste" libradas en 1916 y asociadas a los nombres de generales como von Falkenhayn, Pétain y Haig. Los alemanes llamaron a estas batallas Materialschlachten, en alusión a las enormes cantidades de material, o equipos de guerra, que se vieron implicados. Sin embargo, también se utilizó —y pulverizó— una cantidad sin precedentes de "material humano" en aquellas titánicas batallas de 1916, y tanto en Francia y Gran Bretaña como en Alemania sus nombres —Verdún y el Somme— siguen evocando los horrores de la Gran Guerra...

Mil novecientos dieciséis era el tercer año de la guerra. Le habían precedido dos años de muerte y miseria, y le seguirían otros dos años horribles. Mil novecientos dieciséis fue el ecuador de la Gran Guerra y en muchos aspectos también su nadir, ya que se produjeron masacres sin precedentes, sobre todo en los alrededores de Verdún y en el *departamento* de Francia que lleva el nombre del río Somme. Cerca de Verdún, el general Erich von Falkenhayn, que había tomado el relevo de von Moltke como comandante supremo de Alemania tras la batalla del Marne, concentró la mayor colección de cañones que el mundo había visto jamás. Sabía que los franceses querrían defender esta pequeña pero históricamente importante ciudad, donde se había firmado el famoso

Tratado de Verdún en 843, hasta el último hombre si era necesario. Por tanto, pretendía bombardear las posiciones francesas con su artillería de forma tan intensa y prolongada que al final no quedaría prácticamente nada de los *poilus* defensores, de modo que París se vería obligada a tirar la toalla. Von Falkenhayn estaba convencido de que así podría ganar la guerra; es decir, mediante lo que él bautizó *como Materialschlacht*, una "batalla de material", una forma de guerra en la que el material alemán, más concretamente la artillería, trituraría lenta pero inexorablemente a la infantería francesa con su incesante bombardeo.

374

En efecto, los franceses sufrirían pérdidas catastróficas en la defensa de Verdún. Pero los alemanes también recibieron una terrible paliza durante los muchos meses que se prolongaron los combates, concretamente desde el 21 de febrero hasta principios de diciembre de 1916. Finalmente, la batalla —o, para ser más exactos, la matanza— de Verdún terminó en un macabro empate. Los franceses sufrieron las mayores pérdidas, pero conservaron la ciudad; von Falkenhayn no logró vencer su resistencia y no consiguió ganar la guerra con su estrategia. En cualquier caso, el resultado de esta "batalla de material" —en la que se dispararon un total de sesenta millones de proyectiles, lo que equivale a seis por metro cuadrado[1] — fue catastrófico para el "material humano" implicado en ambos bandos. (A partir de entonces, los hombres fueron considerados un tipo más de material, de material barato, una "materia prima" necesaria para la producción masiva de muerte).[2] Entre 163.000 y 221.000 soldados franceses, así como 143.000 soldados alemanes, perdieron la vida, fueron hechos prisioneros o dados por desaparecidos; 320.000 franceses y 500.000 alemanes resultaron heridos, lo que supone un total de algo más de un millón de bajas. (Según Niall Ferguson, los franceses sufrieron 377.000 bajas y los alemanes 337.000). En cualquier caso, cientos de miles de hombres perecieron en lo que los franceses llamaron el "infierno" de Verdún. Verdún también ha sido descrito como una "picadora de carne", por la que tuvieron que pasar 259 de las 330 unidades de infantería francesa, por lo que las posibilidades de supervivencia de cada *poilu* eran mínimas. Según un informe de junio de

[1] Rouaud, p. 42.

[2] Libardi, Orlandi y Scudiero, p. 37; Miquel, p. 59.

1916, es decir, en el fragor de la batalla, de cada cien hombres que fueron a Verdún, sólo treinta regresaron ilesos.

375

Además de la artillería y el "material humano", había otro tipo de material: los camiones. Durante meses, sólo hubo una carretera disponible, la de Bar-le-Duc, para enviar hombres y suministros al frente de Verdún. A lo largo de esta *voie sacree* o "*carretera* sagrada", como llegó a conocerse, miles de camiones circulaban en ambos sentidos, día y noche, trayendo hombres y municiones, alimentos, etc., y sacando a los heridos. (Otros bienes se transportaban a través de una pequeña línea ferroviaria paralela a la carretera). Se calcula que pasaba un camión cada catorce segundos, es decir, ¡250 camiones por hora! Sin este enlace, los franceses no habrían podido mantener sus líneas alrededor de Verdún. Por otra parte, para mantenerse en contacto con los combatientes de las primeras líneas, los dos bandos recurrieron también a cierto material anticuado, palomas mensajeras y perros, por ejemplo. Una paloma francesa especialmente "heroica", llamada "Cher Ami", fue disecada tras su muerte y ahora puede admirarse en el Instituto Smithsonian de Washington.[3]

Mil novecientos dieciséis fue también el año de la tristemente célebre Batalla del Somme, una segunda masacre en la que perdieron la vida cientos de miles de hombres, esta vez británicos y alemanes en su mayoría, pero también franceses. Esta batalla no se libró a lo largo del río llamado Somme, que serpentea perezosamente de este a oeste por el norte de Francia, atravesando así la línea del frente, que en esta zona iba del sureste al noroeste. El nombre se refería al distrito administrativo o *departemento* francés donde tuvo lugar esta batalla y que a su vez llevaba el nombre del río. Este *departamento* corresponde más o menos a la antigua provincia de Picardía, cuya capital es Amiens. La mayor parte de los combates tuvieron lugar al este de Amiens, entre la pequeña ciudad de Albert, en poder de los aliados, y las ciudades de Bapaume y Peronne, ambas situadas detrás de las líneas alemanas.

Esta zona, que había sido un sector particularmente tranquilo del frente, había estado ocupada durante algún tiempo en el lado aliado por

---

[3] Miquel, pp. 261 y ss.; *14-18: Mourir pour la patrie*, pp. 152-53; Ferguson, p. 285; Englund, pp. 253, 372; Duroselle, pp. 110-17; Piper, pp. 396-99; Breverton, pp. 122-23.

tropas británicas. Muchos de los hombres que la ocupaban ahora eran recién llegados a la guerra, reclutas inexpertos que habían llegado a Francia poco antes. No eran soldados profesionales como los hombres de la BEF, sino voluntarios que se habían unido a las fuerzas en 1914 y 1915 y que, por lo tanto, eran conocidos colectivamente como el "Ejército de Kitchener", ya que habían atendido la famosa llamada de este último a luchar por el rey y la patria. La gran mayoría de estas tropas procedían de la propia Gran Bretaña, es decir, de Inglaterra, Escocia y Gales, así como de Irlanda. A diferencia de la batalla de Verdún, la batalla del Somme no fue una ofensiva lanzada por los alemanes, sino por los aliados, más concretamente los británicos, aunque también participarían fuerzas francesas. El objetivo era reducir la presión ejercida sobre Verdún por los alemanes. Pero Haig, el comandante en jefe británico, que dirigía la operación, la veía como una oportunidad de hacer lo que su predecesor, French, no había podido lograr en 1915, es decir, atravesar las líneas alemanas y ganar así la guerra. Habló con optimismo de la ofensiva que planeaba como la "Gran Empuje Adelante" o, abreviado, la "Gran Empuje". Haig estaba ahora al mando y estaba convencido de que Dios le había elegido personalmente para guiar a los británicos hacia la victoria. (De su ofensiva diría más tarde que "sentía que cada paso de [su] plan se había dado con la ayuda divina"). Haig soñaba con una batalla al estilo de los supuestos buenos tiempos, quizá no de la Edad Media, sino de las Guerras Napoleónicas, en la que los soldados de a pie, con la ayuda de la artillería, abrieran un agujero en las líneas enemigas, a través del cual la caballería, el arma favorita de la nobleza —y también de Haig—, pudiera cargar en un movimiento decisivo, arrollando las líneas enemigas y cosechando la gloria de la victoria. Supuestamente, Haig se había persuadido a sí mismo de que "la capacidad de las balas para detener a los caballos era muy exagerada"; tal vez se trate sólo de una leyenda, pero ilustra su incuestionable confianza en el enorme potencial de los guerreros a caballo. Por el contrario, tenía una opinión bastante baja de las ametralladoras, una opinión típica de la aristocracia y la élite británicas en general. ¿Cómo podía un arma producida en serie por obreros en alguna fábrica anónima y manipulada por cualquier proletario

ser superior a un aristócrata subido en el "noble" animal que era su caballo?[4]

Haig y sus colegas eran perfectamente conscientes del hecho de que habría numerosas bajas entre los soldados de infantería que atacarían primero, pero eso no representaba gran problema. Los hombres del "Ejército de Kitchener" eran extremadamente numerosos y en su inmensa mayoría de origen modesto. Eran el tipo de gente de la que Gran Bretaña estaba superpoblada de todos modos, por lo que —visto desde la perspectiva de la élite— el país se beneficiaría de ver sus filas algo adelgazadas. Además, la ofensiva planeada se percibía como una excelente oportunidad para inculcar algo de disciplina y *clase* a estos proletarios. Estos últimos recibieron instrucciones de dirigirse al ataque en buen orden, como escolares, bien alineados, para avanzar lenta e inquebrantablemente por la tierra de nadie, erguidos y dignos, tal y como les gustaba ver a sus superiores. Por último, para que el espectáculo fuera agradable para los superiores que los observaban desde una distancia segura, el ataque se programó a plena luz del día. Sin embargo, de las experiencias de 1914 y 1915, Haig había aprendido que la artillería también era importante, incluso muy importante. Y así, al igual que von Falkenhayn en Verdún, el comandante en jefe británico reunió una cantidad colosal de cañones, supuestamente unas 1.600 piezas. Con la ayuda de este arsenal, pretendía bombardear las líneas alemanas tan a fondo que, durante el ataque, las tropas británicas que avanzaban sólo tuvieran que liquidar a los escasos supervivientes.

377

Las posiciones alemanas serían bombardeadas durante no menos de cinco días, durante los cuales se dispararían alrededor de un millón y medio de proyectiles.

La ofensiva se puso en marcha el 1 de julio de 1916. El tiempo se describió como "divino", pero ese día resultaría ser el más oscuro de la historia del ejército británico. Exactamente a las 7:30, se dio la orden a los Tommies de "pasar por encima" o "saltar las bolsas", como se llamaba a la salida de las trincheras, y avanzar por tierra de nadie como se les había dicho, a la manera británica: disciplinada y digna, marchando despacio, con el cuerpo erguido, hombro con hombro. En el caso del

[4] Keegan, p. 207 ss; Wolff, pp. 61-63. Cita de Haig en Wolff, pp. 62-63.

Regimiento de Surrey , alguien pateó un balón de fútbol en dirección a las trincheras alemanas cuando comenzó el ataque. Para los todavía inexpertos Tommies, todo esto creaba la impresión de que la situación estaba bajo control, de que todo iría bien. Además, los oficiales habían asegurado a los hombres que, tras días de bombardeos, no quedaría gran cosa de las posiciones alemanas y sus defensores.

La compostura y la disciplina de los soldados causaron una excelente impresión a los generales. Sus sentimientos quedaron reflejados en estos versos de un poema titulado "En el Somme", en el que Charles Penrose, un oficial que presenció el ataque, describía de forma medio seria, medio sarcástica, lo bien que se desarrolló el escenario aquella mañana del 1 de julio:

378

> *Por toda la tierra de nadie y a través del cableado en ruinas,*
> *Cada oficial que los guiaba, con un bastón por espada,*
> *No le importó ni un botón que el enemigo siguiera disparando*
> *Mientras regateaban balones para gloria del Señor*. [5]

Pero Haig no había previsto que tantos alemanes, atrincherados en sólidos túneles y búnkeres de hasta diez metros de profundidad bajo tierra, fueran capaces de sobrevivir al infernal bombardeo. En cuanto la artillería dejó de disparar, los alemanes se dieron cuenta de que el ataque era inminente, por lo que salieron corriendo de sus refugios con sus ametralladoras. No podían creer lo que veían sus ojos cuando vieron a miles y miles de soldados británicos acercándose por tierra de nadie, lentamente, erguidos, en ordenadas filas. Incontables Tommies fueron acribillados en muy poco tiempo aquella fatídica mañana. El bombardeo preliminar, por impresionante que fuera, también había sido mucho menos eficaz de lo esperado por otra razón. Los proyectiles británicos eran de calidad mediocre, y no menos de una cuarta parte de todos los proyectiles disparados parecían ser "inútiles" que no explotaban. ¿De quién era la culpa? ¿Quizás de los fabricantes, que ganaban fortunas produciendo munición, y que trataban de aumentar sus ganancias utilizando material de menor calidad? Para Haig, sin embargo, no había duda. Los culpables eran los obreros de las fábricas británicas, de quienes

[5] Hibberd y Onions, pp. 152-53.

creía que "tenían demasiadas vacaciones y bebían demasiado". "Un argumento notable", observa Adam Hochschild, "para alguien cuya fortuna familiar se basaba en el whisky". Haig sugirió en una carta a su esposa que sería buena idea "coger y fusilar a dos o tres de ellos" para que "cesara el 'hábito de beber'".[6]

Y así, las primeras oleadas de atacantes británicos fueron acribilladas, una tras otra, por las ametralladoras alemanas. Aun así, los Tommies siguieron avanzando. Este fue el caso, incluso a última hora del día, del Regimiento de Terranova, una de las pocas unidades británicas involucradas en la batalla que no era de la propia Gran Bretaña. (En aquella época, la gran isla del Atlántico noroccidental aún no formaba parte de Canadá, como hoy, sino que seguía siendo una colonia británica independiente). En las inmediaciones del pueblo de Beaumont-Hamel, 684 de los 752 terranovas que participaron en la operación cayeron víctimas de las ametralladoras de unos alemanes de los que no llegaron a ver ni un solo ejemplar. Pero, ¿qué general británico se preocuparía por la pérdida de unos cientos de pescadores, mineros y otros trabajadores de una parte distante e insignificante del glorioso Imperio? Ese fatídico 1 de julio —que más tarde se convertiría en el "Día del Recuerdo" en Terranova— el ejército británico perdió más hombres que nunca en un solo día: 60.000 bajas sobre un total de 110.000 hombres que participaron en el ataque. Las pérdidas alemanas ascendieron supuestamente a 8.000 hombres. Los miles de soldados de caballería que Haig mantenía preparados esperaron en vano la señal para avanzar, ya que la esperada brecha en las líneas alemanas nunca se materializó.[7]

379

Por supuesto, los generales británicos estaban decepcionados porque el ataque no había producido el resultado deseado. Pero estaban muy satisfechos por la forma en que los hombres habían seguido las órdenes y se habían comportado de forma tan digna. "Donde hoy podríamos ver matanzas sin sentido", escribe Adam Hochschild, "muchos de los que presidieron las batallas de la guerra sólo vieron nobleza y heroísmo". Y

---

[6] Hochschild, p. 143.

[7] Ferguson, p. 293; Fussell, pp. 13, 27, 29; Hochschild, pp. 196, 198, 206-07; Hibberd y Onions, pp. 152-53; Black y Boileau, pp. 136-39.

con respecto al baño de sangre del 1 de julio de 1916, cita el informe de un general:

> *Ni un solo hombre eludió atravesar el fortísimo bombardeo o enfrentarse al fuego de ametralladoras y fusiles que finalmente los aniquiló... Vio cómo las líneas que avanzaban en tan admirable orden se deshacían bajo el fuego. Sin embargo, ni un solo hombre vaciló, rompió filas o intentó regresar. Él nunca ha visto, de hecho nunca podría haber imaginado, un despliegue tan magnífico de gallardía, disciplina y determinación. Los informes que recibió de los pocos supervivientes de este maravilloso avance confirman lo que vio con sus propios ojos, es decir, que casi ninguno de los nuestros llegó a la primera línea alemana.* [8]

Dos días después del ataque, cuando Haig recibió un informe en el que se decía que las pérdidas ascendían a cuarenta mil hombres —¡cuando en realidad eran mucho mayores! — comentó fríamente que "esto no puede considerarse grave, teniendo en cuenta el número de combatientes y la longitud del frente atacado". Se dio cuenta de que incluso pérdidas tan elevadas no eran muy importantes en el gran esquema de las cosas. La muerte de miles de soldados no le causaba ningún dolor de cabeza. "Nos lamentamos demasiado por la muerte", comentó estoicamente en una ocasión, "deberíamos considerarla como un cambio de habitación". Y añadió:

> *Hay que enseñar a la nación a soportar las pérdidas ...* [*y*] *a ver las listas de bajas pesadas para lo que puede parecer a los no iniciados como objeto*[*s] insuficiente[s*] *... Tres años de guerra y la pérdida de una décima parte de la virilidad de la nación no es un precio demasiado alto a pagar por una causa tan grande.* [9]

380

Por cierto, Haig evitó todo contacto directo con los soldados ordinarios a los que sacrificó tan generosamente en el altar del Moloch de la guerra. Al parecer, ni una sola vez se aventuró a entrar en las trincheras. Y siempre que se encontraba cara a cara con un soldado, se dirigía a él como habían hecho los aristócratas desde tiempos

---

[8] Hochschild, p. xviii.
[9] Hochschild, pp. 180, 207.

inmemoriales, es decir, con un condescendiente "mi hombre", al que el subordinado debía responder con un respetuoso "señor".[10]

Los medios de comunicación británicos se hicieron eco de la opinión de los generales. Un corresponsal de guerra de allí informó de que, "en conjunto, [había sido] un buen día para Inglaterra y Francia. Es un día prometedor en esta guerra". Y el *Daily Mirror* del 22 de noviembre de 1916 incluso justificó y glorificó la desaparición de decenas de miles de hombres con la siguiente descripción de un Tommy muerto:

> *Incluso mientras yace en el campo de batalla, se le ve más silenciosamente fiel, más sencillamente firme que a los demás. También parece especialmente modesto y caballeroso, como si mientras moría se hubiera preocupado de que no hubiera ningún desfile en su porte, ningún heroísmo en su postura.*

Los propios soldados, sin embargo, veían las cosas de otra manera. Los hombres se referían a la ofensiva del Somme, el "Gran Empujón" de Haig, como "la Gran Cagada", un término que con el tiempo también designaría a la guerra en general. Era un término con doble filo, que reflejaba no sólo el desprecio de los soldados por la incompetencia de los generales, sino también su percepción de haber sido terriblemente maltratados por Haig y sus otros superiores. Este último punto, o algo muy parecido, también fue transmitido por los soldados alemanes cuando llamaron a la guerra un *Schwindel:* un "fraude", "estafa" o "tinglado".[11]

La batalla del Somme comenzó de forma catastrófica el 1 de julio de 1916 y se prolongaría hasta noviembre de ese mismo año, cobrándose muchas más víctimas en el proceso. Los aliados registrarían mínimas ganancias territoriales, pero más importante fue sin duda el hecho de que el plan de Haig había proporcionado un alivio muy necesario a los asediados franceses en torno a Verdún. En cualquier caso, al igual que en Verdún, las pérdidas fueron enormes. Los británicos sufrieron pérdidas por un total aproximado de medio millón de hombres, incluidos al menos 125.000 muertos, mientras que los franceses registraron 200.000

---

[10] Hochschild, pp. 209-10, 224.

[11] Knighdey, p. 100; Fussell, pp. 12, 175, 316; Ulrich y Ziemann, pp. 73, 95.

bajas. Las pérdidas alemanas ascendieron a cerca de medio millón de hombres. Para todas las fuerzas implicadas en él, el sangriento asunto del Somme costó más de un millón de muertos, heridos, desaparecidos en combate y prisioneros de guerra.[12]

381

La batalla del Somme sirvió de inspiración para una canción que se convertiría en un gran éxito en Gran Bretaña, "Roses of Picardy" (Rosas de Picardía), escrita por un abogado y famoso compositor, Frederick E. Weatherley. La provincia de Picardía, más o menos el equivalente territorial del Departamento del Somme y, por tanto, el teatro de la gran batalla, no es conocida por sus rosas: esas flores funcionaron como el poderoso símbolo de la sangre que se derramó en esa región, de forma parecida a como lo hicieron las amapolas para los Campos de Flandes. Además, como ha señalado Paul Fussell, las rosas están estrechamente vinculadas a Inglaterra y son un símbolo de lealtad a la patria británica. En esta canción de , la lealtad a la patria está estrechamente asociada a la lealtad a la persona amada: [13]

Las rosas brillan en Picardía
En el silencio del rocío plateado
Las rosas florecen en Picardía
Pero nunca hay una rosa como tú
Y las rosas morirán con el verano
Y nuestros caminos pueden estar lejos
Pero hay una rosa que no muere en Picardía
Es la rosa que guardo en mi corazón.

"Rosas de Picardía" es una hermosa canción que evoca con gran eficacia el ambiente que se vivió en Gran Bretaña durante y después de la Batalla del Somme. Pero el horror y el absurdo de la batalla en general y del ataque del 1 de julio en particular se transmiten de forma aún más impactante en el poema "After the 'Offensive'" de Theo Van Beek, un oficial de artillería:

---

[12] Hochschild, p. 214; Kolko (1994), p. 133.
[13] Fussell, p. 243-245. Letra de la canción: http://www.firstworldwar.com/audio/rosesofpicardy.htm.

Olas de hombres fuertes
Que surgirá no otra vez,
Dispersos y desgarrados
Mientes y te pudres;
¿Qué no has dado?
¿Y qué — tienes? [14]

382

Durante la batalla del Somme, los británicos atacaron hacia el este, y el 1 de julio de 1916 murieron a millares mientras marchaban por tierra de nadie hacia el sol naciente. Y, sin embargo, parece ser que fue por aquel entonces cuando, para referirse a ser asesinado o morir en general, los Tommies empezaron a utilizar la expresión "ir hacia el oeste", aparentemente inspirada en la antigua asociación del punto cardinal del sol poniente con el inframundo y la muerte. (Otras expresiones con un significado similar eran "ir hacia abajo" y "ser noqueado"). Fue mientras marchaban a hacia el este, literalmente, cuando decenas de miles de soldados "se fueron hacia el oeste", en sentido figurado.

En el poema "From *Sed Miles"* —que significa algo así como "extracto del poema latino *Sed Miles* "[muriendo] como un soldado"—, A.E. Tomlinson preguntó por qué, en la batalla del Somme, tantos Tommies tuvieron que ir al oeste. Dio una respuesta sarcástica: por la gloria del Imperio Británico, para que aún más partes del mundo se pintaran del color rojo que indicaba las posesiones británicas en los famosos mapas elaborados por la firma Bartholomew:

Pero cuando West vayas,
Es bueno saber
Usted ha hecho su parte
A pesar de ello;
Y el nombre de Blighty
Y la fama de Blighty
Encontrará en su
Desaparición, estiércol,
Brotar y extenderse

---

[14] Hibberd y Onions, p. 146.

Hasta el rojo inglés
Es el tono favorito
Para Bartholomew. [15]

383

Para los soldados británicos, sin embargo, el asunto del Somme, y por tanto todo el verano de 1916, marcó un punto de inflexión. Ya no creían que la guerra terminaría al año siguiente. "Los soldados seguían marchando obedientemente al frente", escribe Adam Hochschild, "pero ya no cantaban". Ahora irradiaban "una especie de cinismo tenaz, una incredulidad de que cualquier batalla pudiera marcar la diferencia".[16] ¿Cómo iba a terminar esta guerra, si ni siquiera una gran ofensiva conseguía cambiar el punto muerto? Hacia finales de 1916, un oficial británico calculó que, basándose en los progresos realizados desde el comienzo de la guerra en las trincheras, los británicos podrían tardar 180 años en llegar al Rin. Otro oficial opinaba que "Dios sabe cuánto durará [la guerra] a este ritmo" y que "ninguno de nosotros verá nunca su final y los niños que aún están en la escuela tendrán que hacerse cargo de ella". Tras una visita al general Haig, George Bernard Shaw escribió que el comandante en jefe le había dejado la impresión de que la guerra podría durar otros treinta años y que Haig parecía decidido a seguir al frente del ejército británico hasta su jubilación. A medida que 1916, el *annus horribilis* de las masacres de Verdún y el Somme, se acercaba a su fin, no sólo innumerables soldados británicos sino también franceses y alemanes empezaron a sentir que la guerra no acabaría nunca, que la guerra se había convertido en "la condición permanente de la humanidad". Muchos Tommies estaban convencidos de que sería la guerra para el resto de sus vidas, y se decían cínicamente unos a otros que "los primeros siete años serán los peores". Uno de esos "neverendianos" era el poeta Robert Graves, que escribiría más tarde que "manteníamos dos creencias irreconciliables: que la guerra no acabaría nunca y que la ganaríamos."[17]

La idea de una guerra interminable no es tan descabellada. También la guerra de Vietnam pareció durante mucho tiempo interminable; y la

---

[15] Hibberd y Onions, pp. 143-44. *Sed* miles era una alusión a un famoso poema de Henry Newbolt, "Clifton Chapel", que trata de alguien que murió joven, *sed miles, sed pro patria,* es decir, "pero como soldado, pero por la patria".

[16] Hochschild, pp. 211-12

[17] Fussell, pp. 71-74; Wolff, p. 28.

actual llamada Guerra contra el Terror, ¿es no sólo una forma de guerra universal sino también permanente? Habiendo pasado más de dos años en un conflicto asesino que se suponía que iba a ser corto y glorioso, los combatientes tenían muchas razones para creer que nunca lo verían terminar. Incluso si algún día la guerra llegaba a su fin, se preguntaban cínicamente algunos de ellos, ¿tendrían sus oficiales la amabilidad de hacérselo saber? No hay de qué preocuparse, fue la respuesta en broma de un soldado, ¡nos enteraremos de que la guerra ha terminado cuando disparen cuatro bengalas negras a medianoche!

384

La pequeña ciudad de Albert, en el corazón de Picardía, fue apodada "Bert" por los británicos. "Bert" no era (y no es) precisamente un lugar de gran belleza e interés, pero funcionaba como centro neurálgico para los soldados que participaron en la Batalla del Somme, al igual que Ypres lo hizo para los británicos en los Campos de Flandes. Y la carretera de Amiens a Albert era la única que podía utilizarse para trasladar hombres y material hacia y desde el frente, asemejándose en este sentido a la carretera de Poperinge a Ypres en el "Bolsillo de Ypres" —y, en el caso de los franceses en Verdún, a la famosa "carretera sagrada". Los hombres que se dirigían a Albert por esta siniestra carretera podían percibir ya desde lejos la gran atracción local: una estatua dorada de la Virgen María que había sido alcanzada por un proyectil y permaneció durante años colgando precariamente de su base en lo alto del alto campanario de la iglesia local. Los Tommies la llamaban la Dama de la Cojera. Estaban convencidos de que la guerra terminaría cuando la estatua se desprendiera de su base y cayera al suelo. Los alemanes también lo creían y sus artilleros intentaron una y otra vez derribar la estatua, pero fue en vano. En la primavera de 1918, cuando "Bert" cayó en manos de los alemanes, fue el turno de la artillería británica de apuntar a la Virgen de Alberto. En abril de 1918, fue alcanzada por un proyectil británico. Poco más de seis meses después, la guerra llegaba a su fin.[18]

Verdún y el Somme constituyeron los "platos fuertes" del programa de batallas del año 1916, pero en otros lugares también se produjeron acciones que merecen nuestra atención. El 31 de mayo y el 1 de junio, por ejemplo, se libró en aguas del Mar del Norte, frente a las costas de la

[18] Fussell, pp. 41, 121, 131-33.

península danesa de Jutlandia, la única gran batalla naval de la Gran Guerra, razón por la cual el acontecimiento pasó a la historia con el nombre de Batalla de Jutlandia. Fue un enfrentamiento entre la Marina Real Británica y la flota de guerra alemana, y los dos adversarios se retiraron tras haberse infligido mutuamente pérdidas relativamente importantes. Los británicos perdieron 6.784 hombres; los alemanes menos de la mitad, 3.039. Los alemanes perdieron menos hombres y hundieron más barcos británicos, lo que les permitió alzarse con la victoria. Y en Alemania la batalla fue debidamente celebrada como un triunfo; incluso después del final de la Segunda Guerra Mundial, seguía siendo considerada una victoria por los alemanes. Por el contrario, la opinión pública británica se escandalizó porque su poderosa Royal Navy, aunque no había sido derrotada, sí había sufrido un revés, y algunos periódicos proclamaron vencedores a los alemanes. Pero poco a poco quedó claro que los alemanes habían minimizado sus propias pérdidas, y que lo que importaba no era sólo el número de barcos hundidos y de vidas perdidas, sino también el resultado del encuentro. De hecho, el intento de la flota alemana de privar a la Royal Navy del control del Mar del Norte había acabado en fracaso porque, tras la batalla, los buques alemanes se retiraron a sus puertos para esperar inactivos el final de la guerra. Así pues, los británicos siguieron siendo los amos del Mar del Norte y pudieron impedir el despliegue de los buques alemanes. También podían seguir impidiendo que los alimentos y las materias primas que tanto necesitaba Alemania para hacer la guerra en tierra llegaran al Reich a través de barcos y puertos neutrales en, por ejemplo, los Países Bajos. Este bloqueo británico fue sin duda uno de los factores determinantes de la derrota final de Alemania. A la inversa, se puede decir que Alemania *tal vez* podría haber ganado la guerra si su flota hubiera triunfado en la Batalla de Jutlandia, impidiendo así el bloqueo. En este sentido, la Batalla de Jutlandia constituyó una victoria, poco espectacular pero muy importante, para los británicos. En lo que respecta a la opinión pública británica, el decepcionante resultado del encuentro de Jutlandia pronto se evaporó cuando los medios de comunicación empezaron a informar de

buenas noticias, aunque en su mayoría falsas, procedentes del frente occidental tras el inicio de la Batalla del Somme el 1 de julio de 1916.[19]

385

En el Frente Oriental, los combatientes tampoco permanecieron inactivos en 1916. El principal acontecimiento del año allí fue una ofensiva a gran escala orquestada por el general ruso Brussilov, ofensiva que duró desde principios de junio hasta finales de septiembre. Tuvo lugar en los confines occidentales de lo que hoy es Ucrania, por ejemplo en las cercanías de la ciudad de Lviv, entonces más conocida por su nombre alemán, Lemberg. Inicialmente, todo fue bien. Tras un intenso bombardeo preliminar por parte de la artillería, la infantería rusa pasó al ataque, las líneas austrohúngaras fueron perforadas, y los rusos pudieron así avanzar a lo largo de una larga franja del frente y embolsarse algunos cientos de miles de prisioneros. Las tropas del Imperio de los Habsburgo desertaron en gran número, no sólo individualmente sino también colectivamente. Los regimientos formados por checos y otras minorías eslavas, en particular, se pasaron en su totalidad a los rusos. Pero entonces empezaron a llegar refuerzos alemanes en tren y lanzaron contraataques. Tras semanas de lucha, los dos bandos quedaron exhaustos y las operaciones militares degeneraron de nuevo en una guerra de tipo estacionario. Mientras tanto, Rumanía, impresionada por el éxito inicial de Brusilov, había declarado la guerra a las Potencias Centrales. Al igual que sus homólogos en Italia y Bulgaria, los dirigentes rumanos estaban motivados por la perspectiva de estar en el bando vencedor y poder así obtener ganancias territoriales. Sin embargo, los

386

Los rumanos pronto estuvieron a punto de verse desbordados por las tropas búlgaras, austro-húngaras y alemanas. Brussilov tuvo que acudir en su ayuda, pero fue en vano, porque en diciembre de 1916 los alemanes entraron en Bucarest y Rumanía quedó de facto fuera de la guerra. En diciembre de 1917 se negociaría un armisticio y el 21 de abril de 1918 se firmaría en Bucarest un tratado de paz. (En cualquier caso, la ofensiva de Brusilov se desvaneció. Pero al atraer a las tropas alemanas al frente oriental, había proporcionado cierto alivio a los franceses en Verdún. Y asestó un duro golpe a la Monarquía del Danubio, del que nunca se

[19] Hochschild, p. 194; Münkler, pp. 497-508; Canales y De Rey, pp. 145-51.

recuperaría. Posteriormente, el Imperio de los Habsburgo demostró ser prácticamente incapaz de hacer la guerra sin la ayuda alemana.[20]

[20] Ferro, pp. 78-79; Duroselle, pp. 339-41; Münkler, pp. 435-38; Englund, p. 271, nota a pie de página; Rousseau (2006), p. 72.

Capítulo 22
Soldados y civiles descontentos

En el transcurso del año 1916 se hace cada vez más evidente que tanto los soldados como los civiles están descontentos e inquietos. Los obreros y otros plebeyos atraviesan grandes dificultades a causa de los bajos salarios y los altos precios. Su destino contrasta de forma dramática —y provocativa— con la buena vida de los especuladores de la guerra y los embusteros, es decir, todos aquellos que consiguen evitar servir en el frente. No sólo los proletarios, sino también las minorías étnicas están hartas, como demuestra espectacularmente el Alzamiento de Pascua en Dublín ...

En 1914, los campesinos, los pequeños burgueses y los obreros de todos los países habían ido obedientemente a la guerra para gran satisfacción de la élite aristocrática, burguesa y eclesiástica que había querido la guerra, la había desencadenado y había esperado mucho de ella, sobre todo la metamorfosis de las masas plebeyas en un séquito tan manso y maleable como los siervos de la Edad Media, la época glorificada por el Romanticismo. Desde este punto de vista, sin embargo, la guerra se revelaría bastante disfuncional; los plebeyos perdieron gran parte del respeto, la confianza y la credulidad que habían mostrado frente a la nobleza en general, y especialmente frente a los altivos pero incompetentes generales que "masacraron" a sus propios soldados por decenas de miles, pero también frente a las cabezas coronadas a las que se consideraba responsables de la guerra, así como frente a los prelados que habían alabado la guerra como una cruzada y una expiación de los pecados. Y los de abajo manifestaban cada vez más hostilidad y desprecio hacia los industriales y banqueros que se beneficiaban descaradamente de la guerra. En otras palabras, la guerra hizo a la gente "pequeña" —con

uniforme o sin él— más recalcitrante, inquieta, sediciosa y, por tanto, más peligrosa que nunca para la élite.

388

Fue en el transcurso del año 1916 cuando esto se hizo evidente. En agosto de ese año, una enfermera británica que trabajaba en el frente oriental, cerca de Salónica, expresó el malestar y el miedo que surgían en la élite:

> *La guerra comenzó como un intento de preservar Europa tal y como era, de mantener el statu quo, pero ahora está cambiando el continente de una forma más arrolladora de lo que nadie podría haber imaginado en sus peores pesadillas.*

Y culpó a "los que están en el poder... [que] han desatado fuerzas incontrolables: nacionalismo extremo, revolución social, odio religioso. "[1]

La moral de los soldados que sirvieron de carne de cañón durante las grandes batallas de 1916 descendió a un nadir. El otoño de 1914 había sido la época de la desilusión, y 1915 había sido el año del cansancio y la desesperación por la guerra; 1916 fue testigo de la aparición de los primeros síntomas de descontento, desafección e incluso sedición. En las paredes de las casas de un pueblo devastado del norte de Francia ocupada, por ejemplo, los soldados alemanes habían garabateado en grandes letras la siguiente pintada:

> *Detengamos la matanza, queremos la paz ... ¡Nada de muertes heroicas para nosotros!... Los que alaban morir como un héroe deberían ir ellos mismos al frente ... ¡Al infierno con los oficiales, son perros y sinvergüenzas!*

Cada vez más soldados alemanes estaban hartos de la guerra y ansiaban la paz. Ya había sido así durante algún tiempo, pero en 1916 los horrores de Verdún y el Somme desencadenaron una oleada sin precedentes de anhelo de paz (*Friedenssehnsucht*), no sólo entre los soldados alemanes, sino también entre sus civiles. Se dice que la ofensiva británica en el Somme, en particular, asestó un duro golpe a la moral de los alemanes; fue entonces cuando los hombres de gris campo empezaron por primera vez a desertar o a rendirse en cantidades significativas. (Los

[1] Englund, p. 292.

británicos tomaron no menos de once mil prisioneros alemanes durante las dos primeras semanas de la batalla). Y fue también en 1916 cuando los "cerdos del frente" empezaron a señalar con el dedo acusador a quienes consideraban responsables del baño de sangre, a saber, "los capitalistas", incluidos los de su propio país. Así, en agosto de 1916, un alto funcionario del gobierno informó de que

389

> *... desde hace meses, no llega una sola carta* [*de los soldados en el frente] que no contenga una demanda urgente de paz ... En el ejército está muy extendida la convicción de que la guerra se prolonga sólo porque interesa a los capitalistas*.[2]

El siguiente verso, titulado *"Der Krieg ist für die Reichen*", "La guerra *es para los ricos*", se hizo especialmente popular entre los soldados alemanes de a pie:

Wir kämpfen nicht für Vaterland,	*No luchamos por la patria,*
Wir kämpfen nicht für Gott,	*No luchamos por Dios,*
Wir kämpfen für die reichen Leut',	*Luchamos por los ricos,*
Die Armen schieKt man tot.	*A los pobres simplemente se les dispara.*

Una versión ligeramente diferente era la siguiente:

Wir kämpfen nicht für Vaterland	*No luchamos por la patria,*
y nicht für deutsche Ehre,	*Y no por el honor alemán,*
Nos negamos a aceptarlo	*Morimos por absurdos*
und für die Millionäre" [3]	*¡Y para los millonarios!*

En el ejército alemán, el descontento, la inquietud y la hostilidad de los hombres hacia sus superiores militares y la élite aristocrática y burguesa en general aumentaban de forma espectacular. En un intento de aliviar la presión, las autoridades procedieron a reducir los privilegios más flagrantes, y por tanto más provocadores, de los "caballeros oficiales". En marzo de 1916, por ejemplo, el alto mando de la flota en Wilhelmshaven dispuso eliminar todos los elementos lujosos de los camarotes de los oficiales. El hecho de que estos camarotes estuvieran "amueblados como

---

[2] Feltman, p. 92; Hochschild, p. 214; Ulrich y Ziemann, p. 67.

[3] Texto del poema "Der Krieg ist fur die Reichen": http://www.volksliederarchiv.de/text7129.html; Grünefeld, p. 343.

casas de clase alta, con alfombras orientales, sillones de cuero acolchados y obras de arte originales" y de que los oficiales se beneficiaran de una comida y bebida excelentes y disfrutaran de permisos regulares y largos, había sido durante mucho tiempo una espina clavada en el costado de los marineros de a pie que tenían que vivir en condiciones espartanas; el marinero que nos ha dejado un testimonio al respecto lo veía como una demostración del "sistema de clases". Al mismo tiempo, los oficiales empezaron a llevar sus pistolas, porque temían posibles explosiones del "creciente sentimiento de frustración entre la tripulación".[4]

390

La población civil alemana también mostró un creciente cansancio de la guerra en 1916. En ese año, el Reich ya contaba con al menos seis organizaciones pacifistas relativamente grandes y activas. Algunas eran burguesas, otras proletarias y cultivaban relaciones con el SPD, especialmente con su facción radical, el círculo en torno a Karl Liebknecht, aunque a principios de 1916 este último fue excluido del partido, que, fiel a la idea de *los Burgfrieden,* siguió apoyando la guerra. El 1 de mayo, en Berlín, Liebknecht encabezó una manifestación contra la guerra y a favor de la paz. Fue detenido, pero no menos de cincuenta mil trabajadores de las fábricas de municiones de Berlín se declararon en huelga para protestar contra esta medida. En el Reichstag, se encarga a una comisión que estudie la posibilidad de entablar negociaciones de paz; en 1917, se produce una resolución favorable a las mismas.

El auge del pacifismo desencadenó una contraofensiva por parte de los militaristas acérrimos, representantes de la élite política, militar y social que rechazaban cualquier tipo de iniciativa de paz y seguían viendo promesas en la guerra. Seguían soñando con una victoria que hiciera realidad sus objetivos, a saber, la consolidación del orden social y político establecido y una expansión imperialista tanto dentro de Europa como en ultramar. Para lograr ese objetivo, no sólo había que enfrentarse sin piedad al enemigo exterior, por ejemplo mediante una guerra submarina ilimitada, sino también al enemigo interior, es decir, a los pacifistas y a los socialistas radicales. Nadie personificaba mejor a estos últimos que Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Franz Mehring, el núcleo duro pacifista y socialista que fue atacado con armas como la censura y el

[4] Englund, pp. 229, 361-62; Piper, p. 64.

arresto por supuestas "actividades traicioneras". Así, durante la primavera y el verano de 1916, el trío socialista-pacifista pasó bastante tiempo entre rejas, lo que desencadenó protestas en forma de manifestaciones y huelgas. Era evidente que la guerra estaba polarizando cada vez más a la sociedad alemana.[5]

Además, los alemanes sufrían las consecuencias del bloqueo naval británico. Como cualquier otro país industrializado, el Reich llevaba mucho tiempo importando alimentos del extranjero, lo que ahora resultaba muy difícil, si no imposible. La agricultura nacional había pasado a depender en gran medida de los fertilizantes importados, que también empezaban a escasear. (Pero Alemania podía compensar esta escasez, al menos en parte, introduciendo nuevos fertilizantes químicos, como el gas venenoso, una especialidad de las grandes empresas petroquímicas del país, como BASF; se calcula que esto permitió al Reich seguir haciendo la guerra durante al menos un año más).[6]

391

El resultado fue una creciente escasez de alimentos, con la consiguiente subida de precios. En las familias obreras, la carne de cerdo desapareció de la dieta. Fue un acontecimiento traumático, no sólo para los estómagos, sino también para las mentes de los trabajadores alemanes para quienes, en los años anteriores a 1914, el consumo de carne de cerdo —sobre todo en forma de salchichas— había representado un logro notable del movimiento obrero, un verdadero "símbolo de progreso e integración social". Por el contrario, la desaparición de la carne de cerdo de la mesa proletaria se perfilaba no sólo como "una pérdida calórica, sino también como una grave forma de retroceso social".[7]

Los precios de los alimentos más básicos, como el pan, las patatas y la leche, subieron bruscamente, de modo que las clases más bajas se vieron expuestas al hambre, especialmente en las ciudades. Durante el invierno de 1916-1917, innumerables alemanes tuvieron que arreglárselas sin pan ni patatas y conformarse con nabos — *Steckriiben,* también llamados sarcásticamente "nabos Hindenburg". Esto desencadenó disturbios por hambre y manifestaciones contra el alto coste de la vida, y provocó que

---

[5] Saint-Gille*, passim;* Hochschild, p. 218; Schramm, pp. 89-90; Schorske, pp. 308-09.

[6] McKie.

[7] Rousseau (2006), p. 98.

aún más burgueses del Reich anhelaran el fin de la guerra que había provocado toda esa miseria. La escasez inspiró el siguiente verso:

Im Jahre 1916 und 17,	*En los años 1916 y 17*
Do war'ne Erpelsnot,	*Había escasez de patatas,*
Do schlogen seek die Wiewer	*Las mujeres se pegan*
De un Erpel a otro.	*A muerte por una patata.* [8]

Entre los soldados y civiles alemanes se hizo popular una canción en la que se preguntaba sarcásticamente si "Michael" —nombre en clave del alemán medio — podría desear algo más que todas las cosas buenas de las que se disfrutaba en el amado Reich, como ametralladoras y cañones. Esta canción, *"Mein Michel was willst du noch mehr?"* ("Michael, ¿qué más podrías desear?") contenía las siguientes líneas, referidas a las escaseces contemporáneas:

392

Du hast Kohlrilben und Eicheln,	*Tienes muchos nabos y bellotas,*
und frägst du nach and'rem Begehr,	
so darfst du am Bauche dich	*Y si quieres algo más,*
streicheln,	*Puedes simplemente frotarte la barriga,*
Mein Michel, was willst du noch	*Querido Michael, ¿qué más podrías*
¿Mehr?	*¿Quieren?* [9]

Debido a la escasez de alimentos, los elevados precios y el racionamiento, la vida se hizo cada vez más difícil para los escalafones inferiores. En el contexto *del Burgfrieden*, los salarios se habían congelado a los niveles de 1914; sin embargo, la presión ejercida desde abajo obligó a los sindicatos a exigir salarios más altos y a respaldar estas reivindicaciones con huelgas si era necesario. Las autoridades reaccionaron imponiendo controles más estrictos a los trabajadores y obligando a los civiles a incorporarse a la población activa. Estas medidas aumentaron aún más el odio de la plebe hacia la élite del Reich y la

[8] Hochschild, p. 215; Grünefeld, p. 380; Schmidt-Klingenberg.
[9] Letra de la canción "Mein Michel was willst du noch mehr?": http://www.volksliederarchiv.de/text1754.html. y https://www.youtube.com/watch7vMa55AtSWo60.

guerra.[10] El desencanto generalizado de la plebe alemana aumentó también por el hecho de que los altos precios y la desnutrición iban de la mano de un deterioro general de la salud de la población, en particular una mayor mortalidad infantil y juvenil, y un aumento de la criminalidad. Con respecto a Alemania, también hay que mencionar que los problemas socioeconómicos de aquel país llevaron a las autoridades del Reich a proceder a una explotación sistemática y despiadada de los territorios ocupados, especialmente el norte de Francia y Bélgica, produciendo allí una miseria aún mayor que en la propia Alemania. [11]

Los países de la Entente no estaban estrangulados por un bloqueo naval, por lo que podían importar prácticamente cualquier cosa de cualquier parte del mundo, incluso de sus numerosas colonias, y por tanto no sufrían escasez de alimentos, como Alemania. Y sin embargo, también en los países de la Entente , la guerra se reveló en muchos aspectos como una experiencia mucho más desagradable para las clases bajas que para las altas, de modo que el descontento y el malestar cundieron en los niveles inferiores de la jerarquía social. En Francia, los precios subieron, los salarios reales bajaron y la plebe se quejó cada vez más del elevado coste de la vida. Las autoridades hicieron todo lo posible por proporcionar al pueblo —y a los habitantes de París en particular— alimentos suficientes, especialmente pan, a precios relativamente bajos; recordaban la revolución de 1789, cuando el elevado precio del pan empujó a los parisinos a los brazos de la revolución.[12] Como buenos patriotas, los franceses estaban dispuestos a hacer sacrificios, pero lo que les molestaba era que en el transcurso de la guerra a muchos de sus "superiores" burgueses, especialmente industriales y comerciantes, parecía irles mejor que nunca. En julio de 1916, los hoteles de la costa estaban llenos de clientes ricos que disfrutaban de la buena vida, y en París —a menudo referido por *los poilus* como *Paname,* "Panamá", en otras palabras, un reino exótico pero distante— los restaurantes caros hacían un negocio maravilloso. Maxim's estaba siempre lleno de altos oficiales del ejército y ricos burgueses, a menudo acompañados de prostitutas, y el champán y otras bebidas caras corrían a raudales. Por los bulevares

[10] Ferguson, p. 271; Schorske, pp. 311-12.
[11] Englund, pp. 241-42; de Schaepdrijver, pp. 215-19.
[12] Dupeux, pp. 207-08; Horne, pp. 91-92; Rousseau (2006), pp.93-95.

paseaban innumerables *nuevos ricos,* hombres de negocios que habían ganado fortunas gracias a contratos del ejército y a negocios en el mercado negro. Las mujeres que les acompañaban iban vestidas de forma extravagante e incluso provocativa, con trajes a la moda adornados con joyas. Contrastaban con los soldados, a menudo amputados y condecorados, que recorrían los mismos bulevares pidiendo limosna, vendiendo postales o cantando canciones patrióticas para ganar algo de dinero. [13]

393

Los mayores especuladores de la guerra solían ser un poco más discretos que los holgazanes de los bulevares, pero todo el mundo sabía quiénes eran: los grandes industriales del país, cuyas enormes ganancias estaban sujetas sólo en teoría a impuestos extraordinarios introducidos por una ley del 1 de julio de 1916. Esta ley no se aplicó rigurosamente y fue transgredida a gran escala. Un ejemplo fue Monsieur Schneider, el gran fabricante de armas de Le Creusot, también conocido como el Krupp francés. Al suministrar cañones y otras armas al ejército, su empresa disfrutaba de un auge de beneficios, pero sólo declaraba al fisco una fracción —supuestamente una octava parte— de las ganancias reales . Otro fabricante de armas, Hotchkiss, especializado en ametralladoras, también obtuvo beneficios sin precedentes: oficialmente, pasaron de 861.000 francos en 1913 a 14 millones de francos en 1917.[14] La ley sobre los beneficios extraordinarios apenas benefició a las arcas del Estado. El historiador francés que llama la atención sobre ello, Jean-Baptiste Duroselle, subraya que esto significó que los costes de la guerra se repartieron de forma muy desigual: "Mientras se exigían sacrificios tan elevados a los soldados, no se osaba hacer pagar a los ricos". También en Alemania, las grandes empresas obtuvieron enormes beneficios, pero sólo pagaron impuestos mínimos. Rosa Luxemburg hizo un comentario lacónico y sarcástico: "Los proletarios caen, pero los dividendos suben".[15]

394

---

[13] Englund, pp. 283, 301-02, 367; Dorgeles, pp. 243-44.

[14] Bouloc (2008), pp. 193 y ss., 282-83, 291 y ss.; Duroselle, pp. 155-56; Pdtzl, pp. 176-77.

[15] Bouloc (2008), pp. 193 y ss., 282-83, 291 y ss.; Duroselle (1994), pp. 155-56; Pdtzl, pp. 176-77.

Puede que tales detalles no fueran conocidos por el público, pero los obreros, campesinos, pequeños burgueses y otros franceses de a pie eran suficientemente conscientes de que, gracias a la guerra, los grandes (e incluso pequeños) capitalistas podían llenarse los bolsillos fácilmente y no dudaban en hacerlo, mientras que ellos mismos tenían que apretarse el cinturón cada vez más. Desde los estratos más bajos surgieron críticas cada vez más fuertes contra el fenómeno de la especulación bélica, sobre todo porque los beneficios alcanzaron cotas sin precedentes mientras los salarios permanecían en su mayor parte congelados. Cada vez son más los franceses que opinan que durante la guerra no se debe obtener ningún beneficio. En cualquier caso, criticar los beneficios equivalía a criticar el capitalismo, un sistema en el que los beneficios constituyen el alfa y el omega. Antes de la guerra, escribe un historiador francés, François Bouloc, los socialistas habían criticado el capitalismo basándose en su teoría y en un análisis empírico de las realidades socioeconómicas, y en nombre de los trabajadores. Pero durante la guerra, y a causa de la guerra, el sistema capitalista fue objeto de críticas no sólo en nombre de los trabajadores, sino en nombre de todo el pueblo, de toda la nación. Como resultado de la guerra, prosigue Bouloc, el capitalismo fue así considerado cada vez más como "contrario no sólo a los principios igualitarios, sino a los intereses de toda la nación por la que arriesgan su vida los camaradas, hijos, hermanos, maridos y novios". Esta situación entrañaba riesgos para "las élites socioeconómicas" y, en particular, para los industriales, cuyo prestigio y legitimidad peligraban en el proceso.[16]

En cualquier caso, los obreros franceses ya no están dispuestos a conformarse con salarios bajos mientras sus patrones ganan fortunas. Sus sindicatos volvieron a la vida, registraron muchos nuevos afiliados y, a partir de febrero-marzo de 1916, estallaron de nuevo las huelgas en Francia. Una verdadera oleada de huelgas en mayo y junio de ese año ha sido descrita por el historiador francés Jean-Louis Robert como "una formidable expresión de la lucha de clases". Además, a partir de mediados de 1916, los sindicatos franceses eligieron nuevos dirigentes cada vez más militantes y críticos con el sindicato sagrado. Estos "jóvenes turcos" cuestionaban abiertamente los objetivos bélicos del gobierno y revivían la

[16] Bouloc (2008), pp. 134-35, 208.

idea de la solidaridad internacional de los trabajadores; exigían no sólo aumentos salariales y otras mejoras materiales, sino incluso una "transformación social" general, es decir, un cambio revolucionario de la sociedad.[17] Los sindicatos, antes comatosos pero ahora renacidos, atrajeron a más miembros, y al final de la guerra tendrían el doble de afiliados que en 1914. Los socialistas, en cambio, que permanecieron leales al sindicato sagrado y siguieron colaborando con el gobierno en pos de la paz social y la victoria militar, perdieron muchos afiliados. Su tipo de "colaboración de clases", personificado por Albert Thomas, era cada vez menos apreciado por las bases socialistas, y una minoría —los *socialistes minoritaires* o "socialistas minoritarios"— se opuso abiertamente a la guerra y a la estrecha colaboración del partido con el gobierno. En 1916 se hizo cada vez más evidente que la plebe francesa se había despojado de la docilidad que había mostrado en 1914 y abrazaba cada vez más ideas radicales, incluso revolucionarias. La guerra, que al principio parecía haber apagado la idea de la revolución, como esperaba la élite, ahora la estaba resucitando.

395

La guerra socavó el prestigio no sólo de los industriales especuladores, sino también el de los militares de alto rango, en su mayoría caballeros conservadores y a menudo clericales que nunca habían simpatizado demasiado con el sistema relativamente democrático de la Tercera República laica. En 1914, habían aprovechado la oportunidad para aumentar su poder, y el comandante en jefe, Joffre, se había convertido en una especie de dictador de facto. "Papá Joffre" gozó inicialmente de mucha confianza y admiración entre todas las clases de la población francesa, y sus meteduras de pata del verano de 1914, debidas en gran parte a su compromiso con una estrategia ofensiva, fueron perdonadas gracias a su éxito casi milagroso en la batalla del Marne. Pero su brillante estrella se apagó irremediablemente cuando en el transcurso de 1915, y a pesar de los enormes sacrificios en vidas de soldados franceses, se mostró incapaz de perforar las líneas alemanas y conjurar así la victoria para Francia. Además, los medios de comunicación y muchos políticos le criticaron duramente por haber ordenado ejecutar a tantos soldados *"pour l'exemple"* Joffre y los demás generales se vieron obligados poco a poco a

[17] Boscus, pp. 231-36, 239; Bouloc (2008), p. 137; Robert, pp. 12-13, 154.

apearse de sus altos caballos y ceder la gestión de la nación e incluso de la guerra a los políticos del gabinete y del parlamento, civiles a los que despreciaban especialmente por haber sido elegidos democráticamente.[18] En realidad, eso benefició a otra facción de la clase dirigente francesa, a saber, los ya mencionados industriales (y banqueros), cada vez más necesarios como "expertos" en producción. Por un lado, esos industriales tuvieron que soportar una mayor intervención del Estado en sus asuntos; en otras palabras, una mayor dosis de *dirigismo.* Por otro lado, podían reforzar su posición en el aparato del Estado y aumentar su influencia política; y, gracias a los gigantescos pedidos estatales, se podían hacer negocios más rentables que nunca. En Francia, éste fue sin duda el caso de los miembros del *Comite des Forges*, como la empresa de Monsieur Schneider. Las empresas se hicieron así más importantes, más influyentes, más poderosas y, sobre todo, más ricas, no sólo en Francia sino en todos los países beligerantes. La guerra era buena para el "proceso de acumulación", y ¿no era ésta una de las razones por las que los industriales (y los banqueros) habían querido la guerra? Sin embargo, ya sabemos que esta moneda brillante tenía otra cara más oscura, a saber, el hecho de que las grandes empresas eran percibidas cada vez más por sus trabajadores, y por los estamentos inferiores en general, como especuladores de la guerra.

396

También en Rusia la situación empeoró rápidamente en 1916, ya que soldados y civiles mostraban cada vez más signos de descontento a causa de las enormes pérdidas, la evidente incompetencia de los generales, la mala calidad de los alimentos y los servicios médicos, etc. Los hombres recibían cada vez menos pan para comer y odiaban las lentejas que les servían en su lugar. En bastantes unidades se registraron motines y casos menos graves de insubordinación. Los civiles estaban descontentos sobre todo por la escasez y los altos precios de los alimentos básicos. Los obreros de las fábricas volvieron a declararse en huelga, como habían hecho en la turbulenta época anterior a la guerra. Por si la situación no fuera suficientemente alarmante, en octubre de 1916 los soldados se negaron a disparar contra los huelguistas. Cada vez más jóvenes se resisten a alistarse en el ejército. Estaba claro que el pueblo ruso estaba

[18] Cazals, p. 43.

harto de la guerra que la élite zarista había desencadenado, o al menos contribuido a desencadenar, y que parecía decidida a proseguir hasta la victoria. Un experto germano-estadounidense en historia rusa, Hans Rogger, ha escrito que en 1916 se hizo evidente que "una inmensa brecha separaba a la masa de ciudadanos rusos corrientes de las clases respetables de la sociedad".[19]

En diciembre de 1916, el gobierno británico estaba presidido por Lloyd George, que contaba con un pequeño "gabinete de guerra" de no más de siete miembros. Lloyd George y su equipo colaboraron estrechamente con eminentes personalidades del mundo de los negocios, a quienes el nuevo primer ministro se refería como "hombres de empujar y seguir". De este modo, también en Gran Bretaña, los industriales tuvieron una creciente participación en los asuntos de gobierno y, más concretamente, en la gestión de la guerra, lo que, por supuesto, les benefició mucho. Pero también en Gran Bretaña la especulación real y percibida de la guerra provocó cada vez más protestas en las filas de las clases bajas, que atravesaban tiempos difíciles y estaban especialmente descontentas por el bajo nivel de los salarios y el elevado coste de los alquileres y de la vida en general. Se hizo demasiado evidente que los costes impuestos por la guerra se repartían de forma desigual, que la gente de la parte más baja de la escala social, tanto civiles como soldados, eran los que más contribuían al esfuerzo por ganar una guerra que había sido deseada por la gente de la cúspide de la pirámide social.

397

La "tregua industrial" acordada en 1914, una moratoria de las huelgas que favorecía claramente a los empresarios en detrimento de los asalariados, ya se había roto en 1915. Ese año, los sindicatos salieron del estado de coma en el que se habían sumido en 1914 y estallaron de nuevo las huelgas. En total, en 1915 se perdieron no menos de tres millones de días de trabajo. Lloyd George intentó superar este problema, por un lado prohibiendo formalmente las huelgas en ciertos sectores importantes de la industria, por ejemplo, en las fábricas de municiones, y, por otro, introduciendo un impuesto mínimo sobre los beneficios extraordinarios. (En casi todos los países beligerantes, e incluso en muchos países

[19] Rogger (1983), pp. 259-60, 265; Sumpf (2014), pp. 135-36, 145; Rousseau (2006), pp. 100-01.

neutrales, la presión de la opinión pública hizo que, tarde o temprano, los gobiernos introdujeran impuestos más elevados sobre los beneficios de la guerra. En en general estos impuestos eran más bien modestos, no se recaudaban de forma sistemática ni con celo, y la evasión resultaba demasiado fácil).[20] Pero los esfuerzos de Lloyd George resultaron ser una tirita en una pata de palo, porque 1916 fue testigo de una nueva oleada de paros laborales. Los trabajadores británicos se volvieron cada vez más combativos, y en el transcurso de la guerra participarían en más huelgas que sus camaradas de Alemania, Francia e Italia.

Ante esta furia obrera, Lloyd George optó inicialmente por la represión, por ejemplo, haciendo que la policía identificara y persiguiera a los "elementos subversivos", "agitadores" y "traidores" que se consideraban responsables de las huelgas. Pero las cabezas más frías de la élite británica se dieron cuenta de que la represión era un arma peligrosa y que se podían obtener mejores resultados haciendo concesiones. En la primavera de 1916, un ministro del gabinete, Lord Robert Cecil, advirtió públicamente que las "clases cómodas" no podían esperar que la clase obrera siguiera haciendo sacrificios mientras ellos mismos evitaban soportar su parte de las cargas de la guerra. Cecil y otros miembros de la élite temían que la situación desembocara en una huelga general, con las consecuencias potencialmente revolucionarias que ello podría acarrear. El gobierno presionó a los empresarios, ya asediados por sus propios trabajadores, para que aumentaran los salarios. Así, cada vez más huelgas concluyeron con concesiones a los huelguistas, y el nivel salarial aumentó notablemente. Los sindicatos que organizaron y dirigieron estas fructíferas huelgas se vieron recompensados con un aumento de su afiliación, y al final de la guerra el número total de afiliados a los sindicatos sería el doble que en 1914. (En Canadá la afiliación sindical también se duplicó durante la guerra.)[21] Esto no era algo que la élite británica hubiera esperado de una guerra que tanto habían esperado. Salvo durante un brevísimo periodo de tiempo, en agosto de 1914, la guerra no estaba volviendo al pueblo británico manso y dócil, y no puso fin a la agitación social, como había esperado la élite de la nación. De

[20] Horne, p. 53.

[21] Marwick, pp. 90, 92, 96; Horne, pp. 78-80; Hastings, p. 414; Ferguson, pp. 173-75, 273, 445; Kolko (1994), pp. 108-09; Hochschild, pp. 249-50; Careless, p. 358.

hecho, el conflicto estaba produciendo cada vez más lo contrario de lo que esperaban las clases altas aristocráticas y burguesas. El conflicto en el exterior no estaba sofocando, sino que estaba estimulando el conflicto en el interior.

398 En 1916, la élite británica también tuvo muchos problemas con pacifistas como Bertrand Russell y Edmund Dene Morel, de la Unión de Control Democrático (UDC), que exigían que se iniciaran negociaciones de paz . Otras fuentes de molestias eran las sufragistas como Sylvia Pankhurst, que se manifestaban con frecuencia en Trafalgar Square junto con los pacifistas; los miembros de la No-Conscription Fellowship (NCF), que militaban contra el servicio militar obligatorio; los innumerables objetores de conciencia; y los socialistas radicales, ciertamente poco numerosos pero especialmente molestos. Entre estos últimos estaba William Holliday que, como Liebknecht en Alemania, proclamaba que "el verdadero enemigo no se encuentra en el frente, sino dentro del propio país". Contra estos supuestos alborotadores, el gobierno recurrió a la represión pura y dura. Russell, Morel y muchos otros pacifistas y objetores de conciencia fueron tratados como traidores a la patria y encarcelados. Contra este tipo de opositores, la policía y los servicios secretos también utilizaron agentes provocadores.[22]

399 Lo que más traumatizó a la élite británica en 1916 fue el famoso Alzamiento de Pascua en Irlanda. Sin embargo, en aquella isla la guerra había empezado de forma tan prometedora desde la perspectiva de la élite. En agosto de 1914, tanto los habitantes del Ulster como los nacionalistas irlandeses se habían declarado dispuestos a defender el Imperio Británico; el espectro de la guerra civil entre defensores y enemigos del Home Rule o de cualquier forma de autonomía o independencia irlandesa se había evaporado así con la llegada de la guerra internacional. Pero las enormes pérdidas sufridas en el frente y la miseria engendrada por la guerra en casa, combinadas con el apoyo moral y material alemán a los nacionalistas irlandeses, animaron a los elementos radicales y republicanos entre los nacionalistas irlandeses y les llevaron a iniciar un levantamiento armado en Dublín durante la Semana Santa de 1916. Los rebeldes recibieron poco apoyo popular y las autoridades

[22] Hochschild, pp. 186-90.

británicas respondieron con mano dura. Se proclamó el estado de sitio y los insurgentes fueron atacados por fuerzas veinte veces superiores a ellos. Tras una semana de combates callejeros, con el resultado de 400 muertos y 2.500 heridos, el levantamiento llegó a su fin. Los rebeldes supervivientes fueron fusilados, entre ellos el herido James Connolly, nacionalista irlandés socialista y amigo de Keir Hardie. Irlanda fue sometida a medidas draconianas como la detención de simpatizantes reales o sospechosos de los rebeldes, juicios secretos, más ejecuciones y encarcelamiento en campos de concentración, una serie de medidas casi totalitarias que fueron aprobadas personalmente por el primer ministro Lloyd George. George Bernard Shaw señaló agriamente que con sus atrocidades en Irlanda los británicos igualaban los horrores cometidos por los alemanes en Bélgica. La insurrección irlandesa de 1916 fue el único levantamiento nacional en un país europeo durante la Gran Guerra; según el historiador británico A.J.P. Taylor, supuso "un comentario irónico sobre la pretensión británica de luchar por la libertad".[23]

En 1914, la élite esperaba que la guerra que estaba desencadenando no sólo disiparía el peligro de revoluciones *sociales*, sino también de revoluciones *nacionales*, es decir, de revoluciones de minorías étnicas como los irlandeses y los escoceses. También en este aspecto la guerra fue una decepción. "El levantamiento de Pascua", escribe Adam Hochschild, "fue un duro golpe para todos los que esperaban que la dura prueba compartida de la guerra reforzaría los lazos que mantenían unido al Imperio Británico".[24] La insurrección de Dublín fue doblemente traumática porque tuvo una dimensión tanto social como nacional. Dentro del Imperio Británico, los irlandeses constituían una especie de subclase. El proletariado británico era mayoritariamente irlandés, y en la propia Irlanda la élite de terratenientes e industriales era una minoría "angloirlandesa"; es decir, sus miembros residían en Irlanda pero eran de origen inglés. La insurrección de Dublín, cuyo objetivo era una república irlandesa, se percibía simultáneamente como una especie de levantamiento proletario, una revolución social; para los aristócratas y

[23] Jackson, pp. 394-402; Losurdo (2006b), pp. 153 (con cita de A.J.P. Taylor), 215; Firchow, pp. 172-76.

[24] Hochschild, pp. 183-85.

burgueses británicos, era un monstruo de dos cabezas, una combinación de revolución social y nacional.

400

Para la élite británica, los rebeldes irlandeses se perfilaban como una amenaza mortal para todo lo que apreciaban. Los veían como nacionalistas irlandeses antibritánicos, republicanos antimonárquicos, católicos opuestos al protestantismo en sus manifestaciones anglicana y presbiteriana escocesa, mortales enemigos socialistas del capitalismo y traidores proalemanes dispuestos a traicionar a Britania. Un comentario sobre el Alzamiento de Pascua, típico de la opinión de las élites de la época, fue el de Gilbert Murray, un profesor de Oxford que culpó de lo que llamó "el régimen de terror" desatado por los insurgentes en Dublín no sólo a los nacionalistas irlandeses del movimiento Sinn Fein, sino también y sobre todo a los "salvajes del Partido Laborista" y a sus "criminales partisanos [irlandeses], amigos de los alemanes".[25]

El nacionalismo irlandés era un variopinto mosaico de facciones e ideologías. Ciertos nacionalistas irlandeses estaban dispuestos a conformarse con una forma de autonomía dentro del Imperio Británico monárquico, mientras que otros eran republicanos convencidos ; algunos estaban dispuestos a utilizar la violencia para conseguir sus objetivos, otros preferían caminar por la senda de la no violencia; algunos aceptaban la ayuda de los alemanes, otros rechazaban este tipo de asistencia; entre ellos había radicales socialistas que pertenecían a "la izquierda", mientras que otros elementos eran conservadores, incluso reaccionarios, y sobre todo clericales, por lo que se les clasificaba como "de derechas". Lo que tenían en común era que repudiaban el orden establecido en Irlanda, que era un orden importado, un orden británico. De la guerra, la élite había esperado que consolidara este orden británico en Irlanda, pero tras el Alzamiento de Pascua era demasiado obvio que el viejo orden estaba condenado a desaparecer de la Isla Esmeralda. Pero aún quedaba una pregunta por responder: ¿cómo sería el nuevo orden de Irlanda, y cuán grande sería el daño que sufriría la élite británica a causa de los cambios revolucionarios que la guerra no había impedido, sino hecho inevitables?

401

En 1916 se hizo evidente, no sólo en Gran Bretaña sino también en Alemania, Francia y los demás países beligerantes, que la guerra no daría

---

[25] Firchow, p. 122.

los frutos que la élite había esperado tan confiadamente de ella. Esta fue también la experiencia de las iglesias cristianas, sólidos pilares de la élite y paladines del *ancien régime* desde tiempos inmemoriales. También para ellas, el momento de la desilusión llegó demasiado pronto después de aquel glorioso verano de 1914, cuando las clases bajas volvieron *en masa* a los altares. En Gran Bretaña, la asistencia a la iglesia disminuyó drásticamente en el transcurso de la guerra. En general, los soldados detestaban a sus capellanes, a los que a menudo los soldados estadounidenses se referían irrespetuosamente como "skyscouts" o "holy Joes"; les amargaba que el clero anglicano hubiera promovido la guerra con tanto entusiasmo patriotero y siguiera haciéndolo a pesar de todos los horrores y absurdos de la guerra.[26] Un testimonio de ello es esta selección del texto de una parodia de los soldados del famoso himno "Onward Christian Soldiers":

> *¡Adelante, soldados cristianos! El camino del deber es claro;*
> *Mata a tus vecinos cristianos, o serás asesinado por ellos,*
> *Los pulpitos sueltan bazofia efervescente,*
> *Dios te llama a robar, violar y matar,*
> *Todos tus actos son santificados por el Cordero en lo alto;*
> *Si amas al Espíritu Santo, asesina, reza y muere.*
> *¡Adelante, soldados cristianos! ¡Destruid, desgarrad y golpead!*
> *Que el gentil Jesús bendiga tu dinamita.*
> *Astillar cráneos con metralla, fertilizar el césped;*
> *La gente que no habla su lengua merece la maldición de Dios.* [27]

Debido a su lenguaje patriótico y a sus llamamientos a los hombres para que siguieran adelante, los soldados alemanes también detestaban al clero católico y protestante en general, y a los capellanes del ejército en particular, a los que consideraban compinches de los oficiales. Los soldados belgas también dieron la espalda a la religión y a la Iglesia. "La asistencia a la iglesia disminuyó drásticamente", escribe el historiador belga de Schaepdrijver. "Ya en 1916, los *piottes* incumplieron

---

[26] Marwick, p. 111-12; Simpson, 33; Wolff, p. 35; Robertson, p. 66; Breverton, p. 285.
[27] Letra de la parodia de "Onward Christian Soldiers": http://www.fortunecity.eom/tinpan/parton/2/christia.html.

masivamente sus obligaciones pascuales... la evidencia de un declive religioso y moral estaba por todas partes". La guerra no consiguió que los soldados volvieran a Dios, como esperaba el clero; al contrario, sus horrores y su miseria parecían proporcionar pruebas irrefutables de que Dios no existía, de que Dios estaba muerto, o de que existía pero no le importaba. Se decía que los soldados alemanes rezaban cada vez menos, pero juraban y blasfemaban cada vez más. Un soldado alemán, hijo de un granjero, escribió que:

402

> *La evidente inutilidad de la oración y la interminable duración e increíble crueldad de la guerra hicieron dudar a muchos de la justicia y omnisciencia divinas y estimularon la indiferencia religiosa; con frecuencia se oían declaraciones blasfemas.* [28]

Los horrores de la guerra llevaron a innumerables soldados no sólo a negar la existencia de Dios, sino incluso a maldecirlo por haber permitido semejante atrocidad. Este tipo de sentimiento fue expresado en un poema de un escritor británico de origen judío, Gilbert Frankau, "El otro lado", escrito en 1917:

> *Hombres mutilados y cegados: hombres contra máquinas —*
> *Carne contra hierro, hormigón, llamas y alambre:*
> *Hombres ahogando sus almas en gas venenoso:*
> *Hombres aplastados en el fango por el pisoteo de los pies:*
> *Hombres, destripados por armas a cinco millas de distancia,*
> *Maldiciendo, con su último aliento, al Dios vivo*
> *Porque los hizo, a su imagen, hombres...*[29]

Lo que la guerra hizo florecer profusamente en las mentes de los soldados no fue una preocupación típicamente religiosa por una vida después de la muerte, sino el deseo de vivir y el apetito sexual asociado. Los seres humanos evocados en este último poema, los habitantes de las trincheras, eran exclusivamente hombres, jóvenes que se encontraban en permanente compañía de la muerte. Soñaban con la vida y con el sexo,

---

[28] Ulrich y Ziemann, pp. 109-11; de Schaepdrijver, pp. 191-93.
[29] Hibberd y Onions, pp. 189-90.

como el comer y el beber, una necesidad vital además de un placer, y con las mujeres. "I love the ladies", cantaban los Tommies, "I love to be among the girls",[30] pero estaban prisioneros en un mundo lejano y frío habitado sólo por hombres. Los soldados del frente estaban condenados a llevar una vida ascética, sexualmente hablando, como ermitaños involuntarios. Estaban sexualmente oprimidos y frustrados, hambrientos de sexo. Un temor muy extendido entre los soldados era morir virgen. A los hombres también les preocupaba que pasar tanto tiempo sin sexo les volviera impotentes. El placer sexual se buscaba sobre todo en la masturbación y, para algunos, en las relaciones homosexuales. En cuanto a las relaciones con mujeres, la mayoría de los soldados las mantenían siempre, en sueños. Cuando no estaban en las trincheras, hacían todo lo posible por ver mujeres. Incluso iban a la iglesia de los pueblos vecinos para mirar a las chicas y a las jóvenes. ("Los ojos ávidos las deseaban [a las mujeres de la iglesia] y a las más bellas de entre ellas las saludaban con burdos piropos", escribió el *poilu* Roland Dorgeles, en su relato de la guerra, *Les Croix de bois*). Y los teatros de soldados y los cabarets en los que actuaban mujeres eran extremadamente populares. *Senderos de gloria* termina con la aparición en escena de una hermosa joven, que es recibida con entusiasmo por una multitud de *poilus* alborotados. Por cierto, en los cabarets y teatros, los oficiales ocupaban las primeras filas, lo que hacía que los hombres comentaran sarcásticamente que "¡sólo en las trincheras los *poilus* pueden sentarse en primera fila!".[31]

403

Durante los periodos en que no estaban en las trincheras, los soldados iban en busca de mujeres y sexo. Las mujeres no eran tan difíciles de encontrar, porque muchas de ellas se trasladaban cerca del frente para encontrar trabajo como lavanderas, sirvientas, camareras... o prostitutas a tiempo completo o parcial. Al parecer, algunas jóvenes británicas también viajaban a los puertos del Canal de la Mancha para conocer a soldados y ofrecerles servicios sexuales, algo que consideraban "aportar su granito de arena a la guerra". Del mismo modo, en Francia, las jóvenes de los

---

[30] Wolff, p. 33.

[31] Este breve tratamiento del tema del sexo y la mujer se ha basado en las siguientes fuentes: Simpson, *passim;* Rousseau (1999), pp. 284-316, 319-34; Englund, p. 283; de Schaepdrijver, pp. 185, 191; Costello, p. 289; Pittalis, pp. 196-205; Eslava Galán, pp. 103-08; Dorgeles, pp. 155-57; Makepeace.

pueblos cercanos al frente estaban supuestamente dispuestas "a hacer todo lo posible para ayudar a resolver los problemas de los hombres". Así que, ciertamente, no era imposible que los soldados conocieran a mujeres y tuvieran relaciones sexuales. Aun así, la mayoría de los hombres se dirigían directamente a los burdeles, donde las mujeres y el sexo estaban fácilmente disponibles por no demasiado dinero. Pero el precio reflejaba la calidad, y ambas eran mayores en los burdeles reservados a los "caballeros oficiales". Tanto en el bando británico como en el alemán, los burdeles para los soldados se reconocían por una luz roja; los establecimientos para oficiales presentaban una luz azul. La pequeña ciudad de Bethune, en el norte de Francia, tenía un burdel para británicos. Lo regentaban tres mujeres, pero la demanda era tan alta que a menudo más de 150 Tommies hacían cola a la entrada, como si se tratara de una parada de autobús en Londres. El negocio se hacía muy deprisa porque la urgencia era generalmente muy grande, y el parto fisiológico solía producirse rápidamente, incluso *ante portas.* Una trabajadora sexual del burdel *El Gato Negro* de Armentiers, tras haber "salvado a un batallón de morir de inanición sexual", le dijo a un soldado canadiense: "Me la meto entre las piernas, le doy un apretón y grito 'siguiente'".[32] La duración media de una visita parece haber sido de diez minutos, pero prostitutas experimentadas como la *del Gato Negro* llegaban a servir a una media de ochenta hombres al día.[33]

404 Por supuesto, en París abundaban los burdeles, y los soldados los visitaban siempre que se les presentaba la ocasión, no sólo durante un permiso, sino también al ir o volver del frente. Siempre que iban a la capital francesa por unos días, o incluso unas horas, los soldados optaban por dejarse caer por los burdeles de Pigalle y los numerosos cafés donde se podían encontrar mujeres de poca virtud, en lugar de visitar la Torre Eiffel o el Louvre, por no hablar de la catedral de Notre Dame o la basílica del Sacre Coeur. Durante la guerra, la prostitución fue un gran negocio en París. En lo que respecta al sexo, los soldados franceses gozaban allí de privilegios en comparación con sus camaradas aliados, ya que muchas prostitutas patriotas se convertían en "madrinas" de un *poilu* y le ofrecían gratuitamente sus servicios cada vez que visitaba la capital . El puerto

[32] Robertson, p. 77.
[33] Pittalis, p. 203.

marítimo de Le Havre también era conocido por sus burdeles. Allí había una calle con establecimientos en los que, en un solo año, se "sirvieron" nada menos que 171.000 hombres. Londres también era famosa por sus numerosas prostitutas y burdeles que atendían a los soldados, y algunos pueblos de las inmediaciones del frente tenían fama en este sentido. En el pueblo flamenco de Afsnee, cerca de Gante, por ejemplo, una taberna conocida extraoficialmente como *De Veertien Billekes,* "Las Catorce Nalgas", funcionaba como un imán para los militares alemanes. Pero para los servicios sexuales en la Bélgica ocupada, los soldados y oficiales alemanes también podían encontrar lo que buscaban en ciudades como Gante y Bruselas. Gante tenía bastante reputación en este sentido: era "la ciudad-burdel del ejército alemán".[34]

Desde el comienzo de la guerra de trincheras, los burdeles habían surgido como setas a una distancia relativamente segura, aunque cercana, de los frentes. Las autoridades militares no sólo lo habían permitido, sino que a menudo incluso lo habían fomentado, a pesar de las objeciones e incluso la oposición frontal de ciertas autoridades políticas y, sobre todo, eclesiásticas, que preferían fomentar la castidad y el "autocontrol". Un historiador francés explica por qué:

> *La prostitución detrás de las líneas floreció y fue ampliamente tolerada, e incluso fomentada, por las autoridades militares para proporcionar a los hombres algún alivio sexual y así levantar su moral después de todas las deprimentes experiencias en las trincheras.*

405

En el bando británico se consideraba que los oficiales, caballeros de buena familia, eran capaces de ejercer el necesario autocontrol, pero que desgraciadamente no podía esperarse esto de los proletarios de uniforme que resultaban ser los soldados rasos. Si no se habilitaban burdeles para ellos, se argumentaba, los hombres buscarían sin duda alivio en prostitutas callejeras o en prácticas homosexuales o, peor aún, violarían a mujeres respetables. No obstante, algunos mandos militares británicos, entre ellos Lord Kitchener, preferían una política de fomento de la abstención sexual total.

Los anticonceptivos ya existían desde hacía tiempo, pero no siempre estaban disponibles, y a los soldados no les gustaba utilizarlos. En este

[34] Ulrich y Ziemann, pp. 137-38; Bonneure.

tipo de combate, preferían luchar a la antigua usanza, con la "visera abierta" o los "puños sin guantes", por así decirlo. En Francia, muchos prejuicios seguían inhibiendo el uso del preservativo. Las objeciones podían estar inspiradas por consideraciones religiosas, y no es de extrañar que los capellanes católicos estuvieran entre los adversarios. Pero incluso muchos miembros no religiosos, anticlericales y librepensadores de la élite francesa se oponían al uso de anticonceptivos. Les perseguía "el fantasma de la despoblación de Francia", de una regresión demográfica que había comenzado a principios del siglo XIX y que se cernía como un presagio de la desaparición de la nación como gran potencia. (Era una de las contradicciones del predicamento de la élite francesa de la época: por un lado, al igual que sus homólogos británicos y de otros países, quería librar al país de su exceso de proletarios, pero, por otro, Francia necesitaba alcanzar demográficamente a Gran Bretaña y, sobre todo, a Alemania para conservar su estatus de gran potencia a largo plazo). La élite británica también recelaba del uso de anticonceptivos: se temía que ponerlos a disposición y recomendar su uso hiciera pensar a los hombres que no había nada malo en fornicar.

406

Otro factor explica por qué los soldados a menudo no utilizaban anticonceptivos en los burdeles. Contraer una enfermedad venérea era una forma de escapar de las trincheras, por lo que los hombres estaban incluso dispuestos a pagar precios más altos por los servicios de prostitutas infectadas, como ya sabemos. Así pues, no es de extrañar que innumerables casos de gonorrea, sífilis y enfermedades similares infectaran a soldados de todos los ejércitos. En 1917, de todos los soldados aliados que visitaron París, el 20% supuestamente se infectó. En 1915, el 22% de todos los soldados canadienses destinados en Francia padecían algún tipo de enfermedad venérea. En 1917, el 7% de los soldados belgas estaban infectados. En cuanto al ejército británico, en ese mismo año algo menos de cincuenta y cinco mil hombres fueron hospitalizados por ese motivo; al final de la guerra, trescientos mil Tommies habrían recibido tratamiento por este tipo de enfermedad; la cifra correspondiente a las tropas francesas en 1914-18 fue de aproximadamente medio millón. Entre los estadounidenses que se unieron a los Aliados en 1917, en diciembre de ese año estalló una verdadera "epidemia" de enfermedades venéreas que afectó al 40% de los hombres. Las autoridades militares respondieron con una agresiva

campaña contra los burdeles, pero también a favor del uso de anticonceptivos. Esta iniciativa fue apoyada por la YMCA, que puso en marcha todo tipo de programas que pretendían, a través del deporte, el teatro, etc., "hacer olvidar a los hombres su sexualidad".

Las enfermedades venéreas también hicieron estragos en el ejército alemán. Sólo en la Bélgica ocupada, treinta mil soldados fueron supuestamente infectados en 1915. Por otra parte, la "logística sexual" asociada a los burdeles estaba regulada de forma draconiana por las autoridades militares alemanas. Los burdeles estaban sometidos a estrictos controles médicos, los clientes estaban registrados y, durante la "hora punta" de la noche, se imponía un límite de tiempo de diez minutos por visita. Se facilitaban anticonceptivos, por lo que el ejército alemán sufría menos enfermedades venéreas que las fuerzas aliadas. Otro factor que influyó fue la superioridad de la industria química y farmacéutica del Reich, que, por ejemplo, había desarrollado el Salvarsan, el primer medicamento eficaz contra la sífilis, justo antes del estallido de la guerra. Además, los alemanes inspeccionaban regularmente los genitales de los soldados rasos y los suboficiales, pero no de los oficiales, un control que se conoció como el "desfile de las salchichas".

Los soldados en las trincheras soñaban con mujeres. Anhelaban a las mujeres, no sólo a su propia mujer, sino (casi) a cualquier mujer. Un oficial británico declaró que "la mayoría de los soldados estaban dispuestos a mantener relaciones sexuales con cualquier mujer, o casi".[35] Se podría decir que los soldados idealizaban a las mujeres, pero esta brillante moneda también tenía su reverso. Los hombres también mostraban a menudo resentimiento contra las mujeres, *entre otras cosas* porque no habían impedido la guerra y porque no tenían que compartir la miseria de las trincheras, que ni siquiera podían comprender del todo. Numerosos soldados temían que su propia esposa o novia les estuviera engañando, jugueteando con algún *embustero.* Este temor encontraba un reflejo agridulce en la letra de una canción que a menudo tarareaban los Tommies, "I Wonder Who's Kissing Her Now":

407

Me pregunto quién la está besando ahora,
Me pregunto quién le enseñará cómo,

[35] Van Bergen, p. 150.

Me pregunto quién la mira a los ojos
Suspirando, diciendo mentiras;
Me pregunto quién comprará el vino,
Para los labios que solía llamar míos,
Me pregunto si alguna vez le hablará de mí,
Me pregunto quién la está besando ahora.

"Esta cuestión de la fidelidad de las mujeres", escribe un historiador francés, "torturó permanentemente a muchos de los hombres". Surgieron así entre ellos "sentimientos fuertemente misóginos". Las autoridades percibieron en una excelente oportunidad para limitar los modestos avances en materia de libertad sexual que las mujeres iban consiguiendo poco a poco durante la guerra, por ejemplo por el hecho de que muchas de ellas trabajaban ahora fuera de casa, en oficinas y fábricas. Antes de la guerra, la sociedad europea seguía siendo extremadamente patriarcal, y la élite, sumamente antifeminista, se había sentido amenazada por la emancipación política y sexual de las mujeres, promovida y personificada por las sufragistas británicas; al igual que los futuristas, presumiblemente vanguardistas, la élite también asociaba a las mujeres con el pacifismo. También en este sentido, la Gran Guerra brindó a la élite la oportunidad de detener, y posiblemente incluso invertir, una tendencia emancipadora que amenazaba sus privilegios. (En Rusia, el clero ortodoxo había aprovechado el estallido de la guerra para exhortar a las mujeres a "ser más cariñosas y amables con sus maridos" si Dios les permitía regresar con vida).[36] Así se entiende que las autoridades aprovecharan la frustración de los soldados para empezar a espiar —sobre todo a las mujeres casadas, pero también a las obreras de las fábricas—, no sólo para controlar su comportamiento sexual, sino también su conducta en general, y tomar medidas represivas si lo consideraban necesario. En Alemania, por ejemplo, se utilizaron con este fin las "brigadas antivicio" de la policía (*Sittenpolizei*). Las mujeres se convirtieron así en víctimas no sólo de los deseos sexuales de los hombres de uniforme, sexualmente

[36] Sumpf (2014), p. 47.

privados y, de hecho, oprimidos, sino también de "una verdadera opresión sexual" y de una represión en general.[37]

408

El creciente descontento de civiles y combatientes también encontró una forma artística de expresarse. El año 1916 fue testigo del nacimiento de un movimiento artístico de vanguardia que puede interpretarse como una forma de protesta contra la guerra: El dadaísmo, o Dada *tout court,* que vio la luz en Zúrich ese año, al menos oficialmente, porque de hecho puede afirmarse que el movimiento había surgido antes. El dadaísmo nació como expresión artística de repugnancia ante los horrores de una guerra que no parecía tener sentido. Supuso una especie de "revuelta artística y protesta contra las creencias tradicionales de una sociedad favorable a la guerra". Los dadaístas "condenaron los valores nacionalistas y capitalistas que condujeron al cataclismo de la guerra" y montaron un desafío espectacular y provocador a la burguesía conservadora, antisocial y nacionalista, juzgada responsable de la guerra. El movimiento dadaísta estableció vínculos con grupos radicales de izquierda y arraigó en Francia, Alemania y Estados Unidos. Entre sus personalidades más destacadas se encontraban George Grosz, Otto Dix, John Heartfield (Helmut Herzfeld), Max Ernst (que, durante la guerra, sirvió en una unidad de artillería del ejército alemán), André Breton, Paul Eluard, Marcel Duchamp y Louis Aragon.[38]

---

[37] Rousseau (1999), pp. 284-316, 319-34; Englund, pp. 283, 292; Duroselle, pp. 429-30; Kogelfranz; de Schaepdrijver, pp. 185, 191; Münkler, pp. 380-86; letra de "I Wonder Who's Kissing Her Now":

http://www.wwlphotos.com/IWonderWhoseKissingHerNow.html.

[38] "La Primera Guerra Mundial y Dadá"; "Dadá: El movimiento artístico contra la guerra"; "Dadá y el surrealismo".

409

Capítulo 23
Militaria 1917: Catástrofes en Caporetto y otros lugares

El año 1917, particularmente turbulento, trae a los Aliados muchas malas noticias. En una ofensiva en el Chemin des Dames, los franceses sufren enormes pérdidas. La tercera batalla de Ypres concluye con una victoria pírrica de los británicos. Y el ejército italiano prácticamente implosiona en Caporetto. En todos los países beligerantes, soldados y civiles están hartos de esta terrible guerra, lo que provoca no sólo motines en el ejército francés, sino también una auténtica revolución en Rusia...

En 1917, tanto la guerra "vertical" oficial entre países como la guerra "horizontal" tácita entre clases continuaron sin tregua. Y, como había ocurrido en 1914, 1915 y 1916, el desarrollo del conflicto vertical influyó en el del horizontal, y viceversa. Comencemos nuestro repaso del año con un resumen de los principales acontecimientos de la guerra entre naciones.

410

En el frente occidental, la primavera de 1917 fue testigo de una nueva y sangrienta ofensiva de los franceses con la esperanza de perforar las líneas alemanas. El ataque se produjo a lo largo de una antigua carretera que unía las ciudades de Soissons y Reims. Se llamaba Chemin des Dames porque, en el siglo XVIII, había sido utilizada a menudo por las hijas del rey Luis XV, las "damas [dames] de Francia", mientras se desplazaban entre el palacio real de Versalles y su propio castillo en Louvois, un pueblo cercano a Reims. La ofensiva fue idea del nuevo comandante en jefe del ejército francés, el general Robert Nivelle, un hombre bastante joven que, al igual que su predecesor Joffre, era un campeón de la estrategia de ataque total.

(Al parecer, el ascenso de Nivelle también tuvo mucho que ver con su aspecto supuestamente "aristocrático"; era "alto, joven, de porte elegante" y tenía "un rostro orgulloso y de facciones regulares"). A lo largo del Chemin des Dames, los alemanes, como de costumbre, habían fortificado fuertemente sus posiciones en el terreno elevado, de modo que una vez más los franceses tuvieron que atacar desde el valle inferior. Los combates duraron del 16 al 25 de abril de 1917, y cientos de miles de franceses fueron masacrados allí, al igual que el año anterior en Verdún. (Las pérdidas totales de los franceses —muertos, heridos y prisioneros— ascendieron a 271.000, de los cuales 145.000 fueron muertos, frente a 163.000 en el bando alemán). Pero mientras que las pérdidas sin precedentes de Verdún habían impedido finalmente que los alemanes tomaran la ciudad simbólicamente significativa y, por tanto, habían logrado una especie de victoria, los combates en el Chemin des Dames se revelaron como una matanza sin sentido, porque no produjeron ningún resultado positivo en absoluto. [1]

Incluso hoy en día, la mera mención del nombre Chemin des Dames provoca escalofríos en los franceses. Y lo que es más importante, los *poilus* que entonces servían de carne de cañón habían dejado claro que ya no estaban dispuestos a dejarse masacrar por "carniceros" como Nivelle o cualquier otro general ambicioso, por lo que estallaron motines en varias unidades. Por el momento, baste mencionar que, para apoyar la iniciativa de Nivelle, los británicos emprendieron algunas acciones locales en su propio sector del frente occidental, especialmente en los alrededores de Arras, con la esperanza de desviar la atención de los alemanes. Algunos de estos ataques tuvieron lugar incluso antes del comienzo del sangriento asunto del Chemin des Dames.

En este contexto, el 9 de abril de 1917, las tropas canadienses asaltaron y conquistaron la colina o "cresta" de Vimy, situada entre Arras y Lens. Esta hazaña de las armas fue celebrada como una gran victoria en Canadá, donde aún hoy sigue considerándose un glorioso momento culminante de la historia de la nación. Algunos historiadores y políticos afirman incluso que Canadá, como país independiente con identidad propia ( ), a diferencia de su anterior estatus de dominio autónomo pero no independiente del Imperio Británico, "nació" en el campo de batalla de Vimy. Tras la guerra, la

[1] Duroselle, pp. 192-98; Miquel, p. 318 y ss.

cima de Vimy sería coronada triunfalmente por los canadienses con un gigantesco monumento que atrae a muchos visitantes. Es demasiado imponente para la victoria relativamente modesta que se obtuvo con el elevado coste habitual, pero esto puede racionalizarse por el hecho de que se erigió para honrar el papel de todos los canadienses, no sólo de los que lucharon en Vimy en abril de 1917, sino en todos los frentes desde el principio hasta el final de la Gran Guerra.[2]

411

En contraste con Vimy, los monumentos que conmemoran los combates a lo largo del Chemin des Dames en la primavera de 1917 son más bien modestos. Uno de ellos se encuentra en el pueblo de Craonne, pero la masacre de 1917 es evocada de forma mucho más conmovedora por la letra y la música de la pacifista *"Chanson de Craonne*" o "*Canción* de Craonne", creada en la época y de enorme éxito entre *los poilus.* También se la conocía con otros nombres, como *"Les sacrifies", "Los* corderos sacrificados", término que los soldados utilizaban para referirse a sí mismos, inmolados por decenas de miles en el altar del Moloch de la guerra. Las autoridades prohibieron cantar esta canción —¡prohibición que estuvo en vigor hasta 1974! — y ofrecieron una recompensa monetaria, además de una honorable liberación del ejército, a quien revelara la identidad del autor, pero fue en vano. Los sentimientos de las autoridades hacia la canción son comprensibles a la vista de líneas como éstas:

Adieu la vie, adieu I 'amour,	Adiós a la vida, adiós al amor,
Adieu toutes les femmes	Adiós a todas las mujeres
C'est bien fini, c'estpour toujours	Se acabó, es para siempre
De cette guerre infame	Esta guerra infame
C'est a Craonne sur le plateau	Es en Craonne, en la meseta
Qu'on doit laisser sa peau	Donde debemos dejar la piel
Car nous sommes tous des condamnes	Porque todos estamos condenados
Nous sommes les sacrifiés	Somos los sacrificados
C'est malheureux d'voir sur les grands boulevards	Es triste ver en las grandes avenidas
Tous ces gros qui font la foire	A todos esos ricachones haciendo juerga
Si pour eux la vie est rose	Si para ellos la vida es de color de rosa
Pour nous c'estpas la meme chose	Para nosotros no es lo mismo
Au lieu d'se cacher tous ces embusques	En lugar de esconderse, todos esos emboscados
Feraient mieux d'monter aux tranchees	Harían mejor en subir a las trincheras

[2] Para una historia popular de la batalla de Vimy, véase el libro de Pierre Berton.

Pour defendre leur bien,	Para defender lo suyo,
car nous n 'avons rien	porque nosotros no tenemos nada
Nous autres lespauv' purotins	Nosotros, los pobres malditos
Tous les camarades sont enterres là	Todos los compañeros están enterrados allí
Pour defendre les biens de ces messieurs là	Para defender los bienes de esos señores
Ceux qu 'ont le pognon, ceux-la reviendront	Los que tienen la pasta, esos volverán
Car c'est estpour eux qu'on greve	Porque es por ellos por quienes morimos
Mais c'est bien fini, car les troufions	Pero se acabó, porque los soldados
Vont tous se mettre en greve	Van a ponerse todos en huelga
Ces'ra vot' tour messieurs les gros	Será su turno, señores ricos y poderosos,
D'monter sur le plateau	Para subir a la meseta.
et si vous voulez faire la guerre	Y si quieres hacer la guerra
Payez-la de votre peau.	Pues págalo con tus propias pieles. [3]

413

El supremo británico, el general Haig, pensó que podía aprovechar los problemas experimentados por los franceses para intentar una vez más lograr una ruptura decisiva de las líneas alemanas. Esta vez planeó una ofensiva en los alrededores de Ypres, en los tristemente célebres Flanders' Fields. Ya se habían librado batallas allí en el otoño de 1914 y en la primavera de 1915, por lo que la iniciativa de Haig iba a pasar a la historia como la Tercera Batalla de Ypres. Fue un acontecimiento extremadamente violento.

El nuevo "gran impulso" de Haig se preparó muy a fondo. Las cosas se pusieron en marcha con una especie de preludio el 7 de junio. Los británicos, que habían cavado túneles bajo las líneas alemanas, volaron con minas las posiciones enemigas al sur de Ypres. La explosión fue tan fuerte que pudo oírse al otro lado del Canal de la Mancha. Los ataques de la infantería británica que siguieron lograron hacer retroceder las líneas alemanas unos siete kilómetros en el transcurso de una semana, lo que redujo la presión enemiga sobre Ypres. Esta llamada Batalla de las Minas de Messines (o segunda Batalla de Messines) también fue un éxito en el sentido de que, por primera vez, hubo más hombres muertos en el bando de los alemanes defensores que en el de los Tommies atacantes, a saber, veinticinco mil frente a diecisiete mil. En cualquier caso, el resultado fue otra abundante cosecha para la Parca. Los cráteres excavados en el suelo flamenco por la explosión de las minas debían llenarse poco a poco de

[3] Laserra, Leclercq y Quaghebeur, pp. 209-10; "La chanson de craonne-1917".

agua, creando así estanques como el del pueblo de Wijtschate, conocido hoy como el Estanque de la Paz.

El 31 de julio, la Tercera Batalla de Ypres comenzó oficialmente con un ataque británico a gran escala contra las posiciones alemanas al este y al norte de la ciudad. Una vez más, la defensa alemana demostró ser especialmente firme. Dos factores desempeñaron papeles importantes. En primer lugar, frente a sus propias primeras líneas, en puntos estratégicos cuidadosamente elegidos dentro de la tierra de nadie, los alemanes habían construido pequeños búnkeres de hormigón —apodados pastilleros por los británicos— desde los que podían acribillar a los atacantes con sus ametralladoras incluso antes de que llegaran a las primeras trincheras alemanas. En segundo lugar, los alemanes confiaban cada vez más en un nuevo tipo de soldado, elegido a dedo, muy motivado, entrenado a conciencia y armado hasta los dientes, especialmente con ametralladoras y granadas. Estas "tropas de asalto" *(Sturm*— o *Stoßtruppen*) aparecieron en el frente por primera vez en a finales de 1915. (Y los rusos utilizaron un tipo similar de soldados durante la Ofensiva de Brussilov de 1916). Su especialidad era la infiltración en las trincheras enemigas, y en esta capacidad serían utilizados masivamente durante la gran ofensiva alemana de la primavera de 1918. Pero también actuaron muy bien a la defensiva, y fueron estas tropas de asalto, atrincheradas en fortines, las que infligirían grandes pérdidas a los británicos y canadienses atacantes en la Tercera Batalla de Ypres, por ejemplo en los alrededores del pueblo de Passchendaele, cuyos alrededores se habían transformado por las lluvias interminables en un mar de lodo apestoso. No es casualidad que el cementerio de Tyne Cot, el mayor cementerio de guerra británico del mundo, situado a tiro de piedra de ese pueblo, se construyera sobre los restos de tres fortines alemanes. En cuanto a las tropas de asalto, hay que señalar que iban a servir de modelo para la milicia de camisas pardas del partido nazi de Hitler.[4]

414

Tras unos combates especialmente cruentos, la Tercera Batalla de Ypres concluyó en noviembre de 1917 con la toma de Passchendaele por los canadienses, de los cuales no menos de diecisiete mil murieron o

[4] Ulrich y Ziemann, pp. 99-101; Eslava-Galan, pp. 199-202. La Tercera Batalla de Ypres se describe con detalle en el libro de Leon Wolff, *In Flanders Fields.*

resultaron heridos en el transcurso de esa acción. Un general británico que vino posteriormente a inspeccionar ese sector del frente no podía creer lo que veía cuando vio cómo los hombres habían tenido que avanzar por el barro y pasar numerosos fortines antes de poder conquistar las posiciones alemanas en el terreno elevado del pueblo de Passchendaele. "Dios mío", exclamó, "¿realmente ordenamos a los hombres que fueran a luchar en esto?".[5] Los generales británicos habían dado sin duda tal orden, y había costado a las fuerzas británicas e imperiales un cuarto de millón de hombres muertos o heridos. Las líneas alemanas habían retrocedido, pero el avance con el que Haig había soñado nunca estuvo ni siquiera cerca de materializarse. Eso no impidió a Haig proclamar a los cuatro vientos que la Tercera Batalla de Ypres había sido un espléndido triunfo británico.

Durante el mes que precedió al inicio de su ofensiva en los Campos de Flandes, Haig había recibido órdenes superiores de "desmontar" la caballería y transferir sus hombres a la infantería. La intención era enviar los caballos a través de Egipto al frente de Palestina. Allí, a diferencia del frente occidental, la caballería seguía siendo útil en la guerra móvil contra los otomanos. Haig protestó y se opuso a esta decisión porque la caballería era su arma favorita y, a pesar de las experiencias de la batalla del Somme, planeaba implicar a los hombres a caballo en su nueva ofensiva, aunque con objetivos menos ambiciosos que el año anterior. Se le permitió conservar suficiente caballería para seguir soñando con un papel heroico, y posiblemente decisivo, para ella, y opinó que los jinetes podrían aprovechar las oportunidades creadas por la infantería, quizás en cooperación con los tanques. No se llegó a nada, pero Haig siguió fantaseando con la gloria para sus jinetes hasta octubre, cuando las fuertes lluvias otoñales empaparon el campo de batalla e hicieron quimérico cualquier uso de la caballería. [6]

En el ejército austrohúngaro, la mayoría de las unidades de la caballería aristocrática ya habían sido disueltas en la primavera de 1917 debido a su inutilidad. Un oficial húngaro señaló con tristeza que "la caballería, el orgullo de [el] ejército, la joya de su corona militar, los hombres con los uniformes más finos, va a ser liquidada", y concluyó que "una pieza más de

[5] Citado en Hochschild, p. 292.
[6] Badsey, pp. 281-83.

la vieja Europa está desapareciendo". Los soldados de caballería seguían utilizándose únicamente para escoltar a los prisioneros de guerra, para patrullar detrás de las líneas y, por supuesto, para los desfiles. Pero el oficial reconoció que no había sido posible utilizar eficazmente a las tropas montadas en esta guerra moderna, y que con demasiada frecuencia un gran número de hombres y caballos habían sido acribillados por las ametralladoras. Otro problema era que los caballos comían demasiado. No eran consideraciones económicas tan mundanas, sino "su lado esteta y esnob" lo que hacía que este oficial lamentara la desaparición de la caballería. En la primavera de 1918, la mayoría de los soldados de caballería del ejército francés también tuvieron que desmontar. Lo hicieron con más reticencia aún porque ahora tenían que unirse a los humildes soldados de a pie en las trincheras. Estos últimos no ocultaban *su Schadenfreude*, porque durante años habían resentido el hecho de que los caballeros de la caballería hubieran podido llevar una vida comparativamente segura y pausada detrás de las líneas, esperando el día en que pudieran galopar a través de una brecha en las defensas alemanas.[7]

Fue de esta forma tan poco gloriosa como en toda Europa —con la excepción de los Balcanes y algunos sectores del frente oriental— se puso fin al papel de los soldados de caballería en la Gran Guerra en 1917. Las primeras etapas del conflicto, en agosto de 1914, siguen asociadas a imágenes de la caballería, más concretamente *a cuadros* de *uhlans* alemanes y *coraceros franceses,* luciendo gorros de piel o cascos relucientes y armados con sable o lanza, que aparecen orgullosos en escena como vanguardias de ejércitos en marcha. Sin embargo, en *las fotos* tomadas en los campos de batalla en 1918, los hombres a caballo están ausentes y vemos a soldados de infantería siendo transportados al frente en camiones o avanzando en tierra de nadie detrás de tanques, con aviones sobrevolando. Sin embargo, las clases altas, especialmente la nobleza, esperaban que su arma favorita se distinguiera en esta guerra.

416

En el otoño de 1917 se produjeron violentos combates no sólo en Flandes, sino también en el frente del Isonzo, en Italia. El 24 de octubre, en las proximidades de la pequeña ciudad de Caporetto, situada actualmente en Eslovenia y conocida como Kobarid, o Karfreit en alemán,

---

[7] Englund, p. 344-45, 460.

los austrohúngaros lanzaron repentinamente una ofensiva. Contaban con el apoyo de unidades alemanas trasladadas desde el frente oriental, donde ya no eran necesarias por razones que se expondrán más adelante. La batalla que siguió, que duró hasta el 9 de noviembre, ha pasado a la historia como la batalla de Caporetto. Los defensores italianos, totalmente sorprendidos, sufrieron una gran derrota. 40.000 de sus hombres murieron o resultaron heridos, 300.000 se rindieron y 350.000 huyeron despavoridos, muchos de ellos dejando atrás sus armas. Numerosos soldados regresaron a sus hogares. Fue la peor derrota en la historia del ejército italiano, y en italiano el nombre Caporetto es sinónimo de derrota humillante. Con la ayuda de tropas francesas y británicas traídas rápidamente como refuerzo, los italianos consiguieron replegarse detrás del río Piave y detener así el avance del enemigo. La catástrofe de Caporetto provocó la destitución de Luigi Cadorna, que fue sustituido como comandante en jefe del ejército por Armando Díaz. El propio Cadorna se negó a aceptar cualquier responsabilidad y culpó del desastre a la supuesta cobardía de sus soldados. La derrota de Caporetto anunció también el fin de una de las ilusiones que se había hecho la élite italiana cuando decidió ir a la guerra, a saber, la ambición de que Italia se uniera a las elevadas filas de las grandes potencias europeas; durante las conversaciones de paz de París en 1919 sería ignorada por Gran Bretaña y Francia.[8] Caporetto fue una catástrofe para la Entente, pero el año 1917 terminó con más malas noticias. En la primavera de ese año estalló una revolución en Rusia que catalizó una serie de acontecimientos trascendentales. Una de las dramáticas consecuencias fue que los nuevos dirigentes de Petrogrado decidieron salir de la guerra. El 15 de diciembre se firmó un armisticio con Alemania y se iniciaron las negociaciones de paz en la ciudad de Brest-Litovsk. Esto abrió la perspectiva de un final de los combates en el frente oriental y el traslado de las tropas alemanas desde allí al frente occidental, con consecuencias potencialmente desagradables para británicos y franceses.

En 1917, la guerra también seguía haciendo estragos en Oriente Próximo. Un nuevo comandante británico en la región, el general Frederick Stanley Maude, logró tomar Kut Al Amarna a principios de 1917. Desde

[8] Kolko (1994), p. 135; Pittalis, pp. 212-22; Duroselle, pp. 332-33; Münkler, p. 604 y ss.

allí avanzó a lo largo del río Tigris hacia Bagdad, que cayó en manos de los británicos el 11 de marzo. Allí, en una célebre proclama al pueblo de Mesopotamia —el actual Irak— utilizó prácticamente el mismo lenguaje hipócrita que rodaría de la lengua del presidente estadounidense George W. Bush no hace tanto tiempo, a saber, que "nuestros ejércitos no vinieron aquí como conquistadores ni como enemigos, sino como libertadores".[9] Al mismo tiempo, desde su base en Egipto, las fuerzas británicas comandadas por el general Edmund Allenby respaldaban una revuelta contra los otomanos en Arabia. En esta iniciativa participó un agente británico llamado Thomas Edward Lawrence, cuyas hazañas servirían de inspiración para la superproducción *Lawrence de Arabia.* Para asegurarse el apoyo de las tribus árabes y sus jefes contra los otomanos y los alemanes, los británicos permitieron a Lawrence hacer todo tipo de promesas que más tarde incumpliría. Para Londres, los intereses y los deseos del pueblo árabe no tenían ninguna importancia. Lo importante para Londres era la perspectiva de éxito militar contra el enemigo otomano y, por supuesto, la perspectiva de controlar los campos petrolíferos de Oriente Próximo. Pero los millones de espectadores que vieron a Lawrence hacer de las suyas en la gran pantalla no se enfrentaron, por supuesto, a tales trivialidades.

Ya en mayo de 1916, los gobiernos británico y francés, con el beneplácito ruso, habían concluido un acuerdo sobre la forma en que los vencedores debían repartirse el botín territorial del Imperio Otomano en Oriente Próximo: el famoso Acuerdo Sykes-Picot, llamado así por los negociadores, Mark Sykes y Georges Picot. El petróleo desempeñó un papel primordial en este acuerdo, sobre todo para los británicos, que habían echado el ojo a los pozos petrolíferos de Mesopotamia desde el principio de la guerra. Los británicos se apropiaron de Irak, Kuwait, Palestina y Jordania, mientras que Francia debía adquirir Siria y Líbano. Con respecto a Palestina, el gobierno británico dio su bendición a los planes sionistas de un "hogar nacional para el pueblo judío" en esta región mediante la Declaración Balfour del 2 de diciembre de 1917; se estipulaba piadosamente que debían salvaguardarse los intereses de la población palestina existente. Con esta promesa, el gobierno británico pretendía obtener el apoyo de miembros influyentes de la comunidad judía de Gran Bretaña, incluido el banquero lord Rothschild; y también se pretendía que

[9] Englund, pp. 267-69.

los inmigrantes judíos en Palestina funcionaran como fieles aliados del Imperio Británico en Oriente Próximo.

418

En cualquier caso, en el transcurso del año 1917, los británicos consiguieron relevar al Imperio Otomano de Palestina, y esta conquista culminó con la toma de Jerusalén el 9 de diciembre de ese año. Si, durante la Gran Guerra, los británicos lucharon por la democracia, como muchos aún quieren hacernos creer, los habitantes de Palestina no se dieron cuenta de ello. El general Allenby, que se consideraba un "cruzado renacido", iba a gobernar la región como un dictador o un "cuasi monarca", es decir, aproximadamente del mismo modo despiadado en que von Bissing gobernaba la Bélgica ocupada. En agosto de 1918, Allenby reanudaría su ofensiva y "liberaría" Siria a expensas de los otomanos. (La actitud condescendiente de los dirigentes occidentales hacia los locales también quedaría simbolizada por Henri Gouraud, el general francés que, a su llegada a Damasco en 1920, proclamó el regreso de los cruzados y la victoria de la Cruz sobre la Media Luna mientras pateaba la tumba de Saladino). Por cierto, durante estas operaciones en Oriente Próximo, la caballería siguió siendo útil, sobre todo en la persecución de las tropas otomanas en fuga. Damasco y Alepo cayeron ante los británicos el 1 y el 25 de octubre, respectivamente. El Imperio Otomano capitularía poco después, el 30 de octubre de 1918, a bordo de un barco británico en el puerto de Mudros, en la isla griega de Lemnos.

Los otomanos también fueron expulsados de Arabia. Allí también, los británicos instalaron un nuevo orden, teniendo en cuenta principalmente sus propios intereses, así como los de un puñado de jefes tribales, el equivalente de las propias familias aristocráticas británicas, que se habían revelado como útiles socios en tiempos de guerra. La inmensa patria de los árabes fue parcelada y los trozos entregados a estos socios, que los convirtieron en Estados —como Arabia Saudí— que podían gobernar como su propiedad personal. Por lo tanto, el hecho de que en Oriente Próximo los reyes y jeques puedan seguir gobernando de forma extremadamente antidemocrática y casi medieval sobre sus súbditos también forma parte del legado de la Gran Guerra. Esto no sólo contradice la hipócrita alegación de que los británicos lucharon por la democracia, sino que demuestra que, desde la perspectiva de las élites de todos los países beligerantes, la guerra representó un "gran salto atrás"; es decir, un intento de revivir en la medida de lo posible (y en el caso de Arabia Saudí,

de crear) las condiciones muy *poco democrá*ticas de la época anterior a la Revolución Francesa y al proceso de democratización desencadenado por dicha revolución. A causa de la Gran Guerra, gran parte de Oriente Próximo se sumió de nuevo en la Edad Media. [10]

[10] Pappe, pp. 66-68, 72; Engdahl, pp. 48-55; Nowell, pp. 116, 127; Piper, pp. 330-37; Pauwels (2008), pp. 227-29.

420

Capítulo 24
1917: El año de los problemas

Los soldados de todos los países beligerantes se rebelan y estallan motines. En el frente interno, la inquietud y el descontento de los civiles desnutridos se reflejan en innumerables huelgas. Por otra parte, se endurece la actitud de los dirigentes políticos, socioeconómicos y militares, decididos a no rendirse hasta alcanzar los ambiciosos objetivos por los que han ido a la guerra...

Examinemos la moral de soldados y civiles en el año 1917. Ya en Nochevieja, el 31 de diciembre de 1916, los soldados belgas estacionados tras las líneas en la localidad flamenca de Alveringem marcaron la pauta para el año venidero. Numerosos *piottes* irrumpieron en los cafés que habían cerrado por orden superior y obligaron a los propietarios a servirles bebidas. Los gendarmes que intentaron intervenir fueron apaleados, se produjeron disparos y se lanzaron granadas en dirección a la ampliamente detestada policía militar. Corrió el rumor de que "la revolución había estallado entre los soldados de la tercera división belga" y que las tropas francesas estaban preparadas para restablecer el orden y "abrir fuego, si era necesario, contra los rebeldes". "Finalmente nos calmamos", escribió en su diario un soldado implicado en este asunto, y se restableció la calma. Esta reyerta no fue un auténtico motín, ni mucho menos una revolución, pero proporcionó a las autoridades un desagradable anticipo de lo que los soldados y civiles disgustados por la guerra les tenían reservado en el año 1917.[1]

421

[1] Coopmans, pp. 121-23.

Para los soldados belgas del frente del Yser sería un año miserable. La falta de alimentos decentes y la escasez en general, la baja paga, la duración de la guerra y la imposibilidad para la inmensa mayoría de los hombres de visitar a sus familias en la Bélgica ocupada durante un breve permiso, todo ello influyó. Se produjo un fuerte aumento del "pesimismo de guerra", el "desánimo", el "abatimiento" y el "descontento", y los soldados sufrieron masivamente *le cafard,* "la melancolía".[2] Las acciones de protesta y los mini-motines (o reyertas desordenadas como la de Alveringem) se producirían cada vez con más frecuencia durante 1917. Las cifras oficiales de deserciones aumentaron de 1.200 en 1916 a 5.630 en 1917, y hubo muchos más casos de rendición colectiva o individual al enemigo que en años anteriores. En Bélgica existe la creencia generalizada de que gran parte de esta agitación reflejaba las actividades de los nacionalistas flamencos, pero historiadores como de Schaepdrijver están convencidos de que estos problemas expresaban un cansancio de guerra y una repulsión contra la guerra más generales e internacionales. Cita el hecho de que a menudo se oía a los soldados flamencos manifestantes cantar no sólo el himno flamenco, sino también la *"Internacional"* y la *"Marsellesa*". Los civiles belgas en Francia también mostraban signos de inquietud y rebelión. En febrero de 1917, por ejemplo, estalló una huelga entre los trabajadores de una fábrica belga de municiones cerca de Le Havre, durante la cual los obreros protestaron contra los bajos salarios y la mala alimentación.[3] Esta contumacia de los soldados y civiles belgas era síntoma de un malestar general que afectó a la moral de sus homólogos en todos los países beligerantes en 1917. El periodista, escritor y diplomático italiano Kurt Erich Suckert, más conocido por su *seudónimo* Curzio Malaparte, escribiría:

> *A principios de 1917 se produjeron hechos que reflejaban un gran malestar en todos los ejércitos beligerantes de Europa. Protestas, rebeliones y casos de insubordinación colectiva se hicieron cada vez más frecuentes. En Francia, como en Alemania, Austria* [*-Hungría], Rusia o Italia, los habitantes de las trincheras mostraban signos de cansancio de guerra, incluso de negra cólera. Ni siquiera la amenaza de desagradables sanciones bastó para poner fin a la*

[2] De Schaepdrijver, pp. 198, 205-06.
[3] Horvat, pp. 46, 50; de Schaepdrijver, pp. 207, 213.

oleada de deserciones. Unidades enteras se negaron a partir hacia las primeras líneas. [4]

422

Veamos la situación en algunos países, empezando por Francia.

El año 1917 comenzó con una gran huelga en la empresa Panhard-Levassor, en París, que obligó al gobierno a intervenir y a introducir un sistema de negociaciones obligatorias y de acuerdos salariales dictados por las autoridades. Aun así, 1917 se convertirá en un año de conflictos laborales, sobre todo en la capital francesa, y mayo y junio serán testigos de una auténtica "explosión" de huelgas en las que participará un número sorprendentemente elevado de mujeres; por ejemplo, las trabajadoras de las fábricas de municiones, conocidas como *"munitionettes"*. A un verano relativamente tranquilo siguió un otoño particularmente "caliente", durante el cual, y por espacio de tres meses, no pasó un solo día en París sin que estallara alguna huelga. El número de huelgas pasó de un centenar en 1916 a 336 en 1917, y el número de huelguistas aumentó durante el mismo periodo de 11.500 a 246.000.[5]

Lo que motivaba principalmente a los huelguistas era el elevado coste de la vida. En el transcurso de 1916, los ingresos reales de los franceses de a pie habían disminuido aproximadamente un 10% en comparación con 1914, y esta tendencia iba a continuar hasta el final de la guerra; en 1918, los salarios reales serían un 25% más bajos que en 1914. Así pues, era urgente aumentar los salarios para ponerse al nivel de los precios. Otra reivindicación de los huelguistas era la *semaine anglaise* o "semana inglesa", es decir, una semana laboral de cinco días y medio; en otras palabras, con no sólo los domingos sino también los sábados por la tarde libres. Al principio, los huelguistas no mencionaban ningún objetivo pacifista o revolucionario, pero a partir de la primavera eso cambió. En marzo, la noticia de una revolución en Rusia llegó a Francia y provocó una explosión de entusiasmo entre los socialistas y sindicalistas parisinos. Expresaron una gran admiración por el pueblo ruso, supuestamente atrasado, que había demostrado ser capaz de iniciar una auténtica revolución mientras que "nosotros, los franceses, el pueblo revolucionario *por excelencia,* apoyamos el régimen burgués sin vacilar". A partir de entonces, los huelguistas exigieron cada vez más el fin de la guerra,

---

[4] Citado en Losurdo (2006b), pp. 113-14.

[5] Horne, pp. 74-75; Robert, pp. 12-13, 171; Duroselle, p. 201.

así como cambios políticos. Durante las huelgas de mayo, ondeaban banderas rojas, se cantaba *la "Internacional"* y se oían gritos como "¡Viva la paz!", "¡No a la guerra!", "¡Que vuelvan nuestros maridos!" y "¡Los jefes en el frente, nuestros *poilus* en casa!". Un alto funcionario informó poco después de que Francia había vivido una "turbulenta primavera ", caracterizada por el mismo hastío bélico que en Rusia: desobediencia, huelgas y manifestaciones.[6]

423

Fue sobre todo en París donde los obreros no sólo se revelaron más combativos, sino también más radicales e incluso revolucionarios. Ya no tenían ninguna fe en el *sindicato sacree*, el "sindicato sagrado", ¡que ahora denigraban como la *duperie sacree,* la "estafa sagrada"! La terminología militar se deslizó en el discurso de los trabajadores en general y de los huelguistas en particular. Cada vez se hablaba más de la fábrica como de un "campo de batalla" y se volvía a hablar de "conflicto de clases", como antes de la guerra. En este conflicto, los obreros tenían sus propios "objetivos de guerra", sus propios sueños de "conquistas y anexiones". La "semana inglesa" era uno de estos objetivos, la jornada laboral de ocho horas era otro. El internacionalismo también resurgió entre los obreros. En París, un orador recibió aplausos entusiastas cuando explicó que "al igual que nosotros, nuestros camaradas alemanes deben luchar por un ideal que no es el nuestro... la victoria que buscamos no es la de las trincheras, sino la de la clase obrera y de la Internacional".[7]

Mientras los obreros se radicalizaban visiblemente, sobre todo en París, una mayoría dentro del partido socialista francés seguía comprometida con la unión sagrada y dispuesta a colaborar con los partidos burgueses para obtener una victoria final para Francia y sus aliados. Pero los "socialistas mayoritarios" estaban perdiendo mucho apoyo entre los trabajadores que, siguiendo el ejemplo ruso, ya no disimulaban su negativa a apoyar una guerra que despreciaban y condenaban *como la maudite* ("la empresa maldita"), "la carnicería", "la matanza". Además, se criticaba a los socialistas mayoritarios porque se les consideraba "demasiado conciliadores con la patronal". A causa de lo que se percibía como su "colaboración de clase" y su "falta de energía y militancia", los dirigentes socialistas también eran

[6] Robert, pp. 119, 123-33; Englund, p. 374.
[7] Robert, pp. 105, 112, 179.

denigrados por gran parte de las bases como "cobardes", "traidores" y *arrivistes,* "trepadores sociales", que llevaban una agradable vida burguesa a costa de los trabajadores. En estas circunstancias, el partido socialista perdió miembros por decenas de miles. El contraste fue grande con el destino de los sindicatos, que aunque no organizaron las huelgas se beneficiaron de ellas, porque el resultado positivo de muchos conflictos laborales demostró las ventajas de pertenecer a un sindicato. De este modo, los sindicatos franceses, y especialmente los parisinos , ganaron muchos nuevos afiliados. A finales de 1917, los sindicatos de la capital disfrutaban de "un florecimiento como nunca habían conocido antes de la guerra". La élite había esperado que la guerra detuviera e incluso hiciera retroceder esa forma de emancipación de la clase obrera, pero también en este aspecto produjo el efecto contrario.[8]

424

En Francia, los soldados estaban más que hartos de la guerra desde hacía mucho tiempo, pero 1917 resultó ser el año en que este hastío bélico se manifestó de forma más espectacular, causando enormes quebraderos de cabeza a las autoridades. Las enormes pérdidas sufridas en la ofensiva del Chemin des Dames en primavera, combinadas con el ejemplo pacifista y revolucionario dado por los soldados en Rusia, desencadenaron una amplia gama de acciones de protesta por parte de *los poilus.* Las unidades que recibían la orden de atacar o incluso de ocupar las primeras líneas balaban a veces como ovejas camino del matadero. Y con frecuencia los hombres se negaban a pasar por encima cuando se daba la señal de ataque. Barthas relata cómo los oficiales optaban por ignorar esa insubordinación porque "temían recibir un tiro por la espalda o que les arrojaran una granada en su escondite". También describe cómo en su sector, en mayo y en junio, "soplaba un viento de rebelión" procedente de Rusia,

> *soplaba por todos los regimientos... Cuando alguien empezaba a cantar alguna canción de protesta contra la guerra, cientos de bocas gritaban "¡Paz o revolución! ¡Abajo la guerra!", "¡Furlough! Furlough!" Alguna noche — patriotas, contengan la respiración— se cantó atronadoramente* la "Internacional"*. Eso realmente conmocionó a nuestros comandantes.* [9]

[8] Robert, pp. 116-17, 128-43, 157, 165-66, 246-47.
[9] Barthas, p. 397.

En otra ocasión, Barthas opinó que la *"Internacional"* era "el grito de guerra revolucionario más sentido de *los poilus".*

Grupos más o menos numerosos de soldados también organizaron reuniones en un intento de crear consejos de soldados similares a los "soviets" de la Rusia revolucionaria. Ocasionalmente, *los poilus* aún confraternizaban con los alemanes y cantaban *juntos la "Internacional".* Dos regimientos se amotinaron y tomaron el control de un cuartel. Se disparó contra los oficiales. Otras unidades depusieron las armas, degradaron a sus oficiales, instalaron consejos de soldados, izaron la bandera roja, tomaron el control de los trenes e incluso intentaron marchar sobre París. Entre el 20 de mayo y el 10 de junio, un total aproximado de cuarenta mil hombres participaron supuestamente en entre doscientas cincuenta y trescientas manifestaciones , que contaban con un centenar de participantes, pero a veces llegaban a los dos mil. En mil novecientos diecisiete también se produjeron asesinatos de miembros de la detestada policía militar, la *gendarmería,* presumiblemente a manos de desertores en su mayoría. [10]

425

La reacción desde arriba consistió en una represión implacable y un endurecimiento de la disciplina. En total, 3.427 soldados fueron castigados; se pronunciaron 554 sentencias de muerte, de las que se ejecutaron cincuenta y una. Se impusieron castigos severos a 1.381 hombres; 1.492 recibieron sanciones más leves. Se impuso una disciplina extremadamente dura. "Una sola palabra subversiva era suficiente para provocar un consejo de guerra", informó Barthas, o ser enviado a un batallón penal. Incluso estaba prohibido cantar *"La Madelon".*[11] Las autoridades no sólo utilizaron el palo, sino también la zanahoria. El general Pétain ordenó muchos menos ataques, permitió que más soldados salieran de permiso con más frecuencia, dispuso una mejor alimentación, etc.

Los motines de 1917 constituyeron una excepción —aunque hay que reconocer que bastante espectacular— a la regla general de que, desde el principio hasta el final de la Gran Guerra, los soldados del ejército francés cumplieron su mortal deber obedientemente, casi con apatía, como máquinas. Asimismo, "la inmensa mayoría de la población" siguió apoyando

---

[10] Barthas, pp. 19, 378, 397-99; Loez, passim; Miquel, p. 338 y ss.; Duroselle, pp. 202-06; Panel, pp. 6, 8 (nota 46).

[11] Barthas, pp. 406-07.

la guerra a pesar del cansancio bélico generalizado y del "pesimismo patriótico"; al menos, en opinión del historiador francés Jean-Jacques Becker. Pero otros historiadores, como el estadounidense Gabriel Kolko, discrepan. Estiman que los motines de 1917 demuestran que, posiblemente debido a la influencia rusa, se había desarrollado entre los *poilus* una especie de "subcultura o contracultura", una contracultura caracterizada por el desacuerdo, por la "disidencia" respecto al discurso patriótico oficial.[12] Esta última opinión parece ciertamente verificada por las estadísticas de condenas por deserción: el ejército francés había conocido 509 casos de este tipo en 1914, 2.433 en 1915, 8.924 en 1916, ¡y nada menos que 21.174 en 1917! (En 1918, la situación iba a mejorar, ya que "sólo" 13.032 hombres serían condenados por deserción).[13] En 1917, se supone que los amotinados eran entre 59.000 y 88.000 hombres, y no menos de un tercio del ejército francés estaba implicado en los motines, a saber, 68 divisiones, 128 regimientos de infantería (incluidos siete regimientos "coloniales"), 22 batallones de infantería ligera y siete regimientos de artillería. No hay que pasar por alto que muchos soldados que no participaron personalmente en ningún motín simpatizaron con sus camaradas que sí lo hicieron. Todo ello parece confirmar que innumerables *poilus* no sólo estaban hartos de la guerra, sino que además ya no tenían ganas de cumplir con su deber.

426

El hastío bélico de los soldados e incluso su oposición frontal a la guerra, y la *cafardía* general o "blues" que afectaba a tantos de ellos, se reflejaba también en las cartas interceptadas por los censores militares. Los soldados escribían, por ejemplo, que "deseaban que esta guerra terminara cuanto antes", que "anhelaban la hora de la liberación", que la guerra era "una carnicería repugnante" y una *cochonería*, una "porquería de porquería", que "sólo querían una cosa: la paz", que estaban "más que hartos de este asunto" y que consideraban a sus comandantes "asesinos", "una panda de sinvergüenzas", "hijos de puta", "bandidos" y "traidores", a los que había que culpar de la perpetuación de la guerra. Las cartas también expresaban odio hacia los especuladores de la guerra, *los embusteros, los* capitalistas, "los peces gordos" y "los ricos", así como simpatía por los rusos y el deseo de una revolución en Francia. Al final de un espectáculo en un cabaret destinado a

---

[12] Kolko (1994), pp. 137-38.

[13] *14-18: Mourir pour la patrie,* p. 167.

los poilus, un coronel pidió a una actriz que cantara *la "Marsellesa*", pero los soldados se lo impidieron silbando fuerte y gritando "¡Paz!" y "¡Viva Rusia!".[14]

También en Gran Bretaña, 1917 fue un mal año. En el propio país, en el frente interno, el ambiente era más desalentador que nunca. El final de la guerra no estaba a la vista. La población se daba cuenta cada vez más de que el ejército británico había sufrido, y seguía sufriendo, enormes pérdidas en el distrito del Somme, en los Campos de Flandes y en otros lugares. Un aristócrata llegó a la conclusión de que "estamos acabando lenta pero inexorablemente con lo mejor de la población masculina de estas islas". Las pérdidas en vidas plebeyas, por otra parte, no parecían perturbar a este caballero. Con respecto al suministro de alimentos, Gran Bretaña estaba mucho mejor que Alemania, pero, no obstante, se producía escasez de carbón, por ejemplo, para el que había que hacer cola, y de algunos productos alimenticios, en particular carne y grasa. Los submarinos alemanes, que hundieron innumerables cargueros en ruta hacia Albión, desempeñaron un papel importante a este respecto, por lo que hubo que introducir el racionamiento. Peor aún fue el hecho de que, al igual que en Francia, los salarios no siguieron el ritmo de la inflación. En el transcurso de la Gran Guerra, los salarios reales disminuirían en Gran Bretaña entre un 10% y un 20%. Como en otros países, fueron los ciudadanos de a pie quienes tuvieron que soportar la mayor parte de las cargas de la guerra; en forma de servicio militar, por supuesto, pero también en términos de bajos salarios y altos precios. Mientras tanto, era bien sabido que los industriales obtenían beneficios colosales y prosperaban gracias a la guerra. Según el historiador Arthur Marwick, "el descontento de la clase obrera por los altos precios y otras irritaciones [sic] provocadas por la guerra alcanzó su punto álgido en 1917". Ese año, al igual que en Francia, se produjeron muchas más huelgas que el año anterior y los trabajadores acudieron en busca de salvación (o al menos de alivio) a los sindicatos, cuyo número de afiliados aumentaría espectacularmente durante la guerra, concretamente de 4 millones en 1914 a 6,5 millones en 1918.

427

El Partido Laborista siguió colaborando con el gobierno y apoyando la guerra, pero sus bases se volvieron rápidamente mucho más pacifistas y radicales. Para evitar perder muchos afiliados, al igual que el partido

[14] Nicot, pp. 117, 119, 125, 127, 130-31, 136-42, 150.

socialista francés, los dirigentes laboristas, que siempre habían evitado parecer "socialistas" antes de la guerra, empezaron ahora a identificarse abiertamente con objetivos socialistas como "la socialización de los medios de producción, distribución y comercio". Los laboristas se enfrentaron a la dura competencia de partidos socialistas más radicales, como el Partido Socialista Laborista, muy militante, con su periódico *The Socialist,* que en un momento dado alcanzó una tirada de veinte mil ejemplares y tuvo mucho éxito con títulos antibelicistas como "Vosotros nos disteis la guerra, nosotros os daremos la revolución". El éxito del socialismo se debió en parte a la Revolución Rusa, que galvanizó a la plebe británica cuando llegaron noticias de ella. Estos últimos nunca habían abrigado sentimientos cálidos hacia el autoritario régimen zarista, y aclamaron su caída. Ya en marzo de 1917, unas doce mil personas se reunieron en el Royal Albert Hall de Londres para manifestar su apoyo a los revolucionarios rusos. Los radicales pacifistas-socialistas atrajeron a partir de entonces mucha más atención, por ejemplo con manifestaciones masivas a favor de la paz, organizadas el Primero de Mayo en Londres y Glasgow, y, en junio de 1917, con una enorme reunión en Leeds de todo tipo de fuerzas de izquierda, la famosa "Gran Convención Laborista, Socialista y Democrática". La reunión de Leeds no sólo se expresó a favor de la revolución, sino también de la independencia de Irlanda, India y Egipto. Se habló incluso de crear soviets en Gran Bretaña, pero no se llegó a nada. [15]

La élite británica debió de encontrar todo esto bastante chocante. Había querido la guerra porque creía firmemente que la guerra funcionaría como antídoto contra la revolución y otras formas de "peligro" socialista, pero en 1917 se hizo evidente que la guerra había estimulado realmente el interés y el entusiasmo por el socialismo en grandes segmentos de la población. Para gran consternación de la élite, un funcionario, citado por Adam Hochschild, informó en ese año que

428

> *... apenas hay ahora en Inglaterra una comunidad o grupo de personas... entre las cuales los principios del socialismo y del control democrático extremo* [*sic]* *no empiecen a ser escuchados con creciente avidez... No hay reunión de trabajadores en el país que no esté dispuesta a considerar el capitalismo como un fracaso probado.* [16]

---

[15] Hochschild, pp. 263-65, 274, 301-02; Wolff, pp. 42-45.

[16] Hochschild, pp. 251, 314-15; Marwick, pp. 97, 103-04; Knightley, p. 103; Horne, pp. 54-55.

Las autoridades británicas reaccionaron ante el espectacular ascenso del "peligro socialista" con registros en los domicilios de los dirigentes y otros miembros de organizaciones pacifistas y socialistas, confiscación de sus imprentas y panfletos, interceptación de su correspondencia, censura y uso de agentes provocadores. El temor al "espectro de la revolución" también obligaría a las autoridades a hacer concesiones e introducir reformas,[17] pero un ámbito en el que las concesiones estaban fuera de toda discusión era la guerra: había que beberse hasta la última gota la amarga poción de ese cáliz. A este respecto, el Primer Ministro Lloyd George se reveló como un *jusqu'au-boutiste* despiadado. La poetisa S. Gertrude Ford respondió a su belicoso discurso con un poema titulado "A Fight to the Finish", con versos como estos:

Los Señores de la Guerra dijeron: "¡Lucha todo el año!
¿Qué dijeron los moribundos entre los muertos?
Hasta el último hombre", gritaron los especuladores:
¿Qué decían los pobres en los años de hambre?
"¡La guerra es buena!", gritaron los jingo-kind:
¿Qué dijeron los heridos, los mutilados y los ciegos?
"¡Lucha!", pidieron los reyes armamentísticos:
Nadie preguntó qué pensaban las mujeres.
"¡Adelante!", resonó Odio donde los demonios mantenían la confianza:
Preguntó la Iglesia, incluso, ¿qué dijo Cristo? [18]

Fue en 1917 cuando los famosos poetas de guerra británicos Siegfried Sassoon y Wilfred Owen empezaron a dejar claros sus sentimientos pacifistas. En octubre de ese año, Sassoon publicó "Glory of Women" (Gloria de las mujeres), en el que denunciaba la belicosidad de las mujeres británicas que habían acosado a hombres jóvenes para que se presentaran voluntarios al servicio y que, en algunos casos, seguían predicando un patriotismo irreflexivo.[19] Ese mismo mes se publicó uno de los poemas antibelicistas más famosos de Wilfred Owen, titulado *"Dulce and Decorum Est"*:

[17] Hochschild, pp. 279-80, 316.
[18] Hibberd y Onions, p. 167.
[19] Hibberd y Onions, p. 194.

Si pudieras oír, a cada sacudida, la sangre
Ven a hacer gárgaras de los pulmones corrompidos por la espuma,
Obsceno como el cáncer, amargo como el bolo alimenticio
De llagas viles e incurables en lenguas inocentes,
Amigo mío, no contarías con tanto entusiasmo
A los niños ardientes por una gloria desesperada,
La vieja mentira: Dulce et decorum est
Pro patria mori. [20]

No sólo en las islas británicas, sino también en otras partes del vasto Imperio, el cansancio de la guerra se expresaba ahora en voz alta. En mayo de 1917 se introdujo el servicio militar obligatorio en Canadá, pero la medida encontró una oposición masiva, especialmente en la provincia de Quebec. Las protestas y disturbios lograron que se concediera la posibilidad de solicitar exenciones, y un gran número de reclutas potenciales solicitaron efectivamente ser eximidos, concretamente 380.000 de un total de 404.000. En Quebec, de un total de 117.000 casos, una abrumadora cifra de 115.000 solicitaron una exención. Estas estadísticas reflejaban una total falta de entusiasmo por la guerra, especialmente entre los canadienses franceses, en su mayoría católicos, que no sentían ni lealtad al Imperio Británico, en el que nunca se habían sentido como en casa, ni simpatía por una República Francesa supuestamente anticlerical, y que no acariciaban la idea de sacrificar sus vidas en los lejanos campos de Francia o Flandes. De este modo, en 1917 quedó meridianamente claro que en Canadá, al igual que en el resto del Imperio Británico, innumerables personas estaban muy cansadas de la guerra y ya no la apoyaban.[21]

Finalmente, los propios soldados británicos habían tenido más que suficiente. Ya en el otoño de 1914, los comandantes de la Royal Navy, conocidos como "sus señorías", habían notado que el entusiasmo inicial de los marineros de a pie, las "cubiertas inferiores", se estaba enfriando, dando paso a un descontento cada vez más profundo, a un "distanciamiento entre los oficiales y los hombres", a quejas con respecto a la mala paga y la mala comida, y a un malestar general. En septiembre de 1917, esta tendencia culminó en un motín, o al menos en un caso grave de desobediencia

[20] Hibberd y Onions, p. 198.
[21] Rousseau (2006), p. 68-69.

colectiva, en el HMS *Amphitrite* en Portsmouth. (Debido a la inferioridad de la comida que les servían a bordo, la tripulación solía referirse al barco como "am y tripa"). A través de concesiones parciales cedidas a regañadientes y promesas solemnes de mejoras que se aplicarían después de la guerra, el malestar en la Royal Navy pudo mantenerse bajo control.[22] En cuanto a los soldados de las fuerzas terrestres, demasiados hombres mostraban signos evidentes de "una sensación de depresión mortal"; en otras palabras, estaban totalmente desmoralizados. Se preguntaban por qué tenían que pasar tanto tiempo en las trincheras y luchar contra hombres que se hacían el mismo tipo de preguntas y que, al igual que ellos, habrían preferido regresar inmediatamente a sus hogares. Estos sentimientos también afloraban en una canción ya mencionada que entonces era muy popular entre los Tommies, "Tell Me Now":

430

No *sé por qué fui a la guerra*
Dímelo, oh, dímelo ahora.
No sé por qué fui a la guerra o
Por lo que esta gente está luchando,
Dímelo, oh, dímelo ahora.
No sé por qué siempre empuño el arma,
Dímelo, oh, dímelo ahora.
No sé por qué siempre empuño el arma,
Porque no tengo nada contra los hunos,
Dímelo, oh, dímelo ahora.
Espero que Dios exista,
Dímelo, oh, dímelo ahora.
Espero que Dios exista,
Cuando el sepulturero me abofetee en la cara con la tierra,
Dímelo, oh, dímelo ahora.[23]

La embriaguez y la deserción se convirtieron en problemas importantes, y en 1917 no sólo el ejército francés, sino también el británico, tuvieron que hacer frente a casos de "indisciplina colectiva", incluidos motines, de los que un brote espectacular sacudió en septiembre el pequeño puerto del canal

[22] Rowe; Beckett, pp. 81-82.
[23] Letra de "Tell Me Now": http://www.musicanet.org/robokopp/usa/tellmeno.htm.

francés de Staples, una estación en el camino de ida y vuelta al frente para muchos Tommies. A los hombres les gustaba referirse a Etaples como "Eat Apples", "Eatables" o "Staples". En 1917, el pueblo fue descrito por el poeta de guerra Wilfred Owen en una carta a su madre como "una especie de establo donde guardan a las bestias antes de enviarlas al matadero". Era un municipio lúgubre e incluso triste, donde los Tommies se alojaban en armerías. Un puente sobre el pequeño río Canche unía la localidad con la cercana Le Touquet. Era otro planeta, un elegante balneario reservado a los oficiales y, por consiguiente, vedado a los soldados rasos. El 9 de septiembre estallaron los disturbios cuando un soldado, al parecer neozelandés, intentó cruzar el puente para visitar Le Touquet, pero la policía militar se lo impidió. Esto desencadenó no menos de seis días de disturbios y manifestaciones en las que participaron diez mil soldados, algunos de los cuales ondeaban banderas rojas. Finalmente, con la ayuda de tropas leales, la policía militar consiguió restablecer el orden. Un amotinado fue ejecutado "como escarmiento".[24]

431

El incidente de Etaples reflejó el hecho de que en 1914-1918 el ejército británico experimentó cada vez más problemas de falta de disciplina, malestar, insubordinación e incluso rebelión entre los soldados rasos. En consecuencia, se requería un número cada vez mayor de policías militares. En 1914, cuando empezó la guerra, había un policía militar por cada 3.306 soldados; cuando terminó la guerra, habría once veces más, es decir, un policía por cada 291 soldados.[25] En Etaples, los Tommies estaban a sólo unas horas en barco de Inglaterra, o Blighty. Regresar a Blighty lo antes posible, y escapar así de esta horrible guerra, es con lo que soñaban todos los Tommies. Un gran éxito de la época fue la canción "Back to Dear Old Blighty":

¡Llévame de vuelta a la vieja Blighty!
¡Ponme en el tren para la ciudad de Londres!
Llévame allí,
Déjame donde quieras,

---

[24] Rousseau (1999), p. 67; Hochschild, p. 292; Kolko (1994), p. 136; Englund, p. 419, nota a pie de página.

[25] Ferguson, p. 347.

Liverpool, Leeds o Birmingham, bueno,
¡No me importa! Llévame a casa a Blighty,
Blighty es el lugar para mí. [26]

En ningún ejército la moral de los soldados era tan baja como entre los rusos, pero en ningún lugar era mejor que entre los combatientes franceses, británicos y belgas. El cansancio de la guerra reinaba por doquier y, a partir de la primavera de 1917, la influencia de los acontecimientos revolucionarios en Rusia desempeñó un papel cada vez más importante. En Alemania influyó negativamente otro factor, el bloqueo naval británico. Esta estrategia provocó cada vez más escasez, que también afectó a los soldados, por ejemplo en forma de mucho menos pan en sus raciones, especialmente a partir de marzo de 1917. El descontento resultante era tanto mayor cuanto que los oficiales seguían recibiendo abundante pan y otros alimentos. Por este motivo, pero también por la influencia de los acontecimientos en Rusia, el estado de ánimo de los hombres se volvió rebelde, incluso revolucionario. "Todo el Estado no es más que un instrumento del capitalismo y de los especuladores", comentó un soldado. Y otro opinó que "tenemos que hacer las cosas aquí como en Rusia, para librarnos de ese maldito militarismo".[27] Cada vez más soldados desarrollaron un antagonismo frente al tradicional sistema de clases de Alemania. Un marinero "proletario", por ejemplo, explicó en mayo de 1917 que había sido un "ultrapatriota" en 1914, pero que después "la inquietud, la irritación y la desilusión" le habían contagiado irrevocablemente, así como el resentimiento con respecto al "principio fundamental del país, el sistema de clases". "La guerra", declaró,

432

había resultado ser algo que poca gente había previsto, y mucho menos deseado, y la existencia del sistema de clases era una de las cosas que la guerra había revelado; unos pocos años de guerra habían logrado lo que docenas de años de propaganda socialista y anarquista habían sido incapaces de hacer: habían dejado al descubierto la hipocresía y las contradicciones del viejo orden. [28]

---

[26] Letra de "Back to Dear Old Blighty":
http://www.firstworldwar.eom/audio/takemebacktodearoldblighty.htm.
[27] Ulrich y Ziemann, pp. 128-29.
[28] Englund, p. 361.

El año 1917 demostró con toda claridad que los soldados alemanes también estaban cansados de la guerra. En ese año, el número de casos de deserción, rendición voluntaria e insubordinación aumentó significativamente.[29] Este cansancio de la guerra también encontró su expresión en un poema que, si se encontraba en posesión de un soldado, podía costarle catorce días de detención:

Ich bin Soldat, doch bin ich es nicht gerne;	*Soy un soldado, pero no me gusta serlo;*
Komm ich ins Feld, dan muss ich Brüder morden, Von denen keener mir was zu Leid getan.	*Cuando entro en acción, debo matar a mis hermanos, Que nunca me han hecho nada malo a mí.*
Ais Krüppel trag ich nachher Band und Orden,	*Como inválido podré presumir de cintas y medallas,*
Doch schmachtend ruf ich dan: ¡Ich war Soldat!	*Y entonces suspiraré y diré: ¡Yo era un soldado!* [30]

433

Una canción sarcástica antes mencionada, *"Mein Michel was willst du noch mehr?",* también se hizo cada vez más popular en 1917. Una de sus estrofas dejaba bien claro que los soldados ya estaban hartos y no estaban dispuestos a "dejarse matar por el Kaiser":

Du darfst exerzieren, marschieren, am Kasernenhof, kreuz und quer, und dann für den Kaiser krepieren. Mein Michel, was willst du noch ¿Mehr?	*Puedes hacer ejercicio y marchar, de aquí para allá en el patio de las armerías, Y luego ir a que te maten por el Kaiser. Mi querido Michael, ¿qué más podrías ¿Quieren?*

En 1917, los soldados italianos estaban particularmente descontentos y rebeldes, y esto se reflejó en la actitud de los hombres hacia los oficiales y la policía militar, los *carabinieri.* De estos últimos, un gran número fueron asesinados, ahorcados o apuñalados. Se ha hablado de este episodio como una verdadera "caza de carabinieri".[31] Pero en todos los demás ejércitos la policía militar era igualmente detestada por los soldados y a veces asesinada. Barthas escribió que "[nuestros soldados] sentían un odio asesino por los *gendarmes*... que no dejaban de acosarlos, espiarlos y perturbar su descanso

[29] Miquel, pp. 341-42.
[30] Grünefeld, p. 346.
[31] Losurdo (2006b), p. 114.

y su libertad cada vez que salían de las trincheras". Relató cómo en el verano de 1916, en su sector del frente, en algún lugar de Champagne, dos *gendarmes* habían sido encontrados colgados de un árbol. Al parecer, estos casos no eran raros.[32]

Con respecto a la moral de los soldados en general en el año 1917, Gabriel Kolko resume la situación de la siguiente manera:

> *La negativa de las tropas a obedecer total y ciegamente a sus superiores fue su acto más subversivo... era una condición que les hacía peligrosos aunque no fueran necesariamente radicales políticos, y abría un abismo lleno de incertidumbres... A lo largo de los últimos dieciocho meses de la guerra, se planteó la cuestión de cómo, o a quién, responderían los soldados para dar rienda suelta a su creciente alienación y desencanto con los gobernantes tradicionales y su folclore y valores ... Estaba surgiendo una situación cualitativamente nueva, y todas las tensiones sociales latentes en las sociedades en tiempos de paz se agudizaron bajo la creciente presión del sufrimiento y el dolor.* [33]

434

Algunos países sobrevivirían a esta traumática experiencia sin sufrir demasiados daños, otros serían presa de la revolución. Pero los soldados de primera línea desempeñarían un papel crucial en todas partes.

Los civiles de los países beligerantes también demostraron de muchas maneras en 1917 que estaban hartos de la guerra, descontentos, resentidos y sediciosos. Culpaban a las élites militares, políticas y socioeconómicas tradicionales de haber querido la guerra, de haberla desencadenado frívolamente y de haberla gestionado de forma tan catastrófica, abrumadoramente a expensas de los órdenes inferiores. En todas partes la gente estaba impresionada por lo que estaba ocurriendo en Rusia. Allí el odiado viejo orden había sido derrocado por soldados y civiles. Se habían promulgado reformas democráticas, sin precedentes incluso para los criterios occidentales, y los revolucionarios rusos estaban a punto de retirar al país de la guerra generalmente despreciada. En este sentido, la Revolución Rusa, y sobre todo la Revolución de Octubre de los bolcheviques, funcionó como "el principal rayo de esperanza durante una de las noches más oscuras de Europa", como ha señalado Arno Mayer.[34]

---

[32] Barthas, pp. 296, 353-54; Panel, pp. 6-7; Saint-Fuscien, pp. 121-23.
[33] Kolko (1994), pp. 139-40.
[34] Mayer (2010), p. 3.

En Alemania, las consecuencias del bloqueo británico, que no empezó a aplicarse de forma sistemática y despiadada hasta ese año, tenían ahora un gran impacto en la población. Los alimentos eran cada vez más difíciles de conseguir y los precios subían vertiginosamente. El elevado coste de los alimentos inspiró el siguiente verso, una crítica sarcástica a los dirigentes de un imperio supuestamente grande y poderoso que se mostraban incapaces de alimentar a sus propios ciudadanos e incluso a sus soldados:

O Deutschland hoch in Ehren, O Germany, hallowed fatherland,
Du kannst dich nicht erndhren. ¿Por qué no puedes alimentarte? [35]

Estas líneas aparecían en una canción de soldados que ridiculizaba sin piedad uno de los himnos más patrióticos de Alemania, que data aproximadamente de 1850, "O *Deutschland hoch in Ehren*", "Oh Alemania, patria santificada", con su llamada *jusqu'au-boutiste*: *"Haltet aus im Sturmgebraus*" — "¡Persevera, aunque arrecie la tormenta!".[36]

Hasta principios de 1917, los británicos no habían aislado herméticamente a Alemania del mundo exterior con su bloqueo, precisamente para evitar enemistarse con países neutrales como Holanda y, sobre todo, Estados Unidos. Pero en la primavera de ese año Estados Unidos entró en la guerra del lado de la Entente. De este modo se pudo estrechar el cerco del bloqueo, de modo que a partir de entonces fue prácticamente imposible para Alemania importar mercancías a través de los Países Bajos y Dinamarca, por ejemplo.[37] (Ni que decir tiene que el bloqueo también causó enormes problemas a la Monarquía del Danubio, donde estallaron hambrunas, especialmente en las grandes ciudades, Viena y Budapest. De hecho, en todos los países beligerantes, los habitantes de las ciudades solían sufrir mucho más que los del campo).

En Alemania, la clase obrera fue la que más sufrió las consecuencias del bloqueo, porque los salarios reales siguieron bajando. El descontento era grande, tanto más cuanto que en el mercado negro seguía habiendo todo tipo de cosas, a precios elevados, por supuesto, para que los ricos no murieran de

---

[35] Griinefeld, p. 362.

[36] Letra de "O Deutschland hoch in Ehren": http: //www. altearmee.de/haltetaus.htm y https://www.youtube.com/watch?v=jyEW_hvznlw.

[37] Hastings, pp. 359, 547.

hambre. "Los privilegios de los ricos y los corruptos se están volviendo sencillamente intolerables", escribió el historiador francés Frédéric Rousseau en un comentario sobre esta situación.[38]

435

Además, todo el mundo sabía que, gracias a la guerra, los capitalistas del Reich estaban obteniendo beneficios como nunca antes. En Krupp, por ejemplo, los beneficios pasaron de 31,6 millones de marcos en 1916 a 79,7 millones en 1917. Otros gigantes industriales que obtuvieron enormes beneficios en aquella época fueron el productor de acero Stinnes, AEG, el gran especialista en electrotecnia, y el constructor naval Blohm & Voss, productor de submarinos.

La guerra reforzó la tendencia de la industria alemana hacia el gigantismo y la creación de monopolios, la espectacular aparición de una élite relativamente pequeña de empresas gigantescas que atrajeron la mayor parte de los muy rentables pedidos estatales para la producción de material bélico. Por el contrario, innumerables pequeñas empresas no pudieron beneficiarse de la guerra. Muchas de ellas perdieron así a sus proveedores o a sus clientes, y vieron disminuir drásticamente sus beneficios; y muchas de ellas simplemente desaparecieron de la escena. Este proceso de monopolización ya había comenzado mucho antes de la Gran Guerra, y también se produjo en los demás países beligerantes. En este sentido, es cierto, como ha señalado Niall Ferguson, que durante la guerra los beneficios *medios* de las empresas no fueron especialmente elevados, pero los beneficios de las grandes firmas, de las *corporaciones*, que en adelante desempeñarían un papel determinante en el desarrollo del sistema industrial capitalista, fueron considerables, como reconoce el propio Ferguson.[39]

El conflicto de clase es un fenómeno polifacético, como ha subrayado Domenico Losurdo. No se trata simplemente de un conflicto bilateral entre "capital" y "trabajo", como lo describen no sólo Ferguson, sino también Habermas y Dahrendorff, y como parecen creer incluso algunos autores marxistas, sino que refleja también las contradicciones entre la burguesía y la nobleza, entre los industriales de diferentes países, entre las madres patrias y las colonias y, como acabamos de ver en el caso de Alemania, entre facciones dentro de la burguesía industrial, por ejemplo, entre grandes y pequeños

[38] Kolko (1994), pp. 88-94, 101 (cita en p. 94); Rousseau (2006), p. 91.
[39] Ferguson, pp. 263-65.

productores.[40] No por casualidad, la Gran Guerra, una gran guerra además de una guerra industrial, favoreció a los grandes productores industriales.

436

La población alemana estaba desnutrida, si no hambrienta, cada vez más cansada de la guerra, y anhelaba no sólo la paz, sino también, cada vez más, reformas democráticas del sistema autoritario y militarista del Reich. Puede que la mayoría de los alemanes no creyeran que este sistema había querido y desencadenado deliberadamente la guerra en 1914, y prefirieran seguir creyendo que para su patria se trataba de una guerra defensiva; pero sí creían que, con sus objetivos bélicos demasiado ambiciosos, el gobierno imperial y el alto mando del ejército, personificados por Ludendorff y von Hindenburg, eran responsables de haber prolongado el conflicto durante tantos años. La presión ejercida por el pueblo en favor de la paz y las reformas se hizo así enorme, incluso irresistible, en 1917. En primavera, por ejemplo, los disidentes socialdemócratas pacifistas y radicales abandonaron el partido para formar un SPD "independiente", el "*Partido Socialdemócrata* Independiente de Alemania" (*Unabhdngige Sozialdemokratische Partei Deutschlands,* USPD). Con su incansable lucha por la paz y las reformas, este nuevo partido socialista pronto adquirió un considerable número de seguidores, mosdy a expensas, como era de esperar, del SPD, que permaneció leal *a los Burgfrieden.* La facción espartaquista abandonó el SPD para unirse al USPD. En 1917, el número de miembros del SPD se había reducido a una cuarta parte del que tenía en 1914.[41]

Varios partidos burgueses empezaron también a exigir negociaciones de paz y modestas reformas políticas. Así, el káiser se sintió obligado a hacer ciertas promesas, por ejemplo, una reforma del sistema electoral prusiano, un sistema ultraconservador que favorecía fuertemente a las clases altas —la nobleza terrateniente y la burguesía industrial— en comparación con los súbditos pequeñoburgueses y proletarios de Guillermo de Hohenzollern, mucho más numerosos. Pero las reformas prometidas sólo se aplicarían tras el final victorioso de la guerra. En cualquier caso, el 19 de julio de 1917, el Reichstag aprobó una resolución a favor de una paz sin anexiones, para gran disgusto del Káiser, de Ludendorff y de todos los demás *jusqu'au-boutistes* alemanes, todavía numerosos en aquel momento. Esta resolución anunció el

[40] Losurdo (2013), pp. 6-7.

[41] Schorske, p. 313; Piper, pp. 415-16; Kolko (1994), pp. 113-14.

fin del *Burgfrieden,* porque el SPD, así como una serie de partidos burgueses liberales y católicos, ya no eran partidarios incondicionales de un *Siegfrieden,* es decir, "la paz mediante la victoria". Pero un *Siegfrieden* resultó ser el alfa y el omega del programa de la dictadura militar de Ludendorf y von Hindenburg, que monopolizaron el poder en el Reich desde el verano de 1917 en adelante, más concretamente, desde el 13 de julio, día en que el "pelele" Bethmann-Hollweg se vio obligado a dimitir como canciller a causa de las maquinaciones del núcleo duro *jusq'auboutiste* dentro de la élite alemana.

437

Otro país beligerante en el que la gran mayoría de la población civil, y especialmente los sectores más humildes, estaban hartos de soportar la mayor parte de las cargas de la guerra y deseaban ardientemente la paz era Italia. La guerra había sido impopular allí desde el principio. Además, en comparación con los salarios, los precios aumentaban más que en ningún otro país en guerra, lo que provocaba aún más descontento. En 1918, los salarios de los trabajadores de las fábricas italianas representaban sólo el 65% de los de 1913, y los de los trabajadores agrícolas habían disminuido aún más drásticamente. Innumerables ciudades italianas fueron escenario de manifestaciones espontáneas contra la guerra, en las que se exigía el regreso de los soldados; entre diciembre de 1916 y abril de 1917, tuvieron lugar no menos de quinientas manifestaciones de este tipo, en las que participaron decenas de miles de obreros y campesinos. En agosto de 1917, una revuelta obrera en Turín se saldó con la muerte de no menos de cincuenta personas.[42]

Karl Marx había predicho que el sistema capitalista provocaría necesariamente una "pauperización" o "inmiseración" que llevaría inexorablemente al proletariado a derrocar el sistema mediante una revolución. Sin embargo, durante los años que precedieron a la guerra, muchos habían llegado a creer que se había equivocado a este respecto, que la vida de los proletarios estaba mejorando y que, por tanto, una revolución era inútil e imposible; numerosos socialistas habían adoptado este punto de vista y se habían convertido en "reformistas", devotos del socialismo evolutivo en lugar del revolucionario. Pero ahora, durante y a causa de una guerra sangrienta que exigía a los plebeyos sacrificios sin precedentes y

[42] Kolko (1994), pp. 88-94, 101; Brady, p. 243; Rousseau (2006), pp. 111-12; Piper, pp. 309-10.

provocaba hambre y otras miserias, se estaba materializando de hecho un tipo de pauperización muy real con un considerable potencial revolucionario. La guerra, escribe Gabriel Kolko, provocó una "creciente inmiserización [sic]", y

> *socavó el bienestar material de las masas de un modo sin precedentes en la historia europea moderna, quitando a incontables millones de ellas los incentivos materiales para seguir comprometidas o, en el peor de los casos, aquiescentes con las clases dominantes que tan alegremente las habían conducido a la interminable vorágine económica del conflicto.*[43]

438

Paradójico, pero ciertamente no contradictorio, fue el papel en todo esto del imperialismo, que, por un lado, había mejorado algo el nivel de vida de los plebeyos en Europa y sofocado así la tendencia a la pauperización, pero que, por otro lado, había ayudado a provocar la guerra, una guerra "imperialista" en muchos sentidos; y esa guerra desencadenó un tipo de pauperización sin precedentes, que finalmente produjo la revolución.

El año 1917, escribe Kolko, fue testigo de "la profundización de la alienación entre las masas", así como de "la inseguridad entre los dirigentes", y vio cómo la estructura social se convertía en objeto de intensas presiones. Desde mediados de ese año, las élites temían en todas partes que la guerra que habían desencadenado pudiera conducir a la destrucción del orden tradicional, *su* orden. Las masas populares "no lograron respaldar una alternativa ideológica o política coherente a los sistemas sociales dominantes", continúa Kolko, pero "sus acciones supusieron, no obstante, un rechazo sin precedentes de los órdenes sociales imperantes y se opusieron funcionalmente a la política, las instituciones y las pretensiones de las clases dominantes existentes", por lo que "amenazaron grandes partes del statu quo europeo en su momento de mayor debilidad".[44] En algunos países este statu quo era más frágil que en otros, y en algunos países la pauperización avanzaba más que en otros, de modo que el potencial revolucionario era mayor allí que en otras partes. En Rusia, fue a principios de 1917 cuando la pauperización de soldados y civiles había llegado ya tan lejos que estalló la revolución, provocando el colapso del orden establecido, el sistema zarista.

---

[43] Kolko (1994), pp. 88-94, 101 (cita de la p. 94).
[44] Kolko (1994), pp. 106, 112.

Mientras innumerables soldados y civiles deseaban desesperadamente no sólo la paz sino también cambios, la actitud de la élite se endureció considerablemente. Más que nunca, personalidades representativas de la nobleza y la burguesía se mostraron decididas a hacer todo lo necesario para ganar la guerra y poder cosechar, tanto en casa como en el extranjero, los frutos que esperaban de una conclusión triunfante. En 1917, Alemania se convirtió en una dictadura militar de facto bajo Ludendorff, que no quería otra cosa que la victoria total. En Gran Bretaña, Lloyd George gobernó a través de un pequeño "gabinete de guerra" de siete miembros de forma casi dictatorial o, como ha escrito Arthur Marwick, prácticamente "totalitaria". Lloyd George era un franco *jusqu'au-boutiste*, que se hizo famoso por sus declaraciones belicistas, como esta respuesta negativa a una sugerencia de que se considerara la posibilidad de entablar conversaciones de paz: "la lucha debe ser hasta el final, hasta el nocaut".[45]

439

En Francia, una contraofensiva de *los jusqu'au-boutistes* llevó al poder a Georges Clemenceau en noviembre de 1917. Su mandato consistía en proseguir implacablemente la guerra a pesar de los motines y de todos los demás problemas. Para ello, Clemenceau consideró oportuno transformar la república francesa, hasta entonces moderadamente democrática, en una especie de dictadura de innegables características totalitarias. Por ejemplo, se prohibió cuestionar y*, a fortiori,* contradecir los anuncios militares oficiales, y el "alarmismo" pasó a estar severamente penado; se intervinieron las comunicaciones telefónicas e incluso se escucharon las conversaciones ordinarias; se recortaron las libertades de reunión y de prensa; se detuvo a los militantes socialistas y pacifistas, y a menudo se les castigó enviándoles al frente. En el marco de esta "brutal política represiva", el "Tigre" —apodo que Clemenceau había adquirido en 1906 en a causa de su pugnacidad— también adoptó medidas especialmente drásticas contra los huelguistas. Por el contrario, los huelguistas y los sindicalistas en general llegaron a considerar a Clemenceau como su principal enemigo, llamándole "una amenaza para el proletariado", "el campeón de la represión" e incluso "el asesino".[46] Esta evolución en Francia ilustra igualmente cómo, desde la perspectiva de la élite, la búsqueda de la victoria contra el enemigo exterior o

[45] Marwick, p. 92.
[46] Englund, p. 454; Robert, pp. 143-51, 160-61, 183; Duroselle (1994), p. 315 y ss.

extranjero era inseparable de la búsqueda de la victoria contra el enemigo interior o doméstico; cómo la victoria en la guerra vertical entre naciones estaba asociada a la victoria en la guerra horizontal entre clases.

Un gran porcentaje de la población deseaba la paz, aunque ésta eliminara la perspectiva de una gloriosa victoria de la patria. Por otra parte, un porcentaje nada desdeñable de civiles y soldados había interiorizado la ética belicosa de la élite, que seguía dispensándose abundantemente a través de la propaganda estatal, los periódicos, las escuelas, los púlpitos, etc. Esto significaba que tampoco ellos —como Clemenceau, Lloyd George y Ludendorff— podían imaginar otro resultado que no fuera una victoria incondicional de su propio país, que trajera toda la gloria y los beneficios que se esperaban de ella, aunque esto significara que habría que derramar mucha más sangre. Así, en 1917, Alemania fue testigo no sólo de la fundación del socialista y pacifista USDP, sino también del nacionalista y ultrabelicoso "Partido de la Patria Alemana" *(Deutsche Vater landspartei,* DVLP). Uno de sus fundadores fue el almirante Tirpitz, y el recién nacido partido fue bautizado financieramente con gran generosidad por el alto mando del ejército. Entre los miembros más eminentes de este partido antidemocrático y "protofascista" figuraban "numerosos grandes terratenientes, miembros de las profesiones liberales más prestigiosas [*Bildungsbiirger*], así como industriales de Renania"; en otras palabras, las "viejas élites del Reich", como ha dicho el historiador alemán Ernst Piper. El DVLP apoyó a Ludendorff y trabajó a favor de una *Siegfrieden,* una "paz a través de la victoria", también conocida como "paz de Hindenburg". En apenas un año, el partido contaba con 1,25 millones de afiliados, convirtiéndose así en un partido de masas del mismo calibre que el SPD. Una de las razones por las que innumerables civiles, incluso entre la pequeña burguesía, eran partidarios de un *Siegfrieden,* era que habían comprado los bonos con los que el Reich financiaba la guerra, por lo que temían las consecuencias de una derrota, e incluso de una paz que aportara a Alemania pocas o ninguna de las ventajas con las que tantos de sus ciudadanos habían soñado en 1914.[47]

440

El tipo de ciudadanos alemanes que encontraron un hogar político en el *Vaterlandspartei* siguieron creyendo que la guerra estaba justificada y debía terminar con una victoria del Reich, y encontraron formas de racionalizar y

[47] Piper, pp. 422-24; Münkler, pp. 589-90.

justificar la matanza de cientos de miles de sus propios soldados. Por ejemplo, la muerte y la miseria de la guerra fueron presentadas por numerosos intelectuales como algo positivo, incluso precioso, como una especie de "purificación" que muchos de ellos ya habían asociado con el estallido de la guerra en 1914. Así, el filósofo Edmund Husserl escribió en noviembre de 1917 que

> *La necesidad y la muerte son nuestros educadores. Desde hace años, la muerte ya no tiene nada de excepcional... La muerte ha recuperado su derecho sagrado original. Está ahí para recordarnos la eternidad* [*etc.*].

En otras palabras, la guerra equivalía a una sana y necesaria meditación sobre la muerte. Era un "ejercicio espiritual" que permitía a los alemanes escapar de la banalidad de la existencia ordinaria y enfrentarse al verdadero sentido de la vida. Según Thomas Mann, la proximidad de la muerte profundizaba nuestro conocimiento y ennoblecía nuestra alma; la guerra prometía así producir "una humanidad más noble" (*hohere Menschlichkeit*), así como "una cierta libertad, reserva, distanciamiento con respecto a la vida, un distanciamiento de la vida y una capacidad para trascender el miedo y la esperanza... y, finalmente, una victoria sobre la muerte". En el Imperio de los Habsburgo, Sigmund Freud ya imaginaba en 1915 que la muerte estaba desterrada de la vida en tiempos de paz pero que, por el contrario, ahora que la gente moría a diario por millares, "la vida volvía a ser interesante"; concluía parafraseando el viejo consejo latino, *si vis pacem, para bellem, "si* quieres la paz, prepárate para la guerra"; *si vis vitam, para mortem,* "si quieres vivir, prepárate para morir".[48]

441

La Virgen tuvo más éxito con sus apariciones de 1916 y 1917 en la localidad portuguesa de Fátima. Desde 1910, aquel país era una república liberal y anticlerical como Francia. Pero las apariciones de María en Fátima, entre mayo y octubre de 1917, suscitaron entusiasmo entre gran parte de la población lusitana, aún profundamente religiosa. Esto llevó a los miembros conservadores, clericales y monárquicos de la élite del país, liderados por Sidonio Pais,[49] a sublevarse en diciembre de 1917 y a sustituir la república por un régimen autoritario que pronto daría paso a una dictadura "clerico-

---

[48] Cita de Losurdo (2001), pp. 20-22.

[49]

fascista" bajo Antonio di Oliveira Salazar.[50] En Francia, durante la Gran Guerra, la Virgen María, asistida por Claire Ferchaud, no pudo lograr un éxito semejante, pero un resultado muy similar se sacaría de un sombrero en 1940, cuando, gracias a los buenos servicios de Adolf Hitler, el mariscal Pétain enterraría la Tercera República en favor del archiconservador régimen de Vichy.

Innumerables soldados del frente también habían interiorizado el ethos conservador, antidemocrático, nacionalista, antisocialista, racista y, con demasiada frecuencia, antisemita, contrarrevolucionario y belicoso de la élite. Esos hombres habían aprendido a glorificar la brutalidad, el derramamiento de sangre y el desprecio por la muerte. Apreciaban la camaradería mutua y el "destino compartido" (*Schicksalgemeinschaft*) de los tipos duros que habían experimentado juntos la miseria y las penurias de las trincheras, forjando así una "comunidad de guerreros" o "comunidad de sangre" (*kriegerische Gemeinschaft, Blutgemeinschaft*), por utilizar la terminología acuñada por uno de ellos, Ernst Junger. (Junger escribiría más tarde un libro sobre sus experiencias en el frente, titulado *Tormenta de acero*). Así nació lo que se llamaría el "socialismo de las trincheras". Era una forma de pensar cuyos apóstoles y adeptos —surgidos en su mayoría de las filas de la pequeña burguesía— consideraban muy superior al socialismo internacionalista de la preguerra, presumiblemente contaminado por su asociación con pacifistas, judíos y proletarios. (Para algunos miembros de la pequeña burguesía, la guerra constituyó en realidad una oportunidad de ascenso social. Un empleado de una agencia de seguros londinense, por ejemplo, que de otro modo habría estado "condenado a una vida de insignificancia y tedio", consiguió ascender en el escalafón durante la guerra, convertirse en oficial e incluso casarse con una dama "que una vez lo rechazó firmemente"; había "conseguido todo lo que siempre había soñado, convertirse en el hombre que siempre creyó que era". Y fue la guerra la que lo hizo posible"). Al mismo tiempo, este tipo de soldado se sentía muy superior a los burgueses ordinarios, con su típico miedo al peligro y su necesidad de seguridad.[51] Robert Graves evocó esta mentalidad de soldado de asalto en su poema "Dos fusileros":

---

[50] Eslava Galán, pp. 243-48.

[51] Losurdo (2001), p. 23; Eksteins, pp. 180, 229 y ss.; Lafon, p. 33; Hochschild, pp. 211-12; Englund, pp. 376-77.

442

Muéstrame a los dos tan estrechamente unidos
Como nosotros, por el húmedo lazo de la sangre,
Por la amistad, floreciendo del barro,
Por la muerte: nos enfrentamos a él, y encontramos
La belleza en la muerte,
En el aliento de los muertos. [52]

Hitler y Mussolini son dos buenos ejemplos de soldados que creyeron descubrir en sus experiencias en el frente una nueva forma de socialismo, y que encontraron en ella inspiración para un nuevo tipo de pensamiento y actuación, que más tarde se conocería como fascismo.

Durante el año 1917, el "año de los problemas", surgieron así campos muy diferentes en el seno de la población de los países beligerantes. En primer lugar, los pacifistas y los socialistas radicales como Liebknecht, que querían el fin incondicional de la guerra pero también reformas democráticas más o menos radicales. En segundo lugar, los que querían continuar la guerra hasta una conclusión "honorable" y que, en el frente interno, se mantenían fieles al tipo de acuerdo de unión sagrada, que servía para preservar el statu quo. Este último grupo incluía a los liberales e incluso a algunos elementos conservadores "ilustrados" de la élite, pero también a los socialdemócratas alemanes y a la mayoría de los socialistas de otros países, por ejemplo Francia. En tercer lugar, los elementos ultraconservadores, reaccionarios y protofascistas, que estaban decididos a ganar la guerra para hacer realidad los objetivos imperialistas de su país y, en casa, para detener e incluso invertir el proceso de democratización y destruir el socialismo.

[52] Hibberd y Onions, p. 161.

443

Capítulo 25
¡Vienen los yanquis!

En 1917, el gobierno estadounidense decide, contra la voluntad de la gran mayoría de la población, llevar al país a la guerra del lado de la Entente y contra Alemania. No lo hace por los ataques de submarinos alemanes contra buques como el Lusitania, hundido en 1915, y menos aún para defender la causa de la democracia contra la dictadura y la injusticia. Lo hace porque la elite estadounidense, al igual que la elite de los países europeos en 1914, espera obtener todo tipo de ventajas de la participación en la guerra: por ejemplo, beneficios mucho mayores y trabajadores más dóciles, además del acceso a las materias primas y a los mercados de los países extranjeros...

1917 no fue un buen año para ninguno de los países beligerantes, pero para los miembros de la Entente fue nada menos que catastrófico. Las principales razones fueron los motines en el ejército francés, que hicieron extremadamente precaria la situación en el frente occidental, así como la revolución en Rusia, que hizo surgir el fantasma de la salida de Rusia de la guerra, dejando a Gran Bretaña y Francia desprovistas del aliado que obligaba a Alemania a luchar en dos frentes. Si a esto se añade el hecho de que tanto los civiles como los soldados de Francia y Gran Bretaña estaban desesperados por la paz, se comprende por qué las autoridades políticas y militares de Londres y París tenían sobradas razones para estar preocupadas. Habían querido esta guerra y deseaban desesperadamente ganarla, y para lograrlo necesitaban el apoyo de la población y de todos sus aliados. Pero en 1917, la victoria no estaba a la vista, y nunca había parecido tan lejana . ¿Y qué pasaría si no se ganaba la guerra? La respuesta la dieron los acontecimientos en Rusia, y fue una sombría advertencia: ¡la revolución!

444

El único rayo de esperanza en 1917, desde el punto de vista de la Entente, fue que en abril de ese año Estados Unidos declaró la guerra a Alemania, algo que París y Londres esperaban fervientemente. Evidentemente, aún pasaría algún tiempo antes de que las tropas americanas desembarcaran en Europa para ayudar a cambiar las tornas a favor de la Entente, pero la esperanza de una victoria final se reavivó de este modo. Sin embargo, para la inmensa mayoría del pueblo de Estados Unidos, la entrada de su país en la guerra no era algo maravilloso. Se dieron cuenta de que la guerra que asolaba Europa había sido un desastre, y que en todos los países beligerantes tanto los civiles como los soldados anhelaban un retorno a la paz. Los europeos querían salir de esta guerra lo antes posible; ¿por qué iban a querer entrar en ella los estadounidenses? ¿Y por qué tendrían que luchar del lado de los británicos y los franceses contra los alemanes? ¿Por qué no del lado de los alemanes contra los países de la Entente? Examinemos los factores que llevaron a muchos estadounidenses a plantearse tales preguntas.

Hacía ya mucho tiempo que Estados Unidos mantenía buenas relaciones con Alemania. No era Alemania sino Gran Bretaña el enemigo tradicional y gran rival del Tío Sam. Los británicos eran antiguos amos coloniales contra los que se había librado la guerra de independencia del país durante la década de 1770, y contra los que tuvo lugar otro conflicto armado entre 1812 y 1815, la llamada Guerra de 1812; y a lo largo del siglo XIX las relaciones con Gran Bretaña se habían mantenido tensas a causa de cuestiones como la frontera de Estados Unidos con la Norteamérica británica (que se convirtió en el Dominio de Canadá en 1867); la influencia y el comercio en el Pacífico, Sudamérica y el Caribe; y la simpatía británica por el Sur durante la Guerra Civil estadounidense. (Hasta la década de 1930, de hecho, Washington tendría preparados planes para una posible guerra contra Gran Bretaña). Los estadounidenses no consideraban a los británicos como unos queridos gemelos "anglosajones". Evidentemente, muchos estadounidenses eran de origen inglés y apoyaban a Albión y sus aliados. Pero la mayoría de los estadounidenses —a diferencia de la élite del noreste del país, formada en gran medida por WASP— no eran "anglosajones" en absoluto, sino que procedían de toda Europa, con un gran número de irlandeses y alemanes. En 1914, cuando estalló la guerra en Europa, los estadounidenses de origen irlandés o alemán tenían buenas razones para esperar una victoria alemana y una derrota de Gran Bretaña.

En cuanto a Francia, los estadounidenses que desembarcaron allí en 1917 portaban pancartas que proclamaban "¡Lafayette, estamos aquí!", una alusión a la ayuda que los estadounidenses habían recibido de Francia durante su guerra de independencia contra Gran Bretaña, ayuda que personificaba el marqués de Lafayette. El eslogan sugería que los estadounidenses estaban saldando ahora una deuda de gratitud con los franceses; pero ¿por qué no se habían apresurado a apoyar a su viejo amigo galo en 1914? En realidad, la hipotética gratitud hacia los franceses no tuvo nada que ver con la entrada de Estados Unidos en la guerra, tanto más cuanto que muchos estadounidenses eran muy religiosos y sentían poca o ninguna simpatía por una república que era anticlerical cuando no atea. Los estadounidenses protestantes simpatizaban con Alemania, gobernada por los luteranos Hohenzollern, y los estadounidenses católicos tenían debilidad por Austria-Hungría, cuyos gobernantes, los Habsburgo, habían sido los grandes caballeros blancos del catolicismo desde los tiempos de la Reforma.[1] ¿Y Rusia? Ese imperio era visto por muchos

445

estadounidenses como un bastión del monarquismo autocrático y anticuado, como la antítesis de la república democrática que era Estados Unidos (al menos en teoría). Numerosos estadounidenses, como judíos y ucranianos, eran refugiados del imperio zarista que sentían por Rusia más o menos lo mismo que los irlandeses por Gran Bretaña. En Estados Unidos, Alemania no era objeto de rivalidad, antipatía o franca hostilidad.[2] Es más, muchos estadounidenses, por ejemplo Theodore Roosevelt, se consideraban pertenecientes a la "raza nórdica" superior y, por tanto, parientes cercanos de los alemanes "arios", presumiblemente una raza igualmente superior. El hecho de que Alemania apenas fuera una democracia no constituía un problema para tipos elitistas como Roosevelt, que despreciaban a las "masas" populares. En cuanto a los estadounidenses que no pertenecían a la élite y de hecho estaban a favor de la democracia, incluso ellos tenían poco o nada en contra de Alemania. De hecho, con su legislación social y el sufragio universal, el Reich parecía en cierto modo más democrático que Gran Bretaña, por ejemplo, y que los propios Estados

[1] La influencia del Vaticano sobre los católicos estadounidenses en este contexto se describe en Lacroix-Riz, pp. 15-17.

[2] Véase Hoenicke Moore, p. 17 y ss.

Unidos. La democracia estadounidense era, de hecho, una especie de *"democracia Herrenvolk*", es decir, una democracia para una élite étnica, a saber, el "hombre blanco", un sistema del que los indios y los negros, una gran parte de la población, estaban despiadadamente excluidos —de facto y/o de iure. Esta "democracia para unos pocos", como la ha llamado el politólogo e historiador Michael Parenti, presentaba una especie de apartheid *avant la lettre,* en el que los negros eran víctimas de segregación y linchamientos y los indios eran apartados en míseras reservas. En comparación, el Reich de Wilhelm II era un paraíso igualitario. La afirmación del presidente Woodrow Wilson de que Estados Unidos fue a la guerra por el bien de la democracia, afirmación que incluso hoy muchos consideran sincera, no sólo era totalmente falsa, sino incluso ridícula. Si Wilson hubiera querido realmente hacer algo para promover la causa de la democracia, debería haber empezado en su propio país, donde aún quedaba muchísimo trabajo por hacer.[3]

446

Se puede decir que a principios de 1917 la población estadounidense estaba dividida con respecto a la guerra. Algunos estadounidenses —y sobre todo los WASP y otros ciudadanos de origen inglés— apoyaban a la Entente, mientras que otros simpatizaban con las Potencias Centrales; e innumerables estadounidenses probablemente no tenían ninguna opinión particular sobre lo que estaba ocurriendo en la lejana Europa. Pero una cosa es la simpatía y otra la lucha. La mayoría de los ciudadanos tendían a ser pacifistas o "aislacionistas", no querían tener nada que ver con la guerra que asolaba Europa y estaban en contra de que su país se involucrara en ella. En este contexto, la canción "I Didn't Raise My Boy to Be a Soldier" (No crié a mi hijo para ser soldado), que se originó en 1915 y ya había tenido mucho éxito en Gran Bretaña, se convirtió en el icono musical del pacifismo en Estados Unidos. La canción ofendió profundamente a los estadounidenses que sí estaban a favor de la intervención en la guerra, el tipo belicoso de estadounidenses cuya figura era "Teddy" Roosevelt.[4] Wilson ganó las elecciones presidenciales de 1916. Fue percibido como el candidato de la paz, opuesto a la entrada de Estados Unidos en la guerra. Como ocurre más a menudo en el caso de los presidentes estadounidenses,

---

[3] Losurdo (2006a), p. 292, y (2006b), pp. 154-55.

[4] Stone y Kuznick, p. 5

iba a hacer exactamente lo contrario de lo que se esperaba de él: el 2 de abril de 1917 persuadió al Congreso para que declarara la guerra a Alemania, y esta decisión se hizo oficial el 6 de abril. Wilson afirmó que la civilización occidental podría derrumbarse y la humanidad quizá incluso extinguirse si Estados Unidos no intervenía en el conflicto; con la participación de Estados Unidos, sugirió, la guerra se convertiría en una "guerra por la democracia", una "guerra para acabar con todas las guerras".

Es comprensible que muchos historiadores no hayan tomado en serio estas declaraciones wilsonianas y hayan buscado en otra parte las verdaderas razones que llevaron a Estados Unidos a unirse a la guerra en contra de la voluntad de la inmensa mayoría de su pueblo. Se suele culpar de ello a Alemania, concretamente porque en 1917 el Reich respondió al bloqueo británico —y al fiasco de la batalla de Jutlandia del año anterior— con una escalada de la guerra submarina. Mediante esta estrategia, Berlín esperaba poder obligar a los británicos a capitular en un plazo de seis meses. De enero a abril de 1917, un enorme tonelaje de barcos fue enviado al fondo del mar, pero a partir de mayo, cuando los británicos introdujeron el sistema de convoyes, sus pérdidas disminuyeron drásticamente. La guerra submarina también enemistó a las potencias neutrales, incluido Estados Unidos, y estropeó las relaciones entre Washington y Berlín, lo que finalmente desembocó en la guerra. Es en estos términos que numerosos historiadores tratan de explicar la entrada de Estados Unidos en el conflicto. En este contexto se menciona inevitablemente el nombre *del Lusitania*. Este gran transatlántico británico zarpó de Nueva York rumbo a Liverpool, pero fue hundido por un submarino alemán, y entre las víctimas había ciudadanos estadounidenses. En Estados Unidos, esto avivó las llamas de los sentimientos antialemanes. El ataque sirvió de acicate a los "intervencionistas", partidarios de la entrada en la guerra, y supuestamente condujo a la declaración de guerra de Estados Unidos a Alemania.

447

El problema de esta explicación es que el *Lusitania* ya había sido hundido el 7 de mayo de 1915, es decir, nada menos que dos años antes de que Washington entrara en guerra. Además, entre las 1.198 víctimas sólo había 128 estadounidenses, los demás eran británicos y canadienses. Además, *el Lusitania* transportaba municiones y material bélico, lo que, según las normas vigentes del derecho internacional, lo convertía en un "blanco fácil" para los alemanes. (De hecho, el consulado alemán en Nueva

York había advertido a los posibles pasajeros a través de anuncios en los periódicos de que esto podría ocurrir). Por último, es probable que las autoridades británicas, incluido Churchill, hubieran dispuesto intencionadamente que el barco cargara municiones con la esperanza de que fuera atacado por los alemanes, desencadenando así la entrada de Estados Unidos en la guerra. Es comprensible que, en circunstancias tan cuestionables, el gobierno estadounidense no mordiera el anzuelo. A principios de 1917, debido a la intensificación de la guerra submarina, las relaciones entre Estados Unidos y Alemania estaban ciertamente deterioradas. Aun así, no fue por este motivo por lo que Wilson declaró la guerra en abril.[5]

No era el pueblo estadounidense sino la élite estadounidense —de la que Wilson, antiguo presidente de la Universidad de Princeton, era un representante típico— la que quería la guerra; y la guerra que quería era una guerra contra Alemania. La razón de ello es que en 1917 la élite estadounidense, al igual que su homóloga europea en 1914, esperaba que la guerra le reportara considerables ventajas y también le ayudara a esquivar una gran amenaza. EEUU era una gran potencia imperialista, diferente de Gran Bretaña, Francia, Rusia y Alemania en un pequeño pero importante aspecto: EEUU había desarrollado una nueva estrategia imperialista, que más tarde se conocería como neocolonialismo. Consistía en adquirir materias primas, mercados, fuentes de mano de obra barata y oportunidades de inversión no mediante el control colonial directo de un país, sino a través de una penetración indirecta, sobre todo económica, combinada con el establecimiento, normalmente con la colaboración de las élites locales, de una influencia política preponderante. Así pues, Estados Unidos ya no utilizaba colonias y protectorados para alcanzar objetivos imperialistas, como seguían haciendo las potencias europeas.

448

La Gran Guerra fue un conflicto entre grandes potencias imperialistas. Estaba claro que las potencias que salieran triunfantes de esta guerra serían también las grandes vencedoras con respecto a los intereses imperialistas. Y estaba igualmente claro que, como en una lotería, los que no jugaban no podían ganar. Es muy probable que en el momento de su declaración de

---

[5] Hochschild, pp. 247-48, 266-67; Swanson, pp. 71-72; *14-18: Mourir pour la patrie*, p. 95; Eslava-Galan, pp. 159-63.

guerra a Alemania, el gobierno de Estados Unidos tuviera conocimiento de una declaración hecha poco antes, el 12 de enero de 1917, por el primer ministro francés, Aristide Briand, hubiera reflexionado sobre ella y sacado conclusiones. Aludiendo claramente a Estados Unidos, Briand había hecho saber que "sería deseable, en la conferencia de paz, excluir a las potencias que no habían participado en la guerra". ¿No era evidente que habría mucho que ganar para los que de hecho estarían presentes en esta conferencia? Las vastas posesiones de los perdedores serían divididas: Los bienes inmuebles "alemanes" en África, las regiones ricas en petróleo del Imperio Otomano y la influencia en China estaban en juego. (Los imperialistas habían estado ojeando a este gigantesco pero débil país, decididos a estar presentes cuando se pudieran arrancar más concesiones de su territorio, cuando se pusieran en juego los derechos para explotar sus riquezas minerales o construir allí ferrocarriles, y cuando se diera luz verde a otras formas de penetrar en él económicamente). En este sentido, Japón ya había mostrado sus cartas al embolsarse la concesión alemana en China. Japón, un país relativamente pequeño habitado por miembros de una raza presumiblemente inferior, se reveló sin embargo como un rival agresivo y molesto de Estados Unidos en Extremo Oriente. Gracias a su "espléndida guerrita" contra España, los norteamericanos habían podido establecer un punto de apoyo en esta parte del mundo en forma de tutela sobre Filipinas, una colonia española que habían "liberado". Si Estados Unidos se mantenía al margen de la guerra, no estaría presente cuando se repartieran los premios chinos entre los vencedores, y se cernía un peligro muy real de que Japón acabara monopolizando China económicamente, de modo que los hombres de negocios estadounidenses no encontrarían allí la "puerta abierta" que anhelaban. En cualquier caso, en Estados Unidos se temía que no sólo Japón, sino también Gran Bretaña y Francia —todos ellos rivales en la "carrera de ratas" del imperialismo— aprovecharan la victoria en la guerra para mantener a Estados Unidos fuera de China y de otros lugares. Incluso un colaborador de Wikipedia lo reconoce en el tema "Entrada estadounidense en la Primera Guerra Mundial":

[449]

> *[Si los Aliados ganaban sin ayuda* [*estadounidense*]*, existía el peligro de que se repartieran el mundo sin tener en cuenta los intereses comerciales de Estados Unidos. Ya estaban planeando utilizar subvenciones gubernamentales, muros arancelarios y mercados*

controlados para contrarrestar la competencia planteada por los hombres de negocios estadounidenses.

Con su declaración de guerra a Alemania en abril de 1917, Wilson eliminó claramente este peligro. Mucho más tarde, en la década de 1930, una investigación del Comité Nye del Congreso estadounidense llegaría a la conclusión de que la entrada del país en la guerra había estado motivada por el deseo de estar presente cuando, después de la guerra, llegara el momento de "redistribuir el botín del imperio."[6]

Estados Unidos fue a la guerra para alcanzar objetivos imperialistas: más concretamente, para poder participar en el rico botín que esperaba a los vencedores de la pelea entre imperialistas que resultó ser la Gran Guerra. Permanecer neutral no sólo habría significado no beneficiarse de la victoria sino, por el contrario, correr el riesgo de convertirse en objeto del apetito imperialista de los vencedores. En el caso de Estados Unidos, ese riesgo era prácticamente inexistente, pero para los pequeños países neutrales era muy real. Así, el 9 de marzo de 1916, Portugal entró en la guerra del lado de la Entente para evitar que sus posesiones coloniales fueran redistribuidas por las potencias vencedoras. Lisboa estaba especialmente preocupada por las intenciones de los británicos, que de hecho albergaban tales pensamientos y, por lo tanto, supuestamente deseaban mantener a Portugal al margen del conflicto.[7] Su participación en la guerra, a la que se oponía la gran mayoría de la población, costaría a Portugal ocho mil muertos, trece mil heridos y doce mil hombres hechos prisioneros, y reportaría al país cero beneficios.[8] Otros países también se vieron obligados a reflexionar sobre las ventajas e inconvenientes de la neutralidad. Al igual que Estados Unidos, Holanda podía esperar que el abandono de la neutralidad le reportara ventajas. Al igual que Portugal, su gobierno temía que mantener la neutralidad fuera arriesgado. Uniéndose al bando alemán, los Países Bajos podrían quizás adquirir Flandes, la parte de habla neerlandesa de Bélgica, y esta posibilidad fue de hecho conjurada por Berlín a través de su ambivalente "política flamenca" (*Flamenpolitik*) en la Bélgica ocupada. A la inversa, permanecer neutral significaba que después

[6] Stone y Kuznick, p. 74; "American entry into World War I"; Duroselle, p. 286.
[7] Duroselle, pp. 337-39.
[8] Eslava Galán, pp. 245-46.

de la guerra los vencedores podrían obligar a los Países Bajos a ceder algunas de sus colonias o incluso parte de su propio territorio. Durante la guerra y la Conferencia de Paz de París, algunos políticos belgas persiguieron este objetivo —en vano— con la esperanza de anexionarse algunos territorios holandeses.

450

Había una segunda razón por la que la guerra era deseada por la élite estadounidense, formada casi exclusivamente por los grandes industriales y banqueros del noreste del país. En los años anteriores a 1914, Estados Unidos había sufrido una gran recesión económica. Pero la guerra que estalló en Europa generó pedidos de todo tipo de material y, debido a este aumento de la demanda, también aumentaron la producción y los beneficios. Entre 1914 y 1917, la producción industrial de la nación creció al menos un 32%, el producto nacional bruto alrededor de un 20%, y las exportaciones estadounidenses a los países beligerantes aumentaron espectacularmente. También se exportaron productos agrícolas, naturalmente, pero fueron sobre todo los grandes industriales —los capitalistas, por utilizar esa terminología— quienes hicieron fortunas gracias a la guerra que, para su gran ventaja y alegría, parecía destinada a prolongarse indefinidamente. Apenas les preocupaba que en aquella guerra murieran diariamente una media de seis mil hombres y que otros incontables fueran mutilados.9 Lo que importaban eran los beneficios, y éstos eran fabulosos. Como se ilustra a continuación, se pueden citar los beneficios obtenidos por una serie de grandes empresas estadounidenses gracias a la Gran Guerra:

Beneficios empresariales, en millones de dólares
Antes de la guerra Al final de la guerra
DuPont 6 58
Bethlehem Steel 6 49
US Steel 105 240
Anaconda 10 34
Níquel Internacional 4 73

451

La mayor parte de los negocios generados por la guerra se hicieron con los países de la Entente. Entre 1914 y 1916, las exportaciones estadounidenses a Gran Bretaña y Francia aumentaron espectacularmente, pasando de unos 800 millones de dólares a 3.000 millones. Por el contrario, debido al bloqueo británico, resultó prácticamente imposible abastecer a las Potencias Centrales; el volumen de las exportaciones

estadounidenses a Alemania y Austria-Hungría se redujo durante la guerra a unos insignificantes $l-$2 millones. Pero lo que contaba era que la guerra se reveló buena para los negocios, y al final poco importaba si el cliente era un viejo amigo o un viejo enemigo, un país democrático o autocrático, un pariente "anglosajón" o no.

Sin embargo, no todo iba bien. Se hacían negocios sobre todo con los británicos y, en menor medida, con los franceses, y la parte del león de estas compras se basaba en créditos y préstamos concedidos a estos países por los bancos estadounidenses. En 1917, los bancos estadounidenses ya habían puesto a disposición de esta manera un total de 2.300 millones de dólares. Sólo los préstamos a Francia aumentaron espectacularmente durante la guerra, pasando de 50 millones de francos en 1914 a 1.900 millones en 1915, 1.600 millones en 1916, 7.500 millones en 1917, 5.300 millones en 1918 y 9.200 millones en 1919.[9] Crucial en este contexto fue el papel de J.P. Morgan & Co, el banco que también era conocido como la "Casa de Morgan". Con oficinas en Londres y París, esta institución de Wall Street estaba en una posición ideal para financiar el negocio transatlántico, y ya en 1915 Morgan fue designado agente único para las compras en Estados Unidos realizadas en nombre de Gran Bretaña de municiones, alimentos, etc. (Los británicos también realizaron compras en Estados Unidos en nombre de sus aliados franceses y rusos). Así surgió en Estados Unidos una especie de "círculo de amigos" de Morgan, formado por firmas como DuPont y Remington, que obtuvieron los contratos y pudieron hacer fortuna. Morgan se embolsó una comisión del 2% sobre este negocio, que sólo en 1917 ascendió a un valor total de 20.000 millones de dólares. Estados Unidos sustituyó así a Gran Bretaña como superpotencia financiera mundial, Wall Street, en Nueva York, tomó el relevo de la City londinense como capital financiera del mundo, y el dólar reemplazó a la libra esterlina como principal divisa. [10]

452

Para Wall Street, la guerra en Europa era una especie de gallina de los huevos de oro, y cuanto más durara, mejor, siempre que la Entente saliera victoriosa. En otras palabras, "los intereses económicos situaban a Estados

---

[9] Ferguson, p. 436.

[10] Zinn, pp. 353-54; Du Boff, p. 72; Oppelland, pp. 16-17; Elter, p. 26; Duroselle, pp. 164-65; Stone y Kuznick, pp. 67, 70; "American entry into World War I".

Unidos claramente en el campo de los Aliados". La colaboración financiera con Gran Bretaña equivalía posiblemente a una violación de facto de la legislación estadounidense con respecto a la neutralidad, como algunos políticos estadounidenses argumentaron en su momento y el mencionado Comité Nye del Congreso reconocería en la década de 1930. En cualquier caso, es comprensible que Alemania viera las cosas así y demostrara una creciente hostilidad hacia Estados Unidos. A Morgan no podía importarle menos, pero en 1916 Wall Street empezó a preocuparse por el hecho de que la deuda británica se estaba volviendo extravagante. Y a principios de 1917 la situación se volvió verdaderamente preocupante cuando la revolución en Rusia conjuró el espectro de una salida rusa de la guerra, probablemente seguida de una victoria alemana. En este caso, Gran Bretaña podría no ser capaz de pagar su deuda, lo que significaría una catástrofe financiera para Morgan. Se hizo evidente que sólo una entrada de Estados Unidos en la guerra del lado de los británicos podría evitar semejante escenario. En marzo de 1917, el embajador estadounidense en Londres advirtió a Wilson que "la crisis inminente" constituía una grave amenaza para Morgan y que "una declaración de guerra a Alemania era probablemente la única forma de mantener una excelente situación comercial y evitar el pánico". Naturalmente, Morgan y el influyente círculo de amigos del banco también empezaron a presionar a favor de la entrada en la guerra. Unas semanas más tarde, a principios de abril de 1917, Estados Unidos declaró la guerra al Reich, con lo que Wall Street había logrado su objetivo. "El dinero habla", dice un proverbio estadounidense; en 1917, el dinero habló y el presidente Wilson escuchó.

Los críticos radicales de Wilson estaban convencidos, escribe Adam Hochschild, de que "la verdadera razón por la que Estados Unidos luchaba por una victoria de los Aliados era asegurarse de que se devolverían los masivos préstamos de guerra estadounidenses a Gran Bretaña y Francia". Y con esta decisión, añade Niall Ferguson, Wilson no sólo salvó a Gran Bretaña y a la Entente en general, sino que también "rescató" a la Casa de Morgan. La desagradable realidad de la guerra submarina alemana fue invocada para camuflar esta indecente verdad. A partir de entonces, Morgan iba a ganar aún más dinero con la venta de bonos de guerra, eufemísticamente denominados "bonos Liberty", cuyo valor agregado

ascendería a 21.000 millones de dólares en junio de 1919, cuando el Tratado de Versalles puso fin oficialmente a la guerra.[11]

453

En contraste con la élite industrial y financiera del país, el pueblo estadounidense nunca mostró el más mínimo entusiasmo por la guerra. Los negros estadounidenses, en particular, "dudaban en dar su apoyo a un proyecto que consideraban hipócrita". Uno de ellos, residente en el distrito neoyorquino de Harlem, declaró que los alemanes nunca le habían hecho nada malo y que, si lo habían hecho, los perdonaba. Aludiendo al eslogan de Wilson de que Estados Unidos iba a la guerra por el bien de la democracia, algunos líderes afroamericanos le pidieron públicamente que "empezara por introducir la democracia en la propia América." Muy pocos voluntarios se alistaron para ir a servir como carne de cañón al otro lado del Atlántico. Las autoridades esperaban un millón de voluntarios, pero sólo 73.000 hombres respondieron a la llamada. Por ello, el 18 de mayo se aprobó una ley, la *Selective Service* (o *Selective Draft*) *Act,* que introducía un sistema selectivo de servicio militar obligatorio, el "draft", que permitía reclutar el número necesario de soldados. Pero el reclutamiento encontró mucha oposición, y más de 330.000 hombres fueron clasificados como evasores del reclutamiento.

No es de extrañar que los miembros de las clases altas, así como los trabajadores cualificados, cuya presencia en las fábricas era indispensable, permanecieran en su mayoría exentos del servicio militar obligatorio. Fueron sobre todo los pobres los que se vieron afectados porque se les consideraba redundantes. Como en el caso de los ejércitos de los demás países beligerantes, los soldados ordinarios estadounidenses procedían en su inmensa mayoría de las clases más bajas de la población; en su mayoría eran negros, inmigrantes recién llegados, analfabetos y otras personas con poca o ninguna educación. Los afroamericanos fueron llamados a filas en gran número, pero en su mayoría fueron reclutados en batallones de trabajo separados para que los soldados blancos no tuvieran que considerarlos como sus iguales. En sus unidades segregadas, los negros recibían ropa, comida y alojamiento de calidad inferior. Del total de 370.000 afroamericanos que sirvieron en el ejército, 200.000 fueron a

[11] Hochschild, p. 314; Ferguson, pp. 328-29; Stone y Kuznick, p. 74; Swanson, pp. 175-76; Engdahl, p. 61.

Europa, pero sólo 40.000 de ellos recibieron armas y se les permitió unirse a una de las dos divisiones de combate negras. De este modo se reunió un ejército que presumiblemente fue a la guerra para luchar por la democracia.[12]

Que Estados Unidos iba a emprender una cruzada en beneficio de la democracia y/o para poner fin a todas las guerras es lo que Wilson quería hacer creer al pueblo estadounidense y al resto del mundo. Para lograr este objetivo, se creó una enorme maquinaria propagandística, que haría uso de artículos de prensa, oradores, producciones de Hollywood, etc., para transmitir el mensaje wilsoniano a los hogares estadounidenses. El cuartel general de esta máquina era el eufemísticamente llamado Comité de Información Pública (CPI, dirigido por el periodista presuntamente "progresista" George Creel). El objetivo era hacer que los estadounidenses aceptaran e incluso aplaudieran una guerra que no deseaban y de la que no obtendrían ningún beneficio, pero por la que pagarían un alto precio con su sangre, su sudor y su dinero; en otras palabras, "fabricar la aprobación o al menos el acuerdo del público". Un colaborador de Creel, el periodista Walter Lippmann, llamó a esto la "fabricación del consentimiento", un término del que más tarde se haría eco Noam Chomsky. Lo que había que fabricar desde cero, por así decirlo, era un sentimiento antialemán en la población estadounidense. Se hizo siguiendo el ejemplo de los británicos, es decir, mediante el alarde de atrocidades, especialmente mediante una descarada exageración de las atrocidades cometidas por los alemanes en 1914 en Bélgica.

454

Creel y su equipo hicieron un excelente trabajo y el país pronto fue testigo del florecimiento de una verdadera histeria antialemana. El chucrut, que era un plato popular en Estados Unidos en aquella época, fue rebautizado como "col de la libertad", y la enfermedad conocida como sarampión alemán se convirtió en "sarampión de la libertad". Se convenció a Hollywood para que produjera una colección de películas propagandísticas, por ejemplo una superproducción con el poco sutil título de *El káiser, la bestia de Berlín.* (Más tarde, otros enemigos de EEUU, como Saddam Hussein y el coronel Kaddafi, serían demonizados de la misma manera). Más grave era el hecho de que los estadounidenses de

[12] Chad Williams; Kolko (1994), p. 126; Zinn, pp. 355, 361.

origen alemán estaban obligados a llevar un distintivo amarillo y a menudo se les confiscaban sus bienes, un destino que más tarde les tocaría a los judíos en la Alemania nazi.[13] Las iglesias también hicieron propaganda a favor de la guerra. Las iglesias protestantes, en particular, afirmaron que el conflicto era una "cruzada" contra la Alemania imperial. La Iglesia católica se mostró algo menos entusiasta, porque el Vaticano simpatizaba discretamente con las Potencias Centrales, especialmente con el Imperio de los Habsburgo, y no quería ofender a los numerosos católicos estadounidenses de origen irlandés y alemán, que apoyaban el eje Berlín-Viena.[14]

Había otra razón más por la que la élite estadounidense ansiaba la guerra en 1917. Al igual que las élites europeas en 1914, la élite estadounidense en 1917 estaba convencida de que una guerra consolidaría su poder y prestigio, detendría y posiblemente incluso haría retroceder la tendencia hacia la democracia y, finalmente, liquidaría el peligro de un cambio revolucionario. De hecho, durante los años anteriores a 1914 la élite de la nación se había visto traumatizada por graves tensiones sociales, numerosas huelgas y el ascenso aparentemente irresistible del Partido Socialista y del sindicato militante IWW. Esta agitación culminó en abril de 1914 en la llamada "Masacre de Ludlow". Un campamento de huelguistas en una de las minas de carbón de los Rockefeller en Ludlow, Colorado, fue atacado por las tropas y murieron más de veinte personas, entre ellas esposas e hijos de los huelguistas. Todo el país se levantó en armas, y en Denver una unidad del ejército incluso se negó a intervenir contra los huelguistas.

455

Afortunadamente, la atención del público pronto se desviaría por el hecho de que el presidente Wilson de repente encontró necesario —con un pretexto ridículo— bombardear el puerto marítimo mexicano de Vera Cruz y librar una miniguerra contra este país vecino, donde casualmente se estaba produciendo una revolución. El historiador estadounidense Howard Zinn opina que no fue una coincidencia. Sugiere que "el fervor patriótico y el espíritu militar [sirvieron para] encubrir la lucha de clases", que "las armas [debían] desviar la atención" y que centrarse en "un enemigo

[13] Losurdo (2006b), p. 209.
[14] Fischer (1998), p. 183.

externo" podría "crear cierto consenso nacional" en casa; concluye que la agresión contra México fue "una respuesta instintiva del sistema para su propia supervivencia, para crear una unidad de propósito combativo entre un pueblo desgarrado por el conflicto interno."[15] La guerra contra México también puede considerarse una lucha de clases. De hecho, fue un conflicto entre dos "clases" de países. Era un conflicto que reflejaba la opresión y explotación de un país pobre y sin poder por parte de un país poderoso y rico.

La declaración de guerra de Wilson a Alemania también puede considerarse una estratagema para preservar la paz social en el interior mediante la guerra en el exterior. No cabe duda de que Wilson no optó por la guerra únicamente por este motivo, pero aprovechó con entusiasmo la oportunidad que ofrecía la guerra para reprimir todas las formas de radicalismo de palabra y obra, en beneficio de la élite de la nación. Wilson, un "demócrata" sólo en el sentido de que pertenecía al Partido Demócrata, logró este objetivo de la forma más antidemocrática, a saber, otorgándose a sí mismo todo tipo de poderes excepcionales que le permitieron violar "legalmente" los derechos democráticos de los estadounidenses, y hacerlo con impunidad. En mayo de 1917 se promulgó la draconiana *Espionage Act,* una ley que oficialmente pretendía combatir el espionaje alemán, y en 1918 el Congreso dotaría al presidente de poderes especiales aún mayores mediante la *Sedition Act.* Estas leyes permanecerían en vigor hasta el verano de 1921, es decir, hasta que Estados Unidos firmara un tratado de paz con Alemania. Algunos historiadores han descrito estas leyes como "la legislación más represiva del país" y como "medidas casi totalitarias". A partir de entonces, el gobierno era libre de censurar, cerrar publicaciones periódicas y detener y encarcelar a personas *ad libitum,* con el pretexto de que el país estaba en guerra contra un enemigo especialmente despiadado que disponía de todo tipo de espías y agentes dentro de Estados Unidos. Se consideraba que quienes se oponían a la guerra se oponían a Estados Unidos; en otras palabras, que eran "antiamericanos". El pacifismo y su gemelo, el socialismo, eran vistos como enemigos del "americanismo".

456

Obviamente, estas leyes pretendían asustar al pueblo estadounidense, motivarlo a favor de la guerra y reprimir las protestas contra la guerra, la

---

[15] Zinn, pp. 346-49.

obstrucción al servicio militar obligatorio y las dudas sobre la justicia de la guerra. En virtud de esta legislación, se convirtió en delito penal hablar en términos "desleales" u otros términos negativos o condescendientes del gobierno, la bandera o el ejército de la nación. Ahora era arriesgado no estar de acuerdo con las políticas de la administración Wilson. Expresar una crítica moderada a la guerra, incluso en la intimidad del hogar, podía llevar a la cárcel. (*La Ley de Espionaje* se modificaría repetidamente después de la guerra, pero nunca se abolió del todo; la denunciante Chelsea [nacida Bradley] Manning fue acusada basándose en códigos militares que a su vez se basan, al menos en parte, en esta ley).[16]

Durante la Primera Guerra Mundial, más de 2.500 estadounidenses fueron perseguidos en virtud de estas leyes draconianas, y un centenar fueron declarados culpables y condenados a penas de entre diez y veinte años de prisión. No es un número elevado en comparación con la población total del país, pero es importante tener en cuenta que el miedo a la persecución hizo que los estadounidenses dejaran de pensar y expresar pensamientos críticos y adoptaran en su lugar un conformismo irreflexivo — y esto en un país donde siempre se había glorificado el individualismo rudo. Innumerables periodistas abandonaron así sus anteriores prácticas de "muckraking" en favor de la autocensura y de una regurgitación anodina pero segura de los anuncios del gobierno. Demasiados ciudadanos estadounidenses, antes conocidos por su inclinación crítica, adoptaron el hábito de tragarse a pies juntillas todo lo que les decían sus líderes y de seguir irreflexivamente las órdenes que les llegaban desde arriba.

457

La legislación represiva se utilizó de forma selectiva, en primer lugar y sobre todo contra los radicales y disidentes de las clases bajas, las propias *"clases peligrosas"* de Estados Unidos*;* en particular, los afroamericanos y los judíos. Pero los radicales y disidentes *por excelencia* eran los socialistas estadounidenses, entonces todavía numerosos y militantes, que perseguían reformas democráticas más o menos revolucionarias y que se oponían a la guerra. Al igual que sus camaradas reformistas de Europa, algunos socialistas estadounidenses se revelaron partidarios de la guerra, pero la mayoría de los socialistas de Estados Unidos eran pacifistas convencidos, y por ello pagarían un alto precio. Su cabeza visible, Eugene Debs, se

[16] Zinn, pp. 356-59; Stone y Kuznick, p. 13; Ferguson, pp. 222-23; Losurdo (2006b), p. 214.

pronunció abiertamente contra la guerra y animó a las bases a seguir su ejemplo. En junio de 1918 sería encarcelado en virtud de la *Ley de Espionaje*, y la misma suerte corrieron otros cientos de socialistas que fueron declarados culpables de traición, incitación a la rebelión, espionaje, uso de la violencia, etc.

Los grandes sindicatos, por ejemplo la Federación Americana del Trabajo (AFL), eran tradicionalmente aliados del Partido Demócrata de Wilson, y éste defendía sus intereses, al menos hasta cierto punto, a cambio de su apoyo. No es sorprendente que en 1917 apoyaran su entrada en la guerra, al igual que los sindicatos europeos habían apoyado a sus gobiernos cuando entraron en guerra en 1914. El famoso líder sindical Samuel Gompers resultó ser un aliado especialmente útil para Wilson, y colaboró estrechamente con Creel y su Comisión de Información Pública. Sin embargo, hubo un sindicato que no logró simpatizar con Wilson y su guerra: el radical e incluso revolucionario IWW. Su líder, "Big Bill" Haywood, sería encarcelado, al igual que Debs, por atreverse a criticar la guerra. La IWW había sido durante mucho tiempo una espina clavada en el costado del establishment estadounidense, por lo que éste aprovechó la guerra para destruir ese nido de revolucionarios mediante ataques físicos a su sede en , confiscación de documentos, detención arbitraria de muchos de sus dirigentes y su condena sobre la base de pruebas inventadas, etc.[17]

En Estados Unidos, como en Europa, el socialismo, o al menos su versión radical y no reformista, estaba aliado con el pacifismo. La mayoría de los socialistas eran pacifistas y un porcentaje considerable de los pacifistas eran socialistas. Pero no todos los pacifistas eran socialistas; también había innumerables pacifistas burgueses con convicciones políticas que pueden calificarse de progresistas o, como también se dice en EEUU, "liberales". Entre estos pacifistas burgueses había personas valientes que expresaron abiertamente su oposición a la guerra de Wilson, y en muchos casos pagaron caro por ello, por ejemplo perdiendo sus empleos o incluso sus escaños en la asamblea legislativa de un estado. Paul Jones, un obispo episcopaliano de Utah, fue despojado de su alta función eclesiástica por haberse manifestado en contra de la guerra. Y en las universidades, que se revelaron como "hogares de la intolerancia", la tan cacareada libertad

[17] Zinn, pp. 363-64; Losurdo (2006b), p. 207; Elter, pp. 39, 55; Stone y Kuznick, pp. 7-8, 11-12, 14-15; Knightley, pp. 122-23; Tracy.

académica fue suprimida de facto mientras duró la guerra, y los profesores pacifistas fueron sistemáticamente destituidos de sus cátedras.[18]

458

Se supone que Estados Unidos es el país de la libre empresa, lo que significa que el Estado cree, al menos en teoría, en los beneficios del enfoque liberal tradicional del laissez-faire y, por tanto, interviene lo menos posible en la vida económica y social, dejando que el sector privado "haga lo suyo". En el contexto de la entrada de Estados Unidos en la guerra, esto implicaba que la represión de pacifistas, socialistas, líderes sindicales, etc., se "privatizaba", es decir, se entregaba a individuos y grupos favorables a la guerra, y en general se trataba de personas que eran simultáneamente antidemocráticas, antisocialistas, antisemitas y "antihamiticas" (es decir, hostiles a los negros) y se presentaban como campeones del "americanismo". Entre estos grupos destacaban la Liga Patriótica Americana, la Orden Patriótica de los Hijos de América y los Caballeros de la Libertad, una rama del Ku Klux Klan. Los métodos utilizados por estos "vigilantes" incluían denuncias, palizas, alquitranado y emplumado, pintado de amarillo de las casas de los pacifistas y linchamientos. En particular, estos vigilantes tenían como objetivo a los "Wobblies", miembros de la IWW; uno de sus líderes, Frank Little, fue linchado en Montana en agosto de 1917.[19]

También en el lado occidental del océano Atlántico estalló en 1917 una especie de guerra gemela, consistente en una guerra "vertical" en la que EE.UU. como país se enfrentaba a otro país, Alemania, pero también en una guerra "horizontal" en la que dos clases de la sociedad estadounidense —la élite y el resto de la población— se enfrentaban entre sí. En este último conflicto, la élite, dirigida por Wilson, pasó inmediatamente a la ofensiva, a través de leyes represivas y del "vigilantismo", y así hizo retroceder a las fuerzas plebeyas del mismo modo que los alemanes habían hecho retroceder a franceses y británicos en 1914. Pero, como en 1914, ese éxito inicial no puso fin al conflicto, y más tarde veremos cómo se desarrolló durante el resto de la guerra. En cuanto a la guerra "vertical" contra Alemania, la élite estadounidense parecía tener menos prisa: pasaría bastante tiempo, concretamente hasta principios de 1918, antes de que las

[18] Losurdo (2006b), p. 98; Baker, pp. 3, 389.
[19] Ferguson, p. 227.

tropas estadounidenses aparecieran en número significativo en el frente occidental y empezaran a hacer sentir su presencia.

Capítulo 26
La revolución en Rusia, camino de las revoluciones en Asia

En Rusia, a principios de 1917, el cansancio y el descontento por la guerra, así como la hostilidad hacia el régimen zarista, alcanzan cotas sin precedentes. En marzo, una multitud se manifiesta ante el Palacio de Invierno de Petrogrado, y el zar tiene que abdicar. Pero un nuevo gobierno, dirigido por Kerensky, continúa la guerra contra la voluntad de la inmensa mayoría de la población. Lenin y los bolcheviques, que promueven tanto la paz inmediata como cambios profundos, obtienen así el apoyo que necesitan para llegar al poder durante una nueva oleada revolucionaria, la Revolución de Octubre. A orillas del río Neva, la Gran Guerra engendra así un acontecimiento que sacudirá verdaderamente al mundo...

Desde Rusia, una enfermera británica que trabajaba allí informó en febrero de 1917 de que la población de la capital, Petrogrado, estaba harta de la guerra y extremadamente descontenta. Se hablaba de disturbios, sabotajes, huelgas, inflación y hambre, y habían estallado revueltas por la comida. La gente odiaba la guerra, escribió, y criticaba sin piedad a las autoridades, incluido el propio zar. "Así que sí, es un mal invierno", concluye.[1] Uno de los mayores problemas era que las ciudades no estaban suficientemente abastecidas de alimentos, lo que provocaba escasez y precios por las nubes. El precio de los alimentos ya se había duplicado entre 1914 y 1916, y en 1917 era tres veces más alto que en 1914. Simultáneamente, los salarios habían disminuido y en 1917 sólo

[1] Englund, pp. 335-36.

alcanzaban el 50% del nivel de 1913. La población civil rusa estaba hambrienta y muy descontenta.[2]

461

El descontento era también muy grande entre los soldados. Ya habían hecho demasiados sacrificios, estaban hartos de la guerra y preferían confraternizar con alemanes y austrohúngaros antes que enfrentarse a ellos en otra absurda ofensiva. Especialmente entre las tropas que habían sido destinadas a los ataques, el otoño de 1916 fue testigo de numerosos casos de deserción y rendición voluntaria al enemigo, así como de casos de insubordinación e incluso de verdaderos motines. A principios de 1917, el ejército ruso, "puntal principal" del zarismo, se había vuelto incapaz de proseguir la guerra, ya que los soldados, que habían sufrido pérdidas asombrosas —¡aproximadamente cinco millones de muertos y heridos desde 1914! — estaban exhaustos y rebeldes; querían la paz a cualquier precio; querían volver a casa. Los soldados simpatizaban y colaboraban con civiles de ideas afines, especialmente campesinos, obreros y pequeños burgueses. A principios de 1917, escribe Arno Mayer, "las tensiones de una guerra prolongada... sacudieron y resquebrajaron los cimientos del asediado viejo orden, que había sido su incubadora", y en Rusia esto provocaría "el derrumbamiento del más irreconstruido de los viejos regímenes".[3]

Esta situación provocó una revolución en Petrogrado. Tuvo lugar del 23 al 27 de febrero, al menos según el antiguo calendario juliano que aún se utilizaba en Rusia en aquella época; entre el 8 y el 12 de marzo según el calendario gregoriano más reciente. (Comenzó con manifestaciones antibelicistas de civiles y soldados. Se gritaron consignas revolucionarias, se cantó *la "Internacional"* y doscientos mil obreros se declararon en huelga en las fábricas de municiones. Las tropas a las que se ordenó intervenir se amotinaron, se unieron a los manifestantes y ocuparon edificios gubernamentales.

Innumerables oficiales fueron fusilados por sus propios hombres. Esto reflejaba el odio que sentía la mayoría de los soldados rasos, en su mayoría campesinos, hacia sus superiores, que eran en su inmensa mayoría caballeros de las clases altas y, por tanto, símbolos del orden establecido

---

[2] Kolko (1994), pp. 88-94, 101 (cita de la p. 94).
[3] Lewin (2005), pp. 293-94; Mayer (2010), p. 4.

que se consideraba responsable de la guerra y su miseria.[4] Un oficial que visitó Petrogrado en marzo describió los sucesos del Hotel Astoria, "donde se alojaban muchos de los oficiales de alto rango y sus familias y alguien... había disparado contra los manifestantes que pasaban por allí":

462

> *Los manifestantes respondieron con fuego de ametralladora, tras lo cual hombres armados irrumpieron en el vestíbulo y estallaron intensos combates entre las arañas de cristal y las paredes de espejos. Muchos oficiales murieron a tiros o a bayonetazos y la bodega del hotel fue saqueada.*

Más tarde, ese mismo oficial tuvo que hacerse elegir oficial por un comité de soldados de su regimiento. No estaba muy encantado con esta práctica democrática, pero se consideraba afortunado, porque en muchas otras unidades los oficiales no sólo no eran aprobados de esa manera por sus subordinados, sino que algunos incluso eran asesinados.[5]

El zar se vio obligado a abdicar y un gobierno provisional tomó las riendas del poder. Se trataba de una coalición formada esencialmente por liberales burgueses y socialistas partidarios de las reformas democráticas. Un socialista moderado, es decir, reformista, Alexander Kerensky, se convirtió en el jefe de este gobierno. En muy poco tiempo se introdujeron importantes reformas democráticas, como la separación de la Iglesia y el Estado. La élite rusa esperaba que la guerra acabara de una vez por todas con este tipo de cambios. Incluso se juzgó indispensable introducir el sufragio universal, algo que ni siquiera existía aún en Gran Bretaña.[6] Con estas medidas, los reformistas esperaban controlar la explosiva situación, pero fue en vano.

El problema era que los civiles y soldados rusos no sólo querían librarse de la élite zarista que había desencadenado la guerra, sino también de la guerra misma. Sin embargo, el gobierno provisional decidió continuar la guerra del lado de los aliados franceses y británicos, y en junio de 1917 Kerensky ordenó incluso una nueva ofensiva. La dirección de las operaciones fue confiada a un nuevo comandante en jefe, el general Lavr Kornilov. Éste creyó que podría restablecer el orden en el ejército

---

[4] Rogger (1983), pp. 266-69; Kolko (1994), p. 128; Lewin, p. 294.

[5] Englund, pp. 340-41; Sumpf (2014), pp. 326-27.

[6] Mayer (2000), pp. 242-44; Hochschild, pp. 263-64, 273.

imponiendo una disciplina férrea, y ordenó a sus oficiales que fueran severos con sus subordinados y que ejecutaran a los desertores en el acto. Pero los soldados se mostraron recalcitrantes y desertaron o se rindieron al enemigo en un número sin precedentes. Entre enero y agosto de 1917 desertaron al menos setecientos mil rusos. E innumerables oficiales que intentaron aplicar las instrucciones de Kornilov fueron asesinados por sus hombres. Mientras tanto, los soldados habían desarrollado la costumbre de crear comités, conocidos como "soviets", en , en los que discutían colectivamente sus problemas y tomaban decisiones; por ejemplo, la decisión de no obedecer órdenes y no atacar. Y los soviets elegían cada vez más a sus oficiales, en lugar de aceptar a los designados por las autoridades superiores.

463

Kornilov no sólo quería proseguir una guerra aborrecida por los soldados rasos, sino que también se reveló como un paladín del viejo orden, alguien decidido a deshacer las reformas que acababan de introducirse. Sin embargo, la guerra había "empobrecido" y traumatizado a los soldados rusos, en su inmensa mayoría campesinos y obreros, hasta tal punto que éstos estaban ahora sumamente deseosos de obtener nada menos que cambios políticos, sociales y económicos de gran alcance. Kornilov era un contrarrevolucionario (o "reaccionario") rabioso, que desaprobaba cualquier tipo de reformas, mientras que la gran mayoría de los soldados e innumerables civiles anhelaban un cambio revolucionario, o al menos muy radical. En septiembre de 1917, Kornilov, descontento con las reformas de Kerensky, intentó dar un golpe de estado con la esperanza de restaurar *el antiguo régimen* ruso. Más tarde lucharía contra los bolcheviques y moriría a manos de ellos en la Guerra Civil.

Si esta Guerra Civil iba a ser extremadamente brutal, ello se debía ante todo al hecho de que era hija de la Gran Guerra, que era en sí misma la guerra más brutal de la historia de la humanidad. Millones de rusos habían luchado en esta guerra, millones habían perecido en ella o habían sido heridos, y casi todos los "actores" de la Revolución Rusa y de la Guerra Civil que la siguió habían experimentado la Gran Guerra con sus atrocidades sin precedentes y habían sido brutalizados en el proceso. En 1917, dos millones de desertores armados vagaban por el país, así como un enorme número de soldados feroces que durante años habían tenido que matar para no ser asesinados. Con esta mentalidad, ahora se atacaban

entre ellos en lugar de a los alemanes. Todo esto está brillantemente descrito en un libro de Arno Mayer, *Las Furias*. [7]

Los líderes militares y políticos que habían querido mantener a Rusia en la guerra, ya fueran reformistas como Kerensky o reaccionarios como Kornilov, gozaban cada vez de menos apoyo por parte de una población que deseaba la paz a cualquier precio y lo antes posible. Por el contrario, los líderes civiles y militares que gozaban de creciente popularidad eran los partidarios de la paz mediante un cese inmediato de las hostilidades, al que seguirían negociaciones encaminadas a la conclusión de un tratado de paz aceptable para todas las partes. No es casualidad que fueran precisamente, e incluso únicamente, las fuerzas políticas más revolucionarias del panorama político ruso, es decir, los bolcheviques, quienes lideraran este movimiento, bajo la dirección de Lenin. Éste había regresado del exilio en Suiza en abril de 1917; se le había permitido viajar pasando por Alemania y los territorios ocupados por los alemanes, lo que permitió a Kornílov y a otros denunciarlo falsamente como agente alemán. En cuanto a los rivales de los bolcheviques en el campo socialista, los mencheviques, apoyaban al gobierno provisional y eran partidarios de continuar la guerra. Y así, los bolcheviques, es decir, el único grupo político incondicionalmente opuesto a la guerra y favorable a la paz, gozaron de una popularidad en rápido crecimiento entre soldados y civiles. También ayudó el hecho de que fueran partidarios de reformas democráticas radicales y populares, como la redistribución de la tierra a favor de los campesinos (y en detrimento de la nobleza terrateniente), la jornada de ocho horas, etc. Sus filas aumentaron espectacularmente, pasando de apenas 20.000 en marzo a 260.000 en octubre. Fue este apoyo popular masivo, combinado con el innegable talento organizativo de Lenin, lo que hizo posible que él y sus camaradas llegaran al poder en lo que se conocería como la Revolución de Octubre de 1917.[8] (Según el calendario gregoriano, este acontecimiento tuvo lugar en la noche del 6 al 7 de noviembre, y por esta razón la Revolución de Octubre se conmemoró posteriormente en noviembre).

Lenin emprendió inmediatamente todo lo necesario para proporcionar al pueblo ruso la paz que ansiaba. Ya a principios de noviembre —finales de octubre según el antiguo calendario— hizo pública una "declaración de

[7] Sumpf (2014), pp. 100-02; Lewin, pp. 293-94; Englund, p. 384.
[8] Losurdo (2006b), p. 116; Kolko (1994), pp. 140-42, 169-77; Sumpf (2015).

paz" en la que invitaba a los gobiernos de todos los países beligerantes a iniciar inmediatamente negociaciones de paz. Esta declaración causó una gran impresión en los pueblos cansados de la guerra, y el presidente estadounidense, Wilson, se vio en la necesidad de responder con su propio programa de paz, los famosos "Catorce Puntos", que fueron presentados al mundo el 8 de enero de 1918. En este documento, Wilson intentó hacer ver que la Entente, o al menos Estados Unidos, luchaba únicamente por la democracia y la justicia. Sin embargo, los líderes franceses y británicos no se dejaron seducir por su retórica, porque estaban decididos a hacer lo que fuera necesario para ganar la guerra y cosechar los beneficios que esperaban que se derivaran de la victoria.

465

La Revolución de Octubre no fue el resultado de una conspiración o de un golpe de Estado, como muchos historiadores han presentado las cosas. Y esta revolución no fue obra exclusiva de Lenin, como dio a entender Churchill cuando afirmó que habría sido mejor que Lenin no hubiera nacido. En Rusia, la revolución llevaba años en el aire cuando estalló la guerra en 1914; la guerra creó las condiciones que hicieron posible la revolución de febrero/marzo de 1917, y durante el verano y el otoño de 1917 una nueva revolución se hizo inevitable. La revolución de febrero/marzo de ese año no había traído lo que la inmensa mayoría de los rusos anhelaba, a saber, la paz y un profundo cambio político y social. Además, incluso los importantes, aunque todavía relativamente modestos, logros democráticos de la primera mitad del año 1917 corrían el riesgo de perderse a causa de la actitud irremediablemente reaccionaria de líderes militares y políticos como Kornilov. Así pues, no puede afirmarse que Lenin y sus camaradas "hicieran" o "crearan" la revolución. Lo que sí puede afirmarse es que salvaron la revolución asumiendo su dirección y determinando su curso ulterior, esfuerzo en el que contaron con el apoyo de la mayoría de la población.[9]

Londres, París y Washington observaron los acontecimientos de Rusia con preocupación y horror. En esas capitales occidentales, las autoridades —que seguían siendo casi exclusivamente miembros de la élite y personalidades de las que suponemos con demasiada facilidad, pero

[9] Losurdo (2006b), pp. 99-101, 115, con referencias a Arthur Rosenberg y François Furet; Lewin, p. 293.

erróneamente, que eran demócratas— no estaban muy contentas con el colapso del régimen zarista autoritario y con las reformas democráticas introducidas por el gobierno provisional de Kerensky. Y les parecía abominable que Lenin y sus compañeros bolcheviques pretendieran *revolucionar* Rusia; en otras palabras, que quisieran democratizar radicalmente el país, no sólo política sino también económicamente, en perjuicio de los latifundistas aristocráticos, así como de los industriales y banqueros burgueses, los capitalistas; es decir, de gente como ellos.

Además, los dirigentes de Londres, París y Washington estaban sencillamente horrorizados de que los bolcheviques quisieran que Rusia saliera de la guerra. El hecho de que la gran mayoría de la población rusa apoyara a Lenin porque quería la paz y cambios tanto políticos como económicos, carecía de importancia. Por lo tanto, no es sorprendente que, en 1917, los gendarmes instalados en los salones del poder y los cuarteles generales militares aliados aclamaran a Kornilov y que se sintieran profundamente decepcionados cuando su golpe de Estado reaccionario fracasó miserablemente . Es un absurdo de la historia, o más bien de la historiografía, o al menos de la historiografía occidental, que Lenin, que dio al pueblo ruso la paz y los cambios revolucionarios deseados por la mayoría de ese pueblo, sea retratado habitualmente como un "dictador", mientras que estadistas occidentales como Churchill, que querían mantener a los rusos en la guerra contra su voluntad y, en consecuencia, apoyaron a elementos reaccionarios como Kornilov, sean ensalzados como maravillosos demócratas.

466

El puñado de corresponsales de guerra occidentales que estuvo presente en Rusia reconoció que los bolcheviques gozaban de un apoyo popular masivo. Pero los grandes periódicos que funcionaban como portavoces de la élite —como *The Times*— denigraron a los bolcheviques desde el principio tachándolos de tontos, criminales, ladrones, asesinos y/o blasfemos. "El remedio para el bolchevismo", proclamaba The Times, "son las balas".[10] La élite británica, en particular, mostró una gran aversión al bolchevismo. Churchill explicó que los bolcheviques eran "babuinos aterradores" que suponían una amenaza para la civilización y que el

[10] Shannon.

bolchevismo era "un bebé al que había que estrangular en su cuna."[11] Y la élite añadió hechos a sus palabras. El Servicio Secreto de Inteligencia británico (SIS) envió agentes a Rusia para apoyar a adversarios del bolchevismo como Kornilov y, si era posible, asesinar a Lenin; uno de ellos era el escritor William Somerset Maugham. Así comenzó, en plena Gran Guerra, el conflicto que más tarde se conocería como la "Guerra Fría". El odio de la élite occidental hacia el bolchevismo se exacerbó aún más cuando los nuevos dirigentes rusos publicaron los acuerdos secretos que habían concluido los miembros de la Entente, como el Acuerdo Sykes-Picot con respecto a Oriente Próximo. Allí se explicaba claramente que los objetivos bélicos de los Aliados no tenían nada que ver con la democracia o la justicia, sino que eran de naturaleza descaradamente imperialista. El mundo entero se enteró así, por ejemplo, de que París, Londres y San Petersburgo habían tramado dividir el Imperio Otomano y apropiarse de sus bocados más jugosos. A la élite occidental también le disgustó que los bolcheviques cumplieran las promesas que habían hecho al pueblo ruso negociando un armisticio con los alemanes. Además, Lenin y sus socios hicieron gala de su inmoralidad, al menos desde la perspectiva de la élite de Londres, etc., al repudiar las deudas con los proveedores franceses y británicos, contraídas por el gobierno zarista al comprar todo tipo de mercancías; sobre todo armas, pero también grandes cantidades de champán . Pero, sobre todo, se despreciaba a los bolcheviques porque se les consideraba responsables del tipo de revolución social cuyo espectro había aterrorizado a las élites de toda Europa durante los años anteriores a 1914; el tipo de revolución social, de hecho, que se suponía que la Gran Guerra había ahuyentado para siempre. Esta revolución no sólo había levantado cabeza en Rusia, sino que este ejemplo revolucionario también parecía susceptible de contagiar a otros países. Desde el punto de vista de las élites de Francia, Gran Bretaña, etc., la Revolución Rusa constituía en adelante una amenaza aún mayor para el orden establecido que el enemigo alemán. Había aún otra razón importante por la que las élites occidentales execraban el bolchevismo. Lenin y sus compañeros proclamaron abiertamente su determinación de trabajar por la emancipación de todos los oprimidos, no sólo las clases bajas de la propia Europa, sino también

[11] Stone y Kuznick, p. 28.

los pueblos coloniales de África, India, etc.; es decir, los millones de negros, amarillos y otras gentes de color a quienes sus amos blancos veían con recelo y temor. Los bolcheviques no ocultaron su solidaridad con los pueblos coloniales oprimidos, algo que los socialistas europeos de preguerra nunca habían hecho. El éxito de su propia revolución sirvió de inspiración para la lucha por la independencia y el cambio democrático en las colonias, y los nuevos gobernantes rusos prometieron apoyar esta lucha.

467

La élite europea, ejemplificada por personalidades como Churchill, que despreciaba a la gente de color y estaba muy empeñada en conservar sus posesiones coloniales, estaba horrorizada. El hecho de que los bolcheviques asumieran la causa no sólo de los soldados, campesinos, obreros y otros elementos socialmente "desfavorecidos" de su propio país y de toda Europa, sino también de las "razas" supuestamente inferiores de todo el mundo, engendró en los círculos elitistas occidentales el mito socialdarwinista de que la aparición de los bolcheviques y el estallido de "su" revolución eran en sí mismos una cuestión de raza, un reflejo del conflicto racial. Lenin y los bolcheviques, se afirmaba, eran judíos (y/o mongoles, o miembros de alguna otra raza presumiblemente inferior) que, motivados por pura envidia u odio, trataban de subvertir, en su propio país y en el mundo entero, el orden perfectamente bien establecido creado por personas racial y socialmente superiores, un orden que reflejaba la jerarquía presumiblemente natural de los individuos y de los pueblos. El hecho de que hubiera bastantes judíos entre los bolcheviques —aunque sólo fuera porque los judíos, oprimidos por el zarismo, tenían mucho que ganar con el cambio revolucionario en Rusia— dio origen al mito del "judeo-bolchevismo". Se trata de la idea de que la Revolución Rusa fue una estratagema urdida por los supuestamente inferiores judíos para combatir a los supuestamente superiores "arios" y su fe cristiana, así como el orden político y socioeconómico establecido. En esos términos veían las cosas destacadas personalidades alemanas; por ejemplo, el general Wilhelm Groener, que acusó a los judíos de "mover los hilos" entre bastidores de la Revolución Rusa. Churchill fue otro de los primeros apóstoles de este evangelio antisemita y antibolchevique. En 1919, en la Cámara de los Comunes, aludió al considerable número de judíos entre los bolcheviques y afirmó que en 1917 los alemanes, al permitir que Lenin transitara por el Reich, habían enviado a San Petersburgo "una ampolla que contenía un

cultivo de tifus o cólera", esperando así destruir la religión cristiana en Rusia. (Y en el verano de 1918 los británicos harían que aviones lanzaran panfletos en Rusia, en los que se denigraba a los bolcheviques como un peligroso grupo de judíos). El mito del judeo-bolchevismo sería propagado en Estados Unidos por Henry Ford, que escribió un libro rabiosamente antisemita titulado *El judío internacional*, y en Alemania por un tal Adolf Hitler. "El proceso de identificación del judaísmo como un virus subversivo", escribe Domenico Losurdo, "culminó en el nazismo", que condenó al judaísmo como la "base étnica y racial de la enfermedad revolucionaria" y sólo vio un único antídoto contra esta enfermedad: "la eliminación física de los judíos".[12]

Es imposible saber con certeza si Rusia habría experimentado una revolución sin la Gran Guerra. Pero es muy probable que así hubiera sido. Ya en 1905, el país había sido sacudido por una revolución, y entre 1905 y 1914 la revolución había estado constantemente en el aire; se la sentía venir, se la esperaba, y dentro y fuera de Rusia mucha gente esperaba una revolución, porque percibían el orden zarista existente como un anacronismo que estaba condenado a desaparecer. La Gran Guerra que estalló en 1914 fue desencadenada por la élite europea, y en particular por la rusa, con la esperanza de que, con la ayuda de Marte, aún pudiera evitarse la aparentemente inevitable revolución. Sin embargo, la Gran Guerra engendró en realidad grandes revoluciones, no sólo en Rusia, sino más tarde también en Alemania. La Gran Guerra, señala Domenico Losurdo, "debía servir de antídoto contra la revolución, pero allanó el camino a la revolución".[13]

468

En los países beligerantes de Europa, la guerra provocó un aumento de la miseria, el descontento y la pauperización, y un anhelo concomitante de cambio revolucionario . Esto se hizo evidente en el catastrófico año 1917, cuando estalló de hecho una revolución en Rusia. Pero el mismo tipo de reacción en cadena se produjo no sólo en Europa, sino también en las posesiones europeas de ultramar. Las "madres patrias" querían que sus colonias contribuyeran considerablemente al esfuerzo bélico, por ejemplo

---

[12] Losurdo (2006b), pp. 98, 219; Canfora (2008), p. 229; Knightley, pp. 148-51; Hochschild, p. 293; MacMillan (2001), p. 67; Breverton, pp. 132-33, 135-37; Crim.

[13] Tilly, p. 294 y ss.; Losurdo (2006b), p. 212.

aportando todo tipo de materias primas vitales, por supuesto, pero también suministrando mano de obra barata, no sólo trabajadores, sino también soldados; en otras palabras, lo que se quería de las colonias era una abundante dosis de "sangre, sudor y lágrimas".

Ya hemos visto que en África decenas de miles de negros tuvieron que servir como soldados o como porteadores para ayudar a sus amos blancos a luchar contra los jefes coloniales de otros africanos, y también que decenas de miles de norteafricanos y senegaleses fueron obligados por los franceses a servir como carne de cañón en el frente occidental. Los franceses también (ab)utilizaron a los indochinos, y en particular a los vietnamitas, a menudo denominados en la época "annamitas" o "tonkineses", según su región de origen específica, como soldados o como mano de obra (barata). Cientos de miles de africanos (incluidos egipcios) e indios fueron deportados a Europa por franceses y británicos para luchar o realizar trabajos forzados en una guerra que realmente no les concernía y de la que no tenían absolutamente nada que ganar. Como había ocurrido desde la abolición de la esclavitud, los británicos reclutaron un tipo de trabajadores forzados, conocidos como coolies, no sólo en sus propias colonias, por ejemplo India, Fiyi, Mauricio, Seychelles, Sudáfrica y algunas islas del Caribe, sino también en la China nominalmente independiente. Entre 1916 y 1918, unos 140.000 chinos fueron transportados a Francia y Bélgica para trabajar como esclavos, la mayoría al servicio de los británicos, otros para los franceses y los estadounidenses.

Por una canción proverbial, estos trabajadores de tierras lejanas tenían que realizar trabajos duros, sucios y peligrosos, como cargar y descargar barcos, construir líneas de ferrocarril y —a menudo en las inmediaciones del frente— cavar trincheras, construir cementerios, retirar minas y proyectiles sin explotar, llenar sacos de arena, transportar soldados heridos a los hospitales, enterrar a hombres y caballos y, literalmente, lavar la ropa sucia. (En 1918, Barthas estuvo en un hospital donde "el trabajo sucio lo hacían los annamitas", por ejemplo, "vaciar las escupideras y limpiar las letrinas"). Estos semiesclavos o cuasi-esclavos trabajaban normalmente diez horas al día, siete días a la semana, y estaban muy mal pagados, normalmente un franco diario. Se les proporcionaba ropa y calzado de mala calidad y, en general, estaban sometidos a "condiciones materiales y humanas deplorables ", ya que se les alojaba en tiendas de campaña o chozas primitivas en campamentos cerrados, situados lejos de los centros

habitados. Las autoridades no querían que tuvieran contacto con civiles. La razón principal era que había que evitar el contacto con las mujeres y el riesgo concomitante de "contaminación racial". También se consideraba necesario evitar que los contactos sociales con los lugareños pudieran hacer que estas personas de color imaginaran que eran iguales a los blancos. Por las mismas razones, las autoridades belgas, ejemplificadas por el propio rey Alberto, no querían que los soldados negros del Congo vinieran a luchar en el frente del Yser. Se consideraba que, en vista de su supuesto apetito y potencia sexuales, los negros podían suponer una amenaza para las mujeres europeas; y el hecho de que se les permitiera luchar con —y contra— soldados blancos podía inculcar ideas igualitarias indeseables en la mente de los negros. Lucas Catherine, autor de un interesante libro sobre la Primera Guerra Mundial en África, cita en este contexto al periodista británico Edmund D. Morel, que expresaba su temor de que "un soldado africano que venga a Europa, que haya disparado o bayoneteado a hombres blancos, y que haya mantenido relaciones sexuales con mujeres blancas, podría perder su creencia en la superioridad de los blancos". Similares fobias racistas inspiraron al alto mando del ejército estadounidense cuando ordenó a las autoridades militares francesas que se aseguraran de que los soldados afroamericanos bajo su mando tuvieran el menor contacto posible con mujeres blancas. También se pidió a los franceses que no elogiaran demasiado a estos hombres por sus excelentes actuaciones, porque se temía que se les metiera en la cabeza que eran tan buenos como los blancos.

El sistema de trabajo forzoso colonial permitió superar la escasez de mano de obra que afectaba a los países beligerantes de Europa, escasez provocada por la movilización de millones de hombres. Al mismo tiempo, los salarios, que habrían podido aumentar considerablemente debido al "juego" de la oferta y la demanda, pudieron así mantenerse a niveles bajos. Los obreros europeos, cuyos dirigentes socialistas nunca se habían esforzado mucho por promover la solidaridad con los proletarios no europeos, se dieron cuenta de ello y su desprecio e incluso odio hacia esos chinos, indios y otros extranjeros hizo aún más traumática la miserable estancia de éstos en Europa. (Al parecer, fue la presión de los sindicatos la que impidió que las autoridades británicas importaran coolies chinos para trabajar en la propia Gran Bretaña). Miles de chinos perdieron la vida, no sólo a causa de los duros trabajos y la mala alimentación e higiene, sino

también de enfermedades como la gripe española. Pero se desconoce el número exacto, probablemente porque esas estadísticas se consideraban poco importantes en . Algunas fuentes sugieren que murieron más de diez mil hombres. En cualquier caso, 850 chinos descansan en el cementerio militar británico de Nolette, en el pueblo de Noyelles-sur-Mer, cerca de Abbeville, que resulta ser el mayor cementerio chino de Francia y, de hecho, de toda Europa.[14]

471

Las colonias también proporcionaron ayuda a la "madre patria" en forma de soldados. Cientos de miles de africanos lucharon por Francia. Según su país de origen, se les conocía como soldados de infantería senegaleses o *norteafricanos (tirailleurs senegalais, tirailleurs nord-africains*) o simplemente como "turcos". Un gran porcentaje de ellos fueron reclutados a la fuerza para luchar por sus jefes coloniales, y en Argelia, Mali y otros lugares esto provocó protestas e incluso rebeliones. Ciento treinta y cinco mil de estos hombres fueron obligados a luchar en Europa, y aproximadamente treinta mil morirían allí. También se constituyeron regimientos de infantería colonial en Indochina, que se conocieron como *tirailleurs vietnamiens.* Tuvieron el honor de participar en la batalla de Verdún. Según algunas fuentes, Francia reclutó un total de unos ochocientos mil hombres en sus colonias, de los cuales setenta y un mil murieron. De todos los súbditos coloniales del Imperio Británico, fueron sobre todo los indios quienes tuvieron que servir como soldados, en Mesopotamia y África Oriental, por ejemplo, pero también en el frente occidental, en la propia Europa. En total, al menos un millón de indios sirvieron al Imperio Británico, lejos de su patria, durante la Gran Guerra. Sesenta y dos mil de ellos perdieron la vida y sesenta y siete mil resultaron heridos. Un total de 74.187 soldados indios perecieron en todos los frentes durante la Primera Guerra Mundial.[15] Una joven poeta nacionalista, Sarojini Naidu, "el ruiseñor de la India", les dedicó un poema, "El regalo de la India", que incluye estos conmovedores versos:

Reunidos como perlas en sus tumbas alienígenas,

---

[14] Barthas, p. 445; Hochschild, pp. 216, 310; Cazals, p. 31; Catherine, pp. 91-92; Daughton, p. 49; Hill, passim; Whalan, p. 286; Miquel, pp. 331, 411-12.

[15] Rousseau (2006), pp. 39-41; Cazals, p. 54; Duroselle, pp. 327-31.

Silenciosos duermen junto a las olas persas.
Esparcidos como conchas en arenas egipcias
Yacen con la frente pálida y las manos valientes y rotas.
Están esparcidas como flores caídas por casualidad
En los prados pardos de Flandes y Francia. [16]

472

En 1914, la India había acogido la llegada de la guerra con gran entusiasmo, para satisfacción de sus gobernantes británicos. Y nacionalistas indios como Gandhi habían contribuido al reclutamiento de voluntarios con la (vana) esperanza de que, tras la victoria generalmente esperada, los agradecidos británicos se sintieran así obligados a conceder al país su independencia, o al menos su autonomía. Sin embargo, durante la guerra el descontento con respecto al dominio británico aumentó de muchas maneras y por muchas razones. (Y no ayudó, por supuesto, que los alemanes incitaran a los indios contra sus amos coloniales). El hecho de que Gran Bretaña, una nación autoproclamada cristiana, estuviera en guerra contra el Imperio Otomano, cuyo sultán era al mismo tiempo califa, es decir, líder teórico de todos los musulmanes, indujo a muchos indios musulmanes a concluir que en esta *yihad* se encontraban en el bando equivocado, por lo que debían dar la espalda a sus amos cristianos y correr en ayuda de los otomanos... y de los alemanes. Otros indios empezaron a soñar con la independencia porque el desarrollo de la guerra reveló la debilidad de los británicos. Cada vez más indios esperaban que los británicos tuvieran que conceder pronto a su nación alguna forma de autonomía, de Home Rule. Algunos de sus líderes, Gandhi, por ejemplo, pensaban que sería posible alcanzar ciertos objetivos nacionalistas sin recurrir a la violencia, pero otros discrepaban y opinaban que sería necesaria la fuerza para librarse del yugo británico. Durante la guerra, y especialmente en 1915, se produjeron conspiraciones, rebeliones y motines en los que sin duda se recurrió a la violencia, y cuya represión implicó una violencia aún mayor. Así ocurrió no sólo en la propia India, sino también en Singapur, donde, en marzo de 1915, estalló un motín que terminó con la ejecución pública de cuarenta y siete militares que habían participado en él.[17]

---

[16] Das (2011a), p. 78.
[17] Das (2011a), p. 71 y ss.; Losurdo (2010), passim.

A partir de entonces, el espectro de una revolución nacional en la mayor de sus posesiones coloniales persiguió a los británicos. Esperaban prevenir semejante pesadilla promulgando la *Ley de Defensa de la India* ese mismo año, 1915, una ley que permitía a las autoridades censurar drásticamente a la prensa y encerrar a los disidentes durante largos periodos de tiempo sin ningún tipo de garantías procesales. Esta medida represiva distaba mucho de ser democrática, pero no debemos olvidar que la propia Gran Bretaña no era aún una democracia plena y que en las posesiones británicas de ultramar los habitantes de piel oscura apenas disfrutaban de derechos democráticos. La modestísima democracia embrionaria que existía entonces en el Imperio Británico, , era una democracia para el hombre blanco, una "democracia *Herrenvolk*", como la ha llamado Domenico Losurdo, aludiendo al término nazi de "raza superior", reservada exclusivamente a la población blanca de dominios como Canadá. Todavía no se había planteado el derecho de voto para las primeras naciones canadienses (también conocidas como "indios") ni para los aborígenes australianos.

473

En 1917, las autoridades británicas de la India estaban muy preocupadas por las "conspiraciones revolucionarias" que, al parecer, se estaban orquestando. Se temía que estallara una revolución en la India debido al apoyo prestado por los alemanes, de quienes se sabía que habían ayudado a los revolucionarios en Rusia, por ejemplo, facilitando el viaje de Lenin desde Suiza a su patria. Sin embargo, la evolución de los acontecimientos en la India iba a estar mucho menos influida por el apoyo prestado por el Reich alemán, a punto de desmoronarse, que por el ejemplo dado por la Rusia bolchevique. Después de la Revolución de Octubre, los nacionalistas indios se sintieron cada vez más inspirados y alentados por "la cura revolucionaria que se estaba iniciando en Rusia", tal y como la ha formulado un experto en historia india.[18] En última instancia, fue sobre todo, aunque no exclusivamente, la dialéctica de la presión revolucionaria india y la sangrienta represión británica lo que obligaría a Londres a resignarse a que la India se convirtiera en una nación independiente. Por otra parte, para la no violencia predicada por Gandhi, dirigentes británicos

[18] Keay, p. 470.

como Churchill no tenían más que desprecio, y por la vía de la no violencia nunca se habría alcanzado el destino de la independencia.[19]

También en la colonia francesa de Indochina, la guerra fue testigo de un aumento del descontento con respecto al régimen colonial autoritario y parasitario. Los síntomas de este malestar incluyeron manifestaciones, huelgas y —*entre otras cosas*, en el terrible año 1917— rebeliones armadas y motines menores y mayores en el seno de la policía colonial, la *Garde indigene*, que fueron brutalmente reprimidos con la ayuda *de tirailleurs* reclutados localmente. También en este caso, las circunstancias de la guerra prepararon el terreno para una revolución nacional. Los franceses prometieron reformas, lo que causó buena impresión en algunos de sus súbditos coloniales. Pero fueron las noticias de la Revolución Rusa, por encima de cualquier otra cosa, las que galvanizarían a trabajadores e intelectuales y les harían comprender que sólo la revolución conduciría a la independencia. Un tal obrero-intelectual, Ho Chi Minh, surgiría como líder de un movimiento independentista que se inspiraría claramente en los acontecimientos revolucionarios de Rusia en general, y en el ejemplo bolchevique en particular.[20]

474

También en China, la guerra engendró condiciones revolucionarias. En ese inmenso país ya se había producido una revolución en 1911, que había metamorfoseado el imperio autocrático, el *ancien régime* chino, en una república bastante moderna y embrionariamente democrática. Pero China seguía siendo maltratada y humillada por las potencias occidentales (y por Japón), que gozaban de todo tipo de privilegios en Shanghai y otros lugares; por ejemplo, barrios de la ciudad reservados exclusivamente para ellos, las famosas "concesiones", donde los carteles advertían en voz alta que "no se permitían perros ni chinos". Innumerables chinos encontraban esta situación cada vez más intolerable, tanto más cuanto que la guerra puso de manifiesto la relativa debilidad de las grandes potencias europeas, así como sus divisiones internas. Gracias a la unidad entre ellas, las grandes potencias occidentales habían podido reprimir la rebelión nacionalista de los bóxers de 1899-1901. ¿No era la división una

[19] Losurdo (2010 y 2013a), passim. Sobre la opinión de Churchill sobre Gandhi, véase Hari, p. 2, en referencia al libro de Richard Toye, *Churchill's Empire: The World That Made Him and the World He Made.*

[20] Vien, pp. 164-65, 175-77; Hill, pp. 62-65.

oportunidad ideal para que los nacionalistas chinos golpearan de nuevo, esta vez con muchas más posibilidades de éxito?

En este contexto, las experiencias de los coolies chinos en Francia desempeñaron un papel bastante importante. El gobierno de Pekín había aceptado este humillante acuerdo para ganarse el favor de las grandes potencias, con la esperanza de lograr algún progreso diplomático. En 1917, para congraciarse con Londres y París, China llegó a declarar la guerra a Alemania. Pero estos halagos fueron en vano, y en Versalles los intereses de China serían ignorados. Un gran número de estudiantes se manifestaron en protesta por esta afrenta en Pekín el 4 de mayo de 1919, es decir, incluso antes de que se firmara el tratado de paz. China se negó finalmente a firmar el Tratado de Versalles. Las protestas de mayo de 1919 dieron origen al "Movimiento del 4 de Mayo", que exigía cambios revolucionarios. Y cambio revolucionario significaba cambio en el sentido marxista. De hecho, bajo la influencia de la Revolución Rusa, el marxismo ortodoxo, es decir, el socialismo revolucionario, se hizo "cada vez más atractivo para los hambrientos de cambio".[21] Muchos chinos se familiarizaron con las ideas de Karl Marx mientras trabajaban en Francia durante la guerra, y allí también se enteraron de los acontecimientos revolucionarios en Rusia. Llegaron a la conclusión de que una revolución también era posible en China, y que la combinación de la teoría marxista y la práctica leninista o bolchevique demostraba cómo debían y podían hacerse las cosas. (Extrajeron esencialmente las mismas lecciones que Ho Chi Minh con respecto a Vietnam). Tras la guerra, los obreros chinos abandonaron Francia y regresaron a China. Allí se unieron al nuevo Partido Comunista del país (fundado, no por casualidad, poco después de la firma del Tratado de Versalles) e influyeron en líderes como Zhou Enlai, Deng Xiaopeng e incluso Mao Zedong.[22]

475

Bajo el liderazgo de Mao, China no sólo experimentaría una revolución interna de gran alcance, sino que también revolucionaría su papel en la escena internacional, librándose de una vez por todas del yugo de las potencias extranjeras. Hasta 1914, China había sido un país enorme, pero

---

[21] Schirokauer, pp. 314-16; MacMillan (2001), p. 322 y ss.

[22] Véase el estudio de Xu Guoqi, *Strangers on the Western Front: Trabajadores chinos en la Gran Guerra.*

muy pobre, cuyo pueblo era explotado por la élite local tradicional, sobre todo los grandes terratenientes, los "feudalistas" chinos. China era también un país particularmente débil, una especie de gigantesco pastel aparentemente predestinado a ser troceado y repartido entre las grandes potencias imperialistas. Si China es hoy un país poderoso, cuya población ha logrado grandes avances en términos de bienestar y sigue progresando a buen ritmo, aunque quede mucho por hacer y persistan muchos problemas, es gracias a un movimiento revolucionario que se gestó y nació durante, y a causa de, la Gran Guerra.

476

Capítulo 27
Militaria 1918: Ofensiva de primavera alemana, ofensiva final aliada

El 3 de marzo de 1918, Alemania y Rusia firman un tratado de paz en Brest-Litovsk. Poco después, el primer día de primavera, el 21 de marzo, el frente occidental es testigo del inicio de una enorme ofensiva alemana, dirigida por Ludendorff. Los Aliados se encuentran en graves apuros, pero durante el verano consiguen cambiar las tornas y lanzan una contraofensiva. Los alemanes se quedan rápidamente sin recursos y capitulan el 11 de noviembre en el vagón de ferrocarril que sirve de cuartel general al mariscal Foch, comandante en jefe aliado en el pueblo de Rethondes, cerca de Compiegne...

El 15 de diciembre de 1917, aproximadamente un mes después de que Lenin hiciera su famosa "declaración de paz", los bolcheviques y las Potencias Centrales concluyeron un armisticio, y en el frente oriental callaron los cañones. El 22 de diciembre se iniciaron las conversaciones de paz en la ciudad de Brest-Litovsk, situada en la actual Bielorrusia. (La ciudad se conoce ahora como Brest, es decir, menos el adjetivo *Litovsk,* que significa "lituano").

477

Fue una reunión un tanto extraña. Por parte de las Potencias Centrales, dominadas por Alemania, sólo aparecían representantes archiconservadores y reaccionarios de la élite de su país, en su mayoría generales, políticos y diplomáticos de origen aristocrático. La delegación rusa, en cambio, estaba formada exclusivamente por revolucionarios de

origen proletario o pequeñoburgués, partidarios incondicionales de la revolución en su país que esperaban, además, que pronto estallaran también revoluciones en los países de sus interlocutores. Los rusos querían "una paz sin anexiones ni indemnizaciones"; en otras palabras, buscaban un acuerdo por el que nadie tuviera que ceder territorio ni hacer pagos de reparación. Sin embargo, el alto mando del ejército alemán consideró que su bando negociaba desde una posición de fuerza y formuló unas exigencias extraordinariamente duras. Éstas reflejaban las grandiosas ambiciones imperialistas que los dirigentes políticos y económicos del Reich habían albergado cuando iniciaron la guerra en 1914, una guerra que habían presentado hipócritamente al pueblo alemán como una guerra puramente defensiva. Estas exigencias incluían importantes conquistas territoriales en Europa del Este, en su mayoría territorios que habían formado parte del Imperio zarista del que la Rusia revolucionaria era el Estado sucesor. Hemos visto que con respecto a las regiones orientales de Europa, incluida Rusia, los dirigentes políticos, militares y también económicos de Alemania habían mostrado un enorme apetito territorial en 1914, y ahora, a principios de 1918, sus representantes en Brest-Litovsk estaban convencidos de que por fin podrían hacer realidad esas ambiciones. Pero los negociadores bolcheviques, dirigidos por Trotsky, rechazaron las propuestas alemanas y abandonaron las conversaciones en señal de protesta el 10 de febrero de 1918. Explicaron que la situación no equivalía "ni a la guerra, ni a la paz". Las Potencias Centrales respondieron suspendiendo el armisticio, retomando las armas y ordenando a sus tropas que penetraran más profundamente en territorio ruso. Ucrania, Bielorrusia y los Estados bálticos fueron así ocupados en muy poco tiempo. Los rusos no tuvieron más remedio que volver a la mesa de negociaciones y acabaron teniendo que aceptar condiciones aún menos favorables, incluido el pago de considerables indemnizaciones económicas. El Tratado de Brest-Litovsk se firmó el 3 de marzo de 1918. Rusia salía así oficialmente de la Gran Guerra, para caer poco después presa de una guerra civil igualmente terrible. [1]

478

Para Alemania, este tratado ofrecía la enorme ventaja de no tener que seguir librando una guerra en dos frentes. Las tropas alemanas podían

[1] Soete, pp. 20-27. Véase también el estudio detallado de Wheeler— Bennett.

ahora transferirse del frente oriental al occidental. Esto implicaba un total de cuarenta y cuatro divisiones, es decir, aproximadamente medio millón de hombres. Por primera vez desde el comienzo de la guerra, los alemanes disfrutaban de superioridad numérica en el frente occidental. Ni siquiera la llegada de fuerzas estadounidenses supuso una diferencia significativa, ya que a principios de 1918 sólo había cien mil "yanquis" en Europa, y eran soldados inexpertos. En el frente occidental, todo el mundo sabía ahora que pronto se desencadenaría una ofensiva alemana; la única pregunta era cuándo. Muchos soldados franceses, británicos, belgas e italianos, ya totalmente disgustados por la guerra, temían que lo peor estaba por llegar, ahora que se enfrentaban prácticamente a toda la fuerza de combate alemana. El pesimismo invadió sus filas a medida que se acercaba la inevitable ofensiva alemana y una victoria aliada parecía menos probable que nunca. El número de deserciones y rendiciones voluntarias al enemigo aumentó drásticamente. Las condenas por intento de deserción o rendición se multiplicaron; en el ejército belga pasaron de un total de 28 en el periodo de 1914 a 1917 a 190 en 1918, pero rara vez fueron seguidas de ejecuciones. La represión fue relativamente indulgente, escribe de Schaepdrijver, porque "a pesar de toda la jerarquía, el ejército belga era esencialmente un ejército burgués en el que no reinaba una disciplina marcial despiadada", como en los ejércitos con oficiales mayoritariamente aristocráticos, como los de Alemania y Gran Bretaña. A pesar de este pesimismo, la gran mayoría de los soldados del ejército belga y de otros ejércitos aliados "siguieron adelante", ciertamente no por sentimientos patrióticos o puro heroísmo, sino más bien por "resignación lacerante", una mezcla de sentido del deber y fatalismo, "obstinada lealtad campesina" y, por último, pero no por ello menos importante, por "solidaridad con sus compañeros soldados", para no dejar a sus camaradas en la estacada.[2] Los soldados esperaban que, fuera cual fuera su resultado, la ofensiva alemana que se avecinaba pondría fin a la guerra, para poder regresar finalmente a casa, victoriosos o no. La canción "When This Bloody War Is Over", reflejo de estos sentimientos, fue muy popular entre los soldados británicos de la época:

[2] De Schaepdrijver, pp. 209, 211, 242; Barthas, introducción de Chrisje Brants, p. 17.

Cuando esta sangrienta guerra termine
Oh, qué feliz seré;
Cuando me vista de civil
No más soldados para mí. [3]

479

La tensión también aumentaba del lado de los alemanes, porque sabían que el tiempo corría en su contra. De hecho, cada día llegaban más estadounidenses para unirse a sus hermanos de armas franceses y británicos. El Reich carecía de todo tipo de productos, incluido material bélico de importancia crucial, por lo que tuvieron que conformarse con *Ersatz*, es decir, productos sustitutivos de mala calidad. Por ejemplo, para compensar la dramática escasez de grasas, se enviaron cadáveres de caballos desde el frente a fábricas especiales en Alemania. En esas "plantas de procesamiento de cadáveres" (*Kadaverwertungsanstalten),* los cadáveres se transformaban en glicerina, que podía utilizarse para fabricar munición, velas, etc. Como la palabra alemana *Kadaver* evocaba no sólo cadáveres de animales, sino también humanos, en 1917 surgió entre los soldados aliados el mito de que los alemanes reciclaban los cuerpos de los soldados muertos en "fábricas de cadáveres" especiales. Era un comentario macabro sobre el hecho de que la guerra había resultado ser una guerra *industrial*, una especie de fábrica en la que se producía muerte en masa, en la que cada día innumerables seres humanos vivos se transmutaban en cadáveres. Es comprensible que los alemanes —al igual que los británicos— no quisieran ver desperdiciado el potencial "industrial" no utilizado de los caballos muertos. De hecho, durante la guerra murieron cientos de miles de caballos. En 1914-1918, había un caballo por cada tres combatientes humanos, y en total morirían ocho millones de caballos. El porcentaje de caballos muertos fue incluso mayor que el porcentaje correspondiente de combatientes humanos. Sólo Francia perdió cerca de un millón de animales, lo que equivale a un tercio de su cabaña equina, y el resultado

[3] Letra de la canción "When this bloody war is over": http://www.traditionalmusic.co.uk/folk-song-lyrics/When_This_Bloody_War_is_Over(2).htm

fue una escasez que tuvo consecuencias desagradables para la agricultura del país.[4]

Además, tanto los civiles como los soldados alemanes estaban desnutridos y hambrientos. Estaban tan descontentos que se temía que siguieran el ejemplo revolucionario de Rusia. Ya a principios de año, Berlín y otras grandes ciudades fueron escenario de manifestaciones y disturbios, así como de huelgas. Además, los aliados austrohúngaros, búlgaros y otomanos de Alemania mostraban cada vez más signos alarmantes de cansancio por la guerra. Había que lanzar una ofensiva lo antes posible para lograr la victoria que, como un *deus ex machina*, resolvería todos los problemas *in extremis* —o eso se esperaba. Sin embargo, en vista de sus extravagantes exigencias frente a los rusos en Brest-Litovsk, el alto mando alemán había perdido mucho tiempo precioso en Europa Oriental. Y la ocupación de un territorio gargantuesco en el este europeo exigía que se mantuviera allí aproximadamente un millón de hombres. Estas fuerzas habrían sido muy útiles para compensar las enormes pérdidas que la ofensiva en el frente occidental iba a causar con toda seguridad. Por último, debido a la devastación causada por la guerra, las regiones ocupadas de Europa oriental eran prácticamente inútiles para Alemania como fuentes de materias primas y alimentos que podrían haber servido para mejorar la condición material y mental de los soldados y civiles alemanes.[5]

480

La famosa "ofensiva de primavera", idea de Ludendorff, recibió el nombre en clave de "Miguel", en referencia al arcángel que mató a Lucifer. La idea era que ésta sería la contienda decisiva en la que el alemán, apodado "Miguel", como hemos visto antes, derrotaría al Satán franco-británico. El ataque se lanzó el primer día de la primavera, el 21 de marzo de 1918, a las 4:30 de la mañana, tras un descomunal bombardeo de artillería, una "tormenta de fuego y acero", como la describió más tarde el soldado del frente alemán Ernst Junger.[6] El "teatro" era un tramo del frente de unos sesenta kilómetros en la misma zona donde había tenido lugar la

---

[4] Fussell, p. 116; Knightley, p. 105; Englund, pp. 220-21, nota a pie de página; Cazals, pp. 30-31; Baldin, p. 4. Sobre el uso británico de los cadáveres de caballo, véase Breverton, p. 281. Para un comentario sobre la película *War Horse,* véase Pauwels (2012).

[5] Ferguson, p. 285.

[6] Para un excelente tratamiento de esta ofensiva, véase Miquel, p. 380 y ss., y Münkler, p. 687 y ss.

batalla del Somme en 1916. Los atacantes consiguieron romper las líneas británicas y avanzar rápidamente. Unos diez días después ya se encontraban a más de sesenta kilómetros de sus posiciones de partida. Los británicos perdieron todo el terreno que habían conquistado a tan alto coste en 1916, y sufrieron enormes bajas en el proceso, supuestamente más de cien mil hombres. El 12 de abril, Haig dio su famosa orden de "espaldas a la pared", prohibiendo cualquier otra retirada, por desesperada que fuera la situación. Muchos Tommies que quisieron huir o rendirse fueron fusilados por sus oficiales. Así, en marzo de 1918, un coronel ordenó la ejecución in situ de no menos de treinta y ocho hombres de un grupo de unos cuarenta; más tarde informó con orgullo de que "los oficiales que demostraban valor e iniciativa" tenían que ser capaces de hacer este tipo de cosas. Más tarde, tanto en esa primavera como a principios del verano de 1918, se sucedieron más ataques alemanes contra los británicos en Flandes y contra los franceses a lo largo de el río Aisne en dirección a París, y los resultados fueron siempre muy similares: los alemanes lograron impresionantes ganancias territoriales, pero el gran premio esperado, la victoria total, se les seguía escapando. A medida que avanzaban y abrían profundas brechas en las líneas aliadas, el frente se hacía más largo, lo que obligaba a los alemanes a dispersar sus recursos humanos y materiales en lugar de concentrarlos, haciendo que sus ataques fueran menos contundentes y sus flancos, cada vez más largos, más vulnerables a los contraataques aliados. Su avance en dirección a París fue finalmente detenido durante la famosa "Segunda Batalla del Marne", también conocida como la Batalla de Reims, entre mediados de julio y principios de agosto de 1918.[7]

481

Sin embargo, no fue el genio de Haig o de Foch ni la sombría determinación de los oficiales británicos y franceses lo que puso fin a los avances logrados por los alemanes. Tampoco fue el hecho de que, a partir del 26 de marzo de 1918, todas las fuerzas aliadas se pusieran bajo el mando de un solo jefe, el general francés Foch, aunque esto tuvo claramente sus ventajas.[8] Es más correcto decir que el progreso alemán se agotó por sí mismo. Los soldados alemanes sabían que "Michael" era la

[7] Fussell, pp. 17, 177-78; Münkler, p. 686.
[8] Duroselle, p. 364 y ss.; Münkler, p. 694.

ofensiva de la última oportunidad. Las perspectivas de éxito de una ofensiva en el frente occidental nunca habían sido tan buenas desde el inicio de la guerra en 1914, y sabían que el ejército alemán había comprometido todos los recursos a su disposición en una apuesta por alcanzar los objetivos de la ofensiva y ganar así la guerra. Era todo o nada, ahora o nunca. Paradójicamente, el éxito del ataque también fue responsable de su fracaso, al menos en parte. Cuando los soldados alemanes invadieron las posiciones británicas, se dieron cuenta de que éstas estaban repletas de armas y municiones, así como de reservas de comida y bebida que ellos mismos no habían visto en años. Los oficiales a menudo intentaban en vano incitar a sus hombres a atacar la siguiente línea de trincheras británica o francesa; los soldados simplemente interrumpían su avance para darse un festín de carne enlatada, pan blanco, etc. Paul Fussell describe tal situación de la siguiente manera:

> *El éxito del ataque arruinó a las tropas. En este sentido* [*fue*] *igual que una derrota... El espectacular avance alemán se detuvo finalmente en gran medida por esta razón: los atacantes, privados de la vista de los "bienes de consumo" por años de eficaz bloqueo aliado, aminoraron la marcha y finalmente se detuvieron para emborracharse, dormir la mona y curiosear. Las bodegas de champán del Marne resultaron especialmente tentadoras... A mediados de verano era evidente que el ejército alemán se había autodestruido atacando con éxito.*

Fussell también cita el informe de un oficial alemán que se reunió con soldados que regresaban de la ciudad conquistada de Albert:

> *[Eran] figuras extrañas, que se parecían muy poco a soldados, ... que se dirigían hacia la salida de la ciudad. Había hombres... que llevaban una botella de vino bajo el brazo y otra abierta en la mano... Hombres tambaleándose. Hombres que apenas podían caminar*. [9]

482

La pérdida de impulso de la ofensiva alemana permitió a británicos y franceses reorganizarse, apuntalar las defensas y traer reservas, muchas de ellas soldados estadounidenses, de los que más de medio millón estuvieron disponibles en la primavera de 1918; desde finales de marzo de 1918, aproximadamente cien mil yanquis habían llegado a Francia cada mes.

---

[9] Fussell, pp. 17-18. Véase también Ferguson, pp. 350-51, quien escribe que los alemanes "perdieron un tiempo precioso saqueando".

Puede que los estadounidenses no fueran los mejores soldados, pero se presentaron allí donde se necesitaba ayuda. Eso desmoralizó a los alemanes, que tuvieron la impresión de que los Aliados disponían de reservas ilimitadas no sólo en alimentos, armas y municiones, en todo tipo de material bélico, sino también en hombres, en "material humano". Mientras tanto, los propios atacantes alemanes también sufrieron pérdidas considerables: 230.000 hombres, supuestamente, durante las dos primeras semanas de la ofensiva, y al menos medio millón, y posiblemente hasta un millón, entre marzo y julio.[10] Estas pérdidas, que no pudieron ser compensadas, inspiraron un famoso poema de Bertolt Brecht, *"Ballade vom toten Soldaten*", "La leyenda del soldado muerto", con estos sarcásticos versos:

Und als der Krieg im vierten Lenz
Ningún vistazo a la paz
Da zog der Soldat seine peace Konsequenz
Und starb den Heldentod.

Y cuando la guerra, en su cuarta primavera,
Ya no ofrecía perspectivas de
El soldado sacó la conclusión lógica
Y murió como un héroe. [11]

¿Cuántas veces más tenían que atacar los alemanes una posición aliada antes de que el enemigo capitulara? ¿Cómo se podía derrotar a un enemigo que disponía de reservas tan inagotables de hombres y material?[12] Incluso la visión de los prisioneros que hacían en grandes cantidades desmoralizaba a los alemanes.

483

Estos hombres parecían bien alimentados y sanos. Un oficial húngaro quedó muy impresionado cuando se encontró por primera vez con prisioneros de guerra estadounidenses, y comentó lo siguiente:

> *Su asombrosa buena condición física, la excelente calidad de sus uniformes, el cuero pesado de sus botas, cinturones y demás, la mirada confiada en sus ojos incluso como prisioneros, me hicieron darme cuenta de lo que cuatro años de lucha habían hecho a nuestras tropas.* [13]

---

[10] Ferguson (1998), pp. 311-13, 368-73, 386-87; Faulkner, p. 26; Piper, pp. 430-31; Miquel, pp. 414-15.

[11] Texto del poema "Ballade vom toten Soldaten": https://www.totentanz-online.de/medien/musik/brecht.php

[12] Aquí seguimos el relato de Deist (1992).

[13] Englund, p. 474.

Sin embargo, fue otro factor el que desempeñó el papel más importante, y posiblemente decisivo, en el fracaso de la ofensiva alemana en la primavera y el verano de 1918. Si una y otra vez los Aliados lograron reunir las reservas de hombres y material necesarias para ralentizar y finalmente detener la gigantesca ofensiva alemana, fue porque dispusieron de miles de camiones para realizar el trabajo. Los franceses —que ya habían hecho buen uso de los vehículos motorizados con anterioridad, por ejemplo los taxis para transportar tropas al campo de batalla del Marne en 1914 y los camiones para abastecer Verdún a lo largo de *la voie sacree* en 1916— produjeron cantidades masivas de excelentes camiones, en su mayoría modelos diseñados y construidos por Renault, constructor que produciría más de nueve mil de ellos para el ejército francés durante la Gran Guerra. Los británicos, que habían empezado la guerra sin un solo camión, disponían de cincuenta y seis mil en 1918. Por otra parte, al igual que en 1914, los alemanes seguían transportando a sus tropas principalmente en tren, pero muchos sectores del frente, por ejemplo los campos de batalla del Somme, eran de difícil acceso por esa vía. En cualquier caso, en las inmediaciones del frente, ambos bandos seguirían dependiendo en gran medida de los carros tirados por caballos para transportar el equipo hasta el final de la guerra. Pero también en este aspecto los alemanes estaban en desventaja, ya que sufrían una grave escasez de caballos de tiro, así como de forraje, mientras que los aliados podían importar grandes cantidades de caballos y robustas mulas de ultramar, y especialmente de Estados Unidos.[14]

La mayor movilidad de los aliados constituyó sin duda un factor importante de su éxito. Ludendorff declararía más tarde que el triunfo de sus adversarios de en 1918 se había reducido a una victoria de los camiones franceses sobre los trenes alemanes. Este triunfo también puede describirse de forma similar como una victoria de los neumáticos de caucho de los vehículos aliados, producidos por firmas como Michelin y Dunlop, sobre las ruedas de acero de los trenes alemanes, producidas por Krupp. Así pues, también puede decirse que la victoria de la Entente contra las Potencias Centrales fue una victoria del sistema económico, y en

[14] Münkler, p. 682; Breverton, p. 113.

particular de la industria, de los Aliados, frente al sistema económico de Alemania y Austria-Hungría, un sistema económico que se encontraba en grandes dificultades a causa del bloqueo británico. "La derrota militar y política de Alemania", escribe el historiador francés Frederic Rousseau, "es inseparable de su fracaso económico".[15] Sin embargo, la superioridad económica de los Aliados tuvo claramente mucho que ver con el hecho de que británicos y franceses —e incluso belgas e italianos— se sirvieron de colonias de las que podían obtener todo lo que necesitaban para ganar una guerra moderna e industrial, incluido caucho, petróleo y otras materias primas. La Gran Guerra resultó ser una guerra entre rivales imperialistas, en la que los grandes premios a ganar eran territorios repletos de materias primas y mano de obra barata, el tipo de cosas que beneficiarían a la "economía nacional" de un país, más concretamente a su industria, y por tanto harían a ese país más poderoso. (En este contexto no hay que subestimar la importancia de la mano de obra colonial: fueron sobre todo los coolies quienes repararon y mantuvieron las carreteras —e incluso construyeron otras nuevas— que en la primavera y el verano de 1918 utilizaron los Aliados para transportar tropas en camiones a donde fuera necesario).[16] Por lo tanto, no es casualidad que la guerra la ganaran los países mejor dotados en este sentido, es decir, las grandes potencias industriales con más colonias; en otras palabras, que los mayores "imperialismos" —el británico, el francés y el estadounidense— derrotaran a un imperialismo competidor, el de Alemania, ciertamente una superpotencia industrial, pero desfavorecida en cuanto a posesiones coloniales. En vista de ello, puede parecer sorprendente que pasaran cuatro largos años antes de que la derrota de Alemania fuera un *hecho consumado.* Por otra parte, también es obvio que las ventajas de tener colonias y, por tanto, acceso a suministros ilimitados de alimentos para soldados y civiles, así como caucho y materias primas similares, sólo podían revelarse a largo plazo, sobre todo porque en 1914 la guerra aún no era la titánica contienda industrial que se revelaría gradualmente. En 1914, Alemania aún tenía posibilidades de ganar la guerra , pero en 1918 esas posibilidades ya habían desaparecido. (Hitler y sus generales llegarían a la conclusión de que Alemania, para ganar una segunda edición de la Gran

[15] Rousseau (2006), p. 85; Baldin, p. 3; Faulkner, p. 6.
[16] Miquel, pp. 411-12.

Guerra, tendría que ganarla rápido, muy rápido, razón por la cual desarrollarían el concepto de *Blitzkrieg,* "guerra relámpago", a la que seguiría *Blitzsieg,* "victoria relámpago"; Esta fórmula funcionó contra Polonia y Francia en 1939-1940, pero el espectacular fracaso de la *Blitzkrieg* en la Unión Soviética en 1941 condenaría a Alemania a librar de nuevo una guerra larga y prolongada, una guerra que, al carecer de nuevo de suficientes materias primas como el petróleo y el caucho, no podría ganar.)[17]

485

El caucho no era el único tipo de materia prima que los Aliados tenían en abundancia, mientras que los alemanes carecían de ella. Otra era el petróleo, por el que los ejércitos terrestres cada vez más motorizados —y las fuerzas aéreas en rápida expansión— desarrollaron un gran apetito. Durante su ofensiva final, en el otoño de 1918, los Aliados consumirían 12.000 barriles (de 159 litros cada uno) de petróleo al día. Durante la cena de la victoria, el 21 de noviembre, el ministro británico de Asuntos Exteriores, Lord Curzon, declararía, no sin razón, que "la causa aliada había flotado hacia la victoria sobre una ola de petróleo", y un senador francés proclamaría que "el petróleo había sido la sangre de la victoria". Una cantidad considerable de este petróleo procedía de Estados Unidos y era suministrado por Standard Oil, una empresa perteneciente a los Rockefeller, que ganaron mucho dinero con este tipo de negocio, al igual que Renault con la producción de los camiones devoradores de gasolina. (De todo el petróleo importado por Francia en 1917, Estados Unidos suministró el 82,6% y sólo la Standard Oil el 47%; en 1918, Estados Unidos suministró el 89,4% del petróleo importado por los franceses). Por lo tanto, era lógico que los Aliados adquirieran todo tipo de material de guerra moderno, motorizado y consumidor de petróleo. En 1918, los franceses no sólo tenían cantidades fenomenales de camiones, sino también una gran flota de aviones devoradores de gasolina. Y ese mismo año, tanto los franceses como los británicos disponían también de un número considerable de automóviles equipados con ametralladoras o cañones, de los que fue pionero el ejército belga en 1914, así como de tanques. Estos últimos ya no eran los monstruos torpes e ineficaces que habían aparecido por primera vez en el frente en 1916, sino máquinas de

[17] Pauwels (2011).

excelente calidad como el "baby-tanque" Renault FT, ligero y móvil, considerado el "primer tanque moderno de la historia". En el bando alemán —cuyo supuestamente brillante comandante en jefe, Ludendorff, no creía en la utilidad de los tanques— la aparición de estos monstruos provocaba a menudo el pánico. Si los propios alemanes contaban con muy pocos camiones o tanques, era también porque no disponían de suficiente petróleo para esos vehículos —ni para sus aviones; sólo tenían a su disposición petróleo rumano.[18]

486

El bloqueo británico estrangulaba a Alemania lenta pero inexorablemente, y la ofensiva de primavera de Ludendorff era para el Reich la última oportunidad de ganar la guerra. Pero a pesar de los espectaculares éxitos iniciales, los alemanes no pudieron superar a los Aliados. Tarde o temprano, la ofensiva se agotaría, y esto sucedió en el verano de 1918, más concretamente a principios de agosto. La Segunda Batalla del Marne terminó entonces con una victoria de los franceses, que ciertamente se beneficiaron de una considerable ayuda estadounidense. Sin embargo, simbólicamente, el día en que cambiaron las tornas fue el 8 de agosto. Ese día, franceses, británicos, canadienses y estadounidenses lanzaron un contraataque y las tropas alemanas fueron rechazadas sistemáticamente. Ludendorff describiría más tarde el 8 de agosto como el día más negro de la historia del ejército alemán.

En el transcurso del verano de 1918, la situación militar de Alemania se volvió crítica, no sólo por el fracaso de la gran ofensiva de Ludendorff, sino también porque en ese momento los aliados del Reich también estaban experimentando grandes dificultades. Los austriacos, por ejemplo, habían lanzado una ofensiva contra los italianos a lo largo del río Piave. Pero a causa del bloqueo británico sufrían los mismos problemas que los alemanes, es decir, escasez de alimentos y de todo tipo de materiales, e incluso de caballos. También en el caso de su ofensiva, los progresos iniciales se detuvieron rápidamente. Los italianos se reorganizaron, contraatacaron y la famosa batalla del Piave, librada entre el 15 y el 23 de junio de 1918, terminó con la retirada de los austriacos a las posiciones desde las que habían iniciado su ofensiva. Habían perdido 150.000

[18] Engdahl, pp. 46-48; Nowell, pp. 95-96, 108-10; *14-18: Mourir pour la patrie*, pp. 98-99; Rousseau (1999), pp. 187-88; Miquel (2000), p. 27; Münkler, p. 715.

hombres. Las deserciones empezaron a multiplicarse, y los soldados checos, croatas y de otras minorías del Imperio, en particular, se negaron cada vez más a obedecer las órdenes. El ejército austrohúngaro apenas podía continuar la guerra. Así que no fue ninguna sorpresa que sufriera una derrota catastrófica cuando, el 24 de octubre de 1918, exactamente un año después de la batalla de Caporetto, los italianos atacaron y ganaron una gran batalla en Vittorio Veneto. Esta batalla terminó el 3 de noviembre con el armisticio de Villa Giusti, , cerca de Padua, que presenció la capitulación de los austrohúngaros y la disolución de facto de su ejército. El Imperio de los Habsburgo dejó de existir y se disgregó en una serie de nuevos Estados, como Checoslovaquia, fundada oficialmente el 28 de octubre. Las tropas italianas, mientras tanto, procedieron a ocupar todo tipo de territorios que habían sido asignados a su país por el Tratado de Londres de 1915 con Gran Bretaña y Francia; por ejemplo, Trento, Tirol del Sur y Trieste. Por lo que respecta a Alemania, el hundimiento de su principal aliado contribuyó en gran medida a su propia decisión de tirar la toalla.[19]

487 Otro aliado alemán, Bulgaria, ya se había rendido antes. La larga guerra había debilitado considerablemente la economía de ese país y minado la moral tanto de sus soldados como de la población civil. En el verano de 1918, las revueltas contra el alto coste de la vida y contra la guerra —en las que participaron activamente las mujeres— reflejaron el deterioro de la moral de la nación. Tras una derrota a manos de las tropas francesas y serbias en la batalla de Dobro Polje, el 15 de septiembre de 1918, el ejército búlgaro empezó a desintegrarse y el 29 de septiembre se firmó un armisticio en Salónica. El ejército búlgaro tuvo que retirarse de todo el territorio griego, serbio y rumano que había ocupado durante la guerra. Para Berlín, este fue otro duro golpe que contribuyó a la decisión de poner fin a la guerra. Así pues, la Gran Guerra terminó en cierto modo en la misma península balcánica donde había empezado, como señaló Lloyd George. El 27 de noviembre de 1919 se firmaría en Neuilly— sur-Seine un tratado de paz oficial entre Bulgaria y los Aliados.[20]

La mayoría de los soldados alemanes del frente occidental se dieron cuenta de que la guerra estaba perdida, querían acabar de una vez y volver

[19] Newman, p. 144.
[20] Iltchev, p. 283; Mazower, p. 108; Rousseau (2006), p. 114

a casa. Y no ocultaban su desprecio por los dirigentes políticos y militares que habían desencadenado el conflicto y causado así tanta miseria. Y no estaban dispuestos a perder la vida por una causa perdida. El ejército alemán empezó a desintegrarse, la disciplina se rompió y el número de deserciones y rendiciones masivas se disparó. Algunos historiadores alemanes han descrito esta sutación como una *Kampfstreik*, una "huelga militar" no declarada o un "rechazo a luchar", una "negativa a seguir con la guerra".[21] Entre mediados de julio de 1918 y el armisticio del 11 de noviembre de ese año, 340.000 alemanes se rindieron o se pasaron al enemigo. (El alsaciano Dominik Richert fue uno de ellos.) En septiembre de 1918, un tal Tommy fue testigo de cómo los prisioneros de guerra alemanes reían y aplaudían en cada vez que entraba un nuevo contingente de prisioneros. Incluso los soldados de élite capitularon en gran número. De las pérdidas alemanas de aquella época, los prisioneros representaban un porcentaje sin precedentes del 70%. Los soldados alemanes utilizaban ahora todo tipo de trucos para evitar ir al frente, una práctica que se conoció como *Druckebergerei,* "esquivar". Muchos hombres trasladados de Europa del Este al frente occidental cruzaron a los Países Bajos neutrales para poder esperar allí el final de la guerra como internados. No menos de 750.000 soldados alemanes desertaron supuestamente en aquella época; y otros tantos fueron simplemente declarados "ausentes" de su unidad. La policía estimó en decenas de miles el número de desertores que merodeaban por la capital, Berlín. La epidemia de deserciones, rendiciones masivas y evasiones proliferó durante agosto y septiembre de 1918, hasta el punto de que esta situación ha sido descrita como una "huelga militar no declarada". Y ciertamente así veían las cosas los propios "cerdos del frente". Los soldados que abandonaban el frente insultaban a menudo a los hombres que marchaban en dirección contraria, llamándoles "rompehuelgas" y *Kriegsverldngerer, /*"prolongadores de la guerra"! La influencia de la Revolución Rusa en todo esto se hizo evidente cuando, en octubre, los marineros estacionados en el puerto de Kiel se amotinaron. Se negaron a obedecer órdenes —especialmente una orden absurda de que la flota emprendiera una salida suicida contra la Marina Real— y crearon

[21] Münkler, p. 704, refiriéndose concretamente al historiador militar Wilhelm Deist.

consejos de soldados y trabajadores; en otras palabras, soviets al estilo ruso. Pronto surgieron consejos similares en toda Alemania.[22]

488

En estas circunstancias, fue un milagro que los alemanes consiguieran oponer una resistencia ordenada y relativamente eficaz cuando sus enemigos lanzaron una ofensiva final a finales del verano y en otoño de 1918. Tuvieron que retirarse, y lo hicieron, pero lentamente y en orden. Hasta el amargo final, la Gran Guerra siguió siendo la empresa asesina que había sido desde el principio. Durante las últimas cinco semanas de la guerra, medio millón de hombres murieron o resultaron heridos. Incluso el último día se produjeron numerosas bajas en ambos bandos. Algunos soldados "cayeron" sólo unos minutos antes de que el armisticio entrara en vigor el 11 de noviembre a las 11 de la mañana. El 10 de noviembre, tropas británicas y canadienses llegaron a las afueras de la ciudad belga de Mons, donde en agosto de 1914 las fuerzas británicas se habían enfrentado por primera vez a los alemanes en una batalla . A última hora de la noche, un mensaje llegó a los comandantes locales. En Rethondes, una aldea situada en un bosque cercano a Compiegne, donde el general Foch, jefe supremo de los ejércitos aliados, había instalado su cuartel general, se había llegado a un acuerdo con los emisarios alemanes para deponer las armas ese mismo día, concretamente a las 11 de la mañana. La poetisa británica May Wedderburn Cannan saludó este anuncio tan esperado en un poema titulado "El armisticio":

La noticia llegó por teléfono:
Todos los términos se habían firmado: la guerra estaba ganada.
Y toda la lucha y la agonía,
Y todo el trabajo de los años estaba hecho. [23]

489

En Mons, sin embargo, la lucha y la agonía aún no habían terminado. Los hombres podrían haber disfrutado de un tranquilo desayuno y esperar hasta las 11 para entrar en la ciudad. Sin embargo, el comandante canadiense, el general Arthur Currie, dio la orden de tomar Mons a primera hora de la mañana, sabiendo muy bien que los alemanes resistirían

---

[22] Münkler, pp. 704-07; Knightley, pp. 110-11; Ferguson, p. 352; Hochschild, pp. 330-31, 338; Rousseau (2006), pp. 74-75; Piper, p. 432.

[23] Hibberd y Onions, p. 255.

y que correría la sangre. "Fue un orgullo", explicaría más tarde, "que fuéramos capaces de terminar la guerra allí donde la empezamos, y que nosotros, los jóvenes cachorros [canadienses] del viejo león [británico], fuéramos capaces de tomar el terreno perdido en 1914."

Pero sus subordinados veían las cosas de otra manera. Dos historiadores canadienses describen su reacción:

> [*Ellos*] *cuestionaron abiertamente la necesidad de seguir avanzando... Ninguno* [*de ellos*] *quería formar parte del espectáculo de Mons. Todos refunfuñaban a más no poder. Sabían que la guerra estaba llegando a su fin y que iba a haber un armisticio. Se quejaban: '¿Para qué demonios tenemos que ir más lejos? Al final del día los hombres estaban furiosos por las pérdidas".*

Entre estas bajas se encontraban George Ellison y George Price, respectivamente el último Tommy y el último canadiense en "caer" en la Gran Guerra; murieron pocos minutos antes de que se depusieran las armas. Descansan en el cementerio de guerra británico-alemán de Saint-Symphorien, a pocos kilómetros de Mons, junto con John Parr, el primer soldado británico que perdió la vida en la Gran Guerra. Otros cientos de británicos, alemanes y canadienses perecieron en Mons y sus alrededores en los primeros momentos y en los últimos minutos de la guerra . Sin embargo, el último soldado muerto en la Gran Guerra fue un estadounidense de origen alemán llamado Henry Gunther; cayó en el pueblo de Chaumont-devant-Damvillers, situado al norte de Verdún, justo un minuto antes del final.[24] El último día de la Gran Guerra, el 11 de noviembre de 1918, todos los ejércitos combinados sufrieron 10.944 bajas en el frente occidental, incluidos 2.738 hombres muertos. Esto fue aproximadamente el doble de la media diaria de muertos y heridos durante 1914-1918. (También fue aproximadamente un 10% más que el total de bajas del Día D, el primer día del desembarco en Normandía en junio de 1944). Este derramamiento de sangre podría haberse evitado si el comandante en jefe francés y aliado, el mariscal Foch, no se hubiera negado a aceptar la petición de los negociadores alemanes de declarar un alto el

[24] Hochschild, pp. 337, 341; de Schaepdrijver, pp. 251-52; Persico, pp. 348-50; Black y Boileau, pp. 371-76; Breverton, p. 250.

fuego en cuanto se firmara la capitulación por la noche, en lugar de esperar hasta las 11 a.m. En Mons, los descontentos soldados canadienses "estaban agotados y sólo querían una buena comida, una ducha caliente y una cama cómoda. Se alegraban de que la guerra hubiera terminado, pero para muchos no era motivo de celebración por los muchos amigos que habían perdido...". No hubo más celebraciones que "algunos saltos y cosas por el estilo", informó un soldado; y no ayudó el hecho de que los comandantes ordenaran una inspección general, haciendo que los hombres tuvieran que "estar fuera seis horas bajo la fría lluvia." Con respecto a los minutos finales de la Gran Guerra, merece mencionarse una anécdota pintoresca, aunque pueda ser apócrifa. Poco antes de las 11 de la mañana, en algún lugar del frente occidental, un alemán empezó a disparar furiosamente su ametralladora. Precisamente a las 11 se detuvo, se levantó, se quitó el casco, hizo una reverencia y caminó en silencio hacia la retaguardia.[25]

[25] Persico, p. 378; Black y Boileau, pp. 374-76; Fussell, p. 196.

Capítulo 28
Revolución, contrarrevolución y reformas

> *La guerra, que se suponía que era un antídoto contra la revolución, en realidad produce la revolución. La revolución se ahoga en sangre en Alemania y Hungría, pero triunfa en Rusia a pesar de la oposición interna y la intervención extranjera. Y en muchos países de Europa Occidental la revolución sólo puede evitarse mediante la introducción de importantes reformas políticas y sociales, en otras palabras, mediante la intensificación de un proceso de democratización que se suponía había sido detenido o incluso hecho retroceder por la guerra ...*

En todos los países beligerantes, los cuatro largos años de guerra provocaron un alto grado de "pauperización" entre soldados y civiles, una situación propicia para la revolución. Pero que estallara o no una revolución dependía mucho de las condiciones locales específicas, como la rigidez (o flexibilidad) mostrada por la élite gobernante y el celo revolucionario de los socialistas y sindicalistas. Estos factores también determinaban si una revolución tenía éxito o no, o si las reformas democráticas serían suficientes para desplazar el cambio revolucionario. Examinemos brevemente lo ocurrido en los principales países.

El 27 de enero de 1918, un alto funcionario francés anotaba en su diario que "la lucha entre el pueblo y sus gobernantes" había producido "un nuevo desafío", a saber, que

> *el pueblo exige saber por qué sus gobernantes le obligan a luchar. Este deseo legítimo ha tardado cuatro años en aflorar. Ya ha logrado su objetivo en Rusia. Ahora alza su voz en Inglaterra. En Austria está empezando a estallar en . No sabemos cuán fuerte es en Alemania y Francia. Pero la*

guerra ha entrado en una nueva fase: un conflicto entre los pastores y sus rebaños. [1]

492

En todos los países beligerantes, el "rebaño" está muy cansado de la guerra, descontento, inquieto y rebelde, lo que hace temer a las autoridades que la situación degenere en una verdadera revolución, como en Rusia el año anterior. En Francia, y especialmente en París, las numerosas huelgas son motivo de gran preocupación. Suelen ser cortas, pero a menudo violentas, y en la mayoría de los casos los huelguistas consiguen sus reivindicaciones. Muchas huelgas fueron iniciadas por los sindicatos, y las reivindicaciones incluían no sólo salarios más altos, sino también el reconocimiento oficial de los sindicatos y la participación en la gestión de las empresas. Era evidente la intención de los trabajadores de lanzar una contraofensiva en la guerra de clases que se libraba desde 1914 y deshacer las conquistas que los empresarios habían conseguido gracias a la guerra y al sindicato sagrado. En este contexto, se dirigieron duras críticas al socialista Albert Thomas, defensor del *sacree sindicato* y de la colaboración de clases en tiempos de guerra, "un traidor que entregó el proletariado a los capitalistas". Los huelguistas tampoco ocultaban su odio a los especuladores de la guerra. Se expresaron abiertamente a favor de una revolución que era necesaria "para deshacerse, de una vez por todas, de los capitalistas y los militaristas."

Sin embargo, el modelo revolucionario que inspiró a la mayoría de los huelguistas franceses no fue la Revolución Rusa, sino la Revolución Francesa de 1789. Los obreros querían "un nuevo 89", una nueva edición de la "Gran Revolución" francesa. Así demostraron que, a pesar de todo, seguían siendo patriotas leales; eran simultáneamente revolucionarios y patriotas en la tradición jacobina de la República Francesa. Sus críticas a la guerra son contradictorias. Por un lado, declararon que los capitalistas de todos los países eran responsables de la guerra, se beneficiaban de ella y la prolongaban mientras "los proletarios tenían que soportar sus costes". Por otro lado, seguían dispuestos a contribuir a la salvación de la patria en una guerra contra Alemania que presumiblemente era puramente defensiva. Los huelguistas franceses (o al menos parisinos) de 1918 eran *defensistes,* "defensistas", y no "derrotistas" como Lenin y los bolcheviques en Rusia. La

[1] Englund, pp. 428-29.

predilección por la Revolución Francesa de 1789 en lugar de la Revolución Rusa de 1917 también puede entenderse a la luz del hecho de que en mientras tanto los bolcheviques se habían sentado a la mesa de negociaciones con los alemanes, lo que abría perspectivas siniestras para Francia y los demás aliados de Rusia. A pesar de ello, los huelguistas franceses fueron muy comedidos en sus críticas a los bolcheviques.[2]

493

Por eso no es de extrañar que el inicio de la ofensiva alemana de primavera pusiera fin a las huelgas que habían sacudido París durante los primeros meses del año. Los obreros "defensistas" no querían poner en peligro la defensa de la patria. Pero la patronal y el gobierno aprovecharon la ocasión para devolver el golpe. Numerosos dirigentes sindicales y socialistas radicales que habían desempeñado un papel activo en las huelgas fueron llamados a las armas y enviados al frente, lo que desencadenó una auténtica "masacre [*hecatombe*] de militantes". Algunos dirigentes sindicales fueron detenidos, se reforzó la censura, se cerraron periódicos, se prohibieron las reuniones públicas, etc. A causa de estas medidas, Clemenceau se convirtió en objeto del odio de los obreros franceses, que lo maldijeron como el "policía [*flic*] número uno de Francia", el "bastardo" (*salaud),* el "asesino del proletariado", etc.[3] Las huelgas se reanudaron poco a poco, sobre todo cuando la ofensiva alemana empezó a perder fuelle. Mayo fue testigo de una nueva oleada de huelgas en la capital, donde unos cien mil trabajadores dejaron sus herramientas entre el trece y el dieciocho del mes. Esta vez, las reivindicaciones incluían ante todo salarios más altos, pero también la jornada de ocho horas, la "semana inglesa" y complementos por horas extraordinarias, y en muchos casos las huelgas tuvieron éxito. Muchas huelgas en París también presentaban fuertes notas pacifistas, tipificadas por lemas como "¡Guerra a la guerra!" y "¡Viva la paz!". Muchas acciones sindicales duraron mucho tiempo, implicaron violencia, intervención de la policía y detenciones, lo que reflejaba "la intensidad del conflicto social en París", "un resurgimiento de la auténtica guerra de clases" y "el odio a los empresarios". En cualquier caso, el sindicato sagrado parecía ahora muerto y enterrado. Los huelguistas mostraron abiertamente su admiración por la Revolución Rusa

[2] Robert, pp. 12-13, 171-79,183, 186-90, 214-18, 289.
[3] Robert, pp. 208-12, 226-29; Hochschild, pp. 334-35.

y su simpatía por el movimiento revolucionario que estaba surgiendo en Austria-Hungría. Un huelguista preguntó en voz alta si "la clase obrera francesa, que tanto sufrió durante la guerra, ¿sería la única que permanecería inactiva?".[4]

La contradicción de las aspiraciones de la clase obrera francesa, que perseguía dos objetivos irreconciliables, a saber, un triunfo militar *a la* Clemenceau y una victoria social *a la* Lenin, llegó a su punto culminante durante los últimos meses de la guerra. La fiebre patriótica y la esperanza de una victoria militar aumentaron irresistiblemente, pero el pacifismo también siguió siendo una fuerza, así como "la idea de que sólo la burguesía tiene algo que ganar en esta guerra" y la esperanza de un cambio revolucionario. Cada vez más trabajadores temían que la victoria engendrara "una ola de chovinismo" y pudiera conducir a "un triunfo del imperialismo".[5] Sin embargo, desde el punto de vista de los empresarios y del gobierno, la situación era ambivalente y preocupante. Los obreros parecían dispuestos a apoyar el esfuerzo bélico y a contribuir a la victoria final, pero también expresaban cada vez más todo tipo de reivindicaciones extravagantes y muchos de ellos aspiraban obviamente a una revolución *a la rusa.*

494

El fin de la guerra contra Alemania, el 11 de noviembre de 1918, no significó el fin del conflicto de clases que asolaba la propia Francia. Un mes después del armisticio, el 12 de diciembre, los sindicatos del país presentaron colectivamente sus reivindicaciones: operar libremente en todas las empresas, negociar convenios colectivos, implantar la jornada de ocho horas y nacionalizar determinadas empresas. Desde finales de 1918 hasta finales de la primavera de 1919, París se vio inundada por un nuevo tsunami de paros, por ejemplo en el sector del transporte y en la gran fábrica de Renault situada en el suburbio de Boulogne-Billancourt. Además de aumentos salariales, también para las mujeres, los huelguistas exigían la jornada laboral de ocho horas junto con la "semana inglesa". Y no ocultaban su simpatía y admiración por la Revolución Rusa, expresada en eslóganes como "¡Vivan los soviets!" y "¡Viva Lenin!". Esto contrastaba notablemente con el desprecio que mostraban por su propio gobierno,

[4] Robert, pp. 269-74, 279-82; Rousseau (2006), pp. 108-09.
[5] Robert, pp. 253-56.

dirigido por su *bete noire,* Clemenceau, "el esbirro de los capitalistas". Los huelguistas parisinos le acusaban de ser un dictador y de dirigir un régimen burgués decadente y anticuado, condenado a ser sustituido pronto por un sistema de gobierno proletario como el que estaban forjando en Rusia los bolcheviques. Al menos algunos de los huelguistas, sobre todo los metalúrgicos, pretendían sin duda provocar una revolución. Si no consiguieron ese objetivo, fue porque la mayoría de los huelguistas y otros trabajadores no eran partidarios de una revolución, sino que se conformaban con resultados mucho menos radicales y "pragmáticos", como el aumento de los salarios. Además, las huelgas no estaban coordinadas ; lo que faltaba era una dirección central con un "impulso revolucionario", en otras palabras, un partido bolchevique francés y un Lenin galo. Otro obstáculo era el hecho de que las huelgas eran bastante numerosas en París y sus suburbios, pero relativamente escasas en el resto del país. Pero el factor que más contribuyó en última instancia a disipar el viento de las velas de los huelguistas parisinos fue una concesión espectacular anunciada por el gobierno de Clemenceau el 23 de abril de 1919, a saber, una ley que introducía la jornada laboral de ocho horas. La jornada de ocho horas era un objetivo antiguo, radical y muy popular del movimiento obrero. Ya figuraba en el programa de la Primera Internacional en la década de 1860, y antes de la guerra había constituido una de las reivindicaciones más ambiciosas de los sindicalistas y socialistas franceses.[6]

495

Al otro lado del Canal, 1917 había sido un año turbulento, socialmente hablando, como hemos visto. La élite británica había quedado traumatizada por el miedo al socialismo, al republicanismo y a la revolución. Había respondido con una represión despiadada de todo lo que oliera a revolución, con registros domiciliarios, censura y el uso de agentes provocadores. Pero la élite también creía que podía disipar las velas revolucionarias mediante reformas. A principios de 1918, el gobierno introdujo una serie de reformas políticas y sociales de gran calado democrático, precisamente el tipo de reformas que la élite esperaba evitar con la guerra. La principal iniciativa en este sentido fue la *Ley de Representación del* Pueblo de febrero de 1918, una ampliación del derecho

[6] Robert, pp. 12-13, 304-07, 309-13, 319-25, 328-29, 339-56, 399, 402; Dupeux, pp. 206-08.

de voto que hizo aumentar considerablemente el número de votantes, concretamente de 7,7 a 21,4 millones de personas. Esto se consiguió gracias a la eliminación de los requisitos de propiedad y a la concesión del voto a las mujeres, aunque sólo a las mayores de treinta años. El historiador británico Arthur Marwick ha dicho de esta ley que "llevó al país por primera vez a una aproximación a la democracia en sentido formal". Ciertamente, la ley no era democrática al cien por cien; no introducía un sistema de sufragio universal con "un hombre [o una mujer], un voto", sino que mantenía una forma de sufragio plural. El 7% de la población británica tenía más de un voto, y no es de extrañar que se tratara de miembros de la élite; por ejemplo, hombres de negocios cuyas empresas tenían plantas en más de una circunscripción. La urgente necesidad de reducir la tensión social en el país y desterrar así la amenaza revolucionaria también hizo que la élite británica presionara al Estado para que introdujera una "legislación social colectivista en favor de los sectores más bajos de la comunidad", especialmente en forma de una serie de leyes que regulaban la educación, la sanidad pública y la vivienda.[7] Es prácticamente seguro que ninguna de estas reformas democráticas habría visto la luz si la guerra, o más bien la Revolución Rusa provocada por la guerra, no hubiera despertado un miedo abyecto a la revolución en la élite británica.

496

No obstante, persistió en el país una especie de situación cuasi-revolucionaria. A lo largo de 1918 continuaron las huelgas y manifestaciones, por ejemplo en enero y en julio-agosto en Londres, Manchester y otros lugares. En total, en 1918 se perderían cerca de seis millones de jornadas laborales a causa de las acciones sindicales. Las autoridades estaban especialmente alarmadas porque muchas huelgas afectaban a las fábricas de municiones, y porque a finales de agosto incluso la policía londinense se negó a trabajar. El hecho de que los huelguistas ondearan a menudo banderas rojas convenció a algunos de que Albion estaba madura para una revolución bolchevique. "Hoy estamos más amenazados por el bolchevismo que por los *boches",* declaró un general. A pesar de la ofensiva alemana, el gobierno mantuvo un millón y medio de soldados en el país para poder mantener el orden en caso de problemas graves, y se prepararon listas de socialistas que debían ser arrestados. Se

[7] Marwick, p. 109-10, 120-21; Ferguson, p. 396.

creía que la influencia de la Revolución Rusa —la "bolchevización", como se la llamaba a veces— estaba infectando no sólo a los trabajadores del país, sino también a los soldados del frente. En octubre de 1918, algunos soldados australianos se amotinaron en Flandes. Y en los puertos del Canal de Folkestone y Calais, puntos de tránsito de innumerables hombres en su camino hacia o desde el frente, los Tommies mostraron una inquietante falta de respeto por sus superiores; por ejemplo, retirando los carteles de "Sólo para oficiales" de las salas de espera de las estaciones de tren. Era evidente que los soldados británicos estaban hartos, no sólo de la guerra, sino también de las tradicionales relaciones de clase que imperaban en su país y en su ejército.

El gobierno de Lloyd George aprovechó el armisticio del 11 de noviembre para organizar nuevas elecciones. Como era de esperar, la euforia generada por la victoria permitió a su coalición liberal-conservadora triunfar el día de las elecciones, el 14 de diciembre de 1918. El armisticio había puesto fin a la guerra "vertical" que había enfrentado a Gran Bretaña con Alemania, pero no a la guerra "horizontal" que hacía estragos entre las clases dentro del país, y el éxito electoral de Lloyd George no puso fin al malestar social. En 1918, se habían perdido seis millones de jornadas laborales debido a las huelgas, pero en 1919 esta cifra se dispararía hasta los treinta y cinco millones, y las huelgas implicarían nada menos que a 2,4 millones de trabajadores británicos. Fue sobre todo a principios del año 1919 cuando la revolución social estaba en el aire. Hacia finales de enero, las huelgas de Glasgow y Belfast fueron acompañadas de manifestaciones masivas con banderas rojas omnipresentes, y protagonizadas por disturbios en las calles y la intervención de soldados armados hasta los dientes, que incluso se presentaron en tanques. Los huelguistas describieron sus acciones como una "revolución socialista", y un portavoz de las autoridades afirmó que se enfrentaban a una "insurrección bolchevique". Lloyd George llegó a considerar la posibilidad de utilizar la fuerza aérea para bombardear las ciudades rebeldes de Glasgow, Liverpool y Manchester. Pero el gobierno también tenía motivos para temer que las tropas se negaran a reprimir a los huelguistas y manifestantes. En enero de 1919, en Folkestone y Calais, una multitud de unos diez mil soldados exigió ser desmovilizada inmediatamente y se crearon consejos de soldados. El 13 de enero, los marineros amotinados del HMS *Kilbride* de la Royal Navy izan la bandera roja.

Lloyd George encontró finalmente una solución. Negoció con los dirigentes sindicales reformistas, es decir, no revolucionarios, haciendo una serie de concesiones importantes. Y los empresarios, igualmente desesperados por evitar la revolución, aceptaron subir los salarios. La fiebre revolucionaria empezó así a declinar. Aun así, la paz social no volvería al país hasta finales de 1919. En cualquier caso, puede decirse que en 1918-1919 Gran Bretaña se tambaleó al borde del abismo revolucionario. Si no llegó a una revolución real, no fue ciertamente por falta de revolucionarios, porque muchos civiles y soldados británicos estaban en un estado de ánimo genuinamente revolucionario; fue porque la gran mayoría del Partido Laborista, la mayoría de los otros partidos socialistas y, sobre todo, los sindicatos, no eran revolucionarios en absoluto y, de hecho, eran tan hostiles a la revolución social como el propio Lloyd George. Gabriel Kolko ha observado en este contexto que en Rusia las masas populares querían cambios radicales e incluso revolucionarios y los bolcheviques proporcionaron la oferta que satisfacía esta demanda, mientras que en otros lugares las fuerzas de la izquierda se mostraron incapaces o poco dispuestas a aprovechar la oportunidad histórica única para la revolución que supuso la guerra.[8]

En cualquier caso, las reformas resultantes de esta situación cuasi revolucionaria mejoraron claramente la suerte de los estratos más bajos de la población británica en comparación con la época anterior a la guerra. La desigualdad social ciertamente no desapareció, pero se hizo menos grande y menos "visible". Los trabajadores disfrutaron en adelante de salarios más altos, jornadas laborales más cortas, mejores condiciones de trabajo y ventajas modestas pero importantes de otras formas de legislación social. Todas estas cosas buenas se las debían a la guerra, al menos según historiadores como Arthur Marwick. En realidad, debían estas mejoras a la revolución que había triunfado en Rusia y amenazaba con estallar en Gran Bretaña. Las clases bajas británicas debían estas mejoras más a Lenin y a los bolcheviques que a Lloyd George, al Partido Laborista británico o a los sindicatos.[9]

---

[8] Hastings, p. 414; Hochschild, p. 352; Marwick, pp. 144-53; Childs, pp. 1-2; Kolko (1994), p. 178.

[9] Marwick, pp. 169-72.

En la propia Gran Bretaña, la revolución pudo evitarse gracias a la apresurada introducción de reformas. Sin embargo, en la mayoría de las posesiones de ultramar del Imperio Británico, la élite recurrió a la represión para ahuyentar el espectro de la revolución, ya fuera de tipo social o nacional. En Irlanda, por ejemplo, los nacionalistas, que en 1919 proclamaron la República Irlandesa, fueron combatidos sin piedad por medio de una milicia terrorista conocida como los Black and Tans, de la que Churchill fue uno de los padrinos. Pero esta batalla de retaguardia acabó en fracaso, porque en 1921 Londres se vio obligado a reconocer la independencia de Irlanda, aunque la parte nororiental de la isla, hoy conocida como Irlanda del Norte, iba a seguir siendo británica en contra de la voluntad de la mayoría de su población, pero en beneficio de una minoría, los

élite angloirlandesa. También en la India, Londres recurrió a la violencia para frenar la creciente demanda de independencia, como demuestran baños de sangre como la infame masacre de Amritsar del 13 de abril de 1919. Pero la represión volvió a resultar contraproducente, porque persuadió a innumerables indios de que la búsqueda no violenta de alguna forma de autonomía era infructuosa y que la salvación sólo podía venir de una lucha revolucionaria por la independencia total. Lograrían su objetivo después de la Segunda Guerra Mundial.[10]

En Alemania, la situación de la población en 1918 era sencillamente catastrófica. Los civiles pasaban hambre y la malnutrición provocaba enfermedades y altas tasas de mortalidad, especialmente entre los niños, los ancianos y las mujeres. Se calcula que durante la Gran Guerra murieron no menos de 762.000 alemanes por desnutrición y enfermedades asociadas. La más infame y mortífera de estas enfermedades fue, por supuesto, la "gripe española", que se cree causó la muerte de entre veinte y cien millones de víctimas en todo el mundo entre 1918 y 1919, incluidos cuatrocientos mil alemanes en 1918. (Allí la enfermedad se llamó originalmente "gripe flamenca", sin duda porque había sido llevada a Alemania por soldados que volvían a casa del frente en Flandes.[11]) Este macabro contexto de miseria y muerte fue testigo de la intensificación de una polarización que ya se había hecho visible en 1917, a saber, la

[10] Losurdo (2010) y (2013a), passim.
[11] Englund, p.471; Mueller y Mueller.

existente entre los pacifistas, con sus aspiraciones democráticas, radicales e incluso revolucionarias, y *los jusqu'au-boutistes*, con sus convicciones conservadoras, autoritarias y militaristas. En 1918, los primeros estaban en alza, porque la gran mayoría del pueblo quería la paz incluso sin conquistas para Alemania y también estaba a favor de reformas políticas y sociales, así como de cambios radicales e incluso revolucionarios como los formulados por los líderes del USPD y su ala radical, los espartaquistas.[12] Ya en enero de 1918 estallaron huelgas masivas en Berlín, y las reivindicaciones de los huelguistas incluían una mejor alimentación, reformas democráticas y el fin de la guerra. Tras el fiasco de la ofensiva de Ludendorff en el verano de 1918, se desarrolló una situación revolucionaria en Alemania. Alcanzó su punto álgido a finales de octubre y principios de noviembre, cuando los marineros se amotinaron en Wilhelmshaven y Kiel e instalaron "consejos" de soldados (*Rate*) siguiendo el modelo de los soviets rusos, mientras muchos obreros ocupaban fábricas. Ludendorff se vio más o menos obligado a dimitir y huyó al extranjero. El propio Kaiser abdicó y partió el 10 de noviembre hacia el exilio en los Países Bajos. Las demás cabezas coronadas de Alemania, por ejemplo el rey de Baviera, también abandonaron sus tronos. Guillermo II era uno de los más destacados monarcas europeos (y aristócratas en general) que, en 1914, habían deseado la guerra y esperaban de ella cosas maravillosas, ante todo una especie de retorno a los "buenos viejos tiempos" anteriores a 1789. Cuando, en el balneario belga de Spa, subió al tren que le llevaría al exilio en Holanda, refunfuñó: "Dios mío, ¿quién iba a pensar que esto acabaría así?". ¿De quién fue la culpa? El Kaiser respondió inmediatamente a esa pregunta: "El pueblo alemán no es más que una panda de cerdos".[13]

El alto mando del ejército, uno de los bastiones de la élite alemana, buscó entonces la manera de cortar de raíz la revolución. Y para este propósito, , los generales encontraron socios ansiosos en los líderes del SPD. Estos últimos, reformistas desde hacía mucho tiempo, ya se habían distanciado de los bolcheviques en Rusia y aborrecían la revolución. De los "oligarcas" del SPD, los generales obtuvieron *carta* blanca para sofocar la revolución, aunque ello supusiera derramar sangre proletaria. A cambio, los generales permitieron a los dirigentes del SPD dotar a Alemania de un

[12] Kolko (1994), p. 146-148.
[13] Schmidt-Klingenberg, p. 146.

sistema político democrático e introducir también reformas sociales. Tal era la esencia del acuerdo Ebert-Groener, llamado así por el jefe del SPD Friedrich Ebert y el general Wilhelm Groener, que había sustituido a Ludendorff al frente del ejército.

500

El tipo de república democrática —democrática en el sentido liberal-burgués— que el SPD quería y los generales detestaban pero estaban dispuestos a tolerar, fue proclamada el 9 de noviembre desde un balcón del Reichstag por el socialdemócrata Philipp Scheidemann. (La constitución de esta república se promulgaría en agosto de 1919, en la ciudad de Weimar, por lo que Alemania pasaría a ser conocida como la República de Weimar). Sin embargo, unas horas más tarde ese mismo día, Karl Liebknecht, desde un balcón del antiguo palacio imperial, proclamó que Alemania era en adelante una "república socialista libre". Lo que él y los demás espartaquistas tenían en mente era una república de tipo soviético, inspirada en el modelo bolchevique. En diciembre de 1918, el grupo espartaquista, ahora conocido como Liga Espartaquista, se metamorfosearía en el Partido Comunista de Alemania. Y en enero de 1919 llegaría a una insurrección espartaquista contra la república liberal-democrática instaurada por el SPD con el apoyo del ejército. Para sofocar esta rebelión, Groener y Ebert apenas podían contar con las unidades regulares del ejército; muchas de ellas habían sido disueltas porque innumerables soldados estaban a favor de la revolución. Por ello, los generales crearon unidades de voluntarios, reclutados entre oficiales y "soldados de élite del frente", a menudo tropas de asalto, pero también estudiantes universitarios nacionalistas y otros voluntarios. Fueron estos "cuerpos libres" proto-nazis los que sofocarían con sangre las revoluciones de Berlín, Munich y otros lugares; por ejemplo, asesinando brutalmente a Liebknecht y Luxemburg en enero de 1919.[14] Pero el drama de la revolución en Berlín en enero de 1919, y de su sangrienta represión, también demuestra que el impulso revolucionario en Alemania ya se había disipado en su mayor parte. La razón principal fue la actitud del SPD, que consiguió conservar la lealtad de la mayoría de los obreros y soldados. El SPD les persuadió para que siguieran a Ebert y sus consortes por el camino de la reforma democrática en lugar de optar por la revolución. Los consejos

[14] Sohn-Rethel, pp. 152-53; Stone y Kuznick, p. 33.

revolucionarios desaparecieron de la escena tan rápido como habían aparecido, y los socialistas auténticamente revolucionarios se quedaron atrás como minoría, para ser borrados con bastante facilidad por freecorps fuertemente armados.[15]

501

En Alemania, la revolución fue brutalmente reprimida, pero el sistema democrático liberal burgués que surgió tras la Gran Guerra, la República de Weimar, representó un gran paso adelante en comparación con el imperio anterior a 1914. La "nueva" Alemania se reveló como uno de los países más democráticos de Europa, no sólo con el sufragio universal, sino también con la representación proporcional, la responsabilidad de los ministros ante el poder legislativo y una impresionante serie de logros sociales (como la jornada laboral de ocho horas). Nunca antes la plebe alemana había progresado tanto política y socialmente, nunca antes había alcanzado un grado de emancipación tan impresionante. Desgraciadamente, el acuerdo Ebert-Groener, que había permitido domar a la bestia de la revolución, significaba también que el ejército seguía siendo un bastión de la nobleza terrateniente y que otros centros neurálgicos de poder e influencia, como la burocracia estatal, la judicatura y las universidades, permanecían a buen recaudo en manos de la élite tradicional. Así pues, la élite del país seguía siendo extremadamente poderosa; y seguía despreciando la democracia, incluido el "sistema de Weimar" democrático. La élite había contribuido a instaurar ese sistema democrático, pero sin el menor entusiasmo; sólo lo había hecho para evitar una alternativa revolucionaria al estilo ruso. Una vez evaporada la amenaza revolucionaria, buscó la oportunidad de reintroducir un sistema autoritario como el de los "buenos viejos tiempos" de la *Kaiserzeit,* la "era del emperador". Lograría ese objetivo en 1933, cuando Hitler destruiría la República de Weimar.[16]

En 1918, el antes poderoso y glorioso Imperio de los Habsburgo también fue víctima de disturbios, revueltas, rebeliones, motines y otros problemas causados por una guerra que la élite del imperio había querido y desencadenado. El año ya había empezado mal, concretamente con un motín de los marineros de unos cuarenta navíos anclados en la bahía de Cattaro (Kotor), situada en la costa adriática del actual Montenegro. Entre

[15] Kolko (1994), pp. 148-56.
[16] Ferguson, pp. 421-25.

las causas figuraban la mala alimentación, una disciplina férrea y a menudo absurda y, como era de esperar, el ejemplo de la Revolución Rusa. Los amotinados exigían no sólo un trato mejor, sino también la paz y cambios políticos en sentido democrático. Con la ayuda de tropas leales, las autoridades recuperaron el control de la situación al cabo de unos días, y se impusieron duras sanciones, incluidas cuatro ejecuciones. Sin embargo, poco después de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, los problemas se agravaron aún más cuando numerosos checos, croatas y otros miembros de las minorías étnicas decidieron volver a casa e, influidos por el ejemplo de los bolcheviques rusos, exigieron la paz además de cambios revolucionarios. Croacia, que había mostrado un gran entusiasmo pro-Habsburgo y pro-guerra en 1914, se metamorfoseó cada vez más en un hervidero de descontento potencialmente revolucionario. Los croatas no sólo querían la separación de Austria-Hungría para unirse a Serbia en un nuevo estado eslavo del sur, que se conocería como Yugoslavia, sino que también pretendían reformas sociales radicales, como la redistribución de la tierra a expensas de los grandes terratenientes. En los campamentos militares de Mostar y otros lugares estallaron rebeliones, y en el campo los campesinos saquearon las fincas de los terratenientes aristocráticos. En otoño, los soldados croatas en el frente de Italia se amotinaron. El emperador Carlos I, que había sucedido a Francisco José en 1916, confiaba en que aún sería posible mantener unido su imperio introduciendo reformas que concedieran cierta autonomía a las diversas minorías étnicas. Esta fórmula se ajustaba a uno de los Catorce Puntos de Wilson, el principio de autodeterminación de los pueblos. Carlos podía esperar que su plan fuera aceptable para los Aliados, pero éstos dejaron claro que no se conformarían con nada menos que la independencia total de checos, croatas, etc. A finales de octubre, París, Londres y Washington ya habían reconocido gobiernos provisionales para Checoslovaquia y Yugoslavia. El 29 de octubre, el parlamento croata proclamó la independencia del país y su decisión de unirse al nuevo "Estado de eslovenos, croatas y serbios", que a su vez se fusionaría con el Reino de Serbia el 4 de diciembre de 1918 para formar el Reino de serbios, croatas y eslovenos. Además, el 31 de octubre, durante la llamada "Revolución del Crisantemo" en Budapest, Hungría declaró su propia independencia para convertirse en una república democrática dirigida por un socialdemócrata, Mihaly Karolyi; este *hecho consumado* fue reconocido el mismo día por Carlos. Lo único que quedaba

entonces del Imperio de los Habsburgo era el corazón germanófono, Austria, cuna de la dinastía. El 11 de noviembre de 1918, el día de la capitulación alemana, Carlos emitió un ambiguo manifiesto que no pretendía ser una decisión de abdicar, pero que sin duda se interpretó así, con el resultado imprevisto de que al día siguiente se proclamó la República Austriaca. El ahora ex emperador permaneció en el país unos días más, sin conseguir nada, y acabaría marchándose al exilio en Suiza el 23 de marzo de 1919.[17] En 1914, el Imperio de los Habsburgo había ido a la guerra frívolamente, con la esperanza de domar el nacionalismo de sus minorías étnicas y evitar revoluciones sociales y nacionales, así como otros cambios políticos y sociales radicales. Cuatro años de guerra trajeron precisamente el resultado contrario: el imperio cayó, y en el corazón austriaco de habla alemana, al igual que en Alemania, estalló una revolución que produjo una democracia liberal burguesa dirigida por los socialdemócratas. En un principio se pretendía que este pequeño nuevo Estado, llamado provisionalmente "Austria alemana", se uniera a la nueva república alemana, pero esta fórmula no convenía a los intereses de los Aliados vencedores, que preferían una Austria independiente y vetaron la unión con Alemania.

503

En Viena, posiblemente habrían seguido el ejemplo ruso en lugar del alemán, proclamando una república de tipo soviético, pero nunca se llegó a eso. De hecho, en 1919 se crearía una república soviética en Hungría, pero sólo duraría del 21 de marzo al 1 de agosto. Su líder era Bela Kun, una especie de Lenin húngaro. Al igual que la Rusia bolchevique, la Hungría de Bela Kun se vio envuelta en una guerra civil que fue objeto de intervención extranjera, concretamente cuando fue invadida por tropas de Rumanía, Checoslovaquia y Yugoslavia, países que codiciaban grandes porciones del territorio húngaro. Los restos apresuradamente reorganizados del ejército húngaro, dirigidos por el almirante Miklos Horthy —que había asumido el mando de la armada austrohúngara tras el motín de Kotor— aprovecharían la ocasión para derrocar a Kun e instaurar un régimen con Horthy como dictador. Pero su título oficial era el de "regente", porque los líderes conservadores del ejército, representantes del *ancien régime,* consideraban que una república era una forma de gobierno excesivamente democrática.

[17] Newman, pp. 143-47.

Volvieron a convertir el país en una monarquía, aunque sólo fuera en teoría.

Cuando la guerra llegó a su fin, Italia también se encontró en una situación política y social crítica. También allí había terminado la guerra "vertical" contra los enemigos extranjeros, pero la guerra "horizontal" seguía sin cesar. En Italia, el Moloch de la guerra había exigido el sacrificio de más de un millón de víctimas , supuestamente 680.000 soldados y aproximadamente 700.000 civiles. Había arruinado la economía, provocado la inflación y hundido los salarios de los obreros industriales y agrícolas. Los proletarios se sentían miserables y descontentos, y respondieron con protestas, manifestaciones, disturbios y huelgas. Decenas de miles de hombres engrosaron las filas de los sindicatos y de un partido socialista que seguía siendo revolucionario en teoría, aunque cada vez más de sus dirigentes habían abrazado el reformismo. La élite del país y el gobierno, monopolizado por la élite, empezaron a temer por una revolución al estilo ruso. Al igual que la élite británica en circunstancias muy similares, reaccionó haciendo importantes concesiones. En un abrir y cerrar de ojos llegaron todo tipo de reformas políticas y sociales, incluido un sistema electoral con representación proporcional y la jornada laboral de ocho horas, y se prometió una importante redistribución de la tierra. Los salarios aumentaron y, entre 1918 y 1921, los salarios reales de los trabajadores industriales se duplicaron. El odio del pueblo al orden establecido era grande, y durante el *biennio rosso,* los "dos años rojos" de 1919 y 1920, un Lenin italiano podría haber aprovechado la oportunidad para desencadenar una revolución; sin embargo, en esta coyuntura crítica los dirigentes del partido socialista no estuvieron a la altura de las circunstancias. Se conformaron con las reformas y esperaron —en vano, como resultó— una oportunidad para llegar al poder legalmente antes de iniciar una acción genuinamente revolucionaria.[18]

504

En cuanto a Bélgica, el gobierno en el exilio y el rey Alberto se preocupaban por la situación de un país que, en otoño de 1918, estaba a punto de ser liberado por sus tropas. El rey Alberto se inquietaba por la

[18] Kolko (1994), pp. 161-65; Piper, pp. 311-12; Feldbauer (2008a), pp. 80-83; Rousseau (2006), p. 112. Para una excelente historia breve del *biennio rosso*, los "dos años rojos" de Italia (1919— 1920), véase el libro de Paleni.

posibilidad de una revolución, ya que en Bruselas había surgido una situación revolucionaria cuando los soldados de las fuerzas de ocupación alemanas empezaron a crear consejos al estilo soviético y a confraternizar con los civiles belgas en una "atmósfera hirviente y rebelde". En Rusia y en otros lugares, las coronas reales rodaban por las cunetas, y "en toda Europa los gobernantes perdían crédito entre la sufrida población". Era evidente que se requerían considerables reformas políticas y sociales para evitar lo peor. De repente, la élite belga se reveló dispuesta a introducir el tipo de reformas democráticas —incluido el sufragio universal sobre la base de "un hombre, un voto"— que en 1914 había esperado evitar gracias a la guerra. Fueron políticos socialistas, "personalidades con las que se podía discutir, ciertamente no revolucionarios... muy comprometidos con la preservación del orden social", los que tuvieron esta idea, escribe el historiador belga de Schaepdrijver. (Como aquellos socialistas creían, al igual que sus colegas liberales, que las mujeres tenderían a votar al partido católico, se decidió dar el voto sólo a los hombres mayores de la edad presumiblemente madura de veintiún años). Esta innovación democrática se adoptó sin la teóricamente necesaria enmienda constitucional. También se logró de una manera muy poco democrática, a saber, durante una reunión en un castillo de la aldea de Loppem, escondida en el campo cerca de Brujas, lejos de la "multitud enloquecida" de Bruselas, durante una reunión de una "compañía muy selecta", a saber, el propio rey, sus asesores y un puñado de políticos. Un nuevo gobierno "de unidad nacional", que ahora incluía a socialistas (de la variedad reformista, naturalmente), sustituyó al gobierno que había pasado la guerra en el exilio en Le Havre. Las primeras elecciones basadas en la nueva ley electoral se celebran en noviembre de 1919 y dan la victoria a los socialistas, que se convierten así en el segundo partido del país y pasan a formar parte regularmente de los gobiernos del país, normalmente coaligados. Tras el armisticio del 11 de noviembre, la situación social y política siguió siendo inestable durante bastante tiempo, y en 1919 una nueva oleada de huelgas barrió el país. Por ello se consideró necesario complementar la democratización política, es decir, las reformas electorales, con concesiones de carácter social, por ejemplo aumentos salariales, un salario mínimo, jornadas laborales más cortas, un seguro de enfermedad más eficaz, mejores pensiones y, sobre todo, la jornada de ocho horas. Al mismo tiempo, se gravaron con impuestos más altos las rentas altas, las herencias y, sobre todo, los beneficios de la guerra. Esta

notable dosis de democratización benefició a las organizaciones que se sabía las favorecían y se atribuían su mérito, a saber, el partido socialista y los sindicatos. La afiliación sindical aumentó considerablemente en los años posteriores a la guerra, y el partido socialista pronto tuvo el doble de afiliados que en 1914. El partido socialista se hizo respetable e influyente de un modo inimaginable antes de la guerra, pero también se integró más que nunca en la edición "nueva y mejorada" del orden establecido. En 1914, la élite liberal y católica —u "oligarquía", como la llama de Schaepdrijver— había albergado expectativas muy distintas de la guerra, y sus elementos más conservadores no estaban nada contentos con el "golpe de Estado de Loppem" y las reformas allí concebidas. Pero las cosas podrían haber sido mucho peores. En toda Europa, 1918 y los años siguientes fueron testigos de cómo la "bolchevización" se abría paso en todas partes bajo la influencia de la revolución rusa.

506

Revolución, que hizo temblar a la élite belga. La élite se había visto obligada a conceder una generosa dosis de democratización, y lo había hecho a regañadientes, pero podía vivir con las consecuencias, algo que no podía decirse de la opción bolchevique. Para los defensores del viejo orden, que temían, aunque sólo fuera momentáneamente, que el fin estaba cerca, "cualquier cosa era mejor que el bolchevismo", como ha escrito Eric Hobsbawm en este contexto.[19]

También en países neutrales como Suiza y los Países Bajos, la Gran Guerra había constituido una magnífica oportunidad para que la élite —los agrarios terratenientes y la burguesía industrial-financiera— se enriqueciera, por ejemplo suministrando alimentos o armas a los vecinos beligerantes. A la inversa, también allí los proletarios vivieron tiempos difíciles porque los salarios bajaron mientras los precios subían, y se volvieron cada vez más amargados, sediciosos e impacientes por reformas democráticas radicales. También allí "la lucha de clases se intensificó gradualmente" en el curso de la guerra, llevando a una situación cuasi-revolucionaria a finales de 1918 y principios de 1919. Esta evolución se caracterizó por huelgas masivas (¡incluso de los empleados de los bancos de Zúrich!), manifestaciones, revueltas por la comida, etc. En Suiza, los socialistas y los dirigentes sindicales ya habían creado a finales de 1917 un

[19] De Schaepdrijver, pp. 237-38, 289-90, 299-300; Hobsbawm (1994), pp. 331-32.

comité de acción conjunta en la ciudad de Olten, que fue denunciado por la élite como el "soviet de Olten". En otoño de 1918 incluso amenazó con estallar una revolución y/o una guerra civil como consecuencia de una huelga general. La clase dirigente helvética coqueteó brevemente con la idea de restablecer el orden estableciendo una dictadura militar, pero finalmente optó por apaciguar la situación mediante reformas políticas y sociales introducidas a toda prisa. En los Países Bajos, la burguesía también se ve acechada por el fantasma de la revolución y, en noviembre de 1918, las tropas están preparadas para intervenir contra los numerosos huelguistas y manifestantes. También en Holanda la paz social sólo volvería tras la introducción de reformas como la jornada laboral de ocho horas.[20]

En 1918 y 1919, el temor a una revolución al estilo ruso también aterrorizaba a las élites del otro lado del Atlántico. En Estados Unidos, la guerra había provocado el descontento de innumerables personas; no sólo querían la paz, sino también más democracia, no sólo política, sino también socioeconómica. Los salarios reales de los obreros industriales seguían siendo muy bajos, y en las fábricas las mujeres y los hombres tenían que trabajar a menudo doce e incluso catorce horas al día, y seis o incluso siete días a la semana; la seguridad en el trabajo era prácticamente inexistente y ninguna ley había cuestionado aún el hecho de que más de dos millones de niños trabajaran en las fábricas. Los socialistas y los sindicatos tenían muchos seguidores, pero las autoridades habían aprovechado la guerra para combatir al movimiento obrero mediante una legislación extremadamente represiva. Como subraya Michael Parenti, la guerra también fue útil a la élite porque "centró la atención de la gente en la amenaza de los 'hunos bárbaros' de Alemania, que supuestamente amenazaban la civilización angloamericana".[21]

507

Muchos estadounidenses sintieron simpatía y admiración por la Revolución Rusa y sus objetivos igualitarios. Incluso miembros de la clase media reaccionaron positivamente; por ejemplo, el escritor Lincoln Steffens y el periodista John Reed con su famoso libro *Diez días que conmovieron al mundo.* Por otra parte, la clase dirigente estadounidense aborrecía la

[20] Zimmermann.
[21] Parenti (1995), pp. 68-69.

Revolución Rusa y temía que el fuego revolucionario se propagara a Estados Unidos. "Lenin y Trotsky están en camino", proclamaba un titular de *The Wall Street Journal, que* por aquel entonces ya era el portavoz reaccionario de la industria y las finanzas del país. El presidente Wilson no estaba dispuesto a hacer concesiones. Al contrario: utilizó e incluso abusó de las leyes represivas que había introducido anteriormente para intervenir sin piedad contra todo lo que oliera a bolchevismo. Así se llegó en Estados Unidos al infame Terror Rojo, que supuso una forma extremadamente brutal de tratar no sólo a los simpatizantes del bolchevismo, sino también a los socialistas moderados, otros disidentes, anarquistas, sindicalistas y similares. Pero el malestar social no remitió, y cientos de miles, incluso millones de trabajadores fueron a la huelga, y en las elecciones locales los candidatos socialistas siguieron cosechando éxitos. La élite estadounidense seguiría teniendo "miedo al rojo". (La evolución posterior de esta situación, en el contexto de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, se explica en mi libro *El mito de la buena guerra*). [22]

508

El malestar afectó también al vecino Canadá, donde culminó en una gran huelga en Winnipeg en junio de 1919.[23] Y tuvo un gran impacto en América Latina , caracterizada desde la llegada de los conquistadores españoles por flagrantes contradicciones de clase y horribles problemas sociales. En enero de 1919, Argentina vivió una "semana trágica" de huelgas y manifestaciones que fueron reprimidas por la policía y el ejército de forma particularmente brutal y sangrienta. Las autoridades culparon de los problemas a una "conspiración bolchevique". La represión fue acompañada de pogromos, porque también aquí había muchos que identificaban el bolchevismo —y el marxismo y el socialismo en general— con el judaísmo en el contexto de la teoría del "judeo-bolchevismo". En el vecino Chile estallaron no menos de 229 huelgas entre 1917 y 1921, de las cuales casi 100 sólo en 1919. La pequeña ciudad de Puerto Natales, situada en la remota Patagonia, fue tomada temporalmente por trabajadores en huelga y en protesta; el ejército intervino, "restableció el orden", como se suele decir, y ejecutó a algunos líderes de la rebelión. México, Cuba y Colombia se vieron igualmente sacudidos por manifestaciones, disturbios y

[22] Parenti (1995), pp. 68-69; Pauwels (2015), pp. 42-44; Stone y Kuznick, pp. 16, 34-35.
[23] Careless, p. 358.

paros laborales. Las élites reaccionaron en todas partes con la sangrienta represión habitual. Pero también en América Latina, "sectores de las oligarquías tradicionales" optaron sabiamente por intentar apaciguar la situación potencialmente revolucionaria mediante concesiones, en este caso en forma de modestas reformas democráticas de carácter tanto social como político. Así, en países como Chile, a principios de la década de 1920 se introdujeron menos horas de trabajo, pensiones, vacaciones pagadas y otros beneficios sociales, y era obvio que con ello se pretendía "evitar el malestar entre los trabajadores" y "cooptar a la mano de obra en el sistema político". Por estas mejoras en la miserable suerte de la clase obrera latinoamericana, Lenin y los bolcheviques merecen mucho crédito. Se reconoce generalmente que, a partir de 1917, su ejemplo y su influencia transformaron a los proletarios tradicionalmente dóciles que vivían entre el Río Grande y el Cabo de Hornos en una hueste combativa que intimidó a la elite y la obligó a hacer concesiones antes impensables.[24]

En toda Europa, la guerra había provocado una situación potencialmente revolucionaria ya en 1917. En los países donde las autoridades seguían representando a la élite tradicional, exactamente igual que en 1914, intentaron impedir la realización de este potencial mediante la represión, las concesiones o ambas cosas. Pero en el caso de Rusia, la revolución no sólo estalló sino que triunfó, y los bolcheviques comenzaron a trabajar en la construcción de la primera sociedad socialista del mundo. Fue un experimento por el que las élites de los demás países no sintieron simpatía alguna; al contrario, esperaban fervientemente que acabara pronto en un funesto fiasco. (También era un experimento revolucionario que decepcionaría a numerosos simpatizantes porque la utopía socialista no logró brotar entera, como Atenea, de la frente del Zeus revolucionario ruso). En los círculos elitistas de Londres, París y otros lugares, estaban convencidos de la ineluctabilidad del fracaso del audaz experimento de los bolcheviques pero, para estar seguros, se decidió enviar tropas a Rusia para apoyar a los contrarrevolucionarios "blancos" contra los "rojos" bolcheviques en un conflicto que se convertiría en una gran, larga y sangrienta guerra civil.

[24] Bethell, pp. 357-60; Williamson, p. 317.

Una primera oleada de tropas aliadas llegó a Rusia en abril de 1918, cuando soldados británicos y japoneses desembarcaron en Vladivostok. Establecieron contacto con los "blancos", que ya estaban inmersos en una guerra total contra los bolcheviques. En total, sólo los británicos enviarían 40.000 hombres a Rusia. En la misma primavera de 1918, Churchill, entonces ministro de la Guerra, envió también un cuerpo expedicionario a Murmansk, en el norte de Rusia, para apoyar a las tropas del general "blanco" Kolchak, con la esperanza de que ello contribuyera a sustituir a los gobernantes bolcheviques por un gobierno amigo de Gran Bretaña. Otros países enviaron contingentes más pequeños de soldados, entre ellos Francia, Estados Unidos (15.000 hombres), Japón, Italia, Rumania, Serbia y Grecia. Utilizando prisioneros de guerra y desertores checos, los rusos zaristas habían constituido una Legión Checa de entre 30.000 y 40.000 hombres para luchar contra los austrohúngaros durante la Gran Guerra, pero tras el Tratado de Brest-Litovsk, esta fuerza se quedó en Rusia y también luchó contra los "rojos" en el bando de los "blancos". En algunos casos, las tropas aliadas participaron en la lucha contra los alemanes y los otomanos en las fronteras rusas, pero estaba claro que no habían venido con ese propósito, sino para derrocar el régimen bolchevique y "estrangular al bebé bolchevique en su cuna", como dijo Churchill con tanta delicadeza. Los británicos, en particular, también esperaban que su presencia permitiera embolsarse algunos atractivos trozos de territorio de un Estado ruso que parecía desmoronarse, al igual que el Imperio Otomano. Esto explica por qué una unidad británica marchó desde Mesopotamia hasta las orillas del mar Caspio, concretamente a las regiones ricas en petróleo alrededor de Bakú, capital del moderno Azerbaiyán.[25] Al igual que la propia Gran Guerra, la intervención aliada en Rusia pretendía tanto luchar contra la revolución como alcanzar objetivos imperialistas.

510

En Rusia, la guerra no sólo había creado condiciones favorables para una revolución *social*, sino también —al menos en algunas partes de este gigantesco país— para revoluciones nacionales entre una serie de minorías étnicas. Estos movimientos nacionales ya habían surgido durante la guerra y, por lo general, pertenecían a la variedad derechista, conservadora, racista y antisemita del nacionalismo. La élite política y militar alemana reconoció

[25] Knightley, pp. 138, 153-55; Canfora (2008), pp. 223-24; Stone y Kuznick, pp. 28-29

en estos movimientos a parientes ideológicos cercanos y aliados potenciales en la guerra contra Rusia. (Lenin y los bolcheviques, por otra parte, se consideraban útiles en la guerra contra Rusia, pero ideológicamente estos rusos revolucionarios estaban en las antípodas del régimen reaccionario alemán). Los alemanes no apoyaron a los nacionalistas finlandeses, bálticos, ucranianos y de otros países por simpatía ideológica, sino porque podían utilizarlos para debilitar a Rusia; también lo hicieron porque esperaban acabar con los Estados satélites alemanes en Europa oriental y septentrional, preferiblemente monarquías que tuvieran como "soberano" a algún vástago de una familia noble alemana. El Tratado de Brest-Litovsk resultó ser una oportunidad para crear una serie de estados de este tipo. Del 11 de julio al 2 de noviembre de 1918, un aristócrata alemán llamado Wilhelm (II) Karl Florestan Gero Crescentius, duque de Urach y conde de Wurttemberg, pudo así disfrutar de ser rey de Lituania bajo el nombre de Mindaugas II. Con el armisticio del 11 de noviembre de 1918, Alemania estaba condenada a desaparecer de la escena en Europa oriental y septentrional, lo que puso fin al sueño de la hegemonía alemana allí. Sin embargo, el artículo 12 del armisticio autorizaba a las tropas alemanas a permanecer en Rusia, las tierras bálticas y otros lugares de Europa Oriental mientras los Aliados lo consideraran necesario; en otras palabras, mientras siguieran siendo útiles para combatir a los bolcheviques, que es precisamente lo que hicieron los alemanes. De hecho, dirigentes británicos y franceses como Lloyd George y Foch consideraron en adelante a la Rusia revolucionaria como un enemigo más peligroso que Alemania. Los movimientos nacionales de bálticos, finlandeses, polacos, etc., estaban ahora totalmente enzarzados en la Guerra Civil rusa, y los Aliados sustituyeron a los alemanes como sus partidarios, también militarmente hablando, siempre que lucharan contra los "rojos", y no contra los "blancos", como también hacían a menudo, ya que gran parte de los bienes inmuebles de Europa Oriental, que antes formaban parte del Imperio zarista, eran reclamados simultáneamente por los "blancos" rusos y por los nacionalistas polacos, lituanos, ucranianos y de otras nacionalidades.

511

En todos los países que emergieron de las nubes de polvo que se levantaron tras el colapso del imperio zarista, había básicamente dos tipos de personas. En primer lugar, obreros y campesinos y otros miembros de las clases bajas, partidarios de una revolución *social*, que apoyaban a los

bolcheviques y estaban dispuestos a conformarse con algún tipo de autonomía para su propia minoría étnico-lingüística dentro del nuevo Estado multiétnico y multilingüe —inevitablemente dominado por su componente ruso— que ocupaba el lugar del antiguo imperio zarista y que sería conocido como la Unión Soviética. En segundo lugar, la mayoría, aunque ciertamente no todos, de los miembros de las antiguas élites aristocráticas y burguesas y de la pequeña burguesía, que estaban en contra de una revolución social y, por tanto, detestaban y combatían a los bolcheviques y querían nada menos que la independencia total frente al nuevo Estado creado por éstos. Su nacionalismo era el típico nacionalismo decimonónico, de derechas y conservador, asociado a una etnia, una lengua, una religión y un pasado supuestamente glorioso, en su mayoría mítico, que se esperaba renaciera gracias a una revolución nacional. También estallaron guerras civiles entre "blancos" y "rojos" en Finlandia, Estonia, Ucrania y otros países. Si en muchos casos los "blancos" salieron victoriosos y fueron capaces de establecer Estados resueltamente antibolcheviques y antirrusos, no fue sólo porque los bolcheviques lucharan durante mucho tiempo entre la espada y la pared en el propio corazón de Rusia y, por tanto, rara vez pudieran proporcionar mucho apoyo a sus camaradas "rojos" del Báltico y de otros lugares de la periferia del antiguo imperio zarista, sino también porque primero los alemanes y luego los Aliados —en particular los británicos— intervinieron *mana militari* para ayudar a los "blancos". A finales de noviembre de 1918, por ejemplo, una escuadra de la Royal Navy, comandada por el almirante Edwyn Alexander-Sinclair (y más tarde por el almirante Walter Cowan) se presentó en el mar Báltico para suministrar armas a los "blancos" estonios y letones y ayudarles a combatir a sus compatriotas "rojos", así como a las tropas bolcheviques rusas. Los británicos hundieron varios barcos de la flota rusa y bloquearon al resto en su base, Kronstadt. En cuanto a Finlandia, ya en la primavera de 1918, las tropas alemanas habían ayudado a los "blancos" locales a conseguir la victoria y les habían permitido proclamar la independencia de su país.[26]

Era claramente la intención de los elitistas que tomaban las decisiones en Londres, París, Washington, etc., asegurar también la victoria de los

[26] Münkler, p. 556.

"blancos" a expensas de los "rojos" en la guerra civil en la propia Rusia y abortar así la empresa bolchevique, un experimento a gran escala por el que demasiados plebeyos británicos, franceses, estadounidenses y de otros países mostraban interés y entusiasmo y que disgustaba por tanto a sus "superiores". En una nota dirigida a Clemenceau en la primavera de 1919, Lloyd George expresaba su preocupación porque "toda Europa está llena del espíritu de la revolución", y continuaba diciendo que

512

> *Entre los trabajadores existe un profundo sentimiento no sólo de descontento, sino de cólera y revuelta contra las condiciones de la guerra. Todo el orden existente en sus aspectos político, social y económico es cuestionado por las masas de la población de un extremo a otro de Europa.*[27]

Sin embargo, la intervención de los aliados en Rusia fue contraproducente, porque el apoyo extranjero desacreditó a las fuerzas "blancas", contrarrevolucionarias, a los ojos de innumerables rusos, que cada vez consideraban más a los bolcheviques como verdaderos patriotas rusos y, por tanto, los apoyaban. En muchos sentidos, la revolución *social* de los bolcheviques fue simultáneamente una revolución *nacional* rusa, una lucha por la supervivencia, la independencia y la dignidad de la Madre Rusia, primero contra los alemanes y luego contra las tropas aliadas que invadieron el país por todas partes y se comportaron "como si estuvieran en África Central". (Vistos desde esta perspectiva, los bolcheviques se parecen mucho a los jacobinos de la Revolución Francesa, que habían luchado simultáneamente por la revolución y por Francia). Por esta razón, los bolcheviques pudieron beneficiarse del apoyo de un gran número de nacionalistas burgueses e incluso aristocráticos, apoyo que probablemente fue un factor determinante de su victoria en la guerra civil contra la combinación de los "blancos" y los Aliados. Incluso el famoso general Brussilov, un noble, apoyó a los "rojos". "La conciencia de mi deber hacia la nación [rusa]", explicó, "me hizo negarme a obedecer mis instintos sociales naturales".[28] En cualquier caso, los "blancos" no eran más que "un microcosmos de las clases dirigentes y gobernantes *del ancien régime* [ruso] —oficiales militares, terratenientes, eclesiásticos— con un apoyo

[27] Citado en Abousnnouga y Machin, p. 79.
[28] Losurdo (2013), pp. 161-62; Sumpf (2014), pp. 380.

popular mínimo", según Arno Mayer. También eran corruptos, y gran parte del dinero que les enviaban los Aliados desaparecía en sus bolsillos.[29]

513

Si la intervención aliada en Rusia, promovida a veces como una "cruzada contra el bolchevismo", estaba condenada al fracaso, fue también porque a ella se opusieron enérgicamente innumerables soldados y civiles en Gran Bretaña, Francia y en otros lugares de "Occidente". Su lema era "¡Manos fuera de Rusia!". Los soldados británicos que no habían sido desmovilizados tras el armisticio de noviembre de 1918 y que debían ser enviados a Rusia protestaron y organizaron motines; por ejemplo, en enero de 1919 en Dover, Calais y otros puertos del Canal de la Mancha. Ese mismo mes, Glasgow se vio afectada por una serie de huelgas que tenían entre sus objetivos obligar al gobierno a abandonar su política intervencionista con respecto a Rusia. En marzo de 1919, las tropas canadienses se amotinaron en un campamento de Ryl, en Gales, causando cinco muertos y veintitrés heridos; más tarde, en 1919, se produjeron disturbios similares en otros campamentos del ejército. Estos disturbios reflejaban sin duda la impaciencia de los soldados por ser licenciados y regresar a casa, pero también revelaban que no se podía confiar en demasiadas tropas para un período de servicio de duración indefinida en la lejana Rusia. En Francia, mientras tanto, los huelguistas de París exigían a gritos el fin de la intervención armada en Rusia, y las tropas que ya estaban en Rusia dejaron claro que no querían luchar contra los bolcheviques, sino regresar a casa. En febrero, marzo y abril de 1919, los motines y las deserciones asolaron a las tropas francesas estacionadas en el puerto de Odessa y a las fuerzas británicas en el distrito septentrional de Murmansk, y algunos de los británicos incluso cambiaron de bando y se unieron a las filas de los bolcheviques. "Los soldados que habían sobrevivido a Verdún y a la batalla del Marne no querían ir a luchar a las llanuras de Rusia", fue el agrio comentario de un oficial francés. (Entre los amotinados franceses había un vietnamita, Ton Duc Thang, que, tras regresar a su patria, se uniría al nuevo partido comunista, fundado por Ho Chi Minh, y que más tarde sería presidente de Vietnam del Norte y luego del Vietnam reunificado). En el contingente estadounidense, numerosos hombres recurrieron a la automutilación para solicitar la repatriación. Los soldados

[29] Mayer (2000), p. 268; MacMillan (2001), p. 73.

aliados simpatizaban cada vez más con los revolucionarios rusos; estaban cada vez más "contaminados" por el bolchevismo que supuestamente combatían. Y así ocurrió que en la primavera de 1919 las tropas francesas, británicas, canadienses, estadounidenses, italianas y otras tropas extranjeras tuvieron que ser retiradas sin gloria de Rusia.[30]

514

Las élites occidentales se mostraron incapaces de vencer a los bolcheviques mediante una intervención armada. Por ello, cambiaron de rumbo y prestaron un generoso apoyo político y militar a los nuevos Estados surgidos de los territorios occidentales del antiguo imperio zarista, como Polonia y los países bálticos. Estos nuevos Estados eran, sin excepción, el producto de revoluciones nacionales, inspiradas por variedades reaccionarias de nacionalismo, con demasiada frecuencia contaminadas por el antisemitismo; y estaban dominados por los supervivientes de las antiguas élites, incluidos los grandes terratenientes y generales de origen aristocrático, las iglesias cristianas "nacionales" y los industriales. Salvo raras excepciones como Checoslovaquia, no eran democracias en absoluto, sino que estaban gobernadas por regímenes autoritarios, normalmente dirigidos por un militar de alto rango de origen noble, por ejemplo Horthy en Hungría, Mannerheim en Finlandia y Pilsudski en Polonia. El abierto antibolchevismo de estos nuevos estados sólo era comparable a su sentimiento antirruso. Sin embargo, los bolcheviques consiguieron recuperar algunos territorios de la periferia del antiguo imperio zarista, como Ucrania. El resultado de esta confusa mezcolanza de conflictos fue una especie de empate: los bolcheviques triunfaron en Rusia y hasta el oeste de Ucrania, pero los nacionalistas antibolcheviques y antirrusos, con grandes ambiciones territoriales en conflicto mutuo, prevalecieron en zonas más al oeste y al norte, concretamente en Polonia, los países bálticos y Finlandia; fue un acuerdo que no satisfizo a nadie, pero que finalmente fue aceptado por todos, aunque claramente sólo "mientras duró".

Se erigió así, con la ayuda de las potencias occidentales, un *cordón* sanitario formado por una cadena de Estados hostiles en torno a la Rusia

---

[30] Kolko (1994), p. 136; Knightley, pp. 138, 157-61, 163-68; Stone y Kuznick, pp. 28-29; Robert, pp. 293-302; Marwick, pp. 144-53; Feldbauer (2008a), p. 82; MacMillan (2001), pp. 71-73; Shannon; Hill, p. 63.

revolucionaria, con la esperanza de que "aislara al bolchevismo dentro de Rusia", como ha escrito Margaret MacMillan.[31] Por el momento, eso fue todo lo que Occidente pudo hacer, pero la ambición de acabar tarde o temprano con el experimento revolucionario en Rusia permaneció muy viva en Londres, París y Washington. Durante mucho tiempo, los dirigentes occidentales mantuvieron la esperanza de que la revolución rusa se derrumbara por sí sola, pero eso no ocurrió. Más tarde, durante la década de 1930, esperarían que la Alemania nazi asumiera la tarea de destruir la revolución en su guarida, la Unión Soviética; por eso permitirían que Hitler remilitarizara Alemania y, mediante la infame "política de apaciguamiento", le animarían a hacerlo.

[31] MacMillan (2001), p. 73.

Capítulo 29
Versalles: ¿Paz o armisticio?

El 28 de junio de 1919, exactamente cinco años después del asesinato de Sarajevo, la firma del Tratado de Paz de Versalles pone fin oficialmente a la Gran Guerra. En realidad, este tratado no hace más que inaugurar una larga tregua que expirará en 1939, cuando se reanudará la guerra mundial, que durará hasta 1945.

Muchos historiadores consideran ahora que la Primera y la Segunda Guerras Mundiales son la primera y la segunda parte de un único conflicto, una especie de edición del siglo XX de la desastrosa "Guerra de los Treinta Años" de 1600, en la que los años que van de 1918 a 1939 constituyen un largo intermedio ...

En una noche oscura de mediados de noviembre de 1918, un barco con destino a los Estados Unidos se encontró con un buque que se aproximaba con todas las luces encendidas, algo inaudito teniendo en cuenta el estado de guerra y el peligro que representaban los submarinos. Mediante señales luminosas, se le preguntó si acaso la guerra había terminado. La respuesta fue: "No, es sólo un armisticio."[1] Y efectivamente, un armisticio como el firmado por los militares en Rethondes no ponía fin al estado de guerra. El estado de guerra continuó oficialmente después del 11 de noviembre de 1918, para terminar sólo cuando los estadistas llegaran a un acuerdo y firmaran un tratado de paz. Mientras tanto, las tropas aliadas entraron en Alemania como conquistadores, la Royal Navy continuó su bloqueo de Alemania, y en muchas regiones de Europa del Este continuaron los combates entre tropas alemanas en retirada, los revolucionarios bolcheviques, los nacionalistas polacos y lituanos, etc. En Francia, el estado

[1] Englund, p. 505

de sitio, asociado a la guerra, no se levantaría hasta el 12 de octubre de 1919.

516 Las negociaciones de paz tuvieron lugar en París. Comenzaron el 18 de enero de 1919 y desembocaron en un tratado firmado el 28 de junio de ese mismo año en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles. Los franceses habían decidido ese lugar para obtener cierta revancha simbólica por el hecho de que fue desde esa misma sala desde donde se había proclamado el Reich alemán en enero de 1871, durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871. El Tratado de Versalles puso fin oficialmente a la guerra entre Alemania y los Aliados, excepto Estados Unidos y China, que firmarían tratados de paz por separado con Alemania. Con el Imperio Otomano y los Estados sucesores del Imperio de los Habsburgo, Austria y Hungría, se firmarían tratados de paz con el primero en Sevres en 1920 y con el segundo en Lausana en 1923.[2]

Los puntos principales del Tratado de Versalles demostraron con demasiada claridad que la guerra no había sido por la libertad, la justicia, la democracia, la defensa de países pequeños como Bélgica, o para poner fin a la guerra y razonamientos similares inventados; este tipo de discurso era, y sigue siendo incluso hoy, sólo vulgar propaganda. Se trataba de consolidar y aumentar el poder y los privilegios de la élite. En Versalles, la élite era ciertamente incapaz, al menos por el momento, de deshacer el desagradable resultado social de la guerra, la revolución en Rusia y las reformas políticas y sociales democráticas en Gran Bretaña, Francia y otros lugares. Por otra parte, la élite también había desencadenado la Gran Guerra para alcanzar objetivos imperialistas en beneficio de bancos y corporaciones, y en este sentido la guerra había producido considerables ganancias (para los vencedores, por supuesto), que se consagraron en Versalles. Se confirmó a franceses, británicos, japoneses e incluso belgas la posesión de las antiguas colonias alemanas en África y otros lugares, y de las partes ricas en petróleo del desaparecido Imperio Otomano. Nadie consideró la posibilidad de la independencia de ninguna de estas regiones, excepto bajo algún régimen no democrático con el que se pudiera contar para cumplir las órdenes de los británicos o de alguna otra potencia occidental, como en el caso de Arabia Saudí. No se planteó la

[2] Para más detalles, véase el detallado estudio de Margaret MacMillan, *París 1919.*

independencia de la India, no se permitió a China hacer ninguna aportación significativa durante las conversaciones de París, y ni una sola potencia extranjera contempló la posibilidad de renunciar a sus "concesiones" en ese país.

517

El poeta socialista inglés W.N. Ewer hizo el siguiente comentario sarcástico sobre este tipo de glotonería imperialista y sobre la hipocresía de los estadistas que tomaron las decisiones en Versalles en un poema titulado "No Annexations":

"¿Sin anexiones?" Estamos de acuerdo.
No desenvainamos la espada para lucrarnos,
Sino para mantener libres a las pequeñas naciones;
Y sin duda, sin duda, es evidente
Esa tierra y ese botín debemos desdeñar,
Que sólo luchan por la libertad.
.....
Por supuesto que sucede — como sabemos —
Ese "Este alemán" tiene un suelo fértil
Dónde crecerán los cultivos de maíz y algodón,
Que Togolandia es rica en petróleo,
Que se puede hacer trabajar a los nativos
Para los salarios, los hombres blancos cuentan muy poco,
Que muchas ricas minas de diamantes
Hace que el suroeste de África sea un premio,
Que la presa del río y la línea de ferrocarril
(*Una empresa rentable*)
Puede hacer un paraíso de pago
De Bagdad y de Palestina.
Sin embargo, esto es a propósito;
No luchamos por cosas como estas
Sino para destruir el dominio de un déspota,
Para proteger nuestras antiguas libertades:
No podemos evitarlo si por favor
Los Dioses para que el proceso sea rentable.
No podemos evitar que nuestro Destino
Decreta esa guerra en nombre de la Libertad
remunerará generosamente

Nuestras clases dirigentes. 'T era el mismo
Antes, siempre veníamos
No anexionar, sino liberar. [3]

518

Con el Tratado de Versalles, las "clases dirigentes" fueron, en efecto, "generosamente remuneradas"; al menos, las de las potencias que salieron victoriosas de la guerra y dictaron las condiciones de la paz.

El armisticio del 11 de noviembre de 1918 no había puesto fin a la guerra, y el tratado de paz firmado en Versalles, así como los demás tratados aquí mencionados, no produjeron una paz auténtica. En el bando de los perdedores —e incluso en el de los vencedores— había quienes ansiaban una *revancha* cuando aún no se había secado la tinta de los documentos. De hecho, nadie quedó del todo satisfecho con ninguno de estos tratados, pero los menos satisfechos de todos se encontraban en Alemania, donde la élite, antaño tan poderosa y ambiciosa, había perdido muchas de sus plumas, pero desgraciadamente no las suficientes como para abandonar toda esperanza de un regreso militar y una guerra revanchista.

También en el bando de los vencedores, el deseo de venganza y la codicia de los imperialistas, reflejados en los términos del Tratado de Versalles, provocaron en mucha gente la desagradable sensación que algunos de ellos ya habían experimentado durante la propia guerra, a saber, que incluso en caso de victoria sobre los "hunos" alemanes no se podría hablar de verdadera paz, sino que era probable que pronto estallara de nuevo una nueva Gran Guerra entre las potencias imperialistas. Ya en 1915, en su poema "Guerra", el escritor Joseph Leftwich (o Lefkowitz) había predicho con exactitud lo siguiente:

Y si ganamos y aplastamos al
Hunos, En veinte años
Debemos luchar contra sus hijos,
¿Quién se levantará contra
Nuestra victoria,
De sus padres, de los suyos
Ignominia.

---

[3] Hibberd y Onions, pp. 248-49.

Y si su Kaiser
Nos destronamos,
Ellos su hijo restaurar,
o alguna otra,
Si ganamos con la guerra,
La guerra es la fuerza,
Y otros a la guerra
Tendrá recurso.
Y por el mundo
desatará una nueva guerra.
Tierra, mar y cielo
Se estremecerá ante su rugido.
Él pisoteará
En cada pisada,
Millones de hombres,
Millones de muertos. [4]

519

El armisticio de noviembre de 1918, que puso fin a las hostilidades, no inauguró la paz, y la paz proclamada oficialmente en Versalles en 1919 equivalía en realidad a un mero armisticio, una tregua predestinada a expirar tarde o temprano con la reanudación de las hostilidades abiertas y el retorno oficial del estado de guerra. Ese momento llegaría en 1939, cuando estallaría una nueva Gran Guerra. Por ello, historiadores como Arno Mayer han hablado de una "Guerra de los Treinta Años" del siglo XX, librada de 1914 a 1945, pero interrumpida por un incómodo "armisticio" de 1919 a 1939.[5]

Mientras los estadistas negociaban en París a principios de 1919, la capital francesa se vio arrasada por una oleada de huelgas. También llegaban a diario noticias de huelgas, manifestaciones, disturbios y otras expresiones de descontento social y rebeldía procedentes de toda Europa y de lugares tan lejanos como Canadá. Fue también entonces cuando los Aliados se vieron obligados a abandonar su intervención armada en Rusia debido a la oposición generalizada de sus propios soldados y civiles. La

---

[4] Hibberd y Onions, pp. 82-83.

[5] Mayer (2010), p. 3. Véase también el ensayo de Hans-Ulrich Wehler "Der zweite DreiBigjahrige Krieg".

temida revolución parecía estar a punto de triunfar en Rusia y de ganar terreno en todas partes. Lloyd George, Clemenceau y sus colegas estaban en cierto modo más preocupados por encontrar la manera de detener la revolución que por alcanzar una paz real. Esta es la razón por la que no se obligó a Alemania a deponer las armas y desarmarse por completo, sino que se le permitió que sus tropas lucharan contra los bolcheviques mientras se retiraban de Europa Oriental, y también que mantuviera un ejército de 100.000 hombres, a saber, para poder luchar contra los propios revolucionarios alemanes. En cualquier caso, es comprensible que, en estas circunstancias, los caballeros de clase alta de los países de la Entente y de Alemania reunidos en París no quisieran invitar a los líderes bolcheviques de la Rusia revolucionaria a participar en las conversaciones. Tal invitación habría aumentado su prestigio y les habría brindado la oportunidad de avivar las llamas de los fuegos revolucionarios que ya ardían por todas partes. Al no ser parte en el Tratado de Versalles, los bolcheviques acabarían concluyendo una serie de tratados de paz por su cuenta cuando las hostilidades terminaron finalmente en la propia Rusia y en Europa Oriental, concretamente con los nuevos Estados que se originaron en la frontera occidental de Rusia: los Tratados de Tartu con Estonia y Finlandia (1920), de Moscú con Lituania (1920) y de Riga con Polonia (1921).

520

En 1919, los problemas sociales de la preguerra no se habían resuelto y se agravaban; la guerra social "horizontal" entre clases, que las élites habían desencadenado en 1914 al mismo tiempo que la guerra política y militar "vertical" entre naciones, distaba mucho de haber terminado. Y aunque el tratado que se preparaba en París, para ser firmado en Versalles, pondría fin, al menos temporalmente, a la guerra "vertical" entre países, no haría nada para terminar con la guerra "horizontal" dentro de la Gran Guerra, la guerra de clases dentro de la guerra entre países. Los estadistas reunidos en París resolvieron mal el problema de la guerra "vertical" y mal el de la guerra "horizontal". No es de extrañar que los huelguistas parisinos condenaran el Tratado de Paz de Versalles como un tratado urdido "sin ninguna aportación del proletariado", como un acuerdo "contra los intereses del proletariado", un "tratado de los imperialistas", "un crimen".[6]

[6] Robert, p. 370.

Tercera parte
La larga sombra de la Gran Guerra

525

Capítulo 30
Del fascismo a la segunda guerra mundial, 1918-1945

La élite europea, dominada en adelante por la burguesía industrial y financiera, se siente frustrada por el resultado contraproducente de la Gran Guerra. Después de 1918, intenta de nuevo exorcizar el demonio de la revolución, detener y revertir el proceso de democratización y conseguir importantes ganancias imperialistas, esta vez a través de un nuevo instrumento, el fascismo. Se espera —y se alienta— que el fascismo alemán destruya la revolución, ahora encarnada por la Unión Soviética, pero el resurgimiento de Alemania también podría amenazar los intereses de las demás potencias imperialistas. Se desencadena así una nueva "Gran Guerra", con otro resultado inesperado y ambiguo: una victoria de la patria de la revolución contra el fascismo alemán, pero también un triunfo de Estados Unidos en la lucha por la supremacía entre las potencias imperialistas...

Este libro se ha centrado en la guerra "horizontal" más que en la "vertical" que se libró en 1914-1918. Ha demostrado que la Gran Guerra fue también un conflicto entre clases dentro de cada país, y no sólo una guerra entre países. Por lo tanto, es legítimo referirse a la Gran Guerra como la Gran Guerra de Clases. En cierto modo, sin embargo, esta terminología es engañosa, porque parece implicar que la paz prevalecía en el frente de clases antes de 1914. En realidad, no era así en absoluto. La lucha de clases, una guerra entre las clases, o al menos la edición "contemporánea" de la guerra entre las clases, había estado haciendo estragos en Europa —y cada vez más en gran parte del resto del mundo— desde la Revolución Francesa. Había sido un conflicto latente y latente, ciertamente no imperceptible pero espectacularmente visible sólo cuando estallaba en forma de revoluciones,

como las de 1789, 1830 y 1848. En términos militares, apropiados si consideramos la lucha de clases como una especie de guerra, estas revoluciones equivalían a ofensivas lanzadas por las clases bajas. Estas ofensivas de lograron considerables conquistas políticas y sociales de carácter democrático —es decir, en beneficio de la mayoría del pueblo, el demos—, como la abolición de la esclavitud, la ampliación del sufragio y algunos beneficios sociales, pero no alcanzaron el gran objetivo de los campeones socialistas de la causa plebeya, a saber, el derrocamiento del orden semifeudal y semicapitalista establecido. Cuando en 1914 estalló de nuevo el latente conflicto de clases, lo hizo en forma de una contraofensiva lanzada por las clases altas, por la élite, un audaz movimiento que se manifestó en forma de guerra formal. Se trataba de una contraofensiva a gran escala, extremadamente ambiciosa, que pretendía lograr una victoria total sobre las inquietas "masas", en concreto destruyendo cualquier perspectiva de cambio revolucionario, deteniendo e incluso haciendo retroceder el proceso de democratización, deshaciendo los logros democráticos de las revoluciones del siglo XIX y quizás incluso logrando un "gran salto atrás" a los buenos viejos tiempos del ancien régime anterior a 1789. El objetivo era un triunfo total sobre el enemigo de clase plebeyo, el fin de la lucha de clases, una especie de "solución final" a los grandes problemas sociales, en interés de la élite, por supuesto. Utilizando metáforas inspiradas en la propia Gran Guerra, se podría decir que el plan de la élite era una especie de Plan Schlieffen, que pretendía cercar y destruir las fuerzas del enemigo de clase proletario, al igual que el alto mando alemán había esperado hacer con el enemigo francés. Como en el caso del verdadero Plan Schlieffen, a pesar de los grandes éxitos iniciales —ejemplificados por acuerdos como la "unión sagrada" francesa y la "tregua industrial" británica—, las cosas no funcionaron como estaba previsto. Lo que se suponía que iba a ser una ofensiva corta y triunfal degeneró así en una larga y miserable forma social de "guerra de trincheras". Siguiendo con la metáfora inspirada en la propia Gran Guerra, se podría describir de forma similar la Revolución Rusa como el equivalente de la Batalla del Marne, que provocó que el Plan Schlieffen fuera arrojado a la papelera. Esta revolución destruyó los ambiciosos planes contrarrevolucionarios y antidemocráticos de las élites de 1914 y les obligó a adoptar una postura defensiva, similar a la de los alemanes tras la Batalla del Marne. Pero definitivamente no hay ninguna analogía entre la Revolución Rusa y la contraofensiva victoriosa lanzada por los Aliados en el verano de 1918. Esta última fue una iniciativa

que produjo la victoria, poniendo fin finalmente a la guerra "vertical" entre países. Mientras que la Gran Guerra "vertical" entre países se cerró, al menos formalmente, mediante un armisticio y un tratado de paz, el resultado de la Gran Guerra "horizontal", la "Gran Guerra de Clases", seguía siendo incierto, no sólo en 1918, sino incluso en 1919. Como en el caso de la guerra de trincheras que siguió a la batalla del Marne, el conflicto social dentro de la Gran Guerra permaneció en punto muerto incluso después de la firma del tratado de paz de Versalles.

527

La lucha de clases, la "guerra" de clases, no había comenzado en 1914, y no terminó en 1918 o 1919. Tras su espectacular estallido durante 1914-1918, la guerra de clases que había comenzado con la Revolución Francesa volvió a su configuración latente anterior, en cierto modo comparable a la guerra de trincheras. Atrincheradas, por así decirlo, en lados opuestos de la gran tierra de nadie social, las clases altas y bajas, desgarradas entre el miedo a la derrota y la esperanza de la victoria, se comportarían en adelante unas veces a la defensiva y otras a la ofensiva, unas veces ganando y otras perdiendo terreno. Pero después de 1918/1919, la guerra de clases latente era cualitativamente diferente, y mucho más compleja, de lo que había sido antes de 1914. Hasta 1914, la revolución que tanto había detestado la élite era un concepto abstracto, cuya encarnación práctica la Comuna de París presumiblemente había proporcionado un anticipo. Era una quimera, que se disiparía con la guerra, o eso se esperaba. Pero después de la Gran Guerra, la revolución encontró su encarnación en el país que era el producto de una gran revolución y simbolizaba la revolución, una nueva y mayor edición de la Comuna de París: la Unión Soviética. Así, aunque la lucha de clases siguió siendo un conflicto "horizontal" entre clases dentro de cada país, ahora también adquirió una dimensión "vertical". La lucha de clases se convirtió ahora *también en* un conflicto, en una especie de guerra "fría" (y a veces "caliente") entre países: el país único que era el campeón no sólo de su propia clase sino de las clases bajas internacionales, y en consecuencia el patrocinador más o menos activo de la revolución en todo el mundo, al que se oponían todos los demás países, que seguían estando dominados por una élite y, por tanto, participaban activamente en la acción contrarrevolucionaria dentro y fuera del país. Las referencias a esta dimensión "vertical" de la lucha de clases, al conflicto internacional con la Unión Soviética, ocultarían en lo sucesivo su dimensión social interna, el conflicto primordial entre clases, y harían posible que los defensores del

cambio radical y revolucionario fueran desacreditados como agentes antipatrióticos de una potencia extranjera hostil, del mismo modo que los radicales habían sido denigrados en Estados Unidos durante la Gran Guerra como agentes alemanes "antiamericanos".

528

En 1919, nada estaba decidido; todo era aún posible, incluidas revoluciones exitosas en países distintos de Rusia, así como la victoria de la contrarrevolución dentro de Rusia. Los bolcheviques y sus simpatizantes nacionales e internacionales aún podían esperar que otros países de Europa y de todo el mundo siguieran su ejemplo, para que el orden establecido cayera en las llamas de una revolución mundial y diera paso a la Era socialista de Acuario. Es en este contexto de grandes esperanzas y expectativas que en marzo de 1919 se fundó la Tercera Internacional (o Internacional Comunista, también conocida como Comintern), con el mandato de promover la revolución mundial. Y es igualmente en este contexto que en 1920 se organizó en Bakú una gran conferencia que pretendía apoyar a los pueblos coloniales —especialmente en Asia— en su lucha por la independencia; sin embargo, los pueblos coloniales y los chinos "semicoloniales" tendrían que esperar hasta el final de la Segunda Guerra Mundial para librarse de sus amos. En otras palabras, para que sus revoluciones nacionales tuvieran éxito. Las grandes esperanzas depositadas en las revoluciones sociales en Europa tampoco se cumplieron. Ninguna de las otras revoluciones que estallaron antes o después del final de la Gran Guerra se vio coronada por el éxito, por lo que los revolucionarios rusos, en adelante conocidos como comunistas en lugar de bolcheviques, procedieron a centrarse en la construcción de una sociedad socialista en lo que quedaba del antiguo imperio zarista, que se conocería como la Unión Soviética. Tras la muerte de Lenin, los comunistas soviéticos se concentrarían en la construcción del "socialismo en un solo país" bajo el liderazgo de Stalin. (La ruptura de Trotsky con Stalin se debió a que el primero quería continuar la lucha por la revolución mundial). La revolución social lanzada por los bolcheviques se fusionó así cada vez más con la lucha por resucitar a Rusia tras los traumas causados por la guerra contra Japón y la revolución que la siguió, la desastrosa Gran Guerra, las revoluciones gemelas de 1917 y una

desagradable guerra civil.[1] La construcción de una sociedad socialista fue de la mano de una industrialización y una modernización extremadamente rápidas pero nada indoloras del gigantesco país. Rusia, en 1914 un país generalmente sobrevalorado pero intrínsecamente aún muy atrasado, se metamorfoseó así en una superpotencia, aunque eso no se haría evidente hasta 1941-1945, cuando la ampliamente subestimada Unión Soviética triunfaría sobre la poderosa Alemania en una guerra titánica. Aunque, por supuesto, esta victoria se vio facilitada por la ayuda de las naciones aliadas, no cabe duda de que fue, ante todo, obra de la propia Unión Soviética, posible gracias a una potencia industrial y militar que se había forjado en muy pocos años. Se piense lo que se piense de sus despiadadas políticas "totalitarias", es un hecho innegable que Stalin había llegado al poder en la década de 1920 en un país atrasado, golpeado, humillado, en cuarentena internacional tras un *cordón* sanitario y dividido internamente, pero lo dejó a su muerte en 1953 como la segunda nación más poderosa del mundo. Esto es algo por lo que incluso los nacionalistas rusos más anticomunistas se quitan el sombrero ante él.

529

Atrincherada en el lado opuesto de la tierra de nadie en la guerra de clases en curso, se encontraba la élite europea (y estadounidense). Sabemos qué tipo de ambiciones albergaba esta élite cuando desencadenó la Gran Guerra, pero como ha escrito Gabriel Kolko, "cuando los líderes europeos desencadenaron los dragones de la guerra en 1914, no previeron en absoluto sus posibles graves, incluso fatales consecuencias para el futuro de su mundo político e ideológico".[2] Su decisión de ir a la guerra provocaría, en efecto, que ese mundo se viera sacudido hasta sus cimientos, y que se viera dañado y alterado de forma dramática. Cuando la Gran Guerra llegó a su fin, la revolución ya no era una quimera sino un hecho, y muchos países fueron testigos del advenimiento de reformas democráticas sin precedentes, en lugar de un retroceso de las modestas reformas de preguerra. La Gran Guerra no se había convertido en un "gran salto atrás", sino que había catapultado a Europa, y a gran parte del resto del mundo, hacia una era más democrática. Visto desde la perspectiva de la élite, el siglo XX, que en cierto

[1] Canfora (2008), p. 355, señala que la revolución religiosa que supuso la Reforma se convirtió igualmente en una revolución nacional en países como Inglaterra y en gran parte de Alemania y Suiza; véase también Canfora (2013), pp. 18-19.

[2] Kolko (1994), pp. 177-79.

modo había comenzado con la Gran Guerra, amenazaba con convertirse en el siglo de la democracia: a menos, claro está, que la élite hiciera algo para impedirlo. Y, en efecto, la élite no estaba dispuesta a resignarse al estado de cosas; estaba decidida a recuperar el terreno perdido y, si era posible, alcanzar de algún modo los ambiciosos objetivos contrarrevolucionarios y antidemocráticos que había tenido en mente en 1914. Para entender cómo planeaba hacerlo el establishment, debemos examinar primero cómo se había transformado el propio mundo de las élites durante y por la Gran Guerra.

530

En 1914, la élite que se embarcó en una ofensiva contrarrevolucionaria, antidemocrática y antisocialista en forma de guerra consistía en una "simbiosis" de la nobleza terrateniente y la burguesía industrial y financiera o clase media alta. Pero la ofensiva fue dirigida incuestionablemente por la nobleza, que seguía siendo el socio mayoritario dentro del establishment europeo. En una sociedad europea que se había modernizado rápidamente durante muchas décadas pero que, sin embargo, conservaba muchos de sus rasgos "feudales" tradicionales, la nobleza disfrutaba de un cuasi monopolio del poder político, un poder económico en declive pero aún considerable, y un enorme prestigio social. La nobleza esperaba poder liquidar la herencia democrática de la Revolución Francesa y volver a poner el reloj en la época de los presuntos "buenos viejos tiempos" del *ancien régime.*

La clase media alta o alta burguesía secundó este proyecto de "gran salto atrás". Esta clase se había beneficiado en muchos aspectos de la Revolución Francesa, pero esa revolución había producido la idea de igualdad. La igualdad ante la ley estaba bien y había sido consagrada legalmente, pero la igualdad social era harina de otro costal. La burguesía estaba a favor de la igualdad social cuando implicaba igualdad entre ella y la nobleza, pero detestaba esa misma igualdad cuando se interpretaba como igualdad entre la burguesía y los proletarios y otros plebeyos. La clase media-alta también secundaba la inclinación de la nobleza por la guerra porque sus bastiones eran las grandes empresas y bancos que confiaban en que la guerra les reportaría grandes beneficios, por ejemplo, a través de la producción de armas, y lograría grandes objetivos imperialistas; y la burguesía también esperaba que la guerra proporcionara una maravillosa oportunidad para enseñar buenos modales a los inquietos trabajadores y otros plebeyos. Probablemente sea justo decir que la clase media-alta también soñaba con

un gran salto atrás, pero a los imaginarios "buenos viejos tiempos" anteriores a 1848, en lugar de antes de 1789.

531 En el verano de 1914, pareció por un momento que el plan urdido por la nobleza y apoyado por la burguesía tendría éxito. Los súbditos de las cabezas coronadas marchaban mansamente hacia los campos de batalla, bendecidos por los prelados, comandados por aristócratas a caballo y dispuestos a sacrificar sus vidas por la gloria del soberano y el bien de la patria; y los dirigentes de las masas populares, antes temibles, es decir, los socialistas y los sindicalistas, renunciaban a la lucha de clases firmando acuerdos del tipo de *la sacree sindical*. Pero la desilusión llegó demasiado pronto. El curso de la guerra pronto reveló que los generales, en su mayoría miembros de la nobleza, eran inútiles como gestores de la guerra moderna. Sus vistosos uniformes, caballos, sables y lanzas y, sobre todo, sus estrategias de ataque estaban irremediablemente fuera de lugar en un conflicto que no se parecía en nada a las cruzadas y otros conflictos medievales o incluso napoleónicos glorificados por los románticos, sino que se revelaba como una guerra moderna e industrial. Los oficiales aristocráticos y de clase media alta también se convirtieron en objeto del odio de los proletarios uniformados porque derrochaban la vida de estos últimos. A esto hay que añadir el hecho de que en Estados como Alemania y la Monarquía del Danubio la agricultura, gran especialidad y por tanto responsabilidad de la nobleza terrateniente y "agraria", se mostró incapaz de alimentar a sus soldados y civiles. En resumen, la guerra demostró que la economía, el talento militar y organizativo, las armas, la estrategia, la mentalidad y, en definitiva, el gobierno de la nobleza pertenecían al pasado y no al presente, y mucho menos al futuro.

A medida que se multiplicaban los contratiempos y aumentaba la miseria, la población, tanto civil como militar, perdía el respeto a los monarcas y a los dirigentes militares y políticos aristocráticos, se volvía descontenta, irrespetuosa, rebelde y, en última instancia, dispuesta e incluso deseosa de derrocar el orden establecido, en muchos países todavía muy feudal, mediante una revolución. Así pues, la guerra produjo exactamente lo contrario de lo que la nobleza había esperado de ella: no un retorno a las glorias de antaño, sino el ignominioso fin del dominio de dinastías centenarias y el colapso de grandes imperios presumiblemente gloriosos, a saber, el Reich alemán, así como los imperios Habsburgo, Romanov y Otomano. El Imperio alemán había sido una federación de monarquías y

ciudades-estado, y junto con Guillermo II, que no sólo había sido emperador de Alemania sino también rey de Prusia, otros veinte soberanos alemanes perdieron sus coronas, desde el poderoso rey de Baviera hasta gobernantes liliputienses como el conde de Sajonia-Coburgo-Gotha, algunos de cuyos parientes lograron sobrevivir a la *Gotterddmmerung* feudal y aún hoy ocupan tronos reales, concretamente en Gran Bretaña y Bélgica.[3] "La guerra... destrozó para siempre la Europa segura de sí misma e iluminada por el sol de... emperadores saludando desde carruajes abiertos tirados por caballos", escribe Adam Hochschild.[4] Y en los países en los que la monarquía y la nobleza, estrechamente asociadas a la monarquía, no se convirtieron en víctimas del cambio revolucionario, tuvieron que conceder el tipo de reformas democráticas que en 1914 habían esperado hacer retroceder. Estas reformas restringieron sus privilegios y su poder aún más de lo que lo habían hecho las limitadas reformas introducidas en las décadas anteriores a 1914. En Gran Bretaña, por ejemplo, el sufragio universal se introdujo finalmente en 1918. La Gran Guerra supuso el fin de la hegemonía política que la nobleza había disfrutado hasta 1914, pero que había considerado insuficiente y había esperado aumentar mediante el instrumento de la guerra.

532

También en el plano económico, la nobleza perdió muchas de sus ventajas. La guerra no creó oportunidades para aumentar la propiedad terrateniente, como esperaban especialmente los aristócratas alemanes y austrohúngaros, y las reformas sociales que se introdujeron al final de la guerra incluían una cierta cantidad de redistribución de la tierra en beneficio del pequeño campesinado y en perjuicio de los grandes terratenientes; así ocurrió incluso en los nuevos países de Europa del Este, que cargaban con regímenes no democráticos y autoritarios. La élite aceptó estas medidas para impedir que los campesinos pobres recurrieran a la opción revolucionaria promovida por los bolcheviques. "Creando una clase de pequeños propietarios campesinos", escribe Mark Mazower, historiador especializado en los países balcánicos y Europa del Este, "los políticos esperaban comprar la tranquilidad social y evitar la revolución".[5] Después de la guerra, también se hizo necesario en casi todas partes pagar salarios considerablemente más

[3] Engelmann, p. 7.
[4] Hochschild, p. xv.
[5] Mazower, pp. 35, 126.

altos a los criados y otros miembros del personal cuyos servicios habían sido baratos antes de 1914. Y el coste de mantenimiento de los palacios y mansiones se disparó después de la guerra.[6] Los "buenos viejos tiempos" se habían acabado para siempre para la nobleza terrateniente del tipo retratado en la popular serie de televisión *Downton Abbey.* En el caso de los aristócratas de los países que habían perdido la guerra, como Alemania, el prestigio del ejército, tradicional bastión de poder de la nobleza, había sufrido un duro golpe. La iglesia, otro pilar de la clase dirigente, igualmente ligada a la nobleza, perdió gran parte de su influencia y prestigio a causa de su apoyo incondicional a la odiada guerra. El hecho de que a Dios no pareciera importarle que los seres humanos se masacraran unos a otros a una escala bestial y sin precedentes hizo que aún más gente diera la espalda a las iglesias católica, protestante y ortodoxa. La desaparición de los grandes imperios supuso un duro golpe para las religiones que habían estado estrechamente vinculadas a ellos, a saber, el luteranismo en la Alemania dominada por los prusianos, el catolicismo en la Monarquía del Danubio y en estados del sur de Alemania como Baviera, el cristianismo ortodoxo en Rusia y el islam en el Imperio Otomano. En este último imperio, el sultán ostentaba simultáneamente el título de califa, es decir, sucesor del Profeta y jefe de la comunidad musulmana mundial. El fin del sultanato otomano, una institución política, significó también el fin del califato, una institución importante y prestigiosa para la religión islámica. Por último, la guerra también arruinó la posición cultural de la nobleza, hasta entonces inexpugnable. Durante y a causa de la Gran Guerra, el Romanticismo, movimiento cultural estrechamente asociado a la nobleza y a la Iglesia y a sus ideas conservadoras y casi medievales, que había glorificado y promovido las cruzadas y presumiblemente la guerra caballeresca en general, pasó de moda rápida e irreversiblemente. El valiente caballero Ivanhoe no podía ser un héroe de a los ojos de civiles y soldados que habían vivido el holocausto tan poco medieval y tan poco romántico de la Gran Guerra.

533

De todas las cosas maravillosas con las que el componente aristocrático de la élite había soñado en 1914, esencialmente un glorioso *"retour en arriere*" a antes de 1789, nada se materializó durante la Gran Guerra. Al

---

[6] Arnstein, p. 225.

contrario, se perdió una parte importante del poder y la riqueza de que aún disfrutaba la nobleza en 1914; sin embargo, después de 1918, quedaba la esperanza de que, con la ayuda del ejército, la iglesia y, sobre todo, la burguesía financiera e industrial, se pudieran reparar muchos de los daños y recuperar parte del terreno perdido. Salvo en Rusia, la nobleza aún no había sido descartada. La gran propiedad ya no era la gran fuente de riqueza y poder que había sido en el pasado, pero las rentas de alquiler, derivadas de esa propiedad inmóvil, seguían siendo una fuente considerable de ingresos para innumerables familias aristocráticas. Y muchos aristócratas habían invertido en la minería, la industria y la banca. En países como Alemania, los rangos más altos del ejército seguirían siendo un cuasi monopolio de la nobleza hasta 1945. (La familia del mariscal de campo Gerd von Rundstedt, que orquestó la ofensiva final del Tercer Reich en la Batalla de las Ardenas, pertenecía *a la Uradel* o "vieja nobleza" prusiana). También en el servicio diplomático los nobles seguirían estando sobrerrepresentados durante muchas décadas más. Las iglesias cristianas habían perdido muchos de sus seguidores y gran parte de su prestigio, pero seguían siendo útiles aliadas de la nobleza. Después de 1918, siguieron siendo especialmente influyentes en las regiones rurales. Gracias a su patriotismo en tiempos de guerra, la Iglesia católica logró incluso un notable resurgimiento en la república francesa, hasta entonces fuertemente anticlerical. Se restablecen las relaciones diplomáticas entre el Vaticano y Francia, y en 1920 se canoniza a Juana de Arco y a Marguerite-Marie Alacoque, la monja que había iniciado el culto al Sagrado Corazón en el siglo XVII. En adelante, las oraciones piadosas y la *"Marsellesa*" podrán resonar armoniosamente bajo las bóvedas de santuarios como Notre Dame y el Sacre-Coeur, y las capillas católicas aparecerán aferradas como percebes a los cascos de los santuarios patrióticos erigidos durante los años veinte en conmemoración de la Gran Guerra, por ejemplo en Verdún. El sueño del renacimiento de una Francia católica y conservadora, inspirada en los antecedentes medievales, pudo así pervivir incluso en el siglo XX. Lo que seguía siendo posible en Francia lo seguía siendo *a fortiori* en muchos otros países europeos: allí también, la nobleza y la Iglesia, por mucho daño que hubieran sufrido, seguían buscando en la oportunidad de volver atrás en el tiempo tanto como fuera posible.[7] Aun así,

[7] Le Naour, pp. 200-01.

es evidente que la nobleza salió considerablemente debilitada de la Gran Guerra.

534 Además de perdedores, las guerras también "crean ganadores... entre las clases sociales", como ha señalado Gabriel Kolko.[8] Y fue la pareja de la nobleza dentro de la élite, la burguesía industrial y financiera, la que salió como principal vencedora de la lucha social que había sido la Gran Guerra. En contraste con la plebe, los banqueros y los industriales se habían beneficiado de la guerra y acumulado riquezas inauditas. Para ellos la guerra había sido una cornucopia, una experiencia maravillosa desde el punto de vista de su objetivo primordial: la maximización del beneficio. La Gran Guerra había sido una guerra moderna, industrial, librada con armas modernas como cañones, ametralladoras, gas venenoso, tanques, aviones, lanzallamas, camiones, alambre de espino y submarinos. Todo este material había sido producido en masa en las fábricas de los industriales, colmándoles de beneficios gigantescos. En todos los países beligerantes, el Estado tuvo que financiar el esfuerzo bélico pidiendo prestadas enormes cantidades de dinero, lo que había hecho que bancos como J.P. Morgan & Co. acumularan riquezas sin precedentes. Sin embargo, en ningún lugar el Estado había intentado limitar los beneficios de la misma manera que limitaba los salarios de los trabajadores. Y las grandes empresas y los grandes bancos de las potencias imperialistas vencedoras podían esperar obtener considerables ventajas de la adquisición de territorios dentro y fuera de Europa que formaban parte del botín de guerra de los vencedores.[9]

535 Peter Englund describe la Gran Guerra como "una competición económica, una guerra entre fábricas", en la que gradualmente se hizo evidente que los países más fuertes y mejor organizados a nivel industrial tenían posibilidades, si no la certeza, de triunfar. Por ello, la gestión de la guerra se confió cada vez más a "expertos" industriales como Walter Rathenau de AEG en Alemania y representantes del *Comite des Forges* en Francia. En Gran Bretaña, Lloyd George dispuso que los altos cargos del gobierno fueran ocupados por innumerables hombres de negocios y banqueros, con el resultado de una especie de "gobierno de hombres de negocios". La guerra, desencadenada tan frívolamente en 1914 por la

---

[8] Kolko (1994), p. 72.
[9] Martens, pp. 16-17, 25.

nobleza agraria, se reveló como una maravillosa oportunidad para la burguesía industrial y financiera de hacer dinero y aumentar su poder. Resulta paradójico, como ha señalado Arno Mayer en este contexto, que "[la cooperación de los agrarios] con los capitanes de la industria", exigida por la guerra, "contribuyera... a la misma modernización que estaba acelerando su eclipse."[10]

Las grandes empresas —y los grandes bancos estrechamente asociados a ellas— aumentaron su influencia sobre el Estado durante la Gran Guerra, y después mantendrían e incluso aumentarían aún más esa influencia. A la inversa, la provechosa colaboración con el Estado implicaba también una mayor influencia estatal sobre la industria y la banca; en otras palabras, más dirigismo y menos laissez-faire. Pero por el momento era la única manera de que los industriales pudieran asegurarse los enormes pedidos estatales (de armas y similares) de los que dependía en adelante su rentabilidad. La propia industria experimentó una tendencia que ya se había establecido a finales del siglo XIX, a saber, una colaboración cada vez más íntima entre las grandes empresas y los grandes bancos en forma de trusts, holdings y sociedades anónimas. Mediante ese "gigantismo", los industriales y banqueros pretendían evitar o al menos limitar las consecuencias potencialmente perjudiciales de la competencia sin cuartel glorificada en la teoría liberal clásica del laissez-faire, y también defender mejor sus intereses comunes frente a sus trabajadores y otros empleados.[11]

536

En comparación con los aristocráticos agrarios, sus socios dentro de la élite, los industriales se revelaron mucho mejores gestores del conflicto industrial que supuso la Gran Guerra. Y así, en llamativo contraste con la nobleza, salieron triunfantes de este conflicto. En el seno de la élite, la burguesía dominaría a partir de entonces, mientras que la nobleza quedaba degradada al papel de socio menor. La burguesía disfrutó de mayor poder económico que nunca, pero en adelante también disfrutó de la mayor parte del poder político. Arthur Marwick escribe que en Gran Bretaña los hombres de negocios ya habían sido "una parte aceptada de la élite política de la Gran Bretaña eduardiana" (es decir, antes de 1914, más exactamente entre 1901 y 1910), pero que durante la guerra penetraron masivamente en los centros

[10] Englund, p. 221; Kolko (1994), p. 66 y ss.; Mayer (2010), p. 302.
[11] Kolko (1994), pp. 69-72; Dupeux, pp. 203-25; Marwick, pp. 94-95.

neurálgicos del poder político. Personalidades del mundo de los grandes negocios desplazaron incluso a aristócratas terratenientes como líderes del Partido Conservador. En las elecciones de 1918, las primeras tras la reforma de las leyes electorales, se impusieron en numerosas circunscripciones, sobre todo en las grandes ciudades. Esto perturbó a muchos aristócratas, que despreciaban a los hombres de negocios como *nuevos ricos* y sentían que su propio partido se estaba "completamente comercializado y vulgarizado" a causa de la afluencia de "plutócratas" advenedizos. La clase alta británica , concluye Marwick, era y seguía siendo una "clase compuesta", una simbiosis, formada por aristócratas y hombres de negocios, "pero la primacía se había deslizado de las manos de los intereses terratenientes a las de los hombres de negocios".[12] También en la Alemania de posguerra, los principales banqueros y grandes industriales, como Krupp, Siemens y Thyssen, superaron en influencia política y poder a los antes omnipotentes latifundistas aristocráticos. Georg Lukacs describió la situación de la siguiente manera en términos marxistas: "Tras la derrota en la reciente guerra, la alianza entre el capital monopolista alemán y el patriciado de los *Junkers* persistió en el seno de la burocracia militar y civil, pero el capital monopolista asumió el papel dirigente en todos los aspectos."[13]

Este importante trasiego dentro de la élite europea puede ilustrarse mediante un pequeño caleidoscopio de imágenes de la Gran Guerra. Las personalidades importantes asociadas a agosto de 1914 son los emperadores Guillermo II, Francisco José y Nicolás II. En fotografías e incluso en viejas filmaciones, vemos a estas superestrellas aristocráticas, ataviadas con magníficos uniformes, pechos engalanados con condecoraciones, saliendo de sus palacios a lomos de altos caballos para cabalgar (simbólicamente) hacia la guerra entre multitudes que los admiran y vitorean. En cambio, el final oficial de la guerra, la conferencia de paz de París, evoca a caballeros de otro plumaje, burgueses como Clemenceau y Wilson. Éstos, sobriamente vestidos con frac y sombrero de copa, llegan en automóvil al muy burgués Hotel Majestic. Con el primero, el "largo" siglo XIX llega a su fin; con el segundo, el siglo XX se pone en marcha, aunque con cierto retraso. La fase inicial de la Gran Guerra también nos trae a la mente imágenes de uhlans y *coraceros* con corazas relucientes, cabezas cubiertas con gorros de piel o

[12] Marwick, pp. 94-95,168-69.
[13] Lukacs, pp. 72-73.

cascos emplumados, cabalgando hacia la batalla en "nobles" corceles, armados con sables y lanzas; parece un flashback de las guerras napoleónicas, libradas cien años antes. La ofensiva alemana de primavera y la ofensiva final de los Aliados en 1918, por otra parte, se asocia con tropas de asalto con cascos de acero, abriéndose paso con ametralladoras y lanzallamas, con los grandes cañones de Krupp disparando a París desde una distancia de más de cien kilómetros, con tanques, aviones y miles de camiones transportando tropas al frente; la Gran Guerra terminó como una guerra verdaderamente moderna del siglo XX, no muy diferente de conflictos posteriores como la Segunda Guerra Mundial. El simbólico punto intermedio fue el 1 de julio de 1916, el comienzo de la gran *Materialschlacht* en el distrito del Somme. Allí y entonces, el general Haig supervisó el mayor bombardeo de artillería de la historia, pero también mantuvo preparado un enorme número de jinetes con la esperanza de que, como en tiempos de Napoleón, la caballería pudiera asestar el golpe definitivo al enemigo.

537

Después de la Gran Guerra, la burguesía eclipsó claramente a la nobleza, al igual que la industria económica (y las finanzas) eclipsaron claramente a la agricultura. Antes de la guerra, Europa seguía siendo una sociedad feudal-capitalista; después de la guerra, era abrumadoramente capitalista y seguía siendo mínimamente feudal. En otras palabras, el "viejo continente" se parecía mucho más al "nuevo mundo" de Estados Unidos antes de la guerra: una sociedad completamente capitalista con una élite formada no exclusiva sino predominantemente por grandes industriales y banqueros: "capitalistas". Los propios Estados Unidos, considerados erróneamente por muchos historiadores como "aislacionistas", mostrarían un interés cada vez mayor por Europa, quizá no políticamente, pero desde luego sí económicamente. Sus grandes empresas y bancos, por ejemplo, invirtieron masivamente en Alemania. Y su influencia cultural se hizo repentinamente enorme, con la música jazz y las películas de Hollywood arrasando en Europa. Cuando empezó la Gran Guerra, los estadounidenses eran invisibles en Europa; pero al final de la guerra, y especialmente durante la conferencia de paz de París, a principios de 1919, el Presidente Wilson se convirtió en una superestrella en la escena europea. En resumen, la Gran Guerra lanzó la "americanización" de Europa. No es casualidad que, tras la Gran Guerra, en el plano internacional, la lengua francesa, asociada durante siglos a monarcas y diplomáticos y, por tanto, en cierto modo, al feudalismo en vías de desaparición, fuera destronada por el inglés, el idioma estrechamente

relacionado con los negocios, el comercio y el dinero; en otras palabras, con el capitalismo conquistador.

538

Si, tras la Gran Guerra, el declive de la nobleza fue dramático, distaba mucho de ser total e irreversible. A la inversa, el triunfo concomitante de la burguesía industrial y financiera distaba mucho de ser perfecto. Cuando la guerra había provocado en los plebeyos primero desilusión, luego miseria y progresivamente más descontento y rebeldía, estallando finalmente en huelgas, manifestaciones, motines e incluso revoluciones, todo ello tuvo también consecuencias muy desagradables para los industriales y banqueros. Su prestigio social, por ejemplo, no aumentó en absoluto como lo hicieron su rentabilidad y su poder político. Los soldados y los obreros, cuyos salarios fueron congelados, los maldijeron como especuladores de la guerra. Además, los industriales y banqueros apenas apreciaban el hecho de que, al final de la guerra, hubiera que introducir reformas políticas y sociales más o menos radicales, como el sufragio universal y la octava jornada, , para evitar la revolución. No les gustó nada que, aquí y allá, fuera necesario permitir a los socialistas, por muy reformistas que fueran, formar parte de los gobiernos de coalición, y que hubiera que conceder a los sindicatos cierta participación en la gestión de las empresas. Pero, con mucho, el resultado más irritante de la Gran Guerra, desde la perspectiva capitalista, fue que una revolución no sólo había estallado, sino que había triunfado, concretamente en Rusia. Esta Revolución Rusa pretendía no sólo acabar con el *antiguo ancien régime* zarista, sino también con el incipiente capitalismo ruso, lo que causó considerables pérdidas a los propios capitalistas occidentales. De hecho, los bolcheviques no pagaron las deudas externas contraídas por el régimen zarista y nacionalizaron despiadadamente —sin compensación— las sucursales rusas y otras inversiones de empresas extranjeras. Durante la guerra, Shell, por ejemplo, había ganado mucho dinero, pero la Revolución Rusa le hizo perder "sus" pozos petrolíferos en el Cáucaso, lo que atrajo sobre Lenin y sus camaradas el odio de Henri

539

Deterding, el gran jefe de Shell. Deterding alentaría y apoyaría más tarde las ambiciones antisoviéticas de Hitler con la esperanza de recuperar sus activos caucásicos. También fue especialmente doloroso para la clase media-alta industrial y financiera que resultara imposible "estrangular al bebé bolchevique en su cuna" mediante la intervención armada en la Guerra Civil Rusa, de modo que el sistema capitalista se enfrentó en adelante a la competencia no deseada de un modelo alternativo que sirvió de fuente de

inspiración y estímulo para los radicales de todo el mundo. Los primeros y más importantes de estos radicales eran, por supuesto, los socialistas que, en contraste con la mayoría reformista, seguían creyendo en la posibilidad e incluso en la ineluctabilidad de la revolución, simpatizaban y colaboraban con los bolcheviques rusos, y cada vez se les conocía más como "comunistas".

El experimento revolucionario en Rusia también sirvió de ejemplo a la población explotada y oprimida de colonias como India y Vietnam y "semicolonias" como China. Antes de la Gran Guerra, este último, un país enorme pero débil, se había perfilado a los ojos imperialistas como un "Imperio Otomano del Lejano Oriente", como un Shangri-la potencial de ilimitadas posibilidades de expansión territorial y, sobre todo, de penetración económica. Comunistas como Ho Chi Minh y Mao Zedong eran tanto más detestados en Londres, París y Washington porque en las colonias predicaban simultáneamente la revolución social y nacional. A diferencia de los socialistas reformistas, los bolcheviques rusos y los comunistas internacionales no apoyaban el imperialismo sino que, para al contrario, incitaban a los pueblos supuestamente inferiores de piel amarilla, marrón o negra contra sus amos coloniales blancos. Esto facilitó que las élites occidentales llegaran a la conclusión de que los propios bolcheviques no eran más que un grupo despreciable de bashi-bouzouks "orientales" o "asiáticos" racialmente inferiores, bastardos que por odio ciego querían poner fin a la hegemonía mundial supuestamente "natural" o "dada por Dios" (y presumiblemente beneficiosa) de los "arios" blancos: la "supremacía blanca", como se conocía en Estados Unidos. A partir de entonces, el fantasma de la revolución recorrió el mundo entero y amenazó no sólo lo que quedaba del *ancien régime*, tan apreciado por la nobleza, sino también el sistema capitalista —más concretamente, imperialista— construido por los industriales y los banqueros. Es evidente que la burguesía no estaba dispuesta a permanecer inactiva mientras en su país y en todo el mundo su poder y sus privilegios se vieran así amenazados. Buscó medios no sólo para proteger lo que había adquirido, sino también para recuperar el terreno perdido, concretamente en forma de las concesiones políticas y sociales que hubo que hacer al final de la Gran Guerra para evitar la revolución. Como el socio menor de la burguesía dentro de la élite, la nobleza, así como las Iglesias asociadas a la nobleza, también buscaban formas no sólo de mantener su posición sino de recuperar sus pérdidas, la élite seguía tan ansiosa después de 1918 como lo había estado antes de 1914 de luchar

contra el Lucifer de la revolución, tanto en los países metropolitanos como en las colonias.

[540] Siempre que fue posible, la élite reprimió sin piedad los movimientos revolucionarios y se aseguró, mediante la instauración de sistemas políticos autoritarios, de que apenas hubiera que introducir reformas democráticas de carácter político o social. Así ocurrió, por ejemplo, en Hungría, donde la revolución liderada por Bela Kun tuvo que dar paso a la dictadura del almirante Horthy, figura del *antiguo régimen de* los Habsburgo. En otros lugares, las reformas tuvieron que introducirse apresuradamente para evitar la temible alternativa revolucionaria. En Gran Bretaña y Bélgica, la élite pudo evitar una revolución amenazadora. En Alemania, donde estalló la revolución, fue reprimida sin piedad, pero se introdujeron reformas de gran alcance para apaciguar a la plebe, que permanecería inquieta y potencialmente revolucionaria durante algún tiempo. En casos así, la élite solía contar con la colaboración de los socialistas reformistas; por ejemplo, los socialistas belgas y los socialdemócratas alemanes. Gracias a las reformas, que parecían fruto de su trabajo, y a pesar de la nueva competencia de los comunistas, los socialistas reformistas consiguieron mantener su popularidad entre los trabajadores y otros plebeyos. Sus éxitos electorales les llevarían a participar en gobiernos de coalición, y así los socialistas reformistas se integraron aún más en el orden establecido. Lo mismo ocurrió con los sindicatos, que también contribuyeron a la introducción de reformas políticas y sociales. Incluso más que antes de la Gran Guerra, las clases bajas dieron su apoyo al socialismo, y lo dieron sobre todo a los socialistas reformistas o socialdemócratas, y menos a los socialistas revolucionarios o comunistas.

[541] Tanto en Europa Occidental como en Europa Central, la clase obrera optó por la vía de la democratización gradual, por las reformas dentro del orden establecido. Pero en este orden establecido la élite seguía disfrutando de la mayor parte del poder, y estaba decidida a utilizar ese poder para deshacerse, tarde o temprano, de las reformas que había permitido a regañadientes. Con la excepción de los comunistas, las clases inferiores que habían amenazado tanto antes de 1914 se habían integrado en el orden establecido en gran parte de Europa, pero ni los burgueses ni el ala aristocrática de la élite tenían sentimientos cálidos hacia los socialistas o sindicalistas, por muy complacientes y cooperativos que fueran. Al contrario, los despreciaban sólo un poco menos de lo que odiaban a los

comunistas. Una vez disipadas las oscuras nubes de la revolución, la élite esperaba deshacerse de las reformas y hacer retroceder el proceso de democratización todo lo posible. El estamento aristocrático burgués constituía sólo una pequeña minoría demográfica; en una democracia con sufragio universal y representación proporcional, sus partidos políticos tradicionales apenas tenían perspectivas de éxito. Por tanto, los industriales, banqueros y aristócratas aspiraban a volver a uno de los sistemas autoritarios que habían sido la norma antes de 1914, y anhelaban dar marcha atrás al reloj, como habían hecho en 1914.

Ya en 1918 y 1919, la experiencia demostró cómo se podía dar ese salto atrás. En Alemania, los mandos del ejército habían recibido luz verde del SPD para sofocar la revolución. Pero el alto mando no confiaba en sus propias tropas, porque estaban infectadas por el virus revolucionario; por lo tanto, había disuelto la mayoría de las unidades del ejército y las había sustituido por bandas de voluntarios, reclutados entre oficiales de confianza, tropas de asalto fanáticas y estudiantes nacionalistas burgueses y pequeñoburgueses. Muchos de estos voluntarios eran soldados que, durante la guerra, habían interiorizado el ethos de la élite. Creían que en las trincheras habían descubierto una forma nueva y supuestamente superior de socialismo. El cóctel de este "socialismo de las trincheras" incluía una fuerte dosis de nacionalismo alemán y no se parecía al socialismo marxista de con su internacionalismo, supuestamente una invención perniciosa del "pueblo internacional", los judíos, y por tanto considerado un socialismo "judío"; el "socialismo de las trincheras" era presumiblemente una marca alemana, "nacional", de socialismo. Así se crearon los "cuerpos libres" que, en Berlín, Munich y otros lugares, sofocaron la revolución con sangre; por ejemplo, asesinando brutalmente a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg en enero de 1919. Los historiadores han descrito con razón a estos cuerpos libres como "proto-nazis", porque sirvieron de modelo para el movimiento político fundado por Hitler en Múnich, movimiento que bautizó como "nacionalsocialismo". En cualquier caso, la élite alemana quedó muy impresionada por la actuación de los cuerpos libres. Llegó a la conclusión de que una acción igualmente brutal podría ser útil no sólo para luchar contra la revolución, sino también para hacer retroceder la democratización. Aunque los cuerpos libres podían utilizarse para intimidar y domesticar a los inquietos trabajadores, la élite alemana comprendió y apreció que una fuerza de ese tipo podía ser útil para establecer y mantener un Estado autoritario de viejo o nuevo estilo en el que la minoría demográfica de

industriales, banqueros y terratenientes pudiera gobernar y prosperar como no podía hacer en una democracia.

542

De ahí el apoyo que prestaron ya en una fase temprana al naciente "nacionalsocialismo" de Adolf Hitler.[14]

La misma lección aprendió la élite italiana, formada por industriales, banqueros, grandes terratenientes, la familia real, el alto mando del ejército y el Vaticano. En los años inmediatamente posteriores al final de la Gran Guerra, Italia se encontró en estado de revolución, pero el equivalente italiano de los cuerpos libres alemanes, los brutales *squadristi* del Partido Fascista de Benito Mussolini, desempeñaron un papel importante en la represión definitiva del movimiento revolucionario. A través de la llamada "Marcha sobre Roma", una farsa bien orquestada, la élite aupó a Mussolini a la silla del poder político para que hiciera lo que se esperaba de él: bajar los salarios, deshacerse del embrionario sistema democrático aboliendo el sufragio universal y haciendo retroceder reformas sociales como la jornada de ocho horas, enseñar a los trabajadores la "disciplina" necesaria y el respeto a sus superiores, y eliminar los sindicatos y los partidos socialista y comunista. La dinastía real y la nobleza pudieron así conservar e incluso aumentar su riqueza y su poder, aunque este último se ejercía ahora tras el escenario de la pompa y circunstancia fascistas. El Vaticano recibió su parte del botín, por así decirlo, cuando en 1929 Mussolini concluyó los "Acuerdos de Letrán" con el Papa. Éstos pusieron fin a la separación de la Iglesia y el Estado en Italia y ofrecieron a la Iglesia católica enormes ventajas financieras y de otro tipo, incluidas leyes que prohibían el divorcio y un papel importante, si no preponderante, en el sistema educativo de la nación. De este modo, Mussolini consiguió en Italia lo que la élite europea esperaba de la guerra de 1914: retroceder varios pasos en la dirección del *ancien régime,* a la época anterior al establecimiento del Estado italiano en la década de 1860 e incluso anterior a la Revolución Francesa de 1789, cuando la Iglesia y el Estado se habían separado por primera vez. Pero Mussolini también se reveló útil a los banqueros e industriales italianos, como Pirelli y Agnelli, porque abolió la recién introducida legislación social, bajó los salarios y eliminó los partidos y sindicatos obreros; y su programa

[14] Kolko (1994), p. 154. Más información sobre el apoyo temprano de las élites a Hitler en Pauwels (2013), primera parte, capítulo 2.

armamentístico produjo lucrativos pedidos estatales para sus fábricas. Además, su brutal política imperialista dio frutos en forma de colonias y estados vasallos como Etiopía y Albania, conquistadas en 1936 y 1939, respectivamente: sus materias primas, mercados y mano de obra barata resultaron de gran utilidad para los industriales italianos. En estas colonias, la élite también podía deshacerse del exceso de sicilianos que, como otros pobres no nórdicos y, por tanto, "inferiores", no eran bienvenidos en Estados Unidos tras la Gran Guerra.[15]

543 La élite de toda Europa quedó muy impresionada por las labores antidemocráticas del Hércules fascista. En 1926, cuando una huelga general hizo estragos en Gran Bretaña, Churchill se enfadó enormemente con este ejemplo de sedición plebeya. Propuso que se rociara a los mineros en huelga con fuego de ametralladora y declaró en este contexto que Mussolini, "el genio romano, el mayor legislador entre los hombres", "había prestado un servicio al mundo entero" al mostrar cómo se debe luchar contra las fuerzas subversivas. Otros dos representantes de la élite británica que no ocultaron su admiración por Mussolini fueron Lloyd George y el general Haig. Tras una visita a la Italia fascista, este último proclamó que "queremos a alguien así en casa en estos momentos".[16] Mussolini también causó una gran impresión entre los industriales alemanes y otros miembros de la élite del país; por ejemplo, el entonces alcalde conservador y clerical de Colonia, que más tarde sería canciller de Alemania Occidental, Konrad Adenauer.[17] Al aplastar la revolución, el cuerpo libre alemán ya había hecho un trabajo útil para la élite, pero ésta seguía incómoda e infeliz en la República de Weimar, un Estado demasiado democrático para su gusto. La élite anhelaba la llegada de un mesías fascista a Alemania, de un "Mussolini alemán" que les librara de esta molestia democrática. Este mesías haría su aparición en 1933 en la persona de Adolf Hitler. El advenimiento *del Führer* sería posible gracias a la élite alemana, y sus miembros esperarían, y recibirían, grandes cosas de él, no sólo políticas socialmente regresivas, sino grandes beneficios e impresionantes conquistas imperialistas. Hitler también intentaría por todos los medios hacer realidad el que quizá fuera el sueño más anhelado, no sólo

[15] Feldbauer (2008a), pp. 83-85, 93-107; Feldbauer (2008b), partes 5 y 6; Kolko (1994), pp. 165-67; Canfora (2008), p. 161; Lacroix-Riz (1996), pp. 86-88.

[16] Canfora (2008), pp. 232-33; Hochschild, p. 368.

[17] Feldbauer (2008b), parte 6.

de la élite alemana sino también de la internacional, a saber, la destrucción de la Unión Soviética; pero ese proyecto acabaría en un estrepitoso fracaso.[18]

544

Pocos años después de la llegada de Hitler al poder, la élite también conseguiría, a través de una desagradable guerra civil, sustituir la incipiente democracia española por un régimen semimilitar y semifascista dirigido por Francisco Franco. Bajo sus auspicios, España retrocedería precipitadamente, en cierto modo, a la época medieval de los "Reyes Católicos", Fernando e Isabel. No fue inoportuno que uno de los rasgos de su escudo de armas, el yugo, símbolo *por excelencia* de la opresión, fuera adoptado con entusiasmo por Franco. Portugal, los países bálticos, Finlandia y Polonia fueron testigos de escenarios muy similares. En todos estos países habían surgido sistemas más o menos democráticos al final de la Gran Guerra. Pero en el transcurso de las décadas de 1920 y 1930 estas democracias fueron desmanteladas por los grandes terratenientes, industriales y banqueros, normalmente con la bendición de la Iglesia y la ayuda del ejército. Una a una, fueron sustituidas por sistemas autoritarios afines a las élites. A finales de la década de 1930, sólo quedaba en Europa un puñado de países formalmente democráticos. Pero también en estos países las élites se esforzaron por liquidar los sistemas "parlamentarios", presuntamente ineficaces, y sustituirlos por sistemas autoritarios dirigidos por "hombres fuertes" como Hitler, Horthy, Mussolini, Mannerheim, Pilsudksi, Franco y otros salazaristas. Algunos indiscretos "filofascistas" de la élite no ocultaban su admiración por tales regímenes y líderes, incluido Hitler; lord Halifax era uno de ellos, y también lo eran banqueros británicos como Montagu Norman, del Banco de Inglaterra, industriales estadounidenses como Henry Ford, e incluso miembros de la familia real británica, por ejemplo el príncipe de Gales, que ocuparía brevemente el trono como Eduardo VIII.[19] (Recientemente han aparecido imágenes cinematográficas en las que este último enseña a la actual reina Isabel II, entonces una niña, a realizar el saludo hitleriano).

Los regímenes autoritarios y a menudo dictatoriales que dominaron el panorama político europeo durante el periodo de entreguerras se parecían mucho a los sistemas políticos y socioeconómicos que la élite había esperado instaurar mediante la guerra en 1914. Estos regímenes se parecían

---

[18] Para más detalles sobre la llegada de Hitler al poder, véase Pauwels (2013), primera parte, capítulo 4.

[19] Pauwels (2009), p. 79 y ss.

mucho al régimen brutal que Alemania había impuesto en la Bélgica ocupada, pero consiguieron incluso superarlo en brutalidad. La Gran Guerra no había resultado como la élite esperaba. Sin embargo, en cierto modo fue a causa de esta guerra que, prácticamente en todas partes después de las convulsiones revolucionarias de 1917-1919, el proceso de democratización pudo invertirse en favor de dictaduras agradables a la élite. Gabriel Kolko opina incluso que tales "movimientos y regímenes autoritarios y represivos se convirtieron en el legado dominante de la guerra".[20]

545

Algunos de estos regímenes autoritarios estaban dirigidos por militares como Franco y Pilsudski, caballeros que, con mano de hierro, dirigían su país "hacia el pasado", hacia una nueva edición de un *antiguo régimen* que, según ellos, había sido heroico y glorioso, como la España de los "Reyes Católicos" (y la Inquisición) o la República de las Dos Naciones (también conocida como la Unión Polaco-Lituana) que antaño se extendía desde el Báltico hasta las costas del Mar Negro. Sin embargo, los regímenes aún más autoritarios conocidos como "fascistas" (a imitación del nombre dado por Mussolini a su partido) se revelaron mejor adaptados a los tiempos modernos del siglo XX. El régimen nacional-socialista de Hitler constituyó el ejemplo más llamativo de este tipo de Estado. La gran ventaja que ofrecían los fascistas, desde la perspectiva de la élite, era que, a diferencia de las dictaduras militares, conseguían atraer bastantes seguidores entre la plebe —especialmente entre la clase media-baja y los campesinos, aunque mucho menos entre los obreros—. En las elecciones, los partidos fascistas cosecharon un gran número de votos, lo que confirió a sus regímenes un cierto aura de legitimidad. Pero los fascistas nunca obtuvieron la mayoría en unas elecciones libres, contrariamente a lo que se nos ha dicho con demasiada frecuencia. Mussolini y Hitler sólo pudieron llegar al poder gracias al apoyo activo de las élites. La falsa afirmación de que Hitler fue elegido por la mayoría de los alemanes no es un simple error, sino que sirve conscientemente al propósito de de responsabilizar al "pueblo" en general de su llegada al poder, absolviendo así a la élite de cualquier responsabilidad en el asunto.[21]

546

---

[20] Kolko (1994), p. 122.

[21] Véase, por ejemplo, Pauwels (2009), pp. 29-30, 37-40.

Los dictadores militares —Horthy, Pilsudski y Franco, por ejemplo— eran claramente representantes de la élite, asociados con el ejército, la Iglesia, la nobleza y los niveles más altos de la burguesía. Era evidente que sus regímenes defendían y promovían los intereses de la élite. Los líderes fascistas como Mussolini y Hitler, en cambio, no eran representantes de la élite, sino hombres enraizados en la masa del pueblo, plebeyos e incluso antiguos socialistas o soldados del frente. Sabían hablar el idioma del pueblo y eran excelentes demagogos. También eran "populistas", es decir, políticos que *parecían* defender los intereses de la gente corriente frente a la élite. Se hacían pasar por socialistas, anticapitalistas e incluso revolucionarios, porque el anticapitalismo, el socialismo y la revolución aún gozaban de gran popularidad, y este enfoque era útil para "maximizar el voto". En realidad, sin embargo, defendieron los intereses y persiguieron los objetivos de la élite y lo hicieron de forma más eficaz de lo que podrían haberlo hecho los propios representantes de la élite: acabaron con los sindicatos y con los partidos (genuinamente) socialistas y comunistas, y organizaron gigantescos pedidos estatales que, a pesar de la gran crisis económica de los años 30, generaron beneficios sin precedentes para las grandes corporaciones. Lo que los regímenes fascistas y otros regímenes autoritarios encargaron sobre todo, para gran satisfacción de los generales, fueron armas y todo tipo de material bélico. Disponer de semejante arsenal permitió a las élites de las grandes potencias con gobiernos autoritarios, como Italia y sobre todo Alemania, soñar con desencadenar guerras destinadas a satisfacer grandiosas aspiraciones imperialistas. Desde el punto de vista de las élites, la guerra volvería a ser deseable, como lo había sido en 1914, pero esta vez se haría incluso indispensable. De hecho, sólo a través del botín producido por la guerra sería posible devolver los enormes préstamos que fascistas como Mussolini y Hitler habían contraído para pagar los gastos militares. De este negocio se beneficiaron enormemente los grandes bancos, normalmente los que resultaban ser socios, o incluso propietarios, de las grandes corporaciones que hicieron fortunas gracias a las bonanzas armamentísticas de los Estados fascistas. Las guerras desatadas por los regímenes fascistas estaban así predestinadas a ser guerras de rapiña. A la luz de esto podemos entender por qué, en la década de 1930, Italia entró en guerra contra Etiopía y Japón —una dictadura militar de facto — contra China; y por qué, bajo Hitler, Alemania se rearmó, aplicó una política exterior extremadamente agresiva y, en última instancia, desencadenó una segunda Gran Guerra.

547

Al igual que la Gran Guerra de 1914-1918, la guerra de Hitler era una guerra "deseada". La querían no sólo Hitler personalmente, sino también los industriales y banqueros alemanes, los latifundistas aristocráticos, el alto mando del ejército y el resto de la clase dirigente del país.[22] Con esta guerra, la élite teutona no sólo esperaba compensar las pérdidas en términos de colonias y territorio dentro de la propia Europa, sufridas como resultado de la derrota en el choque de titanes imperialistas de 1914-1918; la intención era también, e incluso ante todo, hacer realidad por fin las grandes ambiciones imperialistas que los industriales y banqueros alemanes ya habían acariciado en 1914, como ha demostrado Fritz Fischer en un famoso libro sobre los objetivos bélicos de Alemania. La élite alemana soñaba con una expansión territorial hacia las profundidades de Europa del Este, especialmente Rusia, una "tierra de posibilidades ilimitadas" llena de suelo fértil, todo tipo de minerales, incluido el petróleo, y mucha mano de obra barata. Esta "tierra del Este" (*Ostland*) debía servir de gigantesca colonia para Alemania, exactamente como la India lo fue para Gran Bretaña y el "Salvaje Oeste" lo había sido para Estados Unidos. Está claro que el resurgimiento de los grandes planes imperialistas en Alemania no era bien recibido en Londres y París, por lo que la guerra que Hitler y la élite alemana querían probablemente significaría una nueva guerra contra Gran Bretaña y Francia o, como también podría decirse, el fin de la "tregua" concluida en Versalles en 1919.

Los conflictos entre potencias imperialistas no tienen que resolverse necesariamente mediante la guerra; también pueden resolverse llegando a acuerdos y concluyendo alianzas. Como había ocurrido en 1914, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial también había industriales, banqueros y políticos en Gran Bretaña y Francia que habrían preferido llegar a un acuerdo con la Alemania de Hitler antes que arriesgarse a un conflicto con este poderoso rival. Intentarían en vano apaciguar a Alemania con todo tipo de concesiones a costa de terceros, por ejemplo Checoslovaquia, a la que, en Munich en 1938, se hizo entregar a Hitler sus regiones fronterizas, habitadas por los Sudetes germanoparlantes. El primer ministro británico de la época, Neville Chamberlain, también se inclinaba por llegar a un acuerdo con Hitler ofreciéndole la totalidad o parte de las posesiones coloniales de

[22] Pauwels (2015), pp. 44-46.

Bélgica y/o Portugal. Era natural que esta infame "política de apaciguamiento" atrajera sobre todo a los numerosos miembros de las élites francesa, británica e incluso estadounidense que simpatizaban con Hitler y otros dictadores fascistas, no sólo porque les gustaban sus políticas internas antidemocráticas y socialmente regresivas, sino también porque creían que en realidad podrían obtener enormes ventajas de una expansión territorial alemana hacia el este. Tal expansión, eufemizada por los nazis como una adquisición de "espacio vital" para el pueblo alemán, implicaba la destrucción de la Unión Soviética, la cuna y patria de la revolución, el lugar de construcción del "contrasistema" al capitalismo, la fuente de inspiración y guía para los revolucionarios de todo el mundo. En secreto, pero siempre con mucho cariño, muchos miembros de las élites occidentales esperaban que Hitler tuviera éxito allí donde los propios Aliados habían fracasado, a saber, cuando tuvieron que abandonar su intervención armada en la Guerra Civil Rusa, destinada a derrotar a los bolcheviques. Se esperaba que Hitler destruyera la revolución destruyendo el país que la encarnaba. Durante la década de 1930, como sucedió, para la élite del mundo "occidental", es decir, capitalista, la obliteración de la Unión Soviética se hacía más deseable que nunca. Bajo el liderazgo de Stalin, el proyecto bolchevique lanzado bajo Lenin no sólo no había implosionado, como tantas veces se había predicho, sino que había realizado enormes progresos económicos y sociales —hay que reconocer que al precio de grandes sacrificios— mientras en todas partes la Gran Depresión hacía estragos y provocaba desempleo, pobreza y miseria. Esto hizo creer a innumerables personas que estaban presenciando la desaparición del capitalismo y el triunfo del socialismo revolucionario.[23]

548

Y no es sólo porque también fuera un choque de titanes imperialistas por lo que la Segunda Guerra Mundial se parecía a la Primera Guerra Mundial, o puede considerarse como la continuación de esa guerra, un Acto II de la Guerra de los Treinta Años del siglo XX: es también porque ambos conflictos mundiales tenían una importante dimensión contrarrevolucionaria. Como en 1914, en 1939 la élite internacional esperaba que la guerra que se avecinaba acabara con la revolución de una vez por todas, con Hitler en el papel de "gran esperanza blanca" de la contrarrevolución. Pero había una diferencia: la revolución que había que

[23] Pauwels (2015), pp. 44-46.

liquidar en 1914 era una idea abstracta, una quimera, mientras que la revolución a la que Hitler se disponía a hacer frente en 1939 estaba encarnada en un Estado, la Unión Soviética. En cualquier caso, a finales de los años 30 no era de nuevo la plebe, sino la élite, la que quería la guerra. El viejo orden, que había sido la "incubadora" de la guerra en 1914 pero cuyos cimientos , "a partir de 1917, temblaron y se resquebrajaron", escribe Arno Mayer, hizo que suficientes de sus fuerzas sobrevivieran a la guerra y "se recuperaran lo suficiente como para ... patrocinar el fascismo [en los años veinte y treinta] y contribuir a la reanudación de la guerra total en 1939".[24]

La Segunda Guerra Mundial fue de nuevo un fenómeno muy complejo, una combinación de guerra "vertical" entre países y de guerra "horizontal" entre clases. Fue una contienda entre, por un lado, la revolución encarnada por la Unión Soviética, pero también, como no debemos olvidar, por una gran parte y posiblemente incluso la mayoría de los miembros de la resistencia en los países ocupados, y, por otro lado, la contrarrevolución encarnada por la Alemania nazi y sus colaboradores y simpatizantes en los países ocupados, así como en los países aliados de la Alemania nazi. Pero los caprichos de la guerra, que no pueden dilucidarse aquí, hicieron que países con élites intrínsecamente contrarrevolucionarias, como Gran Bretaña y EEUU —fieros rivales imperialistas de la Alemania nazi— se convirtieran en aliados de la Unión Soviética revolucionaria, según el lema de que "el enemigo de mi enemigo es mi amigo".

549

La "Francia de Vichy", dirigida por el régimen colaboracionista del mariscal Pétain, encarnaba las aspiraciones reaccionarias de la élite francesa, ansiosa por retroceder el reloj a los "buenos viejos tiempos" anteriores a la Revolución Rusa de 1917, las revoluciones del "año loco" de 1848 e incluso la madre de todas las revoluciones modernas, la Revolución Francesa de 1789. El lema de la Francia de Pétain no era el revolucionario "libertad, igualdad, fraternidad", sino el ultraconservador "trabajo, familia, patria". Y no fue una coincidencia que el culto a Juana de Arco, heroína de la Francia monárquica así como de su gemela siamesa, la Iglesia católica, fuera promovido celosamente por Vichy. Ya en 1914, la élite francesa esperaba lograr ese *"retour en arriere"* mediante una guerra triunfante contra Alemania. Esta gran ambición se hizo realidad en 1940, pero a través de una

[24] Mayer (2010), p. 4.

ignominiosa derrota. Ahora sabemos que esta improbable derrota, esta "extraña derrota", era *deseada,* del mismo modo que en 1914 la guerra había sido deseada: la élite francesa optó conscientemente por una derrota militar a manos de la Alemania de Hitler porque esa parecía ser la única manera de alcanzar sus objetivos contrarrevolucionarios. En 1934 la élite había intentado, pero fracasado, llevar al poder en París a su propio "hombre fuerte", el mariscal Pétain, al igual que antes habían llevado al poder a Mussolini y Hitler en Italia y Alemania. Pero la derrota contra Alemania en la primavera de 1940 hizo posible alcanzar esa ambición, y Pétain llegó al poder cuando apenas se había secado la tinta del documento de capitulación. Gracias a la derrota de un enemigo *extranjero* poco querido pero ideológicamente afín, la élite consiguió la victoria contra su despreciado enemigo *interno*, la clase plebeya. Como era de esperar, la Francia de Vichy sería un paraíso para los industriales, banqueros y otros miembros de la élite del país, muchos de ellos, si no todos, ávidos colaboradores, porque la colaboración era rentable, pero un infierno para las clases bajas del país que, como era de esperar, estarían sobrerrepresentadas en la Resistencia.[25]

[25] Véanse los estudios de Annie Lacroix-Riz (2006 y 2008).

Capítulo 31
Guerras de clases desde 1945 hasta hoy

> *Al igual que la Gran Guerra, la Segunda Guerra produce un resultado de lo más insatisfactorio para la élite del mundo "occidental", a saber, el triunfo de la patria soviética de la revolución y la consiguiente necesidad de introducir aún más reformas democráticas —simbolizadas por el término "Estado del Bienestar"— en muchos países, y de conceder la independencia a la mayoría de las posesiones coloniales. Una vez más, la élite recurre a la guerra para deshacer estos logros para la revolución y para la democracia: la Guerra Fría. Este conflicto lleva a la implosión de la Unión Soviética y permite "hacer retroceder" muchos de los servicios sociales del Estado del Bienestar. Y la posterior Guerra contra el Terror, de facto una forma de guerra permanente y mundial, permite limitar cada vez más los derechos y libertades de los habitantes del mundo "occidental" —como ya había ocurrido durante la Gran Guerra de 1914-1918...*

La Primera Guerra Mundial había supuesto una ofensiva a gran escala lanzada por la élite contrarrevolucionaria en el contexto de un conflicto de clases contemporáneo que había comenzado con la Revolución Francesa, pero había producido resultados inesperados y de lo más indeseables: una gran revolución en Rusia y una avalancha de reformas democráticas en la mayoría de los países occidentales. La Segunda Guerra Mundial puede interpretarse como una ofensiva similar de las élites. No fue una coincidencia que a la "cruzada contra el bolchevismo" de Alemania se unieran voluntarios de toda Europa, que partieron hacia el frente oriental con la bendición de sus superiores políticos y religiosos. Pero este nuevo proyecto contrarrevolucionario también fracasó estrepitosamente, sobre todo en los campos de batalla de Moscú y Stalingrado. El triunfo militar de la Unión Soviética fue al mismo tiempo un triunfo para las fuerzas revolucionarias de todo el mundo y una desagradable derrota para la

contrarrevolución internacional. La Unión Soviética no sólo siguió existiendo sino que, a pesar de los titánicos sacrificios y las enormes pérdidas, emergió de la guerra con un poder y un prestigio considerablemente mayores. En Europa del Este, liberada por el Ejército Rojo, y en la parte oriental de Alemania, se produjeron cambios revolucionarios, bajo dirección soviética, a expensas del elemento feudal, los terratenientes aristocráticos y las Iglesias, así como del elemento capitalista, las grandes corporaciones burguesas y los bancos. En Francia, Gran Bretaña e Italia, y en la parte occidental de Alemania, la derrota del fascismo contrarrevolucionario produjo una situación cuasi-revolucionaria que, exactamente igual que al final de la Primera Guerra Mundial, hizo necesario que las élites aliviaran la presión mediante importantes concesiones en forma de una nueva oleada de reformas democráticas de carácter político y social; y más tarde, durante la Guerra Fría, sería necesario mantener un alto nivel de prosperidad popular para poder competir con los países del "bloque comunista", con sus elaborados sistemas de servicios sociales, incluidos el empleo garantizado y la asistencia sanitaria y la educación gratuitas. En Gran Bretaña, por ejemplo, se abolió definitivamente el sufragio plural, y en Bélgica las mujeres obtuvieron el voto; en todos los países occidentales se introdujo prácticamente de la noche a la mañana un impresionante conjunto de servicios sociales, transformando estos países en lo que se conoció como "estados del bienestar", e incluso se nacionalizaron algunos sectores de la industria (como la minería) y ciertas empresas.[1] Comentando esta evolución de importancia histórica, un profesor universitario belga, Jan Dumolyn, ha subrayado que "los hombres en el poder nunca hacen regalos voluntariamente en forma de prestaciones sociales", sino sólo cuando "se sienten amenazados hasta tal punto que hacen concesiones para evitar lo peor". Y añade que

> *Aquí en Occidente,* [*tras la Segunda Guerra Mundial], los dirigentes políticos hicieron importantes concesiones a los trabajadores por miedo al*

[1] Luciano Canfora, historiador italiano de la idea democrática, destaca en este contexto histórico "los poderosos elementos de la socialdemocracia", y los atribuye a la influencia de la constitución soviética de 1936, que incluía el empleo garantizado y la educación gratuita y condenaba el racismo, véase Canfora (2008), pp. 256-68.

> *Este comunista. Para mantener a la gente tranquila y socavar el atractivo del socialismo al otro lado del Telón de Acero, se lograron importantes avances en el plano de la seguridad social.* [2]

552

Así pues, la victoria de la revolución, encarnada por la Unión Soviética, sobre la encarnación nazi-alemana de la contrarrevolución supuso también, sin lugar a dudas, una victoria de la democracia política y socioeconómica en Europa Occidental. Por cierto, si Estados Unidos no fue testigo del nacimiento de un Estado del bienestar en los años posteriores a 1945, fue porque la élite estadounidense no sentía la misma necesidad que sus homólogos europeos de competir con la Unión Soviética, sobre todo porque ya se había visto obligada a introducir altos niveles salariales durante la guerra.[3] Pero en el vecino Canadá la clase dirigente sí se sentía suficientemente insegura e incluso amenazada, de modo que allí se introdujo un Estado del bienestar según el modelo británico. (Sin embargo, "casi todas las iniciativas en materia de legislación de bienestar social cesaron" en cuanto "disminuyó la presión de las demandas populares").[4]

Igualmente importante, y quizá aún más, fue el hecho de que la victoria de la Unión Soviética antiimperialista contra la Alemania nazi, un Goliat imperialista aparentemente invencible, que había esperado convertir Europa Oriental en una enorme colonia alemana, una "India" alemana, proporcionó esperanza y aliento, y en muchos casos un considerable apoyo material, tanto a los comunistas como a otros defensores de las revoluciones nacionales en las colonias. Esto fue determinante para que muchas colonias lograran la independencia poco después del final de la Segunda Guerra Mundial. Cuando en 1947 los británicos tuvieron que abandonar la India, definitivamente no fue a causa de la resistencia no violenta predicada por Gandhi. Como explica Domenico Losurdo en su libro sobre la noviolencia, la verdadera razón fue que los dirigentes inteligentes de Londres, incluido el propio Churchill, comprendieron demasiado bien que Gran Bretaña, agotada por la guerra, no podría, a largo plazo, mantener a raya al creciente número de luchadores por la libertad que contaban con el apoyo soviético. (Gran Bretaña tampoco podía contar

---

[2] Dumolyn.

[3] Véase, por ejemplo, Pauwels (2015), pp. 89-90, para conocer las razones de este aumento salarial.

[4] Whitaker, p. 60.

con el apoyo de Estados Unidos, que especulaba con que una retirada británica del subcontinente crearía una "puerta abierta" para los productos y las inversiones estadounidenses).[5] Y también en Indochina, los revolucionarios armados se beneficiaron de la ayuda soviética. Allí, los amos coloniales franceses tuvieron que tirar la toalla tras una humillante derrota en Dien Bien Phu. Los estadounidenses tomaron el relevo e intentaron, en una guerra larga y sangrienta, reprimir el movimiento revolucionario nacional de Vietnam y mantener el sistema colonial al menos en el sur del país, pero en 1975 también tuvieron que reconocer su derrota. Sin la victoria de la Unión Soviética en 1945, estos triunfos de las fuerzas antiimperialistas en Asia no habrían sido posibles.

553

En Estados Unidos, la victoria soviética sobre la Alemania nazi también supuso un logro muy importante: la élite del país decidió por fin hacer algo por la emancipación política y social de la minoría afroamericana oprimida. Ni siquiera el supuestamente superdemócrata presidente Roosevelt había movido un dedo para acabar con la discriminación sistemática y los frecuentes linchamientos a los que todavía estaban expuestos los negros en la época de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en los estados del sur. No fue hasta los años sesenta, en el contexto de la Guerra Fría, cuando la élite consintió una modesta emancipación de los afroamericanos; se dio cuenta de que el sistema de segregación tal y como existía en los propios Estados Unidos, combinado con el apoyo estadounidense al régimen de apartheid en Sudáfrica, hacía que Estados Unidos quedara mal a los ojos de las poblaciones de los entonces todavía numerosos países no alineados. La Unión Soviética, en cambio, era claramente un país multiétnico que no practicaba la discriminación por el color de la piel, apoyaba de palabra y de obra los movimientos de liberación del Tercer Mundo y era el principal enemigo del régimen del apartheid en Sudáfrica, donde, no por casualidad, los opositores al apartheid solían ser tachados automáticamente de comunistas y agentes soviéticos. Así, avergonzados y presionados, los estadounidenses decidieron finalmente tratar a su población negra como seres humanos y ciudadanos. Se trataba de un logro democrático por el que la Unión Soviética merecía, aunque nunca recibió, el reconocimiento de los teóricamente objetivos medios de comunicación occidentales; estos

[5] Losurdo (2010, pp. 126-30.

últimos preferían atribuir estas mejoras importantes, aunque todavía bastante básicas, a presidentes como Kennedy y Johnson, como si de repente la magnanimidad hubiera movido a un patricio de Nueva Inglaterra y a un ranchero tejano ultraconservador a batear a favor de la clase marginada negra de Estados Unidos.[6]

Tras la Segunda Guerra Mundial, Europa Occidental alcanzó un nivel de democracia política y socioeconómica sin precedentes. No se puede negar que esto había sucedido a través de dos grandes oleadas de democratización que siguieron a la Primera y Segunda Guerras Mundiales, respectivamente. En 1914, por ejemplo, Gran Bretaña aún no era una democracia política de pleno derecho, y tampoco una democracia en absoluto en el plano social, ya que la gran pobreza seguiría imperando allí hasta 1945, desapareciendo sólo con la llegada del Estado del bienestar.[7] Historiadores como Arthur Marwick asocian el vínculo cronológico con la causalidad, según la conocida falacia lógica *post hoc, ergo propter hoc,* "después de esto, por tanto debido a esto". Tales historiadores sugieren que este progreso se logró gracias a las guerras precedentes; era de suponer que mediante reformas políticas y sociales como la introducción del sufragio universal y la jornada laboral de ocho horas, la élite pretendía recompensar a los valientes soldados y a los buenos civiles de la nación por su lealtad, esfuerzos y sacrificios durante la guerra. Que no fue así lo demuestra claramente el hecho de que, prácticamente en todas partes, las personalidades y los partidos políticos más típicamente representativos de la élite repudiaron abiertamente estas reformas y, cuando se mostraron incapaces de impedirlas, dejaron su aplicación en manos de los socialistas reformistas, para que no se les asociara con ellas. Así, en Bélgica, los principales conservadores condenaron la precipitada introducción de reformas en 1918 como el resultado de un golpe de Estado, y al final de la Segunda Guerra Mundial Churchill y los tories lucharon con uñas y dientes contra los planes de reformas democráticas: después de la guerra, el Estado del bienestar británico tuvo que introducirse bajo los auspicios del Partido Laborista. También es sorprendente que la élite británica no se molestara en recompensar las enormes contribuciones a la victoria realizadas por los súbditos indios del Imperio. Al contrario, cuando en la primavera de 1919

[6] Losurdo (2013), pp. 5-6; Gowans (2013b).
[7] Laslett, p. 220.

hubo manifestaciones en la India, en cierto modo una especie de demanda de compensación por los servicios prestados en tiempo de guerra, las autoridades británicas respondieron con una represión brutal, ejemplificada por la infame masacre de Amritsar. En cuanto a los muy meritorios *tirailleurs* senegaleses y norteafricanos, "fueron devueltos a sus hogares inmediatamente después de la guerra" para seguir siendo lo que habían sido antes, es decir, "súbditos, desprovistos de todo derecho político", de sus amos coloniales franceses . Del mismo modo, los más de un millón de soldados afroamericanos no recibieron recompensa alguna por sus esfuerzos, como muchos de ellos habían esperado; la forma estadounidense de apartheid conocida como segregación, acompañada de linchamientos, continuó después de 1918. Numerosos veteranos de guerra negros serían linchados entre 1918 y 1920, a veces incluso vistiendo su uniforme.[8] Un poeta y cantautor afroamericano, Andy Razaf (Andrea Razafkeriefo), dio rienda suelta así a la decepción y amargura de su pueblo:

555

Con todo lo que hablas de justicia
Y la gran Democracia,
Los débiles siguen siendo explotados
Y privados de libertad. [9]

También es un error pensar que el alto nivel de democracia política y sobre todo social fue un desarrollo espontáneo del sistema capitalista, de modo que incluso sin guerras estos avances habrían brotado de una hipotética cornucopia del capitalismo; en otras palabras, el "libre mercado" supuestamente produjo más democracia y la prosperidad asociada al Estado del bienestar. Según este tipo de pensamiento, la función primordial del capitalismo es la creación de riqueza, de la que la parte del león va, supuestamente merecida, a los individuos y empresas "emprendedores", mientras que una parte, ciertamente menor pero aún así "justa", fluye más o menos automáticamente a los trabajadores; el tamaño de esta parte depende presumiblemente de las condiciones económicas, que determinan el volumen de la riqueza que se crea y que, por tanto, está disponible para ser repartida, y también —como oímos una y otra vez a

[8] Koller, p. 137; Whalan, p. 290.
[9] Whalan, p. 289.

economistas y políticos— de la "productividad" de los trabajadores. Pero este argumento se contradice con el hecho histórico de que algunos periodos de gran crecimiento económico y aumentos considerables de la productividad del trabajo apenas traen consigo mejoras en términos de mayores salarios o ventajas sociales; como ejemplos podemos citar el apogeo de la revolución industrial en el siglo XIX, así como nuestra propia época, que consigue combinar una alta rentabilidad empresarial, en gran parte debida al aumento de la productividad del trabajo, con los salarios más bajos y los niveles de servicios sociales más bajos de la "austeridad".[10]Por el contrario, las dos oleadas de reformas políticas y sociales se produjeron en las sociedades occidentales cuando el final de una gran guerra causaba grandes problemas económicos y mientras la productividad laboral no aumentaba. Tampoco es realista afirmar que las reformas sociales y políticas de después de dos guerras mundiales fueron fruto de la dedicación y el celo de los partidos reformistas-socialistas (o socialdemócratas) y los sindicatos. Al final de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, los partidos socialistas y los sindicatos continentales apenas eran combativos, ya que acababan de salir del trauma de años de ocupación nazi. En cuanto a Gran Bretaña, su Estado del bienestar arquetípico fue el hijo espiritual no de laboristas, sino de políticos conservadores con un pasado elitista, como el barón William Henry Beveridge, autor del Informe Beveridge de 1942, el anteproyecto del Estado del bienestar. No cabe duda de que fue el miedo a la revolución lo que llevó a la élite, y más concretamente a los elementos más moderados de la élite, a introducir las importantes reformas políticas y sociales que, en los años posteriores a 1945, bendijeron a Europa Occidental con más democracia y prosperidad que nunca. En 1918, un temor similar había sido la consecuencia de la revolución en Rusia, una revolución que amenazó brevemente con arrasar Europa Occidental; y en 1945 este temor fue provocado por el triunfo de la Unión Soviética sobre la Alemania nazi, un triunfo que granjeó a la Unión Soviética —y a Stalin— un enorme prestigio en todo el mundo y proporcionó inspiración y apoyo moral a los elementos revolucionarios de Europa Occidental y de otros lugares. En cierto modo, escribe el comentarista político canadiense Stephen Gowans, "Stalin obligó a los

[10] Véanse, por ejemplo, las estadísticas (elaboradas por la economista Elise Gould) citadas en Foster y Yates, pp. 8-9.

gobiernos occidentales a crear sólidos programas de bienestar social para mantener la lealtad de sus poblaciones." Así pues, se puede argumentar que, por el nivel relativamente alto de democracia y prosperidad alcanzado después de 1945, gran parte del mérito debe atribuirse a Lenin y Stalin, a pesar de que estos dos líderes soviéticos son tradicionalmente descritos en los medios de comunicación y los libros de historia occidentales como personalidades antidemocráticas.[11] Aun así, estas reformas no habrían visto la luz si los trabajadores y otros plebeyos de Europa Occidental no hubieran ejercido una enorme presión sobre la élite a través de huelgas y manifestaciones, obligándola así a hacer importantes concesiones. En este sentido, las dos notables dosis de democracia y servicios sociales administradas a Europa Occidental después de 1918 y 1945 fueron el resultado, como subraya Domenico Losurdo, "de una movilización política y social de las clases bajas y, por tanto, de la lucha de clases".[12] Estos dos grandes pasos adelante en la dirección de la emancipación del "populacho" fueron, en efecto, el producto de una lucha de clases, de una "guerra de clases" librada en el marco de la primera como de la segunda de las guerras mundiales del siglo XX. La élite había querido y desencadenado estas guerras porque había puesto grandes esperanzas en ellas, pero en ambos casos acabó muy decepcionada y se vio obligada a ceder mucho terreno a las fuerzas de la revolución y la democracia. No las clases altas, sino las bajas, salieron en cierto modo victoriosas de estos dos conflictos, que les habían exigido enormes esfuerzos y sacrificios.

557

Al igual que tras la Gran Guerra, la élite no se resignó a su revés, sino que procedió inmediatamente a elaborar planes para vencer a la revolución y hacer retroceder las concesiones que había tenido que hacer en materia de reformas políticas y sociales. Una vez más, la guerra desempeñó un papel crucial en estos planes, aunque una guerra de una nueva variedad. Este nuevo tipo de guerra fue la Guerra Fría, desatada prácticamente en cuanto se hizo evidente que la Segunda Guerra Mundial produciría una derrota de la Alemania contrarrevolucionaria y un triunfo de la encarnación soviética de la revolución. En la guerra de clases de 1914-1918, Gran Bretaña y Francia habían sido en cierto modo los buques insignia de la

[11] Hobsbawm (1994), p. 331; Canfora (2008), p. 258 y ss.; Gowans (2013b).
[12] Losurdo (2013), p. 5.

élite, y en la guerra de clases de 1939-1945 puede decirse que la Alemania nazi desempeñó ese papel. Pero el conflicto mundial de 1939-1945 fue también una lucha por la supremacía entre potencias imperialistas, y gracias a la aplastante derrota del candidato alemán a esta supremacía, EEUU emergió en 1945 como el hegemón imperialista. De este modo, Estados Unidos se convirtió también en el país insignia de la contrarrevolución, del que su propia élite y la internacional esperaban no sólo que se enfrentara a la Unión Soviética y a las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas de todo el mundo, sino también que se pusiera a la cabeza en la búsqueda de formas de hacer retroceder el mayor número posible de concesiones políticas y especialmente sociales allí donde se hubieran hecho. Y así fue como Estados Unidos desencadenó la llamada Guerra Fría contra la Unión Soviética y las fuerzas con las que estaba asociada, aunque no es descabellado argumentar que los orígenes de esta Guerra Fría se remontan a la intervención aliada en la Guerra Civil rusa al final de la Gran Guerra.

Desde el final de la Guerra Civil de 1861-1865, la élite estadounidense había sido una élite prácticamente exclusivamente burguesa, centrada en la industria y las finanzas. Después de 1945, colaboró estrechamente con socios menores de otros países occidentales, ante todo sus homólogos burgueses, es decir, los grandes industriales y banqueros de Gran Bretaña, Francia y, sobre todo, Alemania, lugar de las principales inversiones estadounidenses desde los años veinte, pero también los latifundistas, todavía predominantemente aristocráticos, y, por último, pero no por ello menos importante, los prelados de la Iglesia católica en general y del Vaticano en particular. La colaboración con el Vaticano ya era muy estrecha en 1945, sobre todo para ayudar a los criminales de guerra alemanes, a los colaboradores nazis y a los fascistas croatas, ucranianos y de otros países que habían prestado amablemente servicios anticomunistas y antisoviéticos a escapar a Sudamérica y a otros lugares, incluido Canadá, a través de las tristemente célebres "líneas de ratas".[13] Esta colaboración entre Washington y el Vaticano demuestra cómo, incluso en la historia más reciente, la élite ha seguido siendo una simbiosis de la clase media-alta industrial y financiera moderna y de la clase alta *del antiguo régimen*,

[13] Véanse, por ejemplo, Lacroix-Riz (1996), pp. 429 y ss., 450-57, Feldbauer (2008b), parte 10, y los estudios de Giovanni Maria Pace y Gerald Steinacher.

formada por la nobleza y la Iglesia, unidas en una oposición común a la revolución y la democracia. Es sintomático que esta política tuviera que ser llevada a cabo sigilosamente por los servicios secretos estadounidenses, ya que habría escandalizado y ofendido a la gran mayoría de los norteamericanos.

558

Al igual que las dos guerras mundiales, la Guerra Fría fue simultáneamente una guerra "vertical" entre países y bloques de países (los miembros de la OTAN frente a los del Pacto de Varsovia) y un conflicto "horizontal" entre clases. Para la élite internacional, encabezada por Washington, el objetivo no era tanto lograr la victoria contra un país como derrotar a un sistema, a saber, el contrasistema socialista al capitalismo que los soviéticos habían estado construyendo desde 1917. Este sistema, introducido en Europa del Este bajo los auspicios soviéticos después de 1945, parecía dispuesto a conquistar no sólo Europa Occidental sino también el resto del mundo, incluso sin la ayuda del Ejército Rojo. El modelo soviético de socialismo, asociado a una rápida industrialización y modernización, así como a la victoria sobre uno de los países capitalistas más poderosos, la Alemania nazi, ejerció efectivamente una gran atracción en la posguerra, no sólo en Europa occidental y meridional, sino también en las colonias y semicolonias de los países occidentales. Por tanto, fue menos contra la Unión Soviética como país que contra el sistema soviético y la idea del socialismo radical o comunismo, encarnada por la Unión Soviética, contra lo que Estados Unidos, en nombre de la élite internacional, lanzó una ofensiva a partir de 1945, haciendo uso de la diplomacia, la CIA y la OTAN. La CIA orquestó contra el comunismo una ofensiva intelectual y cultural en la que contó con la colaboración de innumerables escritores, artistas, ex comunistas, socialdemócratas y otras personalidades de izquierda. Entre los intelectuales que ahora se sabe que fueron "financiados y promovidos por la CIA" figuran George Orwell, Isaiah Berlin, Sidney Hook, Daniel Bell, Hannah Arendt, Arthur Koestler y Raymond Aron.[14] En contraste con el socialismo revolucionario, o comunismo, al que temía, la élite simplemente detestaba el socialismo reformista o socialdemocracia, y lo toleraba y cooptaba como aliado en lo

[14] Petras, refiriéndose al libro de Frances Stonor Saunders, Who *Paid the Piper: La CIA y la Guerra Fría Cultural.*

que podría llamarse, por analogía con la "Gran Guerra de Clases", la "Guerra Fría de Clases". Fue por servicios de este tipo por lo que el socialista belga Paul-Henri Spaak fue recompensado con el cargo de secretario general de la OTAN. Para ganar la Guerra Fría de Clases contra el "enemigo interior", todos los medios eran admisibles, incluyendo las formas más mendaces de propaganda, el uso de agentes provocadores, e incluso el terrorismo en forma de ataques de "falsa bandera", también conocidos como "operaciones negras". Ahora es bien sabido que en los años 70 y 80 la CIA y la OTAN adoptaron en secreto la "estrategia de la tensión". Se llevaron a cabo atentados y se asesinó a personas inocentes para culpar a los comunistas y desacreditar así al comunismo, sobre todo en países donde se consideraba que tenía demasiado éxito, como Italia. Un ejemplo espectacular de ello fue el atentado de 1980 en la estación de ferrocarril de la Bolonia "roja", meca del comunismo italiano. También en Bélgica se asesinó a inocentes en el marco de esta estrategia, según un especialista suizo en la materia, Daniele Ganser.[15]

559

La élite también resintió enormemente que el socialismo soviético resultara ser una fuente de inspiración y esperanza para millones de personas en las colonias. "Incluso la mera existencia de la Unión Soviética", escribe el historiador italiano Enzo Traverse, "significaba una enorme ventaja para los pueblos coloniales en su lucha por la liberación y contra el imperialismo".[16] Las colonias formaban parte del "mundo libre" capitalista, que pretendía ser la cuna de la prosperidad y la democracia. Pero en aquella época estas tierras se caracterizaban por la opresión, la explotación y la pobreza extrema. Y para sus habitantes no había ninguna posibilidad de libertad y prosperidad, salvo para una élite compradora infinitesimal, normalmente corrupta y cleptocrática. En el marco colonial, las perspectivas de mejora eran inexistentes en lo que respecta a la inmensa mayoría de la plebe. También aquí la práctica reveló que la Guerra Fría era una manifestación de la guerra de clases: Washington y "Occidente" en general defendieron el dominio (semi)colonial tanto tiempo como fue posible, y tras la independencia —concedida en la mayoría de los casos de muy mala gana— apoyaron con demasiada frecuencia a dictadores, como

[15] Ganser; también Feldbauer (2008b), parte 10.
[16] Traverso, p. 55.

Mobutu o Pinochet, con los que se podía contar para defender los intereses de los bancos y corporaciones occidentales en un contexto "neocolonial", mientras que luchaban con uñas y dientes contra todos aquellos, comunistas o no, que defendían la causa de la auténtica independencia y libertad. Si se consideraba necesario, se desencadenaban guerras abiertamente imperialistas en las que millones de personas perdían la vida, como en el caso de Vietnam. Es revelador que en ese país los luchadores por la libertad que luchaban por emancipar a su pueblo y sustituir el dominio colonial por la democracia se encontraran con la oposición de las tropas de una gran potencia que afirma ser la campeona de la libertad y la democracia, y que en esta guerra Estados Unidos se beneficiara del apoyo incondicional de la supuestamente muy democrática y amante de la libertad Alemania Occidental, o al menos de su gobierno; A la inversa, los combatientes por la libertad recibieron el apoyo de la población y de los dirigentes de la supuestamente antidemocrática Unión Soviética y de Alemania Oriental, como nos recuerdan los descoloridos carteles de los años setenta en el museo de la guerra de la ciudad de Ho Chi Minh (Saigón). Luciano Canfora ha observado que el apoyo ofrecido por Moscú a innumerables movimientos de liberación en el Tercer Mundo costó una enorme cantidad de dinero y, por tanto, contribuyó incuestionablemente a la "implosión" de la Unión Soviética.[17] Mientras tanto, la despiadada explotación del Tercer Mundo enriqueció aún más a Estados Unidos y a otros países "occidentales"; o mejor dicho, a sus élites empresariales y bancarias. Incluso hoy, a pesar de la tan cacareada "ayuda a los países en desarrollo", cada año que pasa se transfiere mucha más riqueza de los países pobres del Tercer Mundo a las naciones occidentales ricas, las antiguas potencias coloniales, que viceversa.

560 La guerra de Vietnam fue incuestionablemente una guerra de clases. No fue sólo un conflicto entre una pequeña élite, ejemplificada por el clan survietnamita de Diem, y las masas populares del propio país, sino también una guerra entre un país "proletario" pobre y oprimido y un país "capitalista" neocolonial grande, rico y poderoso. En otros lugares del Tercer Mundo, la élite internacional , dirigida por Washington, luchó contra las fuerzas de la democracia, la libertad y la emancipación, que

[17] Canfora (2013), p. 26.

contaban con el apoyo de la Unión Soviética y de los comunistas de todo el mundo. En el Congo, en 1960, para salvaguardar los intereses estadounidenses y belgas, el líder popular Patrice Lumumba fue asesinado y sustituido por un dictador prooccidental, Mobutu Sese Seko. En 1965-1966, en Indonesia, Washington echó una mano a los organizadores de la masacre de cientos de miles de personas favorables al comunismo, o supuestamente favorables, y ayudó a llevar al poder al general prooccidental Suharto, un dictador asesino y cleptocrático con el que se podían hacer lucrativos negocios. En Chile, en 1973, en ese otro "nueve-once", el general Pinochet recibió luz verde de Washington para asesinar al presidente democráticamente elegido Salvador Allende; la riqueza natural, la mano de obra y el mercado de Chile se ofrecieron así en bandeja de plata a los bancos y empresas estadounidenses y occidentales como ITT. Y en Sudáfrica, los estadounidenses apoyaron el régimen del apartheid y combatieron a los activistas que se oponían a este sistema racista. (La CIA, por ejemplo, colaboró en la detención de Nelson Mandela, cuya muerte a finales de 2013 provocó que una pléyade de hipócritas dirigentes occidentales fueran a derramar lágrimas de cocodrilo a Pretoria con fines de relaciones públicas).[18] Es obvio que para Occidente, la Guerra Fría no fue más una guerra por la libertad y la democracia de lo que había sido la Gran Guerra, sino que fue exactamente lo contrario: una guerra contra la democracia y contra la libertad, en particular contra la libertad de los pueblos del Tercer Mundo. Asimismo, al igual que el conflicto de 1914-1918, también fue una guerra con objetivos imperialistas que tuvo consecuencias desastrosas para las colonias, semicolonias y excolonias que componen el Tercer Mundo. La Unión Soviética tuvo muchos defectos, pero con respecto al Tercer Mundo hay que reconocer que el Estado soviético y el pueblo soviético apoyaron la causa de la libertad y la democracia.

561

A través de la "Guerra Fría de Clases", la élite occidental esperaba sobre todo poner fin al experimento revolucionario que estaba en marcha en la Unión Soviética desde 1917. A pesar de los enormes problemas, el derramamiento de sangre, las luchas internas y las guerras internas y externas, este experimento había logrado mucho, como refleja el triunfo

[18] B. Becker.

del país sobre la poderosa Alemania nazi y, más tarde, el espectacular éxito del programa espacial soviético. Pero la Guerra Fría desencadenó una carrera armamentística para la que Moscú, a diferencia de Washington y Occidente en general, no disponía de suficientes recursos financieros. Ya se ha mencionado en que el apoyo soviético a los movimientos de liberación del Tercer Mundo agotó las arcas de Moscú y contribuyó así a la implosión de la Unión Soviética. Pero la Unión Soviética también estaba desgarrada por graves conflictos internos, que tras la muerte de Stalin en 1953 desencadenaron un cambio de rumbo que tuvo nefastas consecuencias.[19] El resultado de todo ello fue que, a principios de la década de 1990, la Unión Soviética se derrumbó. Gracias a la "guerra fría de clases", la élite internacional consiguió así lo que no había podido realizar a través de las dos grandes guerras de clases de 1914-1918 y 1939-1945: la victoria sobre la revolución. Irónicamente, este logro contrarrevolucionario se atribuyó —y se sigue atribuyendo— a las "revoluciones de terciopelo" y otras "revoluciones" que empezaron, al menos simbólicamente, con la caída del Muro de Berlín en 1989 y terminaron de alguna manera en 1993, cuando Boris Yeltsin ordenó a las tropas disparar contra el Parlamento ruso.

562

Para darse cuenta de que en realidad se trataba de acontecimientos contrarrevolucionarios, basta con plantearse la pregunta *cui bono?,* "¿quién se benefició de esto?". En otras palabras, "¿quiénes fueron los ganadores?". Los beneficiarios de las llamadas revoluciones en Europa del Este fueron sin duda la nobleza y la Iglesia, los elementos contrarrevolucionarios primordiales. Durante la Gran Guerra de Clases de 1914-1918, su sueño de *volver al antiguo régimen* fracasó y, en 1945, perdieron sus castillos y vastas propiedades junto con su poder político preponderante y su gran prestigio social. Sin embargo, en los años posteriores a 1990, no sólo las familias nobles de los antiguos Imperios alemán y austrohúngaro, sino también, y especialmente, la Iglesia católica, pudieron recuperar en Europa oriental (y en gran parte de Europa central) sus propiedades terratenientes que habían sido socializadas en 1945. (Pudieron hacerlo gracias a la benevolente colaboración de "demócratas" como Lech Walesa y Vaclav Havel, personalidades que fueron generosamente recompensadas por sus

[19] Se hace referencia al libro de Roger Keeran y Thomas Kenny, *Socialism betrayed: Detrás del colapso de la Unión Soviética.*

servicios). El resultado es que la Iglesia católica vuelve a ser el mayor terrateniente de Polonia, la República Checa y Hungría. A este terrateniente, los plebeyos de Europa del Este —por ejemplo, los campesinos arrendatarios polacos y los tenderos eslovenos de la pequeña plaza del mercado detrás de la catedral de Liubliana— tienen que pagar ahora alquileres mucho más altos que en los supuestos "malos tiempos" anteriores a 1990. Gracias a Havel y sus consortes, muchos antiguos terratenientes aristocráticos, como la dinastía de los Schwarzenberg de , vuelven a poseer castillos y grandes dominios en Europa del Este y disfrutan de nuevo de gran prestigio social y poder político, como en los "buenos viejos tiempos" anteriores a 1914.[20]

Sobre este tipo de cosas, nunca se dijo ni se escribió una palabra en nuestros principales medios de comunicación. Al contrario, se nos convenció de que Karol Jozef Wojtyla, el Papa Juan Pablo II, colaboró con el archiconservador presidente estadounidense Ronald Reagan y la CIA contra los soviéticos sólo para restaurar la democracia en Europa del Este. Que el jefe de la Iglesia Católica, una institución eminentemente antidemocrática en la que el Papa tiene todo que decir, y millones de sacerdotes y creyentes ordinarios nada en absoluto, pueda ser un apóstol del evangelio democrático, es una noción absurda. Si el Papa realmente quisiera defender la democracia, podría haberlo hecho en la propia Iglesia Católica.

563

El hecho de que Juan Pablo II no quisiera tener nada que ver con la democracia genuina se desprende claramente del hecho de que condenó la "teología de la liberación" y luchó con uñas y dientes contra los valientes defensores de esta teología —generalmente sacerdotes y monjas de bajo rango— que promovían el cambio democrático en América Latina, un cambio democrático que era mucho más necesario allí que en Europa del Este. De hecho, en la mayor parte de América Latina la población nunca se ha beneficiado de la educación gratuita, la atención médica o los muchos otros servicios sociales que se daban por sentados en la Polonia comunista y en otros lugares de Europa del Este. Por supuesto, en América Latina la Iglesia católica siempre ha sido una gran terrateniente, cuyos privilegios y

[20] Parenti (2011); véanse también las observaciones sobre los Schwarzenberg en Bussmann y Trbger, pp. 414-15.

riqueza —frutos de la sangrienta conquista de la tierra por los conquistadores españoles— podrían haber sido borrados por una auténtica democratización en beneficio de los campesinos y otros proletarios. Es sin duda por esta razón que el Papa se esforzó por el cambio en Europa del Este, pero se opuso a él en América Latina. Y el Papa ni siquiera protestó cuando en El Salvador los socios contrarrevolucionarios de su amigo Reagan masacraron a varias monjas así como al obispo Romero a causa de sus convicciones democráticas. Que Wojtyla no era un demócrata sino un reaccionario quedó igualmente demostrado por el hecho de que mantuvo relaciones cordiales con dictadores como Pinochet y neofascistas como el político austriaco Jorg Haider. Y optó por beatificar a algunas figuras históricas reaccionarias de dudosa reputación, como el último emperador de los Habsburgo, Carlos I, y el filofascista Alois Stepinac, arzobispo de Zagreb durante la Segunda Guerra Mundial.[21]

También es muy cuestionable que los cambios en Europa del Este después de 1990 anunciaran un paso adelante en la dirección de la democracia y la emancipación de la gente corriente. En Polonia, por ejemplo, desde la caída del comunismo, la separación de la Iglesia y el Estado, uno de los grandes logros de la Revolución Francesa, existe sobre el papel pero no en la práctica. Los ciudadanos que no son católicos, así como los homosexuales y las feministas, no pueden sentirse a gusto allí. En cierto modo, Polonia ha vuelto a la época anterior a la Revolución Francesa, cuando, en casi todos los países, una religión concreta era la religión del Estado y no se hablaba de libertad religiosa ni de tolerancia.[22] El hecho de que los líderes de los Estados poscomunistas de Europa del Este no estén especialmente enamorados de la democracia también se desprende del hecho de que demasiados de ellos son devotos y acérrimos apóstoles de un nacionalismo de extrema derecha, asociado no sólo a una religión específica, sino también a la xenofobia, el racismo, el antisemitismo, etcétera.

564

Además, prácticamente en todas partes estos líderes han considerado oportuno exculpar y glorificar a los elementos extremadamente

[21] Feldbauer (2008b), parte 17; más sobre Stepinac en Deschner, pp. 640-45.

[22] Véase, por ejemplo, el artículo sin fecha de Andrzej Dominiczak, "Church and State in Post-Communist Poland".

antidemocráticos e incluso abiertamente fascistas que gobernaron sus países en la década de 1930 y/o colaboraron con los nazis y cometieron todo tipo de crímenes de guerra durante la década de 1940. Esto ha estimulado el auge, a veces espectacular, de movimientos neofascistas e incluso, como ocurre hoy en Ucrania, abiertamente neonazis. La mayoría de la población —y desde luego el ciudadano de a pie que no pudo llenarse los bolsillos gracias a las "revoluciones" de los años 90— no se siente mimada en la "nueva" Polonia o Bulgaria. Los sondeos de opinión revelan que en países como Rumanía, la mayoría siente que la vida era mejor bajo el comunismo. Un factor determinante de esta nostalgia es el hecho de que servicios sociales vitales como la atención médica y la educación, incluida la superior, ya no son gratuitos o muy baratos, como antes. Por el contrario, en países como Uzbekistán han reaparecido algunas prácticas que suelen asociarse al desagradable capitalismo del siglo XIX, como el trabajo infantil. Las mujeres de Europa Central y Oriental, y de la antigua Unión Soviética, también perdieron muchos de los considerables logros que habían conseguido bajo el comunismo, por ejemplo en lo que respecta a oportunidades de empleo, independencia económica, guarderías asequibles y otras prestaciones sociales.[23] No es de extrañar que innumerables jóvenes no vean un futuro decente para sí mismos en su patria de Europa del Este y se marchen a probar suerte a otra parte. Así, votan contra el nuevo sistema "con los pies", como solían decir triunfalmente, en la época de la Guerra Fría, los disidentes que abandonaban los países del bloque comunista europeo o Cuba.

Aparte de una "oligarquía" de capitalistas nacionales recién nacidos, oportunistas pícaros que aprovecharon las "revoluciones" para saquear la riqueza socializada de sus países y las multinacionales que descendieron como buitres sobre la Europa del Este postcomunista, los principales beneficiarios de los cambios en Europa del Este fueron las instituciones y personalidades *del antiguo régimen* que consiguieron recuperar gran parte del terreno que habían perdido al final de las dos guerras mundiales. Lo mismo ocurrió en el corazón ruso de la antigua Unión Soviética. Allí, la Iglesia Ortodoxa ha protagonizado una espectacular remontada, similar a la lograda por la Iglesia Católica en Polonia. Ha recuperado prácticamente

[23] Véanse Gowans (2013c) y los artículos de Richard Pipes sobre Rumanía y de Sabine Kergel sobre las mujeres en la antigua Alemania del Este.

toda la gigantesca cartera de terrenos y edificios que poseía antes de 1917, y el Estado ha financiado generosamente la restauración de antiguas iglesias (y la construcción de otras nuevas) a costa de todos los contribuyentes, cristianos o no. La Iglesia Ortodoxa vuelve a ser grande, rica y poderosa, y está estrechamente asociada al Estado, exactamente como en los "buenos tiempos" de los zares. Un poderoso símbolo de este *retour en arriere*, y de la rehabilitación del *ancien régime*, fue la canonización del zar Nicolás II en agosto de 2000.[24]

565

Si comparamos la Rusia actual y China, observamos que en el primer país primero Yeltsin y luego Putin han hecho retroceder el reloj a la época anterior a 1917. Para una pequeña élite de oligarcas, eso ha sido algo maravilloso, pero para la mayoría del pueblo la situación no ha mejorado en absoluto, sino todo lo contrario. (La era Yeltsin de la década de 1990 fue catastrófica en este sentido, pero hay que reconocer que se ha producido una mejora considerable en los últimos años con Putin). En la actualidad, Rusia no es una democracia ejemplar. Como resultado de la contrarrevolución orquestada por Yeltsin, Rusia volvió a ser lo que había sido en la época de los zares: una gran potencia (aunque no tan grande como antes de 1990), gobernada de forma autocrática y con una enorme brecha social entre una élite inmensamente rica y una mayoría relativamente pobre. En China, en cambio, una embrionaria "revolución de terciopelo" —en realidad una contrarrevolución— fue cortada de raíz en la plaza de Tian'anmen en 1989. A su manera enigmática, los dirigentes chinos han seguido recorriendo el camino de la revolución. La democracia al estilo occidental, con elecciones presumiblemente libres, no existe en China y, al igual que Rusia, el país ha sido testigo de la aparición de una pequeña élite de superricos. Pero éstos no han llegado al poder, y su ascenso no ha impedido el hecho innegable de que para millones y millones de chinos corrientes la vida también ha mejorado enormemente y sigue mejorando aún hoy. Gracias a la revolución inspirada en el antecedente ruso de 1917 y orquestada por Mao siguiendo líneas leninistas y estalinistas, China se ha convertido en una gran potencia y en un país

[24] MacKinnon y Lehmann.

cada vez más próspero, mientras que antes de la revolución era un país débil e inmensamente pobre.[25]

566 Gracias a la caída del comunismo en Rusia y en otros lugares de Europa del Este, la nobleza y sobre todo el clero han podido recuperar gran parte de las pérdidas que habían sufrido tras los dos grandes estallidos de la guerra de clases del siglo XX. Sin embargo, el gran vencedor ha sido el socio mayoritario dentro de la élite internacional, los financieros e industriales burgueses como George Soros,[26] y los grandes bancos y corporaciones. Estas últimas son generalmente multinacionales estadounidenses, europeas occidentales o japonesas. Ser una multinacional significa hacer negocios en todos los países y no pagar impuestos en ninguno. Las multinacionales entraron triunfantes en Rusia y Europa del Este para vender sus hamburguesas, refrescos de cola, armas y otras mercancías; para hacerse con empresas estatales a precio de saldo; para acaparar materias primas; para contratar trabajadores y personal altamente cualificado, educados a expensas del Estado, con salarios bajos; etc. Los grandes perdedores en este esquema fueron los trabajadores y empleados de los países occidentales: sus salarios relativamente altos y sus condiciones de trabajo favorables, introducidos después de 1918 y/o 1945, se consideraron en adelante como "no competitivos", y los beneficios sociales que se habían introducido eran ahora repentinamente "inasequibles". En consecuencia, se dijo a los asalariados que se conformaran con menos, pero incluso cuando aceptaron que se les bajaran los salarios y se les "arañaran" las prestaciones en el marco de las medidas de "austeridad", a menudo vieron cómo sus puestos de trabajo desaparecían en dirección a los países de bajos salarios de Europa del Este y el Tercer Mundo. Tras la caída del Muro de Berlín, se permitió a las grandes empresas de Alemania Occidental, que tan provechosamente habían colaborado con los nazis entre 1933 y 1945, saquear económicamente a Alemania Oriental. Por otra parte, los trabajadores de Alemania Occidental vieron cómo sus salarios —bajados por los nazis pero aumentados inmediatamente después de 1945— disminuían rápidamente. Y vieron

[25] Para unas reflexiones inteligentes y estimulantes sobre el desarrollo de China y una comparación con Rusia, véase Losurdo (2007a), p. 157 y ss.

[26] Un gran filántropo y demócrata, al menos según su propia página web, http://www.georgesoros.com.

cómo sus puestos de trabajo emigraban a la antigua Alemania Oriental o a Polonia, e incluso más al este, a países del Tercer Mundo como Tailandia, por ejemplo, donde la gente está lo suficientemente desesperada como para trabajar como esclavos por salarios aún más bajos.

La élite financiera e industrial de Europa Occidental consiguió beneficiarse de nuevo de la implosión de la Unión Soviética. Las reformas políticas y sociales se habían introducido precipitadamente inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y en el marco de la Guerra Fría. La democratización política, principalmente en forma de ampliación del sufragio, nunca constituyó un problema serio para la élite. Con la colaboración de los grandes medios de comunicación y los grandes partidos políticos, ambos estrechamente controlados por la élite, no siempre fue fácil, pero prácticamente nunca imposible, "fabricar" victorias electorales para los partidos conservadores, liberales y, en caso necesario, reformistas-socialistas (o socialdemócratas) de confianza.[27] De este modo, se demostró una y otra vez en Europa Occidental que era posible llevar al poder a gobiernos con los que la élite podía contar para apoyar el orden establecido y promover sus intereses dentro y fuera del país. Pero las reformas sociales causaron más problemas a la élite, porque la aparición del Estado del bienestar había restringido, no drásticamente pero sí en cierta medida, las posibilidades de maximización del beneficio. Los intelectuales y políticos neoliberales condenaron el Estado del bienestar desde el principio como una nefasta intervención estatal en el funcionamiento presuntamente espontáneo y beneficioso del "libre mercado". El final de la Guerra Fría ofreció a la élite una oportunidad de oro para desmantelar el Estado del Bienestar y los regímenes de seguridad social en general, un proyecto ya lanzado en la década de 1980 por personajes como Margaret Thatcher y Ronald Reagan. En los años posteriores a 1945, escribe el ya citado historiador belga Jan Dumolyn,

567

> *la élite había hecho grandes concesiones a la población trabajadora por miedo al comunismo... para mantener a la gente callada y contrarrestar el*

[27] Como ha explicado Luciano Canfora, las victorias electorales se suelen "fabricar", es decir, se producen de forma similar a como la industria fabrica mercancías, mediante "inversiones" masivas y por medio de costosas "maquinarias" electorales, lo que significa que los individuos y las organizaciones que disponen de más capital tienen muchas probabilidades de ganar; véase Canfora (2008), p. 212.

> *atractivo del socialismo tras el Telón de Acero. Así que no es una coincidencia que los servicios sociales comenzaran a reducirse tras la caída del Muro de Berlín en 1989. La amenaza había desaparecido. Ya no era necesario apaciguar a la población trabajadora.* [28]

Desde el momento en que dejó de ser necesario competir con la Unión Soviética, la élite fue libre de hacer retroceder impunemente los servicios sociales asociados al Estado del bienestar en toda Europa Occidental. Todavía está muy centrada en esta tarea, claramente con la esperanza de que pronto no quede nada en absoluto del Estado del bienestar. Estamos asistiendo a un retorno al capitalismo desenfrenado y despiadado del siglo XIX.

Incluso durante la Guerra Fría, las grandes empresas pudieron maximizar sus beneficios gracias a los encargos estatales en el marco de programas de armamento gargantuescos, necesarios —nos decían— para defender el "mundo libre" contra la agresión soviética. La OTAN organizó esta "defensa" y distribuyó los lucrativos contratos, cuya parte del león fue a parar naturalmente a empresas estadounidenses, miembros del infame complejo militar-industrial transatlántico. Tras la caída del Muro de Berlín, la implosión de la Unión Soviética y el desmantelamiento del Pacto de Varsovia, ya no se podía afirmar que Occidente estuviera amenazado por el Bloque del Este. Pero la OTAN siguió existiendo e incluso se expandió, absorbiendo a numerosos países de Europa del Este que posteriormente se convirtieron en compradores de costoso material militar fabricado en Estados Unidos y en otros lugares de Occidente; para conseguir los fondos necesarios o cumplir las condiciones impuestas a los préstamos de los bancos occidentales, sus gobiernos normalmente recortaban los servicios sociales que se remontaban a la época comunista. Por supuesto, se necesitaba un enemigo contra el que este armamento debía protegernos, y tras la caída del "imperio del mal" soviético ese enemigo fue brevemente Sadam Husein. Pero entonces el "terrorismo" apareció en escena como un *deus ex machina,* y una nueva guerra, la "Guerra contra el Terror", surgió espectacularmente de las cenizas de la Guerra Fría. Este nuevo conflicto mundial proporcionó una justificación muy necesaria para la existencia de la OTAN y para la continuación de la lucrativa producción y venta de

[28] Dumolyn; véase también Pauwels (2015), pp. 217-18.

armas que resulta ser la dinamo de la "economía de guerra" del capitalismo contemporáneo en general y del "sistema del Pentágono" en particular. Este "sistema del Pentágono" también se conoce como "keynesianismo militar" o —por analogía con el "Estado del bienestar"— "Estado de guerra"; surgió en Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial como una especie de empresa conjunta del gobierno y el complejo corporativo "militar-industrial", y pretendía evitar que la economía estadounidense volviera a caer en una crisis al estilo de la Gran Depresión cuando el Niágara de los enormes pedidos estatales asociados a la guerra amenazó con agotarse. Gracias a nuevas guerras, primero la Guerra Fría y luego la Guerra contra el Terror, cuyos costes corren a cargo de los contribuyentes, las grandes corporaciones han podido seguir registrando enormes beneficios vendiendo todo tipo de armas y otro material marcial.[29]

Durante la Gran Guerra de 1914-1918, innumerables soldados creyeron que la guerra nunca terminaría. Con la Guerra contra el Terror, esta pesadilla se ha hecho realidad en cierto modo. Un concepto abstracto como el "terror" no puede capitular, por lo que nunca se podrá ganar una guerra contra él. Por lo tanto, estamos condenados a vivir por tiempo indefinido en estado de guerra. Los gigantescos beneficios obtenidos gracias al armamento y la guerra van a parar a las grandes corporaciones, pero los enormes costes son financiados por el Estado mediante préstamos, lo que constituye un negocio extremadamente lucrativo para los grandes bancos. Los préstamos hacen que la deuda nacional se dispare, pero la deuda de un país es "propiedad" de todos sus ciudadanos. Esto significa que la gran mayoría de la población es responsable de la gran mayoría de la deuda. A través de los impuestos, los costes del armamento y la guerra se socializan a expensas de los plebeyos, mientras que los beneficios se privatizan en beneficio de la élite, las grandes empresas y bancos, y sus accionistas. Desde los tiempos de Reagan y Thatcher, las grandes empresas de todos los países occidentales han pagado cada vez menos impuestos, y a veces ninguno. Debido a ello, el Estado se ha encontrado cada vez más en dificultades financieras, lo que significa que ha tenido que depender más de las contribuciones de los ciudadanos de a pie, de la plebe. La crisis fiscal permanente que acompaña a la guerra permanente contra el terrorismo

[29] Pauwels (2015), pp. 218-220.

también proporciona una justificación para desmantelar los servicios sociales supuestamente demasiado caros e inasequibles en el contexto de los programas de "austeridad", y esto mientras los salarios se reducen y el desempleo y la precariedad aumentan, de modo que los servicios sociales sólidos son en realidad más necesarios que nunca. (Grecia ofrece un ejemplo espectacular de este tipo de situación.) Así, los ricos se enriquecen rápidamente, los pobres se empobrecen y la clase media es cada vez menos próspera. Cada pocos años, los plebeyos aún pueden votar a uno de una serie de partidos políticos que sólo hacen lo que la élite quiere o permite; pero, ¿puede llamarse democracia a un sistema así?

569

Así pues, la Guerra contra el Terror también equivale a una guerra de clases, a una gran ofensiva de la élite contra la plebe, contra la emancipación, contra la democracia. Lo que la élite espera con confianza que produzca esta ofensiva es la reconquista del terreno al que tuvo que renunciar en los años posteriores a 1918 y 1945; en otras palabras, el fin del grado relativamente limitado de democracia y el nivel relativamente alto de servicios sociales, conocido como Estado del bienestar, que surgió en la mayoría de los países occidentales en aquella época. Que la Guerra contra el Terror es una guerra de clases también lo revela el hecho de que, especialmente en EEUU, esta guerra ha proporcionado una excusa para restringir aún más la libertad de los ciudadanos mediante una legislación represiva *similar a la Ley de Espionaje* del presidente Wilson. Aquellos estatutos wilsonianos nunca se derogaron del todo, y fueron complementados por George W. Bush con la represiva *Patriot Act.* Aunque esas leyes suelen ir dirigidas contra terroristas vagamente definidos, preferentemente árabes de piel oscura y otros musulmanes, prácticamente cualquier forma de pensamiento y actuación poco ortodoxos queda así potencialmente criminalizada. Como en Gran Bretaña en 1914-1919, ahora los ciudadanos de los países occidentales son bombardeados sistemáticamente a través de los medios de comunicación y Hollywood con propaganda mendaz, y también son espiados e intimidados por sus propios gobiernos. Los plebeyos no tienen influencia alguna en estos gobiernos, no sólo porque las elecciones "fabricadas" carecen de sentido, sino también y sobre todo porque prácticamente todas las decisiones importantes son tomadas por representantes no elegidos de la élite. Éstos están atrincherados más sólidamente que nunca en los bastiones tradicionales de la élite dentro del aparato estatal, a saber, el ejército y la burocracia, en

particular los servicios secretos, pero también en los laberintos burocráticos de instituciones supranacionales como la Organización Mundial del Comercio (OMC). En otras palabras, en Estados Unidos no es el presidente electo —elegido, por cierto, de la forma más antidemocrática— quien ejerce el mayor poder, sino la combinación elitista de generales poco conocidos del Pentágono y apparatchiks anónimos de la CIA, la NSA y el FBI, que mantienen relaciones íntimas con las grandes corporaciones y bancos del país. Y en países como Grecia, cuna de la democracia, los parlamentarios elegidos democráticamente no tienen casi nada que decir en comparación con los "expertos" del Fondo Monetario Internacional (FMI).

570 Por último, es obvio que la Guerra contra el Terror es también una guerra imperialista, que pretende impedir que los habitantes del Tercer Mundo determinen por sí mismos cosas como el precio del petróleo y otros minerales que se encuentran en su suelo. A través de la Guerra contra el Terror, la élite occidental de grandes bancos y corporaciones multinacionales espera hacer retroceder la modesta emancipación lograda por las antiguas colonias en el proceso de descolonización. Su intención es lograr un acceso sin restricciones a las materias primas, los mercados y la mano de obra de estos países. Una política "neocolonial" de este tipo requiere la colaboración de regímenes autoritarios (y normalmente corruptos y cleptocráticos) que, si se considera necesario, son llevados al poder mediante un golpe de Estado, una "revolución de colores" o —como es lógico— una guerra, como en el caso de Irak, Afganistán y Libia. Muy a menudo, estas intervenciones se dirigen simultáneamente contra potencias que se perciben como rivales o incluso enemigas o, al menos, competidoras del imperialismo estadounidense y occidental, a saber, Rusia y China. En el pasado, la existencia de la Unión Soviética obstaculizaba y a menudo incluso impedía estas agresiones neocoloniales, pero desde 1989/1990 Estados Unidos ha podido bombardear y hacer la guerra a su antojo en países como la antigua Yugoslavia, Irak, Somalia, Libia, Siria y Afganistán.

571 Sintomático de todo esto fue el ataque de Estados Unidos y Gran Bretaña (y algunos otros países) contra Irak. Esta brutal agresión no se orquestó porque Sadam Husein fuera un dictador, sino porque se negó a poner los pozos petrolíferos de su país incondicionalmente a disposición de los grandes trusts petrolíferos estadounidenses y británicos, algo que sin duda hace el actual —e igualmente antidemocrático— régimen comprador

instalado por Estados Unidos en Bagdad. (El deseo de obtener el control sobre el petróleo de Mesopotamia ya desempeñó un papel importante en la decisión británica de ir a la guerra en 1914, como hemos visto anteriormente). En cuanto a la ocupación de Afganistán, ese proyecto ha servido ante todo para poner radios geoestratégicos en las ruedas de Rusia y China. Otro caso típico de agresión neocolonial fue el ataque de la OTAN contra Libia y el linchamiento bestial del coronel Kadhafi en 2011. Este atraco particularmente brutal no reflejaba un hipotético deseo de introducir la democracia y la libertad en esa parte del norte de África o de alcanzar otros objetivos humanitarios, sino más bien la determinación de Occidente de lograr el control sobre el petróleo libio y de eliminar el único Estado de bienestar de África, que es lo que era el país de Kadhafi. La iniciativa libia de la OTAN iba a revelarse como un "buen negocio" para la élite internacional, pero una catástrofe para la población libia y el gran número de otros africanos que habían encontrado trabajo y vivían bastante bien en el país de Kadhafi y que, como el propio coronel, fueron brutalmente asesinados por los "rebeldes" patrocinados por la OTAN.

Una y otra vez oímos que una grave crisis económica asola el mundo desde hace ya bastantes años; sin embargo, a la élite le ha ido muy bien. Las grandes empresas han obtenido mayores "beneficios" que nunca, y cada año los superricos se enriquecen aún más. La pobreza mundial, por otra parte, no ha aumentado e incluso ha disminuido ligeramente en los últimos tiempos sólo debido a la creciente prosperidad de una gran parte de la enorme población china. Pero en Occidente los pobres se están empobreciendo definitivamente, la clase media se encuentra cada vez más presionada y el malestar y el descontento van en aumento en esa parte del mundo. Esta "pauperización" podría conducir a una situación potencialmente revolucionaria, como en Francia en 1789 y en Rusia en 1917. Por otra parte, esta situación también proporciona un caldo de cultivo fértil para la maleza de movimientos contrarrevolucionarios y neofascistas —como el Frente Nacional francés— que culpan a todo tipo de chivos expiatorios de los problemas, como en Alemania en los años treinta. En los años 30, esos chivos expiatorios eran los judíos, asociados de forma simplista con la revolución; ahora son los árabes y los musulmanes en general, asociados de forma igualmente simplista con el terrorismo.

Vivimos en una época de descontento, disturbios, huelgas y manifestaciones, asesinatos, propaganda descarada y autocensura en los medios de comunicación, espionaje incluso en nuestras propias salas de estar, intimidación y opresión, incluso "operaciones negras", todo ello con un trasfondo de guerra aparentemente interminable. Esta situación es similar a la que se vivió en el frente interno durante la Gran Guerra de 1914-1918, a cuya siniestra sombra se ha desarrollado la historia del "corto" siglo XX y de principios del siglo XXI, al igual que la historia del "largo" siglo XIX se desarrolló a la sombra de la conmovedora Revolución Francesa. Jean Jaures fue asesinado en el mismo momento en que estallaba una Gran Guerra que, incluso en el último minuto, aún esperaba evitar. En 1905, había profetizado que

> *De una guerra europea podría surgir una revolución... Pero también puede desembocar, durante un largo período, en una crisis de contrarrevolución, de furiosa reacción , de nacionalismo exasperado, de dictadura asfixiante, de militarismo monstruoso, una larga cadena de violencia retrógrada.* [30]

La predicción de Jaures se ha hecho realidad. El mundo en que vivimos hoy se corresponde en casi todos los detalles con su cuadro apocalíptico. Aún temblamos bajo la fría sombra de la Gran Guerra de Clases.

[30] Citado en Joli, p. 317.

Agradecimientos

Doy las gracias a todos aquellos que, cuando aún era un niño, despertaron en mí el interés por la Gran Guerra, me contaron historias sobre ella, me acompañaron durante las visitas a los campos de batalla y me ayudaron a comprender esa guerra. También estoy agradecido a los historiadores, productores de cine, poetas, cantantes y otras personas cuyos libros, películas, canciones y poemas sobre 1914-1918 no sólo me abrieron los ojos, sino también el corazón. Gracias a todos los que me animaron a escribir este libro y a los que contribuyeron con mejoras y correcciones al manuscrito; y un agradecimiento muy especial a mi mujer, Danielle, por la paciencia que tuvo durante los muchos meses en los que, como un maníaco, apenas me ocupé de otra cosa que de trabajar en esta obra. Por último, agradezco de antemano a todos aquellos que, durante este centenario de la Gran Guerra, no se limitarán a echar otro vistazo a esa guerra en la televisión, sino que la contemplarán con "visión Dalí" leyendo este libro y llegarán así a comprender lo que fue 1914-1918: una gran guerra de clases.

Bibliografía

Gil Abousnnouga y David Machin, *The Language of War Monuments,* Bloomsbury Academic, Londres y Nueva York, 2013.

Giorgio Agamben, *Etat d'exception,* Editions du Seuil, París, 2003.

"Alfred Charles William Harmsworth, Vizconde Northcliffe" http://www.britannica.com/EBchecked/topic/419541/Alfred-Charles-William-Harmsworth-Viscount— Northcliffe.,

Jules Allard, *Journal d'un gendarme 1914-1916,* Bayard, Montrouge, 2010.

"La entrada americana en la Primera Guerra Mundial". http://en.wikipedia.org/wiki/American_entry_into_World_War_I.

"Análisis: Suicidio en las trincheras de Siegfried Sassoon". https://www.litcharts.com/poetry/siegfried-sassoon/suicide-in-the-trenches

Walter L. Arnstein, *Gran Bretaña ayer y hoy: 1830 to the Present,* 2ª edición, D.C. Heath, Lexington, 1971. (Edición original: 1966)

Tony Ashworth, *Trench warfare, 1914-1918: the live and let live system,* Holmes & Meier, Nueva York, 1980.

Stephen Badsey, *Doctrine and Reform in the British Cavalry 1880-1918,* Ashgate, Aidershot y Burlington, 2008.

Nicholson Baker, *Humo humano: The Beginnings of World War II, the End of Civilization,* Simon & Schuster, Nueva York, 2008.

Damien Baldin, "De la contiguite anthropologique entre le combattant et le cheval", *Revue historique des armees*, 2007, http://rha.revues.org/473.

Louis Barthas, *De oorlogsdagboeken van Louis Barthas 1914-1918,* EPO, Berchem, 1998.

Annette Becker, *La Grande Guerre d'Apollinaire: Un poete combattant,* Texto, París, 2014.

Brian Becker, "Fue la CIA la que ayudó a encarcelar a Nelson Mandela. Crocodile tears to mask US imperialism's role as the enemy of African liberation", *Global Research,* 20 de julio de 2013, http://www.globalresearch.ca/it-was-the-cia-that-helped-jail-nelson-mandela/5343409.

Ian F.W. Beckett (ed.), *1917: Beyond the Western Front,* Brill, Leiden y Boston, 2009.

"Belgium's imperialist rape of Africa", *World Socialist Web Site,* 6 de septiembre de 1999, http://www.wsws.org/en/articles/1999/09/king-s06.html.

Richard L. Berke, "Trent Lott and His Fierce Freshmen", *The New York Times,* 2 de febrero de 1997, http://www.nytimes.com/1997/02/02/magazine/trent-lott-and-his-fierce-freshmen.html.

Carl Bernstein, "Artículo de portada: La Santa Alianza", 24 de febrero de 1992, http://content.time.eom/time/magazine/article/0,9171,159069,00.html.

Pierre Berton, *Vimy,* McClelland & Stewart Limited, Toronto, 1986.

Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America. Volume IV: C. 1870 to 1930,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

Carey L. Biron, "Uzbekistan Still Using Child Slaves To Pick Cotton", 20 de octubre de 2014, http://www.mintpressnews.com/uzbekistan-still-using-child-slaves-to-pick-cotton/197884.

Dan Black y John Boileau, *Old Enough to Fight: Canada's Boy Soldiers in the First World War,*

James Lorimer, Toronto, 2013.

Jerome Blum, *The End of the Old Order in Rural Europe,* Princeton University Press, Princeton, 1978.

Maurice Bologne*, L'insurrection proletarienne de 1830 en Belgique,* Aden, Bruselas, 2005. (Edición original: 1929)

Jochen Bolsche, "Ein Hammerschlag auf Herz und Hirn", en Stephan Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg: Die Ur-Katastrophe des 20. Jahrhunderts. Jahrhunderts,* 3.ª edición, Deutsche Verlags— Anstalt, Múnich, 2014, pp. 54-58. (Edición original: 2004)

Bonneure, Kristien, "Het frontparadijs — Heinrich Wandt," ¡http://www.cobra.be/cm/cobra/projecten/wereldoorlog-I/!. 1787141.

Alain Boscus, "La perturbation des identites syndicales et militants", en François Bouloc, Remy Cazals y André Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 227-41.

François Bouloc, *Les profiteurs de guerre 1914-1918,* Complexe, París, 2008.

François Bouloc, "La part des aspirations democratiques dans la parole et 1'experience combattantes", en François Bouloc, Remy Cazals y André Loez (eds.), *Identites Troublees 1914— 1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 85-98.

Sean Brady, "Les demonstrations populaires et 1'experience Italienne de la Grande Guerre: la province sicilienne de Catane (mai-juin 1917)", en Francois Bouloc, Remy Cazals y Andre Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 243-54.

Fernand Braudel, *Grammaire des civilisations,* Arthaud, París, 1987.

Leo Braudy, *De la caballerosidad al terrorismo: War and the Changing Nature of Masculinity,* Vintage, Nueva York, 2003.

Terry Breverton, *Breverton's First World War Curiosities,* Amberley, Stroud, 2014. Jean Bricmont, *Imperialisme humanitaire.* Aden, Bruselas, 2005.

Malcolm Brown y Shirley Seaton, *Tregua de Navidad: el Frente Occidental, diciembre de 1914,* Pan, Londres, 1994.

Robert Craig Brown, "'¿Hacia dónde nos empujan? Political Leadership in Canada during World War I", en J.L. Granatstein y R.D. Cuff (eds.), *War and Society in North America,* Thomas Nelson, Toronto, 1971, pp. 104-19.

Stephan Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg: Die Ur-Katastrophe des 20. Jahrhunderts. Jahrhunderts,* 3.ª edición, Deutsche Verlags-Anstalt, Múnich, 2014. (Edición original: 2004)

"Todo sigue igual". http://www.thisdayinquotes.com/2009/ll/for-churchill-business-as-usual— was.html.

Michael Bussmann y Gabriele Trbger*, Tschechien,* 3ª edición, Michael Muller Verlag, Erlangen, 2011. (Edición original: 2005)

Kathryn Byrnes, "A Summary of Hermann Hesse's Demian", 1998, http://www.gss.ucsb.edu/projects/hesse/works/demian.pdf.

Carlos Canales y Miguel Del Rey, *La Gran Guerra: Grandezay dolor en las trincheras,* Edaf, Madrid, 2014.

Mauro Canali, *Mussolini e il petroIio iracheno: L'Italia, gli interessi petroliferi e le grandi potenze,*

Einaudi, Turín, 2007.

Bibliografía

Luciano Canfora, *1914,* Sellerio, Palermo, 2006.

Luciano Canfora, *La democrazia: Storia di un'ideologia,* Laterza, Bari, 2008. (Edición original: 2004)

Luciano Canfora, *Intervista sul Potere,* Laterza, Bari, 2013.

J.M.S. Careless, *Canadá: A Story of Challenge,* Stoddart, Toronto, 1970.

Julián Casanova, *Europa contra Europa 1914-1945,* Crítica, Barcelona, 2011.

Lucas Catherine, *Loopgraven in Afrika (1914-1918): De vergeten oorlog van de Congolezen tegen de Duitsers,* EPO, Berchem, 2013.

Remy Cazals, *Les mots de 14-18,* Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 2003.

David Childs, *Las dos banderas rojas: La socialdemocracia europea y el comunismo soviético desde 1945,*

Roudedge, Londres y Nueva York, 2000.

Stephanie Claisse, "Au Poilu et au Jass inconnus ... Memoires de 14-18 dans Tentre-deux-guerres", *Cahiers electroniques de l'imaginaire,* n° 2, 2003-2004, pp.167-91, http://www.uclouvain.be/cps/ucl/doc/ucl/documents/cahiers2.pdf.

Marcus Clapham (ed.), *Poetry of the First World War,* Macmillan, Londres, 2013.

Christopher Clark, *Los sonámbulos: How Europe Went to War in 1914,* Harper, Londres, 2012.

Humphrey Cobb, *Senderos de gloria,* Penguin, Londres y Nueva York, 2010.

M.J. Cohen y John Major, *History in Quotations,* Cassell, Londres, 2004.

Steven Connor, "Isaac Rosenberg: Birkbeck's War Poet", 30 de octubre de 2000, http://www.stevenconnor.com/rosenberg.

Tim Cook, "Black-hearted Traitors, Crucified Martyrs, and the Leaning Virgin: The Role of Rumor and the Great Canadian Soldier", en Jennifer D. Keene y Michael S. Neiberg (eds.), *Finding Common Ground: New Directions in First World War Studies,* Brill, Leiden y Boston, 2011, pp. 21-42.

Jean Batist Coopmans, *Verhaal uit den Groote Oorlog van 4 augustus 1914 tot 11 november 1918 [in] Belgie, Nederland Frankrijk, Duitschland,* manuscrito en el archivo del autor.

John Costello, *Love, Sex and War: Changing Values, 1939-45,* Pan, Londres, 1985.

Benoist Couliou, "Ulysse et Damocles. L'identite sociale des combattants frangais et leur perception de la durée (aout 1914-decembre 1915)", en Frangois Bouloc, Remy Cazals y Andre Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 61-72.

Brian Crim, "La guerra total como salud total: Race, Space and Genocide on the Eastern Front, 1941— 1945", s.d., https://www.libraryofsocialscience.com/reviews/Mineau.html.

James Cross, "Los rumanos dicen que el comunismo fue mejor que el capitalismo", 17 de octubre de 2010, http://www.canadaka.net/forums/international-politics-f2/romanians-say-communism-was-better— que-capitalismo-t92392.html.

Raf Custers, *Grondstoffenjagers,* OEP, Berchem, 2013.

"Dadá y surrealismo". http://www.oxfordartonline.com/public/page/themes/dadaandsurrealism.

"Dadá: El movimiento artístico contra la guerra". http://www.arthistoryarchive.com/arthistory/dada/arthistory_dada.html.

Zoe Dare Hall, "JB Priestley: la clase oficial mató a la mayoría de mis amigos", *The Telegraph*, 5 de enero de 2014, Inside the First World War-supplement, p.15.

Santanu Das, "Imperialism, Nationalism and the First World War in India", en Jennifer D. Keene y Michael S. Neiberg (eds.), *Finding Common Ground: New Directions in First World War Studies,*
Brill, Leiden y Boston, 2011, pp. 67-85. (2011a)
Santanu Das, *Race, Empire and First World War Writing,* Cambridge University Press, Cambridge, 2011. (2011b)
James P. Daughton, "Sketches of the Poilu's World: Trench Cartoons from the Great War", en Douglas Mackaman y Michael Mays (eds.), *World War I and the Cultures of Modernity,* University Press of Mississippi, Jackson, 2000, pp. 35-67.
Richard B. Day y Daniel Gaido (eds.), *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I,* Brill, Leiden y Boston, 2012.
Wilhelm Deist, *Militdr und Innenpolitik im Weltkrieg 1914-1918,* 2 volúmenes, Droste, Düsseldorf, 1970.
Wilhelm Deist, "Verdeckter Militarstreik im Kriegsjahr 1918?" en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des Kleinen Mannes: Eine Militdrgeschichte von unten,* Piper, Munich, 1992, pp. 146-67.
Angelo Del Boca, *Italiani, brava gente?: Un mito duro a morire,* 4ª edición, Neri Pozza, Vicenza, 2010. (Edición original: 2005)
Gita Deneckere*, 1900: Belgie op het breukvlak van twee eeuwen,* Lannoo, Tielt, 2006.
Sophie de Schaepdrijver, *De Groote Oorlog: Het Koninkrijk Belgie tijdens de Eerste Wereldoorlog,*
Atlas, Amsterdam, 1997.
Karlheinz Deschner, *Abermals krdhte der Hahn: Eine kritische Kirchengeschichte,* 6ª edición, Goldmann, Munich, 1996. (Edición original: 1962)
Andrzej Dominiczak, "Iglesia y Estado en la Polonia poscomunista".
www.iheu.org/modules/wfsection/article.php ?
http://www.zoominfo.com/CachedPage/?archive_id=0&page_id=980148832&page_url=//articleid=525&page_last_updated=2005-05—05T07:06:29&firstName=Kazimierz&lastName=Kapera.
Roland Dorgeles, *Les Croix de bois,* Albin Michel, París, 1919. "Drole de date pour un nom de rue: le 22 novembre!", *Action Antifa Alsace,* 22 de marzo de 2010,
https://antifalsace.wordpress.com/2010/03/22/drole-de-date-pour-un-nom-de-rue-le-22-novembre.
Dominique Drouin, *Villemandeur dans la Grande Guerre: un village du Loiret dans nos memoires (1914-1918),* n.p., 2006.
Richard B. Du Boff, *Acumulación y poder: An Economic History of the United States,* M.E. Sharpe, Armonk, NY y Londres, 1989.
Jan Dumolyn, "1302 was een revolutie, maar dan wel een linkse," (1302 fue una revolución, pero también un enlace)
http://egbertjs.wordpress.com/?s=dumolyn.
Georges Dupeux, *La societe frangaise 1789-1970,* Armand Colin, París, 1974.
Jean-Baptiste Duroselle, *La Grande Guerre des Frangais 1914-1918: L'incomprehensible,* Perrin, París, 1994.
Dietrich Eichholtz, "Okonomie, Politik und Kriegfuhrung: Wirtschafdiche Kriegsplanungen und Riistungsorganisation bis zum Ende der 'Blitzkriegsphase'", en Dietrich Eichholtz (ed.),

Krieg und Wirtschaft: Studien zur deutschen Wirtschaftsgeschichte 1939-1945, Metropol, Berlín, 1999, pp. 9— 41.(1999a)

Dietrich Eichholtz, "Unfreie Arbeit — Zwangsarbeit", en Dietrich Eichholtz (ed.), *Krieg und Wirtschaft: Studien zur deutschen Wirtschaftsgeschichte 1939-1945,* Metropol, Berlín, 1999, pp.129— 55.(1999b)

Dietrich Eichholtz (ed.), *Krieg und Wirtschaft: Studien zur deutschen Wirtschaftsgeschichte 1939— 1945,* Metropol, Berlín, 1999. (1999c)

Modris Eksteins, *Ritos de primavera: The Great War and the Birth of the Modern Age,* Lester & Orpen Dennys, Toronto, 1989.

Geoff Eley, *De la unificación al nazismo: Reinterpreting the German Past,* Allen and Unwin, Boston, 1986.

Andreas Elter, *Die Kriegsverkdufer: Geschichte der US-Propaganda 1917-2005,* Suhrkamp, Fráncfort, 2005.

"Extranjeros enemigos, prisioneros de guerra: las operaciones de internamiento de Canadá en la Primera Guerra Mundial, 1914-1920".
http://www.pc.gc.ca/eng/pn-np/ab/banff/natcul/histoire-history/internement-internment.aspx.

William F. Engdahl, *A Century of War: Anglo-American Oil Politics and the New World Order,* Edición Engdahl, Wiesbaden, 2011.

Bernt Engelmann, *Einig gegen Recht und Freiheit: Ein deutsches Anti-Geschichtsbuch 2. Teil,* C. Bertelsmann, Munich, 1975.

Peter Englund, *La belleza y el dolor: Una historia íntima de la Primera Guerra Mundial,* Vintage, Londres, 2012.

Juan Eslava Galán, *La Primera Guerra Mundial contada para escépticos,* Planeta, Barcelona, 2014.

"Expressionismus (Literatur)" https://de.wikipedia.org/wiki/Expressionismus_(Literatur,).

Neil Faulkner, *Sin gloria: The Real History of the First World War,* Stop The War Coalition, Londres, 2013.

Gerhard Feldbauer, *Geschichte Italiens: Vom Risorgimento bis heute,* PapyRossa, Colonia, 2008. (2008a)

Gerhard Feldbauer, "Benedikt XVI. und das Biindnis der Kurie mit Reaktion und Faschismus".
http://www.offen-siv.net/2008/08-01_Feldbauer-Papst.pdf. (2008b)

Brian K. Feltman, "Cartas desde el cautiverio: The First World War Correspondence of the German Prisoners of War in the United Kingdom", en Jennifer D. Keene y Michael S. Neiberg (eds.), *Finding Common Ground: New Directions in First World War Studies,* Brill, Leiden y Boston, 2011, pp. 87-110.

Niall Ferguson, *The Pity of War,* Basic Books, Nueva York, 1999. Marc Ferro, *La Grande Guerre*, Gallimard, París, 1969.

Alvin Finkel, "Origins of the welfare state in Canada", en Leo Panitch (ed.), *The Canadian State: Political Economy and Political Power,* University of Toronto Press, Toronto, 1977, pp. 344-370.

Peter Edgerly Firchow, *La muerte del primo alemán: Variations on a Literary Stereotype, 1890— 1920,* Bucknell University Press, Lewisburg, 1986.

Fritz Fischer, *Los objetivos de Alemania en la Primera Guerra Mundial, W.W.* Norton & Co., Nueva York, 1967.

Bibliografía

Fritz Fischer, "Política mundial: World Power and German War Aims", en H.W. Koch (ed.), *The Origins of the First World War: Great Power Rivalry and German War Aims,* Macmillan, Londres y Basingstoke, 1972, pp. 79-144.

Fritz Fischer, *Hitler war kein Betriebsunfall: Aufsdtze,* 4ª edición, Beck, Munich, 1998. (Edición original: 1992)

John Bellamy Foster y Michael D. Yates, "Piketty y la crisis de la economía neoclásica", *Monthly Review,* 2014, volumen 66, número 6, noviembre de 2014, http://monthlyreview.org/2014/ll/01/piketty-and-the-crisis-of-neoclassical-economics.

¡Ernst Friedrich, *Krieg dem Kriege! ¡Guerre a la Guerre! ¡Guerra contra la guerra! Oorlog aan den Oorlog!,*

24ª edición, 2001, Francfort, 1992. (Edición original: 1924)

Paul Fussell, *The Great War and Modern Memory,* Oxford University Press, Londres, 1977.

Filippo Gaja, *El siglo corto: La filosofia del bombardamento. La storia da riscrivere,* Maquis, Milán, 1994.

"Gala Contemplando el mar Mediterráneo que a veinte metros se convierte en el retrato de Abraham Lincoln (Homenaje a Rothko)". http://thedali.org/exhibit/gala-contemplating-mediterranean-sea.

Daniele Ganser, *Los ejércitos secretos de la OTAN: Operación Gladio y terrorismo en Europa Occidental,*

Roudedge, Nueva York, 2005.

Imanuel Geiss, "Origins of the First World War", en H.W. Koch (ed.), *The Origins of the First World War: Great Power Rivalry and German War Aims,* Macmillan, Londres y Basingstoke, 1972, pp. 36-78.

Olivier Gillet, *Los Balcanes: Religions et nationalisme,* Ousia, Bruselas, 2001.

Hermann Glaser, *Literatur des 20. Jahrhunderts in Motiven. Jahrhunderts in Motiven. Band 1:1870 bis 1918,* Beck, Múnich, 1978.

Bertrand Goujon, "Insertion et distinction nobiliaire parmi les combattants frangais de la grande guerre", en François Bouloc, Remy Cazals y André Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 47-60.

Stephen Gowans, "¿Debería Estados Unidos bombardear Siria?". *Lo que queda,* 11 de mayo de 2013, https://gowans.wordpress.com/2013/05/ll/should-the-us-bomb-syria. (2013a)

Stephen Gowans, "La revolución no será televisada... Nor Will It Be Brought To You By Russell Brand, Oliver Stone Or Noam Chomskyhttps://gowans.wordpress.com/2013/ll/09/the-revolution-will-not-be-televised-nor-will-it-be— brought-to-you-by-russell-brand-oliver-stone-or-noam-chomsky. (2013b)," *What's left,* 9 de noviembre de 2013,

Stephen Gowans, "Siete mitos sobre la URSS", 23 de diciembre de 2013, https://gowans.wordpress.com/2013/12/23/seven-myths-about-the-ussr. (2013c)

Stephen Gowans, "The Concept of WMD, and its Use against Syria, in the Propaganda Systems of WesternStates," *What's left,* 20 de mayo de 2015, https://gowans.wordpress.com/2015/05/20/the-concept— of-wmd-and-its-use-against-syria-in-the-propaganda-systems-of-western-states.

J.L. Granatstein y R.D. Cuff (eds.), *War and Society in North America,* Thomas Nelson and Sons, Toronto, 1971.

H.C. Grünefeld (ed.), *Die Revolution marschiert. Band 2: Kampflieder der Unterdriickten und der Verfolgten 1806-1930,* Reinhard Welz, Mannheim, 2006.

Bibliografía

Jean-Pierre Gueno e Yves Laplume (eds.), *Paroles de Poilus: Lettres et carnets du front 1914—1918,* Librio, París, 1998.

Johann Hari, "Not his finest hour: El lado oscuro de Winston Churchill", *The Independent,* 28 de de 2010, http://www.independent.co.uk/news/uk/politics/not-his-finest-hour-the-dark-side-of— winston-churchill-2118317.html.octubre

Donald J. Harvey, *France Since the Revolution,* Collier-Macmillan, Nueva York y Londres, 1968. Max Hastings, *Catástrofe: Europe goes to War 1914,* Knopf, Londres, 2013.

P.H.S. Hatton, "Gran Bretaña y Alemania en 1914: The July Crisis and War Aims", en H.W. Koch (ed.), *The Origins of the First World War: Great Power Rivalry and German War Aims,* Macmillan, Londres y Basingstoke, 1972, pp. 30-35.

Mike Hawkins, *Social Darwinism in European and American Thought, 1860-1945: Nature as Model and Nature as Threat,* Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

James Hayward, *Myths & Legends of the First World War (Mitos y leyendas de la Primera Guerra Mundial),* Sutton, Stroud, 2002.

Richard Heijster, *Krieg: leper, het martyrium van 14/18 door Duitse ogen,* Lannoo, Tielt, 2006.

Dominic Hibberd y John Onions, *El invierno del mundo: Poemas de la Gran Guerra,* Constable, Londres, 2008.

Kimloan Hill, "Sacrificios, sexo, raza: Vietnamese experiences in the First World War", en Santanu Das (ed.), *Race, Empire and First World War Writing,* Cambridge University Press, Cambridge, 2011, pp. 53-69.

Adolf Hitler, *Mein Kampf,* Reynal and Hitchcock, Nueva York, 1939.

Martin Hobohm, "Soziale HeeresmiEstande im Ersten Weltkrieg", en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des Kleinen Mannes: Eine Militdrgeschichte von unten,* Piper, Munich 1992, pp. 136-45.

Eric Hobsbawm, *La era del capital 1848-1875,* New American Library, Nueva York, 1979. (Edición original: 1975)

Eric Hobsbawm, *La era del Imperio 1875-1914,* Abacus, Londres, 1994. (Edición original: 1987)

Adam Hochschild, *To End all Wars: A Story of Loyalty and Rebellion, 1914-1918,* Houghton Mifflin Harcourt, Boston y Nueva York, 2011.

Michaela Hoenicke Moore, *Know Your Enemy: The American Debate on Nazism, 1933-1945,* Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

John N. Horne, *Labour at War: France and Britain 1914-1918,* Oxford University Press, Oxford, 1991.

Stanislas Horvat, *De vervolging van militairrechtelijke delicten tijdens Wereldoorlog I: De werking van het Belgisch krijgsgerecht,* VUB, Bruselas, 2009.

"No crié a mi hijo para que fuera soldado". http://www.antiwarsongs.org/canzone.php?id=2670.

Ivan Iltchev, *La rose des Balkans: Histoire de la Bulgarie des origines a nos jours,* Colibri, Sofía, 2002.

Mario Isnenghi y Giorgio Rochat, *La Grande Guerra 1914-1918,* Sansoni, Milán, 2004. "Futurismo italiano", http://www.italianfuturism.org/manifestos/foundingmanifesto.

David Jablonsky, "Churchill, el hombre victoriano de acción", *Parameters,* vol. 23, invierno 1993-1994, pp. 74-90, http://www.dtic.mil/cgi-bin/GetTRDoc?AD=ADA515731.

T.A. Jackson, *Ireland Her Own: An Outline History of the Irish Struggle for National Freedom and Independence,* Lawrence & Wishart, Londres, 1971. (Edición original: 1947)

Nuala C. Johnson, *Ireland, the Great War and the Geography of Remembrance,* Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

James Joli, "1914: The Unspoken Assumptions", en H.W. Koch (ed.), *The Origins of the First World War: Great Power Rivalry and German War Aims,* Macmillan, Londres y Basingstoke, 1972, pp. 307-28.

John Keay, *India: a History,* Folio Society, Londres, 2003.

John Keegan, *El rostro de la batalla: A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme,* Vintage Books, Harmondsworth, 1976.

Jennifer D. Keene y Michael S. Neiberg (eds.), *Finding Common Ground: New Directions in First World War Studies,* Brill, Leiden y Boston, 2011.

Roger Keeran y Thomas Kenny, *Socialism betrayed: Tras el colapso de la Unión Soviética 1917-1991,* iUniverse, Nueva York y Bloomington, 2010.

Tim Kendall (ed.), *Poetry of the First World War: An Anthology,* Oxford University Press, Oxford, 2013.

Sabine Kergel, "Ce qu'ont perdu les femmes de 1'Est", *Le Monde diplomatique,* mayo de 2015.

Kurt Klaber (ed.), *Der Krieg: Das Erste Volksbuch vom GroSen Krieg,* Berlin Internationaler Arbeiter-Verlag, Berlín, 1929.

Paul Knevel y Marg van der Burgh (eds.), *Muziek, Oorlog en Vrede: Muzikaal commentaar op vijf eeuwen oorlog,* Thoth, Bussum, 2001.

Phillip Knightley, *La primera baja: From the Crimea to Vietnam: The War Correspondent as Hero, Propagandist, and Myth Maker,* Harcourt, Nueva York y Londres, 1975.

H.W. Koch, "Social Darwinism as a Factor in the 'New Imperialism'", en H.W. Koch (ed.), *The Origins of the First World War: Great Power Rivalry and German War Aims,* Macmillan, Londres y Basingstoke, 1972, pp. 329-54.

Siegfried Kogelfranz, "Schlange vorm Bordell", en Stephan Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg: Die Ur-Katastrophe des 20. Jahrhunderts,* 3.ª edición, Deutsche Verlags— Anstalt, Múnich, 2014, pp. 150-53. (Edición original: 2004)

Gabriel Kolko, *El triunfo del conservadurismo: Una Reinterpretación de la Historia Americana, 1900-1916,*

Collier-MacMillan, Chicago, 1963.

Gabriel Kolko, *Century of War: Politics, Conflicts, and Society Since 1914,* The New Press, Nueva York, 1994.

Christian Koller, "Representing Otherness: African, Indian and European soldiers' letters and memoirs", en Santanu Das (ed.), *Race, Empire and First World War Writing,* Cambridge University Press, Cambridge, 2011, pp. 127-42.

Alan Kramer, "'Greueltaten': Zum Problem der deutschen Kriegsverbrechen in Belgien und Frankreich 1914,"

http://www.europa.clioonline.de/_Rainbow/documents/keiner%20f%C3%BChlt%20sich%202/kramer.pdf.

Reinhard Kuhnl, *Krieg und Frieden: Von den Kolonialkriegen und den Weltkriegen bis zur 'neuen Weltordnung' der USA,* Distel, Heilbronn, 2003.

Annie Lacroix-Riz, *Le Vatican, l'Europe et le Reich: de la Premiere guerre mondiale a la guerre froide,* Armand Colin, París, 1996.

Annie Lacroix-Riz, *Le choix de la defaite. Les elites frangaises dans les annees 1930,* Armand Colin, París, 2006.

Bibliografía

Annie Lacroix-Riz, *De Munich a Vichy. L'assassination de la Troisieme Republique (1938-1940),*
Armand Colin, París, 2008.

Annie Lacroix-Riz, *Aux origines du carcan europeen (1900-1960): La France sous influence allemande et americaine,* Delga, París, 2014.

Paul Lafargue, *Les luttes de classe en Flandre de 1336-1348 et de 1379-1385,* Aden, Bruselas, 2003.

Alexandre Lafon, "Etre camarade. Identite(s) et liens de sociabilite dans l'armee frangaise (1914— 1918)", en Frangois Bouloc, Remy Cazals y Andre Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 33-46.

"Lark", http://en.wikipedia.org/wiki/Lark.

Annamaria Laserra, Nicole Leclercq y Marc Quaghebeur (eds.), *Memoires et antimemoires litteraires au XXe siecle: la Premiere Guerre mondiale*, vol. 1, Peter Lang, Bruselas, 2008.

Peter Laslett, *El mundo que hemos perdido,* Methuen, Londres, 1971.

Gustave Le Bon, *The Crowd: a Study of the Popular Mind,* Viking Press, Nueva York, 1960.

Jacques Le Gall, *La question coloniale dans le mouvement ouvrier en France (1830-1962). De la conquete de l'Algerie (1830) aux independances africaines (1962),* Eclairage, Pantin, 2013.

Jean-Yves Le Naour, *Claire Ferchaud: La Jeanne d'Arc de la grande guerre,* Hachette Litteratures, París, 2007.

Lenin [Vladimir Ulianov], *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* nueva edición, Editorial Progreso, Moscú, 1963, http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1916/imp-hsc (Edición original: 1916).

Adam Levine-Weinberg, "Alemania antes de las guerras mundiales: ¿Guerra preventiva o *Innenpolitik?"* http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1642043##.

Moshe Lewin, *El siglo soviético,* Verso, Londres y Nueva York, 2005.

Massimo Libardi, Fernando Orlandi y Maurizio Scudiero, *"Qualcosa di immane": L'arte e la grande guerra,* Silvy, Scurelle, 2012.

André Loez, *14-18. Les refus de la guerre. Une histoire des mutins,* Folio, París, 2010.

Andre Loez y Nicolas Mariot, "Brassage des corps et distances sociales: la decouverte du peuple par la bourgeoisie intellectuelle dans les tranchees de 1914-1918", en Frangois Bouloc, Remy Cazals y Andre Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 17-32.

Domenico Losurdo, *Democracia o bonapartismo. Triunfo y decadencia del sufragio universal,* Bollati Boringhieri, Turín, 1993.

Domenico Losurdo, *Heidegger and the Ideology of War: Community, Death, and the West,* Humanity Books, Nueva York, 2001.

Bibliografía

Domenico Losurdo, *Contrastoria del liberalismo,* segunda edición, Laterza, Roma y Bari, 2006. (Edición original: 2005)

Domenico Losurdo, *Le revisionnisme en histoire: Problemes et mythes,* Albin Michel, París, 2006. (2006b)

Domenico Losurdo, *Fuir l'histoire?: La revolution russe et la revolution chinoise aujourd'hui,*

Delga, París, 2007. (2007a)

Domenico Losurdo, *Il linguaggio dellTmpero: Lessico dell'ideologia americana,* Laterza, Roma y Bari, 2007.

Domenico Losurdo, *La non-violenza: Una storia fuori al mito,* Laterza, Bari, 2010. Domenico Losurdo, *La lotto di classe: Una storia politico e filosofica,* Laterza, Bari, 2013.

Georg Lukacs, *Die Zerstdrung der Vernunft: Band I: Irrationalismus zwischen den Revolutionen,*

Hermann Luchterhand, Darmstadt y Neuwied, 1973.

Douglas Mackaman y Michael Mays (eds.), *World War I and the Cultures of Modernity,* University Press of Mississippi, Jackson, 2000.

Mark MacKinnon y John Lehmann, "Cómo Putin ayudó a resucitar a la Iglesia Ortodoxa Rusa".

The Globe and Mail, 16 de enero de 2014.

Margaret MacMillan, *París 1919: Seis meses que cambiaron el mundo,* Random House, Nueva York, 2003.

Margaret MacMillan, *La guerra que acabó con la paz: The Road to 1914,* Allen Lane, Toronto, 2013.

Clare Makepeace, "Sex and the Somme: The officially sanctioned brothels on the front line laid bare for the first time", 29 de octubre de 2011, http://www.dailymail.co.uk/news/article-2054914/Sex-Somme-Officially-sanctioned-WWI-brothels-line.html.

Paul Markides, *14-18: Les sacrifies massacres par Farmee frangaise,* Le Temps des Cerises, Pantin, 2009.

Ludo Martens, "De Eerste Wereldoorlog, de Oktoberrevolutie en de Belgische Socialisten,"

Marxistische Studies, Bruselas, abril de 1996, pp. 7-32.

Cedric Marty, "Le corps a corps au prisme des identites sociales", en François Bouloc, Remy Cazals y André Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appurtenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 73-84.

Marwick, Arthur, *Britain in the Century of Total War: War, Peace and Social Change 1900-1967,*

Penguin Books, Harmondsworth, 1970 (Edición original: 1968). "Max Hoffmann" ,http://www.firstworldwar.com/bio/hoffmann.htm.

Arno J. Mayer, *De hakenkruistocht. Tegen rood en jood,* EPO, Berchem, 1999.

Arno J. Mayer, *Las Furias: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions,* Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2000.

Arno J. Mayer, *La persistencia del viejo régimen: Europe to the Great War,* Verso, Londres y Brooklyn, 2010. (Edición original: 1981)

Mark Mazower, *Los Balcanes:* A *Short History,* Modern Library, Nueva York, 2002.

Robin McKie, "Del fertilizante al Zyklon B: 100 años del descubrimiento científico que trajo la vida y la muerte", 3 de noviembre de 2013, http://www.theguardian.com/science/2013/nov/03/fritz-haber-fertiliser— ammonia-centenary.

Fritjof Meyer, "Lenin arbeitet nach Wunsch", en Stephan Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg: Die Ur-Katastrophe des 20. Jahrhunderts,* 3.ª edición, Deutsche Verlags-Anstalt, Múnich, 2014, pp. 121-26. (Edición original: 2004)

Seumas Milne, "First World War: an imperial bloodbath that's a warning, not a noble cause", *The Guardian,* 8 de enero de 2014, http://www.theguardian.eom/commentisfree/2014/jan/08/first-world-war-imperial-bloodbath-warning-noble-cause.

Pierre Miquel, *Les Poilus: La France sacrifice,* Pion, París, 2000.

Annika Mombauer, "La controversia Fischer 50 años después: Informe de la conferencia", octubre de 2011, http://www.open.ac.uk/Arts/fischer-controversy.

Michelle Moyd, "'We don't want to die for nothing': *Askari* at war in German East Africa, 1914— 1918", en Santanu Das (ed.), *Race, Empire and First World War Writing,* Cambridge University Press, Cambridge, 2011, pp. 90-107.

John Mueller y Karl Mueller, "Sanctions of Mass Destruction", *Foreign Affairs,* vol. 78, n° 3, mayo-junio de 1999, pp. 43-53.

Rolf-Dieter Muller, *Der Feind steht im Osten: Hitlers geheime Plane fur einen Krieg gegen die Sowjetunion im Jahr 1939,* Ch. Links Verlag, Berlín, 2011. (2011a)

Rolf-Dieter Muller, "Das '*Unternehmen Barbarossa*' als wirtschaftlicher Raubkrieg", en Gerd R. Ueberschar y Wolfram Wette (eds.), *Der deutsche Uberfall auf die Sowjetunion: 'Unternehmen Barbarossa', 1941,* Fischer Taschenbuch, Frankfurt, 2011, pp. 125-57. (2011b)

Herfried Münkler, *Der GroRe Krieg: Die Welt 1914 bis 1918,* 4ª edición, Rowohlt, Berlín, 2014 (Edición original: 2013).

"Nachtigall", http://de.wikipedia.org/wiki/Nachtigall.

John Paul Newman, "Les heritages de la Premiere Guerre mondiale en Croatie", en Francois Bouloc, Remy Cazals y Andre Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 141-52.

Jean Nicot, *Les Poilus ont la parole. Dans les tranchees: lettres du front 1917-1918,* Complexe, Bruselas, 1998.

Gregory P. Nowell, *Mercantile States and the World Oil Cartel, 1900-1939,* Cornell University Press, Ithaca, 1994.

J.D. Omer-Cooper, *History of Southern Africa,* James Currey, Londres, 1994.

Torsten Oppelland, "Der lange Weg in den Krieg (1900-1918)", en Klaus Larres y Torsten Oppelland (eds.), *Deutschland und die USA im 20. Jahrhundert: Geschichte der politischen Beziehungen, Wissenschaftiche Buchgesellschaft*, Darmstadt, 1997, pp. 1-30. *Jahrhundert: Geschichte der politischen Beziehungen,* Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1997, pp. 1-30.

Gerard Christopher Oram, *Military Executions During World War I,* Palgrave, Nueva York, 2004.

Giovanni Maria Pace, *La via dei demoni. La fuga in Sudamerica dei criminali nazisti: segreti, complicita, silenzi,* Sperling & Kupfer, Milán, 2000.

Bruno Paleni, *Italie 1919-1920: Les deux annees rouges. ¿Fascismo o revolución?* Les bons caracteres, Pantin, 2011.

Louis Panel, "La gendarmerie dans la bataille de Verdun (fevrier-octobre 1916)", *Revue historique des armees,* n° 242, 2006, http://rha.revues.org/4182.

Bibliografía

Marthe, Joseph, Lucien y Marcel Papillon, *'Si je reviens comme je l'espere': Lettres du front et de l'arriere 1914-1918,* Grasset, París, 2003.

Ilan Pappe, *A History of Modern Palestine: One Land, Two Peoples,* Cambridge University Press, Cambridge, 2006.

Michael Parenti, *Blackshirts & Reds: Rational Fascism and the Overthrow of Communism,* City Lights Books, San Francisco, 1997.

Michael Parenti, *Democracy for the Few,* 6ª edición, Bedford/St. Martin's, Boston, 1995. (Edición original: 1974)

Michael Parenti, "¿Debemos adorar a Vaclav Havel?", 18 de diciembre de 2011, http://michaelparentiblog.blogspot.ca/2011/12/must-we-adore-vaclav-havel-by-michael.html.

Michael Parenti, "1918", noviembre de 2014, http://www.michaelparenti.org/1918.html.

Jacques R. Pauwels*, De Canadezen en de bevrijding van Belgie 1944-1945,* EPO, Berchem, 2004. Jacques R. Pauwels, *Een geschiedenis van de namen van landen en volkeren,* EPO, Berchem, 2006.

Jacques R. Pauwels, *Het Parijs van de sansculotten. Een reis door de Franse Revolutie,* EPO, Berchem, 2007.

Jacques R. Pauwels, *Europese namen voor de wereld,* OEP, Berchem, 2008.

Jacques R. Pauwels, "Hitler's Failed Blitzkrieg against the Soviet Union. La "Batalla de Moscú" y Stalingrado: Turning Point of World War II", 6 de diciembre de 2011, http://www.globalresearch.ca/70— years-ago-december-1941-turning-point-of-world-war-ii/28059.

Jacques R. Pauwels, "Hollywood: Caballos de guerra y la Gran Guerra de 1914-1918: A Comment on Steven Spielberg's most recent movie", *Global Research,* 3 de enero de 2012, http://www.globalresearch.ca/hollywood-war-horses-and-the-great-war-of-1914-1918/28481.

Jacques R. Pauwels*, Big business avec Hitler,* Aden, Bruselas, 2013.

Jacques R. Pauwels, *The Myth of the Good War: America in the Second World* War, edición revisada, James Lorimer, Toronto, 2015. (Edición original: 2002)

A.J. Peacock, "An Alternative Guide to the Western Front (From Nieuport to Pfetterhouse)", *Gun Fire,* n° 21, 1990.

Joop Peeters, *De Duitse inval in Belgie 1914,* Aspekt, Soesterberg, 2009.

Joseph E. Persico*, undécimo mes, undécimo día, undécima hora: Armistice Day, 1918. World War I and Its Violent Climax,* Random House, Nueva York, 2005.

James Petras "The CIA and the Cultural Cold War Revisited", *Monthly Review,* volumen 51, número 6, noviembre de 1999, http://monthlyreview.org/1999/ll/01/the-cia-and-the-cultural-cold-war-revisited.

"Trabajo a destajo",http://www.marxists.Org/glossary/terms/p/i.htm.

Ernst Piper, *Nacht über Europa: Kulturgeschichte des Ersten Weltkriegs,* Propylaen, Berlín, 2013.

Richard Pipes, "Huida de la libertad: What Russians Think and Want", *Foreign Affairs,* mayo-junio de 2004, https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2004-05-01/flight-freedom-what-russians— think-and-want.

Edoardo Pittalis, *La Guerra di Giovanni. L'Italia al Fronte: 1915-1918,* Biblioteca dell'Immagine, Pordenone, 2006.

Bibliografía

Rosa Amelia Plumelle-Uribe, *La ferocite blanche. Des non-Blancs aux non-Aryens: genocides occultes de 1492 a nos jours,* Albin Michel, París, 2001.

Norbert F. P6tzl, "Verkaufer des Todes", en Stephan Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg: Die Ur-Katastrophe des 20. Jahrhunderts*, tercera edición, Deutsche Verlags-Anstalt, Múnich, 2014, pp. *172-77. Jahrhunderts*, tercera edición, Deutsche Verlags-Anstalt, Múnich, 2014, pp. 172-77. (Edición original: 2004)

Nicos Poulantzas, *Fascisme et dictature,* Le Seuil, París, 1974.

Alexander E. Powell, *Fighting in Flanders,* McClelland, Goodchild & Stewart, Toronto, 1915.

14-18: Mourir pour la patrie, Le Seuil, París, 1992.

P.J. Rachschmir, *Der Ursprung des Faschismus,* Progress/Globus, Moscú y Viena, 1981.

Erich Maria Remarque, *Sin novedad en el frente occidental,* Random House, Nueva York, 1996.

Jean-Louis Robert, *Les Ouvriers, la Patrie et la Revolution: París 1914-1919,* Presses Universitaires de Franche-Comte, París, 1995.

Heather Robertson, *Una belleza terrible: The Art of Canada at War,* James Lorimer, Toronto, 1977.

Bruce Robinson, "The Pals Battalions in World War One", 10 de marzo de 2011, http://www.bbc.co.uk/history/british/britain_wwone/pals_01.shtml.

Hans Rogger, "Rusia en 1914", *Revista de Historia Contemporánea,* vol.l, n° 4, octubre de 1966, pp. 95— 119.

Hans Rogger, *Russia in the Age of Modernisation and Revolution 1881-1917,* Routledge, Londres y Nueva York, 1983.

Thomas Rohkramer, "Der Gesinnungsmilitarismus der 'kleinen Leute' im Deutschen Kaiserreich", en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des Kleinen Mannes: Eine Militdrgeschichte von unten,* Piper, Munich, 1992, pp. 95-109.

Laura Root, "'Temporary Gentlemen' on the Western Front: Class Consciousness and the British Army Officer, 1914-1918", 1 de enero de 2006, http://digitalcommons.unf.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1071&context=ojii_volumes.

Arthur Rosenberg, *Democracia y lucha de closes en la antiguedad,* El Viejo Topo, Barcelona, 2006. Kristin Ross, "L'internationalisme au temps de la Commune", *Le Monde diplomatique,* mayo de 2015.

Jean Rouaud*, Eclats de 14,* Diálogos, París, 2014.

Frédéric Rousseau, *La guerre censuree. Une histoire des combattants europeens de 14-18,* Le Seuil, París, 1999.

Frederic Rousseau, *La Grande Guerre en tant qu'experiences sociales,* Ellipses Marketing, París, 2006.

Laura Rowe, "'Their Lordships Regret ThatAdmiralty Perceptions of and Responses to Allegations of Lower Deck Disquiet," in Jennifer D. Keene and Michael S. Neiberg (eds.), *Finding Common Ground: New Directions in First World War Studies,* Brill, Leiden y Boston, 2011, pp. 43-65.

Odile Roynette, *Les mots des tranchees: L'invention d'une langue de guerre 1914-1919,* Armand Colin, París, 2010.

John Ruskin, *Las obras completas de John Ruskin LL.D en veintiséis volúmenes. Volume Fifteen: The Crown of Wild Olive,* Reuwee, Wadey and Walsh, Filadelfia, 1891.

Emmanuel Saint-Fuscien, ¿A *sus órdenes? La relation d'autorite dans l'armee frangaise de la Grande Guerre,* EHESS, París, 2011.

Bibliografía

Anne-Marie Saint-Gille, "Mutations des identites pacifistes allemandes entre 1914 et 1918-1919", en François Bouloc, Remy Cazals y André Loez (eds.), *Identites Troublees 1914-1918: Les appartenances sociales et nationales a l'epreuve de la guerre,* Privat, Toulouse, 2011, pp. 255-67.

Frances Stonor Saunders, *Who paid the Piper?: The CIA and the Cultural Cold War,* Granta, Londres, 1999.

Conrad Schirokauer, *A Brief History of Chinese Civilization,* Harcourt Brace Gap College, Nueva York, 1991.

Michael Schmidt-Klingenberg, "Der Kampf in den Kiichen", en Stephan Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg: Die Ur-Katastrophe des 20. Jahrhunderts,* tercera edición, Piper, Múnich, 2014, pp. 134-46. (Edición original: 2004)

Carl E. Schorske, *La socialdemocracia alemana 1905-1917: The Development of the Great Schism,* Nueva York, Harper & Row, 1972. (Edición original: 1955)

Gottfried Schramm, "1914: Sozialdemokraten am Scheideweg", en Carola Stern y Heinrich August Winkler (eds.), *Wendepunkte deutscher Geschichte 1848-1990,* C.H. Beck, Fráncfort, 1997, pp. 71— 97.

Daniel Marc Segesser*, Der Erste Weltkrieg in globaler Perspektive,* Marix Verlag, Wiesbaden, 2010.

Phil Shannon, "ANZACs vs Bolsheviks", 8 de mayo de 2010, https://www.greenleft.org.au/node/44033.

David Simpson, "Morale and Sexual Morality Among British Troops in the First World War", en Douglas Mackaman y Michael Mays (eds.), *World War I and the Cultures of Modernity,* University Press of Mississippi, Jackson MI, 2000, pp. 20-34.

Lieven Soete, *Het Sovjet-Duitse niet-aanvalspact van 23 augustus 1939: Politieke zeden in het interbellum,* EPO, Berchem, 1989.

Alfred Sohn-Rethel*, The Economy and Class Structure of German Fascism,* Free Association, Londres, 1987.

Mark Solomon, *The Cry Was Unity: Communists and African Americans, 1917-1936,* University Press of Mississippi, Jackson, MI, 1998.

Christian Staas y Volker Ullrich, "Deutsche Geschichte vom zweiten zum 'Dritten Reich'", 8 de febrero de 2011, http://www.zeit.de/zeit-geschichte/2010/04/Interview.

Gerald Steinacher, *Nazis auf der Flucht. Wie Kriegsverbrechter über Italien nach Ubersee entkamen,*

Fischer Taschenbuch, Fráncfort, 2010.

Carola Stern y Heinrich August Winkler (eds.), *Wendepunkte deutscher Geschichte 1848-1990,*

C.H. Beck, Fráncfort, 1997.

Dave Stockton, "The Great Unrest: Organising the Rank and File 1910-1914" y "The Great Unrest: How militant miners created a movement of the rank and file", http://www.workerspower.co.uk/2012/05/rank-and-file-history.
y http://www.workerspower.co.uk/2012/06/rank-and-file-histor.

Oliver Stone y Peter Kuznick*, The Untold History of the United States,* Gallery Books, Nueva York, 2012.

Richard Stumpf, "Die Matrosenrevolte in Wilshelmshaven 1918", en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des Kleinen Mannes: Eine Militdrgeschichte von unten,* Piper, Munich, 1992, pp. 168-80.

Bibliografía

Alexandre Sumpf, *La Grande Guerre oubliee: Russie, 1914-1918,* Perrin, París, 2014.

Alexandre Sumpf, "Le complot bolchevique et l'a(r)gent allemand", *Le Monde Diplomatique,* junio de 2015.

David Swanson, *La guerra es mentira,* David Swanson, Charlottesville, 2010.

A.J.P. Taylor, *English History 1914-1945,* Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1965.

Peter Taylor-Whiffen, "Disparos al amanecer: cobardes, traidores o víctimas" ,http://www.bbc.co.uk/history/british/britain_wwone/shot_at_dawn_01.shtml.

"The Group Scheme", http://www.1914-1918.net/derbyscheme.html.

"Las acciones de 1914 en Mesopotamia" ,http://www.1914-1918.net/mespotl914.html. "La tragedia de Kut" ,http://www.theguardian.com/world/2002/nov/20/iraq.featuresll.

David Thomson, *Democracy in France since 1870,* Oxford University Press, Londres y Nueva York, 1969.

Charles Tilly, *Le rivoluzioni europee 1492-1992,* Laterza, Bari, 1993.

James F. Tracy, "'Progressive' Journalism's Legacy of Deceit", *Global Research,* 20 de julio de 2012, http://www.globalresearch.ca/index.php?context=va&aid=31996.

Enzo Traverso, *L'histoire comme champ de bataille: interpreter les violences du XXe siecle,* La Decouverte, París, 2011.

Barbara W. Tuchmann, *La torre orgullosa:* Un *retrato del mundo antes de la guerra 1890-1914,* Ballantine, Nueva York, 1994.

Bernd Ulrich, "Die Desillusionierung der Kriegsfreiwilligen von 1914", en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des Kleinen Mannes: Eine Militdrgeschichte von unten,* Piper, Munich, 1992, pp. 110-26.

Bernd Ulrich, Jakob Vogel y Benjamin Ziemann (eds.), *Untertan in Uniform: Militdr und Militarismus im Kaiserreich 1871-1914. Quellen und Dokumente,* S. Fischer Verlag, Frankfurt, 2001.

Bernd Ulrich y Benjamin Ziemann (eds.), *Frontalltag im Ersten Weltkrieg. Wahn und Wirklichkeit: Quellen und Dokumente,* Fischer Taschenbuch, Frankfurt, 1995.

"El frente interno de Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial". http://en.wikipedia.org/wiki/United_States_home_front_during_World_War_I.

Leo Van Bergen, *Ante mi vista impotente: Suffering, Dying and Military Medicine on the Western Front, 1914-1918,* Ashgate, Farnham/Surrey y Burlington/VT, 2009.

Jef Verschueren, "El gran tabú. Braaf nationalisme, vroeger en nu", *De Standaard,* 23 de febrero de 2013.

Nguyen Khdc Wien, Viet Nam: A *Long History,* Editorial de Lenguas Extranjeras, Hanoi, 2009.

Eugen Weber, *France, Fin de Siecle,* Belknap/Harvard University Press, Cambridge y Londres, 1986.

Hans-Ulrich Wehler, "Der zweite DreiEigjahrige Krieg", en Stephan Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg: Die Ur-Katastrophe des 20. Jahrhunderts. Jahrhunderts,* tercera edición, Deutsche Verlags-Anstalt, Múnich, 2014, pp. 23-35. (Edición original: 2004)

James Weinstein, *The Decline of Socialism in America 1912-1925,* Vintage, Nueva York, 1969.

Stanley Weintraub, *Noche de paz: The Story of the World War I Christmas Truce,* Free Press, Nueva York, 2001.

Manfred WeiEbecker, *Das Firmenschild: Nationaler Sozialismus. Der deutsche Faschismus und seine Partei 1919 bis 1945,* PapyRossa, Colonia, 2011.

Bibliografía

Wolfram Wette, "Die unheroischen Kriegserinnerungen des Elsasser Bauern Dominik Richert aus den Jahren 1914-1918", en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des Kleinen Mannes: Eine Militargeschichte von unten,* Piper, Munich, 1992, pp. 127-35.

Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des Kleinen Mannes: Eine Militargeschichte von unten,* Piper, Múnich, 1992.

Mark Whalan, "Not only war: the First World War and African American Literature", en Santanu Das (ed.), *Race, Empire and First World War Writing,* Cambridge University Press, Cambridge, 2011, pp. 283-300.

John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace March 1918, W.W.* Norton, Nueva York, 1971. (Edición original: 1938)

Reg Whitaker, "Images of the state in Canada", en Leo Panitch (ed.), *The Canadian state: political economy and political power,* University of Toronto Press, Toronto, 1977, pp. 28-68.

"Wilfred Nevill" ,http://en.wikipedia.org/wikiAVilfred_Nevill.

Chad Williams, "Los afroamericanos y la Primera Guerra Mundial", s. d., http://exhibitions.nypl.org/africanaage/essay-World-war-i.html.

Eric Williams, *Capitalism & Slavery,* University of North Carolina Press, Chapel Hill y Londres, 1994. (Edición original: 1944)

Edwin Williamson, *The Penguin History of Latin America,* Penguin, Londres, 1992.

Heinrich August Winkler, "1866 und 1878: Der Liberalismus in der Krise", en Carola Stern y Heinrich August Winkler (eds.), *Wendepunkte deutscher Geschichte 1848-1990,* Fischer Taschenbuch, Frankfurt, 1997, pp. 43-70.

Kieron Winn, "The Poetry of Herbert Read", en David Goodway (ed.), *Herbert Read Reassessed,*

Liverpool University Press, Liverpool, 1998, pp. 13-29.

Michel Winock, *La belle epoque: La France de 1900 a 1914,* Perrin, París, 2002.

Leon Wolff, *In Flanders Fields: The 1917 Campaign,* Penguin, Harmondsworth, 1979. "La Primera Guerra Mundial y Dadá". http://www.moma.org/learn/moma_learning/themes/dada.

Guoqi Xu, *Extraños en el frente occidental: Chinese Workers in the Great War,* Harvard University Press, Cambridge MA, 2011.

Adrian Zimmermann, "Lucha de clases y compromiso de clase en los Países Bajos y Suiza (1914-1950)", Glasgow, 11-14 de abril de 2012,

https://www.academia.edu/1268707/Class_Struggle_and_Class_Compromise_in_the_Netherlands_a nd_Switzerland_1914-1950_.

Howard Zinn, *Geschiedenis van het Amerikaanse volk,* EPO, Berchem, 2007.

Índice

Adenauer, Konrad, 543
Adrian, Louis Auguste, 331
Agadir, Crisis de, 147
Agatón, 150 -151
Agnelli, Giovanni, 341, 543
Agrupación de No Alistamiento (NCF), 398
Alacoque, Marguerite-Marie, 534
Alain (Chartier, Emile), 261
Alejandro II, 170
Alexander-Sinclair, Edwyn, 511
Allard, Jules, 268
Alldeutsche Verband (Liga Panalemana), 113
Allenby, Edmund, 416, 417
Allende, Salvador, 560-561
amasadores, 229
Amritsar, 498, 554
Anastasia censura, 211
antiguo régimen
aristócratas y, 15, 29-32, 37
regímenes autoritarios y, 545
Bélgica, 214
beneficiarios, 564
burguesía, 54, 59, 161
China, 474
Iglesia y, 59, 125, 152, 558, 562, 564-565
Europa, 38, 526, 562
Francia, 25-26, 530
Alemania, 214, 288
Hungría, 503, 540
Italia, 542-543
campesinos en, 262
búsqueda de la guerra, 159
Ruso, 152, 463, 512, 538
en todo el mundo, 539
Anderson, Richard, 271
Anglicanos, 30, 127, 159, 160, 186, 252, 400-401
antisemitismo, 58, 69-70, 83, 88-89, 563-564
ANZAC (Cuerpo de Ejército Australiano y Neozelandés), 337-338
Apollinaire, Guillaume, 190, 206, 296, 331
Aragon, Luis, 408
Arendt, Hannah, 558

armenio, Genocidio 76
" armenia, Milicia " *(Fedayi),* 339
Aron, Raymond, 558
Arios
  Estadounidenses y, 445
  desarrollo de, 86-89, 539
  Los alemanes, 70-71, 116
  Darwinistas sociales, 89-90
  Carreras superiores, 103
Ascaris, 292-293
Asociación Internacional de Trabajadores, 67
Asociación Nacional contra la Socialdemocracia (Reichsverband gegen die Sozialdemokratie), 147
Asquith, Cyril, 258
Asquith, Herbert Henry, 154, 157, 159
Asquith, Raymond, 9
Asquith, Gabinete, 154,157
Astor, Waldorf, 249
"Ataturk" (Kemal, Mustafa), 337
Autonomía, 75, 154, 264, 399, 472
Avanti, 344
Baden-Powell, Robert, 51
Balfour, Declaración, 417
Barbarroja, Federico I, 112
Barbusse, Henri, 195
Barlach, Ernst, 205
presa, 332, 379
Barthas, Louis
  batallas, 327
  comida y bebida, 306
  confraternización, 358-361
  destitución de funcionarios, 277, 315
  enfermedades, 318
  fuego amigo, 240
  industriales, 362
  insectos, 307-308
  insubordinación, 317, 423-424
  la Iglesia, 187
  maltrato de soldados, 261, 267, 298-299
  monumentos y sacrificios, 324
  olores, 302
  órdenes de los oficiales, 330, 353, 355
  paz, deseo de, 356
  privilegios de los funcionarios, 310-313, 316
  servilismo, 182-183
  trato a los presos, 274

Tregua de Navidad, 279
"Batalla de Peterloo", 59
Bahía de Kiao-Chao, 111, 173
BASF, 106, 391
Basilea, Congreso de, 192
Batalla de Caporetto, 364, 415, 486
Batalla de Coronel, 243
Batalla de Dien Bien Phu, 552
Batalla de Dobro Polje, 487
Batalla de Gumbinnen, 242
Batalla de Heligoland, 242
Batalla de Jutlandia, 384-385, 447
Batalla de Kosovo, 169
Batalla de las fronteras, 268
Batalla de las Minas en Messines, 412-413
Batalla de Le Cateau, 238, 267
Batalla de Loos, 328-329, 330
Batalla de los Cascos Plateados, 236
Batalla de los Lagos de Masuria, 238, 284, 288
Batalla del Marne
alojamiento después de, 315
deserciones, 513
acontecimientos antes de, 244
Alemania y, 242, 297-298, 325
Joffre y, 395
segundo, 481, 486
movimientos de tropas, 285, 288
Batalla de Mons, 246-247, 249, 269, 285
Batalla de Reims, 481, 486
Batalla de Sarikamis, 289, 338-339
Batalla del Somme, 375, 380-383, 385, 414, 480
soldados coloniales en, 471
comodidades en las trincheras, 298
cifras de fallecimientos, 320, 410
equipo utilizado durante, 331, 373-374, 377, 483
evolución de, 373-377, 380-384
fuego amigo, 240
Haig y, 376
paz, 388, 513
recuerdo de, 338
"camino sagrado", 384
Batalla de Tannenberg, 238-239, 242, 284, 288
Batalla de Verdún
Batalla de Waterloo, 30
Batalla de Ypres, 286
Batalla de Ypres, Tercera, 409

Batalla del Piave, 416, 486
Baudrillart, Alfred-Henri-Marie, 206
Bayer, 106, 334
Bebel, August, 138, 153
Becker, Annette, 244
Becker, Jean-Jacques, 424
Beckmann, Max, 180, 242
Begbie, Harold, 253
Bell, Daniel, 558
Belle Époque
  afición a la guerra, 94, 96, 151, 161
  chovinismo, 150
  estructura de clases, 225
  miedo y tensiones, 134-144
  poderes patriarcales, 212
Belloc, Hilaire, 97
Benoist, Charles, 138-139
Bergson, Henri, 283
Berlín, Isaías, 558
Bernstein, Eduard, 130, 132, 193-194, 255
Beveridge, Informe, 556
Beveridge, William Henry, 556
Blohm & Voss, 435
bloqueo naval, 220, 391-392, 431
Boches (alemanes)
  apodos, 229
  cantar con, 279-280
  confraternizaciones con, 358
  en la guerra racial, 225
  paz, 355
  Percepción francesa, 71
  traducción de, 11, 496
Bóers, Guerra de los, 291-292
Bogle, Eric, 338
Bolcheviques
  actitud derrotista, 366
  convicciones políticas, 464
  Kornilov y, 463
  Lenin, 200-201
  paz y, 460, 464
  propaganda, 348
  Revolución de octubre, 434
  totalitarismo y, 215
Bonaparte, Napoleón, 28, 30
Bonos de libertad, 453
Borden, Mary, 297

Bottomley, Horacio, 71, 248
Bouloc, François, 208, 218, 394
Borbónica, Monarquía, 223
Burguesía, alta. *Ver* alta burguesía
Burguesía, alta
  ambiciones de las facciones en, 222
  ascetismo y virtudes, 96
  autoridad del ejército, 65
  Comuna de París, 39-44
  contrarrevolución y, 17
  democracia y, 61, 85-86
  facciones y riqueza, 36
  igualdad con los proletarios, 530
  necesidades tras la revolución, 26-28
  oficiales del ejército y, 231
  plutócratas, 41
  poder de, 207-208
  revolución, 95, 161
  teatro y, 54
bóxers, Rebelión de los, 90, 474
Boy Scouts, 51
Boyer, Lucien, 328
Braudel, Fernand, 15, 139-140, 203-204
Brecht, Bertolt, 482
Brel, Jacques, 9, 176
Breton, André, 408
Briand, Aristide, 448
Brissot, Jacques Pierre, 94
Brittain, Vera, 253
Brodie, John Leopold, 331 Brooke, Rupert, 174
Brusilov, General, 385
Brusilov, Ofensiva, 319, 386
Bund (Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia), 74
Bund neues Vaterland (Liga por una nueva patria), 255
Burckhardt, Jakob, 94-95
Burguesía, pequeña. *Ver* pequeña burguesía
Burke, Edmund, 33, 89
Burns, Robert, 363
Bush, George W., 123, 416, 569
Caballeros de la Libertad, 458
caballos
  agotamiento, 284, 302
  campesinos y, 179
  como armas, 531
  envío a Palestina, 414
  escasez de, 483, 486

generales y, 395
instalaciones de transformación, 479
muertes, 235, 301, 302, 307, 376, 479
problemas con, 415
trabajadores y, 469
"Capitaine Danrit" (Driant, Emile), 144
Cadorna, Luigi, 213, 346-347, 416
Café Liegeois, 237
Cámara de los Lores, 37, 63, 154
Cameron, David, 266
Canfora, Luciano, 215, 560
Cannan, May Wedderburn, 489
Carnot, Sadi, 170
Catherine, Lucas, 470
Católica, Iglesia, 15, 534, 542, 549, 557, 562-564
Centro Católico, 83
caballería
aristócratas y, 231-232, 237, 272, 415
como armas, 334
estrategia y, 325, 330
fuerza de, 81
Haelen, 236
nobleza y, 162
papel de, 177, 183, 376, 414-415, 418, 537
protección de la burguesía, 59
Carlos I (Emperador), 502
Castigo de campo número uno, 270
Catorce Puntos, 464, 502
Cecil, Robert, Lord, 398
CGT *(Confederación General del Trabajo),* 139, 195-196, 200, 269
Chalmers Mitchell, Peter, 157
Chamberlain, Neville, 547
Chartier, Emile (Alain), 261
Chaucer, Geoffrey, 300
Cher Ami, 375 Chesterton, G. K., 248
Chomsky, Noam, 454
Churchill, Winston
Alemania, 173
Bolcheviques, 466, 509
demócratas frente a dictadores, 466
fascinaciones, 94, 100, 172
industria, 217
Negros y tostados, 498
no violencia, 473
planes de ataque, 336-337, 447
plebeyos, 543

racismo y, 467-468
Revolución de octubre, 465
CIA, 558-559, 561-562, 570
Citroën, 221
Claes, Ernest, 178
Clase, Heinrich, 100
Clemenceau, Georges, 209, 215, 439, 493-494, 520
Cobb, Humphrey, 11, 269
Cogge, Karel, 286
colonialismo, 80, 125, 132, 291, 448
Comintern (Internacional Comunista), 528
Comité de Forjas, 217, 396, 535
Comité *de* Guerra *de la Industria Alemana (Kriegsausschuß der deutschen*
Comité de Información Pública (CPI), 454
Conferencia de Paz de París, 448, 450, 537, 538
Comuna de París
burguesía y, 39-40, 57
Conflicto franco-prusiano, 16
democracia y, 91
represión y, 60
Tercera República, 39
tradición revolucionaria, 220
Conan Doyle, Arthur, 155, 248
Conde de Wurttemberg, 510
Confederación General del Trabajo (CGT), 139, 195-196, 200, 269
Congregación del Inmaculado Corazón de María (Misioneros Scheut), 125
Connolly, James, 73, 399
Conrad, Joseph, 93
Constantino I, 350-351
Constantino, H. E, 245-246
Cook, Tim, 278
coolies (trabajadores), 219, 469-471, 474, 484
Cosacos, 250, 258
Cowan, Walter, 511
Cowper, William, 252
CPI (Comité de Información Pública), 454
Creel, George, 454, 457
Crisis de octubre de 211
Cruz Roja Internacional, 265, 345
Cruz Roja, 265, 345
Cuerpo de Ejército de Australia y Nueva Zelanda, 337-338
cuerpo libre, 500, 541-542, 541-543
Currie, Arthur, 489
Curzon, Lord, 485
D'Annunzio, Gabriele, 158
Dadaísmo, 408

Daensismo, 73
Dahrendorff, Ralf, 435
Dalí, Salvador, 14, 17, 19-20, 573
Dama de la cojera,384
Dartford, R. C. G., 321
Darwin, Charles, 83-101, 104, 112, 115-116, 119, 124, 157, 467
Darwinismo social, 18, 83-101, 87, 89, 119
Dax, coronel, 13-14, 227, 271, 310
de Bonald, Louis-Gabriel, 89
de Candole, Alec, 321
de Castelnau, General, 227, 232
de Chateaubriand, Frangois René, 33
De Gaulle, Charles, 63, 277
de Gobineau, Joseph, 89
de Kostrowitzky, Guglielmo Apollinare (Apollinaire, Guillaume), 190, 206, 296, 331
de Lafayette, Marqués, 445
de Langle de Cary, General, 232
De Maistre, Joseph, 89
de Maud'huy, General, 232
Debs, Eugene, 138, 200, 457
Degeyter, Pierre, 67
Del Boca, Angelo, 213
Deng Xiaopeng, 475
Derby, Lord (Edward Stanley), 368
deserción
  disciplina y, 430, 486-488
  estadísticas, 182, 268-269, 345, 420, 424, 432, 478
  moral, 348
  paz y, 461, 513
  sanciones, 268-269, 363-364
Cavadores, 229
Clan Diem, 560
d'Esperey, Franchet, 232
de Tocqueville, Alexis, 85, 94
de Trentinian, General, 232
de Villar, Etienne, 268
de Villaret, General, 232
Declaración Balfour, 417
Deterding, Henri, 538-539
Deutsche Vater landspartei, DVLP (Partido de la Patria Alemana), 439-440
Díaz, Armando, 416
Dickens, Charles, 34
Diner-Denes, Josef, 241
Directorio, Régimen del, 28, 30, 94
Dix, Otto, 408 Dixon, F. J., 211
DORA *(Ley de Defensa del Reino),* 209-212

Dorgelès, Roland, 403
Douglas, Kirk, 13, 310
Downton Abbey, 36, 532
Dreyfus, Asunto, 65, 212, 227
Driant, Emile ("Capitán Danrit"), 144
Ducal, Carlos, 202
Duchamp, Marcel, 408
Duisberg, Carl, 334
Duma, 196-197, 205, 209
Dumolyn, Jan, 551, 567
Dunlop, 105, 484
DuPont, 451
Duque de Urach, 510
Duroselle, Jean-Baptiste, 394
DVLP, *Deutsche Vaterlandspartei* (Partido de la Patria Alemana), 439-440
Dylan, Bob, 127
Ebert-Groener, Acuerdo, 500-501
Ebert, Friedrich, 500-501
Eduardo VIII, 544
Eisenhower, Dwight, 63
Ejército de Salvación, 51
Ejército Rojo, 551, 558
Eksteins, Modris, 12, 91, 187, 193, 263
El Socialista, 426
Elisabeth, Emperatriz ("Sissi"), 170
Ellison, George, 489
Eluard, Paul, 408
enfermedad
  bombas y, 144
  causas de, 309
  civiles con, 498
  deserción, 238, 318, 405-406
  médicos tratantes, 309
  pobreza y, 35
  soldados con, 35, 286, 290, 471
  suministros y, 44-45
Engels, Friedrich, 34, 42, 57, 153, 163, 193, 196
Englund, Peter, 224, 535
Entente Cordiale, 103, 106, 163, 219
Ernst, Max, 408
esclavitud, 27-28, 39, 47, 93, 219, 258, 469, 526
Espartaquistas, 499, 500
especuladores de la guerra, 221, 362, 387, 393, 396, 425, 492, 538
Espionaje, Ley de, 456-457, 569
Estado del bienestar, 550, 552, 554-555, 567-569, 571, 609
estrés postraumático, trastorno de, 332

Ewer, W. N., 517
*Fasci d'*Azione *Rivoluzionario* (Fascios *de Acción* Revolucionaria), 344
Fascios de Acción Revolucionaria (Fasci d'Azione Rivoluzionario), 344
Faulkner, Neil, 46, 48
Fedayi ("Milicia armenia"), 339
Federación Americana del Trabajo (AFL), 457
Ferchaud, Claire, 441
Ferguson, Niall
  Ayuda británica a Francia, 172
  capitalismo de estado, 217
  disensión, 209-210
  estadísticas de siniestros, 374
  intereses capitalistas, 122, 435
  Ludendorff, 213
  observancia religiosa, 205
  Participación de Estados Unidos, 452-453
Federico Guillermo de Prusia, 148
Ferro, Marc, 343
feudalismo, 51, 538
Fischer, Fritz, 12, 222, 546
Fisher, John (Primer Lord del Mar), 106-107, 336
Foch, Ferdinand, 227, 476, 481, 488, 510
Fondo Monetario Internacional, 570
Ford, Henry, 89, 468, 544
Ford, S. Gertrude, 427
Francia, Anatole, 362
Franco, Francisco, 544-545
Frankau, Gilbert, 71, 402
Franz-Joseph, 238, 245, 536
fraternizaciones, 278, 358, 361
French, John, 232, 315, 330
Frente Nacional, 126, 571
Freud, Sigmund, 244, 441
Fuerza Expedicionaria Americana (AEF), 229
Fuerza Expedicionaria Británica (BEF), 106, 239, 246, 284, 315, 350
Furet, François, 27
Fussell, Paul
  "En el campo de Flandes" y, 370
  "Rosas de Picardía", 381
  comprensión de los demás, 357-358
  la guerra como actividad conservadora, 95
  lenguaje y realidad, 177
  longitud de las zanjas, 296
  oficiales de Estado Mayor frente a soldados, 316
  olores alrededor de las trincheras, 301
  saqueo y pérdida de impulso, 481-482

simbolismo en el arte, 370, 381
suciedad y enfermedad, 312
Futurismo, 98
Gallieni, General, 285
Gandhi, Mahatma, 472-473, 552
Ganser, Daniele, 559
Garde indigene, 473
Garibaldi, Giuseppe, 73-74, 341
Garrod, H. W., 326
gas (para vehículos), 485
gas (veneno), 9, 278, 326, 328, 332-334, 391, 402, 534
Geeraert, Hendrik, 286
Geiss, Imanuel, 112, 147
Gentile, Giovanni, 98
George V, 154
Gibbs, Philip, 358
Girondins, 94
Glaser, Hermann, 100
Goebbels, Josef, 71
Gompers, Samuel, 457
Gorki, Maxim, 367
Gowans, Stephen, 556
Gran Convención Laborista, Socialista y Democrática, 426
Gran Depresión, 507, 548, 568
Graves, Robert, 316-317, 329, 383, 442
Grey, vizconde Edward, 157
Gripe española, 498
Groener, Wilhelm, 468, 500-501
Grosz, George, 408
Guerra Civil Americana, 444
Guerra civil rusa, 510, 539, 547, 557
Guerra de Independencia de Estados Unidos, 28, 117
Guerra de los Siete Años, 28
Guerra franco-prusiana, , 29, 39, 517
Guerra Fría, 466, 550-551, 553, 556-559, 561, 566-568
Guerra hispano-estadounidense, 110
Guerras balcánicas, 109, 149, 177
Guerras balcánicas, 109, 149, 177
Guesde, Jules, 198
Guggisberg, Frederick Gordon, 97
Guillermo (II) Carlos Florestán Gero Crescencio, 510
Guillermo II (Wilhelm II), 157, 164, 205, 213-214, 432, 436, 499
Gunther, Henry, 490
Gurney, Ivor, 253
Haase, Hugo, 181, 193
Habermas, Jurgen, 435

Habsburgo, Imperio de los, 441
alianzas, 102, 385, 445
caballería frente a soldados, 231
clase dirigente, 37, 42
contrarrevolución, 30
democracia después de la guerra, 501-503
deserciones en, 238
fin de, 487
guerra de movimientos, 288
Lengua alemana, 264
movimientos nacionalistas, 53, 73
movimientos sociales y, 148
muerte y guerra, 441
represión de minorías, 149
sistema político feudal, 42
tratados de paz, 517
Triple Alianza, 103-104
Habsburgo
castigos de las tropas, 271
derrota de, 231
deserciones, 238
Estadounidenses y, 445
Iglesia católica, 454-455
minorías, 75, 149
Potencias centrales, 103-104
Haider, Jorg, 563
Haig, Douglas
arsenal, 377
ascensos, compitiendo por, 328-329
autoridad del ejército, 212
bajas, 239, 346, 373, 376
conquistas coloniales, 81
economía y guerra, 122
la caballería como arma poderosa, 232, 376
número de víctimas, 239
sede de, 10
trincheras, 330
whisky, 122
Halifax, Lord, 544
Hardie, James Keir, 181, 200, 248, 399
Hardy, Thomas, 248
Harmsworth, Alfred (Vizconde Northcliffe), 157
Hastings, Max
alianzas, 342
capas sociales de los soldados, 208
confraternización, 274-275

democracia y guerra, 147-148
frustraciones de los trabajadores, 367
moral de los soldados, 226, 243
neutralidad belga, 172
reconsideración, 208
voces contra la guerra, 254
Haumont, Georges, 271-272
Havel, Vaclav, 562
Hay, John, 119
Haywood, "Big Bill", 457
Heartfield, John, 408
Henderson, Arthur, 181
Heráclito, 95
Hereros, 143
Herve, Gustave, 135
Herzfeld, Helmut, 408
Herzl, Theodor, 74, 81
Hesse, Hermann, 203, 205
Heym, Georg, 97
Hitler, Adolf
alianzas con, 547
ambiciones, 47
confraternización de soldados, 277
democracia y guerra, 175, 206
detalles de la vida, 47, 115, 161, 215, 543
dictadura en Francia, 233
espacio vital, 114
expansión territorial, 80, 547
fascismo, 442
Francia derrota, 549
guerra "deseada", 546-547
llegada al poder, 543, 545
Mein Kampf, 175
ministro de propaganda, 71
nacional-socialismo, 541-542, 545
Nazismo, 468
obliteración de la Unión Soviética, 547-548
política de apaciguamiento, 515
préstamos militares, 546
Régimen de Vichy, 441
sistema autoritario, 501, 544
suministros y victoria en las guerras, 484-485, 538-539
superioridad racial, 88-89
supervivencia al gas venenoso, 333
Ho, Chi Minh, 74, 474-475, 513, 539, 560
Hobbes, Thomas, 38

Hobohm, Martin, 226
Hobsbawm, Eric
clase obrera, 57-58
democracia, 86, 146
derechos de la mujer, 142
guerra "deseada", 149, 174
imperialismo y racismo, 77
interés de los capitalistas en la guerra, 122-123
militarismo, 50
Revolución rusa, 506
socialismo, 132, 140, 199
socialistas y revolucionarios, 135
Hochschild, Adam
Alzamiento de Pascua, 399
bajas y pérdidas de Alemania, 238-239
cinismo de los soldados, 382
clase obrera y fuerzas armadas, 184
heroísmo de los militares, 378-379
Implicación de EE.UU. en la guerra, 452
internacionalismo, 277
pacifistas, 200
pérdidas nobiliarias tras las guerras, 532
sobre Haig, 378-379
socialismo, 427
Hoechst, 106
Hoffmann, Max, 288
Hohenzollerns, 103, 231, 445
Holliday, William, 398
Holocausto americano, 34
Hook, Sidney, 558
Hopi, 252
Horne, Cyril Morton, 300
Horne, John H., 216
Horthy, Miklos, 503, 514, 540, 544-545
Hotchkiss, 393
House, Edward M., 369
Howard, Geoffrey, 160
Huelga general de Winnipeg, 507
huelgas, 101, 136-141, 211, 218, 492-496, 504-508, 520, 556
Hugo, Víctor, 35
Hussein, Saddam, 454
Husserl, Edmund, 440
IG Farben, 106
Iglesia Ortodoxa, 30, 127, 152, 159-160, 564-565
Ilustración, 30-32, 52, 57, 86, 91
Industrie), 217

Inteligencia Militar, Sección 6 (MI-6), 214
Internacional Comunista (Comintern), 528
L'Humanite, 195
imperialismo
  África y, 125
  Bolcheviques y, 539
  Bonapartista, 28
  capitalismo y, 121-123
  costes frente a beneficios de, 122
  en las colonias, 78, 124, 559
  Estados Unidos y, 133
  futurismo y, 98
  Gran Guerra y, 21
  guerra civil evitada por, 79
  guerra y, 118-120, 484
  intereses materiales, 104, 484
  la Iglesia y, 125
  nacionalismo y, 52, 67-83
  occidental, 570
  papel psicológico, 77
  poder estatal y, 83
  prestaciones, 48, 67, 77, 122, 128, 132
  racismo y, 86
  redistribución de las colonias, 110
  reforma social y, 78
  socialismo y, 67-83
  trabajadores, 121, 194, 195
Indios
  barreras lingüísticas, 264
  guerras contra, 81, 82
  guerras por Inglaterra, 90, 471
  independencia de, 472, 498
  prisioneros de guerra, 290
  relaciones con los proletarios, 470
  sistema coolie, 46
  trabajadores para Europa, 469
"In Flanders' Fields", 301, 369-371
"Internacional", 359
Indios (Norteamérica), 34, 118, 445-446, 473
Inquisición, 545
Irlanda del Norte, 498
ITT, 561
Jackson, T. A., 264
Jacobinos, 94, 512
Jaurès, Jean
  asesinato de, 176, 183, 192, 195, 572

capitalismo y guerra, 122
guerra y liberalismo, 151
Guesde y, 198
logros del socialismo, 130-131
Peguy y, 151
Judíos
Alemania nazi, 454, 468
autoridad del ejército y, 65, 231
Bolcheviques, 467, 468
causa de los problemas sociales, 88-89
como un "otro", 69
incitación a las revoluciones, 91, 467-468
Infiltración de la comunidad aria, 88-89, 90
movimiento nacionalista de, 74
personas internacionales, 541
rechazo de la nobleza, 54
Refugiados rusos, 349, 445
represión de, 457
Sionismo, 81
socialismo y, 70, 137-138
Juana de Arco, 126, 152, 191, 206, 285, 534, 549, 580
Joffre, Joseph
Batalla del Marne, 285
colonias y ascensos, 81
Defensa de Bélgica contra, 286
Plan XVII, 283
poderes, 212, 395
poilus y, 327
prohibiciones de publicación sobre pérdidas, 243
sede, 315
J. P. Morgan & Co., 535
John Bull, 70, 191, 248
Johnson, Lyndon B., 553
Johnson, Nuala C., 74, 154
Jones, Paul, 458
Juan Pablo II, 562-563
Junger, Ernst, 441, 480
Junius, Folleto, 196
Junkers, 43, 60, 536
Kaddafi, Muammar, 454
Kaiser. *Véase* Guillermo II (Wilhelm II)
Karolyi, Mihaly, 502
Kautsky, Karl, 129
Kemal, Mustafá ("Ataturk"), 337
Kennedy, John E, 553
Kerensky, Alexander, 196, 460, 462, 463, 465

Kern, Jerome, 254, 357
Kiel, Canal de, 106-107
Kipling, Rudyard, 70, 142, 191, 248, 328
Kirchner, Ernst Ludwig, 242
Kitchener, Horatio Herbert (Lord)
  carta de John French, 232
  duración de la guerra, 176
  estallido de la guerra, 173
  gas venenoso, 334
  nombre del ejército, 183-184, 375-376
  política de abstención sexual, 405
  propaganda, 191
Koch, Hansjoachim Wolfgang, 40, 71
Koestler, Arthur, 558
Kolchak, General, 509
Kolko, Gabriel
  carácter de clase en el ejército, 226
  contracultura *poilus*, 424
  El SPD y los gobernantes alemanes, 131
  funciones de los funcionarios, 267
  funciones de los soldados, 267, 437-438
  ilusión de guerra, 177
  incidentes degradantes de subordinados, 259
  La burguesía como vencedora en la guerra, 534
  Lenin y el derrotismo, 201
  Los estadounidenses y el ascenso del Partido Socialista, 138
  masas populares menos respetuosas con las élites, 254
  moral de los soldados, 433, 437-438
  movimientos represivos en la guerra, 544-545
  Partido Laborista británico, 131
  reformas democráticas y fin de la guerra, 529
  revolución en Rusia, 497
  síndrome de shell-shock, 332
  trastorno de estrés postraumático, 332
Kornilov, Lavr, 462-466
Kriegsausschufi der *deutschen Industrie* (Comité *de Guerra de la Industria* Alemana), 217
Kropotkin, Pedro, 197
Krupp
  armas, 236, 537
  beneficios de los encargos estatales, 49, 221, 435
  Industria alemana, 106
  Michelin contra, 484
  pedidos estatales de armas, 43, 46
  poder de los industriales, 536
"Lawrence de Arabia" (Lawrence, Thomas Edward), 109, 416-417
Ku Klux Klan, 458

Kubrick, Stanley, 11, 13, 55, 258
Kun, Béla, 503, 540
Lacroix-Riz, Annie, 110
laissez faire, 26, 31, 458, 535
Langbehn, Julius, 85
Lansdowne, Lord, 106
lanzallamas, 328, 334, 534, 537
Law, Bonar, 154
Lawrence, Thomas Edward ("Lawrence de Arabia"), 109, 416-417
Le Bon, Gustave, 85, 95, 577, 612
Le Chapelier, 26
Le Creusot, 393
Le Naour, Jean-Yves, 187
Lebensraum, 47, 80, 114
Lee, Joseph, 273
Lefkowitz, Joseph, 519
Leftwich, Joseph, 519
Legión Checa, 509
Letrán, Acuerdos de, 542
Liga por una *Nueva Patria* (Bund *neues Vaterland),* 255
Lenin
  Alemanes y, 473
  América Latina, 508
  Bolcheviques, 200-201, 548
  colonias y revolución, 132
  democracia en el mundo occidental, 556
  derrotismo, 201, 366
  Francia, 494
  Imperialismo, 45
  intentos de asesinato, 466
  muerte, 528
  oprimidos, 467
  paz, 464-465
  representación, 465-466
  Revolución de Octubre, 460, 464-465
  Shell Oil odio de, 538
  socialismo, 131, 344
  Viaje a Rusia, 77
Le Queux, Guillermo, 157
León XIII, Papa, 84
Leopoldo II, 74, 250
Levine-Weinberg, Adam, 165
Lewis, Wyndham, 98, 287
Ley de Defensa de la India, 472-473
Ley de Defensa del Reino (DORA), 209-212
Ley de Medidas de Guerra, 201-211

Ley de Representación del Pueblo, 495
Ley Patriota, 509
Liberalismo, 31, 35, 153
Lichtenstein, Alfred, 180, 318
Liebknecht, Karl, 50, 193, 367, 390, 442, 500
Liga Obrera Británica, 249
Liga Panalemana *(Alldeutsche Verband),* 113
Liga Patriótica Americana, 458
Lincoln, Abraham, 14, 507
Lippmann, Walter, 454
Lissauer, Ernst, 172
Little, Frank, 458
Lloyd George, David
  aportación de los industriales al gobierno, 396-397, 535
  Bélgica como motivo para entrar en guerra, 254
  democracia y dictadura, 247
  dictadura de, 215
  diferencias de rango en el ejército, 316
  ejército y sentimientos por, 212
  gabinete de guerra totalitario, 438
  guerra y guerra civil, 155
  huelgas de trabajadores, 397, 497
  Insurrección irlandesa, 399
  malestar social, 496-497
  Mussolini y, 543
  oposición en el gobierno, 209
  reformas, 154, 427
  revoluciones en Europa, 512
  Rusia como enemigo, 510
Loez, André, 353
London, Jack, 144
Losurdo, Domenico
  conflicto de clases, 20, 435, 556
  democracia en estado embrionario, 473
  fusión de clases, 41
  independencia de las colonias, 552
  Judaísmo, 468
  sistemas totalitarios, 215
Louis-Philippe, 39 años
Luis XIV, 29
Luis XVI, 25
Ludendorff, Erich
  Apoyo a la DVLP de, 440
  batallas con los rusos, 288
  dictadura militar, 213, 438
  dimisión del ejército, 499

efecto de los vehículos en la victoria, 483-484
general pero no aristócrata, 65
ofensiva contra los aliados, 476
ofensiva de primavera, 480
ofensiva del verano de 1918, 499
paz, presión en favor de, 436
Segunda batalla del Marne, 486
sistemas totalitarios, 215
tanques utilizados por los alemanes, 485-486
Ludlow, Masacre de, 455
Luis II de Baviera, 33
Lukacs, Georg, 536
Lumumba, Patrice, 560
Lusitania, 443, 447
Lutero, 16, 89, 188
Luteranismo, 30, 533
Luxemburg, Rosa
asesinato de, 500, 541
esclavos rebeldes, 91
impuestos de sociedades durante la guerra, 394
Liga Espartaquista, 255
Marxistas, 131
Miembro del SPD en el Reichstag, 193
oposición pacifista, 200, 390
papel revolucionario, 131
"Marsellesa", 11, 420, 425, 534
MacDonald, Ramsay, 181, 248
MacMillan, Margaret, 111, 156, 178, 514
Macpherson, Cluny, 326
Macready, George, 269
Malaparte, Curzio (Suckert, Kurt Erich), 420
Malthus, Thomas, 35, 79, 100, 239, 346
Mandela, Nelson, 561
Mangin, Charles, 10, 240
Mann, Heinrich, 188
Mann, Thomas, 101, 174, 440
Mannerheim, Carl Gustaf Emil, 514, 544
Manning, Chelsea (Bradley), 456
Mano Negra, 142
Mao, Zedong, 475, 539, 565
Marc, Franz, 205
Marcha sobre Roma, 542
Marinetti, Filippo Tommaso, 98
Mariot, Nicolas, 353
Martin, Marie Frangoise-Therese (Santa Teresa de Lisieux), 152
Mártires de Vingre, 268

Marwick, Arthur
condiciones de trabajo de las categorías inferiores, 498
dirigentes sindicales y ejército, 196
empresario y poder, 536
guerra, 182, 426
Ley de Representación del Pueblo, 495
Lloyd George y el totalitarismo, 438
socialismo, 154, 156
Marx, Karl
Asociación Internacional de Trabajadores, 67
Bélgica y el capitalismo, 37
Chinos e ideas de revolución, 475
conflicto social, 20
fondo, 70
jerarquías en el ejército y las industrias, 52
Manifiesto comunista, 52
pauperización y revolución, 128, 437
proletariado, 26
revolución socialista, 57
sistemas salariales, 218
socialistas e información, 262
Marxismo, 95, 474, 508
Masacre de zanja suicida, 305
máscara antigás, 326
Masefield, John, 179
Massis, Henri, 150-151
materias primas
acuerdos sobre, 45
África y, 47
Alemania en desventaja en, 112-113, 485
bloqueos a Alemania, 384-385
colonias, 18, 45, 469, 484
como activos, 47
control, 104
el estado como cazador de, 46
Estados Unidos, 118
Europa del Este y, 480
guerra por, 19, 21
imperialismo y, 67, 77, 121, 194, 340, 484
multinacionales en Rusia, 566
neocolonialismo, 448, 570
Toma de posesión de Japón, 111
Maude, Frederick Stanley, 416
Maugham, William Somerset, 466
Mayer, Arno
afición a la guerra, 94, 161, 548

aristocracia y apoyo a la iglesia, 159
armisticio de 1919, 520
Bolcheviques apoyados por otros, 512
clase noble gobernante, 42, 93
descarrilamiento de la revolución, 27
desertores que se matan entre sí, 463
ejército y pérdidas, 239
élite "demasiado temerosa" del socialismo, 140, 146
Futuristas, 98
industriales burgueses, 42-43, 54
internacionalismo de la realeza, 55
masas populares y socialismo, 128
nacionalismo y conservadores, 72
Nietzsche, 90
política exterior de las élites, 147
revoluciones y guerra, 134, 148, 434, 461
Mazower, Mark, 512
McCrae, John, 301, 369, 371
McCutcheon, John, 281
McKinley, William, 170
Mehring, Franz, 193, 390
Mencheviques, 196, 464
Merton, Robert K., 252, 577
MI-6 (Inteligencia Militar, Sección 6), 214
Michelin, 105, 484
Michels, Robert, 130
militarismo
Alemán, 196
amapolas y, 371
antídoto contra el radicalismo, 95
democracia neutralizada por, 127
deserción y, 182
economías nacionales y, 52
futuristas y, 98
Gallipoli, 338
hegemonía de clase, 50
ideología feudal y, 43
las escuelas como centros de adoctrinamiento, 186
las iglesias como centros de adoctrinamiento, 186
nacionalismo y, 53
proletarios, 56, 83
propaganda y, 186, 195
Soldados británicos y, 471
Marroquí, Crisis, 147
Mill, John Stuart, 62
Millerand, Alexandre, 130

Milner, Alfred, 249
Mindaugas II, 510
Mitchell, Peter Chalmers, 157
Mobutu, Sese Seko, 559-560
Monarquía del Danubio. *Véase* Imperio de los Habsburgo
Monarquía dual. *Véase* Imperio de los Habsburgo
Monatte, Pierre, 200
Montague, Charles Edward, 253
Morel, Edmund Dene, 398, 470
Morillon, Gervais, 276, 278
mouchards, 215
multinacionales, 564, 566
Münkler, Herfried, 285, 287
Murray, Gilbert, 400
Mussolini, Benito
  apoyo de las élites, 545
  detalles de la vida, 542-549
  fascismo, 344
  gas mostaza, 333
  movimiento revolucionario y, 542
  pasos atrás, 542-543
  plebeyos y guerra, 346-347
  préstamos para pagar la mili, 546
  sistemas autoritarios dirigidos por, 544
  socialismo descubierto en el frente, 442
Naidu, Saroj ini, 471
Napoleón III, 39, 63
nacionalismo
  aliados contra Rusia, 510
  amapolas, 371-372
  burguesía y, 65, 73, 75
  clases dentro, 69
  descrito, 68
  Eslavo del Sur, 149
  Europa del Este, 140, 563-564
  futuristas y, 98
  guerra y, 156, 170, 225, 276-277, 503
  iglesia y, 186
  imperialismo y, 55, 67-83
  internacionalismo frente a, 68
  Irlandés, 154, 400
  minorías étnicas, 73
  negocios y, 52
  patrioterismo como variedad de, 52-53
  revolución externalizada, 28, 53, 68
  rivales y apoyo de, 75

romanticismo, 32
socialismo y, 74, 79, 129-130, 204
ventajas económicas, 53-54
NCF (Becas de No Alistamiento), 398
Negros y tostados, 498
neurastenia, 332, 555
Nevill, Wilfred, 97
New Statesman, 254
Nicolás II, 163, 339, 349, 536, 565
Nietzsche, Friedrich Darwinismo, 83-101
Condena de la Comuna de París, 40
Darwinismo social, 83-101
democratización y guerra, 99
dominio de las élites por la fuerza, 91-93
filosofía adoptada por Estados Unidos, 118-119
Futurismo, 98
guerra para impedir la revolución, 18
Judíos incitando revoluciones, 91
mejoras del carácter de los soldados, 99
reunión con la élite europea y estadounidense, 90-91
Nivelle, Robert, 410
nobleza, 38-55
adquisiciones territoriales, 18, 77, 124, 152, 223, 464
antiguo régimen querido por, 152, 158-159
autoridad del ejército, 65, 99, 228, 231-232, 387, 501, 531
burguesía y, 26-27, 40-41, 44, 534-535, 565
burocratización, 64
caballería favorecida por, 376, 415
como clase dirigente, 42, 216
contrarrevolución, 30, 40, 530-532, 540
descrito, 17
efecto de la democracia en, 84-85, 91
en Alemania, 42-43
en Bélgica, 36-37, 214
Francia y el régimen burgués, 39
guerra y objetivos de, 159-163, 438
Iglesia católica y, 152, 159-160, 534, 542
imperialismo favorecido por, 123
Judíos en Alemania y, 54
liberalismo, 31
nacionalismo, 32, 53
peligros proletarios, 56-57, 59, 67
pobreza vista como natural por, 35
poder de, 37, 222, 231, 534
preferencias políticas, 40-41
producción de armas y beneficios, 48-49

reducción de la riqueza, 36
Revolución Francesa y, 15, 25
revolución social, 39, 139, 141
uso de gas venenoso por, 334
vínculos internacionales de, 55
Nolte, Emil, 215
Nolte, Ernst, 344
Norman, Montagu, 544
Noske, Gustav, 129
Notre-Dame-de-Lorette, 299, 325-327
Nye, Comité, 449, 452
Obispo de Gante, 74
Occitano, 263
Océano Atlántico, 34, 42, 48, 107, 451, 458, 506
Olten soviet, 506
Orden Patriótica de los Hijos de América, 458
Orwell, George, 558
OTAN, 558-559, 567-568, 571
Otomano, Imperio
aceite dentro, 289
Acuerdo Sykes-Picot, 417
Alemania y, 108
Armenios en, 141, 338-339
Asistencia británica, 76
bajas de guerra, 241
capitulación, 418, 517
conferencia de paz de la Gran Guerra, 448, 466
Gallipoli y, 337
Grecia y, 351
Indios bajo dominio británico y, 472
la Entente y, 341
Musulmanes en el interior, 289
Oriente Medio y, 108
Plan de ataque británico, 336-337
Potencias centrales, 288-289
Proyecto ferroviario alemán, 108-109, 113
religiones, 68, 533
territorio, 109, 111
Tratado de Versalles, 517
Owen, Wilfred, 189, 270, 428, 430
Pacha, Enver, 289, 339
pacifismo
Alemania y, 255
apoyo de los trabajadores, 161
élite y, 145,156, 176
Estados Unidos, 446, 456

Gran Bretaña y, 200, 248, 371
mujeres y, 98, 142, 407
reformas y, 255
Pacto de Varsovia, 558, 567
Padres Blancos (Peres Blancs'), 125
Pais, Sidonio, 441
Panhard-Levassor, 421
Pankhurst, Sylvia, 182, 200, 398
Papa Juan Pablo II, 562-563
Papini, Giovanni, 346
Parenti, Michael, 342, 446, 507
Pareto, Vilfredo, 91, 95
Parr, John, 232, 489
Partido Agrario, 350
Partido Agrario, 350
Partido Comunista Americano, 133
Partido Comunista Americano, afectado por, 132
Alemanes afectados por, 488, 496
apoyo de los aristócratas, 512
Bolchevismo en Estados Unidos, 507
clase obrera afectada, 473-474, 501
democratización en Europa y, 506
descrito, 433-434
éxito del socialismo y, 426
Experiencia de la Gran Guerra y, 463
Ley de Medidas de Guerra después de, 211
Marxismo y, 474
pérdidas financieras para las empresas, 538
planificada por judíos, 89, 468
precursor de la Gran Guerra, 29
reformas democráticas británicas a raíz de, 496
Responsabilidad de los bolcheviques, 466-467
Revolución Francesa y, 493-494
Sentimientos de Hitler al respecto, 161
apoyo de los aristócratas, 512
Partido Comunista Americano afectado por, 132
Partido de la Patria Alemana, DVLP *(Deutsche Vater landspartei),* 439-440
Partido Demócrata, 436, 456-457
Partido Democrático *(Sozialdemokratische Partei Deutschland,* SPD), 61, 436
Partido Laborista británico, 131, 135, 498
Partido Laborista Independiente, 181, 200
Partido Liberal, 37 Teología de la liberación, 563
Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, USPD), 436
Partido Socialdemócrata, SPD *(Sozialdemokratische Partei Deutschland),* 61, 436
Partido Socialista Laborista, 426

Pascua, Alzamiento de, 387, 399-400
Passchendaele, 413-414
Peguy, Charles, 151
Penrose, Charles, 305-306, 377
Pentágono, Sistema del, 568
peones (coolies), 219
pequeña burguesía. *Ver* pequeña burguesía
Pershing, John J., 81
Pétain, Philippe, 233, 268, 373, 424, 441, 549
pequeña burguesía
  Bolcheviques y, 511
  Francia y, 207
  República gala y, 150
  Alemania, 440
  nacionalismo, 71
  poder político y, 39
  revolución y, 27, 36
  oportunidades de ascenso social, 441
  valores de élite, 127-128
  descrito, 13, 58
petróleo
  eficacia de, 107-108
  en la guerra, 102, 485-486
  en Oriente Medio, 108-109, 417, 570-571
  Familias reales holandesas y, 123
  guerras, 123, 164, 288-290, 538, 570
  imperialismo, 106, 112, 122, 484
Picot, Georges, 417, 466
Pilsudksi, Jozef, 544
Pinochet, General, 559-560, 563
piottes, 264, 401, 419
Piper, Ernst, 242, 440
Pirelli, Alberto, 341, 543
Plan Derby, 368
Plan XVII, 283
Plejánov, George, 197
poilus
  "Canción de Craonne" ("Chanson de Craonne"), 411
  "Internacional", 423
  amapolas, 372
  cansancio de guerra, 421, 425
  comodidades en las trincheras, 298, 306
  confraternización con el otro bando, 279-280, 360
  descrito, 11
  deseo de volver a casa, 318, 354, 423
  dificultades lingüísticas, 263

disensión, 330
en *Senderos de Gloria,* 13, 257-258
enfermedades para dejar el frente, 318
estadísticas de siniestros, 325, 330
falta de patriotismo, 353
industriales, 362
mártires de Vingre, 268
moral, 365
motines, 410, 424-425
Notre-Dame-de-Lorette, 327
sentimientos hacia la élite, 356
suicidios de, 319
Poincare, Raymond, 151, 164,171, 356
Polaco-Lituana, Unión, 545
policía, colonial, 473
Pope, Jessie, 188
Potencias centrales
armisticio, 476-477
bloqueo de, 451
condiciones en, 220
descrito, 103-104
economía de guerra y, 484
guerra con, 289, 342, 385
India y, 290
Italia y, 349-350
moral de, 246
países en, 336-337
partidarios de, 454-455
Sentimientos americanos hacia, 446
pluma blanca, 188
populistas, 545
Potiorek, Oskar, 311
Pottier, Eugene, 67
Poulantzas, Nicos, 43
prensa amarilla, 250, 356-356
Price, George, 489 Priestley, J. B., 272
Primera Internacional Socialista, 67
Princip, Gavrilo, 169
prisioneros de guerra, Campos de, 265
Programa de septiembre, 223
prohibición, 60, 210-211, 218, 314, 411
propaganda, 246-250
"En los campos de Flandes", 369-371
antialemán, 155
Bolcheviques, 201, 348
distribución en Europa, 49, 202

elementos de, 246-248
en Alemania, 147
en campo enemigo, 76
en Estados Unidos, 119, 454, 569
en Europa, 246
en Gran Bretaña, 156, 248
en Italia, 158
en la Guerra Fría, 559
en los sistemas totalitarios, 215
escepticismo, 250
iglesias, 159, 454
mensajes de, 246-248
métodos de distribución, 70
Mussolini, 344
nacionalista, 70
objetivo de, 249
para el servicio militar, 190
participación de las élites en, 249
propietarios
adquisiciones territoriales, 124, 223, 342
beneficios, 220
Bolcheviques y, 465
China, 475
Estado autoritario, 542, 544
Estados Unidos, 42
Europa del Este, 514
inquilinos, 300
La alta burguesía angloirlandesa, 154
mano de obra necesaria, 46
partidos políticos, 439-440
pérdida de poder, 533, 536, 551
privilegios de, 26, 562
redistribución de la tierra, 502, 532
Sudáfrica, 291-292
prostitución, 316, 318, 393, 403-404, 404-405, 406
Reforma protestante, 16
Protestantes
coacción en los servicios, 251 francés, 86
en Alemania, 206 Rebeldes irlandeses y, 400
propaganda contra Alemania, 454
partidos socialistas y, 138
superioridad de, 88
simpatía de los alemanes, 445
servicio voluntario, 154-155
Putin, Vladimir, 565
racismo, 69-72, 127, 133, 141, 225, 564, 604

Rathenau, Walther, 217, 535
Razaf, Andy (Razafkeriefo, Andrea), 554
Razafkeriefo, Andrea (Razaf, Andy), 554
Read, Herbert, 274
Reagan, Ronald, 63, 562-563, 567, 569
Reed, John, 5, 507
Regimiento de Terranova, 378
Reichsrat, 148 Reichstag
  autoridad sobre el ejército, 63
  constitución, 500
  descrito, 60-61
  Guillermo II y, 148
  orden socioeconómico de la, 199
  presupuesto de guerra, 192-193, 255
  rendición de cuentas a Kaiser vs., 213-214
  resolución de las negociaciones de paz, 300, 436
  socialdemócratas en, 138
  socialistas, 147-148
  sufragio universal, 66
Reichsverband gegen die Sozialdemokratie (Asociación Nacional contra la Socialdemocracia), 147
Remarque, Erich Maria, 186, 332
Remington, 451
Renan, Ernest, 80
Renault, 483, 485, 494
Renoir, Jean, 176
República de las Dos Naciones (Unión Polaco-Lituana), 545
Rerum Novarum, 84
resistencia
  África, 48
  al proceso de democratización, 91
  Alemán, 291-293, 488
  Colonias alemanas, 224
  de los pueblos coloniales, 132
  Francés, 374, 549
  Ghandi y, 552
  guerra con enemigos exteriores vs., 94
  Hitler y, 161
  igualdad social, 57
  igualdad, 530
  influencia de, 161, 418, 492-493, 550
  Influencia judía en, 89
  libertad pero no democracia, 85
  nacionalismo, 68
  Partido Laborista Independiente, 200
  propaganda para reducir, 245

Revolución Francesa, 15, 17, 19, 25-35, 52-53
separación Iglesia-Estado, 563
Serbio, 287
Tropas otomanas, 290
Réveilhac, Geraud, 240, 269
Revolución agrícola, 34
Revolución agrícola, 34
Revolución de Octubre, 434, 460-461, 464-465, 473
Revolución del crisantemo, 502
Revolución industrial, 37, 40, 44, 334, 555
Rhodes, Cecil, 67, 79, 118, 132, 224
Richert, Dominik (Dominique), 251, 314, 355, 487
Ridley, Lady, 265
Rilke, Rainer Maria, 205
Risorgimento, 73
Roberts, Lord Frederick, 155, 157
Robespierre, Maximilien, 27-28, 32, 39, 94
Rockefeller, 435, 485
Rogger, Hans, 174, 396
Roma, 69
Romano, Imperio, 112, 176, 341
Romanov, 231, 238
Romanticismo
descrito, 31-34
fijación en la Edad Media, 191, 351, 387
Juana de Arco y, 126
Nacionalismo y, 68
Zeitgeist, 191
Romero, Obispo, 563
Roosevelt, Theodore, 94, 119, 445, 446, 553
Rosenberg, Isaac, 190, 258, 308-309, 370
Rothschild, Lord, 55, 417
Rothschilds, 281
Rouaud, Jean, 179
Rousseau, Federico, 30, 251, 259, 262, 484
Royal Navy
en el Mar Báltico, 511
Batalla naval de la Gran Guerra, 384
bloqueo de Alemania, 516
comodidades en, 260
descontento en, 429
impotente ante los submarinos, 334-335
miedo a, 243
victorias, 242
Ruskin, John, 92
Russell, Bertrand, 200, 398, 610

guerra ruso-japonesa, 147
Revolución rusa, 16, 468
Sagrado Corazón de Jesús, 126, 285
"unión sagrada"
agitación social frenada por, 234
democratización suspendida, 206-209
fuente de, 197
rechazo de, 344, 365, 394-395, 422
sindicatos de trabajadores y, 492
suspensión de las actividades parlamentarias, 216
trabajadores afectados por, 217, 221, 225

Salandra, Antonio, 343
Salazar, Antonio di Oliveira, 441, 544
Salvaje Oeste, 47, 87, 113, 118, 547
Salvarsan, 406
sans-culottes, 15, 26, 28, 34
Santa Teresa de Lisieux (Martin, Marie Frangoise-Therese), 152
Sarajevo, Asesinato de, 76, 136, 150, 164, 169-171, 340, 516
Sassoon, Siegfried, 187, 274, 317, 319, 428, 592, 606
Schaepdrijver, Sophie de, 94, 237, 284, 304, 401, 420, 478, 505
Scheidemann, Philipp, 199, 500
Schemua, Blasius, 148
Scheut, Misioneros (Congregación del Inmaculado Corazón de María), 125
Schlieffen, Plan, 164, 236, 283-284, 287, 526
Schneider, Adolphe y Eugene, 393, 396
Schorske, Carl E., 199, 208
Schrecklichkeit, 237, *250*
Schumacher, Hermann, 223
Schumpeter, Joseph, 40
Schwarzenbergs, 562, *605*
Schwarzenegger, Arnold, 63
Scotland Yard, 155, 214
Scott, Walter, 33
Segunda batalla de Messines, 412-413
Segunda batalla del Marne, 481, 486
Segunda Guerra de los Balcanes, 349
Segundo Imperio, 39
Senderos de Gloria, 11
  buenos y malos, 257
  clase de oficiales, 271, 403
  compasión, 271, 332
  conflicto de clases, 13-14
  Conflicto entre Francia y Alemania, 11, 13-14
  ejecuciones y, 251, 269
  entretenimiento, 403
  internacionalismo, 55
  oficiales frente a soldados, 227, 271, 310, 315
  regreso a casa, 335
  religión y, 251
  visión elitista de los soldados, 227
  zanjas en agua y barro, 299
Sedición, Ley de, 456
Sembat, Marcel, 198-199
Servicio Secreto de Inteligencia (SIS), 466
Servicio Secreto, Oficina del, 214
Servicio Selectivo, Ley del (Selective Draft Act), 453
servidumbre, 30

Shakespeare, 263, 300
Shanks, Edward, 323
Shaw, George Bernard, 383, 399
shell-shock, 332, 555
Shell, 123, 538
Shelley, Mary, 33
sindicalismo revolucionario, 135
sindicatos
  antihamítico, 72
  aportación política, 216
  apoyo al esfuerzo de guerra, 181, 194, 366
  aumento del número de miembros, 394, 422-423, 504
  colaboración con los gobiernos, 195-197, 199, 457-458
  conferencias, 366
  huelgas y, 58, 221, 392, 394, 397-398, 492
  Iglesia católica y, 84, 128
  infiltrados contratados por empresarios, 215
  manifestaciones por la paz, 181
  Marxismo y, 18
  movimiento obrero, 57, 137-138
  Mussolini contra, 542-543
  partidos socialistas, 139
  reconocimiento, 494, 540
  salarios, 392
  ventajas de pertenecer, 422
  ventajas para las élites, 200
  violaciones de derechos, 217-218, 343
"Sissi" (Emperatriz Elisabeth), 170
Sinn Fein, Movimiento, 400
Smith, Adam, 31, 35, 46
Smithsonian, Instituto, 375
Smuts, Jan Christiaan, 292
soplones, 215
socialismo, 56-66
  burguesía y, 43
  colonialismo y, 80-81
  Concepto nietzscheano de guerra y, 94-95
  nacionalismo utilizado contra, 72-77
  organizaciones creadas en virtud de, 18
  percepciones, 68-69
  racismo contra, 71
El buen soldado Svejk, 238
Solzhenitsyn, Alexander, 238
Sombart, Werner, 116
Sonnino, Sidney, 343
Soros, George, 566

Sozialdemokratische Partei Deutschland, SPD (Partido Socialdemócrata), 61, 436
Spaak, Paul-Henri, 558
SPD, Partido Socialdemócrata *(Sozialdemokratische Partei Deutschland),* 61, 436
Spengler, Oswald, 89
squadristi, 542
Stalin, José, 528-529, 548, 551, 556, 561, 565, 615
Standard Oil, 485
Stanley, Edward (Lord Derby), 368
Stanley, Edward (Lord), 368
Steffens, Lincoln, 507
Stepinac, Alois, 563
Stinnes, 435
Stoddard, Lothrop, 88
Stolypin, Piotr, 152, 159
Strauss, Johann, 55
Suckert, Kurt Erich (Malaparte, Curzio), 420
Sudetes, 547
Suharto, General, 560
Sumpf, Alexandre, 179, 218, 319, 349
Sun, Yat-Sen, 144
Sykes-Picot, Acuerdo, 417, 466
Sykes, Mark, 417, 466
Talibán, 178
Tarde, Alfred, 150-151
Taylor, A. J. P. 210, 399
Tercera batalla de Ypres, 409, 412-414, 598
Tercera Internacional (Internacional Comunista, Comintern), 528
Tercera República, 39, 48, 60, 63, 150-151, 395, 441
terrorismo, 559, 568, 571
Thatcher, Margaret, 567, 569
The *Daily Mail,* 97, 191, 248
The Guardian, 110-111
The Nation, 209
The Times, 71, 156, 191, 248, 266, 466
Thomas, Albert, 198-199, 395, 492, 585
Thomson, Basil, 155, 214
Thyssen, 106, 536
Thyssen, August, 223
Tisza, Duque Istvan, 171
Toller, Ernst, 242
Tomlinson, A. E., 382
Tommies, 229, 271, 275, 299-310, 315, 323, 328-331, 377-378, 382-384, 429-430, 480
Ton, Duc Thang, 513 Conservadores, 143, 154, 554
Townshend, Charles, 290
Trabajadores Industriales del Mundo (Wobblies), 135, 458
trastorno de estrés postraumático, 332

Tropas de asalto, 413, 442, 500, 537
trabajo
África como fuente de, 469
aristocracia, 128
colonias que proporcionan, 45-47, 52, 105, 469, 470-471
Estados Unidos, 448
huelgas de, 221, 421 (Véase *también* huelgas) sindicatos y, 422
imperialismo y, 104, 121, 128
liberalismo, 153
movimiento en Europa, 57-58, 95, 366, 391, 495
mujeres reclutadas, 219
niño, 564
obediencia, 342
salarios y productividad de, 555
Tratado de Brest-Litovsk, 477, 502, 509-510
Tratado de los XXIV Artículos, 173
Tratado de Moscú, 521
Tratado de Riga, 521
Tratado de Tartu, 521
Tratado de Versalles, 474-475, 516-519
Traverso, Enzo, 559
Trinchera, pie de, 296, 298
Trincheras, guerra de
burdeles, 404
condiciones de vida, 299
duración, 287, 526
equipos y suministros, 325, 330-331
la muerte como evasión, 319, 323
oficiales, 313-314
Triple Alianza, 103
Triple Entente, 103-104,164
Trotsky, León, 366, 477, 507
Trudeau, Pierre Elliott, 211
Tuchman, Barbara, 131
Tucholsky, Kurt, 259, 266
Twain, Mark, 128
U-boat, 334, 447
Ulianov, Vladimir Ilitch. *Ver* Lenin
Ulstermen, 155, 399
Unabhdngige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, (Partido Socialdemócrata *Independiente* de Alemania), 436
Unión de Control Democrático (UDC), 398
Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia (Bund), 74
unión sagrada. *Ver* "unión sagrada"
Unión Social y Política de Mujeres (WSPU), 142
Untermensch (infrahombre), 88

USPD, *Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (Unabhdngige Sozialdemokratische Partei Deutschlands),* 436
V-Leute. Ver Verbindungsperson y *Vertrauensperson*
Van Beek, Theo, 381 Vandervelde, Emile, 131-132, 196
Venizelos, Eleftherios, 350-351
Verbindungsperson (agente de enlace), 215
Vertrauensperson (persona de confianza), 215
Vichy, Francia, 441, 549, 612
Víctor Manuel III, 343
Victoria, Reina, 55, 73
Viena, Congreso de, 30
vigilantes, 458
Vimy Ridge, 327, 330
Viviani, René, 197
Volksgeist, 32
Voltaire, 30
von Bernhardi, Friedrich, 92
von Bethmann-Hollweg, Theobald, 173, 222
von Bismarck, Otto, 43
von Bissing, Moritz, 213-214, 417
von der Goltz, Colmar, 117
von Falkenhayn, Erich, 373-374, 377
von Hbtzendorf, Franz Conrad, 115
von Herder, Johann Gottfried, 32
von Hindenburg, Paul, 65, 213, 288, 436
von Lettow-Vorbeck, Paul, 292
von Moltke, Helmuth Johannes Ludwig (Moltke el Joven), 96, 115, 164, 284-285, 373
von Moltke, Helmuth Karl Bernhard (Moltke el Viejo), 96, 115
von Sanders, Otto Liman, 337
von Schlieffen, Alfred, 103
von Spee, Maximiliano, 243
von Tirpitz, Alfred, 95
von Treitschke, Heinrich, 43, 92
von Wilamowitz-Moellendorff, Ulrich, 188
vorticismo, 98
Vorwärts, 170, 200
Wagner, Richard, 128
Wahl, Maurice, 577
Walesa, Lech, 79
Washington, George, 64, 444, 447, 558, 560
Weatherley, Frederick E., 381
Weber, Max, 64
Weimar, República de, 500-501, 543
Wells, H. G., 144, 192, 248
Whisky, Rebelión del, 118

Whitlock, Brand, 214
Willis, George, 259, 297, 308, 356
Wilson, Trevor, 333
Wilson, Woodrow, 369, 446-447, 457, 464, 507, 538
Winock, Michel, 77, 130, 136, 207
Wobblies (Trabajadores Industriales del Mundo), 135, 458
Wojtyla, Karol, 562-563
Worm, Anne-Marie, 126
Wyatt, H. E, 92
Xinhai, Revolución, 144
Yanquis, 229, 478, 482
Yeltsin, Boris, 562, 565
YMCA, 406
yperita, 333
Ypres, Primera Batalla de, 286
Ypres, Tercera Batalla de, 409
Zetkin, Clara, 255
Zhou Enlai, 475
Zimmerwald, Conferencia de, 366
Zweig, Stefan, 204

Sobre el autor

JACQUES R. PAUWELS ha enseñado historia europea en la Universidad de Toronto, la Universidad de York y la Universidad de Waterloo. Es autor de varios libros sobre la historia del siglo XX, entre ellos *The Myth of the Good War (El mito de la buena guerra), en el* que ofrece una visión revisionista del papel de Estados Unidos y otros países aliados en la Segunda Guerra Mundial. Académico independiente, Pauwels es doctor en Historia y Ciencias Políticas. Vive en Brantford, Ontario.

Derechos de autor © 2016 Jacques R. Pauwels

Traducido del original flamenco por Jacques R. Pauwels

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluida la fotocopia, ni por ningún sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin permiso escrito del editor.

James Lorimer & Company Ltd., Publishers agradece el apoyo del Ontario Arts Council. Agradecemos el apoyo financiero del Gobierno de Canadá a través del Fondo del Libro de Canadá para nuestras actividades editoriales. Agradecemos el apoyo del Canada Council for the Arts, que el año pasado invirtió 24,3 millones de dólares en la escritura y la edición en todo Canadá. Agradecemos al Gobierno de Ontario a través de la Ontario Media Development Corporation's Ontario Book Initiative.

Agradecemos el apoyo [financiero] del Gobierno de Canadá. Nous reconnaissons l'appui [financier] du gouvernement du Canada.

Imagen de portada: *La fiesta de los camilleros,* Cyril Henry Barraud, 1918
Imagen de la contraportada y en las pp. 166-167: *Prisioneros alemanes,* Frederick Varley, 1919

Biblioteca y Archivos de Canadá Catalogación en publicación

[Groote Klassenoorlog 1914-1918. Inglés]

La gran guerra de clases 1914-1918 / Jacques R. Pauwels. Traducción de: De Groote Klassenoorlog 1914-1918. Incluye referencias bibliográficas e índice.
Se publica en formato impreso y electrónico.

ISBN 978-1-4594-1105-0 (tapa blanda). ISBN 978-1-4594-1106-7 (tapa dura).

ISBN 978-1-4594-1107-4 (epub)

1. La guerra mundial, 1914-1918-Causas. 2. 2. Guerra Mundial, 1914-1918-Aspectos sociales. I. Título. II. Title: Groote Klassenoorlog 1914-1918. Español. D511.P3913 2016
940.3'11 C2016-900036-2
C2016-900037-0

Esta edición digital se publicó por primera vez en 2016 con el número 978-1-4594-1107-4
Publicado originalmente en 2016 como 978-1-4594-1105-0

James Lorimer & Company Ltd., Editores 117 Peter Street, Suite 304
Toronto, ON, Canadá M5V OM3